



MISCELANEA

123

COLECCION
DE IMPRESOS

SANTISIMA VIRGEN
MARIA

BX880

M5

V. 123

004528



1080015543



EX LIBRIS

HEMETHERIL VALVERDE TELLEZ

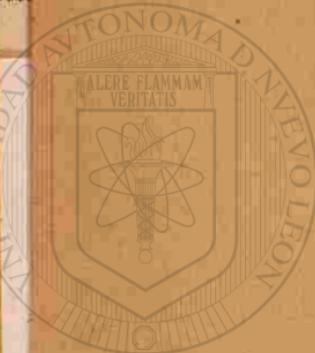
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL



MARIA SANTISIMA

REFUGIO DE PECADORES,

IDEA DE JUSTOS,
IMAY DE LA CRISTIANA DEVOCION.
LIBRO ÚNICO.

Dividido en tres partes, conforme a las tres Vías de la vida espiritual, Purgativa, Iluminativa y Unitive, en el cual con afectos firmes y sencillos, trata la Almas con la Madre de misericordia del gran negocio de su salvacion.

Su autor el P. Gerardo Aranda Novés,
Teologo de la Compañia de Jesus.

Sécalo a luz una piadosa y hermosa.

1574
el 2 de Julio



GUAYMALATZEA
IMPRESO POR ESTEBAN COPIELER
1853.

Capilla Alameda
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Teñiz

41730

BX980
H5
v. 123



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



MARIA SANTÍSIMA,
REFUGIO DE PECADORES.

PARTE PRIMERA.

AFFECTOS DEL ALMA PENITENTE.
QUE PERTENECEN A LA VIA PURGATIVA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Maria Santísima al pie de Cruz, Madre de pecadores, que
desean arrepentirse.

*Mulier, ecce filius tuus; deinde dicit, Disci-
pulo; Ecce Mater tua.—Johan, 19. v. 27.
Tuam ipsius animam pertransibit gladius.*
—Luc. 2.

EMPRECE mis lamentos, ó Virgen dolorosísima.
Llora ya mis ojos, no cristalinas lágrimas, que
surquen mis mejillas hasta regar el suelo; que
es pequeño llorar. No lágrimas, que oscan como
las aguas despeñadas de un precipitado arroyo, que
no basta este llanto. Ni solas lágrimas, cuyo curso
inerte las corrientes del arrebatado Ródano; que aun

004528

no satisfacen á mi sed. Sino lágrimas parecidas á un mar rojo de sangre, que rompa represado el muro de sus playas para inundar la tierra. Porque para llorar el mar amargo de tus dolores, en la acerba muerte de tu Hijo Jesús, no son bastantes arroyos ni rios de lágrimas, sino mares de sangre.

2 ¡Oh dolor! ¡oh pena! ¡oh aflicción! ¡oh quién diera á mis ojos este mar tan copioso y perenne, que no cesase de correr día y noche! ¡oh si mis ojos fueran como dos fuentes ó brazos de este mar! ¡Oh quién me anegara en estas rojas ondas, cercado de sus inmensas y dilatadas amarguras! ¡Oh quién hiciera que fueran mis suspiros tan profundos, como lo es en sus senos el océano!

3 ¡Ay dolor! ¡mas ay, Señora, que mi dolor no es como debiera ser: porque no hay dolor semejante á tu dolor. Triste mi alma y desconsolada de no estar mas triste por ti, se sienta á la sombra de la Cruz de tu Jesús y á la sombra de tu corazón, donde está fija esta Cruz. ¡Oh qué sombra tan saludable! ¡Oh que descanso á mi pena entre tus penas! ¡Oh árbol, cuya sombra sana, cuyo fruto da vida eterna á las almas! Y si plantado en la tierra dura del Calvario ha dado tantas almas al paraíso, ¿cuántas dará trasplantado en el corazón de María, que es tierra de bendición! Ojalá este árbol y esta tierra se trasladén á mi pecho, de cuyos frutos se sustente mi alma dulcemente.

4 Constante al pié de la Cruz, Señora, te contemplo, no tanto sobre el alto monte del Calvario, cuanto en alta mar de penas: donde las olas fueron como montes que se empinaron sobre tu cabeza. Mas como el Espíritu de Dios sobre las aguas, así el nuestro sobre las furiosas avenidas de esta tempestad. Por eso, Virgen constantísima, estuviste en pié al pié de la Cruz mas firme en mirar á tu querido, que lo está el Arturo en mirar al Polo, y el águila en contemplar al sol, padeciendo sin consuelo el eclipse de sus luces con la eclipsada lumbre de tus amorosísimos ojos.

5 Veo, que con esta vista se trasladaron á nuestro pecho todos los dolores del Hijo mas amante, del Hijo mas amado. Pero, ¡oh admiración! cuando tu misma constancia sellaba con el silencio tus penas en el seno mas retirado de tu pecho, advierto se rompe éste y sale el sentimiento á los labios clamando como muger, que padece dolores de parto. (Apoc 12) para desahogar las ansias del corazón. ¡Oh ingenio de amor divino! que desde ab-eterno estuviste ideando esta dicha para los pecadores. ¿Quisiste, gran Dios, que María nos pariese para ti: y como son tantos y tan grandes nuestros pecados, no pudieron ser pocos ni pequeños sus dolores.

§. II.

6 Al poner los ojos en tí, ó Madre alligridísima, aquel Sol divino de tu Hijo, ya vecino á su ocaso, estando ya para entregar su Espíritu al Padre Eterno, entregó los dos de sus redimidos pecadores á tí como Madre suya, diciéndote y apuntando al Discípulo amado: *Mulier, ecce filius tuus*, Muger, veis ahí á tu hijo. Y luego ratificando esta dulcísima filiación, dijo al Discípulo, apuntando á la Madre: *Ecce Mater tua*, ved ahí á tu Madre. Y de esta estremada fineza de Jesús y dignación tuya, Señora, entiende nuestro siervo Hugo Victorino, que no solamente fuiste hecha Madre del felicísimo Juan, sino también del resto de la Iglesia y de todos los pecadores.

7 Todos los cristianos son hijos tuyos, dijo el sabio Orígenes. Mas de los pecadores fuiste constituida Madre con modo singular. (Ruper. cap. 13 in Joan) porque estos te costaron dolores tan crueles, que al parirlos espiritualmente, te obligaron á dar voces y clamar. Así como tu Hijo Jesús nos conoció en la Cruz padeciendo: así tú nos engendraste y pariste con grandes dolores compadeciendo. (S. Ansel.)

8 ¡Oh alma mía, cuánto debes á esta dulcísima y dolorosísima Madre tuya! ¿Tendrás cara para olvidar á tal Madre? ¿Tendrás cara para no servirla y amarla hasta dar la vida por su honor? ¿Tendrás cara para pasar una vida deliciosa sembrada de rosas,

habiendo costado tantas espinas tu nacimiento á tan buena Madre? ¿Querrás obrar tu salud eterna sin trabajos, cuando naciste de las penas de MARIA? ¡Oh dignación imponderable de MARIA! ¡Oh amor prodigioso de Jesús! Ó legado riquísimo de su testamento, más precioso y estimable que todos los tesoros del mundo.

9 O Madre mía amabilísima, tan llena de dolor como de amor, para con tus hijos los pecadores. Desde ahora y para entonces, como el mayor de ellos, te reconozco por Madre y Señora mía, y te admito en el seno de mi corazón y en lo más íntimo de mis entrañas. Quiérote por Madre mía; y cuando yomas afortunado, que teniendo tal Madre? Quiérote por Madre, porque eres prenda del amor de Jesús, á la humana naturaleza encomendada á tu maternal benevolencia. Quiérote por Madre; porque en tí están todos los bienes, todas las gracias, todas las dichas, y para quién las quieres, sino para tus hijos? Quiérote por Madre; porque eres amabilísima, benignísima, amorosísima, hermosísima, suavísima, dulcísima y dignísima de todos nuestros amores y voluntades. Quiérote por Madre; mas sea con la participación de tus dolores, de tus penas, de tu compasión en la muerte de tu mejor Hijo Jesús.

10 Yo, Señora, soy quien intereso en esta dicha, yo el favorecido con gracia tan singular, que no cabe en humano pensamiento. Y más cuando para en-

riquecerme con ella, no hallaste en mi previos méritos algunos, sino pecados muchos, en cuya presencia resplandece tu sobrecabundante misericordia, como la luz del sol en medio de las sombras. Ó quiera el cielo, ó quieras vos, que yo os reverencie, que yo os sirva, que yo os imite, que yo os estime, que yo os ame, y mire con aquella ternura con que un tierno infante mira de hito en hito á su querida madre. Si vos me amáis con un amor invencible, apoyado de tantos dolores, ¿qué razón habrá para no corresponder á este amor con algunas muestras de agradecimiento?

§. III.

11 Mas ay, Madre mía, que no acierto á servirte como te sirvió tu amante Juan, en cuya cabeza se radió esta amorosísima y nobilísima filiación de los pecadores. Ay de mí, que cuando mi pecho había de ser un volcan, en que se recogiesen todos los Vesubios y Mongibelos con todo su fuego, hecho quinta esencia del amor Mariano, me halló anegado en tantos mares de hielo y nieve, cuantos abraza en su rigida region y debajo de su espantoso polo el Aquilon helado. Ay de mí, que debiendo corresponder á esta dignidad de hijo de tal Madre, con una pureza angélica, con una humildad profunda, con una generosa obediencia, me halló desnudo de estos celestiales adornos; y si me visto, no es de la gala de tus hijos,

que es la verdadera caridad, sino de los andrajos de los esclavos más despreciados.

12 ¿Dónde están las memorias dulces de tal Madre? Ó rio Letheo, donde el olvido corre, no ya con las vertientes de líquidos cristales, sino de negros azabaches, ¿cómo se ha sepultado mi memoria entre tus aguas? ¿Qué me sirve la memoria de la lengua en secas alabanzas de tan dulce dueño mio, si esa misma está desterrada del corazón? Si este debiera ser de cera candidísima, donde se imprimieran los rayos de tus ojos, y con sus luces se estamparan tus maternales virtudes, ¿cómo se ha convertido en marmol? ¿Cómo se ha hecho de diamante, donde esas benignas influencias, siendo tan eficazmente operatorias, no hacen efecto alguno?

13 Yo me acuerdo de algunos de tus hijos, que de solo oírte nombrar se derretían en suavísimas lágrimas. Yo me acuerdo, que muchos de ellos con el eco tuyo solo se les partía el corazón en gotosísimos sentimientos. ¡Oh Bernardo! ¡oh Domingo! ¡oh Idefonso! ¡oh Gerardo! ¡oh Gertrudis! ¡oh Mectildis! ¡oh Estanislao! Enseñadme á amar á nuestra Madre. Ó Jesus, Hijo de Dios vivo, Hijo de María, rompé la roca de este pecho, deshacé el hielo de este corazón, desterrad las tinieblas de esta alma, para que acierte á portarme como hijo de tal Madre y como hermano de tal Hijo.

14 ¡Oh amado de mis ojos! ó Jesus carísimo y

amabilísimo, encomiéndame con singularidad á tu Madre, que por tu amor me guie, me guarde, me gobierne. Consígname en sus manos, y dile: Ea, ea, Señora, recibid esta alma al cuidado de tu protección; colocadla á la sombra de tus álas y mostrad que sois su Madre. Yo te la encomiendo con toda la virtud de mi divina caridad. Mirad, Madre mía, que me la presentéis immaculada y labreis al taller de mi corazón. (Anselmus, Apud D. Antonin. 4. p. tit. 45.)

Sicut Christus cognovit nos in Cruce patiendo, ita Maria genuit nos, & peperit in maximis doloribus compatiendo.

CAPÍTULO II.

Del corazón de María dolorida, nacieron los hombres arrepentidos.

Pone me ut agnovit super cor tuum—
Cant. 8. v. 6.

Cor Virginis clarissimum Passionis Christi speculum.—S. Laurent. Justinian.

S. I.

Buen sé, Madre y Señora mía, lo que dijo á vuestra sierva Brigida (cap. 12. Revel.) vuestro Hijo benditísimo, que vos por la compasión y caridad fuisteis

hecha Madre de todos en los cielos y en la tierra. Mas este grande oficio, de tanta honra y provecho para el género humano, no fué á vos tan poco costoso, que no os costase acerbisimos dolores, y dolores de corazón, que traspasaron vuestra preciosísima alma con espada de dos filos, con rigor tan estremado y de intension tanta, que dijo vuestro devoto el Seráfico Buenaventura, que si este dolor se difundiera en todas las vivientes criaturas, morirían de repente con la vehemencia de su rigor. Vuestro Hijo Jesús no os costó dolores en el parto, sino júbilos y gozos: porque era Santo, Imaculado é Inocente; pero los pecadores te costamos dolores esquisitos é intolerables, no solo antes del parto, sino en su misma concepcion, y tanto mas acerhos, cuanto mas generosamente nos concebisteis de la sangre de vuestro corazón, con intrínsecos actos de vuestra amorosa voluntad, aceptadora de todas las penas, por respeto de tu Hijo y de sus redimidos.

2 Los dolores, á cuyo esforzado rigor nos concebisteis desde la Concepcion y Encarnacion de tu Hijo, y despues nos paristeis al pié de la Cruz fueron aquellos mismos que fabricó en tu corazón el amor del Verbo de Dios, que encarnó en tus entrañas. Este imprimió en él vivamente sus llagas, éste le clavó con sus clavos, éste le traspasó con su lanza, éste le taladró con sus espinas, éste le acardenaló con sus azotes, éste le afrentó con sus bofetadas, éste le inapó,

nal inhumana tempestad, con tantos huracanes juntos de oprobios y de penas. Y si el dolor es á la medida del amor, ¿quién podrá comprender los dolores de tu corazón, siendo incomprendible tu amor á Jesús?

3 ¡Oh Virgen nobilísima, entendidísima y agradecidísima! ¿Cuál fós tu amor á Jesús, viendo se albergaba en tu seno virgíneo con gozos inefables, el que vivió con gloria infinita en el seno del Padre de la eternidad? ¿Cuál, contemplando la elección, que de tí hizo entre todas las mugeres para Madre suya, no en el principio de los siglos, sino en los siglos sin principio? Y si las madres aman naturalmente á sus hijos, aunque de éstos no proceda la elección de nacer de ellas, ¿con qué amor amarías á Jesús, que desde la eternidad te escogió para Madre con tanta preeminencia, con tanta dignación y con tan desusados privilegios de la naturaleza?

4 ¿Cuál sería tu amor á este gran-Hijo tuyo, tan único, tan parecido á tí, tan divino, tan humano, concebido singularmente en tu virginal claustro, como arco resplandeciente entre sombras de gloria del Espíritu del Altísimo? ¿Cuál, viendo la inmensa liberalidad de éste Hijo, que te llenó de tantas gracias desde la original de tu concepcion, cuantas no caben en todos los vasos de oro y de cristal de las dos naturalezas angélica y humana? ¿Cuál, siendo este admirable hombre Dios, el mejor de los hijos de los hombres, el

abismo de la santidad, el epílogo de todas las hermosuras, la Sabiduría increada y el piélagó de todas las perfecciones? ¿Quién podrá explicar este dilatado y profundo mar de tu amor á Jesús, que nació en tu pecho nobilísimo de las fuentes de tan superiores y relevantes motivos?

5 ¡Ay Virgen candidísima, ay Paloma inocentísima, qué duro es el rigor y qué acerbó es el dolor, cuando es crecido el amor! ¿Qué sintió tu corazón, viendo á este Hijo tuyo, imán de los corazones, hechizo divino de tu encendida voluntad, hecho objeto y blanco de todas las penalidades? ¿de todos los oprobios? ¿viendo al mas digno del amor de los hombres, hecho un deshecho de la humana naturaleza? ¿viendo al que adoran los Serafines, puesto al desprecio y escarnio de los gusanos de la tierra? ¿viendo, y es lo mas, la ingratitud de los pecadores, maltratando á su mismo Redentor? ¿viendo para los siglos futuros el óvido de los hombres al beneficio de una redencion tan copiosa?

6 Estos si que son dolores de corazón, á fuerza de los cuales nacieron los pecadores de aquel manantial de dulzuras, de aquel abismo de amarguras. ¡Oh que admiracion! Cooperais vos, Señora, hecha martir de amor, y Reina de los mártires, con vuestro Hijo Santísimo á la redencion de los hombres, cooperando ellos á vuestros dolores. Y siendo tan imponderable la ingratitud de ellos, es inefable la dul-

zura, con que vos los recibis por hijos, y vuestro Hijo por hermanos. Esto debemos á Maria; esta es la propiedad de su corazon.

7 Dios te salve corazon virgenco de la Madre de Jesus, corazon ferventísimo, suavísimo, humildísimo, devotísimo, pacientísimo, amabilísimo, fidelísimo y dignísimo de todo amor. O misericordiosísima Señora nuestra y Madre amorosísima, herid dulcemente nuestros corazones, y entrañad en vuestras almas la Pasion de tu Hijo y tus dolores. O Virgen compasiva y llena de amor, junta! vuestro corazon herido por todas partes al nuestro: para que sientan estos tus malos hijos tus penas, sus ingraticudes y desamor, y aprendan de ese encañado corazon á vivir fervorosos.

§. II.

8 ¿Y qué fuera, Señora mia, que debiendote los hombres sumos agradecimientos, hicieran por añadir llagas á tus llagas, penas á tus penas, dolores á tus dolores? ¿Y qué bien parecerá delante de la República de todo el mundo el día grande de los desengaños, y en presencia de la corte de todos los espíritus angélicos, el ver y considerar con estraña admiracion, que cuando tu corazon estaba coronado de las espinas de tu Divino Jesus, el corazon de las almas, que se precian de hijas tuyas, se coronaban de fragrantísimas rosas? ¿Qué, el mirar tu corazon clavado en una cruz

con tres clavos, y el suyo con sus tres potencias clavado y fijo con los deleites del mundo?

9 ¿Qué, el mirar tu corazon triste y afligido con las funestas memorias de la muerte de tu amado Hijo, y el suyo alegre y festivo, acordándose de las halagüeñas vanidades del siglo? ¿Qué, el ver tu corazon desde su infancia ocupado en los pensamientos de un Dios tan maltratado por amante de los hombres y el suyo tan lejos de estos saludables recuerdos, como si la influencia de nuestro universal remedio no se debiera como á dos astros benignísimos á tal Hijo y á tal Madre? ¡O estrañeza! ¡O almas! ¿por qué amais la vanidad y buscáis la mentira? ¿Qué fuera de vosotras sin este Jesus, y esta Maria, remedidores y restauradores de nuestro linage? ¿Qué finzas no les deba vuestra atencion sino queremos ser contadas en el número de las fieras?

10 Pero aquí del pismo de la misma admiracion, O Señora y Madre mia, ¿que haya almas que sufran el añadir llagas á las llagas de tu herido corazon? ¿Qué haya quien le dispare sastas envenenadas, por no huir del veneno de sus culpas? ¿Qué haya quien tire lanzas á vuestro pecho, por no sufrir una injuria, por no moderar la ira, por no matar el gusano de la envidia, por no pisar la cerviz á la soberbia, por no hacerse sordo á los silbos de una sirena y por no pisar contra el deleite, enemigo el mas general, tirano el mas halagüeño, y traidor el mas solapado?

11. Yo me acuerdo de haber leído, que habiendo dejado en testamento un padre una gruesa herencia á tres hijos suyos, para que la poseyese despues de sus dias, el que probase ante juez competente, ser el legitimo. El juez con singular acuerdo dispuso, que el cadáver del difunto padre se pudiese atado á un palo y descubierta al pecho y lado del corazon. Dió luego tres saetas á aquellos tres hijos, diciéndoles, que los tirasen, y que aquel seria tenido por legitimo heredero, que acertase mas con el tiro. Tomaron los tres hijos las saetas; los dos de ellos tiraron al padre, hiriéndole el corazon. El tercero, que era el menor, no quiso cometer tal impiedad, parsiéndole (como lo era) cosa escorabable tirar un hijo un flechazo al corazon, aunque muerto, de su mismo padre. Prohibo con tan pia resolacion su legitimidad, obtuvo la herencia paterna y dejó de sí nombre eterno mas fijo en la memoria de la posteridad, que si se hubiera esculpido en láminas de bronce.

12. Ay Madre amabilisima y dignisima de todos los respetos y cariños. Si lo que se hizo con un padre y con su difunto corazon, se hubiera hecho con una madre, ¿qué dijera la voz de todas las edades, qué sintiera la razon de los hombres, qué los fuerce de su misma naturaleza? ¿Mas quién no ve, que hacen esto mismo contigo los pecadores, por seguir el rumbo de sus insolentes designios? Esto viste, esto consideraste, esto conociste desde tus mas infantiles

años. Y por eso en figura de tus dolores clamaba con alhuridos, que llegaban hasta el cielo, aquella santa muger del Apocalipsis, con las angustias de un tormentoso parto, y con las crueles ansias de unos hijos, que á fuer de vivoreznos peleaban por salir con la suya de romper tus piosísimas entrañas.

13. ¿Y como no habia de ser duro, y terrible este parto, si á un mismo tiempo quisisteis parir tantas fieras como alvergabas en tu maternal claustro pecadores? ¡O que de tigres! ¡O que de osos! ¡O que de ballenas! ¡O que de dragones! ¡O que de serpientes! ¡O que de basiliscos! ¡O que de leones! ¡O que de cocodrilos! ¡O que de panteras! ¡O que de toros furiosos! ¡O que de víboras! ¡O que de perros ratiolos! Estos son los hijos, que tu incomprendible caridad quiso admitir en su seno, y á sus pechos. Estos los que tu benignisimo y prodigiosisimo ingenio transformó en mansos corderos, de sus indómitas condiciones y cerril naturaleza.

14. Estos monstruos soy yo, Señora, estos fui; y con todo eso me recibiste debajo de tu manto como hijo, sin que la fiereza de mis costumbres, y la impureza de mis acciones fuese parte á estorbar, ni disminuir tu precordialisima benevolencia. Perdónad, Señora, mis pecados y yerros. Perdonad mi crueldad, con que ofendi la bondad de tu benignisimo corazon; ¡O quien hubiera gustado todos los instantes de su vida en chequearte con afectos de un

amor seráfico! Y pues tu corazón penado con la imagen viva de la Pasión de tu Hijo fué taller y norma de los que habían de ser verdaderos, y legítimos hijos tuyos, haced el mio muy conforme á tu corazón. Y porque como Madre tenéis derecho á él, y me lo pedis, yo te lo entrego desde luego, para que grabéis en él las llagas de tu Hijo y las tuyas; y á mi me deis tal compasión, que no cese de llorar con lágrimas de sangre de mi corazón las penas de tu Hijo y tus angustias, de que fueron ocasión mis culpas.

15. Y si no queréis admitir mi corazón por indigno, manchado y disforme á tu santa voluntad, hacedme digno de entrar en el tuyo, fuente de inefable dulzura, donde yo mere eternamente. O Madre amorosísima, mostrad que sois mi Madre, aun que yo ingrato hijo, y no me neguéis la entrada en tu dulce pecho. Acordaos, Señora y Reyna mia, que si por tu causa es Jesús nuestro hermano, tú por Jesús eres nuestra Madre. Y si es lícito decirlo así: acordaos, que por causa de este indigno pecador eres Madre de Dios. Pues mis pecados fueron la causa de tener yo tal Redentor como Jesús, y de tener este tal Madre como vos. Y pues, como dice vuestro siervo Anselmo, sois de la sangre de este Señor la dispensadora, entregandoos toda la de sus venas por la que le diste en su Encarnación, haced que con esta sangre se laven, y borren todas mis manchas, y se purifique del todo mi espíritu; para que con tan hermosa disposi-

ción me franqueis facilmente las puertas de tu pecho, y la entrada en tu corazón.

§. III.

16. Puesto en el sagrado retrete de tu pecho, Madre y Señora mia, como en un Sancta Sanctorum, quiero acompañar tus penas con mis penas, tus dolores con mis dolores, tus llantos con mis llantos: que no es de hijos queridos dejar á tal Madre desconsolada en su soledad, como lo hacen muchas almas olvidadizas, de quien te quejaste á tu sierva Brígida (lib. 2. Revel. c. 24.) Recopilaré las principales fuentes de tus dolores, para aumentar el mio, y en señal de mi agradecimiento al amor, con que por mi padecéis, recibid de lo mas íntimo de mi corazón esta salutación al tuyo, atravesado con aquellos siete dolores, ó espadas de dos filos, que le martirizaron en la Pasión y muerte de tu Hijo.

17. Salúdate, benignísimo y suavísimo corazón de María, por el dolor acerbísimo, que padeciste, cuando se despidió de tí, para ir á morir el Autor de la vida. Ruegos por tal Hijo no merezca mi corazón sus ausencias, ni tu olvido.

18. Dios te salve, amabilísimo y mansísimo corazón de María, por el dolor cruel, que sentiste, cuando te notificaron haber sido preso vuestro Hijo, llevado de uno á otro tribunal, acusándole de gravísimos delitos y tratándole indignamente. Ruegos, Se-

hora, por su respeto, que no permittas, que le olvide mi corazon en sus penas, ni en las tuyas.

19 Dios te salve, Reina de los mártires, por el dolor inhumanísimo, que sintió tu corazon, cuando supiste, que á tu Hijo habian azotado cruelísimamente, coronado de espinas y pospuesto á Barrabás. Sienta el mio. Señora, estas afrentas y dolores en los trabajos de esta vida, segun el destino de la divina voluntad.

20 Dios te salve, Virgen dolorosísima por el indecible tormento, que sintió tu corazon, cuando viste á Jesús que lo llevabád por las calles de Jerusalem, cargando una pesada Cruz, en que habia de ser clavado. O Madre mia, quien supiera llevar la de su obligacion por amor de tal Madre, y de tal Hijo.

21 Dios te salve, Madre alligidísima, y Paloma inocentísima, por el dolor, que sintió tu corazon, cuando viste desnudar por los sayones á tu muy amado Hijo, y clavarle piés y manos en la Cruz con agudos clavos. O quiera vuestro amor y mi dicha, que mi corazon sea clavado en esta Cruz, ó en el corazon de Jesús, amor mio, crucificado.

22 Dios te salve, amorosísima Madre mia, por el dolor que sintió vuestro corazon, cuando José y Nicodemus bajaron de la Cruz el cuerpo difunto de tu Hijo, y le pusieron en tus brazos, y allí viste la carnicería, que habia hecho en el mejor de los nacidos; la rabia de los hombres ingratos, y la furia de los

pecados del mundo. O Virgen purísima quien te consolara en este amarguisimo dolor, y no hubiera sido causa de tan acerbísimas penas.

23 Dios te salve, Virgen graciosísima, y Madre dignísima de todo consuelo, por el penetrantísimo dolor, que sintió tu corazon, cuando aquellos dos varones Santos tomaron de tus brazos el cuerpo muerto de Jesús para sepultarlo, y vos quedasteis en total soledad, acompañada de lágrimas y suspiros, y en altísima contemplacion de los misterios de nuestra redencion. Ruegoos, por este inocentísimo Cordero, sepa yo estimar el beneficio de tan costosa muerte.

Eusebius Nieremb. Lib. 2. de Ador. cap. 4.

Ad potentem Crucis accepit nos Maria in filios: ibi peperit nos non ex utero, sed ex corde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

Del patrocinio de la Madre de Dios para con sus hijos los pecadores penitentes.

In umbra alarum tuarum sperabo, donec transeat iniquitas. Psalm. 56. §. 2.

Aquila grandis magnarum alarum venit ad Libanum, & tulit medullam Cedri. Ezech. 17. §. 3.

§. I.

1 **D**EL mar de tu gran Maternidad, como de fuente inagotable, ó gran Señora, nace aquel rio caudaloso de tu amor para con los pecadores, al cual te hace tan ardentemente solícita de su bien, que no cesas hasta sacarlos del abismo de la infelicidad en que viven; pasarlos seguros entre las borrascas del mar del siglo, y colocarlos en el puerto de delicias de Dios.

2 O Virgen y Madre admirable, Abogada nuestra, Consuelo nuestro, Ancora nuestra. ¿Qué fueran sin tí los pecadores? ¿Qué fuerza del mundo sin la sombra de tus alas? O Aquila grande de espaciosa y anchurosas alas, que volaste al Libano, y sacaste la médula del cedro. Esto es, al Verbo increado, del seno de tu Padre, para que sirviese de escudo contra las justas iras de su brazo Omnipotente.

3 O Madre preclarísima, con que ingenio de amor, hecha toda Argos, sembrada de ojos como aquella

misteriosa rueda de Esquivel, (cap. 1. §. 15) recorriste con su Padre á los rebeldes hijos, poniéndolos delante al que el engendrará en los resplandores de los Santos, y tu pariste, para hacer sombra á los que concebidos en tinieblas tuvieron la fortuna de hallarte nacida sobre la tierra con multiplicados ojos para mirar benignamente tanta multitud de pecadores.

4 Y ¿qué alma hay, por desconocida que sea, que no conozca y advierta en los efectos perennes de tu protección á los pecadores, los extraordinarios incendios de amor? Alguna vez deliraba amoroso nuestro siervo Alonso Rodriguez, quando con sincera osadía os dijo: Señora, muchísimo os amo: mas os amo, que vos me amáis. Y vos, con vuestra acostumbrada benignidad, le respondisteis: No, hijo Alonso, mucho mas te amo yo á tí, que tu me amas á mí. ¿Y quién puede dudar, que sacada la quinta esencia de todo el amor, que te tienen, que te han tenido, y tendrán los hombres, no llega, ni con muy larga distancia al primer grado de tu amor á los hombres?

5 ¿Cuántos ahieron por tu mano, y en peñas de tu amparo sobre las estrellas á ver á Dios en el paraíso, que sin tí fueran hoy pasto de las voraces llamas del infierno? ¿Cuántos fueran miserable despojo de las garras del demonio, si no los hubiera sacado de ellas tu poderoso intercesion? ¿Cuántos hubieran experimentado aquella cruel y desesperada muerte, que llama segunda el divino Oráculo, si no

hubieran suspirado por tí, y respirado en tí, cuando iban á perecer? ¡Oh, con cuanta razon es llamado Salomon Muger Fuerte, en cuya lengua está la ley de la elemental! Porque en esta se halla siempre aquella mellilla retórica y elocuencia, con que abogas por los pecadores en el riguroso tribunal del Supremo Juez.

§. II.

6 ¡O Madre de Misericordia! ¡O abismo de piedad! Acuérdomé, de cuando en aquellos lastimosos tiempos, en que vivian en el mundo tus dos amantes hijos Domingo y Francisco, como dos lumbreras de la Iglesia, quiso tu Hijo destruirlo, por sus enemisimas culpas, y tú le detuviste la mano, para que no se ensangrentase en los dormidos, y descuidados pecadores. Pero qué no conseguirán tus dulces voces, tus tiernas lágrimas y piadosos ruegos del Divino Asnero airado contra el pueblo cristiano, siendo tú la mas agraciada, y amorosa Esther, á quien, al mover de tus hermosos labios, se concede al instante, no la mitad de un reino temporal, sino todo el eterno para tus favorecidos.

7 Por eso te llama á boca llena la Iglesia Universal; Refugio de pecadores, Abogada nuestra, Madre de Misericordia, Consuelo de afligidos. Y el Padre Eterno dijo á tu sierva Catalina de Sena, que fuiste escogida de su bondad para cebo dulcísimo de los pe-

cadores. ¡O Bondad inmensa! ¡O caridad infinita de nuestro amantísimo Dios! ¡O MARIA, echizo de los hombres! ¡O MARIA, delicias de los Angeles! ¡O MARIA, gozo de la Corte Celestial! ¡O, y que júbilo y alborozo tan grande hay en ella, cuando por tu medio se convierten á Dios los pecadores!

8 Tú eres el Arca de Noé; porque en tí, y por tí se salvan del diluvio de la eterna condenacion, los pecadores, figurados en tantas especies de animales fieros, como encerró en ella la providencia del cielo. Tú eres la ciudad de Refugio; porque dentro de tus muros, y la sombra de tus almenas se aseguran del cuchillo de la divina Justicia, los mas perdidos delinquentes. Tú eres la Muger vestida del sol, cuyos rayos templan los de la ira de Dios; cuyas luces consuelan las conciencias mas envueltas en tinieblas y horrores.

9 Tú eres luna hermosa; porque cuando la espantosa noche de la culpa dilata su negro manto sobre los corazones de aquellas miserables almas, que voluntariamente se destierran del día del mas claro engaño, tú naces sobre este infeliz horizonte, con rostro tan benigno, con luces tan alegres, y serenas, que destierran y deshacen sus temerosas sombras. Tú eres el Arco Iris, arco amable, arco de paz, y señal de que los nublados y tempestades que el juicio de Dios amenazan al pecador, se convertirán á tu

vista en tranquila serenidad. Tú eres la áncora sagrada y fija, con que la nave de nuestra vida, combatida de las borrascas de los comunes delitos, se asegura en el puerto de la salvacion. Tú eres la tabla en el naufragio, donde se guarecen, y agarran las almas de los que sin tí perecieron, sin remedio, entre las amargas hondas del mar de la muerte.

§. III.

10 ¡O Virgen preclarísima! ¡O honra de nuestro linage! ¡O consuelo de nuestra vida, y luz de nuestras tinieblas! Ahora me viene al pensamiento aquel horrible día, día de llanto, día de tristeza, día de pasmo, en que, como dice el Evangelio, aparecieron en el sol, luna y estrellas, señales tan espantosas, que harán estremecerse, y sacarse de pavor á las más esforzados corazones; pondrán en éxtasis profundo al mundo todo, y hasta las bestias más salvajes harán sentimiento, con espectáculo tan desusado en la naturaleza.

11 También se me ofrece, que aparecerá sobre las nubes preñadas de indignacion el claro Estandarte de la Santa Cruz, en que fué enclavado, y muerto el Autor de la vida por los pecados del mundo. En cual será más horrible, que todas las demás señales para las almas ingratas y delicadas, que desestimando el beneficio de la redencion se hicieron enemigas de la misma Cruz.

12 ¡Ay de mí, ay de mi pecador infeliz! ¡Ay de mí, que tantas veces hice guerra al cielo, y á la misma Cruz! ¡Ay de mí que ofendí á mi Juez en presencia del sol, luna y estrellas! ¡Qué haré, cuando me venga á juzgar? *Quid sum miser tunc facturus?* ¡Quién me defenderá del rigor de aquel día? ¡*Quem patronum rogaturus?* Clamaré á Dios de lo íntimo de mi corazón: *miserere mei Domine, quoniam ad te clamavi tota die.* Da algun consuelo á mi alma para que se levante á tí, sacudido el grave peso de sus culpas: *Loetifica animam servi tui, quoniam ad te, Domine animam meam levavi.* (Psal. 83. v. 3.) Concedeme alguna señal de tu clemencia (ib. v. 17.) *Fec mecum signum in bonum.*

13 Ea anima mía, alegrate, animate, consuelate, que cuando parece más desesperado el remedio, entonces se te abre la puerta de la dicha: *Levate capita vestra, quia appropinquat Redemptio vestra.* (Luc. 21 v. 28.) Levanta ya la cabeza, porque se llega ya tu redencion. ¿Pues de donde nace esta esperanza? ¡O benignísima providencia del Padre de las misericordias! A tantas señales de horror, opone en medio del cielo otra señal grande de gozo: *Signum magnum apparuit in caelo.* (Apoc. 12.) Una Mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas, que sois vos, amabilísima Señora, para remedio mio y de todos los pecadores.

14 ¡O dicha grande! Los mismos astros, que

en el inanimado cielo eclipsados anuncian desdichas, causan espantos y sepultan en sus negros velos nuestra esperanza; esos mismos claros, y serenos en el cielo animado de Manu publican felicidad, ocasionan gozo, y hacen que respire resucitada nuestra esperanza. Es, que ese sol. Señora que te sirve de brillante, y especial adorno es simbolo de la misericordia, cuyo timbre es nacer para buenos y malos, justos é injustos. ¡O sol hermoso! ¡O sol amable! ¡O sol mio, que alumbras mis tinieblas! ¡O sol de misericordia, cuyos rayos templan los del sol de justicia!

15 La astronomia enseña, que cuando el sol entra en el signo de Leon, la tierra se abraza en ardores que ocasionan enfermedades y muertes en los hombres y en los brutos; mas que en entrando en el signo de Virgen, se templan aquellos ardores, y goza la tierra de mas benigno y apacible aire. ¡O Madre piadosísima! Quien es este sol, que entra en Leon, ó como un Leon, si no el Señor de las venganzas, que en la ley antigua castigaba las insolencias de los malos con todo rigor de justicia. Mas luego que entró en ti, Virgen purísima, en la ley de gracia se hizo de Leon Cardero, se templaron sus iras, se mitigaron sus rigores, para consuelo y esperanza de los miserables pecadores. A ti, pues, me acojo el mayor de ellos, Virgen y Madre Santísima de Dios, para conseguir la dicha de vuestro piadoso patrocinio; porque, como dice el Crisóstomo, con el vos nos

conservareis una hermosísima, preciosísima é incorruptible posesion en el reino eterno.

Bonaventura in Psalter. B. Virgin.

Domina, ut non noceat mihi calliditas inimici, sub umbra alarum tuarum protege me.

CAPITULO IV.

MARIA Santísima, consuelo de afligidos y desesperados con los horros de la culpa.

Virga tua, & baculus tuus ipsa me consolata suat. Psalm. 22 y. 4.—Fiat misericordia tua, ut consoletur me. Psalm. 118. y. 76.

§. I.

1 Si aun los gentiles sintieron, que el pecado mortal era un monstruo horrible; y que en este mundo no habia objeto mas formidable, que este monstruo: no es de maravillar que algunos hombres, considerando la innumerable multitud de estos monstruos, que acogieron y abrigaron en su pecho, se afligiesen tanto, viéndose en poder de tantas fieras enemigas, que olvidados de tus antiguas misericordias, ó Madre piadosísima, entregasen su vida lastimosamente á la desesperacion.

2 Actierdone de haber visto el cuerpo del pecado, como habla el Apóstol, en una pequeña sombra ó imagen en bosquejo, (Apoc. 13.) representada á tu amado hijo el Evangelista Juan, y era una bestia espantosa, que subia del mar, compuesta de tres horribles naturalezas, de oso, de tigre y de leon, en que están cifradas tres especies de pecados, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida, que son madres de todos los vicios. Tenia siete cabezas y diez hastas coronadas. ¿Y cuando anda un pecado solo sin que de él broten muchos? ¿Y qué alma hay de quien no haya alcanzado, no un triunfo solo, sino muchos y muchas coronas? ¡O lástima! ¡O desgracia! ¡O infelicidad!

3 Y si esta fuera solo la imagen del pecado, aun pudiera parecer hermoso, y no tan horrible su espectáculo á la desesperacion de las almas ciegas y cobardes. Mas ay dolor: que vence el pecado la fuerza de todas las fieras, la monstruosidad de todos los monstruos, lo fatal y mortifero de todos los venenos y ponzoñas, y el espanto de todas las cosas horribles!

4 Este conjunto de especies espantosas como otras tantas fantasmas, y vestiglos representadas como en espejo de cristal horrible, á la fantasia de algunas almas infelices, las hicieron dar en el profundo abismo de la desesperacion, por no haber acudido á las aras de la clemencia de Dios, siempre invencible y triunfadora de nuestras iniquidades, y al seno de tu

misericordia, como á asilo de nuestros males.

§. II.

5 Dichoso fué, ó Madre y Señora mia, aquel celebrado Tobías, que habiendo entregado su alma á los demonios, con cédula firmada de su mano y con su sangre, en que renegaba de la fé de tu preciosísimo Hijo Jesús, y abandonaba tu amabilísima persona, no obstante tuvieron lugar sus ruegos en el tribunal de tus piadosos oídos, y fué, por tu poderosa intercesion, fructuosa su penitencia. O Virgen poderosísima, ¿qué os negará á vos el cielo (dice nuestro Bernardo) cuando os concedió la conversion de este abominable pecador, y que triunfases del demonio, empeñado en su ruina, hasta las puertas del infierno?

6 O Virgen admirable, no en balde te confiesa la lengua de todos los siglos por Madre de inestimable benignidad para con los pecadores. Porque habiendo vivido entre ellos en este mundo como el Armijo, sin mancharse en sus impurezas; y habiendo sido llena del Divino Espiritu, con tan extraordinaria gracia y santidad, que tu sola, entre todas las mugeres, fuese digna de avetiparle al solío de la eterna luz, hallándote en tan suprema alteza, no te dignas de oír, y admitir cariñosamente á los pecadores, por mas feos y detestables que sean: cuando con corazón penitente acuden á las puertas de tu amparo.

7 Tú eres la puerta del cielo, y la escala por donde suben los pecadores para entrar por esta puerta. Y aunque es cierto, que para ello es áspero, áspero y difícil el camino del cielo, y estrecha la puerta, tu hallaste gracia en el agrado del Altísimo para allanar y suavizar este camino, y agrandar esta puerta. Por eso, habiendo visto su siervo Fray Leon dos escalas, que llegaban de la tierra al cielo, la una roja, cuya extremidad ocupaba la Magestad de tu Hijo, y la otra blanca, cuyo remate ennoblecía tu siempre amable, y deseable presencia. Hallándose en esta vision, al pie de las escalas, el serafico Francisco, y viendo que muchas almas, subiendo por la escala roja, caian unas á los principios, otras al medio, y ninguna llegaba á lo alto de la escala, clamó con voz penetrante, diciendo: *Currite ad Scalam albam*, corred á la escala blanca, y por su medio pudieron llegar al cielo.

§. III.

8 O Maria, via lactea, camino de leche, por donde llegan á la cumbre de la felicidad, los que os aman y buscan de corazon. Ninguno se salva sino por vos. Virgen Sagrada, Trono de Clemencia, Altar de Timpana, y Arca de extraordinarias gracias del cielo. Venid, pecadores, á MARIA, corred á esta blanca escala, y hallareis el descanso de vuestras aflicciones. Corred á las alas de esta Ave Real de espaciosas y es-

tendidas plumas: así por muchos los que se defienden debajo de su sombra, como por ser velocísima en socorrer y amparar á los que la invocan.

9 Corred á esta Fuente de vida: donde corren sus cristalinas aguas, para limpiar de sus manchas á los que llegan á su presencia con la fealdad y monstruosidad de sus delitos. Corred á la Triaca de vuestros venenos. Corred al Tabernáculo de Dios, donde hallareis el Trono de la benignidad Divina en el corazon de MARIA.

10 ¡O Madre admirable! ¡Madre de Gracia! ¡O Tálamo de Dios! ¡O Esposa! ¡O Hija! ¡O Templo del Divino Amor! ¡O Atlio del Cielo! ¡O Estrella de la mañana! ¡O Aurora! ¡O Lirio hermoso de los valles! Acójeme debajo de tu manto, hazme partícipe de tus admirables dulzuras. Las heridas de mis pecados son infinitas; sanallas con el bálsamo de tu inefable caridad. Los monstruos y sombras de muerte, que me rodean y provocan al precipicio de la desesperacion, no tienen número. Las fieras, que despedazan el interior de mi alma, y la tienen envenenada con sus ponzoñas, son tantas, que una sola bastará á destruirla y arruinarla eternamente, si la esperanza en tu benignísima piedad no alentara sus enflaquecidas fuerzas.

11 ¡O Madre mia! ¡O Señora mia! ¡O Reina mia! ¡O luz de mis tinieblas! ¡O Centro de mis esperanzas! O Polo y Estrella faustísima en

mis peligros, y Tabla segurísima en mis naufragios, no me desapareis, no me desprecieis, no os canséis de mis importunos ruegos; llevadme de la mano, y reconciliadme con vuestro Hijo, para conseguir la gracia y salud que deseo.

Richardus Laurent. Lib. 12. de Laud. Virg.

*Maria est Virga consolationis, de qua in Psalmo 22.
Virga tua, & baculus tuus ipsa me consolata sunt.
Virga Maria, baculum Lignum Crucis.*

CAPÍTULO V.

Gózase el alma, de que el padre Celestial la haya dadas en Maria tan Piadosa Madre.

*Regnat eius regnum sempiternum. Dan.
3. §. 100. Lætabor, & exultabo in te
psallam nomini tuo, Altissime. Psal.
9. §. 3.*

§. 1.

CANTARÉ eternamente las alabanzas del Señor, ensalzaré sus inefabables misericordias. Publicaré su gloriosa acción, y extraordinaria liberalidad hasta los términos del orbe de la tierra. Porque sobre la muchedumbre de sus piedades, ha levantado á mi llama á la cumbre de sus favores, dándole en su de-

tierro Madre, que reina sobre las cumbres del cielo.

2 ¡O Padre Eterno, Padre de misericordias, y Dios de toda consolacion! Gracia tuya, grande es la que hiciste con este tu siervo, cuya grandeza no tiene comparacion, ni es recompensable de mi tenuidad. ¿Qué podré hacer, si no reconocer el beneficio con humildes gracias, y no olvidar para siempre á mi bienhechor?

3 ¡O prodigio de la Divina dignacion! ¿Quién habia de pensar, ni qué entendimiento querúbico discurrir, que la Madre de Dios pudiera darse por Madre á un hombre pecador? Veis ahí á tu Madre, dijo tu Hijo Jesus desde la Cruz al género humano, cuando mas gravado estaba en culpas y clamaban al cielo las voces de sus delitos. Veis ahí á vuestra Madre, pecadores, os digo, estando para morir: no desesperéis de morir bien, á la sombra de tal Madre. Yo os serviré de Abogado en presencia de mi Padre; y mi Madre os servirá de Madre en mi presencia. Mi sangre y sus lágrimas serán dos fuentes, en cuyos rojos cristales se limpiarán y hermosearán vuestras almas, para que puedan parecer agradadas y bellas delante del rostro del Padre Celestial.

4 O alma mia, gózate con tan esorbitante dicha. Vietete ropage de gala, para celebrar este favor. Toca el órgano y la citara, y á su dulce sonido celebra, aplaude y canta las glorias de tal dador, las dichas de tal dádiva. ¡O que dolor tan inmenso! ¡O

que dádiva tan grande! O Jesús mío, ¿que escoso son estos de tu infinita bondad? ¿Qué esmeros de tu inagotable beneficencia? ¿Estando tú en los brazos de la muerte, dejais á los pecadores en los brazos de la vida, que es María?

5 O Jesús amabilísimo, ¿qué es esto? ¿Estando vos perseguido de los pecadores, los dejais, en vuestra ausencia, tan amoroso y regalado presente? ¿Estando ellos tan olvidados de ti, hacéis tan dulce memoria de ellos, que les dejais por legado de vuestro testamento á vuestra misma Madre? ¡O gran Jesús! ¡O dulce Redentor, quien no os servirá como esclavo cautivo de estas postrimeras, y tiernísimas finezas! ¿Quién no se acordará de ti con un amor y agradecimiento inmortal, cuando muriendo en tantas amarguras, vea, que te acuerdas tan individual y amorosamente de mí?

§. II.

6 ¿Y por parte de vos, ó María, quien puede ponderar la grandeza de este don? Por cierto, que si un gran rey me hubiera dejado en su testamento un legado de cien mil ducados de oro, lo tuviera por un escoso tal, que contado pareciera hipébole á la creencia. Si me hubiera dejado la mitad de su reino siendo yo un extraño y peregrino, lo tuviera por una increíble dignacion, y una liberalidad sin exemplar. Y si dejara todo su reino con un infinito tesoro de

oro y plata, y piedras preciosas á un enemigo suyo, que le habia maquinado la muerte, lo tuviera el mundo por un hecho tan irregular y desusado, que el bando de los necios al punto lo calificaria por locuria; y el de los cuerdos, cuando mucho, por no errar en el juicio, con un profundo silencio, tiraria el freno al discurso: para quedar en una simplísima aprension y suspension de ánimo.

7 ¡O Rey de gloria excelentísimo! ¡O Jesús Hijo de María! Hermano y Padre de los miserables hijos de Eva, ¿quién no se pasma de esta tu portentosa liberalidad? ¡O cielos! ¡O tierra! ¡O astros! ¡O Angeles! ¡O Serafines! Ya os contemplo en un profundísimo éxtasis de la admiracion, que os causó esta maravilla. ¿María tiene precio? ¿Esta Madre Divina no vale mas que todo el oro y plata de la tierra? ¿Que todas las piedras preciosas? ¿Que todos los tesoros del mundo?

8 ¿No vale mas que la mitad de un reino? ¿Que todo un reino? ¿Que todas las puras criaturas? ¿Que todo cuanto Dios ha criado desde el centro de la tierra hasta la encañabrada cima del Empirio? Mas vale. Pues, ¿cómo da Dios esta gran criatura á un hombre terreno, á un extraño; y lo que es mas, á un enemigo, que maquinó la muerte al mejor Hijo de esta Madre?

9 Tolerable fuera, si el pecador de su parte tuviera para ello algun mérito de congruo, alguna

sombra, borron ó vistumbre de dignidad. Mas todo es al contrario. ¡O Dios! ¡O Bondad incomprendible! Los deméritos é ingratitudes del hombre villano hacen crezca la gracia de los favores: para que así un abismo triunfe de otro abismo; esto es, el infinito de la Divina Bondad del infinito de la humana sinrazon.

§. III.

10 Y si la cordedad de mi discurso quiere investigar la consecuencia de este don, quien no vé, ó Virgén admirable, que es feliz y dichoso el pecador, que como Madre os mira, os reverencia, os sirve: porque tiene en sí una señal fija y segura de su predestinacion para la gloria.

11 Porque tu eres el Arbol de la vida, que produce frutos de vida eterna. Eres el libro de la vida, en que se escriben con letras de oro los escogidos de Dios para el reino de la inmortalidad. Y así dijo vuestro siervo el V. Alano de Rupe, que los que os tienen devocion, tendrán en el cielo señaladas sus frentes con una estrella muy resplandeciente: de esta vida llevaran la buena estrella de vuestra devocion.

12 Acuérdomé de la misericordia, que usó Salomon con el sacerdote Abiathar, (3. Reg. 2.) quando le dijo: *Vir mortis es: sed hodie te non interficiam, quia portasti arcan Domini mei;* hijo eres de muerte: pero hoy no te mataré; porque llevaste la arca

del Señor Dios. Ay Madre clementísima, á cuantos hubiera con denado á muerte eterna, el verdadero Salomon Cristo tu Hijo si á ti, como á Arca de Dios, no te hubieran llevado en sus corazones.

13 A ti siempre llevaré en mi corazon, ó Madre intemerada, Madre verdadera, Madre fecundísima. Por tí suspiraré continuamente alegría de mi corazon, gozo de Israel, consolacion del pueblo cristiano, gloria de los ciudadanos del cielo. En tí viviré, en tí respiraré, en tí descansaré: porque eres vida de los que viven en este destierro, respiracion de los alligidos, y descanso de los oprimidos del peso de sus culpas.

14 A tí te buscaré sin cesar, ¡para que me muestres á tu Hijo, no solamente en la Cruz, como espectáculo del horror y de la admiracion, sino tambien como niño tierno pendiente de tus pechos, y hañados sus labios con el nectar del cielo, que mana de estas fuentes. Con eso, haciendo una bebida sabrosísima de la sangre del Hijo y de la leche de la Madre, se confortará mi corazon, se animará mi confianza, y prorumpirá en vuestra presencia en gozos de mi dicha y en loores de vuestra imponderable dignacion. Gozate, alma mia, de tener tal Madre. Alaba sin parar, la magnificencia y benevolencia de tu Dios; y no se borre de tu memoria este beneficio. Y en tus obras advierte, que eres hijo de la mejor Madre y hermano del mejor Hijo.

Dionysius Cartusianus. Apud Nov. n. 701.

Virgo est humani generis Advocata, pietatis Regina, cui Deus regnum misericordiae dicitur commisisse.

CAPÍTULO VI.

Llora el alma sus males en presencia de su benignísima Madre.

Quis dabit capiti meo aquam, & oculis meis fontem lachrymarum. Jerem. 9. v. 1.

Lacabo per singulas noctes lectum meum lachrymis meis stratum meum rigabo. Psalm. 6. v. 7.

§. I.

Si los males míos ocasionaron, Señora, tus dolores. Si mis delitos fueron causa de la acerbísima muerte en Cruz de tu Hijo. Y si tu amor á este trasladó á tu pecho el torrente todo de sus penas, siendo por esta causa tu corazón, como dice tu Lorenzo Justiniano, un espejo clarísimo de la Pasión de Jesús y una perfecta imagen de su muerte; delante de quien lloraré mis males, origen de los tuyos, lloraré mis pecados, fuente de tus dolores, sino delante de ti quebrantada de penas, como un mar amargo, hecho tu corazón trono de Jesús crucificado.

2 Asi se ingenia mi amor y mi dolor, y así espera, que la acerbidad de tan noble y riguroso espectáculo causará en mi alma la debida confusión de sus delirios y herirá mi corazón con un dardo del mas generoso dolor, y moverá á la piedad de tu Hijo, por respeto de tu piedad, á perdonar mis yerros, lavando mis manchas con su inocente sangre: con que pasando á la nueva vida de la gracia, emplearé la que me queda en este valle de lágrimas, en cantar agradecido sus misericordias y en celebrar tu memoria con continuos obsequios.

3 El Espiritu Santo me dice: (Prov. 1. v. 8.) *Audi fili mi disciplinam patris tui, & ne dimittas legem matris tuae: ut addatur gratia capiti tuo, & torques collo tuo.* Oye hijo mio, la doctrina de tu padre, y no dejes la ley de tu Madre para que se añada gracia á tu cabeza, y un collar de oro á tu cuello.

4 O Virgen Santísima ¿quién es mi Padre sino Jesús? ¿Y quién es mi Madre, sino vos, llena de gracia y de dolor? A Jesús debemos el ser y la libertad de hijos de Dios: á vos el renacer y vivir para el cielo, los que estábamos condenados al infierno. ¿Y cuál es la doctrina de mi Padre? Si no la que nos da á los pecadores, por su profeta (Joel cap. 2. v. 12. & 13.) diciendo: "Convertíos á mi con todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y gemidos. Romped vuestros corazones, y no vuestras vestiduras y convertíos al Señor Dios vuestro: porque es

“benigno, y misericordioso, paciente, y sin número
“sus misericordias, y fácil en perdonar sus injurias.”

5 Y ¿cuál es la ley de mi Madre? Si no la que imprimiste en mi corazón con caracteres de luz, cuando espiritualmente me engendraste, grabando en él mi obligación á servirte, á ley de buen hijo, y no borrando de él las de tu soberano Hijo, y Señor. Porque lo contrario es contra la naturaleza y la razón. Y ¿qué es esto? Si no convidarme con el perdón de mis culpas, y facilitar la gracia del Hijo con la asistencia, intercesión de la Madre.

6 ¡Oh qué convile tan regalado! ¡Oh qué palabras tan dulces! ¡Oh qué llamamiento tan amoroso! ¡Oh Virgen piadosísima! ¿en qué mejor ocasión lloraré mis yerros, y esperaré el perdón, que cuando veo puesto en tu mismo corazón tu amor crucificado? Cuando! Si no cuando hay dos motivos tan relevantes, y superiores para aplicar la ira del Padre, y templar su justicia, como padecer el Hijo en el corazón de la Madre, y padecer la Madre en el corazón del Hijo. ¿Quién temerá ya la tempestad, é indignación del Cielo, estando el iris con tanta serenidad entre tierra y Cielo?

7 Si de mis ojos se vertieran tantas lágrimas de sangre, cuantos tienen liques cristalinos las fuentes, los mares y los ríos, aun no eran bastantes para llorar mis males. Si mi corazón, siempre de pederal á los silvos del Pastor Divino, se deshiciera

en menudas piczas, como las piedras, y peñascos en la muerte del autor de la naturaleza, aun no hiciera el debido sentimiento á sus ofensas. Si de mis venas salieran tantas avenidas sangrientas, cuantas de los sagrados cuerpos de los mártires á esfuerzos de la tiranía; y de los santos confesores á impulsos del amor divino, aun no hiciera yo la menor demostración en recompensa de los pecados míos, y de los agravios vuestros. ¡Oh Dios mio pacientísimo! ¡Oh Padre mio amantísimo! ¡Oh Señor mio dulcísimo!

8 ¡Oh locura mía! ¿por qué emprendí un asunto tan feo al Cielo, y tan indecoroso á la naturaleza racional, de que no pude sacar otro fruto, que el del arrepentimiento? ¿A dónde estaba mi razón, donde mi juicio, cuando ofendí á tal Hijo y á tal Madre? Ay de mi, ay de mi. ¡Oh quién hubiera muerto por quien así ofendí!

§. II.

9 ¿Dónde estaba yo, Madre mía, cuando me engolfé en aquel mar grande de mis amargas vanidades, donde los vientos todos de mis pasiones á guisa de uracanes combatían á un tiempo mismo el vagabundo de mi engañada vida? Y si en tal mar los galeones de alto bordo parecen, ó estrellados en sus sirtes, ó trágados de sus ondas, ¿qué podría esperar en tan deshecha borrasca mi frágil navichuelo, si tú, ó Madre

amorosísima, como estrella del mar no me hubiera alumbrado para coger puerto en el desengaño, y ancorarme en él?

10 ¿A dónde estaba yo, cuando fabricaba torres de viento, y palacios de humo, gobernado de los altísimos pensamientos de mi altiva presunción? ¿A dónde, cuando de mi inclinación indómita los ímpetus me hicieron cometer tantos yerros, y acometer á tan temerarios precipicios, que fueran cordura lo de un loco, poseído al mismo tiempo de un extraño frenesí?

11 ¿A dónde estaba yo, cuando paseaba divertido, y con los ojos vendados aquellos engañosamente amenos campos de mis delicias, sin reparar, que á cada paso tropezaba con una sima tan profunda, que llegaba hasta los abismos del infierno? Y yo simplemente embelezado con el canto de las sirenas, que lisongeban mis oídos en aquel lugar de fantásticos deleites no advertía, que aquellas voces me llevaban á un peligroso despeñadero, de donde sería mas horrible la caída, y el despeño mas ominoso.

12 ¿A dónde estaba yo, cuando no pensaba, ni de día ni de noche, sino en amontonar baces de espigas en las falsas riquezas de este mundo, que llenan de inútiles y congojosos cuidados, y punzan continuamente el corazón? ¿A dónde, cuando ni pensaba en el Cielo, ni en sus verdaderos y eternos gozos, que se reparten por vuestra mano, sino co-

mo animal inmundado en los sucios y asquerosos placeres de la tierra? Ay de mí, ay de mí, ó quién diera la vida por quien así ofendi.

13 Mas descienda mi pensamiento, profundizando en la consideración de mis ciegas y antiguas vanidades. Ay Dios! Ay Madre de Dios! Ay riqueza de los Cielos! Si los hombres conocieran el gran mal, que en sí encierra una sola culpa, gravemente ofensiva, de un Dios Omnipotente. Y que cierto es, que no se arrestaran á cometerla con la facilidad, y propensión, que el ciervo herido se arroja volviendo al agua cristalina. Ay, y como vieran la luz de este conocimiento, que no es cosa de pasatempo, atropellar y pisar las leyes de aquel Supremo Legislador, cuyo nombre es Rey de Reyes, y Señor de Señores, y á cuyo poder tiemblan las columnas del templo de la eternidad!

14 O como el pensamiento de los años eternos les tuviera el freno, para no desbocarse, y despeñarse en el abismo del pecado, humillando su cerviz ante el Tribunal de la Justicia eterna, no menos que los collados del mundo se encorbaron á vista de los caminos de su eternidad. (Habac. 3. v. 6.) Un Profeta dice, que está toda la tierra destruida y desolada, por falta de consideración. Y en otra parte atribuye la omisión, y olvido de la penitencia, á que ninguno revuelve en su corazón es-

te importante pensamiento; *Qué hice cuando pequé?*

§. III.

15 ¡Oh Jesús mío, clavado en una Cruz por mi amor en medio del corazón de María! Qué hice, cuando te ofendí? ¡Oh Dios! Y qué no hice? Negué bárbaramente tu Divinidad, haciendome del bando de los impíos, que digeron en su corazón: *No hay Dios*, (Psalm. 52.) Porque ni quería en vos poder, ni voluntad, ni justicia contra mis pecados; y aun también que se ocultasen á vuestra vista; siendo sus ojos para ver mas claros que el mismo sol: con que á un mismo tiempo las tinieblas de mi ceguera te querian un Dios defectuoso y quimérico, ¡oh querer, sin justicia y sin sabiduría, ¡oh locura mía! ¡Oh torpe brutalidad!

16 ¡Oh María, sol de mis tinieblas, y lumbre de mis ojos! Qué hice, cuando ofendí á mi bien infinito, á mi Criador, á mi Padre, á mi Restaurador? Es poco abandonar el gusto de Dios, y atropellar sus leyes? Es poco volver las espaldas á una soberana voluntad, que esencialmente pide la obediencia, y renulimiento de sus criaturas? Es poco, romper un yugo tan amable, y unos vinculos tan amorosos?

17 ¿Es poco, como dice el Santo Job, (Cap. 15)

levantar contra Dios la mano, y reforzarse contra el Omnipotente? Un Rey poderoso de la tierra es en tu presencia, ó gran Dios, como un punto indivisible de polvo, azotado de diversos vientos de adversidades y miserias propias de la humana inestabilidad, y le temen los hombres, le respetan, le adoran, y le atienden al gusto, como si de él solo dependiera toda su felicidad, y vos, Señor, tan poderoso, tan alto, tan formidable, tan bello y tan amable, no mereceris nuestro respeto, nuestra adoracion, nuestro temor, nuestra atencion y nuestro amor. Se debe mas á una pobre criatura, que al mismo Criador? Ay de mi, ay de mi, y quién diera la vida por quien así ofendí!

18 Y si yo considero, ó Madre mia, siempre ántes á los divinos beneficios, los que de vuestro Hijo he recibido, los que me hace cada dia y los que espero recibir, hijo en la firmeza de sus promesas, ¿cómo no se partirá mi corazón de dolor, á vista de mi ingratitude? La creacion, entre Cristianos, la redencion del infame cautiverio de Salán, la vocacion á los estrechos abrazos de su amor en la Religión, la conservación del ser y vida, la Protección en librarme de los males y peligros, la Santa Eucaristia, para apacentar mis espírituales hambres con regalos angélicos, la gloria eterna con delicias inefables, que ni los ojos vieron, ni caben en la humana comprension.

19. ¿Cómo, pues, no llorarán mis ojos los olvidos de un Dios tan bienhechor? ¿Cómo no llorarán esquivadas tantas mías á favores tan crecidos? ¿Cómo no llorarán tan ruines, y villanas correspondencias, á tan subidas misericordias? ¿Tan bruti insensibilidad, á un amor tan exesivo? Ay de mí ay de mí; ¡oh, y quien diera la vida por quien así ofendi!

20. ¡Oh Dios mío! ¿Qué te ofendi? En tu misma presencia? ¿Delante de tus ojos? ¿Haciendo armas de tus mismos beneficios? ¿Qué pelee contra tí, que eres mi Padre, mi Redentor y mi Dios, dignísimo de todo amor, de todo respeto, de toda veneración? ¿Qué no hice reparo, Jesús mío en volver á crucificar, haciendo de mis verros clavos para cometer semejante atrocidad? Y si es infinito el atrevimiento del pecador, como dice vuestro Santo Villanueva, después de haberos visto Crucificado en el Monte Calvario, ¿cuánta fué mi osadía y mi impiedad, volviendlos á crucificar en el corazón de MARIA? Ay de mí, ay de mí, ¡oh quién diera la vida por quien así ofendi!

21. Dad, Señora, á mis ojos fuentes de lágrima perennes, y traspasad mi alma con una espada de dos filos, hecha al fuego del divino amor, para llorar días y noches enteras tantos pecados, con que á Dios y á vos ofendi. Sacad de la dureza de marfil de mi corazón, abundancia de lágrimas y sus-

piros, para que lllore siempre, amando á tan dulces dueños míos, y ame siempre llorando en significacion de lo que siento su ausencia y su retiro. ¡Oh amores míos, Jesús y Maria! Muera yo de amor, muera yo de pena de haberlos ofendido.

Bonaventura in Spec. Lec. 10.

Per benedictam ancillam Mariam quasi tot servi Domini loti sunt, quod fideles ejus suffragis, à peccatis mandati sunt: ipse enim quot sercorum Domini pedibus aquam obrutis, quod parentibus lachrymas compunctionis obtinuit.

CAPITULO VII.

Hasta el pecador al Hijo y á la Madre por el perdón de sus culpas.

Cur non totius peccatum meum, & quare non auferis iniquitatem meam? Job 7. v. 21.
Amplius laeta me obivi quietate mea. Psalm. 50. v. 3.

§. I.

1. **A** ti clama mi alma, Madre de misericordia. A ti clama de lo más profundo del corazón. Llorando lloraré el insoportable peso de mis males, que me tiene agobiado hasta los abismos. Mirad, Señ-

19. ¿Cómo, pues, no llorarán mis ojos los olvidos de un Dios tan bienhechor? ¿Cómo no llorarán esquivadas tantas mías á favores tan crecidos? ¿Cómo no llorarán tan ruines, y villanas correspondencias, á tan subidas misericordias? ¿Tan bruti insensibilidad, á un amor tan exesivo? Ay de mí ay de mí; ¡oh, y quien diera la vida por quien así ofendi!

20. ¡Oh Dios mío! ¿Qué te ofendi? En tu misma presencia? ¿Delante de tus ojos? ¿Haciendo armas de tus mismos beneficios? ¿Qué pelee contra tí, que eres mi Padre, mi Redentor y mi Dios, dignísimo de todo amor, de todo respeto, de toda veneración? ¿Qué no hice reparo, Jesús mío en volver á crucificar, haciendo de mis verros clavos para cometer semejante atrocidad? Y si es infinito el atrevimiento del pecador, como dice vuestro Santo Villanova, después de haberos visto Crucificado en el Monte Calvario, ¿cuánta fué mi osadía y mi impiedad, volviendlos á crucificar en el corazón de MARIA? Ay de mí, ay de mí, ¡oh quién diera la vida por quien así ofendi!

21. Dad, Señora, á mis ojos fuentes de lágrima perennes, y traspasad mi alma con una espada de dos filos, hecha al fuego del divino amor, para llorar días y noches enteras tantos pecados, con que á Dios y á vos ofendi. Sacad de la dureza de mármol de mi corazón, abundancia de lágrimas y sus-

piros, para que lllore siempre, amando á tan dulces dueños míos, y ame siempre llorando en significacion de lo que siento su ausencia y su retiro. ¡Oh amores míos, Jesús y Maria! Muera yo de amor, muera yo de pena de haberlos ofendido.

Bonaventura in Spec. Lec. 10.

Per benedictam ancillam Mariam quasi tot servi Domini loti sunt, quod fideles ejus suffragis, à peccatis mandati sunt: ipse enim quot sercorum Domini pedibus aquam obrutis, quod parentibus lacrymas compunctionis obtinuit.

CAPITULO VII.

Hasta el pecador al Hijo y á la Madre por el perdón de sus culpas.

*Cur non totius peccatum meum, & quare non auferis iniquitatem meam? Job 7. v. 21.
Amplius laeta me obivi quietate mea. Psalm. 50. v. 3.*

§. I.

1. **A** ti clama mi alma, Madre de misericordia. A ti clama de lo más profundo del corazón. Llorando lloraré el insoportable peso de mis males, que me tiene agobiado hasta los abismos. Mirad, Señ-

ñora, á este hijo Pródigo, que suspira del lugar de horror, de la niebla, de la inmundicia y fealdad con los piés descalzos, y hechos pedazos de sus errados pasos. Calma, y apela á ti como á su Madre, no olvidado de las veces que le has favorecido, amparado y escusado con el Padre.

2 Reconoce, oh bienaventurada Señora! tus pobres, y desamparados hijos, á quien tu Jesús no se avergüenza llamar hermanos suyos. Y si por su causa le viste en tu corazón aun desde su infancia muerto, para que ellos no muriesen, ¿cómo podrá contener las lágrimas y no compadecerte, mirándolos muertos en el pecado? ¡Oh dolor! Nos cautivan, nos arrebatan, nos arrastran, nos despedazan nuestros enemigos; y no hay quien nos saque, y redima de sus crueles manos. Nos tienen en prision mas oscura y tenebrosa que la noche; y no vemos rayar el Alba del mejor día, que por nosotros responda.

3 Ea, levántate Bella Aurora, de cuyo hermoso brillante rostro esperamos el destierro de nuestras tinieblas, y la libertad de nuestras prisiones. Levántate presto, luz alegre, luz festiva, luz hermosa, y entra en la sala del buen despacho, que es el pecho de Jesús, para que en ella por ti hallé propicia respuesta nuestras peticiones. Estiende tu manos immaculadas delante del altar de oro de la humana reconciliación, y será por ti conseguible lo

que por tu medio solicitamos; y por ti excusable lo que con razon tememos. Por ventura tu súplica para nuestro remedio, ¿podrá tener repulsa, ó padecer confusión tu semblante, haciéndola vos á aquel Señor, á quien infante tierno, llorando consolaste muchas veces como dulce Madre?

4 ¿Quién, pues, Señora, es mas poderoso en méritos para aplacar la ira del Juez que vos, que mereciste ser Madre del mismo Juez y Redentor? No dudes, Señora mía, porque él es nuestra carne, nuestros huesos, nuestra salud, nuestra gloria, nuestra cabeza y él conoció la hechura de sus manos, y lo frágil de su barro.

5 No tardes, Señora mía, que es insoportable la carga de mis delitos. Estoy tan cargado de ellos, como de prisiones de hierro, que ni me dejan levantar la cabeza al cielo, ni á mi boca respiración. Tales fueron mis abominaciones, con que irrité la ira del Altísimo, y empañé la claridad del cielo traspasando sus leyes. Son ya insufribles mis llagas, porque de la planta del pié hasta la cabeza, no se hallará en mí sanidad.

§. II.

6 Ea, Madre de piedad, aprieta, aprieta; consígueme el perdón de mis culpas; que están muy nuevas las llagas, y no bien curadas con la penitencia; y tengo mucho que temer los rigores de la

justa indignación del Todopoderoso. Veo desencajarse de sus solios los diamantes mas firmes del Empiro por el pecado. Veo ennegrecerse y afearse estrafuamente las estrellas mas rutilantes. Veo arrojarse á los profundos del infierno los vasos cristalinos, tersos y resplandecientes de tantas bizarras inteligencias, que antes habian servido de adorno en el aparador de Dios.

7 Veo desterrados del Paraiso á Adán y Eva, privados con sus descendientes de la justicia original, y de las inmensas delicias y gustos de aquel lugar, y llenos de lepra, amarguras y confusiones. Veo al mundo todo anegado en un horrible diluvio, y revueltas sus hediondas aguas en otro diluvio de cadáveres delinquentes; sin que en esta ruina universal se salvaran sino pocas almas, que siguieron el camino de la justicia.

8 Veo reducidas á cenizas con fuego del cielo las cinco nefandas ciudades colocadas en la region de Segor: cuya amenidad y delicioso temperamento les habia dado antes el nombre de Paraiso de Dios. Veo las reliquias del fatal destrozo, que hicieron las aguas del mar Vermelho en los Egipcios, que perseguian al pueblo de Dios. Veo la soberbia de Sennacherib Rey de Siria, castigada en una noche por un ángel, con la muerte desastrada de ochenta y cinco mil combatientes.

9 Veo la vanidad de David vengada con atroz

muerte, á rigores de una cruelísima peste, que en un solo dia cortó el estambre de la vida á setenta mil vasayos suyos, ciudadanos de Jerusalem. Veo jugar el brazo de Dios sobre los imperios, pasando de unas naciones á otras, por la malicia de los pecados. Veo destruida á Babilonia que tantas veces triunfó de Jerusalem. Veo á la Asiria, Media y Persia anegada en sus mismos infortunios. Veo la Grecia primero como un sol brillador en trono de hermosos arboles, y rubicundas luces, y despues eclipsada y puesta en su funestísimo ocazo en la creciente de la Otomana Luna.

10 Veo el imperio Romano, que mandó al mundo con dominio absoluto, deshacerse en menudas piezas, como las nubes con un recio viento, para mayor confusion del linage humano y sangriento catástrofe de tantos como han perecido á violencia de las armas desumadas con la division de los reinos. Veo últimamente al mismo pueblo de Dios, antes objeto de sus caricias, reducido á una infame servidumbre debajo de las demas naciones, la que tenia su gloria colocada sobre las cumbres de los montes. ¡Oh pecados! ¡Oh malicia de los mortales á lo que obliga á Dios!

11 Ruje el leon, ¿quién no temerá? Por tanto, Madre mia, Refugio mio, esperanza mia, no ceses de rogar por mí al Señor, para que cesen sus enojos. No dejes de la mano el negocio de mi salvacion,

pues en tu mano está mi dicha. ¡Oh Madre benignísima y amabilísima! llévame de la mano á tu Hijo, para que yo le pida perdón de mis culpas: que seguro tengo el buen despacho con tal Madre y tal interesora.

12 ¡Oh Jesús mío! desde tu infancia llagado por mi amor en el corazón de María, permíteme postrarme á tus pies santísimos, para pedirte perdón de mis pecados. Bien es, Dios mío, que no lo merezco; mas á quién acudirá este polvo, sino á quien de polvo le formó y con tanta misericordia le amasó en sus manos. Tú eres la fortaleza de este barro, y no tiene otra mas fuerte á donde guarecerse cuando sus enemigos le persiguen para quebrarlo.

13 ¡Oh buen Jesús! inclina tu oído á mi oración, y escucha benigno mis palabras, que son de un arrepentido pecador, que como otro Publicano clama al altar y trono de tu clemencia, por el remedio de sus males, diciendo: *Dos mío, sed propicio á este grande pecador.*

14 ¡Oh Cordero mansísimo de Dios, ten misericordia de mí! ¡Oh Hijo de María Virgen, borra la escritura de mis pasadas abominaciones! Haz este por respeto de tu Padre Celestial, que te encomendó esta oveja perdida, que tantos años tragiste sobre tus hombros. Por respeto de María tu Madre,

que te dignaste fuese también mía: quien cooperó á la redención de los pecadores con tan crecida parte de penas. Y últimamente por tí mismo, que eres la misma bondad, y no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

15 ¿Quién podrá sufrir la grandeza de tu ira si la derramas sobre nuestras cabezas? Ea, triunfe la magnífica gloria de tu siempre brillante misericordia, con que perdonas los pecadores y haces de las piedras hijos de Abraham. En tí esperaron nuestros padres, y no fueron confundidos. Clamarou á tí, y os salvaste. Yo soy todo tuyo y todo me ofrezco á tí, salvame por la honra de tu nombre.

16 Ahora me convierto á vosotros dos, ¡oh buen Hijo! ¡oh buena Madre! ¡oh Rey del cielo! ¡oh Reina de los ángeles! ¡oh Padre de miserables! ¡oh Madre de penitentes! otra vez gemiendo y llorando me llevo á vosotros, para que escuchéis las voces de mi deprecaçion, y no me apartéis de la presencia de vuestros ojos.

17 ¡Oh Jesús Hijo de María, oye á tu siervo! ¡Oh María Madre de Jesús, oye á tu alumno! ¡Oh piadoso Señor, no apartes tu rostro de la voz de mi gemido! ¡Oh dulce María, no me alejes del seno de tu misericordia! Mirad, ¡oh Santísimo Hijo y Santísima Madre, á este pecador, que delante de vuestros ojos se arrepiente, gime, suspira y llora por sus pecados.

18 Ruegos, ¡oh buen Señor! ¡oh buena Señora! Ruegos, ¡oh piadoso Hijo y piadosa Madre! Ruegos por esta misma verdad de vuestra misericordia y de mi Redención; por esta singular esperanza de los pecadores, que de la manera que tueres Hijo, y tú Madre, para que se salve el pecador, así sea absuelto y remediado este pecador.

19 Piadosísimo Señor, perdonad al siervo de vuestra Madre. Piadosísima Señora; perdonad al siervo de vuestro Hijo. Ea, Señor mío, ea, Señora mía, no me aparte de este lugar hasta que mis yerros sean totalmente desatados, y perdonados mis delitos. Jesús, dulcísimo Hijo de Dios vivo, oye la oración de este pecador. María, suavísima Madre de Dios vivo, oye mis ruegos y súplicas. Uno, y otro interceded por mí en el acatamiento del Padre Eterno, para que mi oración suba como incienso á su presencia.

Ricardus de Sancto Laurentio.
Lib. 12 de Laud. Virg.

In Maria velut in horto condenso. & umbrato invenitur umbra propitiationis: ad hoc enim ob ambrositatem virtutis Altissimi in Filii conceptione: ut ipsa precibus suis, meritis & exemplis obumbraret peccatoribus contra furorem divinæ iracundiæ.

CAPÍTULO VIII

Eide el pecador auxilio á MARIA para el tremendo trance de la muerte.

Si ambulavero in medio umbræ mortis non timebo malo: quoniam tu tecum es. Psalm. 22 v. 4.

Hora mortis suscipe. Eccles. in hym.

§. I.

Y es el tiempo, en que las sombras de la muerte, y las imágenes de mis propios delitos empiezan á combatir á mi afligido y acorralado espíritu. Y quién pudiera resistir á tan poderosa y desahogada hembra, si no estuviera cercado del muro de tu amorosa y santa protección, ¡oh María!

¿Cuánto es lo que los pecadores deben á tu maternal cuidado, á tu luciente sombra, á tu escudo impenetrable! Llegó la muerte vestida de horrores con su arco y flecha: á cuyo valor ninguno puede resistir de los nacidos, acompañada de un ejército de funestísimos pensamientos, parte producidos de la memoria de mis antiguas vanidades, parte de la prevención, que hacen mis enemigos invisibles para destruirme y solicitar con todo esfuerzo, que me traguen los abismos, y sus vengas-

doras llamas en el mismo punto de la despedida del alma de mi pálido y consumido cuerpo.

3 Esta horrible escudron era capaz de hacer vacilar mi triste ánima y ponerla en la ladera más peligrosa del despeñadero de la desconfianza, si en medio de este confuso caos, y espesísimas tinieblas de mi espíritu no se me pusiera á la vista, ó Señora, tu dulce memoria y malísima devoción, como un cielo claro, sereno y resplandeciente, sembrado de luminosos astros, que desterrando tan sombríos pensamientos, llenarán mi corazon de claridad, gozo y confianza.

4 O, y que bien dijo tu capellan el padre Juan del Campo, estando para morir, á otro padre su confidente, de nuestra Compañía: *O padre mio, si supieses cuan extraordinario consuelo trove á la hora de la muerte el haber regenerado con singular estudio á la Madre de Dios.* Así lo experimentó este tu siervo y así lo experimentan todos los que devotamente te sirven. Porque eres Madre agradecidísima, Reina magnificéntísima, Señora liberalísima y no permites que á tus sirvos los dominen los riesgos, los ofusquen las tinieblas, los vengzan las tentaciones, ni los sepulte en su abismo la desesperacion.

5 Acuérdome de haber leído de un amante hijo tuyo, que habiendo caído enfermo de una grave dolencia; y habiéndosele postrado las fuerzas corporales, mas de la vehemencia del amor que tenia, que de las

fuerzas del achaque; cansado ya de la larga prolongacion de su destierro, y deseando verse ya en los celestiales tabernáculos, aspiraba y suspiraba por la santa Jerusalén y por ver la gloria de tu rostro, y decía á semejanza de Jonás: *Ahora, Señora, saca mi alma de la prision de este cuerpo: porque me ex mejormir que vivir.* Y como David: *Fuero sed mi alma de ti, fuente de agua viva; quando apareceré delante de tu rostro?*

6 Pero no ignorando, que instaba la peligrosa lucha con el demonio y que se acercaba ya el último trance de la pelea con tan valiente enemigo, armado de confianza y no olvidando tus misericordias, se acogió á ti con humildad, diciendo: *O Maria, socórreme, defiéndeme del enemigo y recibe mi espíritu en la hora de mi muerte.* Y Tú, Señora, tan llena de piedad como de gracia, tomaste tus álas grandes para socorrerle en el peligro y asistirle con tu sombra. Porque basta un gemido y una lágrima de un hijo tuyo afligido, para mover á compasion tus maternales y virginales entrañas.

7 Y así apareciéndote con tu acostumbrada benignidad á este tu afligido siervo, balagandolo y llamándolo por su nombre con inleible suavidad, le digiste: *Aquí estoy, hijo, para sacrecerte, confia. Si puede la madre ausentarse de su único hijo, estando para morir, si puede no compatecerse, ni gozar de sus abrazos: pero yo no me olvidaré de ti, yo nunca te dejaré.*

8 Con este conorte recibió el moribundo consolísimo los santos Sacramentos, y tú, Señora, le asiste como Madre amantísima, al recibir la Estremaunción, levantándolo y volviéndolo con tus sacratísimas manos y enlazándolo en tus brazos, por prenda carísima de tu amor. Y echanlo el resto á tu admirable dignacion, y desplegando tus graciosísimos labios, le hablaste de esta manera:

9 *Mira, hijo, por quien aspiras de lo profundo de tu pecho. Mira á quien deseas de lo íntimo de tu corazón. Mira el fruto benditísimo de mi purísima vientre á Jesus dalcísimo mi Hijo, que te es propicio y favorable, abraza al que te ama.* Y abrazando el moribundo con todo el afecto de su alma á tu divino Niño, y unido con él su corazón anegado en celestiales delicias, entonó en compañía de los Angeles con suma suavidad el cántico de Simeon: *Nunc dimittis seruum tuum Dñe secundum verbum tuum in pace.* y entregó su alma en tus manos, seguro de la gloria que esperaba en el cielo.

10 Entonces concurrió una escogidísima y bellísima compañía de ciudadanos del cielo, Angeles y Santos, en forma de jóvenes de prestantísimos aspectos y amabilísimos semblantes, con cuya pompa subió sobre las estrellas triunfante aquella alma tu devota, y á guisa de cisne divino, al subir á los alcázares sempiternos, cantaba con mirífica melodía, dirigiendo á ti sus acentos y pronunciando estas melifluas voces:

Bendita seas, Señora, que no permitiste fuese mi alma presa de los dientes de mis enemigos. Mi alma fué sacada como el pájaro del lazo de los cazadores. El lazo se rompió y tú misericordiosamente me libras- te de sus manos.

§. II.

11 ¡Oh muerte, qué tranquila y apacible eres para aquellos á quien defiende la sombra de MARIÁ! ¡Oh muerte, qué resplandeciente y clara eres para aquellos, á quien alumbra este hermoso astro! ¡Oh muerte, qué meliflua es tu memoria para quien la tuvo en vida, de MARIÁ! ¡A donde está tu victoria, tu estímulo, tus horrores, tu sombra horrible, tu semblante triste y tus asombrosos espectáculos? Todos estos nublados deshacen los rayos de tu sol y las amables luces de tu presencia. La muerte de tus hijos es preciosa, serena, alegre, clara, festiva y toda triunfo. ¡Qué felicidad!

12 Pero, ¡oh muerte, qué funesta y melancólica es tu memoria para los que viven aprisionados con las cadenas de los deleites del siglo! ¡Qué amarga para los que pusieron su dicha en el humo de las honras y en las espinas de las riquezas falsas! ¡Qué intolerable, para los que olvidando el culto y devoción de MARIÁ, pasaron sus breves días cautivos de sus pasiones e idólatra de sus mismos vicios, como si la

muerte no les siguiera hasta los umbrales del infierno!

13 ¡Oh qué temerosa es aquella hora postrera para las almas, que habiendo empezado á servir á esta gran Señora, como á su norte y guía en la peligrosa navegacion de este proceloso mundo, dejaron su soberana belleza por las heces y fealdades de una beldad terreno! Ay de los que abandonaron esta luciente estrella, que antes resplandecía sobre el horizonte de su corazon, por un astro oscuro y nebuloso, semejante solamente á la luna en sus menguantes, manchas y lunares.

14 Para estas almas la infalibilidad de la muerte es una lanza penetrante, que las atraviesa de parte á parte. La ignorancia del modo y circunstancias de ella, es una espada de dos filos; y la incertidumbre de su hora, un dardo de fuego que las abrasa y hace desesperar, diciendo: Ay de mí, que tengo por enemigo á Dios, cuya lanza se vibra contra mi cabeza delincuente, sin que haya quien le detenga el brazo.

15 Ay de mí, que á la misma Madre de piedad tengo por enemiga; y la misma Madre de pecadores me es contraria: porque con mi olvido y obstinacion he ocasionado justos temores de la ira de la Paloma. Ay de mí, que la que es para todos un mar de leche y miel, es para mí un oceano de amarguras.

16 Mas, ó Virgen Santísima y Madre mía amantísima, de quien son estas voces tan desesperadas, sino de alguna alma ingrata que cerró todas las puertas á su mismo remedio. Libradme de este abismo de coguedad y llevadme de la mano por aquel camino tranquilo y resplandeciente, por donde se ve caminar la virtud con su propia hermosura.

17 No apartes de mí esta luz, Virgen purísima, con que yo conozca el daño que causa el olvido de tí, que es destierro de la virtud: pues te puso Dios en este mundo como ejemplar suavísimo de la perfeccion cristiana y vereda cierta, y no fragosa para subir al cielo, dejando á las espaldas los groseros vapores de la tierra.

18 Gobierna, Señora, mi espíritu y reina en mi corazon clavándolo, mientras vivo, con el santo temor de Dios, para que en el trance de mi muerte, ni mis enemigos me aterren, ni las tentaciones me opriman, ni las culpas de la vida antigua, combatiendo mi imaginacion, precipiten mi voluntad.

19 Ea, Santa Judith, pelead mis batallas contra el infernal Olofernes. No permitas, Señora, que mi enemigo se jacte de haber triunfado de este tu pobre siervo que confia y se vale de tí. No permitas que tienda sus lazos y onredosas stratagemas, para coger maliciosamente á esta cobarde avecilla, que no

tiene otro refugio ni otra fortaleza que las sombra de tus alas. Sea yo como una de aquellas almas bienaventuradas, que á la hora del salir de este valle de lágrimas, las acoges en tu seno y entre delicias de gloria las llevas al paraíso.

20 No desmerezca yo este favor con mis ingrati- tudes, con mis olvidos, con mis tibiezas: antes te rue- go me concedas en este mundo una continua y dulce memoria de ti con suavísimas lágrimas. ¡Oh Ma- dre mia, dulcísima, amabilísima, precordialísima, to- da hermosa, toda bella, toda agraciada, amparo mio, refugio mio, puerto mio, ó quién nunca se olvidara de tí! ¡Oh quién siempre se acordara de ti, heches sus ojos dos fuentes de dulcísimas lágrimas!

21 Recibid, Señora mia, consuelo de pecadores, asilo de desvalidos, recibid mi alma en la hora de mi muerte, purgada y limpia de todos sus pecados, con verdadera contrición y amor de Dios, y hacedme partici- pante de los gozos inelables del reino de tu Hijo. si no como uno de tus hijos muy amados, ó lo ménos como cualquiera de aquellos grandes pecadores, que tu inespicable bondad y sobreabundante mise- ricordia, sacó de los infinitos lazos y cadenas de sus delitos, ó introdujo con estupefacta dignacion en los cielos, para cantar y alabar eternamente las miseri- cordias divinas y Marianas. Así sea, Señora. Amén.

Salmeron Tom. 3. trac. 3.

Ob id, quod Christo nascenti, & morienti Maria ad- stitit, digna facta, quæ filiorum Dei generationem, ut Mater pietissimæ foret; atque morti nostræ, in qua Deus per gloriam nascitur, singulariter succur- rat, ut in tanto patrocinio, & favore sublecati, ver- catique Virginem Sanctissimam imitemur, ac Filium eius cum Patre, & Spiritu Sancto per æterna æcu- la exaltemus atque magnificemus.

CAPÍTULO IX.

Suavizanse los rigores del Juicio con las memorias de Maria.

Vidi Dominum sedentem super solium es- celsum, & elevatum.—Isai. 6. v. 1.

Et Iris erat in circuitu sedis.—Apoc. 4. v. 3.

§. I.

t **A** tus venerables y augustas plantas, ó Madre clementísima, llega cansada y oprimida del peso de sus culpas esta alma pecadora, que sin medida ha ofendido á tu Hijo, quebrantando ciego sus leyes sacrosantas. Aquí la tienes deshecha en tristes suspi- ros, aradas sus mejillas con las lágrimas que corren hasta la tierra, y oscurecidas las viñas de sus ojos con los tublades de su misma congoja y turbacion.

2 ¡Oh Dios, y cuán amarga es la memoria de haberte ofendido, cuando la alma está para ser presentada en tu tremendo juicio, sin haber dado la debida satisfacción á tus agravios! Ay, Virgen Santísima, ay, Madre de pecadores: que ya se llega la hora en que el mas ingrato de los nacidos tiene con razon su residencia, delante de aquel tribunal rectísimo é inescusable, donde las cosas se juzgan y pesan como son, sin otro respeto; el oro como oro, la plata como plata, el cobre como cobre, el humo como humo, el mundo y sus vanidades segun y como son.

3 Ay, que el leon brama, ¿quién no se estremecerá á su voz, cuando tiemblan las columnas del firmamento y en sus Angeles, cristales purísimos, balló manchas y fealdad? Venme delante de este riguroso tribunal, rodeado de nubes de suma magestad y de espíritus soberanos, que enseñan en la veneracion al Criador, el infinito respeto que se le debe; el trono de llamas encendidas, las ruedas del mismo abrasador elemento, que en su ligereza representa la grande actividad de este juicio y prestísima ejecucion de su sentencia, sin dar lugar á apelacion ú otro recurso.

4 Veo al Antiguo, de los dias sentado con imponderable gloria, su venerable cabeza nevada, por lo cándido de sus cabellos y en su boca una espada de dos filos, simbolo de los rigores de su ira omnipotente. Veo mas en aquella sola, que para mí es toda

de pasmos y admiraciones, que me tienen cubierto de un sudor frío, á los piés del espantoso tribunal, un caos horrible, cuya profundidad llega y penetra hasta los mismos infiernos, de donde salen espesas humaredas y llamas verdinegras, y entre ellas el dragon, abierta su boca y mostrando las aceradas puntas de sus dientes, con grande anhelo y áncias de tragarme. Acompañan al dragon muchos demonios, en trages de fieras carniceras, que ignoran la piedad.

5 Mis pecados muchos y feos, hacen escuadron aparte, para aumentarme la confusion y vergüenza, poniéndoseme delante como en imagen de cristal con toda su monstruosidad. Los Angeles, en otro tiempo benévolo y propicio, los miro en esta ocasion ceñidos y con aspectos melancólicos y tristes, que dicen al Juez, despidiéndose de mi custodia: *Ceramos á Babilonia y no la sacado, demamparínola.*

6 Mi misma conciencia, que por el amor propio me parecia me habia de favorecer, me es la mas adversa y contraria; y convirtiéndose toda ella en mil bocas elocuentes, grita contra mí, dando clamorosos alaridos á favor de la justicia; para que en mí se ejecute todo el rigor de sus divinas leyes. El mundo, universo y las criaturas todas, veo que se levantan y claman contra mis continuadas ingratitudes, en una vida sembrada toda de favores y beneficios del cielo.

7 El mismo Señor, que preside á este juicio, y es

Juez y testigo de todas las acciones de mi vida desbaratada, y calló tantos años sin detener el torrente de mis vicios, grita y brama como muger que padece róticos dolores de parto, y me sale al encuentro como la osa, cuando mano violenta le arrebatara sus cachorros. Mis abogados no hablan, mis patrones se retiran y solo hallo que en esta ocasion habla la razon, la justicia y el enojo de Dios vivo. Y aun de él, Señora, dijo tu siervo San Vicente Ferrer, *que cerrareis la puerta de tu piedad, al alma que miserablemente perece.*

§ II.

8 En este concurso de temores, en esta conspiracion de motivos, tan patentes á la razon, como tristes á mi memoria, anegada en un mar de sustos y sobresaltos, capaces en su vehemencia de arrastrarme al último estermínio de la desesperacion, ¿qué haré? ¿Qué esperanza de salir bien me podrá animar? ¿Cómo esperaré, cercado todo como de una valla de puntas aceradas que se encaran contra mí, para que no pueda huir sin herirme mortalmente?

9 ¡Oh Manta! dichosos los que tienen una centella de tu devocion, que entre tantos ahogos pueden aun respirar, y en tanta confusion de nublados y espesas tinieblas, pueden levantar los ojos para mirarte y esperar los buenos efectos de tu benignísima vista. Sí: porque en medio de este teatro formidable, ven

que el Juez está en un trono, que si es de fuego ardiente de justicia para abrasar á los impíos, es de fuego ardiente de caridad y misericordia, en beneficio de tus devotos. En una zarza vestida de llamas, en forma de sôlo, se apareció á Moises, para librar á su pueblo escogido del poder de Faraon; y en semejante trono le veo para librar del cautiverio de Luzbel á tu querido pueblo.

10 O divina MARIA, cuya presencia convierte en llamas misericordiosas las llamas vengadoras. Tú eres el trono de Dios escelso y levantado por tus excelentes prerogativas, como dice tu devoto Andrés Creten se. (art. 2. de Dorm. Virg.) Tú fuiste hecha trono de Dios y palacio del Rey eterno, como dice tu Agustino. Tú eras aquel trono que vió Juan, (Apoc. 4.) de donde salian rayos, voces y truenos, no para herir, sino para avisar á tus devotos, que acudan á ti para ser librados de los rayos de la divina justicia.

11 Tú eres aquel trono, que preparó el Padre de las lumbres al Juez de vivos y muertos, (Isai. 16.) para que por medio tuyo vistiese la manselumbre de Gordero, con los miserables pecadores devotos tuyos: *Preparabitur in misericordia solium Agno Dominatori terre.* Tú aquel trono, de quien David cantó, (Psalm. 88. v. 38.) que seria tan generalmente benéfico, como lo es el sol á los que habitan sobre la haz de la tierra: *Et thronus eius sicut sol in conspectu meo.* Y, últimamente, eres el sôlo de glo-

ria que dijo Jeremias, (cap. 17.) lugar de nuestra santificación y esperanza de tu pueblo: *Solum gloria altitudinis á principio, locus sanctificationis nostrae, expectatio Israel.*

12 Asimismo reparo, para consuelo mio, que entre las nubes espesas y horribles que circundaban el trono, estaba un arco iris resplendente entre nieblas de gloria, con cuya luz y apacibles colores empieza á alegrarse mi vista, respirar mi ánima y serenarse mi corazón. Decía yo, entre tantas congojas y frios temores que padecía: ¿qué arco es este tan alegre, tan brillante, tan risueño, cuando por otra parte está el cielo tan ceñudo? ¿Qué arco es este de tan amables cualidades y benignos influjos, que trae el remedio de la desesperación en la misma desesperación? ¿Qué arco es este, que en lugar de saetas de indignación, despidió rayos de una luz benévola, que destierra las tinieblas de mi misma confusión y da hermoso vigor á mi desmayada confianza?

13 O Dios: ¡qué admirables son los arbitrios de tu infinita piedad! ¿Qué ha de ser este arco, sino una señal de misericordia que usa el Señor con los devotos de Moisés, en los aprietos del juicio y estrechuras de su cuenta, como la usó con el mundo para no acabarlo de destruir después del diluvio? ¿Qué ha de ser, sino vos misma, Madre mía, consuelo mio, Refugio de pecadores? Vos, Señora, dice vuestro Ber-

nardino Senense (Sermon de Non. María, t. 3. art. 1. cap. 3.) sois el arco del pacto sempiterno, que hizo Dios, para que no pereciese toda carne: porque engendraste al que pacificó el cielo con la tierra.

14 O gran Señora, tú eres el Arco Iris, á cuya vista se serenán los cielos y los nublados de las eternas iras, se convierten en blancas lucidas nubes de apacibles misericordias. Tú eres el Iris, á cuyo brillante aspecto, mirando el Altísimo con atenciones nobilísimas, hace se conmutan sus justos rigores, mercedos de la humana ingratitude, en lluvias de piedad, para que puedan respirar los pecadores. Tu clemencia, Señora, me alienta en mis mismos desalientos, deshace mis temores, aviva mi esperanza; de poder tomar puerto de salvamento, embarcado en la nave de tu patrocinio.

§. III.

15 Ea, pues, Madre clementísima, resplandezcan hoy sobre este desalentado pecador, los hermosos rayos de tu apacibilísima condiccion. Esperimente yo los efectos de los rutilantes colores de tu pacífico Iris, que anuncia la paz entre Dios y el hombre. Háganse las paces que rompió mi temeraria locura, entre tu gran Hijo y mi alma miserable. Veisme en presencia de este tremendo Juez, en cuyo seno atesoró tantas iras para este trance y momento, quantas der-

ramó misericordias en los muchos que me concedió de vida. La mano tiene levantada para herirme: mas quién puede detener esta mano, sino la tuya, por quien entró en el mundo la misericordia para los miserables?

16 Abrid, Madre de piedad, la puerta de tu benignísimo corazón á los suspiros míos, á mi profundo llanto, á mis clamores continuos. Apártense de mí las imágenes de mis antiguas culpas y bórrense estas sombras de la vista de mis ojos: para que, abiertos al desengaño, reconozcan sus pasados yerros y merezcan el perdón en la gracia de tu Hijo. A ti, Señora mía, levanto estas mis ojos llorosos, indignos de mirar las luces del cielo, y te ruego con las voces de mi afligido corazón mitigues la ira de Jesús, á quien ciego ofendí y atrevido agravé. Atiende, Señora y Madre mía, á la multitud y grandeza de mis llagas, con que me hallo horrible á la vista de Dios: el precioso óleo de tu misericordia me puede curar y quitar mis manchas y cicatrices.

17 En, Abogada mía, Madre admirable, Reina benignísima, Iris de paz, torre fuerte contra nuestros enemigos, amparo de pobres, ímán de nuestros corazones, procuradora de nuestra salud, antorcha clara y brillante, vencedora del dragón y Madre del Juez todopoderoso, muéstrate Madre de este arrepentido pecador: para que los males míos realcen el bien grande,

que tenemos los miserables en tu agigantada misericordia é imponderable clemencia.

18 Socórreme con acelerado auxilio, cuando de repente me vea en la presencia del supremo Juez, tan rodeado de cadenas, cuantos fueron mis yerros que cometí viviendo. ¿Y quién duda, Madre mía, que tus cabellos de oro fino tienen virtud de atar sus manos llenas de jacintos y fáciles de repartir beneficios? cuando con tu retórica divina le obligas á embainar la espada de su ira y en su lugar arrojar á tu seno, como flores, sus fragantes piedad, para que las derrame sobre las cabezas de los pecadores. ¿Cómo podrá el Juez negarse á tus razones, ni dejar de admitir su justicia tus alegatos á favor mio? O Virgen piadosísima, tuyo es aquel momento, de que depende mi eterna felicidad, ó mi desdicha eterna.

19 ¡Oh eternidad! si como vives sobre los polos de tu inmutable duración, haciendo guerra á los impíos y recreando con gozos interminables á los escogidos, vivieras en la consideración y memoria perenne de los mortales; ¡oh, y cuantos bienes llovieran sobre las almas y de cuantos males se librarán! O Virgen llena de gracia, fuente de amor, asistente propicia en aquel trance, de que pende la eternidad.

20 No me dejes en el mayor y mas peligroso combate, cuando en el tribunal de tu Hijo, acriminen mis delitos con envidiosas acusaciones mis rabiosos enemigos; cuando clamén los injustos testigos por la jue-

ticia mas severa; cuando con confusa é insolente algarazca pretenden apellidar victoria; cuando hagan patentes los boquerones del infierno, para sepultarme en sus eternas llamas. Miradme, Señora, con ojos benignísimos, cuando mi alma flutúa turbada en sus mismos pensamientos y confusa con el tropel de sus innumerables pecados, y expectación de la sentencia que están para pronunciar los lábios de un Dios.

21 O Madre dulcísima, afabilísima, clementísima, amabilísima, mostrad con este tu indignísimo esclavo las entrañas de tu piedad. Ponedme á la sombra de tus alas, defendidme de los rayos del Sol de justicia, para que tu nombre y fama sea mas celebrado en los siglos eternos, con este hecho de tan singular benevolencia, con el mayor de los pecadores. Oye me, Señora, consoladora mia, y no deseches mis humildes ruegos. Oiga yo de tu dulcísima boca la deseada noticia de mi sentencia favorable. Tú eres la puerta del paraíso: entre yo por esta puerta en el gozo de mi Señora. Amén.

Guaricus Abbas Serm. 3. de Assumptione.

Veni electa mea, & ponam in te thronum meum: in te quiescant mihi regni sedem constitutum, de te iudicia decernam, per te preces exaudiam.

CAPÍTULO X.

Clama el alma á la Señora del cielo, la libre de la serriedumbre eterna.

Dolores inferni circumdederunt me.—Psal.

17. 5. 6.

Et profundum abyssi penetraui.—Eccles. 24

5. 8.

§. 1.

1 **O** Reina de los Ángeles, Madre del Señor del cielo, Templo del Amor divino, Lámpara de luz inextinguible, que ilustras los senos de la tierra hasta los abismos, divina Argos llena de ojos, con que miras las miserias de los hijos de Adán, Luna bella que alumbra continuamente la noche de nuestro emiserio, con consuelo universal de todos los que participan tus serenas luces.

2 ¡Oh respiración de los miseros mortales, por quien respiran y suspiran día y noche! A ti fué dada toda potestad en el cielo y en la tierra: y en tus manos está la vida y la muerte. Tú, Señora, verdaderamente estás cerca de los que te invocan y tu misericordia preparada para los que te aman. Tú eres castillo y muro de diamante contra las nocturnas potestades, en que se defienden los que veneran tu santo nombre,

3 Pues, Señora, auxiliadora nuestra, Refugio en nuestros peligros, no arrojes de ti la rendida súplica de este tu siervo é Hijo, que clama á tí con voz grande y clamor yehemente en el tiempo de la tribulación. ¡Oh Madre, Madre, Madre de misericordia, mírame con ojos misericordiosos, para que no sea tragado de las bestias infernales!

4 Pon tu rostro sobre mi alma, para que no vaya al lugar de las tinieblas palpables, donde reina la confusión eterna, y el horror sin fin. Si tú, ¡oh Madre amantísima! ¿no defiendes como escuadron bien ordenado á tu pequeño hijo de las hostilidades de sus adversarios, quién podrá sufrir su insolencia y crueldad? Todos se arman contra mi pobre alma, esperanzados de conquistarla á fuerza de engaños y ardidés diabólicos; pero tú eres mi ayudadora, debajo de cuyas alas vivo; y con cuya sombra no tomaré sus horribles sombras, ni podrán prevalecer contra mí sus dolosas máquimas.

5 Vístense y se disfrazan con diversos trages y figuras para horrorizarme, y hacer que pierda la esperanza en Dios y en tu patrocinio. Y á la verdad, aunque en sí mismos son sin comparación mas monstruosos y feos, que en los disfraces, en que se disimulan: con todo eso es bastante este espectáculo á hacer perder el ánimo á mi pequeñez, si me falta la grandeza de tu auxilio.

6 Muéstranseme de varias formas, ya como to-

ros bravos y feroces; ya como dragones, que arrojan fuego voraz, ya como sierpes, que funestamente silvan; ya como lobos que ahuyan; ya como leones que rujen, ya como tigros que embisten con aceradas uñas; ya como perros rabiosos; ya como cocodrilos que respiran humo y abren la espantosa boca para tragarme; ya como basiliscos, que tiran á matarme con el veneno de sus ojos. De esta manera solicitan mis enemigos derribar mi esperanza, y precipitarme al profundo de la desesperación. Mas yo siempre esperaré en mi Dios y en tu amorosa protección.

7 Pónenme tambien á la vista de mi memoria diversos géneros de penas y suplicios, con que en el infierno son atormentadas las almas infelices; y quieren arrebatár á la mía como merecedora de semejantes penas. Dícnme lo que está escrito con el dedo de Dios en sus libros sagrados, por estas palabras: «Cuanto se glorificó á él mismo, y vivió en delicias, tanto se le dé de tormento y llanto. «Su vino sea hiel de dragones y veneno de áspides insanable.

8 «Y prosiguen diciendo: Un muro de fuego está al rededor de ella; y el soplo del Señor como un torrente de azufre soplará su alma. El «fuego, el azufre y el espíritu de las tempestades, sea parte de su bebida. Su gusano no morirá, Será enviada al horno de fuego y al pozo de la amur-

ete; allí será el llanto y el rechinar de dientes." Con estas palabras de la santa Escritura me hieren, me atormentan, me amenazan y hacen vivir y esperar la muerte con un amargo dolor.

§. II.

9. Todos estos tormentos confieso, Señora mía, merecen mis pecados y todos cayeran sobre mi miserable alma, si tú ¡oh Madre! le piedad! la desampararas y no refrenaras la ira de mis enemigos. ¡Oh qué gran mal es perderte! ¡No lo permita el cielo! ¡Oh qué terrible muerte! ¡Oh qué amargo tránsito tendrán aquellos, á quien no te dignares mirar con ojos de clemencia! A ti levanto los míos, Reina y Señora mía, para que pongas en mí los tuyos. A ti dirijo mi oracion con toda confianza, para que por medio de la tuya, me alcances de tu precioso Hijo, mi dichosa libertad y redencion del cautiverio de mis enemigos y del lugar de las tinieblas eternas.

10. ¡Oh dulcísima Madre de Jesucristo! ¡oh Emperatriz de los cielos, y de los mismos abismos! por el poder que Dios te dió contra Luzbel y sus secuaces; por la victoria que de ellos alcanzó tu Hijo en su muerte, y tú, Señora, en tu immaculada Concepcion, peniéndolos debajo de tus piés, te suplico me libres de la furia, de la rabia, de la in-

dignacion y de la cura de estos perversos tentadores de nuestro linage, y maquinadores de nuestra perdicion.

11. Librame, Señora poderosísima, de sus manos; de sus uñas, de sus dientes y de sus lenguas serpentina. Librame, Señora, por tu misericordia, del lago de la ira de Dios, en que habitan, teniendo por compañeros inseparables la obstinacion, la ceguedad, la amargura y las sombras de la muerte. Librame, Madre mía, del llanto eterno, del crujir de dientes, del hambre y sed de los condenados. No vea yo el estanque de azúfre y fuego ardiente, ni aquella muerte que siempre vive, y siempre está matando sin morir.

12. Librame, por la bondad de Dios, y por la infancia de Jesús Niño tierno, y por la sangre que en su niñez derramó por mí, del gusano roedor, de la llama inextinguible, de la compañía de los nocivos espíritus, de la extrema desesperacion, de la pena de daño y tormentos, cuyo fin nunca llegará. ¡Oh Virgen Santísima! ¿quién puede vivir en este mundo sin pena, acordándose de estas penas? ¿Quién sin dolor, acordándose de estos dolores? ¿Quién sin susto y sobresalto, acordándose de su riesgo y peligro de caer en este pelágo de males?

13. ¡Oh clementísima! ¡oh misericordiosísima! ¡oh piadosísima! sed Refugio mio, sed amparo mio, sed proteccion mia; y así como me libraste de las ca-

denas del siglo y de la servidumbre del Egipto del mundo, me libres de las cadenas, calabozos del infierno y cautiverio de los demonios. No vean mis ojos el horno de aquella triste Babilonia: sea su fuego para los ángeles malos, que desampararon su principado, y para todos aquellos espíritus praterros y endurecidos, que hacen guerra á la Divinidad del Todopoderoso.

§. III.

14 Resplandezca tu gran misericordia, oh fuente de perenne suavidad en sacar de tantos riesgos y peligros á este pequeño hijo tuyo. Gloria tuya es, y honra de tu inestimable caridad, el no permitir la perdición de este perro muerto en pecados: que tambien los cachorros esperan, y logran las migajas que caen de la mesa de su dueño.

15 Por ventura te alabarán en las tinieblas los espíritus de maldición, y las almas infelices condenadas á ellas con un fatal destino. Bien sé, Señora, lo que dijo tu Anselmo: "que así como es necesario, que perezca aquel, de quien tu apartaras tus ojos, así es imposible que se pierda la alma, que convertida á ti la atiendas benignamente." Mayor gloria tuya será, Señora mía, que yo te alabe eternamente en el cielo, ensalzando tu piedad, que no, que sepultado en las voraces llamas del infier-

no, sepulte en ellas con el olvido tus antiguas misericordias.

16 ¿Crecerá tu gloria, oh María! por que sea mas estremada mi ruina? ¿O será de menor lustro á tu honor, que resplandezca en tu coroná este nuevo tachon brillante á influjos de tu gran misericordia? O por ventura, ¿se acreditará mas tu piadoso y dulce nombre, desamparando á este pobre y dejándolo abatido y humillado entre los negros horrores de su ignominia y eterna confusion?

17 ¡Oh Madre mia! bien conocida tengo tu misericordia hasta este punto. Bien sabes mi amor y deseo de servirte, sino como merez tu grandeza, á lo menos como alcanza el estado de mi miseria. De muchos peligros del milano infernal me ha sacado tu mano: no la retires, Señora, en el mayor riesgo de mi vida, que es el punto de mi muerte. ¡Oh fuente de piedad! oh Virgen amabilísima! oh corazón nobilísimo! ¿quién se acogió á tí ó invocó tu nombre, que te dejases perecer en medio de los riesgos? No sea yo el mas desdichado é infeliz, que desmerezca tu intercesion poderosa. Espero de tu bondad mi remedio.

18 Y porque mi alma no se arriesgue temerariamente á peligros tantos, ni al precipicio de su eterna esclavitud, alcánzame de tu Hijo la exacta observancia de sus divinas leyes. Dirige, Señora, mis pasos según su voluntad y escribe en mi corazón

sus preceptos como esculpidos en láminas de bronce.

19 ¡Oh dignísima Madre de Dios, tan arreglada á sus divinos mandatos, que aun pasaba de su rigor tu observancia, de suerte, que fuiste norma y espejo de obediencia al Supremo Señor, á quien todos deben vasallage y adoracion. Concédeme, que mis caminos no tengan otro norte, que el rendimiento á sus leyes, la memoria de ellas, y su pronta execucion. Ahreñe los ojos y consideraré las maravillas de la ley del Altísimo, y la guardaré de todo mi corazón.

20 ¡Oh qué digno es Dios de nuestra obediencia y que se le rindan nuestras voluntades, como á Criador y Padre de nuestra naturaleza! ¡Oh indigno proceder del hombre, que á quien mas debe, resiste mas; y aquel de quien depende todo su ser, es á quien hace guerra mas descubierta! ¡Oh Bondad de Dios, que así conserva al que pudiera en un momento destruir, reduciéndolo al abismo de su nada!

21 ¡Oh Maria dulcísima, cacer de mi corazón, consuelo y gobernadora de mi alma, gobierna mis acciones y designios, dadme fortaleza y soldme escudo de diamante, para resistir á mis pasiones y al ejército de mis enemigos! Dadme un amor de Dios perfectísimo, que sea el primer mobil de todas mis obras. Con él venero, adoro, reverencio y obedezco á la primera causa, como á dueño de to-

do y Supremo Señor. Sea agradecido á Jesus su Hijo y tuyo, como á Redentor mio: Ame á mis proximos, como hechura de sus manos, y á imágen suya, no haciéndolos en la honra, ni envidiando su felicidad. Destierre cualquier rencor ó enemiga de mi pecho. Aprecie lo bueno, huya de lo malo. Ame la verdad y la justicia. Estime al pobre y al desvalido. Conserve limpio mi cuerpo y espíritu de toda impureza; y sea diligente en buscar el sumo bien. Amen.

Germanus
de Zona B. Virginis.

Tú (¡Oh Maria!) cum habeas matrem apud Filium tuum fiduciam & potentiam: nos, qui sumus cœdemerati, & non audemus intueri cœli altitudinem, tuis interpellationibus, & intercessionibus Deo nos efficis familiares, dæ salutem, & ab æterno liberas supplicio.

—2200000000—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



MARIA SANTÍSIMA.

IDEA DE JUSTOS.

PARTE SEGUNDA.

AFFECTOS DEL ALMA PRETENDIENTE DE
LA VIRTUD, QUE PERTENECE A LA VIA ILUMINATIVA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Desprecio de las vanidades del mundo y estima de los
bienes del cielo, á vista de MARÍA, Señora del mundo.

*Si separaveris pretiosam á vili quasi, es
meum eris. Jerem. 15. 7. 19.*

*Heu quam sordet terra, dum Caelum aspici-
o. S. Ignac. de Loyol.*

§. I.

Si es dichosa y bienaventurada el alma, á quien
tú mostrares la doctrina del cielo, ¡oh Madre mía,
que selló tu gran Hijo con su sangre divina! ¡cuán
dichosa fué la mía, cuando la sacaste de enmedio
de las tinieblas de su vanidad, y de las sombras de
este misero siglo, introduciéndola en el lucido tem-

plo del desengaño. ¡Oh qué claridad tan nueva! ¡Oh qué resplandores, á vista de tu admirable magisterio!

2. Que bien dijo, quien te llamó: Maestra de desengaños y Doctora del mundo: porque al ejemplo de tu doctrina y de tu luz conoció el cristianismo lo que el mundo es y sus engaños. En tu mismo nombre, ¡oh MARÍA! hay un sol, con que se ve descubierta la cara del mundo, el rostro del cielo y la mas amable idea de la virtud.

3. Entré en tu templo santo, donde hallé, que tus libros son las lumbreras de tus virtudes; y el mejor libro el que escribió la grandeza del dedo de Dios en tus entrañas, ideado ante todos los siglos, para gloria suya y remedio de los hijos de este siglo.

4. Hallé tambien, que las que á mi engañada fantasía parecian luces, eran espesas tinieblas; las que hermosuras, horrores; las que riquezas, humos; las que honras, viento y vanidad. Conoci, que las dignidades son precipicios, los deleites y alhagüenos pasatiempos, camino real de la perdicion y la codicia un mar sin fondo, donde parecen los mortales naufragios inevitables.

5. Vinieronme á la memoria los deliciosos, y costosos banquetes, las encantadoras beldades, los saras peligrosos, las parladas inútiles, las sobrosas murmuraciones, las envidias mortíferas inseparables compañeras de las caducas felicidades y vi que to-

do esto tenia por madre una hidra de muchas cabezas, que continuamente abortaba monstruos, y me enseñó tu luz para desengaño mio, que todo lo que el mundo aprecia, no solo es vanidad, sino manantial de muchas vanidades: que si tienen algun ser, es aquel con que se fabrica la ruina de los hombres.

6. ¡Oh ceguedad mia! ¡Oh engaño intolerable! Sacóme á luz la benignidad del cielo, adornado de la luz de la razon; y yo, como ageno de alla, la abandoné. Nací para ver el sol de la verdad y yo cerré mis ojos por no verla, llevado de aquellos falsos resplandores que deslumbran, y son verdaderas tinieblas, que ofuscan el corazon. Vi las claras fuentes del agua viva y cristalina de la doctrina del Verbo de Dios Hijo tuyo; y me incliné mas á beber de las aguas del Letheo y de las del rio de Babilonia, para introducir en mi alma el olvido de lo eterno y su cautiverio, sin reparar en ahogar-me en sus arriesgadas y rápidas corrientes.

7. ¡Oh infelicidad mia! ¡Oh dias tenebrosos y mas sombríos que las mismas sombras de la muerte! ¡Oh meses, desgraciadamente gastados en atesorar mis propios males! ¡Oh años lúbricos y engañosos en el que por el vanamente lustroso cempel de las glorias de este siglo, dejé al Rey de la eternidad!

§. II.

8 Cuando vivia lisonageado de mis vanos pensamientos, me acordaba y envidiaba la soberbia del imperio de los Babilonios, la opulencia de los Medos y Persas, la ambicion de los Griegos, y la sublime Magestad de los Romanos y no reparaba que el tiempo convirtió en humo y cenizas estos altos colosos de la humana grandeza, y que la Providencia del cielo jugaba con los imperios y fortunas de los Monarcas, haciendo naciesen unos de las ruinas de los otros, hasta dividirlos en varias piezas, para que su poder fuera tanto mas voluble é inconstante en su duracion quanto menos unido.

9 Echábanme de este gran orbe las transitorias riquezas, los inagotables tesoros, las adoradas bellezas, los reñidos pundonores, los apetecidos aplausos, la ostentosa caballería, la desvanecida nobleza, las marciales hazañas, las pompas triunfales, la inmortalidad del nombre, y no advertia que todo este aparato de nuestra fantasia pasaba velozmente con el tiempo sin fruto; que estas mundanas dichas rodaban sobre una rueda, (que lo es del infortunio) donde los que ocupaban el auge de su mayor exaltacion, rodaban facilmente al lugar de su abatimiento y los mas incautos compraban una eterna desventura con los gustos que al fin de la vida parecieron de un momento.

10 ¡Oh Madre amabilísima! ¡oh teatro de las mas sólidas grandezas; en cuyo rostro bello todo divino puso el Supremo artifice la mas viva y brillante imagen de lo hermoso, de lo rico, de lo afortunado y un espejo cristalino en que se mira todo lo que dignamente puede apetecer, fuera de Dios, la naturaleza racional, para eternizarse feliz.

11 Miro en ti, Señora, un mundo de prerrogativas excelentes, que obliga á un noble desprecio de este mundo. Miro el reyno de la virtud fundado sobre los polos de la eternidad. Miro una santidad tan eminente, tan abundante tan grande, que mereo tener en sí el retrato del mismo Dios. Miro, que viviste en el mundo, sin tener parte del mundo, triunfante de los engaños del tiempo y adornada de los mejores luces de la verdad. Miro, que pisaste constante sus mudables y aparentes bienes, sentada en trozo de diamante de la mas heroica santidad. Miro, que compendiaste, en línea de pura criatura, lo mas amable de la gracia, lo mas airoso y galán de la naturaleza.

¡Oh gran mujer! ¡Oh cielo animado! Que bien dijo el que pronunció: que aunque no hubiera otro cielo que el de tu misma belleza, ni otro premio de las virtudes, que el mirar tu rostro, se debieran sufrir con gozo por adquirir las y conseguir este bien, ¡cuantas penalidades y espinas en sí abraza este desierto! ¡Oh cielo hermosísimo, en quien Dios tiene

sus mejores delicias! Y si el mismo cielo material es despues de Dios, (cuya vista causa la bienaventuranza esencial) un abismo de acendradas felicidades: ¿qué serás tú, Señora, siendo el cielo del mismo cielo?

§. III.

13 ¡Oh patria de los vivientes! ¡Oh Reino de las almas bienaventuradas! ¡Oh morada brillante de los espíritus escogidos que habitan en llamas de fuego Seráfico! ¡Oh y qué olvidado te tiene la tierra! Cielo bello, ciudad noble, Paraíso de delicias, centro de eternas suavidades, mar de interminables jubilos! ¡Qué lejos vives de la memoria de los hombres!

14 ¡Oh mundo loco! ¿cómo engañaste mis sentidos, para que no sintieran aquellos gozos inefables, que dispuso la liberalidad del Todopoderoso para los que le temen y aman! ¿Cómo cegaste mi vista con el humo de una oscura vanidad, que no me dejó ver, lo que mis ojos perdian en aquellos claros espectáculos de la Sion celestial, en sus palacios de rubilísimo oro y en el adorno de su preciosa pedrería: donde los rubies, los diamantes, los carbuncos, las margaritas y los topacios, son piedras falsas en su comparación?

15 ¡Oh mundo infame! ¿cómo me hiciste trocar, por la frialdad de unas negras sombras de hermo-

sura, aquel bello imán de la vista bienaventurada, la humanidad de Cristo y el bizarrísimo talle de *MARIA*? O oídos míos, ¿cómo os dejasteis hechizar del canto de las sirenas mortíferas abandonando la música del cielo y la melodía de los nueve coros de los Angeles? ¿Quién te hizo, alma mia, provaricar, renunciando el oceano de las delicias de Dios á sus caudalosos rios de leche y miel, por una gota de almívar, mezclada con un diluvio de amarguras?

16 ¡Oh insensibilidad mia! Convidábame el Padre de las misericordias con la púrpura, con la corona, con la opulencia eterna, con los gozos incorruptibles, con la compañía de los ángeles, con su inestimable filiación, y lo que es mas, con su vista; y yo loco y descreído, sin prevenir los riesgos de mi infelicidad, deseché la importancia de esta dichosísima suerte, por dejarme vencer del juego y nécios devaneos de frágiles criaturas. Entregué mi corazón á mi cruel enemigo, cuando Dios lo quería para trono suyo, y asiento de su real magnificencia.

17 ¡Oh Madre de misericordias y maestra de desengaños! ¿ante quién lloraré de mejor gana mis engaños, sino ante ti, que para desengañarme, has ostentado en mí las riquezas de tu inenarrable eleuencia? ¿Ante quién gemiré de lo íntimo de mi pecho por mis pasadas tinieblas, sino ante quien te

dió la luz para desterrarlas, y conocer la verdad? ¡Oh Madre Santa, Madre immaculada, Madre incorrupta, Madre de indulgencia y de perdon!

48 Alre, Señora, el seno de tu piedad y recibe á este hijo muerto en sus delitos. No permitas vuelva yo á beber incauto del venenoso vaso de la meretriz de Babilonia, ni gustar las aguas pestilentes del rio del olvido de Dios. Muera en mí el mundo y sus deleites. Muera el vano apetito de las horas. Muera la soberbia y avaricia, dos peccos del abismo. Mueran los monstruos de todos los vicios, con caras de sirenas llevan la ponzoña en los extremos, para ruina de los mortales. ¡Oh Refugio mio! ¡oh lumbré de mis ojos! ¡oh MARIÁ, MARIÁ, MARIÁ, Madre de pecadores arrepentidos, borra mis yerros y reconcíliame con Dios, cuya hermosa faz merezca yo ver por tu intercesion, para eterna alabanza suya.

Ricardus de Sancto Laur.

Lib. 2. Par. 2.

Maria, cum sit quasi os Domini (Jerem. 15.) prestissimam separat à ceteris animam scilicet à dilectione mundi.

CAPÍTULO II

El alma en el abismo de su propio conocimiento, se Po-
ne á la sombra de MARIA.

Influxa sum in limo profundí: & non est substantia. Psalm. 68. y. 3.

Sub umbra illius, quam desideraveram, sedi. Cant. 4. y. 45.

§. I.

1 **A**L abismo de misericordias MARIA, suspira mi alma del abismo de sus miserias. Llama un abismo á otro abismo. El abismo de la maldad al abismo de la piedad. El abismo de la desdicha al abismo de la dicha. ¡Oh Madre admirable! ¿dónde hallarian remedio mis inmensos males, si en tí no hubiera atesorado para mí el cielo inmensos bienes?

2 Ante tí me pongo á mirar en el profundo de mi consideracion mi ruin ser, mi vileza, mi frágil condicion. ¡Oh si diera yo con la humildad cristiana, fundamento de la perfeccion Evangélica, teniendo en mí tanto fundamento para abrazarla y en tí tan llena de sublimes dotes, tanto ejemplar para seguirla.

3 A tí, Señora, levanto mis ojos y mis manos,

sumergido en mi misma indignidad, tanto mayor, cuanto mas profundada con el peso de mis delitos hasta, lo último del mismo abismo: para que me mireis compadecida y me des tu mano, que de mucho necesita, quien solo tiene la nada por ser y el pecado por descendencia.

4. Veo, Señora, que estamos como en dos polos tan opuestos, como el Cenit y el Nadir. Vos en la mayor altura, que puede tener una pura criatura: yo en la mayor bajeza, que imaginarse puede. Vos llena de gracia; yo lleno de culpas. Vos la misma pureza; yo la misma inmundicia. Vos espejo de virtudes; yo hervidero de vicios. Vos Hija del Padre Celestial; yo esclavo del demonio.

5. ¡Oh contrariedad estupefaca! Vos triunfadora de las siete cabezas de la Hiera, yo avasallado de sus fieras tiranias. Vos humilde, yo soberbio; vos mansa, yo iracundo; vos liberal, yo avariento; vos armijo bello, yo animal imundo; vos caritativa, yo envidioso; vos la misma templanza, yo la misma glotoneria; vos diligente en buscar y cumplir los divinos quereros, yo perezoso y tarde en atender á sus sagrados intereses. Vos con una naturaleza elevada sobre los coros de los ángeles, yo con un ser metido mas abajo de los profundos de la nada. Y con todo eso, vos Señora, colocasteis la humildad en el áuge de vuestra mayor gloria; y yo amo y

estimo la altivez como herencia de los hijos de Lucifer.

6. Este soy, Madre mia, y pcor de lo que puede esplicar mi torpe lengua. Tú, Señora, sabes bien mis miserias y conoces mi grande desdicha y mucha fragilidad. Y si me pongo á examinar las cualidades de mi corazon, ¿quién podrá contar su variedad, sus mudanzas y sus malas inclinaciones? ¡Oh qué mar tan agitado de todos los vientos! ¡Oh qué débil vagelillo, entregado al orgullo y furia de las ondas! La soberbia le levanta, la ira le desasociaga; la envidia le irrita; la concupiscencia le enfiende, el temor le oprime, el susto le sobresalta, el gozo le desahoga; el rencor le consume, la honra le desvaneca, la pereza le acobarda y el deseo de tener y valer le hace rodar continuamente como sobre una rueda de navajas.

7. Y para entrar en el ameno y apacible campo de la virtud; ¿qué montes de imposibles no se le proponen en el vencimiento de los vicios sus contrarios? ¿Qué dificultades en avasallar las pasiones, y rendirlas á la razon? Y siendo tantas mis miserias y calamidades, no acabo de conocer mi vileza y cobardia y que son solos imposibles soñados, los que dificultan el triunfar de los mas valientes vicios y coronarse de las virtudes mas excelentes. Mas tú, Remedidora mia, á quien son bien patentes mis males, no dejes ni ceses de remediarlos

con aquella medicina eficaz, que envió al mundo el Padre Soberano para bien de los mortales.

§. II.

8 Y si me pongo á individuar el principio de mis males; cómo podrás, Señora mia, sufrir la agigantada é intolerable hediondez de mi soberbia! Mi origen es el peor, que puede imaginarse: porque es el mismo no ser; y no quedó en esto mi vileza, sino que pasó adelante, para mi mayor oprobio. El no ser fué la fuente de donde nací de allí me sacó misericordiosamente la Omnipotencia del Altísimo. El no ser es carencia de ser. ¡Qué buen principio para mis binchados pensamientos y desvanecidas altanerías contra mí mismo Hacedor!

9 Si en esta carencia de ser quedara solamente mi principio, pudiera aun mi presunción arrogarse algun lustre á su nacimiento, si bien vano é imaginario. Mas, ¡oh desgracia! á tamaño vanidad se le juntó como compincipio el pecado. ¡Qué estabones mas miserables? ¡Qué cadena mas infeliz! Nada y pecado, son las bases, en que estrivan mi fantástica arrogancia y mi insufrible altivez.

10 ¡Oh cielos! ¡Oh paciencia divina! La nada dista infinitamente del ser. El pecado es un ser tan detestable, que la nada es mejor que él. Porque mejor es no ser, que ser pecador. Y siendo

mis padres el pecado y la nada; y siendo estos los abismos de donde me sacó la mano piadosa de Dios, veo que de estos abismos de mi vilísima condición salen aun espesos vapores que suben á engreecer al mismo sol. ¡Oh verdad y cuanto te has ausentado de mi vista! ¡Oh verdad, que habitas entre nieblas de gloria! La gloria es tuya mas las nieblas mías. ¡Oh verdad, cuando nacerás resplandeciente sobre el seno de mi pecho para salir del cautiverio de mis tinieblas!

11 ¡Ay de mí pecador, oprimido y apesgado con el peso de mis delitos! Ay de mi linage inobilísimo hijo del caos, oriundo del mayor monstruo que dejó á mi Dios y no reconoció la mano venerable de tan insignie bienhechor! Desde la planta del pié hasta la cabeza todo soy miseria y desdicha. Mi alma toda está hecha un abismo de abominación. Mirame, Señora, con ojos de clemencia. Atiende bien á este espectáculo horrible solo rico de infelicitios y opulento de fealdades. Mira á esta alma manchada con tantas ingratinidades y este cuerpo afeado con tantas inmundicias.

12 ¡Oh Madre Santísima! ¡oh consoladora mia! ¿cómo puedo gloriarme de este cuerpo sucio y de este saco de impurezas? Y no obstante veo amontonarse y bullir en mí un enjambre de acciones arrogantes y pensamientos de soberbia. Si atiende á su produccion, veo que lo formó el sapientísimo

Artífice, no de algun globo celeste, ni otra materia transparente ó cristalina, no del supremo de los elementos, no del aire sereno, no del agua diáfana, sino del mas humilde y abatido elemento, del polvo de la tierra, del cieno, del lodo. Polvo soy, por destino de lo alto y en polvo me he de convertir. Pues, ¿qué vio este polvo en sí para levantarse sobre sí mismo, sobre el agua, sobre el aire, sobre el fuego, sobre el Empíreo y contra su mismo Criador?

13 ¡Oh Reina y Señora mia, espejo mio, sol mio! Miro á tu luz, en cuanto me escuden las inanimadas criaturas. Miro la nobleza de sus productos y sus bellas cualidades. En el sol, sus rayos, su claridad, sus tesoros, que engendra en las entrañas de la tierra. En el aire, las pueras aves con variedad de hermosas plumas, con suavísimas voces, con vuelos velocísimos, con músicas acordes. En el agua tanta diversidad de peces: sabrosos al gusto, tanto ámbur precioso, tanto rojo coral, criado en sus hondas concavidades. En la tierra, los árboles, las plantas, los animales de muchas especies, las flores bizarras y odoríferas, las frutas de suaves y exquisitos sabores; las carnes delicadas y la preciosa پدرریا tan estimada de los hijos de este siglo. Todo este es el feudo y tributo que paga la insensible naturaleza, y estas los frutos que produce y da por reconocimiento al hombre como su-

perior suyo. Pero el hombre, ¿qué frutos produce, sino la inmundicia, el cuerpo la hiediondez, el alma la disolucion? Con que todo mi ser lo he reducido á un puro muladar. Y así confieso sin poderlo negar con el Santo Job, que mi padre es la padre y mi madre y hermana los gusanos.

§. III.

14 ¡Oh tú la mas hermosa de las mugeres! ¡oh tú la mas bizarra de las hijas de Adán! ¡oh tú la mas ataviada de todas las criaturas! lírio candido en el valle de las espinas, rosa olorifera del jardín de la divina Trinidad; Luna gloriosa sin menguantes, triunfadora de las nocturnas sombras; tú, cuya virginal carne, ni vió la corrupcion, ni fué trágico despojo de la muerte; tú, cuya anima ni sintió mordeduras de la serpiente, ni del pecado resabios. Mira, Señora, mi oprobio y laceria; y dadme la santa humildad, que tanto en tí respaldé y por cuya causa te puso el excelso Señor en el sitio de la mayor grandeza, haciéndote Madre suya.

15 Vivi hasta aquí engañado, juzgando contra el sentir del apóstol, que era algo siendo nada. Alucinóme mi propia locura, no creyendo que si algo tenia en mí no era mío, sino recibido. e aquel que sin méritos míos me anto á la luz del ser de las tinieblas de la nada. ¡Oh Madre digna de todo amor! ¡oh templo de Dios vivo! ¡oh trono del Ver-

bo eterno, ¡oh Virgen esenta del comun contagio! mirad, Señora, la corrupcion de toda la humana naturaleza, mirad nuestras desdichas, nuestra locura, nuestra ceguedad y dadnos ojos para conocer nuestras miserias, la suma dependencia que tenemos de Dios y la obligacion con que nacimos de servirle.

16 Pecamos con nuestros padres, obramos injustamente, anduvimos por el camino ancho de la iniquidad. ¡Oh quién conociera bien este yerro! ¡Oh y cómo no estrañaremos los azotes, que Dios nos envía y las lágrimas de que abunda nuestro valle! Vienen guerras, vienen pestes, vienen enfermedades, vienen incendios, vienen muertes desastradas, vienen hambres, vienen terremotos, pérdidas de hacienda, calumnias y otros infortunios, y nosotros siempre en nuestro yerro. ¡Oh miseria! ¡Y qué mayor yerro y qué mayor miseria, que anteponer lo temporal á lo eterno!

17 ¡Oh cruel ambicion, que me llevabas á una muerte ignominiosa! ¡Oh sucios deleites, aspides de los corazones humanos, que por no apagar yo este fuego, me llevabais á incendios sempiternos! ¡O desdichada abundancia de bienes temporales, que me fabricabais las cadenas y prisiones con que habia de estar aherrrojado en el calabozo del infierno! ¡Es posible que por regalar yo la corrupcion de este vil cuerpo, quisiese condenar mi alma á eterna hambre, á sed insufrible, y á irremediable lamento!

¡Oh locura mia! ¡Oh engaño loco! ¡Oh bruta insensibilidad!

18 ¡Oh Virgen de las Virgenes, pues á tus clarísimos ojos no se esconde mi inponderable necesidad y nuestras inmensas miserias; y pues ni te falta piedad para compadecerte, ni poder para librarnos de nuestros males, ni con el discurso del tiempo se han estancado las corrientes de tus antiguas misericordias, convierte á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y pon término á nuestros males. Pon remedio eficaz á nuestras culpas, que nos acarrean tantas desdichas. Alumbranos continuamente para que conozcamos lo que es Dios, y lo que somos sus pobres criaturas. Socorre á los que padecen, consueta á los tristes, despierta con voz grande á los que duermen en el sueño de la culpa; ruega por los pecadores, y dales tu mano benignísima; instruye en la doctrina de la verdad á los ignorantes; muestra el camino de la salvacion á los que yerran, fortalece con la divina gracia á los que pelean por el reino de los cielos, para que con tan seguro favor merezcamos algun dia el premio de la victoria de los que legitimamente pelean.

S. Andreas Cretensis.

in orat. Deiparaz.

¡O collem umbrosam non Isidcorum ingratorum populan, sed electam Dei plebem, gentem sanctam tuis maternis ulnis inumbrantem!

CAPÍTULO III.

Se queja el alma de su sequedad y tinieblas á la Madre de la luz.

Dixitque Deus. Fiat lux, & facta est lux.
Gen. 1. v. 2.

Illumina tenebras meas. Psalm. 17. v. 29.

§: I.

1 **A**y de mí, ay de mí! ¡Oh desdicha grande! ¿Qué he hecho contra tí, ¡oh Madre clamentísima! para que te ausentes y me dejes? ¡Ay, que se ha retirado de mi corazón las lumbreras de tus bellas ojos! ¡Ay, que he quedado en tinieblas, cercado de horrores y funestos pensamientos! ¡Ay, que no veo la luz, que me consolaba en mis penas! ¡Ay, que se ha puesto mi Sol y mi Lucero! ¡Ay, que si mira tu hermoso cielo, no veo en él, sino nublados y cenos! ¿Qué es esto, Señora mía? ¿Qué es esto Reina mía? ¡Por qué te apartas de mí y me dejas encinas, seco, desconsolado, como tierra sin agua, como aire sin luz!

2 ¡Oh Madre piadosísima! ¡por qué me niegas los benignos influjos de tu luz? ¿Por qué reprimes el rocío de tu bella Aurora? ¿Cómo viviré en este triste y miserable desierto, si me falta tu consolación.

si se me estancan las corrientes de tu inefable suavidad? Seré como los montes de Geliée estériles é infecundos, sin rocío ni lluvia de lo alto. Será mi alma como una fiera en un bosque espeso, ó en una selva inculta y sombría, que no goza los liberales resplandores del día mas lucido.

3 ¿Qué día hay para mi sin tí, Señora mía, luz mía, lumbrera de mis ojos? ¿Qué día hay para mí, si no veo nacer sobre mi cabeza los dorados rayos de tu Sol? Todo es noche para mí; y no veo delante de mis ojos ni reinar en mi triste fantasía, sino sombras y confusiones. ¡Oh suerte mía infeliz! ¿Qué delito cometi? ¿Cómo sufro mi desconsuelo tu amoroso pecho? ¿Cómo sufro mi soledad tu amante corazón? ¿Por qué no alumbras mis tinieblas? ¿Por qué no enciendes mi yelo? Y si hieren tu corazón tus hijos con sus amorosas flechas, ¿dónde están las mías? ¿Dónde los tiernos suspiros que llegan á tu tropo envueltos en seráficos ardores?

4 ¡Oh Virgen suavísima, dulcísima, amorosísima, quisiera mi alma rendirse toda entera á tu hermoso y melifluo amor. Quisiera, como mariposa, sacrificarse á tus arduentes y dulces llamas. Quisiera renacer nuevo Fenix á una vida divina del fragante aromático incendio de tu amor Mariano. ¡Ay miserable de mí! ¡cuán grande es mi desdicha! ¡Cuán insufrible mi desventura! ¡Cuán estremada mi pobreza! Tu nombre Señora, es mas dulce que la

miel, mas suave que el bálsamo; pensar en tí es una gloria; hablar de tí un paraíso; y con todo eso pasan estas cosas por mi espíritu, como la nube sin agua sobre un campo árido y seco; y como el funil de la exhalacion entre el nublado de una noche oscura.

5 Por lo cual sufra tu inefable dignacion, que derrame mi alma en tu amable presencia mis amorosas quejas, mis profundos suspiros, que quizá hallará remedio y consuelo mi miseria, clamando ante el propiciatorio de tu gran misericordia. Traslada pues, Virgen pura, del solio de tu gloria y Magestad á mí tu siervo indigno, el torrente de tu dulzura y suavidad. Ruegote, que riegues la sequedad de mi alma con copiosas lágrimas, nacidas de tu amor y del dolor de mis graves delitos. Llore yo estos, delante de tus ojos, para que se asegure mas el quedar yo limpio de sus abominables manchas. Llore yo tambien en tu presencia tu misma ausencia, que ha ocasionado la bajeza de mi amor. O suba este de punto en el crisol de tu corazon, donde se refinan y divinizan los castos amores.

§. II.

6 ¡Oh Maria cuán grande es la suavidad de tu conversacion, que derramas sobre los que miras como tus queridos hijos! ¡Con cuánta abundancia de consuelo los recreas, los bañas, los inundas! ¡Si

á mí me miraras, siquiera como uno de los jornaleros de tu dichosa casa! ¡Oh sabia Abigail, cuyo renombre es tesoro de las maravillas de Dios! Sea una de estas maravillas mi conversion á tí y la de mi yelo en el fuego de tu tierno y dulce amor. ¡Por qué no avivas con tus amorosas llamas este pecho frio para que arroje á tí voces como sáttas encendidas!

7 Por ventura, ¿no mereces tú, que yo te busque y ame con este ardimiento, siendo como soy deudor á mil finezas tuyas? ¡Cuántas veces merecí la indignacion de tu Hijo, y me sacaste de las llamas de su justo enojo? ¡Cuántas veces rogaste por mí para que no me tragase el infernal dragon? ¡Cuántas veces rompiste las cadenas, con que el mundo y mi carne me tenían en prisiones? Y siendo tantas mis deudas á tu soberana beneficencia, veo, que el oro de mi amor y correspondencia es tan bajo, que si tú no metes tu mano, aplicándolo á la fragua del divino Espíritu, quedará siempre lleno de escoria; y yo con un profundo é imponderable desconuelo.

8 Crece mas mi sentimiento, por otra superior razon, que es la de tu amor á los hombres, la de tu amor á este tu vil esclavo. ¡Cómo Señera, es sufrible el no amarte con un amor todo de fuego cuando veo y experimento, que me amas con una maravillosa y estupenda caridad? Cónstame de tu

amor; y será tolerable vivir yo hecho una nieve a tu memoria? Y si tu pecho para con los hombres es un volcan de encendidísimos amores, ¿cómo hay paciencia para tolerar nuestra imaginable frialdad! ¡Oh Virgen mía! amaos yo con un amor instiguable. Bienhechora mía, amaos yo con un amor perpetuo é irrevocable. Abogada mía, hazme digno de tu amor y de tu amabilísima comunicacion.

9 Dirás, Señora y Madre mía, que mis tinieblas las causan mis desordenadas aficiones, que ponan entre ti y mi alma el velo de las culpas para que no se le comuniquen las luces de tus especiales y maternales misericordias.

10 ¡Ay Reina y Señora mía! ¡ay Refugio mío! ¿cómo negaré la causa de mis males, cuando confieso en tu presencia innombrables miserias? Confieso, que mi amor propio es el primer móvil de mis desalientos en tu amor. Confieso, que este peso negro nubla entre mi espíritu y tu brillante sol, con que se impiden sus influjos. Confieso, que las vanas raterías de la tierra y sus menguados gustos me hacen tan pesado, que me quitan las alas y el aliento para volar á ti. Confieso que este miserable cuerpo, tan amado de mí, apesga mi espíritu y lo tiene hundido en el profundo de un pozo de nieve, de tal suerte, que ni le deja respirar, ni suspirar por tí.

11 Confésoslo, no lo niego y de aquí nace mi ma-

yor clamor á tí; de aquí nace mi pena, de aquí mi desconuelo, de aquí mi temor, que me hace levantar el grito á tí con voz vehementemente y con gemidos tristes. Veo, Señora, la pesadex de mi espíritu, mis prisiones, mis tinieblas y me veo imposibilitado á arrojar de mí y romper estas cadenas, por mi gran ruindad y por mi infeliz condicion.

12 Por eso clamo á tí, para que del todo me remedies: y de lo mas profundo de mi corazon, con el ánimo, del todo á tí rendido, suspiro delante del trono de tu clemencia por mi deseada libertad. Alumbra, pues, mis tinieblas, ¡oh Madre de la luz! ¡oh luz de los cielos! antorchas del paraíso, esplendor de los ángeles, lucero de la mañana, farol luminoso que alumbras los caminos de los que andan oscuros y en las sombras de la muerte. Ea, pues, gozo de mi alma, consuelo de mis potencias, guía de mis sentidos, envíame del lugar de tu grandeza un pequeño rayo tuyo, que á un mismo tiempo abraza mi corazon, rompa mis cadenas y alhuyente de mi alma estas tinieblas, que me tienen duramente aprisionado.

§. III.

13 ¡Oh tinieblas tristes, que me tenéis en tan dura servidumbre! ¡Oh vicios míos, carga infeliz, desdichado cautiverio, que me priváis de mi amada libertad! ¡Oh grillos funestos, que no me dejáis un-

dar por el delicioso y suave camino de la virtud! ¡Oh MARTA querida mía! ¿por qué no me libras de mis males! Por qué no pones fin á mis pecados? Atiende á mi gran trabajo y haz que el Espíritu divino fortalezca el mio, para que no se deje arrebatara de sus antiguas necedades. Concédeme la gracia y don de lágrimas, con que se laven las manchas de mis culpas, con que cada dia ofendo á tu preciosísimo Hijo, por mi gran flaqueza,

14. ¿Qué perderás de tu derecho y de tu adorable grandeza, si así lo haces, benditísima y amabilísima Madre? ¿Qué detrimento padecerá el inmenso pérgo de tu gloria, si te inclinas á mirarme con la benignidad que te suplico? ¿Qué te faltará, si me respondes: *Hogase según deseas?* Claro está, que ni tu gloria padecerá mengua, ni diminucion tu inseparable grandeza: antes crecerá tu gloria accidental y los ángeles te contarán la gala, porque dejaste correr hacia mí el torrente de tu inefable y acostumbrada piedad.

15. Convierte, pues, Señora, tu mano hacia mí, y purifica en el crisol de tu amoroso fuego este deslustrado oro de mi devoción, quitándole la escoria. No desprecies mi oracion, ni permitas se fustre mi esperanza en tí. ¿Quién llegó á tu presencia confiado que no saliese remediado? Dame lo que te pido: pues desear mi salud y diste el ser á aquel Señor, que me quiere tan perfectos como lo es nuestro Padre celestial.

Arrojad una sola palabra ante el solio de este tu gran Hijo y está hecho todo.

16. ¿Qué respondes, Reina y Señora mía? ¿Qué respondes, esperanza mía? Parece, que oigo en lo más escondido de mi alma, salir de tus melifluos labios estas palabras: *Fili fiat sicut vis*, Hijo, hágase como lo quieres. ¡Oh voz mas dulce que la miel! ¡Oh voz mas sabrosa que el Maná! ¡Oh voz llena de gozos de gloria! ¡Oh voz, en que se afianza mi esperanza y mi dicha! ¿Cómo dejarás de ser verdadera Madre mía, si de tu mano me formas verdadero hijo tuyo? ¡Oh inestimable bondad de MARÍA!

17. Alábeute los cielos, la tierra, los abismos, y todas las criaturas. Alábeute yo sin fin y ofrezca á tu Altar continuamente sacrificio de alabanzas. ¡Ay del que calla y no abre su boca para alabarte! ¡oh MARTA! ¡Ay de los que no te pagan cada dia este debido feudo con eloquentes labios! ¡Ay de los mudos en tus loores: cuando los mármoles dan voces pregando tus excelencias.

18. ¡Oh si ya mi corazon se derritiera en tu presencia con un ardor seráfico, como la cera en presencia del fuego! ¡Oh si en lugar de voces salieran flamas de mi boca, hijas de un volcan amoroso de mi pecho! ¡Oh si mis alabanzas á tí, sobre eternas fueran todas animadas de aquel fuego divino, que envío tu Hijo Jesca sobre la tierra.

19. Sea así, ¡oh Virgen beatísima, fecundísima,

carísima, fidelísima, amabilísima, prudentísima, singularísima, potentísima, justísima, humildísima, hermosísima, liberalísima, esplendísima, candidísima y de toda piedad y grandeza abundantísima. ¡Oh quiera tu inefable dignación, que yo te cante eternamente aquel trisagio, que te cantan los Serafines en el cielo, diciendo: *Santa, Santa, Santa Maria, trono del Altísimo, Madre y Virgen; llenos están los cielos y la tierra de la Majestad y gloria del fruto de tu vientre.*

20 ¡Oh quiera tu bondad, que en la tierra imite yo esta dulce armonía del cielo. Desde luego me dedico con todas las fuerzas de mi corazón y potencias de mi alma á este dulcísimo ejercicio. ¡Oh con cuánta devoción deseo engrandecer tu santo nombre y gozarme con tu suavísima memoria. ¡Oh Maria, Maria, consuelo mío, esperanza mía, bienaventuranza mía y mil veces Madre mía. Tú que haces e locuentas las lenguas de los niños, instruye mi lengua é infunde en mis labios la gracia de tu bendición: para que mientras vivo en este destierro, no cese mi alma de elogiarle con aquella perfección, con que se hace en la patria celestial.

S. Albertus Magnus in cap. 1. Luc.

Maria interpretatur Ruminatrix: si ergo circumdabis te leonibus, & abscondita est tibi via tua (Job. 3.) respice Ruminatricem, nomina Mariam.

CAPÍTULO IV.

Pide el alma todas las virtudes á MARIA, como á ejemplar de todas ellas.

Inspice, & fac secundum exemplar. Exod. 18. v. 34.

Hec piorum perfectum exemplum. S. Gregor. Thaum. Ser. 2. de Annunc.

§. 1.

1. **O**u Santísima Madre de Dios, que hallaste la gracia en la fuente de la Divinidad y mereciste ser en Santuario! pues te dió el cielo al cristianismo por norma y ejemplar de aquellas virtudes, que adornan y hermosean su estado, y te las mereció en grado heroico el Verbo, que se dignó de encarnar en tus entrañas, concédele, Señora, por esto tu gran Hijo, aquellos dones y atributos hermosos, con que las almas se hacen dignas de Dios y le atraen á sí con una fuerza dulce y misteriosa.

2. ¡Oh tú la más privilegiado de las mugeres, en quien puso la eterna Sabiduría una universidad de perfecciones primorosas, en cuya escuela aprenden los querubines y serafines y los demás Santos copiaron una eminente santidad: comunicame, Señora, por tu inefable bondad la gloria de merecer tu imitación y

seguir tus huellas, que llevan al templo de la inmortalidad.

3 Dádmela una humildad profunda, cual fué aquella que te mereció de Dios los cariños y la dignidad de Madre suya; una humildad con que conozca la vileza de mi ser, en mi nada y todo en Dios; una humildad que sea el principio del edificio de las virtudes cristianas, sin la cual el hombre es puro humo de vanidad. Séllase en mi corazón este santo reconocimiento, de suerte, que solo estime lo que merece estimación, que es lo eterno; y del mundo solo tome mi desprecio y abatimiento, para engrandecer á Dios con mi propia aniquilación.

4 Dádmela Madre y Señora mía, una fe luciente, viva y con ojos, que penetren con una perpetua creencia las verdades católicas, y me hagan obrar en medio de las sombras de sus misterios, como á vista de la claridad del sol. Segun la luz de este divino farol, no permita tu bondad se estravie, ni aun en dudas mi entendimiento; y siendo necesario, muera yo por la fe, que diho á la Iglesia y á mi carácter.

5 Vivo, Señora, en este mundo, como en región de tinieblas. ¿Quién puede penetrar los secretos de Altísimo? ¿Quién escudriñar los misterios, que colocó sobre la esfera de los mortales? ¿Quién cree lo que los ojos no ven, si del cielo no viene este rayo soberano? Conoscedme, Reina poderosa, esta hermosa luz, para que ande seguro y sin tropiezo en me-

dio de tantas sombras. Viva mi alma á vista de esta luz, para que eternamente viva.

6 O Madre de la santa esperanza, sin la cual no hay en este mundo consuelo. ¿A quién recurriré en mi tribulación, cuando me veo anegado en mis propios delitos é indigno del cielo? ¿Qué haré, viendo airado contra mi al Omnipotente, á quien hizo guerra mi loca presunción? ¿Cómo conseguiré los bienes de la gloria, que pospuse á la vanísima vanidad de los bienes caducos? Aquí desfallece mi espíritu y falta el ánimo de esperar. Por eso acudo á ti, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Fortaleced con este santo don de la esperanza mi pusilanimidad, sin la cual los trabajos de esta miserable vida son un pequeño infierno.

7 Benigno y dulce es Dios, y sus misericordias sobre las cumbres de los montes. Los méritos de tu preciosísimo Hijo me afianzan, y tu poderosa intercesión puede animar mis desalientos. ¿Pues cómo desconfiare yo de alcanzar el perdón de mis culpas y de lograr algún día la vista de mi Dios? No lo permitais, Señora mía, Madre mía, áncora mía. ¡O patria celestial! ¡O morada de las almas bienaventuradas! ¡O delicias puros y eternos! Por vosotros suspiro día y noche en este desierto y valle de amarguras. O Marta, refugio mio, viva en mi esta esperanza fundada en la piedad de mi Dios y en los méritos de su Hijo y tuyo Jesús.

§. II.

8 ¿Mas qué sirven la fé y esperanza, si está ausente de la alma la caridad? Esta tiene dos alas con que vuela hasta la cumbre del cielo Empíreo, y se llaman amor de Dios y amor del próximo: sin estas alas no se puede subir á la posesion de lo eterno. O Virgen de caridad encendidísima, mi alma á tus pies prostrada desca, con ansias grandes, ser vestida por tu mano de estas alas, para volar á Dios, y llevar muchas almas que eternamente le amen. Deseo este divino fuego, que sea alma de todas mis acciones y las anime y eleve á efectos de suma heroicidad. ¡O quien siguiera el rumbo de aquellas ardientes inteligencias, que con vuelos seraficos llevan la gloria de Dios en triunfo por todo el orbe de la tierra! ¡O quanto debo á este gran Rey de todos los siglos y á su amor eterno! ¡O lo que me obligan su infinita hermosura y sus interminables beneficios! ¿Que hago, si no le amo con los corazones de todos, y lo go que le amen todos con un corazon?

9 ¿Cómo no amo al que me amó ante todos los siglos? ¡O deuda infinita! ¡O humana ingratitud! ¡O amor divino, que bello eres, que agradado, que galán, que dulce á los que se enamoran de tí! ¡O fuego divino amor sustancia de un Dios amante, que derramaste sobre la haz de la tierra las riquezas de tu bondad y benevolencia, como no te conoce el

mundo ciego? ¡O quien le diera ojos para ver tu hermosura! O Madre de un Dios hombre, hechizo de los hombres, viva yo en su presencia como una hacha encendida, derritase ya el hielo de mi pecho, suban las llamas de mi corazon hasta su trono.

10 Bien se hermana con el amor de Dios su santo temor filial. Este guarda las virtudes, abuyenta los pecados, engendra la confianza, mata la presuncion y conserva la caridad. Este santo temor busco que es gloria, alegría y corona de gozo; este, que alarga los dias de la vida y le da un fin dichoso, y una dicha sin fin; este, que dá la plenitud de la sabiduria y llena el alma de sus tesoros. ¡O virtud admirable! ¡O joya inestimable! ¡O adorno de la santidad! O don celestial, que dimanas del Espíritu santificador, ¿quién no te busca, quién no te desea ansioso y desalado?

11 O Madre del santo temor, alcanzadme de tu Hijo este gran don. Dame este escudo de fortaleza, esta áncora de salud, este castillo bien guarnecido para defendirme de mis enemigos. Ruégote humildemente y te suplico con toda la reverencia posible, por la infinita Magestad de Dios y por la inmensa grandeza de Jesús, que me concedas esta estola de la inmortalidad, prenda de la bienaventuranza. O misericordiosísima Señora, imprime en medio de mi corazon este temor santo de Dios, para que en él per-

sovere hasta el fin de mi vida temporal y á ella suceda la eterna.

12 Adorna tambien mi alma, Virgen fortísima, con la virtud de la fortaleza, con que acometa esforzado la conquista de mi mismo y de mis rebeldes pasiones. Venza de la carne los halagos, del mundo los engaños, y del demonio las asechanzas. Odivina Belona, pelea mil batallas, persigue á mis contrarios, hasta que se rindan á tu soberano poder. Sea tu sombra mi fuerte escudo contra los apetitos desordenados, que continuamente guerrean contra mi y me vencen muchas veces, por mi gran flaqueza y cobardia. Arma me de todas armas, visteme de valor, adiestrame en tu milicia, harme de los fuertes custodios de tu honor: y en tu nombre pondré la bandera de Jesus sobre las atenas de los muros de Babilonia, y emprenderé donadado, todas las empresas de su mayor jescaltacion.

13 Asimismo te suplico, Reina soberana, y Señora mia, que atayes mi alma con aquellas tres joyas preciosísimas, que son la gala del estado religioso, y son: pobreza, castidad y obediencia. Pídeos la pobreza, por aquella con que toleraste con alegre rostro las incomodidades de la vida, renunciando las opulencias del siglo. Pídeos la castidad, por tu Concepcion purísima y por el candor virgineo, con que diste á luz al Verbo eterno hecho hombre. Pídeos la obediencia, por aquel humilde rendimiento y generosa resigna-

cion, con que asentiste á la voz de Dios expresada por un Angel su embajador.

14 Tambien te ruego con grande reverencia y afecto, ó Virgen virtuosísima, que me impetres de tu muy amado Hijo, una paciencia invencible, una templanza prudente y una justicia cabal: la templanza, para moderar los escosos de la carne y del espíritu; la paciencia, para sufrir con gozo los males, é infortunios de este destierro; la justicia, para dar á cada uno lo que le toca, á Dios lo que es de Dios, al hombre lo que es del hombre, atendiendo en primer lugar á este Señor, á quien todo lo que somos se debe de justicia.

§ III.

15 Y pues hay otras muchas virtudes dignas de las almas cristianas y religiosas, que se vieron resplandecer en tu vida perfectísima, como las grandes estrellas en el firmamento, ruegote intensamente, ó gran Madre de la gracia, que saques para mi del tesoro inagotable de la liberalidad de tu Hijo, la virtud de la largueza contra la avaricia. Su timbre es dar con proporción y usar de los bienes de la tierra, como encomienda del Señor del cielo, para socorro y alivio de las humanas miserias y para el culto de la religion que profesamos.

16 Dádme tambien una singular confianza en la paternal providencia de Dios, quien dijo: "Venid á mi todos los que trabajais y estais cargados, que

yo os aliviaré. Y en otra parte: Seréis llevados á mis pechos y halagados en mi seno. Y en otra: Si es posible, que se olvide la madre de su tierno infante y no tenga compasion de la prenda, que salió de sus entrañas: no es posible, que yo me olvido de avosotros."

17 Ruegote asimismo, Madre admirable, que me participes un rayo de tu misericordia, con que atiende á las ajenas cuitas; con que me compadezca de los males de mis prójimos; y me acuerde tiernamente de las penas del Salvador en su pasion santísima. Dame tambien aquella celestial prudencia, que sirva de luz en la via espiritual para evitar sus escollos; y en la vida racional, para gobernar con acierto sus acciones.

18 Acompáñeme tambien la modestia y el silencio. La modestia para componer el hombre exterior, como retrato de una perfecta santidad, que viva en lo mas interior del alma. El silencio, para no hablar sin propósito, vivir en el retiro del espíritu, cerrar las puertas á la vanidad y detraction, y tener á raya las demasías de la lengua, cuya malicia escela al veneno mortífero. No me niegue esta excelente virtud, que es Madre de pensamientos sublimes.

19 Concédeme asimismo, Señora mia, la evangélica simplicidad, con que amorosamente se corresponden en sus movimientos los semblantes del án-

mo y del cuerpo, la lengua y el corazon sin aquel difraz afectado y cabdlosa doblez, que ha introducido en las almas impuras la humana malicia. Sea yo tambien agradecido á Dios, á tu piedad y á todos mis bienhechores. Mortifíque yo este cuerpo vil, esta carne rebde, para que no ocasione la ruina de mi espíritu. Viva yo en paz y concordia con mis prójimos y hermanos, imitando la condicion del verdadero Salomon Pacifico, que dijo: *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazon*, cuya mansedumbre me enseña á refrenar los ímpetus de la ira.

20 Alcanzadme tambien, Señora mia, verdadero y perenne dolor de mis pecados, que llóre dia y noche con copiosas lágrimas, sin otro motivo que el haber ofendido á un Dios infinitamente bueno, y digno de todos los amores y alabanzas. Dadme tambien, Reina poderosísima, el don de la santa contemplacion y union con Dios, con la cual mi ánima se engolle y anegue en el inmenso mar de su ser, sin apartarse un punto de objeto tan amable.

21 Coronadme últimamente, Madre mia, con el don de la perseverancia en el bien obrar hasta el último momento de mi vida, con que me haga digno de la gracia final, sin la cual no hay cielo, y el tiempo pasado es perdicion. Así lo espero de tu bondad y misericordia; Virgen clementísima, Madre amorosísima. Así lo espero de tu eficaz intercesion, Abogada mia, Patrona mia, Refugio mio, á cuya sombra me

acejo, con cuyas alas cubro mi indignidad y vive segura mi confianza.

Idiota Pius.

Contemplat. B. Virg. cap. 2.

O plusquam gloriosa Virgo Maria, tot hebuiisti pulchritudines quot virtutes: & singulas in altiori gradu, quam concessum fuerit, post Filium tuum super benedictionem, purae creaturae

CAPÍTULO V.

De las figuras y simbolos con que la antigüedad insinúa la grandexa de Maria.

Dominius narrabit in Scripturis Populorum, & Principum, horum, qui fuerunt in ea. Psal. 86. v. 7.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. Psal. 86. v. 3.

§. I.

¿ **S**i todas las lenguas fueran de Querubines, y todas las voces de fuego seráfico, no pulieran articular, ó gran Señora, cosa digna de tu grandexa. ¿Pues qué podrá pronunciar mi lengua manchada con tantos delitos, que insinuar mis labios, sin purificarse con la brasa del altar? Está tu dignidad levantada sobre

los mas altos montes de la tierra; y tu gloria sobre la cumbre de los cielos. No hay en el mundo todo quien se halle digno de abrir el libro de tus prerogativas y desatar sus sellos. Claman los siglos, y emudeceñ con la admiracion de este misterio: solo el Autor de ellos hecho hombre de ti Madre Virgen pudo decifrarlo.

2 Confieso la impureza de mis labios, confieso mi indignidad. Mas ¿quién puede impedir, que el corazon eche centellas cuando ama, si el pedernal las echa golpeado? ¿Y el río callará con tantos golpes de beneficios? ¿Y no prerrumpirá en voces de fuego de tus loores, cuando le dan materia para ellos las letras sagradas, y los oráculos de los profetas? ¿Cuándo tu misma bondad dulcemente compelle á ofrecerte este suavísimo sacrificio sobre las aras de tu admirable dignacion?

3 O fuente de inesfables suavidades, ó mar de dulzura, ó abismo de misericordias recibe propicia este mi sacrificio de alabanzas; obsequio tan debido á tu grandexa, que no puede omitirlo sin delito la obligacion natural de mi gratitud. Recibe benigna de mi pobreza estos afectos, pequeños en la ejecucion, grandes en el deseo.

4 Té miró, Señora, desde su eternidad el Padre Omnipotente; puso en ti los ojos de su agrado; robóte tu beldad el corazon, y enamorado trasladó á ti riquezas tantas de su infinito tesoro, que solo el que las dió sin cuenta; ni medida, pueda contar y

medir su infinidad. ¡O prodiga y divina mano, que te puso en tal estado de grandeza, que escudiese á toda pura criatura y solo Dios fuese mayor! No tienes semejante en lo criado, no hay quien te iguale: solo el que te crió es superior. En ti está toda la gracia, toda la belleza, todo el primor, todo el donaire; todo lo rico, todo lo noble, todo lo sábio, todo lo poderoso, todo lo afable, todo lo sublime y en una palabra, todo lo que no es Dios.

5 O grandeza de Maria, ¿con que voces te dará á conocer nuestra rudeza? ¿Con qué colores se podrá pintar este retrato? ¿Qué cifras, qué enigmas, qué geroglíficos, qué sombras bastarán á significar á esta divina Aurora, Madre de aquel Sol divino, que fué engendrado de los resplandores de los santos ázules todos los siglos?

6 Te veo Señora en el cielo, y en la idea divina desde la eternidad, como una señal grande cubierta del sol, coronada de estrellas y por peana á la luna. ¡O misterio! Todos los tiempos se regulan por estos astros y todos dieron señales é indicios de tu grandeza. Y así el espíritu divino, como pintor sagrado, cuidó de retratarte en sus libros con varios hermosos colores en diversas imágenes y símbolos, diseñó solos de lo que eres, hasta que en los últimos siglos apareciste en tu mismo original tan agigantada y prodigiosa; que las mayores inteligencias angélicas y humanas enmudecieron con la admiración, y solo

desplegaron los labios para preguntar: ¿Quién es esta, que sube del desierto llena de gracia y afuente de delicias reclinada sobre su amado?

§. II.

7 Al principio de la sagrada Historia se diseña, ó Señora, el principio de tu inmaculado ser, tu infancia, tu niñez con la imperfecta imagen de un mar inmenso, sobre cuyas espaciosísimas llanuras andaba el Espíritu de Dios, quien á las congregaciones de las aguas llamó Maria. Si en tan pequeña edad eras tan grande, que todo el mar es estrecha significación de tu grandeza, ¿cuan grande serías Señora, cuando mayor? El Espíritu Santo ciñó las aguas con las arenas: mas las gracias que te dió, no las ciñó.

8 Isaías y San Juan te vieron en forma de trono escelso y levantado y asistido de Serafines, y entonces se llenó la tierra de gloria. Es empeño de Dios el levantarte. Tanta es tu alteza, que á ella nunca llegará pura criatura, ni á imaginarla. Solo Dios comprende á quien comprendió en su vientre á Dios. Los Serafines te contemplan rendidos y obsequiosos: son discípulos, que aprenden en tu escuela el amor á la divinidad. Esta también tiene su gloria en ti, y se gloria de haber hecho tan eminente criatura. La tierra se llenó de la gloria de Dios, cuando mereció tus favores y protección: y por eso está escrito: Aco-

damos con confianza al trono de la gracia, para que consigamos misericordia.

9 En el libro de los Cantares eres llamada lecho del pacífico Salomon, guardado de sesenta soldados valerosos de los mas fuertes de Israel. Naciste Señora, para reposo de Dios, á quien hicieron trabajar los pecados del mundo. ¡En quien habia de descansar Dios, sino en la que nunca tuvo pecado ni original! Contra la malicia de la serpiente se armaron las escuadras del cielo, capitaneadas de la gracia: y porque esta triunfó en tí, eres tambien nombrada carro de materia odorifera y de galante fama. Tu pureza y hermosura tiraron tanto á Dios que le costaron decaer á su amor, segun está escrito: *Deseó el Rey tu belleza.*

10 A Moises mandó el Señor fabricar un candelero de oro con siete antorchas para el Tabernáculo; al cual mucho despues vió contemplando los misterios de la Iglesia Zacarías Profeta, con una lámpara flameante, que le servia de capitel. Tu eres, Señora, este místico candelero todo de oro puro de asendrada caridad. La lámpara es Jesus, que preside á su Iglesia y la ilumina con siete dones soberanos, que le comunicó su espíritu, cuando bajó en lenguas de fuego sobre los apóstoles. Tu cooperas, como Maestra de verdades, á ilustrar á esta Iglesia y librarla de las tinieblas de los errores. Los siete ramos de oro, en que estaban colocadas las luces de este insigne candelero

ro son los siete grandes Espíritus primeros ministros del reino de tu Hijo, que asisten á su trono para los efectos de su clemencia. Sea yo singularmente favorecido con tantos y tan divinos influjos.

11 Al mismo Moisés fué mostrada aquella célebre zarza, que ardia sin quemarse ni consumirse, cuando dijo: *Íre y veré esta vision grande,* donde vió á Dios en medio de las llamas. A tí, Señora, figuraba esta misteriosa zarza, en quien el fuego de la concupiscencia nunca hizo impresion; ni el ser de Madro tiznó jamas el verdor flameante de tu virginal pureza. Esto es cosa tan grande y rara en la naturaleza, que con razon admiró á aquel gran legislador. Nada es imposible á Dios, que asistia en tí, que aunque es fuego, solo sirvió de dar lustro á tu virginidad.

12 Mente te nombró Habacuc, cuando dijo: *Vendrá el Santo del monte umbroso.* Y Daniel, monte, en quien plugó á Dios habitar. Todos los Angeles santos son valles en tu comparacion: tú eres el monte escelso y el Altísimo tu cumbre y tu corona. La sombra que haces es para los pecadores refugiados en ella, contra los ardientes rayos del sol de justicia.

13 Como escala te vió Jacob, cuyos extremos tocaban la tierra y el cielo, y en este estaba recostado el Criador; y los Angeles subian y bajaban por ella. Esto fué hacer por tu medio comunicable la tierra con el cielo antes inaccesible. Por tí, el que vivia en los cielos, bajó hasta los abismos. ¡O que poder pa-

ra juntar estrechos tan distantes! ¿Qué fuera de los hombres sin esta escala, á quien los Angeles sirven de embajadores de nuestra salud?

§. III.

14. Símbolo de gran piedad fué el Arca de Noe, en que se salvó el género humano, ó *MAIJA*: porque ninguno se salva sino por él. La verde oliva, que llevó la paloma en su pico, en señal de haber cesado las aguas sobre la tierra, es geroglífico tuyo: porque si la oliva significa la paz, ¿quién sino tú la trajó á la tierra como Madre de ella? La impiedad hizo guerra al Altísimo con inundaciones de culpas: la justicia de Dios las vengó á diluvios de iras. Aplacado el cielo, venció á la malicia la misericordia por *MAIJA*, asistida de la sombra del divino Espíritu, que es amor y nuncio de la paz; para que á su sombra vivan los mortales. O amor divino, sea yo por *MAIJA* uno de tus alumnos.

15. Eres también Señora, según el sábio, la nave del famoso mercader, que trajo el pan de lejos. Surcaste el mar de esta vida y nos trajiste el pan del cielo, con que alimentas, ó Madre piadosísima á tus hijos los cristianos. Eres la puerta oriental cerrada, de que habla Esquiel; porque fuiste guardada para aquel insigne varón, cuyo nombre es Oriente: solo él entró por esta puerta, para abrirnos las del cielo. Eres la nube leve, de quien está escrito: *Mirod, que el Se-*

ñor se sentará sobre una ligera nube y vendrá á Egipto, donde destruirá las obras de sus manos. Por tí se arruinó el reino de la idolatría y adócó el mundo á su único y verdadero Rey.

16. Últimamente eres la Reina, que asiste á la destra de Dios cercada de variedad; eres la paloma cândida y perníosa, blanco de sus caríños; eres la vara de *Jesé*, de donde nació la flor Cristo; eres el altar de oro; el tabernáculo, el arca del Testamento, el propiciatorio, la urna del maná, la piedra del desierto, la fuente sellada, huerto cerrado, Sion santa, espejo sin mancha, lirio entre espinas, Santa Santorum, torre de David, vara de Moises, bellocino de *Godcon*, panel de Sansón, pozo de aguas vivas, estrella de la mañana, sol brillante, luna bella y escuadron bien ordenado. Todo lo eres, Señora, porque vive en tí el que lo es todo.

17. Todo lo dicho es sombra; y sombra de las nobilísimas luces de tus inmensas prerrogativas. Bien sé, que pasaron adelante tus devotos, comparándote á las famosas matronas; que celebraron los primeros siglos, por las singulares gracias y virtudes, con que las dotó el Autor de la naturaleza. Mas qué haré yo con esto, sino carcar el día con la noche y al sol en su cenit, con las estrellas que llaman nebulosas?

18. Si digo, que eres Eva la primera muger de la naturaleza y madre de los hombres; tu eres la primera muger del estado de la gracia y Madre de Dios.

Si digo, que eres Sara: la venciste en amor y fidelidad. Si Rebeca; eres mas escogida y mas hermosa. Si Lia; eres mas fecunda, sin lunar de fealdad. Si Raquel; la ganas en gracia y en donaire.

19 Si te comparo con Noémí, que trajo á Ruth Moabita al culto del verdadero Dios; tú trajiste á la gentilidad á la fé del Crucificado, é hiciste colocar á Cruz sobre las coronas é imperios. Si con Ruth que halló gracia en los ojos de Booz, hombre riquísimo y poderoso, tú la hallaste con hombre Dios, de quien son todos los tesoros y poderes de cielo y tierra.

20 Si con Abigail bella y prudente, que apago con su agrado la ira de David contra Nabal; tú convertiste en cordero al leon de Judá. Si con Abisa virgen graciosísima, en cuyo seno recibió calor la fría anciana edad del profeta rey; tú mas pura y agraciada fomentaste en tu regazo en miembros infantiles al Antiguo de los dias. Si con Bersabé madre de mas sabio de los hombres; tú lo eres de Cristo sabiduría infinita. Si con Judith, vencedora de Holofernes; tú lo fuiste de Lucifer. Si con Esther, abogada de su pueblo y levantada al imperio de los Asirios; tú te hizo el Altísimo Reina de los angeles y abogada de los hombres.

21 Tú, pues, Virgen bienaventurada, la mas favorecida de Dios, la mas llena de dones de la naturaleza, de la gracia; la mas humilde, la mas benigna, la mas piadosa; ruegote Señora, por tus grandes prerogati-

vas é indecibles virtudes y gracias, que no echés en olvido á este indignísimo pecador hijo tuyo; muéstrate ser Madre y Abogada mia; y ejercita continuamente este piadoso oficio, digno de tu bondad, delante de tu Hijo Jesucristo, para que en su tribunal alcance sentencia favorable; cuando salga de este mundo y merezca por tu medio gozar de tu compañía en el cielo.

S. Andreas Episcop. Hierosol.

Salut. ad Virg. Mariam.

*Salve contemplativae cognitionis intellectuali speculum,
per quod celebres spiritus Prophetarum incredibilem
Dei ad nos descensionem mysticè adumbraverunt.*

CAPÍTULO VI.

Maria guia y alumbrá al alma, que va caminando á la perfeccion-

*Lucerna pedibus meis ceribum tuum: & lumen
semitis meis. Psalm. 118. §. 105.*

*Tu illuminas lucernam meam. Psalm. 17.
§. 29.*

§. I.

TRAEME en pos de tí, ó benditísima Virgen MARIA y correte al olor de tus suavísimos unguentos. Ninguno puede llegar al Padre celestial sin que el Hi-

jo le lleve; ni al Hijo sin que el Padre lo llame; ni al Espíritu Santo sin el favor de ambas personas: y ninguno entrará al retrete de esta augustísima Trinidad, (que entre nieblas de gloria habita luces inaccesibles) sin que le sirvas de guía y alumbres en la noche de este siglo. Tú eres la que llevas las almas al Padre, porque eres su Hija; al Hijo, porque eres su Madre; al Espíritu Santo, porque eres su Esposa.

2 O gran Señora, llévame á Dios, porque no puedo andar con la carga y peso de mis innumerables culpas. Llévame á Dios, tirado del fragante olor de tus virtudes, cuyo rastro seguirá mi alma, anegado en tan admirable suavidad. Tus ungüentos odoríferos, dijo un devoto tuyo, son la celestial sabiduría, la gracia espiritual y la gloria imarcesible. Porque con tus palabras y ejemplos enseñas la verdadera sabiduría, por ser Madre del Verbo de Dios; á los pecadores alcanzas gracia, por ser Abogada de los miserables; y á los que le honran prometes gloria, porque eres la tesorera de las gracias, que dimanan de la fuente de la divina liberalidad.

3 El que te amó ab eterno crió en tiempo un lumbrera grande, que presidiese al día y otra menor, que presidiese á la noche. Esto hizo Dios en el cielo con aplauso y admiración de las demas criaturas, que rendidas confiesan ser deudoras á estos insignes astros, por el beneficio continuo de sus influjos. Pero en la tierra se mostró su mano mas primorosa, unien-

do en tí estas dos locientes hermosuras, para que presidieses á la noche de los pecadores, desterrando sus tinieblas; y al día de los justos, alumbrando é instruyendo sus espíritus. En cuya conformidad entiendo yo de tí lo que el profeta dijo: "Tu palabra es antorcha, para que mis piés no yerren; y luz á mis esencias, para que no me estravie de la virtud."

4 O Virgen Santísima, ejemplo de toda virtud, cada dia experimentamos, que tanto mas se envuelven los hombres en sus tinieblas é ignorancias, quanto mas se alejan de tu luz; y entonces abren los ojos al desengaño, cuando se ven patrocinados de tu sombra, que siempre es clara y resplandeciente como la de aquella nube del Tabor, de quien se dijo: *Una nube lucida les hizo sombra*. Los apóstoles, como varones espirituales, recibieron luz de esta sombra para conocer los misterios de Cristo, de que antes estaban ignorantes y concosieron, que el camino seguro para subir al monte de la bienaventuranza, era la Cruz: porque es engaño aspirar á la gloria del gozar, sin la gloria del padecer.

5 También ha considerado, que cuando te vió tu amado Juan (Apoc. cap. 4.) en forma de trono, en que estaba sentado el Maestro de la verdad, salian de este trono rayos, voces y truenos; y que asisten delante de él siete limparas ardiertes, que son los siete Espíritus de Dios y un mar de vidrio, semejante al cristal. ¡Oh gran Maestro! ¡oh sólo en que vive de

asiente la verdad! De ti salen rayos y truenos, que despiertan á los dormidos pecadores, para que no duerman el sueño de la eterna muerte. De ti salen voces y lámparas, (como las que vieron los israelitas cuando recibieron la ley en el monte Sinai, de quien está escrito: *(Veían voces y lámparas)* para alumbrar y enseñar al mundo, significado por el mar de vidrio, que está á tu sombra, sin la cual se ahogará en sus máximas ondas.

§. II.

6 Con esto se me escita la memoria de los consejos que diste á una alma devota tuya, hablándole en esta sustancia: "Oye, alma, mi buen consejo é imita mi ejemplo, y vivirás siempre en las delicias de tu espíritu. Si perdieres á Jesus, no desconfíes, no te turves con timidez, no empereces el buscarlo, no ceses de la oracion, ni procures el alivio de ti opeña en los consuelos terrenos, sino busca el secreto, retráete al retrete de tu consideracion, llora tu averro con constancia en la virtud y volverás á verte dentro de tu corazon bien hallado á Jesus, á quien perdiste por dejarte arrastrar del deleite, del interés y de la vanidad.

7 «No se halla Jesus en las plazas de la ciudad, ni en la junta de los que juegan, ni en la tierra de los que viven suavemente, sino en el retiro del corazon y en la congregacion de los virtuosos. Con ge-

rnidos se ha de buscar aquel, á quien perdió la libertad del ánimo y la dissolution. Con grande cautela se ha de guardar aquel, cuya ausencia ocasiona la estibieza y el amor de lo terreno. Con temor y reverencia se ha de implorar la piedad del que detesta á los ingratos y mira con fastidio á los pereznosos.

8 «Busca, hija, con humildad al que echaste de tu pecho con altivez y soberbia. Alaba con accion de gracias al que está siempre aparejado á dar su gracia á quien se la pide como debe. Le has de amar con un amor ardentísimo: porque tiene misericordia de todos; porque da sus dones graciosamente y á ninguno falta si le busca de corazon. Aunque Jesus mi Hijo tarda alguna vez en despachar las peticiones de sus rodimidos, nunca deja sin premio al que persevera en la oracion; y cuando menos piensa le visita de nuevo, le ilustra con mas claridad, le informa con mas cautela, para que no presuma de si y confie en él con humilde rendimiento. Si oatiendes bien á estos consejos, presto aplacarás á Jesus y le hallarás en tu pecho, te regocijarás con él y te hará participante de la paz de la celestial Jerusalem."

9 O Reina y Señora mia, con cuánta razon te aclemaan las Santas Escrituras con el nombre de luz y guía de los que viven en tinieblas, y suspiran por verse libres de los lazos del siglo y en los brazos de la virtud, cuya belleza es tanta, que aun en este destier-

ro hace su vista felices á los mortales. Tus palabras son como los rayos de un sol resplandeciente, que destierren la noche mas oscura, y muestran el camino de subir á Dios con las alas del espíritu.

10 Tu divino Esposo te comparó á la Aurora, que se levanta en compañía de otros; á la Luna hermosa, al Sol escogido y á un escuadron bien ordenado. ¡Oh misterio! eres Aurora que se levanta con otros, porque en tu compañía se levantan las almas del polvo de la tierra, para subir hasta el perfecto dia de la perfeccion evangélica. Eres hermosa Luna, para enseñarlas que deben lucir con su ejemplo á tu imitacion, delante de los hombres mundanos, como la luna en medio de las sombras de la noche. Eres Sol escogido, para mostrar que el camino de la virtud es propio de los escogidos de Dios, y que éstos lucen por ti como las estrellas por el sol. Y así está escrito: *lucirán los justos como estrellas en perpetuas eternidades.* Eres escuadron bien ordenado, por los que militan debajo de tu bandera, á cuya sombra asegura la victoria del mundo, de la carne y del demonio.

§ III.

11 O Prototipo de una eminente santidad. No solamente gobiernas á tus hijos los justos con las palabras, sino mucho mas con los ejemplos de tus virtudes, que son tantas, que pusieron en admiracion á los

Ángeles, cuando preguntaron: (Cant. 3.) *¿Quién es ésta que sube por el desierto, como la varilla de humo, compuesta de las aromas, de la mirra y del incienso, y de todas las especies odoríficas? Y Ambrosio tu siervo, dijo: ¡Oh cuántas especies de virtudes resplandecen en una Virgen!*

12 De ti misma dices: (Prov. 8) *Ando en los caminos de la justicia, en medio de la senda del juicio, para enriquecer á los que me aman y llenar sus tesoros.* Y en otra parte: (Eccles. 24.) *Yo soy la Madre del hermosa amor y del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y verdad; y en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. Pasad á mí todos los que me deseáis y llevaos de los frutos de mi bendicion: porque mi espíritu es mas dulce que la miel y mi herencia mas que la miel y el panal.*

13 ¡Oh Madre dulcísima, cuán grandes y opulentas son las riquezas de las virtudes que de tu fuente saca la nobilísima república de los justos! ¡Oh alma mía, qué rica estarás si buscas á Maria y en ella á Dios, que la tiene por Madre! ¡Qué abundante vivirás si te haces digna de su devocion y de su agrado! ¡Qué afortunada, si cursas en su esenela la sabiduría del cielo! ¡Repara bien en la copiosa afluencia de dones que para ti guarda en el seno de su patrocinio y á la sombra de su atpapo. Aprende de ella el conocimiento del Criador y tu propio conocimiento, el

amor de lo eterno, el temor filial, el aprecio de la gracia, el buen olor de todas las virtudes, que son los frutos de su verdadera devoción, la humildad, el silencio, la modestia, la honestidad, la paciencia, la caridad, el desprecio del mundo, el trato con Dios y otras dotes, con que MARIA adorna á las almas de sus devotos.

13 O ánima mia, cuán lejos vives de la devoción de MARIA, en quien vive Jesús gustosamente, por el adorno de sus virtudes. Amar á MARIA es vivir en Dios y por Dios, sin lo cual es inútil el vivir. Tanto mas cerca vivirás de MARIA y de Jesús, cuanto mas lejos vivieres de ti misma. Mira si vives lejos de ti y conocerás si estás cerca de Jesús y de MARIA. Si vives en ti y para ti, fuera estás de estos dos, que deben ser tus continuos amores. Si no vives en Dios y para Dios, fuera estás de ti: porque locura es no vivir en quien y por quien necesariamente vives; y querer vivir fuera de aquel, sin el cual no puede vivir.

14 ¡Oh gran locura mia, cuando arrebatá mi corazón otra cosa que este grande objeto! ¡Cuándo me miro y atiendo á sus intereses, siguiera como á los míos! ¡Cuándo no busco su mayor gloria, sino mi vanagloria! ¡Cuándo su presencia y alabanza es mi mayor deseo, y mas frecuente olvido! ¡Cuándo me rindo á la dificultad de conseguir la virtud sin fiar en Dios, á quien nada es imposible! ¡Cuándo

sigo el rumbo de mis pasiones necias, desairándolo, por no seguir el querer divino! ¡Cuándo me gusta el mundo y sus pequeños gustos, sin hacer reflexión en los mayores del paraíso! ¡Cuándo el pensar en lo eterno no me sirve de descanso de mis fatigas, sino de fatiga de mi descanso! ¡Oh loco entendimiento que discurre hallar á Dios sin buscarle! ¡Oh nécia voluntad que amas lo que no te puede hacer feliz! ¡Oh grosera memoria, empleada en rateras vanidades!

15 O Madre mia suavísima, ó fortaleza mia, ocupa ya del todo este corazón mio, vagamundo, loco, necio, desatinado. Únelo á Jesús tu Hijo y aprisionalo con las cadenas de tu inefable caridad. No lo sueltas de la mano, porque temo que vuelva luego á sus delirios antiguos. Corazón mio, ¿qué quieres, qué apeteces, qué deseas? ¡Poder, honra, riqueza, gustos, hermosura, sabiduría, discreción, paz, descanso y una vida sin azares? Busca á MARIA, que en sus brazos lo hallarás todo en Jesús. Sigue la virtud, que con pasos hermosos te conduce á esta felicidad. O Madre admirable, Madre amable, prenda de mi corazón, rompe ya mis grillos y la odiosa muralla de mi tibia conversión: y concédeme que vaya á Jesús en ti sin pasiones y con alas de verdadera devoción.

16 O única consoladora mia, envíame continuamente algunas luces y centellas para vivir advertido y fervoroso, para andar con cautela en el camino del espíritu, para conocer la voluntad de Dios y seguirla

con ánimo, valor y empeño. A los hijos de Israel les fué concedida, para su largo viage de Egipto á Jerusalén, una columna de nube para el día y otra de fuego y luz para la noche. ¿Quién duda que esta columna fué símbolo tuyo? Es así, que tú eres para los escogidos cristianos columna de fuego que los guías y alumbra por la noche de este siglo, y columna de nube que les haces sombra con tu protección por el día de la eternidad.

18. Al rededor del carro de la gloria de Dios había una nube grande y un fuego resplandeciente, que comunicaba á los presentes su actividad é imprimía su especie, con el cual los santos animales, que llevaban el carro, aparecieron como carbones encendidos y como lámparas luminosas. O MARIA, quienes son en este mundo los que llevan el carro de la divina gloria, sino los profesores de la virtud; mas éstos sin tu sombra, sin tu fuego, sin tu luz, son como animales sin discurso, y con tu amparo, tu amor, tu dirección se transforman en Serafines, que son áscuas encendidas y antorchas ardientes.

19. O MARIA, MARIA, Madre mía, has en mí esta transformación con tu eficaz virtud. Está esta alma sepultada en vida en el asqueroso y horrible sepulcro de mi cuerpo, todo tierra y con inclinaciones de animal bruto. Ténle lástima, Señora, y acaba ya de embáttame luz para el entendimiento, que vive en tinieblas, y fuego á la voluntad que está dura y helada como un

mármol; para que todo yo me convierta en un carbon encendido por el buen ejemplo, y en una lámpara ardiente y luminosa por el amor y enseñanza de mis prójimos, para que me haga digno de llevar en tu compañía, sobre mis hombros la gloria de Dios y de Jesús por todo el mundo. Amén.

Rampelognis
in Figur. Biblior.

Legimus quod in templo lucerna semper ardebat, & nunquam debebat extingui. Spiritualiter B. Virgo lucerna est, que non extinguitur, sed conservatur lumine divine gratie prebendo omnibus viatoribus unde valeant viam salutis videre.

CAPÍTULO VII.

Consideracion de algunos pasos de la vida de Maria
Santisima.

*Cuam pulchri sunt gressus tui in calcamentis, filia Principis.—Cant. 7. v. 1.
Trahe me post te: curremus in odorem unguentorum tuorum.—Cant. 1. s. 3.*

§. 1.

PARA entrar en este mar de misterios de los agraciados pasos de tu vida santísima, O MARIA, es me-

con ánimo, valor y empeño. A los hijos de Israel les fué concedida, para su largo viage de Egipto á Jerusalén, una columna de nube para el día y otra de fuego y luz para la noche. ¿Quién duda que esta columna fué símbolo tuyo? Es así, que tú eres para los escogidos cristianos columna de fuego que los guías y alumbra por la noche de este siglo, y columna de nube que les haces sombra con tu protección por el día de la eternidad.

18. Al rededor del carro de la gloria de Dios había una nube grande y un fuego resplandeciente, que comunicaba á los presentes su actividad é imprimía su especie, con el cual los santos animales, que llevaban el carro, aparecieron como carbones encendidos y como lámparas luminosas. O MARIA, quienes son en este mundo los que llevan el carro de la divina gloria, sino los profesores de la virtud; mas éstos sin tu sombra, sin tu fuego, sin tu luz, son como animales sin discurso, y con tu amparo, tu amor, tu dirección se transforman en Serafines, que son áscuas encendidas y antorchas ardientes.

19. O MARIA, MARIA, Madre mía, has en mí esta transformación con tu eficaz virtud. Está esta alma sepultada en vida en el asqueroso y horrible sepulcro de mi cuerpo, todo tierra y con inclinaciones de animal bruto. Ténle lástima, Señora, y acaba ya de embáttame luz para el entendimiento, que vive en tinieblas, y fuego á la voluntad que está dura y helada como un

mármol; para que todo yo me convierta en un carbon encendido por el buen ejemplo, y en una lámpara ardiente y luminosa por el amor y enseñanza de mis prójimos, para que me haga digno de llevar en tu compañía, sobre mis hombros la gloria de Dios y de Jesús por todo el mundo. Amén.

Rampelognis
in Figur. Biblior.

Legimus quod in templo lucerna semper ardebat, & nunquam debebat extingui. Spiritualiter B. Virgo lucerna est, que non extinguitur, sed conservatur lumine divine gratie prebendo omnibus viatoribus unde valeant viam salutis videre.

CAPÍTULO VII.

Consideracion de algunos pasos de la vida de Maria
Santisima.

*Cuam pulchri sunt gressus tui in calcamentis, filia Principis.—Cant. 7. v. 1.
Trahe me post te: curremus in odorem unguentorum tuorum.—Cant. 1. s. 3.*

§. 1.

PARA entrar en este mar de misterios de los agraciados pasos de tu vida santísima, O MARIA, es me-

nerer un mar de gracia y una vida divina. O Dios, eria en mí un corazón limpio y renueva en mis entrañas un espíritu recto, para que yo pueda entrar dignamente en este Santa Santorum de tu única y singularmente escogida Virgen y Madre.

CONCEPCION DE MARIA.

2 El primer paso que diste en este mundo, ó Infanta preciosísima, fué el de tu Concepcion gloriosa. Entonces te dijo el que ab eterno te eligió por Madre: *Toda eres hermosa, amigamía, y en tí no hay mancha.* Fué su gracia apositadora de tu ser primero: ¿cómo no habla de ser tu ser todo de gracia? Obró la naturaleza; mas prevenida de la gracia: con eso cedió aquella su fuero á ésta, como mas privilegiada; y homó la gracia á la naturaleza, haciéndola mas graciosa, quitándole la fealdad del pecado, que por derecho habia de contraer, como descendiente de Adán: que éste es el fuero con que son concebidos los que son de esta linage.

3 O bella Criatura, tan prontamente asistida del Divino Espíritu, á cuya sombra saliste mas brillante que el sol mismo. Es así, que este hace sombra en los cuerpos; mas tu Sol, ni la hizo en el cuerpo ni en el alma; porque ni en tu cuerpo se vió fealdad ni en tu Alma culpa. Y si hace sombra á los cuerpos y almas de tus devotos, es para hacerlos mas claros y res-

plandecientes. A los demas hijos de Adán abrasó el fuego del pecado, infectó su ponzoña, tocó su hediondez, oscurecieron sus tinieblas; pero tú, como arca de Dios, triunfaste de este inmenso diluvio de males, colocada sobre los montes de una original santidad.

4 O dichosa Niña, escogida por Madre del Altísimo ante todos los siglos, ordenada antes que fuera hecha la tierra. Con la tierra entraron en el mundo los desórdenes de la naturaleza; y como tú fuiste hija de la gracia, convino que te ordenase el Autor de ella antes de formar la tierra, para que no heredases sus desórdenes, sino una vida toda de Dios, toda ordenada á su mayor gloria. Esto se debió á tu excelentísima dignidad de Madre de aquel Señor, que fué engendrado en los resplandores de los santos. Santa siempre debia ser la Madre del que fué siempre santo y origen de toda santidad.

5 Dios te salve, cielo espléndido, que contiene en tí á Dios, á quien los cielos no pueden contener. Dios te salve, trono de inmensa gloria, mas escelso y puro que el de los Querubines, de quien está escrito que sirven á Dios de sállo. Dios te salve, mar de gracia, todo dulce, todo cristalino, todo sereno, donde nunca sopló el aquilon turbio, sino el záfiro claro y apacible. Dios te salve, Mager vestida del sol, Luna bella, estrella de la mañana, lirio entre espinas, puerta oriental, jardín cerrado, fuente sellada. Gelébren-te todas las gerarquías del cielo y tribus de la tier-

ra. O María, llena de gracia, llena de gloria, bendita entre todas las mugeres, doite los parabienes de esta dicha, doite en hora buena de esta elección. Por esta dicha, doite en hora buena de esta elección. Por en mí tus ojos benignísimos, mira mis batallas, atienda á mis peligros. Librame, por tu insigne pureza, de los incentivos de mi carne y de los lazos del enemigo, que continuamente procuran destruirme, manchando mi espíritu con sus impurezas.

NACIMIENTO DE MARÍA.

6 Después de la dilatada noche y confuso caos en que vivió el mundo, sentado en las tinieblas y sombra de la muerte, rayó la Aurora precursora del Sol, nació María elegida Madre de Cristo. ¡Qué gozo! ¡qué júbilo! ¡qué alegría! Ausentóse el horror, vióse la luz, anuncióse la libertad. Quién es ésta (claman todas las criaturas) que procede como Aurora, que se levanta. Y el Divino Esposo: *Leedatate, amigó-mia, especiósa mia, y ven.* Ven á la tierra, No de los cielos; ven á la tierra para hacerla cielo; ven á la tierra para sacarla de cautiverio. O María, suena tu voz, que aun en vagidos tiernos deleita y endulza nuestros males. Dios te apetece y el hombre ambos interesan en tí; Dios gloria, el hombre gloria.

7 O Infanta milagrosa, nacida de la ancianidad de Joaquín y Ana, en la vejez del mundo para renovar-

lo. Antes eran los siglos de yerro y en oro los convirtió tu nacimiento. ¡Qué sería ver al mundo melancólico y triste con su cautiverio, amenazado á morir eternamente; vestirse de gala á tus primeros albores, deponer el luto y empezar á respirar con la esperanza de la vida y de la libertad! Entonces cantó dulcemente, alabando al Autor y á la Madre de la gracia, y correspondieron los coros del cielo, diciendo: *Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.*

§. II.

8 Ea, pues, gozaos justos, porque ha nacido vuestra Madre y la Reina de las virtudes. Gozaos, pecadores, porque ha nacido vuestra Abogada. Gozaos, Ángeles, porque ha nacido la Restauradora de vuestras sillas. Gócese todos los estados de la Iglesia triunfante y militante: pues es universal el interés de este Nacimiento. Vengan los que la aman á celebrar su venida al mundo, las vírgenes; porque es de ellas la Primiceria; las madres, porque se verá en ella lo que en ninguna madre: ser Madre y Virgen; fecunda virginidad, cuya flor dió por fruto un Dios hombre y un hombre Dios. O escuadras celestiales, enseñad á la humana pequeñez á dar los parabienes á esta Mujer divina.

9 O ánima mía, gózate eternamente de gozar esta dicha. Alegrate de ver en el mundo la alegría del

mundo. O MARIA, Reina y Señora mía, Infanta tierna, Niña de flores, flor de las niñas, ¡ojalá, como entraste en este mundo llenándolo de bienes y luces, entrases en mi alma para alumbrarla y enriquecerla. ¡Ojalá vengas á mi corazón para hacerlo fervoroso y espiritual. ¡Ojalá lo dilates con inefable gozo, para que corra ligero por el camino de los mandamientos y consejos de Jesús. ¡Ojalá yo te sirva con la solitud y cuidado con que te sirvieron los Ángeles, los nueve meses que estaviste en las entrañas de tu Madre y mi Señora Santa Ana.

10 Ven, Señora mía, no tardes en visitar á este siervo. O Infanta divina, Niña eres, mas tan grande, que puedes ser retrato de la Divinidad y espejo cristalino, en que el Verbo eterno se mire. Niña eres, mas de alteza tan estupenda, que has puesto en admiración y éxtasis á las mas altas inteligencias. Acuérdate de este tu siervo, á quien verdaderamente ama con entrañas de misericordia. O graciosísima, derrama una sola gota de tu abundantísimo gozo sobre esta alma triste, desconsolada y pobre. Acuérdate á todos los afligidos; mira las necesidades del cristianismo, y oye piadosa las oraciones y gemidos de los que invocan tu santo nombre.

MONTE DE MARIA.

11 Tu devoto Marsilio dijo, que jamas pronuncia

ha tu nombre, que no rebozase su corazón y su boca de una dulzura y suavidad inefable; de suerte, que en su comparacion, el alimbar le parecia amargo y la miel desahrida. Tu capellan Anselmo se explica así: *O Maria Santisima, no hay pecador tan abatido en el mundo, que si invoca tu nombre, no le abroces con maternal afecto, sin desampararle un punto, hasta que aplacado Dios con tu intercesion, le reconcilies á su gracia.*

12 Tu melituo Bernardo habla de la misma forma: *O piadosa, ó grande, ó muy amable Maria. Tú nunca entras en las puertas de la memoria sin dulzura, infundida de lo alto, y de su eficacia y virtud castan las aves sus alabanzas.* Acuérdomo de una simple avecilla (á quien hizo famosa tu piedad) que arrebatada de un gabilan, la llevaba entre sus uñas para tragaria. Pero ella enseñada á pronunciar tu santo nombre, lo hizo prontamente en este riesgo, con áncias de libertar y asegurar su vida. ¡O poder de tu nombre! Apenas articuló la voz MARIA, cuando cayó el gabilan muerto y el avecilla voló triunfante á cantar sus glorias. Que es tanta tu bondad, que aun los brutos conocen la razon de celebrarla.

13 ¡Oh MARIA, MARIA, MARIA, dulce nombre, nombre amable, nombre admirable, hechizo de los corazones, ímán de las voluntades! ¿Quién no se derrite con tu memoria? ¿Quién no se inunda en gozo con su invocación? ¿A quién no sirve de escudo contra

sus enemigos? ¿Quién llamándote quedó confuso? ¿Quién invocándote no fué consolado? O nombre melifluo, jocundo, apacible, sabroso, rico, amoroso, sublime, profundo, divino, misterioso. Por ti viven los pecadores; por ti aprovechan los justos: por ti se puebla el empireo: por ti gimen los abismos. Porque tú eres para todos como un suave óleo derramado, odorífero y salutar, que da recreo y salud á los mortales. O, viva eternamente en mi memoria y sea de mi vida la última respiracion.

§. III.

PRESENTACION DE MARIA.

14 Entre, Señora mia, en el templo de Jerusalem á ver una agigantada maravilla en una Infanta apenas nacida. A ver compendiados muchos siglos de discrecion en tres años de edad. A ver á los escudrones de la milicia del cielo, que hajan á proclamar á su Emperatriz, grande en su pequeñez y á ofrecerle foudo de soberanos obsequios. A ver á Joaquin y Ana, á ofrecer á Dios Padre Hijo, á Dios Hijo Madre, á Dios Espíritu Santo Esposa, á toda la Trinidad, Templo. A verte en tan tierna edad pisar el mundo y subir por quince gradas á lo mas eminente del divino agrado. O si todas las almas se hallaran presentes á ver en tí el modo de vivir en la tierra sin

tocar en ella; y el modelo de dejar el ser humano, entregándose al divino.

15 Sube, sube, ó Águila feliz de grandes alas, sube al monte Libano, para sacar la médula del cedro, al Verbo del seno del Padre. Sube, sube, ó vara de humo fragante, compuesta de las mas subidas especies aromáticas. Sube, sube desde el primer grado de la cristiana humildad hasta el décimoquinto del divino amor. Ay de mí, qué lerdo y negligente fui en ofrecer á Dios los primeros pasos de mi vida. Ay de mí, que lo mas florido y visarro de mi edad dediqué al mundo. Ay de mí, que para Dios, único bien mio, dejé los años caducos, las obras marchitas.

16 O Noña de Dios, siempre en Dios, á quien desde el primer instante de tu vida te dedicó su gracia, sobre la cual, como sobre ligera nube, volaste á Dios, triunfante de los comunes riesgos de la vida, para vivir vida divina. Recibo, Señora, en ese templo, donde vives hecha Templo de la Augustísima Trindad, este presente y preciosa dádiva que te envia tu Padre celeste, tu Hijo divino, tu Esposo amoroso.

17 Siete Príncipes del cielo son los enviados de Dios, que en fuentes de oro de ardentísimo amor te traen siete dones. Cada uno de estos príncipes lleva una ilustre comitiva, para hacer mas solemne y plausible su embajada, y ofrecerte con los dones, criados que te sirvan: porque todo es de aquella de quien del todo es Dios.

18 El primero te trae el don del temor de Dios, cuyos lados ennoblecen la confianza y santidad. El segundo te presenta el don de piedad, (amada joya tuya) y en su compañía el culto divino y la religión. El tercero lleva el don de la ciencia, y á su vista el bien y el mal con bien diferentes libreas. El cuarto el don de fortaleza, y en sus manos el imperio y la magnanimidad. El quinto con paso grave y aspecto venerable, te ofrece el don de consejo, á quien circundan la esperanza y la luz divina. El sexto, el don de entendimiento y por precursora la razón. El sétimo te presenta el don de sabiduría, á cuya diestra viene la vida y á la siniestra la salud.

19 Despues se sigue una hermosa procesion de catorce honestísimas vírgenes hijas tuyas, que con llaves de oro en las manos, como insignia de su cargo y dignidad, mostraban el modo de abrir las puertas del cielo con obras de misericordia. En medio de ellas van las cuatro Virtudes Cardinales; la Justicia acompañada de la Paz y de la Verdad; la Templanza, de la Modestia y Continencia; la Prudencia, gobernando á ambas con singular discrecion; y la Fortaleza, que mostró ser de gigante en años infantiles: que tal fué la tuya, Niña hermosa, con que venciste tu propia edad y condicion. Y quien áula que es mas vencerse á sí misma, que debelar gigantes.

20 Luego se ofrecen á tu vista tres bellísimas señoras las mas nobles del estado de la gracia, que vie-

nen á ataviar tu alma, donde tienen el lugar mas estimable, con tres virtudes divinas; la Fe, que va delante cerrados los ojos y llevando de su mano á la obediencia: porque sin ver crea los misterios del cristianismo. Sigue á ésta la Esperanza con una áncora de oro en una mano y en la otra la voluntaria pobreza, con ricos adornos y muy vistosa gala. Cerca iba la Memoria con el libro de la Escritura en la mano, donde renueva las especies de las divinas promesas. En el último lugar va la Caridad, reina de las virtudes, en cuyo hombro izquierdo trae un arco de oro y en el derecho la aljaba llena de flechas, que encendió en el pecho de Dios el niño amor y trasladó al tuyo. En su mano va la castidad y pureza, tu muy amada, con un ramillete de fragantes azucenas, que es su timbre.

21 Últimamente coronan esta ilustrísima compañía, ocho nobilísimas matronas, (que son las Bienaventuranzas) que en sus manos traen un palio muy vistoso, de tela mas brillante que el cielo estrellado, para que debajo de su sombra dichosa vivas Niña tierna de tres años, para dar honor el tiempo y lustre á la eternidad. Vive, vive gloriosa Niña sagrada, Niña de oro, flor de la gracia, ejemplo de virtud. Vive en el templo de Dios, templo vivo suyo, vive para consuelo de nuestro linage, remedio de nuestros males. vive para dar vida al Autor de ella; vive, para que vivamos contigo eternamente en el cielo.

Guilhelmus
in cap. 7. S. Epithal.

Non dicuntur simplices pulchri gressus eius, ut ceterarum filiarum Principis, sed quia pulchri: hoc est quam puri, & mundi affectus eius; non enim pernicitate pedum, sed puritate affectuum ibat de virtute in virtutem visum Deum, deorum in Sion.

CAPÍTULO VIII

Otros pasos de Maria Santísima sobre la tierra.

Qui ponis nubem ascensum tuum.—Psalm.
103. §. 3.

Eccc Dominus ascendet super nubem leuem.

—Isai. 19. §. 1.

§. 1.

Todos los pasos de **MARIA** son misteriosos y en cada uno de ellos resplandece un Sacramento de la bondad divina, y de su clemencia para con los miserables hijos de Eva. Quiso Dios salvar, por medio de **MARIA** á los que perdió el pecado por medio de Eva. Y así los pasos que dió sobre la tierra, fueron para llevar las ánimas al cielo. Hizo la sin pecado, para quitar de los hombres el pecado y hacerla Madre de pecadores. Hizo también justa con grandes ventajas, para que en

ella se miráran los hombres como en espejo claro de santidad. Por eso dijo San Ildefonso: (Serm. 1. de Assump.) “La Virgen **MARIA**, con razon fugó la arca de los Sacramentos de Dios, sobre la cual está el propiciatorio y á los lados de éste Querubines que ele hacen sombra: porque fuera ningún pecado se atrevió á **MARIA**; y dentro tuvo toda la guarda de la ley, eel maná, que es el Sacramento admirable y la propiciación de la humana salud.”

DESPOSORIO DE MARIA.

2 Llega ya, alma mia, á contemplar el Desposorio de **MARIA** con José. Mira un misterio admirable, tan oculto como tierno. Oculto, porque para nacer Dios de Virgen le da Esposo. Tierno, porque se ve reinar un amor puro y refinado, sin concupiscencia en dos almas inocentes. Oculto, porque para guardar una excelente virginidad, la entrega al matrimonio. Tierno, porque se unen dos corazones los mas castos, los mas dulces y los mas amantíes. Oculto, porque junta la Providencia dos estrellas brillantes, para que hagan sombra al Sol divino. Tierno porque enlaza dos bellísimos astros, para dar mas luz al mundo y asegurarle influjos muy benignos.

3 Acuérdate de aquellos dos querubines de oro, que por orden de Dios puso Moisés en el tabernáculo á los lados del propiciatorio: los cuales, mirándose

mútuamente estendian sus alas y cubrían el propiciatorio, oráculo y el arca del Testamento. (Exod. 15. v. 49.) En estos dos bellos querubines se me representan **MARIA** y **José** llenos de ciencia de Dios, y de caridad ardiente, con que amorosamente se miran, con tanta pureza, que su amor es todo oro sin escoria. Ellos cubren con las alas de su sombra y con la sombra de sus alas á Jesús Dios-infante, que vivió á su cuidado hecho á un mismo tiempo propiciatorio, oráculo y arca. Propiciatorio por nuestros pecados, oráculo de nuestras ignorancias y arca del nuevo Testamento, en quien se guarda el maná y pan del cielo y la ley nueva de gracia.

4. También me vienen á la memoria aquellas dos hermosas olivas, que estaban sobre el candelero de oro, que vio el profeta Zacarías. (cap. 4. v. 3.) La una se miraba á la mano derecha de la lámpara, grande, que ardía encima del candelero, y la otra á la izquierda. O **MARIA**, ó **José**, ¿quién es la lámpara grande sino **Jesús**, que preside y alumbrá al candelero de oro, que es la **Iglesia**? ¿Y quién las olivas, sino vosotros, que estáis en lugar superior de esta **Iglesia**, teniendo en medio á **Jesús**, con quien anunciáis la paz, y disponéis el suave óleo de vuestra poderosa intercesión, para reconciliar con Dios á los hijos de la **Iglesia** y curar las heridas que reciben de sus grandes enemigos?

5. Ahora alma mía, considera mas la calidad emi-

nente de estos desposados, y su vida en la tierra, sin los resabios de esta. **MARIA** es dechado de santidad, **José** espejo de justicia; **MARIA** es la Reina del universo, **José** el mayor valido de Dios; **MARIA** Aurora del Sol divino, **José** Luero de esta Aurora. Una y otra planetas de primera magnitud; su desposorio conjunción magna, que promete á los hombres grandes dichas. ¿Quién no anará una y otra estrella, para tenerla con Dios? Enlázanse en amoroso y casto himeneo, no para placeres del cuerpo, si para delicias del alma. Y así vivieron con sagradas **Salamandras** en aquel fuego, de que se alimentan los **Serafinos**. Esta es **MARIA**, este es **José**. Alábe su dicha, engrandese su virtud, imita su ejemplo.

6. Paso al modo del desposorio. Da la mano de Esposa **MARIA** á **José**. ¿O fortuna de **José**? Tener por Esposa á la que ya lo era del Espíritu Santo. Esta si que es fortuna sin mudanza, mas firme que lo están los polos de la eternidad. O **José**, si en tu mano tienes la de **MARIA**, ¿cuál será tu mano en su reino, cuánto tu poder, cuánta tu intercesión?

7. Y si el desposorio, que nace del acierto dice semejanza entre los que con este vinculo se estrechan, siendo **MARIA** la que es; ¿cuánta fué tu pureza, ó **José**? ¿Cuánta tu santidad? ¿Cuánta la nobleza de tu espíritu? ¿Cuánta la esfera de tus virtudes, que merecieron tal prenda? O **MARIA**, ó **José**, astros luminosos que juntó el cielo, para dar luz al mundo, é

influirle sagradas prosperidades! Ahuyentad con vuestros rayos amorosos los nublados de mis culpas. O querubines del propiciatorio y arca de Dios, enseñadme la ciencia de los santos. O olivas florecientes en la casa del Altísimo, para sanar con el saluftiero oleo de vuestros nombres, las heridas que en las almas hace la infernal serpiente, sanad las muchas que ha hecho á la mia, á la invocacion de vuestros dulcísimos nombres *MARIA* y *José*.

§. II.

ANUNCIACION DEL ANGEL.

8 Desposada *MARIA* con *José*, crecen los deseos de los justos de ver nacido al que por antonomasia llaman Justo los divinos oráculos. Unéanse los clamores de todos los siglos en este último. ¡Qué intencion de deseos, para que viniése al mundo el deseado de todas las gentes y el deseo de los collados eternos! Los suspiros de los profetas, reyes y patriarcas eran flechas ardientes, que penetraban el corazón de Dios. No se ha de buscar á Dios con menos fuego. Las tres angélicas gerarquias, como inmediatas al sôlo de la clemencia del Altísimo, hablaban con obsequios por la salud humana, pretendiendo á fuer de piadosas é interesantes, se abriesen ya las puertas de diamante, con que los orbes celestes estaban cerrados, y se franquea-

se el paso á las almas, que habian de heredar las sillas vacias de los espíritus rebeldes. ¡O que bien aboga la angélica misericordia á favor de la humana miseria!

9 ¡O cuanto debes, alma mia, al amor de estas supremas inteligencias! ¡O hermanos y compañeros hermosísimos de mi eterna felicidad! ¡O procuradores nobilísimos del bien y libertad de nuestro infeliz linage, condenado á cárcel perpetua de tinieblas, y á las pasiones que sus mismas culpas les fabricaron! ¡Qué olvidados tiene nuestra ingratitud á tan insignes bienhechores!

10 Clamabas tú tambien, ó *MARIA*, de lo intimo de tu pecho, compadecida de la humana perdicion; y llegaban tus ruegos penetrantes al trono de la gloria, para obtener la gracia de la redencion. ¡Qué instancias amorosas! ¡Qué suspiros tan tiernos! ¡Qué lágrimas tan dulces! ¡Qué voces como dardos encendidos! ¡Qué motivos tan eficaces! Que fuerte batería para el corazón del Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion. Ea, que hace brecha en los muros del Empíreo. Ea, que rinde la criatura al Criador, y el poder de la oracion al Todopoderoso.

11 Llama Dios á consejo, (concíbámoelo así) tira el velo de su antigua severidad, muestra sereno el cielo de su rostro, y en su divino consistorio de tres Personas confiere el gravísimo punto de la redencion

del hombre. Llámanse á audiencia la justicia, y la misericordia, para que aleguen. Propone la justicia contra el hombre, los agravios hechos por tantos siglos al honor divino, la transgresion de sus leyes, el olvido de su Criador, la profana adoracion de los ídolos, y en suma, la universal corrupcion de la humana naturaleza, y por conclusion pide, que el hombre sea desamparado como el ángel.

42 Aboga la misericordia á favor del hombre, y alega la flaqueza de su condicion, la malicia del demonio engañador, la docilidad para volverse á Dios, la gloria que se frustra á la Omnipotencia con su ruina, el desseo de la gracia en ayudar á esta pobre criatura, y lo que es sobre todo la Bondad divina, que vence con infinito exceso á la humana malicia, y tiene inclinacion natural á perdonar á los rendidos y miserables. Oídas las partes, desiere el Padre celestial la resolucion al Verbo eterno como Sabiduria increada.

43 El Verbo, movido del Espiritu divino, que es amor, da el medio de componer la justicia y la misericordia, haciendo se den ósculo de paz. Toma á su cargo la empresa de redimir al hombre, vistiéndose de su misma naturaleza, y padeciendo por sus culpas hasta verter la sangre y ponerse en Cruz. De este modo satisface á la justicia como fiador, pagando por el hombre la deuda; y á la misericordia tambien, librando á este desdichado de eterna servidumbre. ¡O ingenio del divino amor! ¡O maravillosa caridad del

Hijo de Dios! ¡O Dios grande! ¡Dios incomprendible! ¡Dios infinitamente amoroso! O Trinidad en unidad y unidad en Trinidad, cuyos secretos inescrutables solo puede mirar nuestra bajeza con el silencio, con el rendimiento y veneracion. O Verbo eterno, volcan de amor interminable, ¿cuándo tendrán término mi ingratitud á tus beneficios?

44 Hecho esto, se publicó en el cielo el divino decreto y alabaron todos los coros la divina potencia, ensalzando su admirable justicia y misericordia. O Maria, entonces se hizo famoso en aquella gran corte tu nombre, y lo adoraron los soberanos Espiritus. ¡O lo que vale la virtud para con Dios! La de esta gran Señora estaba olvidada y desconocida en la tierra, cuando todo el cielo se hacia lenguas en sus elogios.

45 Escogido Gabriel sumo Angel para la embajada, partió á buscarla al retiro de Nazaret. Es del cuidado de Dios hacer patente la virtud escondida y manifestar con lucimiento la inocencia retirada. A ti, ó Señora, te halló entre todas las mugeres la mas digna de la plenitud de la gracia. ¿Qué sirve la gracia de las mugeres sin la gracia de Dios? ¡O vanidad! ¡O locura de este siglo! El lleno de la gracia de Dios estuvo en ti, ó Maria, y aun la hizo rebozar para nosotros.

46 ¡O gran muger llena de gracia! ¡O Virgen humildísima llena de gloria! Ruégote por este altísimo misterio, con que te engrandeció Dios encarnado

en tí para remedio de nuestras almas, que recibas mis humildes súplicas. Grandes y muchos son, Señora, mis pecados: mas tú eres poderosa para librarne de ellos: porque estás llena de gracia y eres Madre de ella, y está en tí el Todopoderoso. Y así como la Encarnación del Verbo fué para poner fin á la culpa y esperanzarnos de conseguir la perdida gracia: así en honra del gozo que tuviste con el ave angélico, por cuyo medio y tu ascenso se obró este estupendo misterio, merezca yo ver el fin de mis grandes delitos y continuas negligencias en el servicio de Dios y tuyo.

17 Alcánzame una nueva gracia y un corazón renovado y blando, apto á recibir las divinas inspiraciones con el cual te sirva, ame y reverencie en compañía del Señor, que se dignó encarnar en tí por mí. Ayúdame, Señora mía, esperanza mía, refugio mio. Ayúdame y dadme fuerzas para andar ligero por el camino de la virtud, hasta la cumbre de la perfección evangélica; porque es grande mi flaqueza y miseria, y cada día cobran nuevas fuerzas mis pasiones rebeldes.

§. III.

VISTACION DE MARIA.

18 Ya es tiempo Virgen y Madre admirable, de visitar á vuestra prima Isabel, preñada del gran Bautista, Inero del sol, que alberga en tu vientre. No

sabe tardanzas la gracia del divino Espíritu, que te dió alas de fuego para vencer el peso de la dificultad con el peso del amor. Por eso tu tierna condición venció la aspereza de los caminos, montañas, cuevas, rissos, venció las fatigas, venció las injurias del tiempo: todo lo vence el amor.

19 ¡O amor divino, que alentado es tu soberano impulso, que fuerte, que eficaz, que valiente! ¡O si entraras en este helado pecho mio, que presto se desharian las montañas de su nieve! ¡Qué presto se allanarian los montes de dificultades, que para conseguir la perfección de la virtud me pone delante de los ojos mi loca fantasía! ¡Qué presto se rendirian los gigantes de aire, que armados al parecer impiden el paso á la voluntad para una heroica resolución! O Virgen divinísima, lléname de aquella caridad humilde y humildad caritativa, que te hizo no andar, sino volar sobre las cumbres de las dificultades de tu seco y estado, para adelantar la gracia al dichoso Juan. ¡O cuánto estimas una alma, cuya santificación te cuesta tantas fatigas!

20 Entraste en Nazaret y en la casa de Zacarías, y saludaste á Isabel. Tu voz oyó en el materno claustro Juan niño, con tal felicidad que le hizo gigante de la gracia. O lo que con tu presencia, Señora, crece un alma. En un momento suple muchos siglos. Alegróse Juan con indecible gozo: tal fué el júbilo del divino Espíritu, que iba en el trono de tu pecho.

Clama llena de Dios Isabel, y resaludándote dice: *Benedita eres entre todas las mugeres.* Correspondió al punto tu atención cortesana: *Magnífica mi alma al Señor porque nació la humildad de su esclavo.* No oye MARÍA sus alabanzas, sino para darlas á Dios como á su origen. Nada mira en sí la humildad, todo en Dios. Ves aquí, alma mía, dos madres escéntisimas, cuyos hijos no tienen comparación en la grandeza: Los hijos son hijos de la gracia, las madres hijas de un milagro de la Omnipotencia.

21. O Virgen humildísima, puesta en la cumbre de la mayor dignidad, alabo tu santo comedimiento, en visitar y servir á Isabel, alabo tu celo en santificar á Juan. En todo es admirable tu virtud; en todo es tu ejemplo primoroso. ¡O si yo la imitara! ¡O si yo lo siguiera! Visítame, Señora mía, esta mi alma necesitada y llenada de tí misma: que así lo tendré todo, virtud, ejemplo, espíritu. Visítame, por tu inofable bondad, dejando en mí proporcionalmente los efectos, que en tí dejó el Espíritu Santo con su sombra y tú en la casa de Zacarías con tu asistencia de tres meses. Recrea, Madre piadosísima, mi corazón con tu presencia y mis ojos con fuentes de lágrimas de gozo de tenerte por Madre.

PRIMO Y FUNDACION DE MARIA.

22 Pero, que lengua podrá explicar, ni que enten-

dimiento comprender el gran secreto del parto de una Virgen, que tuvo una eternidad depositado en su seno el Padre de los lumbreros. ¿Quién pensara ver nacido en tiempo al Hijo eterno? ¿Quién nacer de una criatura el Criador? ¿Quién ver recostado en un establo de brutos, al que tiene su asiento sobre los querubines? Esto no cabe en la rudeza del humano entendimiento y aun se esconde al querúbico. Lo que sí cabe en nuestra capacidad es venerar con silencio los misterios divinos y estimar las memorias, que de nosotros tiene este gran Dios.

23 O Virgen bienaventurada escogida por Madre del Altísimo y por tesorera de sus inmensos bienes, ruégote con profundísima humildad, que me hagas agradecido á los beneficios de Dios y participe de las gracias, que con su nacimiento nos trajo. Suplícate por el gozo de tu felicísimo parto y nacimiento temporal de tí, del Hijo eterno que cuides de esta indignísima criatura, cuyo nacimiento formó la impureza, y cuya vida alimentó la culpa. O Madre del mejor Hijo, cuándo conoceré mi ruindad? ¿Cuándo podré debajo de mis plantas el eguido ponacho de mi soberbia? ¿Cuándo me contentaré con nada del mundo, viendo á Dios hecho hombre, contento con nada de él?

24 Otro primor de la humildad de MARÍA, sujetarse á la ley de la Purificación. Antes quiso parecer menos pura, que menos obediente. ¿Cuánto estimó la ley de Dios, que observó aun á costa de su crédito!

La ley no le obligaba, y la atendió como á escepcion suya debida á la Madre del Legislador: mas ella no obstante se obligó á la ley, para obligarnos á ser liberales con Dios, haciendo por Dios aquello á que no obliga la ley. Ruindado de espíritu es, escasearle á Dios los obsequios, ciñéndose á los que son de sola obligación. ¿Qué fuerza de nosotros si Dios se ciñera á solos los fueros de la naturaleza, reprimiendo las corrientes de su gracia? O hombre bajo, soez y miserable, aprende á ser liberal en la escuela de la magnificencia de Dios.

25 O MARÍA, enséñame á ser humilde, obediente y liberal con Dios. Humilde, teniéndome por menos de lo que soy; obediente, atándome, no solamente á lo que obliga la ley, sino á lo que es ley del agradecimiento; liberal, haciendo mucho por Dios, aunque no me obligue á tanto. Bien merece todo cuanto soy ese Niño divino, que como Cordero immaculado ofreciste hoy al Padre Eterno, para que con su sangre se purificasen nuestras almas. Haz, Señora, por tu Jesús, que yo sea todo suyo y nada mío; que viva en él y por él y no en mí ni por mí. O Jesús mío, Niño tierno, bello infante, ó delicias de nuestro linaje, ó robador de nuestros corazones, roba el mío y llévalo á tí, para que en tí viva y per tí muera.

S. Ambrosius.

Cap. 13. de Inst. Virg.

O delicias Marianae Virginitatis, quasi olla ferboit, & quasi nubes pluit in terras gratia Christi. Scriptum est de ea: Ecce Dominus venit sedens super nubem leuam: verè leuam, quia coniugis opera ascendit: verè leuam, quia leuauit hunc mundum suauiter peccatorum!

CAPÍTULO IX.

Contemplacion de lo que es María, por lo que Dios hizo en ella.

Creauit Dominus novum super terram: Formina circumdabit eirum. Hierem. 31.

7. 22.

Ecce Virgo concipiet, & pariet Filium. Isai.

7. 14.

S. I.

UNA cosa nueva hizo Dios sobre la tierra, dijo el profeta Jeremias. ¿Y cual fué? Una muger cercará á un varon. Otra novedad vió Juan en su Apocalipsis, y fué una señal grande, que apareció en el cielo y fué una muger cubierta con todo un sol. ¡Gran muger, cuyo misterio parió tanta novedad en cielo y tierra! ¿Quién es esta muger prodigiosa, tan lucida en el cielo, tan poderosa en la tierra? ¿Quién es esta muger, que cerca á un varon cubierta de un sol? ¿Y

quien es este varon, que es juntamente sol; y siendo cercado de esta muger, el la cerca con sus rayos? ¡O gran misterio! ¡O secreto de la bondad divina! ¡O abismo de la clemencia de Dios!

2 La muger que cercó al varon es MARIA, de quien está escrito: *Mira, que una Virgen concebirá y parirá un hijo, que será llamado Emanuel*, (que se interpreta Dios con nosotros) Virgen y casada, (por eso muger) que concibió sin obra de varon. La muger cubierta del sol es MARIA, que concibió y parió al Sol de Justicia, de quien profetizó Malaquias: *Nacerá para vosotros, que teméis mi nombre, el Sol de Justicia en cuyas alas irá la salud*. El varon, que también es Sol, es aquel de quien dijo otro profeta: *Veis ahí un varon cuyo nombre es Oriente; y está es Jesús Hijo de MARIA*.

3 Jesús es Varon y es Sol: varon porque es hombre: Sol porque es Dios. En cuanto hombre, cercó MARIA á Jesús, encerrándolo en su sagrado vientre con el Sol de su Divinidad. En cuanto Dios, Jesús cercó á MARIA, vistiéndola con los resplandores de su Sol. En la inmensidad de su luz cupo esta pequeña criatura; y en esta pequeñez cupo aquella inmensidad. ¡O cuanto pueden con Dios la pureza y humildad, que en sí pueden comprender al incomprendible! Be aquí alma, si quieres investigar la calidad de esta gran Madre, inquiera primero la calidad de su gran Hijo.

4 Oíd ahora, devotos de MARIA, los que estimais le

memoria de su nombre, los que deseais que viva en vuestros corazones; oíd ponderar por la encarnación del Hijo de Dios en MARIA sus prerrogativas y gracias imponderables. Ruégote, ó clarísima Señora, Madre y Virgen, por singular elección del Altísimo, que recibas este mi pequeño obsequio, estos mis desmayados deseos de engrandecer tu nombre, y ampires á los que se precian de hijos tuyos haciendo de miel sus labios, para que con melillosa lengua y dulces voces pregonen por todo el orbe la corona de tus superiores excelencias, que es tu escelsa y virginal maternidad.

5 ¡O si yo te acertara á alabar como mereces! Mas ¿qué puedo yo decir, aunque hablara con lengua de Angeles? ¿Aunque supiera lo mas recóndito de los divinos misterios? ¿Aunque estuviera adornado con las mas plausibles y escogidas noticias de todos los libros? ¿Qué puedo yo decir de tí, siendo la mas grande, la mas bella, la mas agraciada; la mas rica de dones del cielo de todas las puras criaturas? ¿Qué puedo decir de tí, que eres incomparable en hermosura, en bizarría y garbo á todas las beldades mas exquisitas? ¿Qué puedo yo decir, si por tu eminente dignidad estás enalzada sobre todos los santos y sobre todos los coros de los Angeles? Todos arrojan sus coronas á tus pies, y desean servir de estrellas á tu triunfal diadema. Mas hay, que me falta el aliento, y apenas sabré insinuar con mis toscos labios y lengua balbuciente el menor de tus grandes privilegios.

6 Pero seguiré á Gabriel para no errar. Entra á hablarte en el retiro de tu oracion, y te saluda de parte de Dios, diciendo: *Dios te salve, lleno de gracia el Señor es contigo, bendita eres entre las mugeres.* ¿Quién jamas vió embajada mas solemne? Quien la envia es el Rey de todos los siglos, que habita luces inaccesibles. Quien la trae, una de las supremas inteligencias. A quien se envia, una humilde Virgen desposada con José.

7 Cuanto es mayor el amor, es mayor la dignacion. Mucho es el amor de Dios á esta criatura y en ella al hombre, pues no repara en su dignidad. Grande fué el mérito de MARIA, que mereció tan grande dignacion. Parece que busca Dios á MARIA, como quien interesa en engrandecerla. Es cierto, que de la mayor gracia de MARIA resulta la mayor gloria de Dios. Es empeño del Criador levantar á esta criatura; y así la llena de sí, para hacerla superior á todo lo criado.

8 No obstante, se tiene en tan poco MARIA, que se turba al saludarla el Angel, estrañando tan gran salutacion. Este le quita el temor, asegurándole haber hallado gracia delante de Dios, y que concebiria y pariria al Hijo del Altísimo. Aun no se sociaba su humildad; pregunta el modo de esta maternidad su virginal recato, confesando no tener nada de hombre, la que era en carne un puro Serafin. Estimaba en tanto MARIA la pureza, que con detrimento de ella no

arrostraba á ser Madre de Dios. Mas Dios compuso uno y otro con un singular prodigio, haciéndola Madre y Virgen, por virtud del Espíritu Santo: de lo cual asegurada MARIA del celeste parvinito, da luego su ascenso, rendida humildemente al divino querer, con aquellas celebradas palabras: *Veis aquí la esclava del Señor. Hágase en mí segun tu palabra.* Dió MARIA su palabra á Dios, y al punto envia Dios á MARIA su palabra, para que por ella Dios se hiciese humano y MARIA divina.

9 O bienaventurada Señora, que cooperaste á la mayor obra, que hizo Dios en medio de la tierra para la salud del hombre. No pensabas, como tan humilde que era para tí esta dicha, deseando ser esclava de la Madre del Mesias. Mas Dios, que exalta á los humildes, guardó para tí dignidad tan excelente: porque eres bendita y la mas digna entre todas las mugeres. Por tí aceleró su venida: porque le heriste el corazon con las flechas de los ardientes clamores que arrojabas al cielo cuando decias: "Enviad, Señor, al que haz ede enviar; y haze como la lluvia deseada sobre la tierra sedienta. Escita, Señor, tu potencia y ven para salvarnos. Ojalá rompieras los cielos y bajaras, eAbrase la tierra y brota al Salvador. Muéstranos etu misericordia y dadnos tu salud." Si Dios oyó los deseos de los pobres, ¿cuánto mas los de aquella, que era tan rica en merecimientos?

§. II.

10 Dios te salve, llena de gracia; porque de ti salió el principio de nuestra salvacion y el fin de nuestra esclavitud. Dios te salve, llena de gracia; porque por ti vive nuestra vida; muere nuestra muerte; y si da por vencido el pecado, el mas funesto de nuestros enemigos. Dios te salve, Madre de Dios, Madre de gracia y Madre de misericordia; por quien tenemos Dios hombre, gracia abundante y misericordia perenne. Dios te salve, llena de gracia, adornada de dotes gloriosos, que llevas por tison de tu encoblecido pecho la luz inestinguible.

11 El Señor es contigo; porque eres la urna de oro, que encierras el mana celestial. Porque con novedad estupenda cercaste en tus entrañas al Varon, que no puede comprender el cielo Empíreo dentro de la inmensa circunferencia de sus muros. El Señor es contigo; pues lo tienes en tu cuerpo, en tu alma, en tu corazon y en tu defensa. Contigo, porque siempre lo poseíste desde el primer instante de tu ser, sin que en tí se grabase el yerro y divisa, que imprimió en los hijos de Adan la antigua maldicion.

12 Bendita tú eres entre todas las mugeres. O Muger divinísima, cuya bendicion fué superior á todas las de tu sexo; porque sin conocer varon encerraste en tu virginal vientre al Varon mas gallardo y mas bien nacido. Llevaste á Dios, que te lleva sobre

hombros de querubines y sobre las plumas de los vientos. O gran muger, que engendraste á tu mismo Padre y sustentaste al que te sustenta. Bendita eres; porque conseguiste una bendicion singular; y fué que siendo Virgen, ni quedaras infecunda, ni parieras con dolor.

13 ¡Dichoso y bienaventurado el fruto de tu vientre, en quien fueron benditas todas las gentes, y tú entre todas con privilegio singular! ¡Oh bendito fruto por el cual se enduló la amargura de aquel fruto, que ocasionó la muerte! ¡O bendito fruto, que se nos dió en pan de vida y en bebida de inmortalidad!

14 ¡Oh vientre mas ancho que el cielo, que no estrechaste á Dios en tus espacios! ¡Oh vientre virginal, cielo hermoso, que constas de siete círculos y eres mas capaz que todos ellos! ¡Oh vientre mas sublime y escelse, que los siete orbes de los planetas! ¡Oh vientre que llevas luz inestinguible con siete antorchas de gracia! Por tí, ó Madre Santa, la paz del cielo se ha dado al mundo, los hombres se han hecho ángeles y dignos de apellidarse dioses, amigos é hijos del Altísimo. Por tí se pisó la muerte, se despojó el infierno, cayeron los ídolos y se publicó en la tierra la noticia del reino eterno. Por tí conocemos al Unigénito Hijo de Dios, de quien eres Madre admirable.

§. III.

15 Gózate, ó Virgen beatísima, porque la plenitud

de la gracia fué en ti tanta, que ni hubo ni habrá pura criatura, que la iguale, y en esta línea no tienes semejante. Eres un piélago de gracia y gloria: los demas Espíritus bienaventurados son en tu presencia arroyuelos llenos de gozo, de que tú seas su mar.

16 Gózate, ó Madre admirable; porque como del mar salen los ríos, así de ti proceden, por participación las gracias y favores del cielo. Tienes cerca de ti el mar de mares de la Divinidad, y el brazo de tu gran poder es brazo de este mar, y un mar que inunda en beneficencias á tus devotos. ¡Oh si mi alma se anegara en tan dulces aguas!

17 Gózate, ó Reina soberana; porque tus privilegios y prerogativas son una inundación. La de las aguas del diluvio llenó toda la tierra; la de tus glorias sube mas arriba de los cielos. Estas forman otro cielo cristalino mas lustre que el que celebra la ciencia de los astros. Y que ciencia puede comprender la altura de este cielo; siendo un gran secreto (como el del libro de siete sellos) reservado al Altísimo.

18 Gózate, ó Princesa heroicísima, porque al llamo de tu gracia acompañan todas las virtudes en grado heroico, la fé, la caridad, la obediencia, la fortaleza, la humildad, la esperanza, la pureza. No hay en ti cosa vulgar, todo en ti es sublime y levantado. Mas que mucho, si tu asiento es sobre los mas altos querubines. Si estos son trono de Dios, tu eres Madre.

19 Gózate, ó gran Señora, porque tu entendimien-

to está lleno de altísimas ilustraciones, tu memoria de santos pensamientos, tu voluntad de actos fervorosísimos de amor de Dios. ¡Oh tesoro de todo lo mas acendrado de la naturaleza y de la gracia! ¡Quién no te admira? Dignate que yo viva en Dios, con memoria, entendimiento y voluntad.

20 Gózate, ó bella criatura; porque está contigo el Criador, no solo por esencia, presencia potencia, como en las demas criaturas, ni por gracia, como en los justos; sino por una cumbre de eminente gracia y amistad, con que se estrecha á ti con lazo de especial amor y familiaridad. Eres el tálamo de Dios, el descanso, el templo, el cielo. Parece que huye Dios de los hombres, que inquietan su justicia; y se acoge al reposo de tu seno en busca de la misericordia.

21 O benditísima, benditísima, benditísima, que abrazas en tu alvergue la fuente y manantial de todas las bendiciones, que nos trajo el Verbo, para vencer la culpa, triunfar del diablo, volar al paraíso. Ruegote, Madre y Señora mía, que sea yo participante de esta magnífica liberalidad de tu Hijo, que por tu medio ejercita, como arcaduz, de sus dones; y libra me de la maldición eterna, y de los venenosos aspídeas de los pecados que la ocasionan.

S. Augustinus.

Serm. 18. de Sanctis.

O foemina super oemmas benedicta, quae vivam om-

nino non nocit, & virgini suo utero circumdedit.

CAPÍTULO X.

Ora el alma á María en el tiempo de la tribulación.

Stella maris.—Eccles.

Cum ipso sum in tribulatione.—Psalm. 90.

Y. 13.

§. I.

1 **O** Serenísima Reina de los Angeles, Emperatriz del universo, Señora poderosísima de cielo y tierra, muro de los fieles, ciudad de refugio, torre de nuestra esperanza. O Virgen preclarísima, Madre de los vivientes, asilo de los que mueren, consuelo de los desterrados en este valle de lágrimas y miserias. O Madre clementísima, cuyas misericordias no se cifan al círculo del tiempo y pasan mas allá de la eternidad: atiéndeme, mírame y dignate de poner tus piadosísimos ojos en este siervo tuyo, que clama á las puertas de tu misericordia, para que le alumbrés con tus rayos consoladores, cuyo oficio es disipar las espesas nieblas del corazón.

2 Mira, Señora, todas mis miserias, mi tribulación y mi dolor. Atiende, Madre amorosísima, á mis muchas dolencias de cuerpo y alma, y aplica tu medicina saludable á todas mis heridas, que recibe mi alma del mundo, de la carne y del demonio. Basta. Se-

ñora, para que te compadezcas de mi dolor, y hagas afortunada mi desgracia el verme vivir en medio del mar de esta vida florecida, cercado de enemigos y de innumerables desventuras, como la ballena en el golfo de las salobres aguas y de orgullosas ondas.

3 No ignoras, Señora, que vivo en una vida, que solo tiene el nombre de vida: mas es muerte cruel para tus hijos, que desean ya besar los umbrales de tu casa en la celestial Jerusalem. Es vida para la impiedad: porque aquí vive como en patria propia, y por eso la desean mucho sus secuaces, pensando perpetuar en ella la vida licenciosa y ejecutar todos los designios de su engañala y loca fantasía. ¡Oh vida perennemente fija al destino de la muerte y á su imperio, sitiada de tantos males, cuantas son las enfermedades y penas que la rodean, y con todo eso es tal su hechizo, que soy yo uno de los infinitos necios, que la aman, y se dejan cautivar de su aparente resplandor y engañar de su señada hermosura!

4 O MARIA, lumbré de mis ojos, Sol mio vitalísimo, libtame de los engaños y lazos de esta vida falaz, y desentrelame de las redes de esta carne engañosa. Rompe, rompe las cadenas con que el mundo y el demonio me tienen aprisionada mi pobre alma. Ay de mí, que estoy cogido entre las angustias de esta viva muerte, y no hallo quien me saque de mis mortales agonias.

5 Parece que todo el mundo ha caído sobre mi ca-

beza y me han cubierto sus altos montes, para fabricarme sepulcro de sus ruinas. Todos mis huesos y mi carne toda, sienten esta insupportable vejacion. ¿Quién me sacará libre de estas angustias? ¿Quién me aliviará el peso de tan inmensa carga? Muchas veces se contrista y melancoliza mi alma, hasta derramar lágrimas y romper en sollozos, y no hallo consuelo en mi trabajo y tribulacion. Otras veces se conturba mi espíritu por las pasiones que le combaten y se encorvaba hasta la tierra, no pudiendo mas sufrir su peso.

6 ¡Ah, Señora mia, qué enfadozas son, qué portafadas mis interiores guerras! Cuántas veces me burlan mis adversarios, me humillan, me vilipendian y me trillan. Confundome vehatentemente y la vergüenza cubre mi rostro, viéndome vencido con tanta cobaridia. Dentro y fuera me embisten dolores, insultos y una persecucion continua. ¿Quién puede consolar mi alma, quién desterrar mi calamidad, quién socorrerme, vistiéndome el escudo de la fortaleza, si no tú, de quien penden mil escudos y a quien asisten sesenta fuertes ó innumerables escuadrones de los ejércitos de Dios?

DIRECCIÓN §. II. GENERAL

7 Mirad, Madre mia, que está mi alma llena de amargura y mi interior tan atribulado, que parece que mi corazon quiere salir de sí mismo. Veo á mi

vista la muerte, que con su inevitable guadaña amenaza cada dia á mi garganta; y no me hallo con aquella vestidura de caridad que es necesaria para ir á las bodas del Cordero divino. Acuérdate de mi pobreza, que es estrema, y visteme de gala para poder parecer delante del Rey del cielo, y hartar mi hambre de los manjares preciosos de la mesa de la Tuxman, que no se dan sino á las almas adornadas con ropa de gracia y caridad.

8 Inclina á mi los ojos de tu piedad y no permitas que duro mi angustia y mi dolor. El gozo de la paz deseca mi espíritu y la paz de tus hijos, que son apacentados de tí en la lumbre de la consolacion y en el seno de tu benevolencia. Esta pide, esta solicita, por esta clama. Infunde en mi tu gozo santo y la amada alegría de tus alumnos. Y llena así la alma de tu siervo, cantará dulcemente y con perenne devocion las alabanzas y glorias de tu dulce nombre.

9 Hazlo así, Señora mia benignisima, por tu bondad y entrañas amorosas; porque de otra manera desfallecerá mi espíritu y lo derribará su misma desconfianza, fomentada velozmente de mi enemigo. Mira mi oprobio, Señora, y los funestos efectos de mi triste y mísera condicion. Traslada á mi alma del solio de tu gloria una gota de aquella inefable dulzura, con que del torrente de tu magnificencia inundan tus bellos ojos la ciudad de Dios, y al momento mori-

rà mi pena y correré en pos de los suavísimos unguentos de tus virtudes para la imitación.

10 No ignoro, Madre clementísima, que padece mi alma estos contrastes y amargas contiendas, por sus ruines procederes y contradicción, que al cielo hace con sus culpas y continuos descuidos en el servicio de tu Hijo. ¿Qué mucho que los mismos astros se me muestren señuelos: que la serenidad del cielo sea para mí tempestad y la dulzura de Dios huya de mí, y aun me dé pan de tribulación, si yo con mis desordenadas aficiones y con mis rebeldes apetitos, cubro los astros con terrestres vapores, empañó y amuló la serenidad del cielo; y en lugar de adornar de flores fragantes el sòlo de la Divina Liberalidad, lo cerco de espinas y agenzos?

11 ¡Ay de mí! ¿qué podía esperar el Criador de una soez, loca y villana criatura, sino ingratas correspondencias? ¿Qué del lodo, qué del barro, sino viles exhalaciones que afeusen los mas puros cristales de los celestes orbes? ¿Qué del polvo, sino levantarse con cualquier viento contra el mismo que le sacó de la tierra? sin reparar que hermosó á este barro dándole bella forma y animándole con un espíritu brillante; que sacó, como rayo de luz, del tesoro de su Divinidad.

12 Mas no por eso, Señora, desmayaré en mi oración, ni cesarán mis labios de llamar á ti por mi remedio; pues el verme tan lleno de pecados y tan li-

guda mi alma, es el mas poderoso motivo á tu misericordia para librarme de tan gran miseria. De reales y generosos corazones, es olvidar las injurias y pagar ingratitudes con beneficios. O gran Señora, tu misma piedad y nobleza de condicion, es el alma de mi oración y el mayor fomento á mi paslanimidad.

13 Ea, relaja ya los hierros de mis cadenas, rompe las cadenas de mis delitos, suca mi espíritu de la prision que me affige y enjuga las lágrimas que ocasiona mi continua pena. Dignate, Madre amorosa, de reconciliarme con Dios y poner freno á mis enemigos. ¡Oh, qué insolentes son! ¡Qué atrevidos! Sácame de sus manos y de los que favorecen su partido, que son mis domésticos contrarios, á pasiones no domadas, que conspiran con ellos á mi ruina.

§. III.

14 O clementísima, püsima, afabilísima, benignísima, amabilísima, suavísima, socórrame sin tardanza, para que cese la protervia de mis contrarios: manda á los vientos para que prosiga la tempestad y góce mi alma de paz y tranquilidad. Aparta mi rostro de la presencia de mis perseguidores y destiérrale de mi presencia.

15 Librame de todo mal y aleja de mí todo peligro, como libraste al cristianismo de la impiedad del apóstata Juliano; á España, de la infame servidumbre de los moros; á Teodosio el grande, de la pérdida arria-

na, y á todos los que en tí confian, de sus trabajos, tribulaciones y riesgos.

16 Otorga, Señora, mi petición, por las entrañas de tu misericordia; por el amor de Jesús tu Hijo; por tu immaculada Concepcion; por las penas del Redentor; por tus dolores y lágrimas, y por todos los misterios de su vida y tuya. Tú vienes un amor ardentísimo á nuestro linaje; tú eres nuestra Madre y no hay otra mejor que tú. Tú eres nuestra Reina, nuestro Refugio, nuestra estrella, nuestro puerto; atiende á nuestros gemidos y no desprecies nuestras lágrimas. Tú nunca diste repulsa á los pecadores que se valen de tí, y por eso te llama la universal Iglesia: Reina y Madre de misericordia. ¿Cómo es posible quepa en tu inabarcable benignidad el negarnos la gracia de tu intercesión?

17 Tú eres el consuelo, el refrigerio, la sombra de todos los que invocan tu santo nombre, y no hay estado que no haya sentido los efectos de tu patrocinio, los pontífices, los reyes, los príncipes, los doctores, los predicadores, los religiosos, los seculares, las vírgenes, las viudas, los casados, los pobres, los ricos, los enfermos, los tristes, los oprimidos, los cautivos, los navegantes, los soldados, los pecadores, los penitentes, los niños, los jóvenes, los viejos, y últimamente, los que están en peligro de muerte y los que bajan al Purgatorio. Y por eso te llaman todas las generaciones Madre bienaventurada, y nosotros somos dichosos de tener tal Madre.

18 O Madre dulcísima, suavísima, amorosísima. O Madre, ó Madre queridísima, tú sola eres digna del nombre de Madre: porque tú sola ejercitas los oficios de verdadera Madre, con grande y ardentísimo afecto. Tú cuidas de los enfermos y dolientes con maternal benevolencia, tú recreas á los adigidos con semblante risueño, tú defiendes á los perseguidos, acoges á los que fluctúan, recibes á los desamparados, consuelas á los tristes, y todos hallan en tí alivio de sus penas. O felices los que te buscan y tocan á tus puertas: porque en tí hallarán el remedio de sus males y la fuente de grandes bienes.

19 Ruega por mí, esperanza mía, y no me dejes solo en el tiempo de la tribulación, y especialmente en el trance de la muerte, estíende tu brazo sobre mí y vuela en mi ayuda, para que no me pierda. Escóndeme debajo de tus alas, mientras pasa la ira de Dios y se mitiga su enojo. No permitas que yo baje al lago tenebroso, ni al pozo de la muerte. Librame del llanto perpetuo y ahullidos de los condenados. Sálvame y te cantaré salmos de alabanza eternamente en tu casa y en el reino de tu Hijo, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

S. Bernardus.

Homil. 2. sup. Missus est.

*Si insurgant venti tentationum, si merueris scapulis
tribulationum, respice stellam, voca Mariam.*



MARIA SANTÍSIMA,

IMAN DE LA CRISTIANA DEVOCION.

PARTE TERCERA.

AFFECTOS DEL ALMA AMANTE

DE MARIA.

QUE PERTENECEN A LA VIA UNITIVA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Llora el alma porque no sabe amar á Maria: pide su amor intensísimo y que la enseñe á amar á la Santísima Trinidad, de quien es templo, y la dé ardientes deseos de verla en su gloria.

Oleam effusum nomen tuum, idea adolescentulae, dilexerunt te.—Cant. 1. y. 2.

Et obterget omnia lacrimam ab oculis eorum.—Apoc. 7. y. 17.

§. 1.

1 **A**plana mi alma delante del trono de tu clemencia llora, y con razon, porque no te sabe amar, ó Madre del hermoso amor. Tú, ó Señora benignísima,

sin duda me amas con un amor grande; y yo, aunque conozco este amor, apenas reconozco este beneficio, y lo pago con amor. Las obras en tu amor son mas claras que la luz del dia; y con todo eso me deslumbran tanto mis infelices tinieblas, que ando á oscuras cuando te busco, y se me esconden los motivos de quererte.

2 Después de tu Hijo Jesus, tú eres en este mundo como aquella fuente patente y manifiesta de la casa de David, que sirve para lavar manchas de culpas y apagar con sus cristalinas aguas el ardor sagrado de las sedientas almas; mas veo que para satisfacer esta sed, es necesario lavar primero aquellas manchas: porque sin gran pureza no se gozan las puras aguas de esta fuente y yo viendo soy tan lamentablemente ciego, que en lugar de buscar para lo uno y para lo otro esta fuente, me divierto en beber de una laguna de aguas negras, turbias y venenosas, solo porque en sus márgenes relumbran unas pequeñas arenas al parecer de oro: con que ni logro lavar mi alma, por ser las aguas sucias, ni el satisfacer su sed, por ser desagradables y dañosas y encuentro la muerte, donde pensé hallar el alivio de mi vida.

3 Ay de mí, que erré el camino de hallarte, ¡oh blanco de los mas puros amores! ¡Oh objeto de las delicias de Dios! Y sobre un yerro de tan malas consecuencias se me ha cerrado la noche: con que á mi mismo tiempo me falta luz y camino. ¡Oh amor pro-

pio, que haces andar por senda encontrada á todo amor celestial y vendas los ojos! ¡Oh si yo hubiera oido tus voces, ó estrella mia fulgentísima, que cierto es que no me hubiera engolfado en el mar de mis tinieblas!

4 ¡Tarde te conocí, ó Virgen hermosísima, tarde te conocí, ó Espejo sin mancha! Y así tarde te empecé á amar, y estoy aun tan á los principios, que apenas he pasado los rudimentos de este amor; y siendo tan dulce y delectable este arte, no lo acabo de aprender. Trabajo por amaros y es mi mayor trabajo no acabar de amaros: porque no acabo conmigo mismo de vencer mi propio amor. Es pequeño el vaso de mi corazon y no caben en él mi amor todo de tierra, y tu amor todo de cielo, por ser cosas muy opuestas y estremos muy distantes.

5 ¡Oh si venciérais yo este amor mio terreno, para dar lugar al tuyo! Mi propia resistencia es mi mayor dificultad, superior á la subida de los mas altos riesgos. El vencimiento de ésta sería mi mayor trofeo; mas veo, que victoria tan grande no la puedo conseguir; si no viene de tu mano, (cuyo amor solicito) que puede facilmente allanar estos ásperos y acumbrados montes. ¡Oh Señora mia, cuánto he errado hasta aquí! ¡A cuántos bienes y gracias ha puesto impedimento este negro amor propio! O quiera tu dignacion que resplandezca sobre mi cabeza tu rutilante antorcha, para que ahuyentadas mis tinieblas, conoz-

ca el objeto digno de mi amor y ponga todos los medios para conseguirlo. Levántame velozmente del profundísimo abismo en que estoy caído, y volaré á ti en alas de tu amor para hallar el de Dios.

§. II.

6. ¡Oh amor sagrado de **MAMA**, templo del divino amor! ¡Oh fuego dulce, ó llama amorosa, consume mi terreno amor y entra tú en su lugar, para que muerto al mundo, viva nuevo Fénix para Dios! Muera mi amargo amor, que tantos males me ocasiona, y ven tú que eres puro y salúífero, y sus efectos son de vida eterna. Muera el traidor que quita el trono del corazón á su propio dueño, y viva **MAMA**, Reina de los corazones.

7. A Reina y Madre mía, ocupa mi pecho con tu amor celestial: para que no se me atreva la plebeja turba de los mundanos amores. Dáme á beber de este néctar seráfico, hasta que mi alma se embriague. O incendio meliflúo, quién viviera en ti todo transformado, como el hierro penetrado de un ardiente fuego, ó como la exhalacion que vuela en alas de resplandores.

8. ¡Oh **MAMA**, cuya caridad es mas dulce que la miel, mas suave que el bálsamo, mas fuerte que la muerte! ¡Oh cuán poderosamente aprisionas al alma, cuando en ella introduces este fuego santo, cuyas cadenas le dan la verdadera libertad! ¡Qué dulcemen-

te atónita se halla á vista de tu semblante hermoso! Allí se desaparecen los deseos terrenos, duermen las pasiones, huyen los enemigos y está como en su gloria.

9. ¿Qué otra cosa puede desear el alma mas que hallarte á ti; porque el que te halla, halla la vida y la salud del Señor? Halla la vida, porque halla la vida eterna. Halla la salud del Señor, porque halla á Dios, de quien pende su salvacion. Halla á la Santísima Trinidad, de quien eres templo seráfico: esto es ardiente y flamífero; y tambien cielo Empírico; esto es de fuego, de amor divino.

10. ¡Oh Madre mía, maestra del divino amor, enseñame á amar á la Santísima Trinidad, á quien tú tanto amaste y cuyo honor y gloria siempre solicitaste agradecida. Enseñame á amar al Padre, que te dió el poder; al Hijo, que te dió la salúiferia; al Espíritu Santo que te comunicó el amor.

11. Dios te salve, cándida azucena de la resplandeciente y siempre tranquila Trinidad; rosa brillante de la amenidad celestial, de quien quiso nacer y apacentarse de su leche el Rey de los cielos. Apacenta, Señora, mi alma con divinos influjos. Dios te salve, corazón vírgineo de la Madre de Jesús, corazón purísimo, humildísimo, devotísimo, fervorotísimo, pacientísimo, fidelísimo, diligentísimo y muy solícito en la oracion y contemplacion de la grandeza y soberania de Dios.

§. III.

12 Ruégote, Señora dichosísima, que me hables de esta sabrosísima comida, de este preciosísimo manjar del amor divino, y llenes mi alma de deseos de ver y gozar una Magestad tan amable. ¿Cómo puede descansar mi alma fuera de su centro? Si las piedras lo buscan, ¿qué será los corazones?

13 ¡Oh mi Dios, y qué violento estoy fuera de tí! ¡Oh mi Dios! ¿qué quietud ballar puede este elemento mio, sacado de su esfera? Yo vivo como un navegante, que surca este mar bravo del siglo entre sirtes y ondas; ¿cómo no suspiraré por tí, que eres el puerto de esta pobre y flaca navecilla? ¡Oh Trinidad divinisísima, que me criaste á tu imagen y semejanza! ¿cuándo veré tu hermoso rostro, cuya vista es la esencial bienaventuranza? ¿Quién no deseará conocer de cara á un tan grande é insignie bienhector, cuyo ser es sin principio y cuyo dar es sin fin?

14 ¿Cuándo gozará este hijo Pródigo de tus dulces abrazos? ¡oh Padre amorosísimo! ¡Oh Verbo de Dios, deseo de los collados eternos! ¿cuándo te alabare y amaré sin zozobras en el seno de tu eternidad? Todos mis miembros, potencias y sentidos claman por tí, para decirte á voces en tu mismo rostro: *Señor y Dios mio, ¿quien hay semejante á tí?*

15 ¡Oh Padre Eterno, que entregaste á la muerte á tu Unigénito y querido Hijo por el rescate de este vil esclavo, ¿cuándo pagaré esta fineza y dignacion con loores eternos? ¡Oh Verbo encarnado! ¿cuándo adoraré presencialmente tus llagas gloriosas, y besaré mil veces tus piés fatigados y enclavados en otro tiempo por mí? ¡Oh Espíritu Santo, amor esencial del Padre y del Hijo! ¿cuándo seré abrasado en tus incendios eternos? ¡Oh patria de los bienaventurados! ¿cuándo veré tus ricos palacios de diamantes y záfiro, y viviré en compañía de tus nobilísimos ciudadanos?

16 ¡Oh Maria, que supiste amar á Dios mas que ninguna pura criatura, dad vida á estos deseos míos, tanto mas muertos ellos, cuanto mas yo vivo! ¡Oh vida miserable la en que moro, tanto mas amada, cuanto mas penosa; tanto mas apetecida, cuanto mas digna de desprecio! Tu palabra, Señora, (como la de Dios, segun el Profeta) es vehementemente encendida y está hecha una brasa; aplicad de ella una sola aspiracion á mis deseos, para que se conviertan en carbonos encendidos.

17 Arda mi llama ante tí, ¡oh Altar de Dios! y en él haré holocausto de mi alma con mis propios deseos. ¡Oh quien te viera ya en el descanso de tu gloria, para que descansaran mis deseos y lograrian la posesion dichosa de su objeto! Sea así, ¡oh Madre mia, Reina mia, querida mia, esperanza mia!

Sea así, y ojalá pase yo presto de este valle de lágrimas á esa santa Jerusalen, donde corre el río de la paz y el torrente que inunda la gloria de los bienaventurados.

Eckebertus

Apud Richar. lib. 1. cap. 2.

*Oh magna! oh pia! oh multum amabilis Maria!
Tu ne nominari quidem potes, quin accedas, nec
cogitari, quin recrees diligentiam te animos: &
hæc est proprietas alic, (subdit Richar.) quod igni
infusum, ipsam ferventiorum reddit.*

CAPÍTULO II.

Muerte de MARÍA Santísima, vida de sus devotos.

*Vbi es mors victoria tua: 1.—Corinth. 15.
v. 55.*

*Post te curremus in odorem unguentorum
tuorum.—Cant. 1. v. 3.*

§. I.

Después que me vi libre de la inquieta turbación del día y de los cuidados de la pesada carga de mi cuerpo, que agravan al alma, ¡oh Reina de los cielos! hallé descanso en la noche tranquila, más clara para mí que el día; y conviviéndome la serenidad del cielo alegremente estrellado, me vino á la memoria la dulzura de tu nombre.

2 Con este tan útil pensamiento y con tiempo tan oportuno deseé consagrarlo con sacrificio de alabanzas á tu inmensa grandeza, y empecé á revolver en mi mente tu grande gloria, á meditar tu alteza, contemplar las maravillas de Dios en ti, y admirar tu imponderable Magestad. Y porque hasta aquí, ¡oh excelsa Madre! los misterios sagrados de tu vida fueron de mi entendimiento la materia, de mi voluntad el incentivo, y de mis labios el asunto de tus elogios, ahora ofrezco á tu grandeza, por debido orden de tu vida la corona de todos ellos en tu muerte, que fué vida, exaltación y corona de tus méritos.

3 Venero, Señora mía, lo que en ti resplandece de la divinidad. Venero la gracia, con que te hizo en la tierra objeto de tus agrados, y en el cielo blanco de sus regocijos. Venero tu celsitud y tu admirable felicidad. Tu vida fué bienaventurada, y tu muerte preciosísima. Esta deseaste como vida verdadera de tu vida y como término de tu destierro, que era una muerte para ti. Esta pediste á tu Hijo amado; esta amaste y para hacer tu muerte más vital, la pusiste en los brazos de la misma vida.

4 De aquí saco la comun moralidad, y es, que la muerte de la vida santa no es muerte sino sueño.

y descanso. Es vida verdaderamente feliz y llena de suavidad. Es puerta y escala para una vida más sublime, gloriosa, bienaventurada y eterna. Es vida para vivir en la patria de las delicias de Dios, donde toda vida divina viven sus escogidos.

5 De donde, como tu muerte, no tanto fue muerte, cuanto tránsito gustosísimo á mejor vida: por eso no la ocasionó la enfermedad ó el dolor, sino la vehemencia del amor, y deseo de ver á tu Hijo. Este rompió el estrecho lazo de tu santísimo cuerpo y Alma, para volverlos á unir en perpetua caridad. Y así los ángeles no lloraron en tu muerte, porque falló el motivo de la pena, sino cantaron tu triunfo, viendo, que pisando la muerte subías al cielo, en carro triunfal de los brazos de tu Hijo.

6 Pero ahora, ¡oh Señora mía! ¿cómo explicaré yo dignamente tus deseos de ver á Dios, antes de tu dichoso tránsito? Descabas aquel infinito bien con un amor ardentísimo. Clamaba la razón ser ya tiempo, que pasase á la dichosa eternidad, lo que no nació para la tierra tenebrosa y horroso valle de miserias, sino para el cielo, patria de luz perenne, y gozo interminable. Ya era tiempo de ver á tu querido cara á cara en su gloria: que es muy violenta la ausencia de un bien grande al amor, que reina.

7 Tiempo era ya de ver y mirar aquella santa

humanidad de Jesu, vestida de resplandores de indecible Magestad, para que te diese la investidura de una gloria eterna. ¡Oh Mujer bienaventurada, que mereciste ser vestida de Dios eternamente, por haber vestido de carne á Dios en tiempo! ¡Oh tiempo digno de una eternidad! ¡Oh carne digna de todo un Dios!

8 Con grandes ansias y con suspiros tiernos flechabas de Dios amante tuyo, su ardido corazón. Decíaste amorosa: ¡Oh amor divino! ¿cuándo pesaré á ti á transformarme en tu fuego, porque estoy enferma de amor? De la manera que la cierva herida busca la fuente cristalina, así mi alma te desea y busca. Dios mío, fuente de aguas vivas, de quien, quien bebe, no tendrá sed eternamente.

9 Ea, querido mío, ea, esposo dulcísimo, ea, Hijo de mis entrañas, sacad mi espíritu de la prisión de su cuerpo, sacad mi alma de la estrechura de su cárcel, para confesar siempre tu nombre en tu compañía. Mejor me es morir, que vivir; porque viviendo muero, y muriendo vivo. Pero Dios mío, cuya voluntad es el norte de mis deseos, no se haga como yo quiero, sino según tu querer.

§. II.

10 ¡Oh dulcísima Madre! ¡oh amorosísimo dueño mío! ¡Ay, que nos quieres dejar! Á tu Hijo caídas; volar al cielo deseas; el Reino eterno te a-

guarda; sus cortesanos te buscan. ¡Ay de nosotros, que quedamos huérfanos en esta tierra infeliz, en este mar de amarguras! ¡Ay de nosotros que por todas partes nos rodean tigres, lobos, sierpos y dragones. ¿qué será de estos tus pobres hijos, entre tantos peligros de perderse? ¡Ay de nosotros, si por nuestra infelicidad, merecemos experimentar duras dolores en este mundo, y duras penas en el otro. Pero no: que sube á los cielos nuestra Abogada; sube nuestra Madre, nuestro refugio, nuestra esperanza; sube para hallarnos el paso y prevenir el lugar de nuestro descanso.

11 Sube, pues, Virgen feliz, Virgen dichosa, Virgen pura, Virgen santa. Sube, que te llama á la patria el galán de los hombres, tu amante Jese. Levántate, dice, y camina apriesa, amiga mía, pelona mía, hermosa mía, ven, que ya pasó el invierno, se liquidó el granizo, se deshizo el nublar. Ven del Líbano. Esposa mía, ven del Líbano, ven, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la cima de Sain y Hermon, de las cuevas de los leones de los montes de los Pardos. Heriste mi corazón, hermana mía. Esposa, heriste mi corona, con la vista de tus ojos y con las saetas de oro de tus rubios cabellos.

12 Ea, alegrate, Señora, regocíjese tu espíritu: que el Rey del cielo desea tu hermosura. Toda la corte del cielo viene á recibir tu Alma y presen-

ta á la Santísima Trinidad. Remida tu Alma á su dichoso cuerpo se prepara el triunfo que capitanea tu Hijo Jese: para que suba con el Señor á su descanso la arca de su santificación. Veo ya resplandecer los cielos y brillar sus astros con luz multiplicada; la tierra se alegra, el mar se serena, el aire se viste de gala; y todas las aves dulcemente gorgorean.

13 Veo bajar á los ángeles con instrumentos músicos; veo los coros de los justos, que con suave armonía arrojan voces de júbilo, celebrando tu victoria. Veo los Querubines, Tronos y Seráfines, que con solemne pompa acompañan á la Magestad de tu Hijo. Veo, que se ordena una resplandeciente y vistosísima procesion de todo este nobilísimo concurso y que dejando en la tierra las huellas de su gloria, te llevan al cielo, reclinada en el seno de tu amado.

14 Cantan los músicos celestes, canta la milicia seráfica, cantan las supremas inteligencias. ¿Quién es ésta, que sube del desierto inundada en delicias, estrivando en el regaso de su querida prenda? ¿Quién es ésta que sube por los aires como varilla de humo confectionada de especias aromáticas, de mirra é incienso y de los demás olores mas fragantes? ¿Quién es ésta que se levanta como dorada Aurora, bella como la Luna, escogida como el Sol y terrible como los escuadrones bien ordenados?

15 Veo también, que al llegar al cielo, sus puertas de diamante se levantan y sus muros de zafiro caen, para hacer patentes á su Reino los tesoros de la gloria. Veo aquella innumerable multitud de cortesanos con ropas candidas, mas resplandecientes que siete veces el sol; que te corteja con palmas en sus manos y rinde sus corazones. Oigo sus voces de aplauso y cánticos de alabanza, con que te celebran, diciendo: *Santa, Santa, Santa Maria Madre de Dios, Virgen y Madre admirable.*

16 Con este universal aplauso te llevan por aquellas capositas calles todas de oro bruñido, salpicadas de diamantes, de záfiro, de rubíes, de esmeraldas, topacios, carbuncos y jacintos, hasta llegar á las puertas de la casa de la individua agustísima Trinidad. Entra tu excelentísima Persona por aquel real y magnifico palacio, (hablando á nuestro modo) y pasa sus grandes salas; y últimamente, es introducida al retrete y sala de las divinas Personas, que te esperan con indesible gozo y reciben en sus brazos, el Padre como á Hijo, el hijo como á Madre y el Espíritu Santo como á Esposa, cantando entonces la música angélica, aquel dulce y famoso motete de tu pureza: *Toda hermanas, amiga mía, y mancha no se halla en tí. Y cogiéndote la mano el divino Paracleto, Esposo tuyo, te dice: Ven y serás coronada Esposa mía.*

§. III.

17 ¡Oh Madre admirable! ¡oh Virgen feliz! ¡oh Santa! ¡oh meliflua! ¡oh hermosa MAMA! ¡Oh Sagrario divino de Dios! ¡oh venerable! ¡oh jocunda! ¡oh suave! ¡oh dulce! ¡oh graciosa! ¡oh grande! ¡oh excelsa! ¡oh sublime! ¡oh rica! ¡oh gloriosa! ¡oh alegre! ¡oh fragante! ¡oh amable! ¡oh benignal escuchá mis ruegos, atiende á mis voces. Ahora te hablaré con alegría de corazón y te invocaré en el gozo de mi espíritu.

18 ¡Oh Virgen bienaventurada! ¿quién podrá cantar las glorias de tu Asuncion? ¿Quién tu exaltacion en la casa del Señor? ¿Quién la dulzura de tu muerte temporal, por donde pasaste para la vida eterna? ¿Quién el triunfo de tu Resurreccion, en que pusiste á tus piés la muerte hecha despojo de tu invencible mano? Concédele, Señora benignísima, alguna partecita de tu gloria y de tu gozo, y que á mi muerte acompañen las memorias de esta tu grande dicha. Sea mi muerte para entrar en el gozo de mi Señor y de mi Señora, sin que sus horrores me atormenten, ni sus amarguras me inunden. Recibid en aquella hora mi espíritu en paz, que pueda decir con el profeta: *Me he regocijado en las cosas que me han dicho: venios á la casa del Señor y de la Señora.*

19 Pero ¿qué dirá mi ruda lengua! ¿qué medi-

tará un torpe entendimiento de la fiesta de tu gloriosa y triunfal coronación? Colóquese tu trono sobre todos los coros de los ángeles y justos á la diestra de tu Soberano Hijo, asistiendo á esta gran función todos los ejércitos de Dios, capitaneados de los siete magnates serafines asistentes de su trono. Ocupó aquella gran plaza de la celestial Jerusalén la gloria de Dios con gala bizarrísima y con voces de imponderable aclamación, fuiste sentada en el sélio, coronándote el Altísimo de su propia mano con corona digna de tu suprema dignidad.

20. Entonces dijo el Señor á aquella innumerable multitud de cortesanos suyos: "Esta es la Emperatriz de los cielos, digna de toda honra. Esta es mi Hija, en quien mucho me ha agradado. Esta es la Madre de mi Verbo, á quien dió carne humana para redención del mundo. Esta es la Esposa de mi Espíritu, con cuya sombra nació el Sol de Justicia, para vida y salud de los mortales. Adórenla todos los coros del cielo."

21. A esta voz se humillaron y bajaron en cabezas los collados de la eternidad, arrojaron pedradas á tus pies las diademas las primeras inteligencias; te adoró toda la corte del cielo, tributando honores y alabanzas debidas á tu grandeza, y dando la gloria al Padre Omnipotente, dijeron: *Con gloria y honor la coronaste y la constituiste sobre las obras de tus manos.* Todo es admiración el cie-

lo, todo aplauso. Todos celebran tu Magestad, tu gloria, tus privilegios y los atributos de tu excelentísima dignidad.

22. Ruegote, Señora mía, por tu exaltación, por tus inenarrables prerrogativas y por la infinita bondad de Dios, que te coronó liberalísimamente con abundancia de sus dones. Ruegote, por el inefable gozo que recibió tu alma, cuando fuiste coronada con gloria y honor por las tres divinas Personas. Y últimamente, te ruego por la grandeza de tus misericordias, que me hagas digno de verte en el Paraíso: donde en compañía de tus devotos te alabe eternamente.

23. ¡Oh estado dichoso de los que merecen tu presencia en el reino de tu gloria: donde no domina la muerte, sino la vida, donde no hay noche ni tinieblas, sino un perpetuo día. ¡Oh clementísima! ¡oh carísima! ¡oh deseadísima! Virgen María, tú vives en el reino de la verdadera vida, vida gozosa, vida inculpable, vida de luz y vida sin fin. Tú eres la vida de nuestra esperanza. En ti esperamos los que deseamos ver tu hermosura y vivimos aun muriendo en este desierto. ¡Oh quiera tu piedad, que salgamos de él con victoria de nuestros enemigos, rompiendo la cabeza del dragón y con la palma de nuestro triunfo dada de tu mano! ¡Oh Virgen santísima, no me niegues tu vista en la postrimera hora de mi pebro y triste

vida. Concedeme este don tuyo gratuito y libre para que yo pase con seguridad y ánimo tranquilo el trance de mi muerte. En tí, Señora, contaba, para no ser confundido eternamente.

Alanus.

in. cap. 1. Contic.

*Curremus non stabimus dilectione in via mundi, sed
in hora seculi, aut phantasia terrestris collecta-
menti: sed curremus bene operando, & de virtu-
te in virtutem bene ascendendo.*

CAPÍTULO III.

Desea el alma ver cara á cara á su dulce Reina,
y llora por su destierro, donde carece de su vista.

*Hec mihi quia incolatus meus prolongatus
est. Psalm. 119. v. 5.*

*Ostende mihi faciem tuam. Cant. 2. v.
14.*

§. 1.

DÉSEAS que tú, oh eminentísima Emperatriz de los cielos, auxilio y consuelo de los miserables hijos de Eva; desterraste el nublado de mi tristeza y recreaste mi alma con el refrigerio suavísimo de tu dulce benignidad; uniste á ella una fuerte espe-

ranza en tu amor y colocaste una firme y poderosa confianza en tu misericordia!

2 Con esta benignidad y amor satisfecha mi alma, y recreada vive como en el monte Olimpo, de tu tranquilo pecho, segura y descansada, buscándote amorosa, suspirando por tí y meditando día y noche tus grandes misericordias; y te desea hallar y andar á tu sombra, aun cuando te posee. Porque es fácil perder un bien tan amable, en los peligrosos lances del mar de nuestra vida: que siempre está de guerra, é ignora que sea bonanza.

3 Al horno de tu amor desea aplicarse este mi helado corazón. Ojalá lo hieran tus saetas. Ojalá lo dispierten del letargo, en que vive, ó mejor diré del letargo en que muere. ¡Oh Madre mía! ¡oh piadosísima, amorosísima, hermosísima! ¿cuándo me receré tener un grande amor tuyo, un amor ardiente, un amor fervoroso, que derrita la nieve de mi pecho? Y si mi misero destierro y el gravoso peso de mi cuerpo, impiden estos seráficos incendios, muera yo para amarte, si vivo sin amarte de esta suerte.

4 ¡Oh, cuándo veré tu rostro bello! ¿Cuándo seré digno, de que me miren de cerca tus ojos amorosos? ¿Cuándo asistiré en tu presencia, como aquella flor hermosa, que sigue al sol y le mira desde su claro Oriente? ¿Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré en la region di-

ciosa de tus hijos? ¿Quién me llevará á aquella ciudad murada de diamantes y zafiros, donde vea cara á cara tu brillante esplendor y la Magestad de tu gloria? De la manera que la cervatilla herida corre á la fuente clara, así mi alma desea correr á ti.

5. ¡Oh Maria, Reina escusa, Madre amable, fuente hermosa, á ti te desea mi alma! ¿Cuándo deseará mi deseo en tu posesion? Muéstrame tu hermosura, ¡oh belleza divina! ¡oh rostro de Dios vivo! ¿Qué puedo desear fuera de tí? pues en ti se halla Dios como en su templo, como en su gloria y quien verdaderamente te halla, no puede dejar de gozar las puras delicias de la amante Divinidad.

6. Póname, Señora, en medio de tu corazón y pon el tuyo en medio del mío, para que te posea enteramente. ¿Por qué, Señora mía, me dejas en este melancólico valle de calamidades y miserias? ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro! habito con los moradores de Celar, tan solo y triste como un peñazo en medio de un golfo, donde frecuentemente reinan las borrascas.

7. Saca, Señora, de esta cárcel de mi cuerpo á mi alma, para confesar tu santo nombre por toda la eternidad. Sácame de esta vida llena de muertes, donde vivo sin vivir, donde muero por morir, ¡oh vida trabajosa, vida frágil, vida incierta, vida vana, vida inmundada, sin mas ser que el de la sombra de

una cosa soñada! ¡Oh vida, madre de engaños, noche de ambiciosos, centro de soberbios, hechizo de lascivos, imán de pecadores! ¡Oh vida llena de necesidades, de ocupaciones inútiles, de empeños locos, de falsos bienes, donde á cada paso se encuentran tragedias é infortunios. ¿Quién suspira por ti, y no por la vida inmortal, vida feliz y vida eterna? ¡Oh Maria, sácame de esta vida, donde son mas las muertes que los momentos del vivir!

§. II.

8. Pues lo dicho es así, ¡oh Madre de consolación! no sin razon pido el salir de una vida tan amarga, de un destierro tan penoso. Muévate Madre benignísima, á otorgar mi petición, sino el mérito de mi amor á ti, á lo menos mis peligros. Vea yo aquella vida verdadera, donde tú derramas con abundancia tu dulzura sobre tus devotos. ¡Ay de mí hombre infeliz! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? Es mi vida una muerte con cuerpo, que sirve de sepulcro al alma: ¿quién puede vivir muriendo? ¿Quién no muere en sepulcro tan hediondo? Si hallé gracia en to testamento, ¡oh Maria! muéstrame tu rostro, y hallaré la verdadera vida.

9. ¡Oh fuente de vida! ¡oh manantial de gozos perecibles! ¡oh diluvio de envidia! ¿cuándo me haré de tu dulzura? ¿Cuándo dejaré la miserable morada de esta tierra seca y yerma? ¿Cuándo me

veré libre de la habitacion de estos montes del Gélboé secos y despoblados, donde no cae la lluvia á rocío del cielo y será trasladado á tu santo monte Sion, donde el ímpetu y avenida del río del gozo inunda la ciudad de Dios?

10. ¡Oh Señora! para ver á tu Hijo y gozar de su gloria y de la tuya, me crió la Omnipotencia y desde los primeros albores de mi infancia camino por el desierto de este mundo lloroso en busca de mi centro y de la tierra de promision: Jesús es mi centro y tú la tierra prometida, que es el Paraíso, vea yo mi centro y entre yo en mi-Paraiso.

11. ¡Oh Madre mia! ¿quien corriendo las mareas espuesto á los riesgos de sus ocultas sirtes, no procura llegar cuanto antes en plumas de los viento al puerto deseado? ¿Quién no desea el término de un viaje largo, cuando el camino es por montes y desiertos abundantes de fieras y ladrones? Así yo cansado caminante, nada deseo mas, que el descanso de tu casa: donde en raudal de tus sagrados deleites apague la ardiente sed que me ha ocasionado mi fatiga y proña peregrinacion.

12. ¡Oh fuente alegre y risueña! ¡oh río de aguas de vida! ¡oh mar de piedades, déjame beber de tus amenas corrientes, déjame anegar en el profundo de tus inmensas suavidades! ¡Ay Virgen amabilísimat ¡ay Madre admirable! ¡ay consuelo de estos miserables desterrados! sed tengo y de tí la tengo, por-

que tu inefable dulzura, es de mi sed incentivo necesario.

13. Los elementos padecen fuerza fuera de su esfera y corren con grande ímpetu á su centro: tú, Señora, eres despues de Dios el centro de mi espíritu y no puedo descansar sino es en tí, en cuyo corazon vive la Divinidad como en su centro; porque tú eres el día, en que descansó de su tarea el Criador, cuyas delicias son estar con la mejor de las hijas de los hombres. Por eso clamo á tí, doy voces y arrojé suspiros. ¿Cuándo pareceré delante de tu cara y veré la lumbré de tus ojos? Véate yo, alegría de mi corazon, y amete en los admirables tabernáculos de mi Dios. Conoztate yo, consoladora mia, en tus átrios santos, donde vea tu grande claridad.

14. El hambriento desea el manjar para barta su hambre y el sediento los arroyos para matar su sed: pero yo, dulce Madre mia, deseo ardentemente los manjares de tu mesa del cielo, que se dan en la cena grande del Cordero, sin los cuales aun harto tengo hambre; y tambien beber de aquella agua, que da vida eterna, sin la cual no puede morir mi sed, ni cesar el ardor de mi pecho.

15. Hállate yo, deseo de mi corazon, hállate yo Madre deseada, enlace yo mis brazos en tus bellos piés y sean tus plantas peana de mis labios; ya que no merecen tus brazos la pequeñez del amor y el

grosero olvido de su obligación de este tu hijo Pródigo. Poseute yo eternamente; ¡oh dueño mío! puesto á tus piés como tu esclavo dichoso con tan gloriosa esclavitud. Póngate yo en medio de mi corazón y sea este el asiento de mi amabilísima Reina.

§. III.

16. Por ventura, Dulcísima Madre, ¿no he de ver yo este día, día de gozo, de júbilo y de fiesta, en que merezca, por tu dignación, la preferencia de mi amada? Posible es á tu piedad, que llegue esta dichosa hora y hermoso día, que hizo el Señor. ¡Oh día hermoso! ¡oh día deleitable! ¡oh día de triunfo, que ignoras la tarde y no te sepultan las sombras de la noche! Todo eres mañana de inmortal y eterno resplandor. ¡Oh día felicísimo y deseadísimos, en que espera tu siervo cir de la boca de tu misericordia estas dulces palabras.

17. Hijo mío, entra en el gozo de tu Señora, entra en el júbilo de tu amada, entra en la casa de tu Madre, donde se colchan los desposorios del Cordero; en cuyo convite se sirven platos de infinita suavidad, la cual ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni puede el hombre comprender. Allí se saciará tu gusto con los sabores de la gloria; y llenarán los deseos de tus ojos con espectáculos de su-

ma grandeza, hermosura, sumptuosidad y magnificencia.

18. ¡Qué mayor felicidad que esta se puede imaginar! ¡Oh bienaventurados tus siervos, que vivirán eternamente en tu compañía! ¡Oh qué gozo y alegría inundarán mi alma, cuando se vea en tu Reino, donde reinas á la diestra de tu Hijo, cercada de variedad de gracias, prerogativas y virtudes, de que participan tus escogidos hijos. ¡Oh Madre de la gloria! ámote, y mi corazón anhela por tí y no descansará día y noche hasta hallarte en aquel día grande, que es el de la abundancia de tus misericordias.

19. O hermosa, ó graciosa, ó dulce, ó amable, ó liberal, ó gloriosa, no hay gusto que no se halle en tí, no hay bien que no se haga en tu compañía. Este es el lugar de la posesión de los que te aman, ó MARIA. ¿Cómo vivirá alegre sin tí en esta vida triste y turbulenta? ¿Cómo no suspirará por tí continuamente? ¿Cómo segoará hasta verte coronada de gloria y magstad? Para ver la entrada en su corte y coronación de una reina de la tierra, se deshacen los hombres en deseos, se despoblan los pueblos y conspiran al lugar de la solemne pompa una multitud de gente: ¿con cuántas más ansias te deseo yo buscar y suspirar por tí hasta verte en el cielo, que es tu corte, ó Reina y Emperatriz de todo el mundo?

20. Tú con tu vista alegres y clarificas á la ciudad

de Dios, y haces dichosos á sus habitantes. ¿Quién no te deseará con ardiente sed por gozar esta dicha y ver un objeto tan amable? Tú tienes hechizados los corazones humanos y los atraes á ti con cadenas de amor. ¿Quién, si no es mármol, dejará de rendirse á este poderoso imperio? Tus finezas, tus piedades, tu dignacion, tu belleza, tu humanidad, tu benevolencia me tienen cõitivo. ¿Como no volaré á ti con las alas de mis deseos?

31 Ea, Madre mia, ca gloria mia, ca dulzura mia, ca melodia mia, cesen ya mis ansias, cesen mis suspiros, vea yo tu alegre semblante; sácame ya de mis males, lévame á tu Hijo y preséntame al trono de su clemencia; para que yo alabe eternamente las misericordias de tal Hijo y de tal Madre.

S. Bernardus
super Salve Regim.

*O Domina, quæ rapis corda hominum dulcore: non
ne cor meum Domina rapuisti? Vbi, quæso, posuisti
illud, ut ipsam dulcem invenire.*



CAPÍTULO IV.

De la hermosura de la Señora del cielo.

*Quam pulchra es amica mea, quam pulchro-
es!*—Cant. 4. v. 1.

Pulchra ut Luna.—Cant. 6. v. 9.

§. 1.

1 Como el Divino Espíritu quiso dar á conocer tu hermosura, ó gran Señora y Madre nuestro, á los que vivimos en la noche de este triste mundo, cercados de las tinieblas de la ignorancia la comparó, á la belleza de la luna, la cual esmpca y se deja ver entre los demás ástros, en medio de una noche muy serena. Y á la verdad, á los que vivimos entre estas negras sombras, ninguna cosa se representa mas bizarro, airosa y resplandeciente que la luna, la cual mostrando su semblante lleno, claro y magestuoso, y asparciendo por todo el emisferio sus apacibles rayos con que embarga los de la estrellas, hace que solo ella sea la admirada de nuestros ojos.

2 Mas como quiera que tu hermosura sin comparacion superior á la de este planeta, y tan escogida y singular entre todas las criaturas, como lo es el sol en su universal lucimiento, pasó adelante la comparacion, asemejándote al sol, *electa ut sol*, para que fueses mas conocida y celebrada de otros ojos mas valien-

tes y claros, que los del cuerpo, cual son los de las almas puras y espíritus escogidos. De aquí nació el repetido dos veces con admiración la grandeza de tu hermosura, diciendo: *¡Que hermosa eres, amiga mía, que hermosa eres!* Eres hermosa como la luna, y singularmente hermosa como el sol: hermosas á los ojos de la carne, y mucho más hermosa á los del espíritu.

3 Estas dos comparaciones llevan de la mano al discurso á aplaudir las dos grandes bellezas, que contemplan en tí los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; y con la hermosura de tu cuerpo y la belleza de tu alma; y en ambas fuiste tan excelente y superior á todas las cosas hermosas, que crió Dios en la tierra y sobre los cielos, que tu devoto Georgio Nicomediense, para mostrar en pocas palabras como estaban en tí epilogadas todas las hermosuras y estremadas bellezas, que se hallan fuera de Dios, exclamó diciendo: *¡Oh hermosísima hermosura de todas las hermosuras! ¡Oh Madre de Dios, sumo ornamento de todas las cosas hermosas!*"

4 Lo mismo insinuó Epifanio, cuando dijo: "que exceptuando á solo Dios, eres á todos superior; y más bella que todos los querubines y serafines, y todo el ejército de los ángeles. Y Andres Cretense, cuando llamó ocumina á tu hermosura, y á tí viva imagen del Criador."

5 Todos los primores de una y otra belleza tuya encerraron estos insignes levotos tuyos en tan cen-

das palabras. Y así es menos (aunque grande) lo que dijo el Nacianceno, llamándose primera Virgen y Madre entre las honestas y hermosísimas mugeres. Y Eiren, dándole el nombre de urna bellissima, que lleva el maná del cielo. Y Buenaventura, apellidándote la hermosísima de las más airosas y bizarras bellezas.

6 O Reina de las hermosuras, ocúltese la luna aun cuando campea más vistosa en medio de las tinieblas de la noche; pues tu semblante es un día de inmensa claridad, que no admite otra que la de Dios en su presencia. Póngase el sol á vista tuya; pues con ella padecen más que eclipse sus resplandores; y los de tu divino rostro bastan á sepultar luces más brillantes. Cerran precipitadas á su ocaso las estrellas: porque en la noche de este siglo y á la luz del otro, solos los dos astros de tus ojos pueden lucir y brillar.

7 ¡Oh Virgen sin ejemplo hermosísima! ¡Oh prototipo de las más elegantes obras del Omnipotente! ¡Oh grande objeto de la divina idea, que miró ab eterno, para cumplir en tí el poder soberano de su brazo! ¡Oh obra admirable la de tu creación, que con empeño enoblecó el Criador con todos los primores de la gracia, y de la naturaleza! ¡Cómo explicará mi ignorancia el abismo de tus perfecciones personales, sino hay hermosura criada, que pueda con la tuya compararse! Si todas las arenas del mar, todas las yerbas de la tierra, todos los átomos del sol y to-

das las estrellas del cielo se convirtieran en otros tantos soles, en ninguna manera pudieran todos juntos llegar á ser sombra de tu belleza.

§. II.

8 Todo es borron y sueño cuanto predica hormoso la humana presunción y adoran los ojos ciegos de la carne. ¡Oh lo que aprecia el hombre ó lo que le enloquece la tez de una pobre criatura, en cuya cata puso alguna especial gracia la mano soberana! De Zeusis se cuenta, que para sacar un retrato estremadamente hermoso de una muger, copió de cinco bizarrisimas doncellas las facciones mas perfectas y relevantes, que se miraban en ellas: y esta imagen fué tenida por el dechado mas vivo y primoroso de las caudaces beldades.

9 ¡Oh Virgen hermosísima, bellísima y clarísima, que gracioso fué de Zeusis el pincel, que vana de los hombres la estimacion; si miramos el pincel de la mano Omnipotente, que copió en tí de toda la naturaleza lo mas galan, lo mas bizarro, lo mas airoso; y de toda gracia lo mas perfecto, lo mas primoroso, lo mas excelente! Así como fué expediente, que Jesus tu Hijo fuese en el cuerpo y en el alma el mas bello y aventajado de todos los hijos de los hombres: así tambien convino, que tú Madre zaya fueses en las mismas perfecciones la mas preciosa de todas las hijas de las mugeres.

10 Aunque en las cosas visibles apenas se halla semejanza, de donde se pueda rastrear la perfecta imagen de tu hermosura, ó gran Señora; pero áe dante sino de ellas mismas podré yo formar la idea de ella, para objeto é incentivo de mi amor á tal Madre, no teniendo mis ojos otras especies, que las de estas sombras: las cuales son solamente esosos simbolos y oscuros borrones de tu excelsa é incomparable beldad! Las mismas santas Escrituras te comparan á la Aurora, al Sol, á la Luna y apellidan coronada de Estrellas: Estos astros son de todo lo visible el espectáculo mas bello, y el objeto de la mayor admiracion.

11 Mas ¿quién no admira esta misteriosa junta? Aurora, Sol, Luna y Estrellas son las que componen y afavian la imagen de tu hermosura. Será porque esta á todas luces es admirable y prodigiosa; y á todas horas sirve de consuelo á los que vivimos en este destierro sentados en las tinieblas y sombra de la muerte. Todas las luces de que goza el mundo, se ceigian de la Aurora, del Sol, de la Luna y de las Estrellas, y todas las horas del día y de la noche se nivelan por estas luces. Así tu bello ser, ó Maria, nos comunica luces benignas y apacibles, y horas afortunadas y dichosas. ¡Oh hermosura fecunda, que en tí resplandeces como un rayo de la divinidad; y para nosotros eres origen de todo bien!

12 Bella Aurora eres, Virgen graciosísima; porque así como la Aurora saca del Sol aquel apacible y

bello candor, con que alegra al emisferio, y precede al nacimiento de este gran planeta como madre suya, que le recibe en sus brazos: así tú sacaste del Verbo tu sér brillante adornado de lucidísimas perfecciones y precediste á su humano nacimiento como Madre de este Sol divino: cuando tomó carne de tus entrañas, y halló nacido trono en el seno de tu virginal pureza. Oh gran Señora, ¿qué sér fué aquel que recibiste de Dios, cuando á Dios diste tan hermoso ser? Y á la forma de este fué un portento de la gracia y de la naturaleza, ¿cuál fué la forma de tu sér? Esta grandeza quiso expresar el Areópagita, cuando habiéndote visto en carne mortal te llamó Deiforme y sobre todos los celestiales Espíritus, Santísima Madre de Jesucristo.

13. Aurora es la misma, que auri-hora, esto es hora de oro: y esta logra el alma siempre que merece gozar de tu hermosísima y benignísima presencia: porque en ella halla el oro finísimo de la caridad de Dios y amor tuyo: que es un tesoro de inenarrables riquezas. Esta es la hora dichosa del alma, que verdaderamente te ama, y vale esta hora mas que un siglo dorado. Esta es la hora, en que le franqueas á Jesús, el mas hermoso de los hombres y la piedra íanán de los corazones. Esta es la hora, en que se derrite el corazón amante en castos amores de Jesús y de María, y se queja, cuando se ausentan di-

tiendo: ¿Dónde está aquel y aquella, á quien ama mi alma?

14. O María, querida mía, Aurora mía, consuelo de mis tristes y funestas horas. ¡Oh que duramente llevo el peso de mis culpas, que ocasionan tu ausencia! O Señora mía amantísima, por ventura, ¿tengo de diamante el corazón, para no sentir con pena tu retiro? ¿Son tolerables los dolores, que me afligen, cuando escondes tu rostro y me dejas en poder de mis contrarios? Ven, ven amada mía, querida mía, Madre mía, ven, ven y trae contigo la dulce prenda de tus entrañas, á quien mi corazón ama y vez desea. Ojalá lo ocupéis todo y hagais Fénix alejando de vuestro amor, entre fragantes aromas de olorosísimas virtudes.

§. III.

15. También eres Sol hermoso, ¡oh gran mujer! En este piso Dios su morada, dijo David. Y tu devoto Cesario Arelatense te llamó Sóllo, en que colocó el Altísimo su triunfante Magestad: porque en tí se ostenta la gloria de su poder y el poder de su gracia. Si el sol es vaso admirable y obra del Exoito (como dice la Escritura) por sus eminentes propiedades de lucir, clarificar, producir y desterrar los horrores del mundo: ¡con cuánta más razón eres tú Sol y vaso portentoso, en quien se manifiestan tan brillantes maravillas del Señor de lo alto!

46 ¡Oh Sol bellissimo, que das luz al mismo Sol, á la Luna, á las Estrellas y á todo el cielo! ¡Oh Sol lucidísimo, que clarificas el aire, el fuego, el mar, la tierra, y penetras con tus rayos hasta lo íntimo de nuestras almas, de suerte, que todo nuestro emisferio está lleno de la gloria de tu luz, y de los efectos de tu hermoso resplandor! ¡Oh Sol esplendidísimo y fecundísimo, que producos en nuestros pechos santas inspiraciones, renuevas el verdor de las virtudes, conservas los dones de la gracia, alimentas la humildad, aumentas la caridad, fertilizas la mente, purificas el afecto, quitas la tibieza y frío del corazón, y ablandas su dureza de perdenal haciendo se derrita como ceral

17 Al Sol eligió Dios como Príncipe y Padre de todas las cosas sublunares; y así como alma del universo concurre con su virtud á las operaciones de todas las causas sus inferiores. Pero con modo mas excelente le dió el cielo, atendiendo á tu gran alma, esta presidencia sobre la universalidad de los vivientes, sobre la multitud de las especies criadas y sobre los santos y angélicas escuadras. De donde dijo tu siervo Anselmo: "Que como Dios con su poder es Padre, y Dios de todo, criando y produciendo, así tú, só bienaventurada Maria Madre de Dios, por tus méritos eres Madre y Señora de todas las cosas; porque por tu medio se repararon y recibieron nuevo lustre; y así despues de Dios eres la primera, y Señora de los cielos, tierra y abismos."

18 De aquí se infiere, que todos los bienes, dotes y excelencias; que se hallan en las criaturas, por muy nobles que sean, se hallan en tí en grado mas eminentemente. En tí está la caridad ardentísima de los Serafines, la plenitud de ciencia de los Querubines, la magestad de los Tronos; la fortaleza de las Dominaciones, la nobleza de los Principales, la virtud y poder de las Potestades, el dominio de los Arcángeles, y la pureza de los Ángeles.

19 Eres tambien Luna, aunque de otra esfera superior, por la singular belleza que muestras, y con que ilustras espiritualmente este nuestro siglo tenebroso. Las mismas estrellas, en otro tiempo lucidas se ocultan y desaparecen á vista de la Luna; y todos los astros, por grandes que sean, que resplandecen en el mundo místico de la Iglesia con relevantes luces de especiales prerogativas se sepultan en presencia de la inmensa claridad de tu general hermosura. ¡Cuánta excelencia, cuánta gloria, cuánta bondad, cuánta opulencia, cuánta grandeza, cuánta bizarría se miran en las estrellas, que adornan la república de este gran mundo, tanta y mas en grado sobreeminente se hallan en tí, ó Luna hermosa, de suerte, que aunque las adorna y hermosa tu admirable dignacion, no puede no deslumbrarlas tu imponderable dignidad.

20 ¡Oh mar de gracias! ¡Oh gala y donaire de la humana naturaleza! ¡Oh cara de Dios y hermosura suya como dice tu Agustinol ¡Oh espejo de su

divinidad, en quien esta mira y representa, como significó Basilio el de Seleucia! ¡Oh misterio del cielo y de la tierra, como te llamó Epifanio! ¡Porque en ti se cifra cuanto hay maravilloso, grande y perfecto en la gran máquina del universo!

21 Coronan tu hermosura doce estrellas. La humana belleza, para campear mas, se suele coronar con rubies, con carbunclos, con esmeraldas, con diamantes, con topacios; mas tu belleza, que es divina, se corona de estrellas para denotar que la diferencia, que hay de una estrella del firmamento á un rubí, ó á un diamante, esa hay de tu hermosura, aun corporal, á la de las demas mugeres. Estrella tuvieron en simbolizar tu hermosura Sara, Rebeca, Raquel, Esther, Abigail, Bersabé, Abisac, Judit; pero si la de cada una de ellas fué como una pequeña estrella, cuando se mira desde la superficie de la tierra: la tuya fué como el sol coronado de estrellas, cuando se miran estos astros en sus mismos cielos.

22 O beatísima Señora, ¿qué lengua, aunque sea querúbrica, podrá explicar la belleza de tu cuerpo y alma, con que el Omnipotente te adornó para hacerte digna Madre suya? Si en esta dignidad escodes á todas las criaturas, ¿cómo no escoderás en el adorno proporcionado á esta grandeza? ¿Quién puede comprender la gracia en todo género que encierra en sí este augustísimo nombre tuyo: *Maria Madre de Dios*? ¿A qué persona angelica ó humana dijo Jhesus, sino á

ti: *Tu eras mi Madre, tu me engendraste?* Y ¿qué criatura podrá decir á su Criador: *Mi hijo eres tú, yo te engendré, si no tú, ó Madre admirable?* Esta es una grandeza tal, que solo la puede comprender el que te crió para excellentísimo milagro de su poder, como habla Efrén.

23 O Virgen de superior gerarquía y Reina sobremañera maravillosa, gózome de estas tus grandezas, alegrome de estas, tus excelentes prerogativas. Doy inefables gracias á la Santísima Trinidad, por las gracias que en ti puso, y dones con que te enriqueció, para consuelo de los mortales. O que alegría para tus pequeños hijos, ver engrandecida á su gran Madre; porque al paro que es inmensa tu gracia y magestad, es inescible tu misericordia, é innumerables los efectos de tu clemencia. Y pues es cierto, que á la medida de gracia es el amor que nos tienes, y la ternura con que nos miras, prosigue, Señora, en ampararnos, en librarnos de los peligros, en purificar nuestros espíritus, en encendernos con el fuego de una ardiente caridad, que nos haga dignos de la gracia de tu Hijo y tuya. Amén.

Rupertus Abbas,

Libr. 3. in Cantic. cap. 4.

9 pulchritudo admirabilis. quam sic admiratur, & collaudat pulcherrimus Auctor pulchritudinis. Se-

pten procerans consideravit, oculos, capillos, dentes, labia, genas, collum, & ubera; & pro singulis dilectis singula decontavit dignas collaudationis capitula laudatur in oculis simplicitas; in capillis cogitationum suarum munditia; in dentibus innocentia, in labiis doctrina; in genis reverentia, in collo humilitas, in uberibus tuis admiranda cum fecunditate virginitas.

CAPÍTULO V.

De la felicísima suerte de las que sirven y aman á nuestra Señora.

Vidit Jacob in somnis scalam stantem super terram, & encunem illius tangens coelum. Gen. 28. v. 12.

Qui me' incenerit, inveniet vitam. Prov. 8. v. 35.

§. I.

Vengo yo, ó Alma Soberana y Madre mia amantísima, á contemplar la dicha y feliz suerte de aquellos siervos tuyos, que con humilde reverencia solicitan tu amor, te honran y veneran: los cuales, como viven de tu memoria, que es dulcísima, gozan en este destierro algunas prendas de la suerte bienaventurada que les aguarda. Porque estando debajo de tus aias, no

pueden dudar de tu patrocinio en el tiempo de la mayor necesidad, ni de ser conocidos; por la marca de sus frentes, de los ciudadanos del paraíso.

2 Yo verdaderamente me considero en tu presencia como el último de tus pequeños alumnos, y como el menor y el mas indigno de tus esclavos, tolerado por tu admirable dignacion, y acariciado como hijo; solo por tu inefable bondad: la cual gusta, imitando á la de Dios, hacer que entre las tinieblas de mis errores y descuidos, resplandezcan las luces de tus ojos, con que benignamente me miras.

3 O dulcísima mia, no te ausentes de mi vista, ni dejes de mirarme siempre. O Señora mia, no te retires de mi corazón; que te desea en todo tiempo amar, servir y venerar, si no como merced, á lo menos como sufre el estado de mi miserable condicion. O dulce dueño mio, dignate de habitar en mi pecho, dignate de dar vida á mi muerto amor; dignate de dar calor á mis heladas obras; dignate de vivir en todas mis potencias y sentidos; para que todos se alegren en ti, te bendigan y alaben con gran gozo, diciendo: ¿Quién hay, fuera de Dios, semejante á tí?

4 Bien sé, Señora mia, que te deleitan mucho aquellos tus escogidos hijos que comen á tu mesa, y les das á beber del nectar de las celestiales suavidades: porque con la pureza de sus costumbres merecen las especiales muestras de tu amor; y singularmente te arrebatan la voluntad aquellos, que nunca

se dejaran brindar con la dorada copa de la muger de Babilonia. Mas no por eso desechas á los miserables pecadores, que alguna vez fueron engañados de esta encantadora; cuando acuden á tí por la triaca de la sangre de Jescs, que es el único remedio contra el veneno de aquella copa.

5 Por esta razón tengo por dichosísimos á los que te sirven y reverencian: porque traen siempre consigo la marca de tu nombre *Maria* con que gozan de especiales privilegios de inmunidad; y otras gracias, que no son comunes á todos. Esta marca es al modo de una hermosa constelación de cinco estrellas, que son las cinco letras de tu admirable nombre, en que están cifradas cinco gracias precursoras de la gracia final, que introduce á las moradas eternas á las almas dichosas.

6 La primera gracia es la seguridad de tu amor. La segunda, tu particular asistencia con favores y beneficios. La tercera, tu prontitud en socorrer en el tiempo de la tribulacion. La cuarta, tu abogacia delante del Justo Juez, cuando insta el riesgo. La quinta, la dignidad con que honras á tus devotos para la vida eterna.

§. II.

7 La seguridad, Señora, de tu amor es el cimiento y cumbre de todas las felicidades de tus devotos. ¿Qué le faltará á aquella alma, á quien tú, ó *Maria*, amas?

Que tú, Señora, ames á los que te aman, es constante. Lo dice tu nombre, que es el de Madre del hermoso amor; lo dicen tus obras, que son la mayor prueba del amor; lo dice la práctica de Dios, que tú misma observas, de quien está escrito: (Prov. 8.) *Ego diligentes me diligo*. Yo amo á los que me aman.

8 Mas, ¿qué madre hay que no ame á sus hijos? ¿Y qué madre si es buena, no se compadece de ellos en sus trabajos? ¿Y quién duda, Señora, que tú eres nuestra Madre y buena Madre? ¿Y que la Madre atesora para sus hijos? ¿Y que todas nuestras necesidades te llegan al corazón, como dice Bernardo, y todas tus entrañas se mueven á piedad á vista de un hijo tuyo necesitado?

9 O Madre piadosísima, ó Madre amorosísima. Tú eres mi Madre, y yo soy tu hijo. Mira mis miserias; atiende á mis peligros; muéstrame ser Madre. No es lícito, ó Señora, desamparar á aquel que pone en tí su esperanza, siendo como eres Madre de misericordia. Ni por ser yo pecador, merezca tus desvíos; pues clamo á tí de corazón, para que sacándome de la servidumbre de la culpa, me pongas en el número de aquellos tus escogidos hijos, que como los legítimos del Aguila, miran sin pestañear los claros rayos del Sol de Justicia.

10 La particular asistencia, en favorecer y beneficiar á tus devotos, es consecuencia precisa del amor que los tienes. No es tu amor seco, ni de solas pala-

beras. Tu natural inclinación es de hacer bien. ¿Y a quién mas que á aquellos, que como materia bien dispuesta merecen, que en ellos prendá el fuego de tu amorosa caridad? Si Jonatás, por el amor que tenía á David, no sabía que hacerse por beneficiarlo: que hará tu amor, siendo de tan superior gerarquía y tan poderoso; que te ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, para que puedas hacer cuanto quisieres y fuere de tu gusto. Y que sea de tu gusto el favorecer, lo mostraste bien, cuando dijiste: *Piedad á mi todos los que me descaís, y llenaos de mis generaciones.* (Ecl. 24.)

11 La prontitud en socorrer en la tribulación, nos asegura el mismo amor tuyo y tu imponderable bondad. El Espíritu Santo nos dice (Proverb. 12.) *que el que es amigo, avia en todo tiempo, y que el hermano se comprueba en las angustias.* ¿Y quién mas amante de tus devotos que tú? ¿Y quién mejor hermana de nuestro linage? ¿Como es posible, que apartes tus benignísimos ojos de nuestras miserias? ¿Cómo es posible que vuelvas las espaldas á tus hijos cuando están en tribulación? ¿Cómo negarás tu socorro á tu hermano en el riesgo? Por eso dijo Teófilo, antiguo siervo tuyo: *“O Señora, sé que tú eres la máxima protectora de los hombres. ¿Quién pues, ó inmaculada Virgen, esperó en ti y quedó confuso? ¿Oh quién de los hombres tocó á las puertas de tu clemencia y fué desamparado?”*

12 La eficacia de tu intercesion, cuando abogas por tus devotos en el tribunal de Cristo, ¿quién la podrá ponderar? Eres Madre y basta para que tomes á pechos las causas de tus hijos. Eres Madre, que amas con ternura á tus devotos. Eres Madre, que sientes indeciblemente la perdicion de los redimidos por Jhesus. Tienes autoridad con el Juez, tienes poder, tienes sabiduría é industria. ¿Cómo no será eficaz é infalible tu abogacia? ¿Un abogado extraño qué no hace por su interes, para sacar libre al reo, por quien aboga, del poder de la justicia? ¿Qué no harás tú por un hijo tuyo reo de eterna condenacion para ponerlo en los brazos de la misericordia?

13 La dignidad para la vida eterna, que por ti obtienen tus devotos, alcanzándoles de Dios la penitencia final, la esperiencia nos la enseña, las historias la acreditan, los siglos la claman, los Santos nos la aseguran. Uno por muchos, tu Anselmo: *“O MARIA (dice) tú al pecador despreciado de todo el mundo lo abrazas con materno afecto, y no lo desamparas, hasta que Dios por tí aplacado lo hace volver á su agracia.”*

14 ¡Oh mar de inmensa suavidad! ¡Oh piélago de dulzura! ¡Oh fuente perenne de celestiales delicias! ¿Quién no te amará con estos excessos de amor? ¿Quién no se enamorará de tu hermosura con estos empeños de tanta dignacion? ¿Quién no te servirá hecho por tierra, siendo tan esorbitante el premio de

tu devocion? ¡Oh infortunados tus siervos, que comen en tu casa y se sustentan de las migajas que caen de tu mesa, si migajas se pueden llamar las que dan salud y vida eterna! ¡Oh vida bienaventurada, la que gozan los que viven á tus espensas; pues aun en este mundo empiezan á experimentar los gustos del paraíso!

§ III.

15 Ahora si revuelvo en mi memoria tus anales, ¡cuánta es la dulzura y confianza que me dan los ejemplos de suma benignidad con justos y pecadores, y cuánto en ellos se manifiesta la suerte dichosa que tienen contigo tus servidores! ¡Oh Sol hermosísima que nasciste para consuelo universal del mundo, alumbrando á los que siguen el camino de la virtud y encaminando á los que lo erraron!

16 Acuérdome, Señora mía, de aquella tu imponderable dignacion con que rociaste los labios de tu mellizo Bernardo con tu leche purísima; y aplicaste tus castísimos Pechos á la boca de tu devoto Fulberco. También me acuerdo de la salud milagrosa que disteis con el mismo celestial licor á dos sacerdotes aierros tuyos.

17 Asimismo me causa, sobre admiracion, consuelo grande aquel celebrado caso de tu estupenda benignidad, cuando diste un anillo tejido de tus dorados cabellos á tu dilecto hijo Fray Alano de Rupe; y te

desposaste, en presencia de muchos santos, con San Hermano, nombrándole José desde aquel día. Lo mismo hiciste con San Edmundo, quien puso en tu dedo un anillo preciosísimo y tú le correspondiste como querida y fiel Esposa.

18 No menos me vienen á la memoria aquellas admirables demostraciones de tu cariño, en que consiste el silicio de Santo Tomás Cantuaricense; con que vestiste con una riquísima casulla á San Ildefonso; con que diste á la Beata Paula Florentina el Niño Jesús, para que se regalase con él y probase de sus labios la dulzura de tu leche virginal. Lo propio hiciste con tu querido Fr. Conrado, entregándole en sus brazos, como á otro Santo viejo Simson, al Infante Dios.

19 Acuérdome de estos casos y de otros innumerables, y se me derrite el corazon é inundan en lagrimas mis ojos, considerando tu profundísima humildad, tu inefable clemencia, tu castísima dignacion, tu sumo agradecimiento. "Cortesantísima eres, dice tu «Bernardino de Sena» gloriosa Reina Virgen Maria, que no puedes ser saludada de los hombres, sin que atú resaludes con la melindridad y modo admirable de tus labios." Bien sé, Señora mía, que saludaste dulcemente y diste las gracias á Adán de Santo Victor, porque te invocó y saludó de esta manera: *Salve Madre de piedad y triclino de lo Santísimo Trinidad.*

20 De la misma manera me admiran y enternecen los singulares favores que hiciste á aquellos pecadores, en quien vivía una centella sola de tu memoria y devoción. Como á aquel ladrón famoso y salteador de caminos de Normandía, que cortada su cabeza por sus enemigos, clamaba á vos, diciendo: *Virgen Santa Maria, dadme verdadera confesion; y se lo concediste y salvaste su alma; porque por respeto tuyo ayunaba los Sábados. Y al otro senador rico y poderoso, que se sustentaba de la vanidad y pompa mundana, y esclava del hospedage de su casa á los pobres y peregrinos; y estando para ser condenado á las eternas llamas, acudió á ti como á Madre de misericordia, y por tu intercesion alcanzó lugar de penitencia, y mudó sus dictámenes mundanos en los del Evangelio.*

21 No menos me es dulce la memoria de la piedad que usaste con un vandélero, que perseguido y preso de unos soldados, lo derrivaron en tierra y dieronle porfia muchas mortales heridas, sin poder acabar de matarlo, porque vos no quisisteis; antes bien, le impetrasteis de Dios que no muriese sin Sacramentos, por haber en su vida ayunado á pan y agua las vigorias de cuatro fiestas principales tuyas, que son: Natividad, Anunciacion, Purificacion y Asuncion. Pero qué mucho que así suceda, cuando haces gala de tu clemencia y tienes en el escudo de tus armas el

Arco Iris y la Oliva, símbolos de la paz y misericordia.

22 Y en consecuencia de ésto, dijisteis un día á Santa Brigida, que por grandes y muchos pecados que tenga un pecador, si tuviere recurso á ti con todo corazón y verdadera enmienda, con dolor y amor nada fingidos, estabais pronta para recibirle y ampararle: porque no mirabais lo mucho que pecó, sino la intencion y voluntad con que acudia á vos. Y añadisteis estas formales palabras: *Por muy vil y enlodado que venga un pecador, no me desdeno de tocar sus llagas y ungirlos y sanarlos: porque me llamo y verdaderamente soy Madre de misericordia.*

23 Quanto mas, Señora mía, pienso en estas cosas y las revuelvo en mi corazón, tanto mas me deleita el pensar en ellas y meditarlas continuamente. Porque así cobra fuerzas mi amor y suspira por ti y por aquellos bienes inestimables, con que premias como Reina magnífica á tus criados. Ojalá merezca yo tus cariños, ó Madre de pecadores. Ojalá sea yo digno de ti, para alabarte eternamente.

24 A ti levanto mis ojos, Reina piadósísima, á ti, por quien suspiran los pecadores y resplandecen en tu casa del cielo los justos, como estrellas, en perpetuas eternidades. Recíbeme á la sombra de tus alas, si no como justo, como pecador arrepentido, como hijo Pródigo, que se aenge al regazo de su Madre, por templar las iras de su Padre.

25 Ea, Señora mía, sea de tí mi continua y perpetua memoria; porque con ella vive mi esperanza y mi espíritu se alienta. En tu amoroso seno reclinare con humilde rendimiento mi cabeza, y en tu Corazon descansará mi afligido corazon. No te olvide yo jamas, Madre mía, que son muchos los riesgos de mi vida; los peligros de mi alma é innumerables los lazos que me arman mis enemigos. Merezca yo sentarme á la mesa de tu dulzura, como aquellos que te sirvieron de corazon. Ahrené las puertas de tu clemencia, manifiéstame el tesoro de tus misericordias, para que pueda entrar en el gozo de mi Señora.

S. Fulgentius
de Laud. Virg. Mariæ.

Facta est Maria scala caelestis: quia per ipsam Deus descendit ad terras, ut per ipsam homines ascenderent mererentur ad celos.

CAPÍTULO VI.

Convidanse todas las criaturas á bendecir y alabar á María.

Sacrificium laudis honorificentia me.—Psál.
49. y. 23.

*Benedicite omnia opera Domini Domine:
Laudate, & super exaltate eam in secula.*
—Dan. 3. y. 37. translate.

§. I.

VENID todas las criaturas de Dios á alabar á MARIA Madre de Dios. Venid todas las obras grandes del Altísimo á celebrar la mas alta y grande de sus obras. Venid todos los siervos del Señor á magnificar á la Madre de todos sus siervos.

2 O magina del mundo, ó cielos cristalinos, ó fuego celestial, ó aire trasparente, ó mar inmenso, venid, venid: que es tiempo de alabar á la que dió al mundo en tiempo al Señor de la eternidad. O Señora mia dulcísima, ojalá tributen loores y adoracion á tu nombre todas las criaturas visibles é invisibles, racionales é irracionales, sensibles é insensibles. Y tú, ó alma mia, alaba en compañía de todo el universo á la Emperatriz del universo.

3 O ciudadanos del cielo, ó Espiritus gloriosísimos,

ó supremas Intelligencias, que con continuas voces alabais á nuestro Dios y Criador, diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria; alabad á MARIA vuestra Reina, diciendo: Santa, Santa, Santa MARIA Madre de Dios, llenos están los cielos y la tierra de la gloria de tu nombre.

4. O príncipes de la gloria, que con dulce armonía cantáis sin cesar al Verbo Encarnado según motete. Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, la gloria, la bendición, la claridad, la acción de gracias, la honra y el poder, sean dadas á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen. Decid también á MARIA:

5. Digna es la Cordera de Dios, muerta de compasión de la muerte de Jesús de recibir la corona de la inmortalidad. Digna es de ser trono del Verbo de Dios y de recibir el principado de todas las criaturas. La bendición del Padre, la sabiduría del Hijo, la claridad del Espíritu Santo, la acción de gracias de todos los Ángeles y hombres, el honor y el poder universal sea dado á nuestra Reina, por eternidad de eternidades. Amen.

6. Alabad á MARIA, cielos, sol, estrellas, aire, mar, tierra, aves, peces y flores, árboles, collados y montes, viento, yelo y granizo; bestias mansas y feroces, nebes, lluvias y tempestades, leones, corderos y dragones, día, noche, luz y tinieblas.

7. O príncipes del mundo, ó reyes de la tierra y todos los estados del linaje de los hombres, engrandeced el nombre de MARIA Madre de nuestro Criador, con voces acordes, con salmos ó himnos, con músicos instrumentos, con órganos y cítaras, con lirias y torbas, y con todo género de melodía alabada por mí, ensalzada, celebrada: que me veo obligado á sus favores y sin fuerzas para satisfacer esta deuda. Suplid con vuestras continuas alabanzas lo que falta de cantidad á mi pequeñez: pues sobran motivos al encomio y panegirico en la gloria de MARIA.

§. II.

8. O Serafines, llamas ardientes del amor divino, alabad á MARIA, Madre de aquel Señor que vino para enviar el fuego á la tierra, que abraza á los hombres en amor del cielo. Amad la belleza indecible de este claro espejo de la divinidad, que mirais tan de cerca. Eséñdome á amar á MARIA, pues sois maestros del amor celestial. Prendan en mi corazon vuestras seróticas centellas, y hacéd me transforme de hombre de yelo, en serafín de fuego.

9. O Querubines sabios del cielo, hijos de la eterna sabiduría, alabad á MARIA: pues sois doctos y yo ignorante de sus soberanas excelencias, inteligibles á vuestra perspicacia é incomprendibles á mi rusticidad. O inteligencias sabias en amar, amad á la Madre del san-

to y casto amor; y hacedme partícipe de vuestras luces y llamas amorosas.

10 O Tronos excelsos y levantados, en quien reside la equidad y justicia; y donde enarbola su blanca bandera la misericordia, alabad á vuestra Princesa MARIA, sódia del Sol de Justicia y asiento agradable de su piédel. Amad á esta gran Madre, de quien nació la justicia y la misericordia, que se dieron ósculo de paz. Haced que mi corazón sea tan puro, que merezca ser trono de Jesús y de MARIA.

11 O Dominaciones Lugartenientes del Supremo Monarca, alabad á MARIA, que está sentada á la diestra de Dios, como Emperatriz de todo lo criado. Ensalzad su dominio, poder y nombre; y regocijos porque es vuestra Señora y poseídmole á sus piés, para que yo le pague eterno vasallage.

12 O Virtudes supremas del empireo cantad las glorias de MARIA prodigiosa: pues es el medio por el cual ejercitais vuestro poder sobre la naturaleza en potentos y milagros. Haced que yo ame con amor encendidísimo á este prodigio de la gracia.

13 O potestades, cuya virtud y poder resplandee en los abismos; de cuyo nombre tiemblan las potestades del infierno; alabad á MARIA que es mas poderosa, y su nombre se alaba en los cielos, en la tierra y en los infiernos. Cantad la victoria de esta gran Reina, que triunfó del pecado, de la muerte y del demonio, y haced que me dé su mano para que me ven-

za á mí mismo, y haga irrisión y escarnio de los embustos del comun enemigo.

14 O Principados, á quien encomendó Dios la guarda de las provincias y reinos, alabad á MARIA, y magnificad su suma magestad y la universal Providencia que le dió el Altísimo. Por ella reinan los reyes y los legisladores decretan leyes justas y conformes á la naturaleza racional. Haced con esta gran Reina, que yo sepa gobernar el reino de mis pasiones y que la razón sea el norte de todos mis procedimientos.

15 O Arcángeles, custodios excelentes de las ciudades y nuncios del Altísimo para los negocios de grande importancia, bendicid á MARIA, y celebradla por todo el mundo; porque mereció la embajada del Padre Celestial, para la Encarnación de su Verbo, haced con esta Señora que me admita en su gracia hasta estar lleno de ella. O Angeles benignísimos, que estais destinados para guardar y defender á los hombres, alabad á MARIA, y cantad himnos y cánticos á mayor gloria suya, y haced que yo la alabe en vuestra compañía eternamente.

UNIVERSIDAD DE NUÑO DE LEÓN §. III.

16 O Santos de la gloria, ó coros de los justos y álmás santas; ó Patriarcas y Profetas, Apóstoles, Doctores, Mártires, Confesores, Virgenes, Pontífices, Sacerdotes, Religiosos y Anacoretas, bendicid á MARIA; dad mil loores á esta gran Señora: porque la enrique-

cio el cielo de todos vuestros dones y la hizo mas excelente en prerrogativas admirables. Bendecidla, alabada, engrandecida y cantalla la gala, porque ella es el primor y corona de toda santidad, y hacedme participe de algunos destellos de su luz y de una gota del inmenso mar de sus virtudes.

17. O hijos de Adán, que vivis en el destierro lejos de las delicias del paraíso, alabad á MARIA, invocad su nombre, pregonaad sus grandezas y encended vuestros pechos en sus amores: pues por ella respiramos los hombres con la esperanza de mejor fortuna. Entonces muestras lenguas motetes de bendicion, á la que á boca llena llaman bienaventurada todas las generaciones, y por quien todas las gentes fueron benditas y libres de la eterna maldicion.

18. O cielos, ó planetas, ó estrellas del firmamento, alabad á MARIA; porque es vuestra gloria, vuestro adorno, vuestra gracia, vuestro esplendor. Bendecid su pureza, su maternidad, su imperio, su piedad, su dignacion, su humildad, su obediencia: que esta es la variedad de que asiste rodeada esta Reina á la diestra de Dios. Y estos son los resplandores con que se corona y os ilustra en la gloria de su eternidad y en la eternidad de su gloria.

19. Alabe la tierra á la tierra bendita que produjo al Salvador. Alabe el fuego á la Madre de aquel Señor, que es fuego que consume la escoria de los vicios y acudra el oro de las virtudes. Alabe el aire á la Ne-

be ligera: y fecunda, con cuyo riego lleva la tierra ciento por uno de frutos de bendicion. Alabe el mar á MARIA, mar de gracia, mar de hermoçura, mar de dolores y estrello del mar.

20. O animales de la tierra mansos y feroces, avessos y acútiles, alabad á MARIA, bendecid su nombre soberano, rendidle adoraciones: pues por ella vivis para adorno del universo. Depongan en su presencia las fieras su liera condicion; conviertan las serpientes en triaca su ponzoña y hagan las aves ostentacion de su ligereza y velocidad: que todo sirve á la gloria de MARIA.

21. Formen coro á parte para cantar las glorias de MARIA, los cisnes, los ruiseñores, los gilgueros, los canarios, los colorines y verdolores: que es tributo armonico debido á la Águila imperial que domina en lo alto y fija los ojos para atraer á sí al Sol de la divinidad.

22. Bendigan los monstruos marinos la belleza de MARIA. Enséñen las ballenas á respetar su grandezza: muestren los delfines el agradecimiento que la debemos. Y las salamandras, mariposas y el Ayo Fenix, nos den á conocer que morir abrasados en las llamas suaves y fragantes del amor de MARIA, es vivir para eternizarse. ®

23. ¡Oh MARIA excelentissima! con nombre de toda bondad, cuán digna eres de toda alabanza! Venid potencias mias, venid sentidos míos, adoremos á

MARIA, postrémonos á sus piés, confesando su grandeza y Magestad y grandes misericordias. ¡Oh gran Señora, cuyo dominio en los cielos y en la tierra no tiene limite: porque te dió el poder con universalidad el que todo lo puede; cuya bondad, y clemencia es igual á su poder: porque así te hizo Dios para bien nuestro. Á ti se debe todo amor, todo obsequio, toda reverencia, todo aplauso y toda estimacion, despues de Dios. Sea tu nombre en nuestros corazones, en nuestra memoria y en nuestros labios eternamente. Amen.

Richardus de S. Laur.

Lib. 2. Par. 3.

Moria dicit cum Filio in Psalm. 49. Sacrificium laudis honorificabit me: & illic iter quo ostendam illi solvare Dei: id est, in laude mea ut iter ad aeternam laudem sine fine mansuram.



DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO VII.

Suspiros del alma á MARIA su Madre y dulce dueño.

*Oculi tui calcabrarum:: vulnerasti cor
meum saxo mea sponsa. Cant. 4. v.
1. & 9.*

*Quis dabit mihi pennas sicut columbe, &
volabo, & requiescam. Psalm. 34. v. 7.*

§. I.

1. **O**H MARIA, MARIA, MARIA, templo de la Trinidad! ¡OH MARIA, portadora del fuego del amor eterno, administradora de la misericordia, mar pacifico, tierra fructifera! ¡OH MARIA, barro seráfico del ardoroso divino incendio, que escondiste debajo de las cenizas de nuestra mortalidad! ¡OH MARIA, vaso de humildad, en el cual florece y arde la luz de la santa cogitacion: y por eso agradaste tanto al Padre Eterno: que obligado de tu amor con que heriste su pecho, te dió en prendas de él la mayor prenda de su amor.

2. ¡OH MAMA, dulcísimo amor mio! Á ti recurro y ofrezco mi peticion. Ruégoote, que á mi corazon y al de todas las fides conviertas en este fuego; para que sean carbones encendidos con las llamas de la santa caridad. Abrácese yo, Madre hermosísima, con estrechísimo abrazo de dulce amor.

MARIA, postrémonos á sus piés, confesando su grandeza y Magestad y grandes misericordias. ¡Oh gran Señora, cuyo dominio en los cielos y en la tierra no tiene limite: porque te dió el poder con universalidad el que todo lo puede; cuya bondad, y clemencia es igual á su poder: porque así te hizo Dios para bien nuestro. Á ti se debe todo amor, todo obsequio, toda reverencia, todo aplauso y toda estimacion, despues de Dios. Sea tu nombre en nuestros corazones, en nuestra memoria y en nuestros labios eternamente. Amen.

Richardus de S. Laur.

Lib. 2. Par. 3.

Moria dicit cum Filio in Psalm. 49. Sacrificium laudis honorificabit me: & illic iter quo ostendam illi solvare Dei: id est, in laude mea ut iter ad aeternam laudem sine fine mansuram.



DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO VII.

Suspiros del alma á MARIA su Madre y dulce dueño.

*Oculi tui calcabrarum:: vulnerasti cor
meum saxo mea sponsa. Cant. 4. v.
1. & 9.*

*Quis dabit mihi pennas sicut columbe, &
volabo, & requiescam. Psalm. 54. v. 7.*

§. I.

1. **O**H MARIA, MARIA, MARIA, templo de la Trinidad! ¡OH MARIA, portadora del fuego del amor eterno, administradora de la misericordia, mar pacifico, tierra fructifera! ¡OH MARIA, barro seráfico del ardoroso divino incendio, que escondiste debajo de las cenizas de nuestra mortalidad! ¡OH MARIA, vaso de humildad, en el cual florece y arde la luz de la santa cogitacion: y por eso agradaste tanto al Padre Eterno: que obligado de tu amor con que heriste su pecho, te dió en prendas de él la mayor prenda de su amor.

2. ¡OH MAMA, dulcísimo amor mio! Á tí recurro y ofrezco mi peticion. Ruégoote, que á mi corazon y al de todas las fides conviertas en este fuego; para que sean carbones encendidos con las llamas de la santa caridad. Abrácese yo, Madre hermosísima, con estrechísimo abrazo de dulce amor.

Poseste yo, bien jocundísimo y utilísimo, sin el cual no hay bien honesto: y con el cual se halla todo bien en el tesoro de la Divinidad.

3 ¡Oh archivo opulentísimo de divinos dones, ¡oh arca suntuosísima de celestial suavidad! ¡oh manantial perenne de dulzuras puras, deleítame yo en tus bienes y goce de la abundancia de tu melifluidez, sin la cual todo gusto mundano es amargura amarguísima. ¡Oh dulcísima y amantísima Madre del Hijo de Dios, comunícame tus virtudes y súmame al monte de la santidad.

4 Tú, Señora, que eres clementísima y piadosísima, envíame luz y gracia: para que me ejercite en obras de piedad y misericordia, y me dedique todo al consuelo de los miserables y afligidos. Tenga compasión de aquellos, á quien oprime la tribulación; dirige á los que van errados, alumbrá á los ignorantes, reciba benigno á los pobres, abraza en el seno de la caridad de Cristo á los gentiles, y á todos los que están fuera del gremio de la Iglesia, levanta á los caídos, perdóne y ame á los enemigos, y ruegue por ellos con oración ferviente: pues á todo esto me obliga tu bondad y el ejemplo de tu Hijo.

5 ¡Oh Virgen preciosísima, adórmame de muchas virtudes que me faltan, sin las cuales soy vil, y despreciable á los ojos divinos! ¡Oh Madre bienaventurada! ¡oh Santa de los Santos, comunícame

algo de tus grandes riquezas: que estoy muy pobre, y carezco de muchos de aquellos dones y dotes, que hacen á las almas agradables, graciosas y eficaces en sus suspiros y clamores al cielo! ¡Oh benignísima, concédeme estos dones y bellos atavíos, y haz que los sirva de diadema el amor divino y tu santo amor!

6 ¡Oh hermosísima y preciosísima MARIA! ¡oh vida perenne, por la cual vivo y sin la cual muero; vida, por la cual me inundo en gozos y sin la cual vivo como solitario en medio de las sombras de un sepulcro, concédeme, por tu gran bondad, y dignación, que mi corazón se una al tuyo por estrecha caridad, que te apasionen las maternales caricias y ternura y descanse en tu gratísima paz!

7 Dame, Señora, que mi alma derretida con la virtud de tu ardiente amor y con la dulzura de tu penetrante caridad, toda corra y se introduzca en ti, como el arroyuelo en su mar. Poseala totalmente, ¡oh bien mío! á quien puso Dios sobre la tierra para consuelo de los desterrados en ella; y sobre el cielo, para especial gozo de los bienaventurados ciudadanos. Poseala, para que ella te posea y sea dichosa y feliz por causa tuya. ¡Oh cuándo llegará el tiempo, en que estas cosas sucedan!

§. II.

8 ¿Cuándo será la hora, en que mi alma en-

riqueza con el oro de la caridad y con la plata de la pureza, suba y entre en las eternas mansiones, donde tú reinas con tu Hijo mi Criador y Redentor, donde será abrasada y transformada en ascuas vivas de amor inmortal y eterna caridad?

9 ¡Oh qué hermosos son tus tabernáculos, Señora de las virtudes! Mi alma desfallece con la memoria de sus dorados átrios. Mejor es un día en tu casa, que mil de fiesta y regocijo en este destierro. ¿Cómo cantaremos á ti cánticos de alabanza en tierra ajena? La tierra de tus hijos es el cielo: esta es su patria; que el mundo es una isla desierta, rodeada de un mar grande de tribulaciones y pensamientos congojosos de perder el sumo bien. ¡Oh qué vida esta, donde las espigas crecen con abundancia y los cuidados son de apacentar el tiempo, y olvidar la eternidad! ¿Cuándo dejaré estas locas sombras por las verdaderas luces de tu templo! ¿Cuándo abandonaré estos bienes muertos, por tus inmortales delicias?

10 ¿Cuándo mereceré beber abundantemente de tu bella y cristalina fuente? ¡Ay que me muero de sed y no hallo en este valle de lágrimas, sino lágrimas por bebidal! ¿Qué aguas son las de este destierro, sino las del mar muerto, del río Letheo, y del de Babilonia? ¿Cuales son sus fuentes, sino cisternas rotas, que no pueden tener agua, sino cieño, todo é inmundicia?

11 Acuérdate, Señora mía, del favor que hiciste á un siervo tuyo de tu amada orden del Cister. Te vio un día en trono de gloria eminente, y que cerca de tus pies manaba una fuente grande de oro, que contenia una agua sobremañera cristalina, en la cual se veian nadar muchas piedras preciosas, como carbundos, rubíes, topacios, záfiro, esmeraldas, jaspitos y otras especies muy primorosas y de gran valor. Admirado tu siervo de esta representacion tan agradable, le explicaste su misterio, diciendo: "Hijo mio: esta fuente es mi devocion, el agua cristalina son los favores que yo hago á mis devotos: á estos representan estas piedras preciosas: porque ellos viven bañados en las aguas de mis favores y regalos, y llenos de resplandores de ilustraciones divinas, que yo con mi intercesion les alcanzo de mi Santísimo Hijo."

12 ¡Oh Maria, dame á beber de estas aguas deliciasimas! Hártame yo, Señora mía, de estos bellos cristales hasta apagar mi sed. Búñame yo en esta fuente de purisimos amores, que me harán mas puro, mas casto y de costumbres del todo celestiales. Oye mis voces, Santísima Maria, que ya me faltan las fuerzas y el aliento. Oye mis clamores, que ya se cansan mis labios y mi voz se euronquece. Muéstrame esta fuente de oro, estas aguas de vida, y hacéme de la especie de estas piedras de estremo valor.

13 ¡Ay de mí, que se ha oscurecido el oro de mi devoción! ¡Ay de mí, que está lleno de escuria y mezclado con otros viles metales! Sé, Señora mía, que me amas como Madre, que me quieres como Esposa y que buscas mi amor, tocando á las puertas de mi corazón. ¡Oh dignacion estupenda! ¡Oh amor inestimable! ¿Y no lo amaré yo? ¿Y no rondaré á tus puertas? ¿Y no corresponderé á tus cariños? ¿Cómo es posible que deje de amarte, viendo los extremos de tu amor? ¿Cómo es posible no amarte, sino es que deje de ser hombre y me convierta en fiera? Y aun las fieras estiman los favores y son agradecidas.

14 ¡Ay Señora mía, bien sabes mi corazón! Patente y manifiesto te es lo mas escondido de mi pecho. No ignoras que te amo; no ignoras que te busco; no ignoras que te estimo mas que al cielo; mas que á la tierra; mas que á los ángeles y á los Santos; mas que á todas las cosas criadas: solo el amor á Dios es superior al tuyo. Todos los demas amores ceden á tu amor.

15 Mas aun es poco esto y desseo amarte mas; y solo siento el no sentir que nazca tu amor de mi pecho como una flecha de oro hecha encendida, que llegue á aquel trono de fuego (que eres tú) en que vió Daniel sentado al Antiguo de los dias para hacer juicio. ¿De quién hará juicio Dios en trono de fuego, sino de los corazones frios, de

los espíritus de nieve, de las voluntades heladas! ¡Oh quiera tu bondad, que mi corazón, mi espíritu y mi voluntad se vistan de la librea y ropage de este trono.

§. III.

16 Concédeme, Señora mía; concédeme, Virgen purísima; concédeme, Madre amorosa que yo te ame con un amor grande; que te busque con afecto tiernísimo; que vele á tus puertas, pensando continuamente en tí; que duerma, no olvidándome de tí; que me levante del lecho, para contemplar en tí y hablarte dulcemente con palabras verdaderamente nacidas de un corazón amante.

17 ¿Cómo es posible negarme á tu amor, siendo como eres, la causa de todos mis bienes y el remedio de todos mis males? ¿Cómo es factible, que todos mis miembros no se conviertan en lenguas de fuego y que lo trasladen á todas las criaturas para que todas á una voz clamen: *Viva Maria!*

18 Y siendo tan debido á tí, después de Dios, un amor intensísimo y tan ardiente, que exceda los incendios de todos los volcanes y los de la region del fuego, me corro, porque al riuo apenas llega al ligero calor de una pequeña centella, ó al leve fósil de una encendida exhalacion. Y no obstante es tan excesiva tu piedad y agradecimiento, que recompensas este amortiguado amor mio con abundancia.

de consuelos y gracias. Pero tú en esto imitas la política de Dios, cuya misericordia resplandece en beneficiar aun á las almas ingratas y buscarlas para favorecerlas.

19 Es verdad, que hay almas escogidas, en quien singularmente empleas tus caridos, inundándolas en gozos inefables y en celestiales delicias: porque estas con gran pureza y generosidad de corazón te aman sin interés y quieren por solo querer; que es lo que merece tu hermosura y pide tu bondad. Y así veo, que te esmeras tanto en favorecerlas, que no pudiendo el cuerpo mortal sufrir la vehemencia de tu amor, padece deliquios que se acercan á la muerte. ¡Oh hijos dichosos, nuncios del corazón de María y engendrados como el ave Fénix en los ardores fragantes del divino amor!

20 No merezco yo este privilegio de tus singularmente amados hijos. Mas ¿qué imposible hay á tu amor? Y si este lo vence todo, ¿no podrá el tuyo vencer el imposible de mi indignidad? Posible es, si quieres hacerme digno de tu amor: y siendo cierto, que quieres que te ame, dame gracia de amarte dignamente.

21 ¡Oh Madre amabilísima! hárme como uno de tus queridos hijos. Usa conmigo de esta especial misericordia: para que te ame mas, te quiera mas y corresponda mejor á lo que merece tu amor y tu bondad. Desde luego te ofrezco todo mi corazón,

que es la mejor prenda que posco para que lo llenes de tu amor. Y si bien, está manchado con muchos afectos y pasiones desordenadas, no es difícil á tu benignidad purificarlo y componerlo.

22 Ruegote, dulcísima Señora, que poseas enteramente este mi corazón loco y divertido con vanos y peregrinos pensamientos, y le libres de la esclavitud de los terrenos amores. Derramad sobre él la abundancia de tu dulzura; para que no piense en otra cosa que en tí y por tí en Dios como sumo bien mio. Sea mi amor á tí muy especial; pues siendo universal acreedora de mis voluntades, la mía te tiene particular obligacion, como cautiva tuya, aprisionada con cadenas de oro de tu imponderable caridad. Ea, hiere con tu harpon este corazón duro, y brote de esta peña una fuente de lágrimas de amor.

Rupertus Abbas.

lib. 3. in Cant.

*Pullos alienos calamba nutrit; & nos, qui eam
alieni secundum carnem á genere tuo: ecce ciei-
mus tuis meritis.*

—e—e—e—

CAPÍTULO VIII.

Hace el alma oracion á JESUS por el amor de MARIA
y á MARIA por el amor de JESUS.

Elevatio manuum mearum sacrificium ves-
perturnum. Psalm. 140. v. 2.

Pete, Mater mea: neque enim fas est, ut
ocertam faciem tuam, 3. Reg. 2. v.
20.

§. I.

1 **S**enor mio Jescristo, Hijo del Padre Eterno, Hijo de MARIA y Dios Omnipotente, en cuya mano están todas las gracias y virtudes, que descienden de las alturas á los hijos de los hombres; y por cuyo respeto el Padre celestial hace nacer el sol de su benelicencia sobre buenos y malos, justos é injustos. Suplicote humildemente, me concedas una gracia y virtud de grande agrado tuyo; y es, que yo ame á MARIA tu Madre, como ella merece, y tu quieras que la ame. Mi peticion es justa, tu voluntad clara, el mérito de MARIA cierto. Solo resta la ejecucion de mi amor, que no puede ser sin ti, ni sin tu voluntad eficaz.

2 El mérito de MARIA me convida á amarla. Pero en mi no hay poder para el amor que me-

rece. Que puedas, Señor, concedermelo en grado eminente es infalible: pues eres Todopoderoso. Que quieras eficazmente concedermelo, esa es la gracia que solicito y te pido por respeto de ti mismo; por la dignidad de MARIA, y por el mayor bien de mi alma, que amaste desde la eternidad y redimiste hecho hombre en tiempo, á fuerza de penas y dolores.

3 Conósceme, Dios mio benignísimo, amantísimo, poderosísimo, esta gracia por el mérito de MARIA y por el amor que la tuviste. Tú la escogiste por Madre tuya, por ser la mejor Muger que produjeron los siglos. Tú la escogiste por Madre, por ser la Virgen mas agraciada y mas rica de virtudes que vieron las edades. Ella fué la Reina de tus mas perfectas obras y el esmero y primor de tu Omnipotencia: que en ella manifestó una quinta esencia de tu bondad y saber. ¿Qué no hizo tu grandeza? ¿Qué no ejecutó tu gracia en esta gran muger? Pues hicieste en ella cuanto cupo en tu poder, cuanto te diéste su amor.

4 ¡Oh Dios amante! ¡Oh esplendor de la gloria, y figura de la sustancia del Padre! ¡Oh Esposo florido, enamorado de esta singular belleza! ¡Oh Verbo de Dios! ¿qué viste en la humana naturaleza, para querer emparentar con ella? Por cierto, que cuando bajaste al mundo, estaba ella tan manchada con delitos, tan llena de fealdades, tan abomina-

ble y bruta, que mas merecía su ruina, que el beneficio de tu Encarnación.

5 Pero viste en este gran piélago de desdichas á *Maria*, mar mayor de gracias, sobre cuyas ondas gloriosas pasaba tu espíritu buscando el reposo, que no hallaba en las demas criaturas. Viste á *Maria*, monte escelso de santidad, cuya cumbre llegaba hasta tu trono y cuyo amor hirió tu pecho: para que te compadecieras y remediaras á sus hermanos de su mismo linage, cautivos del pecado y condenados por tu justicia á eterno destierro del paraíso.

6 Por esta ineigue Mujer, como por escudo, bajaste á nosotros, para redimirnos á mucha costa de tu santa humanidad, sobre quien descargó la tempestad de azotes que merecían las culpas del mundo, que á rienda suelta corría á su perdición. A esta ilustísima Virgen hiciste corrodentora contigo y partícipe de tus trabajos, esculpido en su corazón los instrumentos de tus penas y la viva imagen de tu dolorosa muerte. A esta propusiste á nuestro linage por Madre de pecadores, por consuelo de afligidos, celo y motivo de los mas castos amores del hombre.

§. II

7 ¡Oh Jesús amabilísimo! ¡Oh Dios de ingeniosísima bondad, que andas buscando modos de cati-

viar nuestras rebeldes voluntades y llevarlas á ti por amor! ¿Qué mesio mas oportuno para esto, que el amor á *Maria*, que está tan unido con el amor á *Jesús*, que no admiten división? Porque quien quiere bien á tal Madre, no puede no querer también á tal Hijo? Pues dadme, Señor, amor vivo á Madre tan amable y con él me aseguras, que viva en mí tu amor. ¡Oh Dios! ¿Cómo no amo á una hermosura tan digna? ¿Cómo no amo á una Magstad tan hermosa? Su belleza me convida, sus beneficios me obligan; y aun no la amo como debo y menos como merece. ¡Oh desdicha mía!

8 ¡Oh benignísimo Jesús! ¡Oh dulcísimo Esposo de las almas! Dad á la mía la prenda de este amor, que es prenda del tuyo. Préndeme con esta dulce cadena, átame con estos castos lazos, aprisioname con estas doradas prisiones. ¿Qué esperas de mí? De mí nada puedo, porque soy un hielo. Tú solo puedes, que eres fuego y fuego que veniste á la tierra, para que prendiese en ella. Enciende en mi corazón este suave fuego del amor de *Maria*: pues puedes y quieres; y si quieres, ¿qué esperas? Para luego es tarde. Y si alguna vez lo haz de hacer, ¿por qué no ahora?

9 Un amor pido tierno, fervoroso y diligente, que llene toda mi alma, que respire por todos los poros de mi cuerpo y se desahague por los ojos con copiosas lágrimas. Un amor pido permanente,

que obligue á mi entendimiento á pensar siempre en MARIA, á mi voluntad á prorrumpir en intensísimos actos y á empeñarse en parecer mucho por objeto tan amable, hasta hacer que lo conozcan, amen y adoren todas las naciones por Madre de Dios; y á mi memoria no olvidar jamás este dulce nombre, prueba de amor, hechizo del alma, compendio de las delicias del cielo y sepulcro de los justos de la tierra.

10. ¿De qué sirve, ¡oh Jesús mio! un amor tibio, cobardo y porcoso, que no levanta al corazón humano del peso de la tierra, de que fue formado? ¿De qué sirve un amor sin alas, que no puede volar hasta el empuje, que es la región de este bienaventurado fuego. Amor sin alas es amor térrico, pesado y sin aliento y como muerto á su misma esencia.

11. Dame, Dios mio, amor ardentísimo en la fección, como me lo das en el deseo. Dame un amor filial, dulce, tierno, encendido, intenso, activo, ceado, poderoso para hacer mucho por su objeto. Envíalo de tu alto cielo y del trono de tu gloria al corazón mio, en forma de serafín con alas de llamas y harpon de oro hecho brasa, que biera con fuerte brazo mi duro pecho, y derrita mi corazón de bronce. Veo, Jesús mio, que carezco de este amor bernoso; y por eso me tiran por sí las imágenes de la vanidad y las soñadas bellezas de este siglo.

12. Remédiame, Jesús mio, Jesús dulce, Jesús amoroso. Mirame con ojos de amor, que de esto depende todo mi remedio. Me veo humilde en el golfo de mis desordenados afectos, de mis torcidas pasiones, cercado por todas partes de ideas engañosas, de apariencias de bien y de un mundo de concupiscencias locas, destinadas y atrevidas; y no puedo salir de este abismo, si con tu mano misma no pones á mi alma estas ligeras y ardientes alas para salir de esta exagajosa prisión, volar á ti por MARIA y gozar de la verdad en su región. Ea, Señor, acaba ya de encender este precioso fuego y haz que arda en mi alma, en mi corazón, en mis entrañas, en mi boca, en mis labios, en todas mis potencias y sentidos, que digan todos: ¡Oh amor! ¡quién es semejante á tí?

§. III.

13. Ahora me convierto á tí, ¡oh Maria Santísima, dulce mar del divino amor! ¡Oh Madre amantísima de Jesús tu Hijo! Inclina á mí tus oídos, vuelve á mí tus ojos amorosos y enciérame á amar á este Señor, á quien pedí tu amor. Si yo merezco de tu mano el suyo, cierto es, que tendré de su mano el tuyo.

14. ¡Ay de mí! ¡ay de mí, que tantas veces á Jesús perdí! Loco es quien no le ama, siendo tan poderosos los motivos de amarlo. Jesús es el Ver-

bo de Dios, el mas hermoso de los hombres, sin dejar de ser Dios. Su divinidad es un piélago sin fondo de perfecciones infinitas. Es el centro y manantial de todas las bellezas. Su humanidad es fruto de tu vientre preciosísimo y esto bastaba para obligar mi amor. Es un jardín de amenisimas y fragantes flores, que trascienden á todo el cristianismo.

15. Vive en Jesus un amor ardiente y eterno al hombre, por cuya causa se hizo hombre, para colocar al hombre entre los hijos de Dios. Redimió al hombre á costa de su vida temporal, para dar al hombre vida eterna. Padeció penas y tormentos imponderables, para librar al hombre de ellos. No descansó ni un momento en este mundo, para que el hombre en el otro descansase. ¿Qué mas pudo hacer por el amor?

16. A Jesus ama el Padre Eterno en el Espíritu Santo con infinita intension. Le aman los Serafines como maestros del supremo amor. Le aman los Santos todos como abismo de santidad y fuente de todos los bienes y gracias. A Jesus aman todas las mas nobles criaturas y aun las insensibles le respetan. Solo yo no se amar á tanto bien, á tan gran Dios, á tan bello hombre y á amante tan galan, que no quiso amar sin padecer: porque la prueba del amor es el dolor.

17. ¡Oh Maria, tú que le supiste amar mejor que todas las puras criaturas, enséñame el arte de este

divino amor! Inflama vehementemente mi corazon, para que le quiera, le estime y aprecie como merece su persona y su estremada caridad. Hierre, liere, liere, Señora, este mi pecho, para que le ame mas y mas y esculpe en él su memoria, para que nunca se borre de la mia. Llévame á Jesus, Maria dulcísima, harta mi hambre y apaga la sed que tengo de este amor. Su nombre es un piélago de dulzuras, su memoria es un mar de suavidades; méteme, Señora, en este abismo, ahogame en este mar.

18. Acuérdate del gozo que tuviste, cuando Jesus como Verbo, que procede del corazon del Padre, vino á tu virginal vientre gozosisimo, como gigante, para correr su carrera. Acuérdate del gozo que tuviste, cuando saliendo de tu virginal claustro, fue hecho para ti Hijo de dulzura y alegría. Acuérdate del gozo que tuviste en la adoracion de los Magos, donde fué para ti Hijo de honor. Acuérdate del gozo que tuviste, cuando á este Jesus ofreciste en el templo, donde fue hecho para ti Hijo de pureza y santidad.

19. Acuérdate, cuando él mismo en su prision y muerte te fué Hijo de tristeza y dolor. Acuérdate, cuando en su Resurreccion te fué Hijo de júbilo y alegría. Y acuérdate, cuando en su Ascension gloriosa fué para ti Hijo de Regia dignidad. Suplícote, Señora, que coopero yo á estos gozos tu-

vos y á estas penas, viviendo amante de Jesús y teniendo en él mi corazón crucificado.

20 Ea, Jesús mío, mirad á vuestra Madre, digna de todo amor. Ea, MARIA mia, mirad á vuestro Hijo, digno de todo respeto y obediencia. Ea, Jesús, mirad á vuestra Madre, cuyo amor á ti le hizo participe de tus penas. Ea, MARIA, mirad á Jesús padecer por nuestro amor. Ea, Jesús, mirad á MARIA, como arca de los bienes, que nos traxiste del cielo. Ea, MARIA, mirad á Jesús como fuente de estos mismos bienes. Ambos sois acreedores de nuestro amor. ¡Oh Jesús, no sea yo ingrato con MARIA! ¡Oh MARIA, no sea yo ingrato con Jesús. Estime yo las finezas de ámbos. Agradezca yo su inefable caridad. Obedezca yo las leyes del verdadero amor. Poned vuestros nombres en mi corazón y en mis brazos como sello, en señal de que soy vuestro esclavo y que me tiene cautiva vuestro amor.

Richardus Laurent.

Lib. 2. Part. 2.

Maria facillimè orando impetrat ab Unigenito Filio suo, qui non solum dat ei secundum quod petit, sed etiam ipsam incitat ad petendum.

CAPÍTULO IX.

Gra el alma á los Santos José, Joaquín y Ana por el amor de Maria.

Aperiet os suum in oratione. Ezech. 39. v. 6.

Facta est quasi navis instituta de longe portans penam suam. Prov. 31. v. 14.

§. I.

1 **A** xi. gloriosísimo Príncipe de la corte celestial, á ti, Castidio Santísimo del arca de Dios; á ti Prototipo hermosísimo de toda santidad; á ti preclarísimo Esposo de la Esposa mas divina; á ti flor de la castidad; á ti, Lirio odorífero de preciosísima fragancia; á ti digo, ¡oh justísimo José! aumento de gozo y júbilo, envió yo, indigno siervo tuyo, mis rendidas súplicas, nacidas del corazón, como á Padre de pobres y asilo de miserables. Acudiendo á ti, solícito experimentar tu patrocinio; que es grande y por eso me valgo de tu poderosa intercesion.

2 Pero antes de deturbar mi corazón en tu presencia, dame licencia, Santo mío, para insinuar la excelencia de tus méritos, la grandeza de tu estado, la dulzura de tu condicion y nombre. ¡Oh José bienaventurado! ¿quién podrá declarar la gloria y

avididad de tu nombre! La excelencia de este sobrepaja la comprensión de nuestros entendimientos y recrea inefablemente nuestras voluntades. ¡Oh nombre santo! ¡Oh nombre meliflúa! ¡Oh nombre admirable! Así como al oírse el nombre de Jesús y de **MARIA**, rebosa en jubilos la universalidad de las criaturas y crece en el cielo la gloria accidental de los Santos, así al nombrarse José, la tierra se llena en regocijos y la república del cielo se llena de aplausos y alabanzas divinas.

3. ¡Oh José, Padre de Jesús y Esposo de **MARIA**! ¡Qué gloria, cuando Jesús en el cielo te nombre Padre y **MARIA** Esposo! En tu venerable nombre está un sacramento misterioso de todas las virtudes y de su aumento. Eres el justo por antonomasia y tu justicia es tan llena de toda perfección, que abunda para comunicar á tus devotos. El primero, que te quiso bien en la tierra fué Dios Infante, quien luego se fué á tus brazos como á su trono. Te dió este Niño su corazón y te midió á él, para hacerte gigante de santidad.

4. Como á otro Noé te encargó el cielo el gobierno del Arca, en que se salvó el género humano. Y por tí la paloma trajo en el pico el ramo de la verde oliva, en señal de clemencia. Si **MARIA** es el arca, y la paloma representa al divino amor, cuyo lugar tuviste en la tierra, ¿cómo nos negarás

lugar en esta arca y parte de este amor, que tienes en tu mano!

5. ¡Oh altura de las riquezas del alma de José! ¡Oh grandeza de tus méritos! Sus mas queridas prendas te encargó el Altísimo, á Jesús y á **MARIA**! ¡Qué confianza del Omnipotente! ¡Qué satisfacción de las prendas de José! En tí, santo mío, puso Dios en depósito todos sus tesoros, y duerme seguro en tu cuidado. ¡Qué prodigio! Mas: te hizo en la tierra bienaventurado, metiendo en tu casa la misma bienaventuranza y haciendo se inclinara á tí su gloria. Te dió dominio en el Señor del mundo y en la Reina de todo lo criado. ¿Cuándo hubo superior mas grande ni mas humilde?

6. ¡Oh Jesús dulcísimo, que te dignaste vivir y andar á la sombra de José, no permitas que yo me aparte de esta sombra! ¡Oh **MARIA**, dignísima Esposa de José, ponme á su ilustre sombra y resplandeceré con ella en el día de la eternidad! ¡Oh Trinidad dichosísima de la tierra, Jesús, **MARIA** y José, una en amor y caridad de Dios: ame yo á Dios con el amor vuestro; y os ame á vosotros con el amor de Dios.

7. Ya á tí singularmente, ¡oh José, enderezo mi oración y te suplico me hagas partícipe del amor que tuviste á tu Santísima Esposa! Aplica, José dulcísimo, mi tibio y frío corazón al calor de las llamas de este casto, puro y dulce amor: para que

yo sea consorte de esta dicha. Recíbeme, ¡oh Esposo florido, por esclavo de María, si no merezo ser hijo: aunque deseo con grandes ansias servirla como esclavo, amarla como Madre!

8 ¡Oh Padre mío suavísimo, hazed que yo quiera mucho à tal Madre, digna de todos los respetos de sus siervos y de los cariños de sus dichosos hijos. Concedéme esta gracia, José Santísimo, que yo viva en la gracia de María llena de gracia. ¡Oh sol tranquilo y hermoso! ¡Oh honor de la casa de David! alegrame este día, con la esperanza de tan hermosa suerte; y haz, que en la noche de mis tristezas y desamparos resplandezca en mi alma tu bella luna con aquellos influjos amorosos que acóntumbra ser infalible dignación.

§. II.

9 ¡Oh antorchas celestiales Joaquín y Ana, conrelación gloriosa del más brillante Gemini! ¡Oh estrellas resplandecientes! ¡Oh perlas hermosas y brillantes! ¡Oh palmas florecientes y triunfantes! ¡Oh prodigios del mundo y de los siglos! Con vosotros hablo, grandes cortesanos del imperio; magnates y validos del Rey, del cielo, y Padres augustísimos y dichosísimos de la Reina de los Angeles, ¿qué diré de vosotros y de vuestra dignidad con mis impuros labios y lengua balbuciente? ¿Qué diré de vosotros, que sea digno de vuestra grandeza? Padres

sois de María Madre de Jesús; abuelos sois de Jesús Hijo de Dios? ¿Ay más qué decir? Hable la admiración y respete este gran misterio el silencio.

10 Mas si callan los labios de tierra, hablarán las lenguas del cielo, que con voces de luz refieren la gloria de Dios y anuncian las obras de su poder. ¡Oh si yo fuera tan celestial como esos orbes diáfanos, que pudiera escribir con letras de resplandor vuestra excelentísima dignidad! Vosotros sois aquellos dos lucientes astros amados del Padre de las lumbres y predestinados ab eterno; para que de vuestro influjo naciera en tiempo la estrella de la mañana y el resplandor de la gracia.

11 Vosotros sois los bienaventurados artífices, que con pareza indecible fabricasteis à Dios templo. Vosotros sois los que hicisteis el arca del nuevo testamento, para que en ella se guardara el divino Maná. Vosotros compusisteis el tabernáculo del celestial Esposo. Vosotros adornasteis el trono del Salvador y cultivasteis el jardín destinado para el supremo Emperador. ¡Oh felicísimos consortes! ¡oh Esposos gloriosísimos, enriquecidos de divinos dones y prerogativas admirables!

12 Orad por mí, indignísimo siervo vuestro; orad por mí à vuestra amada Hija María; para que derrame sobre este atunado suyo, deseoso de servirla, la abundancia de su misericordia. Hazed, que harte mi alma sedienta con las cristalinas aguas de su estrema-

da dulzura. Mucho valen en su escatamiento vuestros ruegos: que sois Padres de una tan amorosa y obediente Hija. No dejaré pasar esta ocasión, ó Señores míos, sin que lusto con todas mis fuerzas, para que seáis mis interesoras. Ruegáelo postrado humildemente, y pegados mis labios á la tierra. No se vaya de vuestra presencia triste y afligido este vuestro siervo. Dad piadosos mi oracion, y no despreciéis las voces de mis ruegos.

13 ¡Oh si yo tuviera lengua de Angeles! O si ocuparan todo el seno de mi pecho los ardores de los Serafines, para hablar un poco de vuestra inaigne santidad. Ella os mereció el fruto, que pedisteis con suspiros y clamores al cielo, y bendijo con abundancia de dones la liberalidad divina. Tus labios, Joaquin, arrojaban al cielo llamas, diciendo: ¡oh Aurora divina, ójalí rompieras ya los cielos y bajaras! Tu corazon, ó Ana, arrojaba dardos de amor, y con voces de fuego decia: Muéstranos, Señor, tu piedad y forma la nube que ha de dar al mundo tu Verbo como rocío.

§. III.

14 O excelentísimos Esposos. Idea de toda virtud, espejo de toda santidad, taller de obras heroicas, árboles fructíferos del mas sazonado fruto, llamas ardientes de seráfico amor, haced que venga á mi corazon como á su jardin mi Arada á plantar flores de

cándidos lirios y fragantes aromas. Haced que venga á mi alma á enriquecerla de aquellas virtudes, que ejercitasteis cuando la deseasteis. Haced que yo os imite, para merecerla como vosotros la merecisteis. Solo Dios era vuestra idea, ó ejemplarísimos consortes; y por eso premio vuestros deseos y esperanza con la posesion de una Hija escogida entre millares.

15 ¡Oh Joaquin, ó Ana dichosísimos y sumamente bienaventurados! Bendita sea vuestra santa compañía, que dió á los Angeles Reina, á los hombres Abogada y Templo á la Santísima Trinidad. Bendita sea mil veces, por vuestra admirable concordia, fé, prudencia, humildad, esperanza y caridad. Bendita sea, por las excelentísimas prerogativas con que os dotó el cielo.

16 Vosotros sois los Padres de MARÍA y los Patronos de los huérfanos hijos de MARÍA. Sois consuelo de los oprimidos y en quien respiran los que vivimos en este triste mundo. Derramad los rayos de vuestra clemencia sobre este conlido siervo vuestro, que aspira y suspira por vuestro poderoso patrocinio. Oídme, Padres y Señores míos piadosísimos, y alcanzadme de Jesucristo nuestro Nieta, el adorno de todas las virtudes religiosas. Encomendad mi alma y mi cuerpo, para que en todas las horas y momentos me asistais como custodios fidelísimos.

17 Tambien os ruego, Padres míos amantísimos,

que procureis, reine en mi espíritu continuamente una especial memoria de vuestra querida Hija MARIA, que la acompañen ardientes actos de verdadera devoción. ¡Oh si mi pecho fuera un Etna y un mongibelo, que echara llamas de verdadero amor de esta Señora! ¡Oh si este fuego fuera en mi tan abundante, que rebosara por todos los poros de mi cuerpo!

18 Hacedlo así, ó Santos bienaventurados. Hacedlo así, por el amor que tenéis á Dios, á Jesús y MARIA. Hacedlo así, mirando á vuestra bondad y á mi mucha necesidad y miseria. Mirad, que son muchas las enfermedades de mi alma, y espero que han de sanar todas con este eficaz remedio. Llevadme despues de este destierro, á veros en el cielo y daros eternos parabienes: porque en él reina vuestro Niño Jesús y vuestra Hija MARIA.

Novarinus Umb. Virg.

Lib. 4. Exerc. 136. núm. 1271.

*Fudere precis coniuges, & precum ex virgineam no-
rem bonis omnibus onustam in huius mundi littra
trozerant.*

DIRECCIÓN GENERAL

msc

CAPÍTULO X.

De los incendios del alma en el amor de MARIA.

*Lampades eius lampodes ignis atque flamma-
marum.—Cant. 8. 5. 6.*

*Ecco currus igneus, & equi ignei: & ascen-
dit Ellos per turbem in coelum, 4. Reg.
2. 5. 11.*

§. I.

1 **O** amor tierno y dulce de MARIA, ¿dónde estás? ¿Dónde moras? ¿Dónde es la region en que descansas, si es que descansa el amor, que no sabe estar ocioso? ¡Oh ardor suave y vehemente! ¡Oh llama amorosa! ¿Dónde te has ido, que te has ausentado de mi vista? ¡Oh quién te tuviera en sus brazos! ¡Oh quién fuera de ti herido! ¡Oh quién muriera por tí! 2 ¡Oh Niño alado! ¡Oh infante divino! Arrojame tus flechas. Muera yo á tus manos. ¿Qué vida mejor! O muerte feliz: que es vida sin muerte! O amor de MARIA, dulce, delectable, eficaz, hermoso, honesto, salvable, manantial de santos pensamientos y de acciones heroicas, abrázame, hiéreme, penetráme, métame. ¡Oh quién muriera por tí!

3 ¡Oh MARIA Madre de Jesús, qué digna eres de ser amada! Amete yo, Señora mia, Madre mia, Bei-

na mia, querida mia, refugio mio luz mia, sol mio. Toda eres hermosa, toda bella, toda resplandeciente, toda noble, toda benéfica, y en todo admirable; y mas maravillosa en favorecer á tus devotos.

4. Oh amabilísima, con qué alabanzas te celebraré. Oh sapientísima, con qué elocuencia te alabaré. Oh suavísima, con qué melodía cantaré tus loores. ¿Cómo aplaudiré tus inmensas prerogativas? ¿Cómo ponderaré tu impponderable bondad y tu indecible hermosura?

5. O desiderabilísima, amabilísima, fidelísima, humilidísima, honestísima, ferventísima, candidísima, benignísima, santísima, celebradísima, perfectísima, melullísima. Ven á mi alma, amor mio, dulzura de mi corazón, sacótrame con auxilios eficaces, limpia y purifica todo mi interior; para que sea digno de tu santa compañía, y venga á él tu amabilísimo Jests á llenarlo de dones y virtudes.

6. A ti invoco, ó templo de Dios, terror de los demonios, muerte del pecado, consuelo de los hijos de Adán. A ti llamo con gran clamor de lo íntimo de mi corazón, para que entres presto en él, lo lleses de pureza, y des de él posada á tu Hijo benditísimo, quien viva en él como en propia casa, y con su favor triunfe yo de mis mayores enemigos, que son mis vicios, pecados, negligencias y tibiezas.

7. O María, yo te entrego mi corazón, para que lo entregues á Jests; pues es suyo y pide lo que es

suyo, diciendo: *Hijo, dame tu corazón y tus ojos guarda mis comisinas.* Ea, piadosísima Madre, ea carísima, ea deseadísima, ea amabilísima, ea felicísima en tu maternidad, ea fecundísima en el fruto de tu vientre, ea fertilísima en piedad; ea benignísima y alabilísima, alcánzame esta gracia; que mi corazón no sea mio, sino tuyo, ni habite en él afecion alguna humana, sino Jests divino.

8. O cuan digna eres de nuestra memoria y de nuestro amor, Madre preciosísima, que nos diste á tu Hijo para redimirnos, y hacernos hijos, los que éramos viles esclavos arrastrando la cadena. O purísima, ó mas dulce que la miel, ó mas blanca que la nieve, ó mas suave que la leche, ó mas deleitable que el oro, mas estimable que las perlas, de mas atractivo que la piedra itaan, mas amorosa que los Serafines; enciéndeme que estoy muy frío: inflámame que estoy muy tibio, une mi corazón al pecho de tu Hijo; porque no es decente amar á tal Hijo y á tal Madre sino con corazón de puro fuego y con afectos del todo seráfico.

§. II.

9. O Virgen ilustrísima y sobre toda admiracion admirable, dad á mis ojos fuente de lágrimas, y á mi alma contricion verdadera; para que lllore dias y noches mis culpas, con que sin término ofendí á Jests. Saca, Señora, del pensaco duro de mi pecho abundan-

cia de lágrimas, para que con ellas lave delante de ti los borrones de mi vida antigua y manchas de la presente. Dame este riego del cielo, y sea riego de amar, que con amargura retracte y satisfaga por las traiciones que á tu amor he hecho.

10. Amisteme, ó bello Sol; tocaste á mis puertas, ó dulce dueño; pusisteme á tu sombra, ó árbol de vida; alumbráste me, ó luz divina; peleaste por mí, ó excelsa Palas; guásteme, ó Estrella del mar; pediste mi amor, ó dardo amoroso; me diste tus brazos, ó Madre piadosa. Pero yo ingrato desconoci tu amor, y entregué mi corazón á las imágenes de la vanidad de este siglo engañoso y loco. ¡Ay dolor! ¡Qué se rompe mi pecho por tamaña traición! ¡Ay dolor! ¡Que á tal dueño perdí!

11. Vuelve, vuelve en ti corazón mio, y á Mear di: Amote, Virgen clementísima, cuya piedad y misericordia tantas veces conocida y experimentada. Amote, porque eres más amable que todas las puras criaturas. Amote, porque eres Madre de mi Dios, y tesorera de su infinita liberalidad. Amote, porque Dios lo quiere; porque lo mereces, y eres acreedora de mi amor. Amote, porque quien te ama, á Jesús ama; que es mismo bien.

12. Veo, ó gran Señora. Veo, ó suavísima Madre, que el Padre Eterno te ama; que el Verbo Eterno te ama; que el Espíritu Santo que es amor, te ama; y no te amaré yo! Veo que te aman los Angeles todos

y todos los justos, y aun los pecadores te invocan sin cesar; y no te amaré yo? Los cielos de los cielos aplauden tu nombre; las regiones todas de la tierra celebran tu misericordioso; los siglos todos te cantan la gala; los brutos y los insensibles te reconocen, y respetan como á Reina de todo lo criado; y no te amaré yo?

13. ¡Oh benditísima, ó venerabilísima, ó amada de Dios, escogida de Dios, acepta á Dios! ¡Oh Madre verdadera de los miserables hijos de Eva! O amadora mia, consuelo mio, refugio mio, roba mi corazón, posee mi alma, lleva á tí todo cuanto soy; para que no quede cosa en mí. Consue me con tu fuego suave, abraza con tu dulce llama todo lo que hay en mí de tierra, y haz de mí un puro cielo. En tí descansa mi corazón, en tí piense, de tí hable, en tí permanezca, y no sepa vivir sin tí, ni en otra cosa fuera de tí, sino en Dios que vive en tí.

§. III.

14. Por tí, ó MARIA, los santos consiguieron la justicia y santidad. Por tí los apóstoles sembraron la palabra de Dios con fruto en los corazones de los creyentes. Por tí los mártires triunfaron de los tiranos y se coronaron de trofeos. Por tí los confesores sufrieron con paciencia las tribulaciones y trabajos de esta vida. Por tí los ermitaños hicieron dura y aspera penitencia. Por tí las vírgenes consagraron á

Dios su pureza, y se conservaron limpias y fragantes como azucenas candidas.

15. Por tí los prelados gobernaron con sabiduría y rectitud el rebaño de Cristo, á ellos encomendada. Por tí los religiosos, despreciada la vanidad del mundo, se cifieron á la vida evangelica. Por tí los pecadores adquirieron dolor de sus pecados y merecieron en el cielo la compañía de los justos. ¡Oh Maria piélagó de gracias y favores! ¡Oh que rio tan caudaloso de misericordias nace de este mar é inunda toda la tierra! ¡Oh pecho amoroso, de cuya piedad participan aun los mismos abismos! ¡Cuántos se libraron por tí de sus horrores! ¡Y cuántos por tí padecan menos de lo que merecen!

16. ¡Oh tiempos felicisimos! ¡Oh siglos de oro, en que merecimos tener para con Dios tal Abogado! O quien me diora para alabarte las lenguas de todas las criaturas. Alábenle los Angeles, los hombres, los cielos, la tierra, el agua, el aire, el fuego, con todas las especies, que en ellos se contienen. Prediquen todos tu grandeza, tu poder, tu gracia, tu agrado, tu bondad, tu misericordia, tu dulzura, tu dignidad, tu imperio, tus beneficios. Mas fácil es contar al sol sus rayos, al aire sus átomos, y al mar sus gotas, que tus gracias y favores.

17. ¡Oh amabilisima! ¡Oh elegantisima! ¡Oh precarísima! ¡Oh sublimísima! ¡Oh humildísima! ¡Oh afabilísima! ¡Oh bellísima! ¡Oh cesorabilísima!

¡Oh inocentísima! ¡Oh ingeniosísima! ¡Oh diligentísima! ¡Oh castísima! O Madre de Dios, Reina del mundo, esperanza nuestra, no cesen mis labios de alabarte; no cesé mi lengua de invocar tu nombre; no cesé mi corazón de amarte con amor digno de tí.

18. O esperanza de los que desesperan; consuelo de los atribulados, puerto de los que naufragan, asilo de los pobres, gozo de los tristes, manjar de los hambrientos, refrigerio de los sedientos, medicina de los enfermos, bálsamo de nuestras heridas, y remedio universal de nuestros males.

19. O mas sublime que los cielos, mas resplandeciente que los astros, mas sabia que los Querubines, mas santa que los Serafines, mas gloriosa que todos los Espíritus de la gloria. Esperanza de los Patriarcas, júbilo de los Profetas, corona de los Apóstoles, honra de los Mártires, luz de los Justos, vellocino de Gedeon, incensario de oro, urna del maná, antorchita santísima, huero de la mañana, Princesa de todos, Niña del cielo, llena de gracia, toda lucida, toda gallarda, Virgen antes del parto, Virgen en el parto, Virgen despues del parto.

20. Por tí fuimos reconciliados con Cristo nuestro Dios, Hijo suyo dulcísimo. A tí acudimos como á lugar de propiciacion y ciudad de refugio. O Madre clementísima, recíbeme debajo de tu sombra y húrme sombra con tus alas. Purifícame por tu insignie pureza: porque estoy muy manchado é indigno

do parecer delante de ti, y merecer tu santo amor. Refrena al demonio, para que no se glorie en el juicio de Dios, de tener parte en tus hijos que suspiran por tí y lloran en tu patrocinio. Enciende mi devoción á ti, aviva mi confianza en ti como Madre, que amas tiernamente á tus desterrados hijos. O amabilísima, ó piadosísima, ó dulcísima, ó suavísima, hazme digno de tu amor, y échame tu maternal bendición: para que con ella merezca gozar la dicha que contigo tienen los bienaventurados en el cielo. Amén.

S. Calbar. Senen.
Orat. 11. in Ananm.

*O Maria cueros ignis: tu vestisti ignem absconditum
sub cinere tuo, qui cinis est nostra humanitas.*



APÉNDICE

AL

LIBRO

DIVIDIDO EN TRES PARTES

INTITULADO:

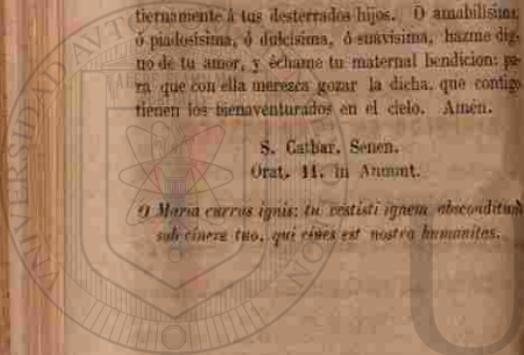
MARIA SANTÍSIMA,

REFUGIO DE PECADORES, IDEA DE JUSTOS E

IMAGEN DE LA CRISTIANA DEVOCION.

PREFACIO.

Propóngote, alma amante de MARIA, en este Apéndice cuatro ejercicios heroicos, para que á tiempos ejercites tu devoción. El primero es de Jaculatorias Marianas, con las cuales, como con astillos del árbol de la vida, plantado en el paraíso, conserves el fuego de tu amor á MARIA en todo tiempo. El segundo es del modo de prepararte en presencia de esta gran Señora para recibir con pureza el pan del cielo en la Eucari-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

do parecer delante de ti, y merecer tu santo amor. Refrena al demonio, para que no se glorie en el juicio de Dios, de tener parte en tus hijos que suspiran por ti y lloran en tu patrocinio. Enciende mi devoción à ti, aviva mi confianza en ti como Madre, que amas tiernamente à tus desterrados hijos. O amabilísima, ó piadosísima, ó dulcísima, ó suavísima, hazme digno de tu amor, y échame tu maternal bendición: para que con ella merezca gozar la dicha que contigo tienen los bienaventurados en el cielo. Amén.

S. Calbar. Senen.
Orat. 11. in Ananm.

*O Maria cueros ignis: tu vestisti ignem absconditum
sub cinere tuo, qui cinis est nostra humanitas.*



APÉNDICE

AL

LIBRO

DIVIDIDO EN TRES PARTES

INTITULADO:

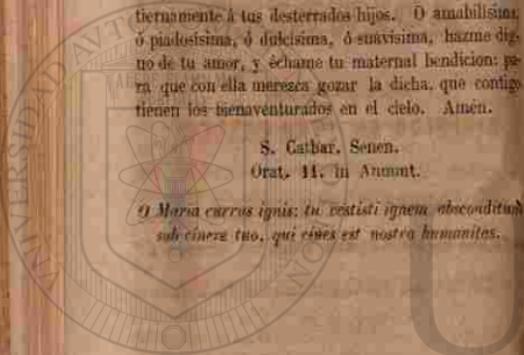
MARIA SANTÍSIMA,

REFUGIO DE PECADORES, IDEA DE JUSTOS E

IMAGEN DE LA CRISTIANA DEVOCION.

PREFACIO.

Propóngote, alma amante de MARIA, en este Apéndice cuatro ejercicios heroicos, para que á tiempos ejercites tu devoción. El primero es de Jaculatorias Marianas, con las cuales, como con astillos del árbol de la vida, plantado en el paraíso, conserves el fuego de tu amor à MARIA en todo tiempo. El segundo es del modo de prepararte en presencia de esta gran Señora para recibir con pureza el pan del cielo en la Eucari-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

ristia, cocido en sus virginales entrañas con el fuego del Espíritu Santo. El tercero es del arte de bien morir en las manos de *MARY*, en quien se asegura nuestra felicidad: pues el amor de Madre que nos tiene, no descansa hasta ver á sus hijos en descanso. El cuarto, un novenario á su muerte, Asunción y Coronación, para que haga nuestro muerte dichosa, asegurándonos la subida á los cielos, y la corona de la inmortalidad.

§. I.

EJERCICIO JACULATORIO PARA CONSERVAR LA MEMORIA DE MARIA EN TODOS TIEMPOS.

Et nomen Virginis Mariae.—Luc. cap. 1.
Ne avertas oculos á fulgore huius sideris: In periculis, in angustis, in rebus dubis Marianam rogas, Mariam invoca. Non recedat ab ore, non recedat á corde.—Benedictio.
 Rom. 2. super Missas est.

AL LEVANTARSE DE LA CAMA.

O amadora y amada mía, lumbré de mis ojos, en tu presencia me pongo lleno de confusión de mis pecados. Ofrezco te la pasión de tu Hijo para rescate de ellas. Todo soy tuyo, Señora mía, dirígeme y gobiéranme como cosa propia. Levántese ya mi alma del lecho

go en que vive. Sacuda el pesado sueño que le abruma, sin advertir el riesgo en que sus culpas le ponen. Sirva ya con diligencia, pureza y amor á tu querido Hijo. Y sea este día todo claro y sereno á mi conciencia, y anuncio de los días de la gloriosa eternidad.

ANTES DE ENTRAR EN LA ORACION.

O Estrella de la mañana y resplandor de la gloria de Dios, instruye mi alma para que acierte á hablar á su sumo y soberano Señor con humildad y reverencia. Inspírame las palabras que me importa decirle, para saber pedir. Enciende los afectos de mi corazón. Destierra de mi memoria los vanos y dañosos pensamientos, que me impiden la tranquilidad en el trato con Dios.

AL VESTIRSE.

O Sólo, regio de la Divina Trinidad, *MARIA* Madre del Verbo, á quien vestiste de carne, viste, Señora, mi alma con la vestidura de la gracia. Adórnala con el oro de la caridad y piedras preciosas de la pureza, obediencia y humildad, y demás virtudes.

AL ENTRAR EN EL TEMPLO.

O *MARIA*, Templo de Dios vivo, Sagrario del Espíritu Santo y urna del celestial Maná. Rúégote que entres

en mi alma como en tu casa propia y la llenes de tu inefable suavidad. Ven á mí, Señora, bahita conmigo, para que tu presencia me haga en el desierto bienaventura lo.

AL EMPEZAR LA ORACION.

O hermosísima **MARIA**, inflamadísima con el incendio del divino amor. Ruégote humildemente que me mines con clemencia en esta oracion y me acompañes en ella, pidiendo á tu Hijo mi salud eterna. O amantísima, arda yo en la divina presencia con el fuego de su amor. Ocupe mi corazón la llama celestial y en él viva siempre la memoria de tu nombre.

EN MEDIO DE LA ORACION.

Señora mia, alumbradora y guia de mi espíritu, conserva el fuego de mi pecho en el altar de tu oracion. Añade fuerzas á mi amor para que no desfallezca, y aumenta la luz para que conozca á Dios y me conozca.

AL FIN DE LA ORACION.

Mira, amantísima Madre, con ojos benignos esta mi oracion tibia y pon en las manos de tu Hijo mis peces y deseos. Dadles valor por los méritos del Cor-

pero Justes, y haz que suban como incienso oloroso al trono de la Santa Trinidad.

ANTES DE MISA.

O dulcísima **MARIA**, Madre y Virgen excelsa, ofréz-cote con todo rendimiento á tu Hijo, que se ofrece en este santo sacrificio al Eterno Padre. Sea esta ofrenda para salud del mundo, para remedio de mi alma y en accion de gracias por los beneficios que el mundo y yo tenemos recibidos del Cordero Inmaculado.

DESPUES DE MISA.

O Madre admirable, ó Virgen benditísima, sea yo absorto en el mar inmenso de tu amor, que nos dió un Hijo tan precioso para nuestra redencion. Muera yo de amor de tal Hijo y de tal Madre, y desde ahora os ofrezco mi vida en sacrificio y holocausto.

ANTES DE LA CONFESION SACRAMENTAL.

De tí me apartaron mis pecados, ó Madre de Dios, cuando á Dios ofendí. Entre los dos pasieron division mis culpas. ¡Oh qué ingrato fui! Dame, Señora, manjar y bebida de lágrimas perennes, con que me asiente día y noche. A tu Hijo inocente ofendí, ¡Oh traidor de mí! Lávame, Madre de pecadores, de esta mancha con que afé mi mismo ser, y ponme en

la gracia de tu Hijo, cuya honra deseo y de cuyo honor agraviado me pesa infinito, por su incomprensible bondad.

DESPUES DE LA CONFESION.

Seate agradable, dulce Madre mia, la confesion de mis delitos. Recibela como Madre piadosa y ofrécela á tu Hijo, con las muestras de mi reconocimiento y dolor. Merezca yo por tu respeto, que se borren del libro de su memoria y sea blanqueada mi alma con su preciosa Sangre.

ANTES DE LA SANTA COMUNION.

Ojalá, purísima Virgen, hubiera en mi alma tal pureza para recibir el cuerpo de Jests, cual puso en la tuya el Divino Espiritu para la Encarnacion del Verbo. Deseo, Señora, recibir á este divino Huésped con disposicion del todo celestial. Tú puedes, Madre mia, adornarme con una pureza angélica, con una humildad y reverencia profunda, y con un amor seráfico. Asi suplico lo hagas por respeto de Jests.

DESPUES DE COMULGAR.

O excelentísima Señora mia, ó inmaculada Virgen, ofrécote con toda la sinceridad de mi afecto el sacrificio magnifico del Cordero de Dios, para gloria sem-

piterna de él mismo y honra tuya: pues nos diste este pan del cielo. ¡Oh sea en mi el fin de mis impuras obras y principio de su abundante gracia!

ANTES DE OIR SERMON.

Habla, Señora mia, á mi corazon. Destilen tus labios la miel de la palabra divina. Tu voz para mí es mas dulce que el panal y mas suave que la leche. Habla, Señora, que oye tu siervo. Ojalá penetren tus voces y quebranten el diamante de mi pecho.

DESPUES DEL SERMON.

Herísteme, Señora, con tu admirable luz. Tus palabras son como fuego penetrante. Propongo apartarme de mis caminos torcidos y seguir la virtud. O corona de santidad, dame constancia en mis propositos hasta el fin de mis dias.

EN LAS OCUPACIONES OCURRENTES.

Atiende, Señora, al trabajo de mis obras, que te ofrezco con las heroicas que hizo tu Hijo benditísimo. Mis obras son de lodo y llenas del polvo de la tierra, hasta que por virtud del divino amor se conviertan en oro y se hagan del todo celestiales. ®

EN EL ESTUDIO DE LAS LETRAS.

O sapientísima Reina, cuyo entendimiento fué ilustrado con resplandores querubicos, atumbrad el mio oscuro y tenebroso, con luces de verdadera sabiduría. Tú, que haces elocuentes las lenguas de los niños inocentes, haz erudita la mía con la doctrina de la verdad é infunde en mis labios la gracia de tu bendición. Enséñame la ciencia de los santos y el principio de la sabiduría, que es el temor del Señor.

A LA HORA DEL COMER O CENAR.

O Maná, nardo de suavísimo olor, manjar dulcísimo, panal melífero, néctar angelico para tus devotos, hazme partícipe de las gustosísimas viandas de la mesa de tu palacio del cielo, y dadme á beber de aquel fíor que causa la inmortalidad y cria pensamientos de pureza y deseos del bien eterno.

CUANDO SE HA DE HABLAR.

Emplese, Madre mia amorosísima, mi boca en continuas alabanzas de Dios y de tí. No se abran mis labios sino para bendecir la bondad infinita y tu estremada bondad. Tu amor sea el dulce freno de mi lengua, para que no se declame en palabras inútiles, ociosas, jocosas y nocivas á la honra de mi prójimo.

AL TIEMPO DEL EXAMEN

DE LA CONCIENCIA.

O Virgen rectísima, ó Reina de las supremas Inteligencias, ó Sol de pureza y santidad, escudriña con tus suaves rayos los oscuros senos de mi corazón. Ven yo y conoza sus manchas y lunares, para borrarlas con el dolor y lágrimas. Cada día se amontonan mas mis pecados, añadiéndose á mis antiguos delitos nuevos yerros. Ah Señora, pon ya fin á mis males: que me abruman miserablemente. Sana ya mis heridas que me llevan á la muerte.

AL DESNUDARSE PARA DORMIR.

Desnúdame, Señora, de mi envejecida costumbre de pecar. Rómpanse ya los malos hábitos, trage de mi propia esclavitud. Sea la justicia mi adorno y la clamide imperial de mi alma, en señal de que ya soy señor de mis pasiones.

ANTES DE DORMIR.

¡Ojalá, Señora mia, el dulce sueño de tu contemplación ocupara toda mi alma esta noche! ¡Oh quién velara en tu presencia, mirando tu hermosura con mil ojos! O Reina mia, paz y descanso de las almas justas, por la suave tranquilidad con que el Verbo eterno estuvo en el seno del Padre ante todos los siglos; y

por la pausa amenísima con que estuvo nueve meses descansando en tu vientre virginal, te ruego clementísima Señora, des cansa do á mis cansados miembros, no para comodidad propia, sino para gloria de Dios, No permitas, vigilan tí si ma Madre, que tenga en mi parte el demonio con sus fantasmas é ilusiones. No cause daño á mi cuerpo ni domine mi alma. Mis ojos ojan el sueño y mi corazón vele delante de los tuyos.

EN LAS TENTACIONES DEL DEMONIO.

Cosas feas me trae el demonio el pensamiento, dudas en la fe, deseos de venganza y otras vanas ideas. Abuyenta de mí, Señora, esta mala bestia. Muestra el brazo de tu poder, Reina magnífica, para que se disipen mis enemigos. Si tu sombra no me asiste, ó Madre, cerca estoy de caer. Venza tu amor mis malas aficiones. Venza tu benignidad los ardores é ímpetus de mi ira.

CUANDO TE LAVAS LAS MANOS.

Madre de Dios purísima y castísima, yo añe mi alma con las manchas de mis pecados. ¡Oh qué monstruosa quedo! Restitúyala tu amabilísima condición, lavándola con mis lágrimas á su antigua hermosura. Lávame, Señora, lávame: que estoy muy inmundo y no puedo parecer delante de tu Hijo.

CUANDO OYES EL RELOZ.

O alma mia, levántate, date prisa, corre, vuela: que esta es la hora de buscar á Maná, cuyo amor te busca para llevarte á Dios, á quien has ofendido. Esta es la señal de la gran Reina. Esta su voz que suena á tus oídos. Su amor insta. Desprecia ya todas las terrepas aficiones.

CUANDO VES EL PRADO O ALGUN JARDIN.

¡Oh Maná, prado amenísimo de las delicias de Dios! O huerto cerrado, ó jardín florido, participame la fragancia de tus hermosas virtudes. Haz de mi corazón un paraíso en que se repere Dios y tú asistas con Jesús. Riega su tierra árida y se ca, para que dé frutos de buenas obras.

CUANDO VES LA CLARIDAD DEL SOL.

O Reina admirable, ó milagro de la gracia, ó Mujer insigne vestida del sol y más resplandeciente que todos los planetas. En tí puso Dios su tabernáculo, para que á tí arduemos á ser alumbrados los que vivimos en la sombra y tinieblas de la muerte. Tú eres el trono de la misericordia, y de tus benignos rayos esperamos el remedio de nuestros males y la luz que destierre nuestras tinieblas.

CUANDO MIRAS AL CIELO.

O Princesa de los cielos y Cielo animado, tú eres la hermosura del paraíso y tus estrellas son anunciadoras de buena fortuna. Llévame á tus átrios para que goce de tu gloria y te vea en el reino de tu Hijo. Abotrezca yo esta miserable tierra en que vivo, cuando miro al cielo.

CUANDO VES LA MAR.

O MARIA, mar de gracias, ó piélago de bendiciones, ó mar amargo de dolores en la pasión de tu Hijo; hazme partícipe de tus dolores, de tus gracias, de tus bendiciones.

CUANDO SALES DE ALGUN LUGAR.

Haz, Paloma hermosa del Señor, que yo salga del profundo de mi tibieza y sea libre de mis muchas miserias. Sácame, Señora, del lugar de la perdición y de la casa de la iniquidad; y cuando salga mi alma de este mundo, recíbela en tus manos y ponla á la sombra de tus alas.

CUANDO TE RECREAS HONESTAMENTE.

O MARIA, rocío divino enviado del cielo, baje á mí una gota de tu inefable dulzura. Lluévan las nubes

igual manjar con que se sustentan las almas. Descanse yo en el lecho de tu Corazon, en que descansó Dios. Oigan mis oídos la dulce voz de tu gran misericordia y la música de tu indescribible suavidad. En la fuente de tu pureza se baña mi alma, para que sea digna de los ojos de Dios. Eu ti me alegraré, Señora mía y gozo mio, y en tu Cristo mi JESUS.

§. II.

PREPARACION PARA LA SANTA EUCARISTIA POR MEDIO DE NUESTRA SEÑORA.

Venite, comedite panem meum, & bibite vinum, quod miscui vobis.—Prov. 9. 5.

Felix mulier, benedicta in mulieribus, in cuius castis visceribus, superveniente igne Spiritus Sancti coctus est panis iste.—Bern. Serm. 2. de Nativ. Dñe.

ORACION PRIMERA.

Antes de la confesion Sacramental.

¿QUÉN, Señora mía, no rehusará llegarse al santo Sacramento del Altar, donde se ofrece en holocausto de amor tu Cordero inmaculado á su Padre divino, si considera el hombre su estremada bajeza y la Magestad de Dios Sacramental? ¿Llegaré ó no, Señora? El llegar parece inescusable, cuando tu Hi-

jo Santísimo convida á todos á esta mesa. Pero en esta dignacion suya está mi mayor riesgo. Porque si me llego digno, aseguro mi eterna dicha; si indigno, me condeno para siempre. ¡Ay de mí, que me veo lleno de fealdades y hecho un monstruo de abominacion! ¡Ay de mí, que no tengo la pureza necesaria para ser admitido á este convite! ¡El cielo no es hermoso en presencia de este divino Cordero y en sus ángeles hallo maldad!

Mas, ¡oh Madre admirable, sé que tu celestial mano puede hacer dichosa mi desventura y digna mi misma indignidad! Acudo con dolor de mi corazón en tu presencia á las fuentes del Salvador, donde espero por tu medio y con su gracia, que mi alma se volverá de sucia limpia; de impura pura; de fea bella; de oscura resplandeciente y de fría una ascua de verdadera caridad. Ayúdame, Señora mia, pura que me purifique, como conviene y se renueve en mí el viejo hombre, vistiéndome del nuevo Cristo Hijo tuyo y Redentor mio. Amen.

ORACION SEGUNDA.

Ou Reyna de pureza y lino de castidad, consuelo de pobres y Madre de desvalidos! Aquí tienes á este mal hijo tuyo, hijo Pródigo, hijo ingrato; que solicita por tu medio la amistad y reconciliacion

con tu buen Hijo Jesús. Véome herido cruelmente de mis pecados y afeado con las negras manchas de mis repetidas culpas. ¡Ay Madre de piedad, mirad con ojos benignos á este hijo del pecado, hijo de Eva, hijo de indignacion, dispuesto como leño seco para el fuego, vaso de barro quebradizo, oveja perdida y siempre inclinada al precipicio. Por ella padeció increíbles penas aquel Esposo florido, á quien ama tu alma, cándido y rubicundo, escogido entre millares.

Ten, pues, Señora, por respeto suyo misericordia de mi miseria y haz que por virtud de una entera y verdadera confesion de mis culpas, con intenso dolor, firme propósito y condigna satisfacion, sea yo libre de estas mis desdichas de que estoy lleno desde la planta del pié hasta la cabeza. Ten misericordia de mí, por la que usó tu clementísimo Hijo con el buen Ladrón, con María Magdalena, con María Egipcíaca, con Tais la pecadora, con Pedro que le negó y con Pablo que le persiguió. Ruega por mí, Señora, por las entrañas de tu piedad, en que albergaste nueve meses á la misma misericordia y Dios de toda consolacion.

¡Oh Virgen asabilísima, meliflua, benignísima! haz que mi confesion sea accepta á tu precioso Hijo; y que mi propósito de la enmienda sea firme y duradero; y acompañado de amargas lágrimas de verdadera contricion. Sáname, medicina mia;

remédiate, Madre inmaculada; defiéndeme de mi enemigo, escudo mio; alumbrá mi ceguera, lumbré de mis ojos; quita mis manchas, espejo limpiísimo; levántame de la tierra, á que estoy pegado y sacame del lodo en que estoy sumergido. Consuela mi alma con tu santa visitación. A tí llamo, tu nombre invoco, tu piedad imploro, para que seas yo libre de todos mis males y para que se rompan las cadenas que me aprisionan.

ORACION TERCIERA.

Después de la confesion Sacramental.

O María, mar de suavidades, Refugio de pecadores, sombra lucida de penitentes, vésteme aquí que delante de tus purísimos ojos te ofrezco mi corazón, alma y lengua, con que hice y acabé la confesion de mis pecados, conforme al precepto de tu Hijo y posibilidad de mi flaqueza! Ruégote, carísima y amabilísima Señora, lo presentes á la Santísima Trinidad, para que la reciba y acepte, para gloria suya y provecho de mi alma. Y si algun defecto cometí en ella por negligencia y descuido, ó por la ruindad de mi miserable condición, intercede por mí para que lo supla tu Hijo benditísimo con sus méritos, con su piedad, con su acor-

tumbada clemencia, por la preciosísima Sangre que derramó por mí.

Haced, Señora, que ya no vuelvan mis pecados á retoñar y que de tal suerte se aniquilen, que ni raíz de ellos quede. Haced, que mi soberbia se extinga del todo, por la profunda humildad de Jesús; mi ira, por su mansedumbre; mi avaricia, por su pobreza; mi envidia, por su caridad; mi desobediencia, por su obediencia; mi gula, por sus ayunos; mi impureza, por su pureza; mi pereza en servir á Dios, por su estudio en obsequiar á su Eterno Padre; y todos mis vicios, por sus excelentes virtudes y por tu gran maternidad, por la cual fué tu dichosísima Alma adornada de prerogativas tales, que te hicieron superior á toda pura criatura.

Recibe, Señora mía, este pequeño don de mi dolor. Recibe las lágrimas de mi corazón. Recibe la confesion de mis labios. Recibe mi espíritu contrito y humillado. Recibe mis buenos deseos. Intercede sin cesar por mí ante el trono de la misericordia de Dios, para que me perdone y me dé gracia eficaz para no reincidir en mis antiguos yerros. Haz que domine en mí su santa voluntad, y no mi propio amor. Haz, que su gracia hermosa mi alma y que esta crezca en méritos relevantes de obras buenas hechas por su amor: el cual sea en mi muerte mi corona.

ORACION CUARTA.

Antes de la Sagrada Comunión.

O amabilísima Virgen Madre de Dios, ya quierre mi alma llegar á la fuente de la gracia, que busca ansiosa, como el ciervo herido las corrientes del agua cristalina! Busca enferma á su médico, sedienta su refrigerio, fatigada su descanso, triste su consuelo, perseguida de sus enemigos, al que puede ayudarle en sus peleas. ¡Oh Señora, la mesa de los ángeles me aguarda! ¿quién pudiera sentarse á ella; si las finezas de Jesús no me obligaran y si tú no fueras mi dulce conductora? Porque bien sé, que ninguno viene á Jesús, si tú no le traes y que por ti van á él aquellos á quien él mismo convula, diciendo: *Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré.*

Veisme aquí, Señora mía, que soy la misma indignidad para comer este manjar del cielo. Me hallo en su presencia, feo, sucio, asqueroso, sin arreo de virtudes, sin merecimientos algunos, cargado de culpas, de imperfecciones, de negligencias, de ruindades; dominado de mis pasiones y apetitos desordenados, y sin ver en mí, cosa que pueda agradar á tu purísimo Hijo.

Por eso te ruego, ¡oh preciosísima y Santísima MARIA, que visites frecuentemente mi alma y ma-

in esta ocasión, que se digna Jesús de venir á mí y que yo le reciba! Ven ya, ven sin tardanza. Señora mía, y enriquéceme esta mi pobre alma de las muchas virtudes, de que necesita para este divino convite. Ven dilectísima, amorosísima, dulcísima Madre, que está mi alma sin cultura y descompuesta y teme con razon ser desechada de tu Hijo, que es celoso amante de las almas puras y le desagrada cualquiera fealdad.

¡Oh divina Señora! ¡oh Madre de pureza, santificame y ponme en la gracia del Altísimo! Vísteme con aquella santa gala cercada de variedad de dones, con que como Reina asiste á la diestra del Rey del cielo; y por cuya razon deseeó tu hermosura y apeteció tu belleza. Haz, Señora mía, que mi corazón sea reclinatorio de oro de tu Hijo, sea su lecho florido, sea su huerto ameno, sea su jardín fragante, sea su trono de zafiro, sea su sagrario, sea su templo; sea su descanso, sea su cielo.

Haz, Refugio mio, haz querida mía, que venga á mí el Espíritu consolador y vivificador de los corazones. Luz y fuego suave de nuestros espíritus. Haz que me llene de sus incendios; haz que me inunde en el diluvio de sus amores; haz que me adorne con sus siete preciosísimos dones; y con esta disposición muéstrame á tu Hijo Jesús, á quien deseo, en quien espero y por quien quiero morir de amor. Muéstramelo, para que yo le meta en

lo mas profundo de mi pecho y enmedio de mis entrañas y allí le abraze y él me abraze en su amor; me regocije en él, me deleite en él, respire en él y no le suelte de entre mis brazos hasta que me dé su bendición y el seguro de no perder su gracia hasta la muerte. Amén.

ORACION QUINTA.

Suspiros y flechas de amor encendidas despues de la Comunión.

¿Qué cosa hay hermosa en el cielo y en la tierra, que mas pueda mi alma desear, que Jesus mi único Hijo de Maria? ¡Oh Virgen dichosísima, dóte indecibles gracias, magnificando tu imponderable benevolencia porque me diste este tesoro para enriquecer mi pobreza y quitar mi oprobio! ¡Oh gran Madre, que nos diste el pan de los ángeles con hartura y el nectar de los cielos con abundancia! ¿Qué cosa hay mas sabrosa que este pan? ¿Qué cosa hay mas dulce que este nectar? ¡Oh suavisima Maria! ¡oh melliflua! por tí rebosa de dulzura mi corazon; por tí se ha fecundado su antigua esterilidad. ¡Oh, bendigante todas las Inteligencias soberanas! ¡Oh, adoren y amen á tu misericordisimo Hijo todas las tribus de la tierra!

¿Qué podía yo esperar de tal Hijo y de tal Madre; aquel infinitamente liberal; esta incomparable-

mente benéfica. Pusiésteis en mi pecho la mejor prenda del mundo y la joya mas estimada del Padre Eterno; ¿cómo no me vuelvo loco de amor y agradecimiento por tal dádiva? ¡Oh benditas sean las entrañas de tu piedad! ¡Oh benditos sean los pechos, que diéror, leche á Jesus para recreo y delicias de su Iglesia! ¡Oh Maria, haz que persevere en mí el fruto de esta gran misericordia! Reíne Jesus siempre en mí, reíne su amor, viva siempre mi agradecimiento. No posean mi corazon otros amores, que los de Jesus y Maria. No me deleite otra hermosura, no me ocupe otro deseo, no me lleve otra afición.

Con vosotros, Señores míos, esté mi descanso, mi paz, mi tranquilidad, mi gusto, la perfección de mi gozo y la corona de todo bien obrar. Jesus ha arrebatado mi corazon, su amor me ha cautivado. Doñe por cautivo de tan hermoso dueño. Mas sea su condición, que tu corazon y el tuyo, pasen á lo interior de mi pecho á ocupar el lugar del mío.

¿Qué te retomaré, Madre amorosísima, por este Con tuyo, por este regalo de los cielos, por este extremo de liberalidad? ¿Con qué satisficiré á tu inmensa dignacion, con la cual quisiste, que fuese Espeso de mi alma tu mismo unigénito Hijo? ¡Oh exceso de caridad! ¡Oh prenda de amor sin medida! ¿Con qué te pagaré, Señora, esta fineza? ¿Con

qué recompensaré este beneficio, siendo yo la misma miseria y el más pobrecillo de todos aquellos, en los cuales te dignaste poner tus ojos benignísimos.

Pagaré Señora, con tus mismos dones. Veis aquí, que te ofrezco en recompensa, la misma prenda que me disteis de tu Hijo precioso. No hallo en mí cosa buena que ofrecerte, sino este Santo de los Santos querido tuyo, en quien están los tesoros de la sabiduría de Dios. Ofrezco este Hijo, Hijo del Altísimo, á quien pariste, alimentaste con leche virginal, envolviste en pañales y reclinaste en tu seno. Recibe, Señora, con este grande don mi pequeñito corazón y mi pobre espíritu; para que así tenga algún atractivo en tus ojos y el lleno, que deseas, este mi ofrecimiento.

ORACION SESTA.

Gozos del alma por tener en sí al Hijo de María.

Alégrate, alma mía, consúlate, gózate: porque tienes dentro de ti al que buscas, al que adoras, al que amas y por quien trabajas. Mira que tu Señora te ha dado á su mismo Hijo Señor de los cielos: Dentro de ti como en centro tienes al que es centro de todo el universo. El que no cabe en el mundo todo, por su inmensidad, se estrecha den-

tro del cerco de tu pequeño corazón. Posees al Hijo de la Virgen, que tiene su asiento sobre los Querubines y á quien no pueden comprender los Serafines. ¡Oh qué dicha!

Alégrate con gozo grande, porque está contigo tu Rey y Señor, que puede y quiere enriquecerte abundantísimamente. Está tu Dios, principio y fin de toda santidad, eterno, Omnipotente, inmenso é incomprendible. Está tu Pastor, que te recibe como oveja errante y te lleva en sus hombros y aun estrecha en sus brazos. Está tu amor que te enciende y abrasa tu corazón con amoroso fuego. Está tu médico, que sana tus dolencias y consolida tus quiebras. Está tu manjar para saciar tu hambre y dar deleite á tu estragado paladar. Está tu bebida para satisfacer tu ardor y apagar la sed que tienes de bienes caducos y engañosos.

Alégrate, alma mía, porque está contigo tu Esposo, que te ama sin comparación mas que tú á ti misma. Te ama con tiernísima benevolencia, te envía en sí con castísimos abrazos, te busca como en amorado y procura tu salvación, como si en ella él interesara. Este es el Hijo dilectísimo de la Virgen Madre suya, que llena de sus dones á todas las almas devotas, las hermosa con gracia, las adorna con pureza, las previene con bendiciones, las alumbraba con superior luz, las guía con su providencia, las fortalece con sus auxilios, las ampara con mi-

servicordia, las conserva en su amistad hasta llevarlas á la patria de sus escogidos.

No diges, alma mía, esta segura previda de tu felicidad. No apartes de tí al Hijo de María. Búscalo sin cesar con especiales ansias, hasta que te confirme en su amor. Pídele siempre á la que es Madre de este Hijo y de este hermoso amor. ¡Oh Madre dulcísima! téngalo yo siempre hasta morir, no lo suelte ni despronda de mí. Confírmame en este amor, para que yo sea confirmado en su gracia.

¡Oh Jesús! ¿qué haré para no ser ingrato á tu irragotable caridad? Aquí me tienes, haz de mí lo que quisieres; cúmplase en mí tu santa voluntad. Dóte mi entendimiento, que es tuyo, hazlo entender tu gusto y admirar el piélagos de tu amor. Dóte mi memoria, para que en ella se avive la de tus beneficios y mueran mis ingratiades. Dóte mi voluntad, para que en ella arda sin término tu amor. Dóte todos mis miembros, venas y arterias para que te bendigan por los siglos de los siglos.

¡Oh María, traspasa mi corazón con el dardo de fuego del amor de Jesús, á quien tanto debo. Sea yo participe de sus penas y dolores: por ser este participacion señal manifiesta del amor más fino y de un querer más encendido. Sea para mí deliciosa la memoria de esta dolorosa demostracion cuando vivo en penas, porque me persigue la adversidad. Coronen mi amor en este mundo las es-

pinas: pero que en el otro, merezca diadema de inmarcesibles flores. No te apartes de mí, Madre mía, en esta vida triste y arriesgada; asísteme con tu patrocinio, lléname de tus virtudes, hazme obediente á las divinas leyes y á los estatutos de mi profesion. Conservame en la gracia y amor de tu soberano Hijo Dios y Señor mío; que con el Padre y el Espíritu Santo viva y reine por toda la eternidad. Amén.

§. III.

Disposicion para morir bien, por la intercesion de la Madre de la vida.

Si Deus pro nobis, quis contra nos? Quo accumbit adversus electos Dei. Ad Rom. cap. 8. v. 31.

Protegit Mater, quis enim apud Filium illum accusare audeat, cui matrem viderit patrocinantem? Et si Mater pro nobis, quis contra nos? Richard. lib. 2. Par. 1.

La mejor disposicion para morir bien, es la buena vida; porque el uso de la muerte es la vida. Con todo eso no aprovechará poco para morir felizmente la memoria del mismo morir, que es norma del bien vivir. Los dardos prevenidos hurtan me-

nos y la muerte de suyo amarga, rumiada en vida se endulza. Y mas si para disponernos para este peligroso é importante trance, ponemos por medianera á MARIA. Ella vive en el corazon de Dios como en un mar de suavidades. Por su medio se suavizan las esperanzas de la vida virtuosa y la muerte se convierte en delicias. Cada tres meses á lo menos, dedica una semana á disponer tu salida de este mundo y encomienda tu espíritu á la Santísima Trinidad por mano de MARIA Nija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo.

DOMINGO.

Este dia ofrece á Dios tu vida temporal, resignate en su divina voluntad y pídele buena muerte por intercesion de MARIA.

PRACTICA DE ESTA DEVOCION.

Oh Padre celestial! ¡oh Dios de las misericordias! ¡oh Criador mio, que me diste la vida para que con ella te sirviera. Tú me diste el ser, de que antes carecia y me levantaste del polvo de la tierra. Formaste mi cuerpo con todos sus miembros y sentidos. Me infundiste el alma hermosada con tu imagen y ennoblecida con sus tres potencias. Echaste el resto de tu amor, dándome á tu Hijo por medio de MARIA, para redimir esta alma que perdió miserablemente el pecado. ¡Oh Dios mio, cuan-

to te debo! Que mal he pagado tus finezas con mi vida impura, afsada con innumerables delitos, de que me pesa intensamente por tu inefable bondad.

Ofrecote, ¡oh amantísimo Padre mio! en las manos de MARIA, en quien siempre te complaciste. Ota vida que me diste con todo el ser que tengo: pues todo es tuyo y debajo de cuya amorosa providencia vivo desde el primer instante de mi formacion. Y porque á esta mi vida tu han hecho despreciable á tus ojos las feas manchas con que borré en mi alma tu sagrada imagen, la pongo en tus manos por medio de las de MARIA Santísima, que es fuente de oro, en que se dispensa la sangre preciosísima de Jhesus, con cuyo favor espero se doren por tu piedad mis vertos, se blanqué mi alma y reciba de nuevo la hermosura de tu gracia.

¡Oh dulcísimo Dios, resignome en tu santa voluntad con la mas perfecta resignacion que puedo! Tuyo soy en el tiempo y en la eternidad. Usad de esta pobre criatura tuya, segun la alteza de tu soberano saber y arbitrio. Si quieres que viva; yo tambien lo quiero. Si quieres que muera, no rehúso el morir: mas muera yo en los brazos de tu misericordia. Si quieres que viva sano, rico, estimado: agradezco tu gran liberalidad. Mas no me pongas en riesgo de perderte, que soy de ruin condicion. Si quieres que viva enfermo, pobre y rodado de espinas; bendito seas tú: que este es ca-

mino más seguro para el cielo. Sea mi resignación tan perfecta, como la de María, que dijo: *Hé aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.*

Oh Verbo de Dios encarnado! oh Redentor mió! oh amador mió, por quien derramaste tu sangre en una Cruz, no me desampares en la hora de mi muerte. Desde este punto para aquel te encomiendo mi espíritu. Lárame con tu preciosa sangre, y no permitas parezca mi alma en tu tribunal sino limpia de todas sus culpas y en gracia tuya. En deseo de los callados eternos, á ti camino. Entren mis memorias en tu presencia y salgan bien desechadas. Muera, muera mi vida; pero con la muerte de los justos.

Oh Padre Eterno, poned los ojos en la faz de vuestro querido Cristo! Mirad sus preciosas llagas y ayudad de mí, prevaricador de tus tantas leyes, por su obediencia: y dadme dolor de contrición en la hora de mi muerte, por su preciosa muerte.

Oh Amor divino, Espíritu consolador y Padre de pobres, lléname de tí mismo en esta vida, para que mi muerte sea como de un Fenix de tu gracia y de tu infinita caridad!

Oh dulcísima Madre de Jesús, consuelo de afligidos y Madre de pecadores, reconcíllame con Dios en la postrimera hora! Compadeceos de mi alma en su salida y haced que tenga paso franco y se

guro para vuestro amantísimo Hijo. Entregoos mi alma, en confianza de que el Eterno Padre os entregó á su Unigénito Hijo. Vos lo dareis cuenta de ella, como encargo y prenda de su amor, cuando te dijo desde la Cruz: *Muger veis ahí ese vuestro Hijo.* Invoco vuestro amor por aquel, con que la Santísima Trinidad recibió tu Alma Santísima, cuando se apartó de sus virginales carnes. Supla en mí tu gracia, lo que falta á mi merecimiento.

LEYES.

Hace el alma su testamento y protestaciones para la hora de su tránsito de este mundo al otro.

PRÁCTICA DE ESTE EJERCICIO

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo N. pecador indignísimo, redimido con la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, protesto delante de tí, omnipotente Dios Trino y Uno y delante de Jesucristo Hijo Unigénito del Padre y Redentor mió, y de todo el linaje humano; y delante de tí, María Santísima, Madre de Dios, patrona y abogada mía, y en presencia de los siete príncipes de los ángeles asistentes al divino Trono y Presidentes de la Iglesia Católica; y poniendo por testigos á todos los Coros de los ángeles y Santos de la Corte celestial, y con especialidad á los

que tengo por particulares patronos y abogados misos que deseo y quiero morir en la Fe católica, que la Santa Madre Iglesia Romana confiesa, y conviene que muera un hijo á ella de corazon obediente.

Protesto asimismo, ahora y para la hora de mi muerte, que creo todos los Artículos de la Fe, y las Santas Escrituras, segun la interpretacion de los Sagrados Concilios, Santos Padres y Doctores católicos; y consiguientemente detesto, repruebo todas las heregias y supersticiones condenadas por la Santa Madre Iglesia. Y sí, lo que Dios no permite, aconteciere en la hora de mi muerte, que por causa de la violencia de la enfermedad, ó instigación del demonio, pensare yo, dijere ó hiciere alguna cosa contraria á este mi propósito, ó cayere en alguna especie de peridia, desconfianza, ó desesperacion, desde ahora la revoco en vuestra presencia y la doy por nula y por no hecha, dicha, ó pensada.

Asimismo deseo de todo corazon y pido humildemente por la honra de Dios, el ser socorrido en aquel temeroso trance, con los santos Sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Estrema Uncion. Creo, que ni por los propios méritos, sino por virtud de la pasion de Jesucristo, se puede llegar á la gloria; y que no hay de otro modo salvacion, sino mediando el rescate y satisfaccion de su preciosa Sangre. Y aunque conozco que no he vivido hasta aquí delante de Dios con

la pureza y santidad que debia, por haber sido mis pecados muchos y escosivos, no por eso desconfío de la infinita misericordia de Dios; antes me duelo y arrepianto de todos ellos, y en señal de verdadera contricion quisiera ahora y en el extremo de mi vida sudar gotas de sangre y derramar lágrimas del mismo licor en abundancia; y por refugio y escudo mio pongo la sacratísima pasion y muerte de mi Red-entor.

Doy gracias infinitas á la divina Magostad, por todos los beneficios que me ha hecho, patentes y ocultos, y por la vida que me ha dado, que le ofrezco con la muerte de su Hijo, en descuento de mis innumerables pecados. Protesto recibir la enfermedad y sus dolores, y cualquier género de muerte, á gloria de mi Dios, con paciencia, alegría y entera conformidad con su santísima voluntad; y cualquiera cosa que hiciere opuesta á esto, desde luego para aquel punto la doy por nula y de ningun valor; y ruego á la divina clemencia, no me desampare en tan arriesgado trance.

Protesto ahora y para aquel punto, ser-me fija voluntad perdonar á todas las personas que me hubieren hecho cualquier agravio ó injuria en la vida, honra ó hacienda. Y pido á Dios las perdone; y juntamente pido perdon á aquellas que de cualquiera forma ó manera yo hubiere agraviado ó injuriado; y suplico á todos humildemente rueguen por mí delante del acutamiento divino.

Proteste tambien, y pido de todo corazon ser participante de todas las buenas obras que hicieron, ó han hecho hasta aqui y harán por toda la Iglesia, todos sus verdaderos hijos varones santos y de todas las indulgencias que puedo ganar, y son concedidas para el artículo de la muerte, por virtud de la amarguísima pasión del Señor.

Constituyo por defensor mio para aquella tremenda hora á Jhesu mi Redentor, que se dignó constituirse abogado de los hombres delante del trono del Padre Eterno; y por protector mió, á tí Madre Santísima Madre de peccadores; á los siete Príncipes de los Angeles defensores de la Iglesia; y á mi Angel Custodio, para que en aquella hora sea defendido contra las asechanzas del demonio.

Encomiendo mi cuerpo á la tierra, de que fué formado, y mi alma á mi Dios y Criador, de quien es siervo, y á quien la debo por infinitos títulos; y ruego á su amorosísima piedad que luego que sea desatada de la cárcel de mi cuerpo, se deposite en la Llaga del Costado de Jhesu, para su descanso eterno y alabanza de su infinito misericordia.

Ruegoos, protectores míos y abogados, que me escudestis de este mi testamento y protestas, que hago ahora que estoy en mi entero juicio, por cualquier acontecimiento que hubiere para mi postrimera hora: púese veis que esta es mi intencion y determinada voluntad para ahora y hasta el último momento de mi

vida. Tambien os suplico que me alcancen un mirar lloroso y un suspiro doloroso, de los innumerables dolores que tuvo pendiente de la Cruz por tres horas vivo mi Salvador, para mitigar los dolorosos sollozos con que será afligido en aquella hora.

Y á tí especialmente, Abogado mió y Madre mió dulcísima, te ruego y suplico con sumo rendimiento, me comuniques algun suspiro triste de los muchos que salieron de tu virginal Corazon; quando viste crucificado á tu Hijo benditísimo y morir por nuestro remedio, para que sea alivio de mis penas: ó indicio ó muestra de mi penitencia final; por la cual, mediante los méritos de tu Hijo y tu poderosa intercesion, sea yo introducido en el lugar del perfecto descanso.

ARTÍCULO

Renovacion del dolor de los peccados, que puede servir para la Confesion Sacramental.

Práctica sacada de San Anselmo al fin de sus obras.

Postrado está á vuestros pies, Virgen Santísima, un rebelde hijo; pero confiado en vuestra clemencia como de Madre. Cargado de los grillos y prisiones de la vida pasada, me arrojé delante de tan inmensa piedad. El cuerpo es puesto de una fiebre encendida y el alma un enjambre de sobresaltos y cuidados. Mis pecados se van á vuestros ojos por el remedio y me-

dicina, y se esconden por su gravedad. No se curan sin confesion: ni se descubren sin vergüenza y confusion. Si se encubren, son incurables; si se muestran, son detestables: abránsame con el dolor y espántame con su temor.

Sanadme, Señora, porque no os causen asco las heces repodridas de mis delitos. O Madre de mi esperanza, viene vuestro Hijo para salvar al perdido: ¿y vos, Señora, olvidareis al pecador humillado y que con profundo sentimiento os llama?

O celestial Pastora, buscó vuestro Hijo á la oveja descarriada, que no trataba de penitencia: ¿y vos podreis despreciar al que llora sus yerros con amargura de corazón?

O Hijo, ó Madre, si ambos estais agraviados, en vuestros pechos hay clemencia para el que se llega corrido de las quebras antiguas. Los dos estais ofendidos, y los dos sois abismos de misericordia y dulzura. Este reo de la Justicia de Dios se acoge al sagrado de la clemencia de la Madre del mismo Dios y al Hijo de su corazón.

Misericordia Jesús, perdona al esclavo de vuestra Madre. Misericordiosa Madre Maria, perdona al esclavo de vuestro Hijo. Arrójome entre dos grandes misericordias, para no caer entre dos tan rigurosas justicias.

O buen Hijo, ó buena Madre, no me saiga en vano el confesar estas verdades de vuestras personas. No

quede yo avergonzado de haber puesto en vos la base de mi esperanza.

Decidme, ó Juez del mundo, ¿á quién perdonareis? Decidme, Restauradora del mundo, ¿á quién reconciliareis? ¿Si vos, Señor, condenais y vos, Señora, os apartais de este vil gusanillo, que relata vuestros bienes con amor y lamenta sus pecados con dolor de su corazón!

MISÉRICORDIAS.

VIÁTICO ESPIRITUAL.

La comunión espiritual, que es disposicion excelente para la Sacramental; pues consiste en vehementes deseos de recibir á Dios Sacramentado, y hacer composicion viva de lugar de meterle en el pecho y amarle con todas las veras del corazón, puede ejercitarse con mas frecuencia: y en el tiempo destinado para disponerse á bien morir, será acertado juntar con la comunión y Viático espiritual la Sacramental, como si hubiera de ser la última de la vida.

PRÁCTICA.

O Jesús, remedador mio, que te quedaste por causa mia en el Santísimo Sacramento del altar para Viático de nuestra peregrinacion, os doy infinitas gracias por este beneficio; y suplico á la Madre de la pureza MARIA y á las purísimas inteligencias del empireo: ha-

gan lo mismo por mí, como quien hace verdadero cepto de lo que este favor es.

Deseo recibirte, Dios mío, con pureza de Ángel y con ardores seraficos, y con todo aquel amor con que ardió algun tiempo para contigo el corazón mas encendido. O Virgen Maria, Reina gloriosa, ó ángeles y santos del cielo, ofreced á Dios por mí todo el aporo, adorno y mercedimientos con que os dispusisteis cada uno de vosotros, algun dia, para recibir el Sumo Bien; y los que vivisteis en este mundo para recibirlo sacramentalmente. O Juan Jesus, recibid este mi deseo de recibirte y haced que sea tan encendido como lo merece tu amor. Sea paso para recibirte en la santa Eucaristia y para que me recibais en el templo de vuestra gloria.

Dios y Señor mío, quién sois vos, y quién soy yo! En vuestra presencia me pongo, como mendigo á la puerta del poderoso, suplicando á vuestra clemencia me franqueis la riqueza de vuestra gracia.

Ante vos estoy como esclavo delante de su Señor, pidiendo la comida y bebida de vuestro Cuerpo y Sangre, y la vestidura preciosa de la caridad, que cubre pecados innumerables.

Estoy como reo delante de su Juez, suplicandoos que useis conmigo de piedad, cuando mi alma se aparte de mi cuerpo y fuere presentada en vuestro tribunal. O Señor, estoy con vos como un amigo con otro, pe-

tiendo que vuestra caridad me atraiga y trabe, y no permita que de vos me aparte.

Estoy como hijo delante de su Padre pidiendo consolamientos cuideis de mí, y finalmente, deis la posesion de vuestra herencia.

333725.

ESTREMA UNCIÓN ESPIRITUAL.

La práctica de este ejercicio se podrá hacer con una oración de Santa Gertrudis, hecha para este intento.

Oración de Santa Gertrudis.

Recuerdo, clementísimo Jesus, que después de recibido este saludable Sacramento de la Uncion, tú que eres guarda muy diligente de tus amigos, te dignes de guardarme en tu seno, guarda de toda mancha de culpa, como un pintor guarda á la imagen que acaba de pintar de nuevo, para que no se deslustre con el polvo.

Amantísimo Jesus, dignate de volver á mí con un rayo de tu soberano resplandor, todo el aspecto de tu divina piedad, con que en algun tiempo fué tiernamente movido tu mielífico Corazon. Da á mis ojos ungidos por el sacerdote, todo el uso y ejercicio de los tuyos santísimos; y á mi boca, tú, que eres ardentísimo celador de las almas, un ósculo amoroso que

venza toda la suavidad de la miel, y juntamente lo de el fruto de tu santísima boca. Como tambien deseo que des á todos mis miembros el perfectísimo modo de obrar de los tuyos: para que de esta manera adornado y vestido de tus merecimientos, parezca decentemente delante de tí y merezca alcanzar misericordia y gloria eterna.

Ofrezco, oh amantísimo Jesus! todos mis miembros y sentidos que han de morir al mundo y vivir solamente á tí, para alabanza eterna y demostracion de amor. Suplicote que con tu sacrosanta mano les asegures, para que todas sus obras y movimientos sean ennoblecidos con la virtud de tu divina unioñ y todas las manchas que por la fragilidad humana tuviere, sean quitadas con la eficacia de tu pasion.

ORACION

DE SAN GERVILLO PUESIENTE A LA SANTISIMA VIRGEN.

Yo miserable pecador me postro delante de vuestra misericordia, Virgen Santísima. Encargaos Señora, de defenderme delante de vuestro Unigénito Hijo: y lo que no merezo por mí, lo alcanzaré por vuestra clemencia. ¿Cómo pondré los ojos en aquel á quien tanto ofendi si vos, Señora, no aplacais la justa indignacion que he merecido? Poderosísima

sois, y muy misericordiosa. Al encuentro salís y abiertos los brazos acogeis á los que se valen de vuestra piedad.

Ofendido he á vos y á vuestro Hijo, pero sé, que otros muchos pecadores confesando sus culpas, alcanzaron por vuestra mano la honra y gracia que perdieron. Vos sois la que siempre y yo lo que ellos fueron. ¡Oh consuelo de los afligidos, amparo de los perseguidos, bánculo de nuestra flaqueza, que nunca dejais de oír á los fascinerosos, que á vos se llegan! Interceded por mí, con vuestro Hijo, que todo se hará bien. Misericordioso es y no sabe negar nada á los que por vuestro medio le importunan.

No me desprecieis, amparad mis lágrimas, alentad mis propósitos, defensa mia, descanso mio. Vos sois la puerta, por vos he de entrar, vos mi esperanza: con vos y por vos he de esperar.

VIERNES.

Ejercicio de los actos, de las virtudes Teológicas, propios de aquella hora.

ACTOS DE CONTRICION.

Que Dios mio, inmensa bondad y Padre amoroso, dúlome de todo corazon de las culpas que contra tí he cometido; y esto por ser vos tan bueno y

digno de toda alabanza y amor; y porque todo pecado es abominación delante de ti y sumamente desagradada. Ten misericordia de mí, Dios mío, según tu gran misericordia; y borra según la multitud de tus piedades mis iniquidades, de que verdaderamente me arrepiento por respeto tuyo y no con otra mira, que la de tu inefable bondad.

Señor, no te acuerdes de mis pecados antiguos, prevéngame tu misericordia, antes que sucedan los rigores de tu ira. Vos decís por el Profeta Joel Convertíos á mí, que soy benigno, misericordioso, sufrido y fácil de aplacar. Ejecutoos sobre esta palabra y vengo á vos dolorido y apesarado por haberte ofendido, y digo con el hijo Pródigo. Padre, he pecado delante del cielo y delante de ti y de tu corte: no merezo ver ese divino semblante. ¡Oh bien infinito, quien nunca te hubiera ofendido! ¡Oh quién hubiera muerto mil veces, antes de haber hecho la primera culpa aun venial y ligera.

ACTOS DE FE.

Creó, Señor, todo lo que la Santa Iglesia Católica Romana cree. Ayudad, Señor, mi incredulidad, y dad fuerzas á mi Fe. Creo tu grandeza infinita, tu ser incomprendible, tu unidad en Trinidad y tu Trinidad en unidad.

Creo, que tus perfecciones son infinitas, tu han-

dad inefable, tu justicia recta y tu misericordia sobre todas tus obras; y que perdonas los pecados, por enormes que sean, de las almas que con verdadero arrepentimiento se convierten á ti.

Creo en todos los misterios de la vida, pasión y muerte de tu Hijo JESUS, y que María escogida de tí en la eternidad, es Madre suya y abogada de nosotros miserables pecadores.

ACTOS DE ESPERANZA.

Ex ti, Señor, esperé y esperaré siempre, para no ser confundido eternamente. Dios es mi esperanza por toda la eternidad. Ninguno, que esperó en tí fué confundido. Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males: porque tú estás conmigo.

Dios mío, misericordia mía y guarda mía, no desprecies mi alma, puesta en el temeroso trance de la muerte. Desconfío de mí mismo: pues mas fiaré de vuestras misericordias, que temeré mis pecados y miserias. ¡Oh gran Padre de las misericordias, de tu piedad y méritos de tu querido Hijo Jesucristo, fio firmemente, que no me cerrarás la puerta. ni negarás la entrada en tu Santa Jerusalén.

ACTOS DE AMOR DE DIOS.

Ou qué tarde te amé, hermosura antigua y nue-

va; qué tarde te amé! ¡Ay de aquel tiempo, cuando no te amé! Amote, Dios mío, más que á mí. Amote de todo corazón y te quiero más que todas las cosas. Opalá te amara, Dios mío, con aquel exceso de amor, de que es digna de ser amada tu bondad.

¡Oh si cupiera en mí el amarte como tú te amas á tí mismo, como te ama Jesús, como te ama María y toda la curia del cielo: por cierto yo me haría para infinito, que un acto de amor de los míos tuviera la intension y perfeccion de todos estos.

¡Oh si yo pudiera hacer que todas las naciones del mundo te amaran y adoraran como tus serafines! ¡Oh qué dichoso fuera yo, si derramara mi sangre y diera mil vidas, porque tuviera efecto este deseo.

ACTOS DE ALABANZA Y ACCION DE GRACIAS.

Sea el nombre del Señor bendito ahora y por todos los siglos. Toda la tierra te adore, Dios mío, te alabe, bendiga y cante Salmos á tu nombre. Bendecid todas las obras del Señor al Señor; alabadle y sobreengrandecedle por toda la eternidad. Bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; demosle gracias y ensalcemoslo por todos los siglos. Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

ACTOS DE RESIGNACION.

En tus manos, Jesús mío, están mis suertes y mis tiempos. Muera yo, Señor, no cuando yo quiera, sino cuando tú quieras. Hágase tu voluntad. Merecí la muerte porque te ofendí. Veisme aquí, que estoy dispuesto para morir; porque es gusto tuyo. Tú, Padre de misericordias, bendecid á la corona y término de mi vida.

SABADO.

RECOMENDACION DEL ALMA.

Ora Cristo mío, ahora que me hallo sano, con juicio entero y con el vigor de mis fuerzas, te encomiendo mi alma y mi espíritu para la hora tremenda de su salida de este mundo. Encomiéndotela con aquella confianza y afecto, con que tú encomendaste la tuya moribundo, en manos de tu Padre. Ahora clamo á tí, Redentor mío, para aquella postrimera hora, para que recibas mi espíritu, cuando desampare su cuerpo por cualquiera accidente, que ocasionare mi muerte. Acuérdate, Jesús dulcísimo, que estendiste tus brazos en la Cruz, te dejaste abrir el costado é inclinaste la cabeza para espirar. Mi alma saldrá de este valle de lágrimas desamparada de todos. En tí busca su refugio, á tus brazos acude, recibela en ellos, Dios mío y métela

en lo interior de tu corazón, por la parte de tu gloriosa llaga, escóndela allí, hasta que pase el rigor de tu ira.

Librala, Señor, por las entrañas de tu piedad, y por las de tu Madre dolorida, en cuyo seno hubiste este infante nueve meses, del espantoso encuentro de mis enemigos, de sus ardores y astucias. Librala del peso de mis culpas antiguas, del corazón obstinado y de toda confianza y seguridad que me estriba en ti.

Librala, por tu Encarnación, Nacimiento, Pasión y muerte y Resurrección gloriosa, de las tinieblas de su entendimiento; ansias, congojas y escrúpulos de su corazón y de las regiones heladas y climas abrasadores. En tus manos, Dios mío, encomienda esta pobre alma que criaste, que redimiste, que reparaste. Hechura soy de tus manos, barro frágil, vaso de miserias. Pues me conoces, ten misericordia de mí, como el Padre de sus hijos.

Maria Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndeme de mi enemigo y recíbeme en la hora de mi muerte. Ea, abogada mía, vuelve á mi esos tus ojos misericordiosos. ¡Oh clementísima! ¡oh piadosa! ¡oh siempre dulce Virgen Maria! Madre de Dios, ruega por mí ahora, y en la hora de mi muerte.

Á vos me acojo como abogada y fiadora mía.

Hayan con vuestra presencia mis enemigos, que me persiguen. Pelead por mí, alentadme; porque peleo y lucho con fieras implacables. No puedo sin vuestro socorro escapar de tantas asechanzas. Venid, ¡oh luz clarísima! deshaced tantas tinieblas, con los rayos de tu claridad.

A LOS ANGELES Y SANTOS DE SU DEVOCION.

FAVORECEME en la última pelea, ¡oh gloriosísimo Arcángel Miguel, para que no perezca en el tremendo juicio! Sedme asistentes en mi muerte, ¡oh siete Príncipes seráficos, que asistís al trono de Dios! Llenadme de vuestro amor y desterrad de mi presencia la monstruosa turba de los espíritus malignos.

¡Oh Ángel custodio mío! ¡oh Santos abogados míos, debajo de cuyo patrocinio y tutela he vivido en este mundo, no me desamparéis en el riesgo mas apretado de mi salida de él! Alcanzadme del Supremo Juez aquella graciosa y benigna sentencia, que diga: bendito de mi Padre, recibe el reino que te está preparado desde el principio del mundo: para que en vuestra compañía cante eternamente las misericordias del Señor.

Sanctus

NOVENARIO

A LA MUERTE Y ASUNCION GLORIOSA A LOS CIELOS DE
MARIA SANTISIMA.

Gyrum Caeli circuei sola. Eccli. cap. 24.
v. 8.

*Gyrum terra sola circuei, ut subernias in-
uocantibus te.* S. Bonav. in Psalter.

ADVERTENCIA.

ESTE novenario se ha de comenzar la vigilia de la Asuncion de nuestra Señora y proseguir los ocho dias siguientes. Su materia es de doce piedras preciosas misticamente aplicadas á la corona de Maria, á imitacion de las doce estrellas con que la vió coronada en el cielo S. Juan. Las piedras son el topacio, el sardio, la caledonita, el zafiro, la ágata, el carbunelo, la esmeralda, el jaspe, el amethysto, el crisólito, el crisopaso, el berilo. El autor de esta bella corona es un anónimo, cuyas obras están en la biblioteca virginal: bien que se atribuye á San Ildefonso, Arzobispo de Toledo. Fúndase en dos textos de la santa Escritura, y son:

Corona aurea super caput eius expressa signo sanctitatis. Eccl. 42.

Posuisti in capite eius coronam de lapide pretiosa.
Psal. 20.

PRELUDIO.

Obligado de tus imponderables beneficios y grandiosas demostraciones de clemencia con este tu pequeño siervo, ó gran Señora; y acordándome de los indecibles júbilos y gran fervor, con que los Ciudadanos del cielo te sirven y celebran tu nombre, especialmente el día de tu gloriosa Asuncion á los cielos y coronacion por toda la Santísima Trinidad, en el cual tributan sus lábios elogios y alabanzas admirables; y sus corazones, flamantes amores. Y porque obras son amores y no buenas razones; consagran sus bienaventuradas manos en la mística fábrica y composura de aquella insigne corona de doce estrellas, con que te vió adornada tu amado Juan el Águila de los Evangelistas, (Apoc. 12.) siendo los primisieros artífices de esta gran obra los dos Apóstolos de Jեսu tu Hijo.

Deseando yo, pues, Señora, imitar á tus insignes siervos, que te acompañan en el paraíso, donde vives y reinas á la diestra de Dios, y faltándome la materia de cielo, de qué poderte fabricar una rica y espléndida diadema, como hombre terrena que soy, os la ofrezco de materia de tierra, aunque preciosa: pues es de oro de mi amor sincero, y de doce piedras preciosas de tus excelentes virtudes y brillantes prerogativas. Recibid, Señora y Madre mia, este peque-

ño tributo de mi voluntad, mientras se llega el dicho día, en que espero concurrir con tus hijos á la celestial Jerusalem á la armoniosa composición de tu mejor corona de doce estrellas.

OTRA ADVERTENCIA.

Siguense las oraciones que se han de decir en cada uno de los nueve días, distribuyendo por ellos las doce piedras preciosas. Y cada día se dirán siete Ave Marías con el himno de Santo Tomás Cantuariense que se pone abajo, en memoria de los siete gozos, que tiene María en el cielo, y mandó esta gran Señora á este Santo celebrase, por ser de singular gusto suyo.

DIA PRIMERO.

EL TOPACIO.

Oh Virgen, llena de todas las gracias, toda clara y serena! Ó reclinatorio de oro brillante y hermoso, dedicado al Verbo de Dios hecho hombre, para gloria y alabanza de tu excelentísima dignidad, pongo en primer lugar de tu ínclita diadema al topacio, la más resplandeciente de todas las piedras preciosas; y por eso merece el primer lugar en el adorno de tu nobilísima corona. Porque tú, dulcísima Señora, así como venes á todas las mugeres en la hermosura de tu cuerpo, así escodes en la excelencia de la santidad á

todos los Angeles y Santos: porque toda tu vida fué á todos un ejemplar de santidad y perfección, y una regla de costumbres excelentes. Si en la fe, ¿quién mas firme que tú? Si en la esperanza, ¿quién mas animoso? Si en la caridad, ¿quién mas ferviente? Si en la religión, ¿quién mas puntual? Si en la lección, ¿quién mas estudioso? Si en la oración, ¿quién mas devoto? Si en la contemplación, ¿quién mas sutil? Si en la piedad y misericordia, ¿quién mas tierna? Si en mansedumbre, ¿quién mas benigna? Si en castidad, ¿quién mas pura? Si en virginidad y templanza, ¿quién mas limpia? Si en sabiduría, ¿quién mas rica? Si en humildad, ¿quién mas profunda? ¿Quién fué mas dociente para templar la justicia? ¿Quién mas fuerte contra las cosas adversas? ¿Qué Angel ó qué Santo penetró con mas profundidad los divinos secretos? ¿Quién atrajo á sí mas copiosamente la gracia del Señor? ¿Quién contempló á la altísima Magestad con mayor limpieza y claridad?

Con razon, pues, Señora, en el adorno de tu cabeza tienes al topacio, piedra mas bizarra, que todas las preciosas. Porque tú ganas á todas las almas puras y angélicos espiritus, en la elegancia de las virtudes, en el esplendor de los dones y en el esmero de los méritos. Y por eso, siendo piedra mágn para los hombres, tan hechos á los yerros, con la hericadura de tus bienes, la afluencia de tu misericordia, traes á los

pecadores á los que peisan á la corona, á los justos á la gloria incorruptible.

Tú, Señora del mundo, Reina del cielo, quitaste la servidumbre, restitúiste la libertad, desterraste la muerte, diste la vida, cuando pariste al Hijo de Dios Salvador nuestro. Tú, Señora, nos recreas en las angustias, nos confortas en las cosas adversas, nos fortaleces en las enfermedades, nos libras en la muerte, nos sacas de las uñas de los demonios y de la muerte eterna, nos abres las puertas del paraíso, nos juntas con nuestro Redentor. Tú, Madre de indulgencia, desatas las cosas atadas, enlazas en caridad las sueltas, mitigas las adversas, sanas las deshechas, das libertad á los roos, levantas á los caídos, amunas á los desesperados, remuevas la honra violada, reformas la confianza, é infundes fuerzas y gracia. Tú, refrenas la indignación, restitúes la herencia y la perdida, nos apartas del diablo, purificas del pecado y reconcillas con Dios.

O Madre del Altísimo, vara de oro de propiciación, consuelo de los nacidos y gloria de los bienaventurados, inclina á mí tus piadosos oídos, vuelve á mí tus ojos misericordiosos. Ciego soy, infunde-me luz, enfermo estoy, dame salud, muerto estoy, vivifícame. Con tu aspecto melífico se alegran los tristes, con tu tacto yvellísimo sanan los enfermos, con tu olor de rosa resucitan los muertos; y todos los bienes, que desmanan del cielo, ó dan por tus méritos, ó se consti-

guen por tus ruegos. Mira, pues, Señora, á este misero pecador, hundroso por sus culpas y cercado de muchas desventuras. Por tí, Virgen Santísima, se rompen mis prisiones, se perdonan mis deudas, se reparan mis ruinas, se renuevan mis vejezes, se resarcean mis quebradas, se restauran mis perdidos años, se perfeccionan mis imperfectas obras. Por tu gracia la voluntad se purifica, resplandece el entendimiento, se inflama el ánimo, se derrite el pecho, se adulza el gusto, se hermosa el semblante de mi alma.

Ayúdame, antorcha, por quien soy ahumbrado, dulzura, por quien me sustentas, virtud, por quien me refuerzas, fortaleza por quien me animas. Echa lejos de mí la palabra iniqua, el pensamiento engañoso y la obra maligna. Tu gracia dirija todo tu vida, tu presencia ilustre mi mente, tu misericordia me lleve á la vida eterna: ponpe tú verdaderamente eres el camino para aquella gloria, á que aspira nuestra esperanza. O Madre, por la cual se camina á la cumbre del cielo, hávame en tu compañía á aquella patria y sácame de este destierro.

SEGUNDO DIA.

EL SÁBADO.

Virgen, Madre de piedad, trono de suma grandeza, á quien alaba toda criatura, cuya voluntad pagan

leudo los elementos, cuya vida es la mas santa, cuya conciencia la mas pura, cuyos ojos los mas bienaventurados, cuyo amor es el mas honesto, cuyos abrazos los mas castos. Por eso, yo pecador, mirando en ti tantos dotes, tantas gracias, deseándote complacer y aplaudir, y para que tu corona mas insignemente resplandezca, pongo en segundo lugar de ella el sardio, piedra preciosa de color de púrpura.

El sardio, pues, con su esplendor rubicundo ilustra tu corona noble, simbolizando su espiritual martirio y compasion de tu alma. Porque cuando á tu amantísimo Hijo, Esposo de tu virginidad, hirieron con azotes, afearon con salivas, coronaron de espinas, llenaron de oprobios, clavaron en una Cruz, dieron á beber hiel y vinagre, y abrieron el costado con una lanza; entonces eclipsado tu Sol con la sombra negra de tanto tropel de deshonras, tú, Luna hermosa padeciste deliquio sangriento; tu rostro se cubrió con el velo de la tristeza, fuiste cercada de dolores, atormentada de penas; amargada con tan crueles azares, fuiste herida en el alma, crucificado y traspasado de sangriento acero del erudo dolor tu amante Corazon.

Però ahora alegrate, Señora, porque ves reinando en el cielo al que en la tierra viste morir penando; donde te ha hecho consorte de su gloria y gozo, como en su pasion lo fuiste de sus penas. Por eso te ha dado honra perenne, á quien se hincó toda rodilla y toda lengua pregona tu grandeza; pues eres Madre

admirable, Esposa del mayor Rey, ó Hija del mejor Padre.

Pues, Señora, te ha tocado tanta parte en nuestra redencion, que siendo Madre de Jesus eres nuestra coresentora, siendo como eres clementísima y potentísima, ten misericordia de mí en el dia de la tribulacion y mayor necesidad mia. Mirad á mis enemigos, que se han multiplicado, me aborrecen con inico odio, me persiguen, me hieren, me corrompen y ponen debajo de sus pies. Reconcíliame, Señora mia, con mi Criador, á quien vestiste de carne santa. Vuélveme á mi Dios, á quien alimentaste con virginal leche; para que por tus santos méritos, visitado de su gracia, alentado de su misericordia, ilustrado de su luz, y armado de la virtud de su diestra, pueda despreciar á mis enemigos, perfeccionar las obras virtuosas, unirne perfectamente á mi Criador, y cantar á el y á ti eternamente perpetuos loores.

TERCERO DIA.

EL CALCEDONIO Y ZAFIRO.

Virgen y Señora prodigiosa, por quien fueron quebrantadas las puertas del infierno y abiertas las del cielo, resplandeciente mas que todos, Reina de la hermosura y resplandor de los mismos resplandores, porta honra y gloria de tu santísima cabeza, coloco en el tercer lugar de tu inclita diadema, al Calcedonio.

pedra preciosa de virtud insignie. Esta, que en el retrete y retiro de la casa parece oscura y sin luz, a vista del cielo resplandee y campea. Así lo hace en tu imperial corona, significando que de tu retiro sagrado, donde te visitó el parainfo Gabriel, saliste para que tus virtudes y milagros no quedaran ocultos a la sombra del silencio, sino que se dilataran por todo el universo. En todas partes se predica tu nombre, se bendice tu fruto, se ensaña la capacidad y santidad de tu vientro, tus palabras se veneran y el sonido de tus milagros ha llenado todo el orbe de la tierra, y hasta sus extremos ha llegado tu voz.

En todo el orbe ilustras las almas; recreas los cuerpos, resucitas los muertos, sanas los enfermos, enriqueces los pobres, sustentas los flacos, das vista a los ciegos, pías a los cojos, oides a los sordos, habla a los mudos, ciencia a los ignorantes y medicina a los enfermos. A todos asíis tu gracia, a todos socorre tu piedad, para todos ostiende sus alas tu misericordia. O Virgen bendita y sobrebendita, que llevas el fruto bendito, por quien fueron llenos de bendición el cielo, la tierra, el mar y los aires. O Reina clarísima y sobrenamenera resplandeciente, que rebosas de bienes y coronas innumerales. Por tí ece la gloria de Dios, el gozo de los Angeles, la salud de los pecadores, el consuelo de los desesperados, la claridad de los que viven en tinieblas, el alivio de los tristes, la constancia de los que pelean, y la gloria de los jus-

tos. Pues eres tan poderoso, tan benigna, tan hermosa, tan clemente y tan piadosa, ten misericordia de este pecador siervo tuyo: lívame y límpíame de mis pecados y vicios; con tu luz ilustra mi pecho, con tu amor ilumina mi alma, ponme en paz con tu Hijo y en el día del juicio alcánzame resurrección gloriosa.

O noble triclínio de la Santa Trinidad, lecho de flores del Verbo encarnado. Niña hermosa, Virgen bella a quien Dios concedió, entre todas las mugeres, que le ofrecieses con voto el don de tu preciosísima virginidad. Yo pecador, deseando aun ampliar tu gloria te ofrezco el záfiro, piedra preciosa para el cuarto lugar de tu imperial corona. Es el záfiro semejante al cielo sereno, a quien cuando le mira el rayo del sol, arroja de sí un ardiente resplandor, cuya virtud es hacer costos los cuerpos, aumentar la vista de los ojos y resistir al veneno. Y así con razon esta piedra conviene y pertenece al adorno de tu cabeza.

Porque tú, Señora, siempre fuiste clara y serena, supera, limpia y amena. Nunca te tinó el pecado, ni manchó el desobedi, ni hubo en tí lunar de culpa. Siempre te ilustró la gracia, te hermoseó la virtud, te adornó la santidad, con que eres en tu aspecto mas hermosa que el sol y mas brillante que el coro de los ástros. Pero cuando aquella suprema Magestad, de quien tú eres Esposa amable y dilecta Hija, reverbora con su gracioso y apacible rayo en tu bello rostro, entonces mi esperanza se aumenta con anchuro-

sos senos, tu sabiduría alumbrá con mas copiosa luz, tu caridad arde con mas eficacia en el amor de Dios, y todas tus virtudes campan con hermosa pompa; porque tú, Señora, haces puras á las almas y castos á los cuerpos, iluminas los ojos del espíritu y de la carne, y destruyes y estirpas los venenos de los pecados.

Pues siendo, como eres, Señora, la salud del género humano, la esperanza y alivio de los pobres, socórrenos á tus miseros siervos y ausentes hijos: porque nos aprietan los batallones de nuestros enemigos. Estos tienen tendidas sus redes: la carne insta con sus blanduras y deseo de delites; el demonio con disensiones y riñas; y el mundo con honras y riquezas. O Reina de misericordia, socórrenos en el tiempo de la angustia, dadnos el auxilio de tu gracia, para que no resbalemos y despenchemos en peligros tantos. Quédate con nosotros, Señora, porque se va acercando la noche de la muerte. Tú eres fuente de salud y de toda gracia, camino y puerto de indulgencia, oye los llantos de tu familia, que son muchos los riesgos que nos rodean. Al cuerpo lo consume la enfermedad; el alma abrasa la tentacion, la lluvia de la devocion cesa, el fervor de la oracion muere, los ojos de la razon se amblan. O refugio de pobres, ó refrigerio de misables; en tí esperan los ojos de todos, para que seámos libres de tan graves males. Y pues en tu mano está el salvar á quien quisieres, quédate con nosotros y no te ausentes: que se acercan ya los

horrores de aquel momento, de que depende la eternidad. Libranos de las tinieblas y sombra de la muerte, y lévanos á la gloria de la perpetua inmortalidad.

CUARTO DIA.

LA AGATA O ACHATES.

En el trono celestial resides, ó Reina refulgente, coronada de honra y gloria, adornada de piedras preciosas de excelentes virtudes, robosando en júbilos de gloria soberana y tan hermosa, que das singular adorno y gracia á la imagen de la belleza, hermosa por tu virginidad, mas hermosa por tu humildad, hermosísima por la concepcion del Hijo de Dios; hermosa en la alabanza de la opinion, mas hermosa en la honestidad de la conversacion y hermosísima en la gloria de la vision divina. Pues eres tan hermosa, tan agraciada, tan especiada, recibe gratamente á achates, piedra preciosa que destiné para el quinto lugar de tu corona egregia.

Entre las otras virtudes y propiedades del achates, una es muy especial, y es hacer á la persona agraciada y agradable; y así te conviene, Señora, tenerla por ornamento de tus sienas: porque en nosotros ejercitas con mas eficacia esta hermosa virtud. Estamos con los pecados tenebrosos, encenegados con las concupiscencias, feos con los vicios; y por eso somos

detestables y aborrecibles á Dios como hijos de perdición. Hay verdaderamente muchos hundidos por la soberbia, negros por la avaricia, sangrientos por la ira, hielosos por la lujuria, enlodados por la gula, cárdenos por la embidia, soñolientos por la pereza. Cuando, pues, place á aquel que te segregó desde el vientre de tu santa Madre, para socorrer á los miserables, que se muevan sobre nosotros tus placidas entrañas, entonces, mediante tu mano, se echan fuera las obras tenebrosas, se introducen las loubles, se detestan los vicios, se abraza la penitencia, se apagan los ardores de la concupiscencia y vuelven á vivir las sepulcradas virtudes. Porque tú abres tu mano y llenas de bendición á todo animal, y arrojada á la tierra de nuestros corazones la semilla de tu fecunda gracia, de soberbios se hacen humildes, de avarientos compasivos, de golosos abstinentes, de lujuriosos castos, de iracundos eremitivos, de perezosos diligentes: de muerte, que los que primero desagradaban á Dios como hijos de tinieblas, ya por ti se hacen agradables como hijos de luz y cobraredos del reino de Cristo. Y por eso damos gloria á Dios en las alturas, que proveyó á su Iglesia militante de procurador tan útil y necesaria á nosotros pecadores, cuyo cuidado y oficio es vaciar el infierno, alumbrar al mundo, ilustrar el cielo, llenar el paraíso, quebrantar al demonio, quitarle de la boca la presa y agregar

al patrimonio de Cristo á los pecadores, por medio de la penitencia.

Pues, ó María, Virgen resplendente toda de oro, toda cristalina, toda meliflua, vuelve hacia é mi tus ojos piadosos, clementes y graciosos. Visítame doliente, curame enfermo, consuélame triste y gemebundo. Dame un corazón devoto y un entendimiento ilustrado, para que pueda conocer la largueza de tu bondad, la pureza de tu carne virginal, la profundidad de tu sabiduría, la santidad de tu cuerpo y alma.

Mirame, Emperatrix summa del sublime sôlio de tu excelentísima Magestad ó ilustra las tinieblas de mi corazón con los resplandores de tu gracia, repara en mí un sentido vigilante é íntimame con tu amor. Ruegote, piadósísima Patrona mía, que tu virginidad me haga casto, tu humildad humilde, tu piedad piadoso, tu mansedumbre manso, tu compasión conrito y y tu fecundidad rico de virtudes, tu clemencia digno de la gloria eterna, de aquella vida noble y florida, clara y resplandeciente, y mientras viviere en ésta se consagre mi memoria, mi corazón y mi lengua á tus alabanzas.

QUINTO DIA.

EL PASO Y GARCUNGO.

BENDITA seas, Señora y Madre de nuestro Señor Jesucristo, Madre de misericordias y Señora de toda con-

solacion, que nos consuelas en toda nuestra tribulacion: y bendito sea el nombre santo de tu gloria, ensalzado por todos los siglos. ¡Oh puerta del paraíso, ó ministra de la gracia del Espíritu Santo, ó maestra de toda ciencia teológica y divina! Siendo como eres, Señora, muy admirable: porque en todos los dones, gracias y virtudes sobrepasas á todas las criaturas, sin que haya semejante á tí: por eso, yo pecador, desendando hallar gracia en tus ojos, colocó en el sexto lugar de tu corona al jaspe, piedra preciosa.

El jaspe es una piedra de excelentes virtudes, adornada con variedad de colores, de verdor claro y ameno, y de singular virtud para estancar la sangre; y así es muy á propósito para adornar de tus sagradas sienas. Porque tú fuiste adornada con variedad de virtudes, barnoseada con el verdor hermoso de tu fe virginal. Á tí nos dió el cielo para restañar la sangre, como medicina la mas eficaz y saludable: esto es, para refrenar las concupiscencias y deleites de la carne; porque tu preñez fué virginal, tu fecundidad divina, tu parto glorioso y mas puro que la luz de las estrellas.

Ruégote, pues, ó Nra. del cielo, Virgen castísima, amadora de la virginidad, ajaga en mi cuerpo el incentivo de la impureza y cria en mí con tu rocío saluberrero el candor de la florida castidad. En mi oracion, meditacion, leccion y todas mis obras sienta mi alma la dulzura de tu presencia y la asistencia angé-

lica que me consuale, dirija y ampare. Unge mi corazón con el unguento preciosísimo de tu suavidad: para que pueda sentir la dulzura de tu amor, mi gusto de tu caridad y el deleite y sabor de tu materna y cordial comunicacion.

Pero yo, ciego y miserable, discurriendo frecuentemente por las cosas exteriores, me aparto de tu santo amor, dejándome cautivar de las blanduras de la carne; busco consolaciones inicuas y de aquí viene, que no me deleito en tu caridad y dulzura: porque vivo enredado en pensamientos y afeciones transitorias y caducas. Mas tú, Señora, diriges las cosas celestiales, habitas luces inaccesibles, tú en el cielo, yo en la tierra; tú amas los bienes incorruptibles y eternos, yo los caducos y transitorios, en que no hay sino vanidad y miseria y afliccion de espíritu. Qué mas diré, Señora mia, tú eres piadosa, santa y clemente; yo inicu, impio, injusto y sin misericordia; tú eres luz, yo tinieblas, tú vida, yo muerte, tú gozo, yo tristeza. Ea, Madre de Dios, velme aquí, que clamo á tí, vivifícame; Madre del Redentor, redímeme; Madre del Salvador, sálvame. No permitas, Madre mia y Señora mia, que yo peligre en los mortíferos deleites del tiempo. Ruégote que poseses mi corazón, que rijas mi voluntad, dirijas mi entendimiento y arrebatas mi ánimo, para que por la fuerza de tu amor me una á tu corazón perfectamente, y duerma y descanse en la abundancia de tu dulzura y gracia.

Virgen de régia estirpe, ataviada de todas las joyas y adornos de gracias y virtudes, conocida en los altares celestes, por tu insigne hermosura y gracia, que inclinó el ánimo del Rey soberano de tal suerte á tu amor, que te envió su embajador de lo alto para lograr tus purísimos abrazos. Pues Señora dignísima de reverencia y adoracion, si el Criador de las cosas visibles ó invisibles deseó así tu amor y el dulce descanso de tu maternal regazo; nosotros miserables, que por tí fuimos reparados y libres de perpetua muerte, ¿con cuánto amor te debemos amar? ¿Con cuánta reverencia servir? ¿Con cuántas alabanzas engrandecer tu nombre? Porque tú eres en tu aspecto mas espectral que el sol, mas hermosa que la fe, mas venerable que la gracia, mas elegante que la hermosura de las mugeres. Por eso, como zea bella y amable, graciosa, clara, serena, rutilante y cristalina, ruégote que para honra de tu corona excelsa, te dignes de recibir con gratos ojos al carbunco, piedra preciosa, que destiné para el sétimo lugar de tu adorno y compostura.

Es el carbunco piedra tan lucida y resplandiente, que alumbrá las tinieblas de la noche y arroja rayos de luz á los ojos que la miran. Mas este efecto lo ejercitas tú, Señora, en nosotros con mayor eficacia; por que eres la singularmente hermosa Madre de Cristo resplandiente. ¿Quién, pues, puede suficientemente explicar la luz de tus misericordias, que has der-

ramado y arrojado á este mundo tenebroso? ¿Quién puede bastante mente contar tus virtudes, tus milagros, tus grandes señales y portentos, que has obrado de muchas maneras, ó por la salud de las almas, ó por la curacion de los cuerpos, ó por el consuelo de los buenos, ó por la correccion de los malos? Ni la dulzura de tu misericordia, ni la multitud de tu piedad, ni la influencia de tu gracia y bondad se esconde á ningún cristiano: pues todos la experimentan en sus peligros, en sus necesidades, en sus tribulaciones. Por lo qual á todos es de sumo regalo y deleite alabar, bendecir y predicar á María. Cuando se nombra María, se dan golpes en los pechos, se inclinan las cabezas, brotan lágrimas de devocion y suspiros de un espíritu conrito, ó de una voluntad inflamada.

O nombre mas resplandiente que el sol, mas fragante que el bálsamo y cinamomo, á cuya pronunciacian se alegría el mundo, se ríe el cielo, se regocija el Ángel, salta de contento el justo, se avergüenza el diablo y el infierno tiembla. Pues, ó elementisimo, que inspiras vida á los muertos, luz á los ciegos, salud á los que perecen, consuelo á los que desesperan, alivio á los que lloran; ruégote que de los tesoros de tu profundísima misericordia, infundas júbilo á mi corazón, alegría á mi alma, serenidad á mi cuerpo, á mi pecho caridad. Sed vida y salud ó mi alma, dulzura y paz de mi espíritu, suavidad y gusto

de mi ánimo. Estrella del mar clarísima, dirígeme, gobiéranme, reina en mí, deliéndeme de los peligros y enemigos: pero que mediante tu gracia y piedad, sea limpio de todos mis vicios, libre de las adversidades, pueda pasar sin lesión de esta miserable vida y llegar seguro á los gozes sempiternos.

SESTO DIA.

LA ESMERALDA.

SAPRENCIAL Trono de la Santa Trinidad, Cátedra dignísima del Hijo de Dios Padre, nuestro Señor Jesucristo, Madre virginal y Esposa-bella, tú, Señora, después de Dios eres para mí tan propicia, que eres mi salud, mi esperanza y mi consuelo. En tí tengo como en depósito la muchedumbre de todos los bienes. Tú eres para mí áncora cuando flucto, eres puerto en mi naufragio, subsidio en mi tribulación, auxilio en la necesidad, moderación en lo próspero y recreo en el trabajo. Pues muéstrate y sal al encuentro con rostro alegre á este tu hijo, ó Hija del supremo Rey, dulzura de mi alma, lumbré de mi entendimiento, paz y serenidad de mi corazón. Venite el gozo de los Angeles, la reparación de los perdidos, la corona de los lirios virginales. Conozcánte la esperanza de los penitentes, la luz de las almas, la fuente de todos los bienes, la guirnalda de los que triunfan.

Véante mis ojos, dulce Madre mía, consoladora de mi alma, sanidad de mi corazón, camino de mi salud. Muéstrate benigna y recíbeme en tus amorosos brazos y en tu maternal seno. O Virgen, lirio de castidad, ruegote por los méritos de tu virginal pureza, que te dignes de aceptar en el octavo lugar de tu corona, para alabanza y gloria tuya, la esmeralda, piedra preciosa, que te ofrece mi amor. Es la esmeralda especiosa y amable, de color verde apacible y muy graciosa á los ojos, á la cual, tú Virgen Reina y Madre, te asemejas en gran manera. Porque ¿qué criatura hubo jamás, mas amada y de mas precio en los divinos ojos? ¿Quién mas útil al mundo y mas provechosa al linage humano? Tú no solamente eres mas preciosa que las mismas piedras preciosas, sino que todos los tesoros espirituales y corpóreos del mundo universo. Tú eres tambien el árbol de manzanas en medio del paraíso, que, mediante el riego de la fuente perenne, rives, floreces, echas hojas y hermosos frutos. Vives con el retoño de las buenas costumbres, floreces con virtudes heroicas, echas hojas con la dilatación de tu piedad, fructificas en las obras de tu santa caridad. Virgen, tu verdor reluciente clarifica los ojos del cuerpo y alma, la virtud de tus ojos recrea los debentes, el olor de tus flores resucita los muertos y la dulzura de tus frutos salva los penitentes y desesperados.

Pues, ó Señora mía, merezcan los ojos de mi alma

ser clarificados con tu grato verdor, mi espíritu recreado con tu santa dulzura, y yo muerto, resucitado con tu olor maravilloso. Poseste yo totalmente en medio de mi corazón y en lo más secreto de mi pecho, luz del mundo, esplendor de la Iglesia, alegría de Jerusalén, honorificencia de nuestro pueblo. Infundió tu amor ardentísimo en mis entrañas, para que me afervore en alabarte, en glorificarte, en hablar de ti, en profesar tu fi. Sumo, gloriosa Señora, tu voz en mis oídos, sienta yo el apacible rumor de tu agremiado susurro. Muéstrame tu hermosísima cara y será salva mi alma.

SÉTIMO DIA.

EL AMETISTO Y CRISOLITO.

Dios te salve, Santísima Madre de Dios, luz oriental, Filosofía de virtud, Maestra de los cristianos, Norma de los religiosos, Doctrina de paz, Corona de perfección, Llave del reino de los cielos y espejo de santidad. Dios te salve trono imperial de Dios, Virgen especiada, que uniste y consideraste el cielo y la tierra, hiciste compañeros a los hombres de los Angeles, con inseparable hermandad. O Virgen serenisima, figurada de los Patriarcas, anunciada de los Profetas, predicada de los Apóstoles, ilustrada con títulos de los santos Doctores: de donde siendo tantos los bienes y dones que te adornan, son innumerables los elogios que te magnifican.

Justo es, pues, Señora, que ya que es tan inmensa el tesoro de las alabanzas que te ofrecen tus grandes hijos, te ofrezca yo porción algo de mi pobreza, para honra y memoria de tu venerable Magestad. Admite, pues, gratamente, Señora mía, al ametisto, piedra preciosa, cuya situación sea el noveno lugar de tu corona, donde tenga lugar su claro resplandor. Es el ametisto en parte de color de violeta y en parte de color de rosa; y sobre las piedras preciosas de color de grana tiene su principado. Y porque á ella tienes una misteriosa semejanza, es digna que se coloque en tu diadema. Porque tú fuiste agradable y odorifera, como la fragante violeta y purpurea como rosa. En la pequeña violeta se alaba tu humildad y en la rosa colorada se significa tu caridad. Así como en la concepcion de tu Hijo te hiciste esclava de Dios; así por el amor flameante con que lo amaste, te hizo sublimé y eminentemente en gloria y honra. Y son tantas las insignias de las gracias y prerrogativas de tus virtudes con que te enriqueció, que no solo fueras Princesa entre los hombres, sino que ganaras con exceso sobreeminente á los Angeles y Arcángelos; á los principados del cielo y á las legiones de los Querubines y Serafines.

Fuiste superior y Princesa de los Confesores por tu virtuosa operacion; de los Mártires por tu triunfal victoria; de los Apóstoles por tu excelentísima santidad. Venciste á los Patriarcas y Profetas en fe, en esperanza, en longanimidad, en mas claro conocimiento

de lo pasado y futuro, y en la inteligencia de las figuras y enigmas. Ganaste á todos los Coros de los Espíritus supremos en pureza de mente, en claridad de entendimiento, en señales y prodigios, en virtudes y milagros, en refrenar las hostilidades de nuestro enemigo, en el admirable principado, en el dominio glorioso, en la tranquilidad de la paz, en el resplandor de la sabiduría y en el ardor de la caridad.

O dulcísima Señora: pues todos los bienes que desmanan de Dios están puestos en tu mano, dignate alcanzarme de tu bondad, todos aquellos de que necesita mi alma para servirle y amarle enteramente. Dame una humildad profunda, cual fué la que enseñaste al cristianismo en la Encarnación del Verbo en tus purísimas Entrañas; y un amor fervoroso lleno de Dios, con que le ame sin cesar; te busque á ti con ansias y suspiros, y la salud espiritual de mis próximos como la mía propia, para que merezcamos vivir en tu compañía y de tu Hijo benditísimo, que con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina en los siglos de los siglos.

Alégrate Virgen, Hija de Sion. Gozate abundantemente Madre y Esposa de Cristo: porque el Señor está contigo en luces de gloria. Díctele el júbilo de los ástros de la mañana, cánticos de alabanza á la honra de tus méritos: porque los cielos y la tierra se batirán é iluminan con la grandeza de tus misericordias. ¿Qué gracias te podré yo dar, indigno pecador, por

los beneficios con que inundas al mundo, como el torrente del río de la ciudad de Dios! En tu santo vientre están sacramentados aquellos grandes misterios, que hizo patentes la bondad sapientísima de Dios, para remedio de tus hermanos los hijos de los hombres; y porque para este fin lo escogió su mano omnipotente y nos diste por fruto de su clemencia infinita al dulcísimo Niño Jesús, para salud sempiterna de nuestro linaje, dedico á gloria tuya en el décimo lugar de tu corona al crisólito, piedra preciosa.

Es el crisólito parte de color de oro y parte de él de las aguas del mar. En el oro se exprime la piedad y en el color del mar se simboliza la amargura: porque así como el oro sobrepuja todos los metales, así la piedad que es virtud de religión y temerosa al culto de Dios, excede á todas las virtudes morales y así tú, Señora y Virgen sacratísima, fuiste siempre purísima, dedicada al culto de Dios; de cuya comunicación se erió en ti un corazón tan amoroso, lleno de piedad para con Dios y de misericordia para con los miserables. Fuiste también amargada por causa de las persecuciones y dolores de tu Hijo; y por eso está escrito de tí: *Grande es como el mar tu contrición, ó quebranto.* Su pasión te llenó de amargura y atravesó tu pecho con espada de dos filos, según profetizó Simeón.

Pues siendo, Señora, tantas las grandezas que de tí se predicán, ruegote por tu amor á Dios y por los

dolores intensísimos, que por su Hijo en su muerte toleraste, que pongas tus ojos benignísimos con especial cuidado en mi pecador miserable, destituido de toda gracia, recrea mi pecho, enciende mi corazón, vivifica mi alma. O piadosísima, confortame, aliméntame, dirijanse mis obras por tu mano, gobiérnense mi intención por tu dirección y haz que mi espíritu se dedique del todo al dulce objeto de tus atenciones Jesús. Viva mi alma como dichosa Ave Fénix en los aromáticos ardores de su amor, atravesada con el afilado acero de su santo temor. Sean dos alas ligeras con que yo vuele á mi centro, el dulce amor y el filial temor.

OCTAVO DIA.

EL CRISÓSTO.

O Santa Judith, mas hermosa que la que causó confusión en la casa de Nabucodonosor. O Mujer fuerte, que quebrantaste el imperio tiránico del príncipe de los abismos y rey de las tinieblas, cuya sombra fué Nabucodonosor tirano y enemigo del pueblo de Dios. O Reina de misericordia, luz de la Iglesia, Empetratriz de los Angeles, primiceria de las Virgenes, antorcha de justicia, doctrina de santidad, rosa de Jericó, ruercena del paraíso, árbol de la vida, cetro de equidad, abogada de los pecadores, puerto de indulgencia, gozo del ánima, fuente de dulzura y causa de nuestra salvacion; recibe, Señora, de mis indig-

nas manos, para adorno del undécimo lugar de tu corona, la piedra preciosa, llamada crisopaso.

Es esta piedra refulgente, con color algo rubio, que tira al del oro y matizate un verdor agraciado y apacible. Estos atributos, Señora, son en su significacion mas propios de tu imperial soberania. Porque como un oro resplandeciente delante de Dios, y en su santo templo fuiste mina de oro, donde con el florido verdor de tus obras y virtudes llenas de gracia, agradaste en sumo grado al supremo Monarca. Fuiste Virgen inmaculada y la primera que dedicó á Dios el candor de su pureza. Virgen sabia y prudente, cuyo Vientre fué el trono de oro del pacífico Salomon que bajó de las alturas. Virgen adornada con los siete dones del Divino Espíritu, como casa destinada para su eterna habitacion, frontaleada con siete columnas mas firmes que las del firmamento.

Por eso te ruego, ó Madre de pobres, ó Reina clementísima, que hagas con la gracia de tu Hijo, que mis acciones sean todas de oro de caridad cristiana. Florezcan siempre en mi alma las virtudes todas con un verdor ameno, con amenidad tan apacible á tu Niño Jesús, que viva en ella como en su lecho florido. O Virgen admirable, entre en mi alma tu poderosa virtud que purifique esta carne impura; entro tu gracia virtuosa, que componga todos sus desórdenes; asista tu presencia amorosa á todas las obras dignas de mi estado y vele mi corazón en ti: pues tú, Madra

amerosa, estás siempre en vela por mí, consolándome en las tribulaciones, asistiéndome en los peligros y repeliendo las asechanzas de mi astuto enemigo.

NOVENO DIA.

EL BERILLO.

Da ti, ó Virgen insignisima, se escribió en los libros sagrados, que serias como un Candelero de oro purísimo con siete antorchas claras, con cuya luz buscó la Sabiduría de Dios la dragma perdida; esto es, la oveja descarriada. A ti las hijas de Jerusalem te miran con mas atención, para correr al olor de tus ungüentos. Tú fuiste la mesa de la proposición por el estudio de la ley divina, y el pan que bajó del cielo y se puso en esta mesa para alimento de los hijos de la gracia. Fuiste arca por el tesoro glorioso de tu fecundidad; incensario de oro, por el fervor de tu oración, á quien tenia abrasado el amor de la eternidad; propiciatorio, por el afecto de tu piedad, asistido en sombra de Querulines con sus alas, que son Gabriel Arcángel y Juan Evangelista, ministros de tu caridad y abogacia, para que los hombres no perezcan y llenen las sillas que dejaron los Angeles que perecieron.

Por eso y para que te dignes de rogar á Dios por mí y para que me sea propicia su bondad, te ofrezco para el último lugar de tu insignisima corona al berillo, piedra preciosa. Es el berillo de color verde claro,

resplandeciente y apacible. Su virtud y propiedad es hacer al hombre agradable en sí é invencible á sus enemigos. A ti, Señora, te representa en mejor forma esta piedra preciosa; porque por el don de sabiduría fuiste clara y resplandeciente, sin sombra de mancilla, sin tiniebla de ignorancia. Fuiste clara en el alma, lucida en el semblante, resplandeciente en el cuerpo; tu rostro de Angel, tu entendimiento de Querubín. La gracia del Altísimo te conservó siempre florida sin marchitez, con el verdor fragante de tus virtudes, que produjeron el renuevo de la justicia, la flor de la inocencia y el fruto de la piedad. Por la abundancia de la tuya baces que tus siervos que confían en tí, sean agradables á Dios y á los Angeles por las buenas obras, é invencibles á los demonios por la constancia de la fe y virtud de tu patrocinio. Esto no nos falte, Señora, á tus desterrados hijos, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA DE BIBLIOTECAS

HYMNUS

DE SANTO TOMAS CANTUARIENSE,

A LOS SIETE GOZOS QUE TIENE EN EL CIELO

MARIA

Gaudere, flore virginali,
 Quae honore speciali,
 Transcendis splendidiferum
 Angelorum principatum,
 Et Sanctorum decoratum,
 Dignitate numerum.
 Gaude, Sponsa clara Dei
 Nam ut clara lux diei
 Solis datur lumine:
 Sic tu facis orbem verò
 Tuae pacis resplendere
 Lucis plenitudine
 Gaude, splendens vas virtutum,
 Cuius pendens est ad nutum
 Tota caelum curia.
 Te benignam & felicem
 Jesu dignam genitricem,
 Venerans in gloria.
 Gaude, nexu voluntatis,

Quodque amplexu charitatis
 Juncta sis Altissimo;
 Ut ad votum consequaris
 Quidquid Virgo postularis
 A Jesu dulcissimo.
 Gaude, Virgo Mater Christi,
 Quia sola meruisti,
 O Virgo piissima,
 Esse tanta dignitatis,
 Quòd sis Sanctae Trinitatis
 Sessione proxima.
 Gaude, Mater miserorum,
 Quia Pater saculorum
 Dabit te colentibus
 Congruentem hinc mercedem,
 Et felicis poli sedem
 Regnis in caelestibus.
 Gaude, Virgo Mater pura,
 Certa manens & secura,
 Quia tua gaudia
 Non cessabunt, nec durescent,
 Sed durabunt & florescent
 Per aeternam saecula.



TRADUCCION

EN VERSO CASTELLANO.

- 1 **G**racias, ó Virgen pura
Al Sumo Rey, que asiento te concede
Sobra toda criatura.
Goza tan alta dignidad, que escode
Las criaturas mas bellas,
Como del sol la antorcha á las estrellas.
- 2 **G**racias, divina Esposa,
Al sumo Autor, que con eterno aviso
Te formó tan hermosa,
Que eres de sus deleites Paraiso,
Y con tu clara lumbre
Ilustras del empireo la alta cumbre.
- 3 **G**racias, graciosa Aurora,
Al que te dió tal gracia, que á tus plantas,
Soberana Señora,
De Dios las obras se te rinden cuantas
Sustenta el bajo suelo,
Alumbra el sol y abrasa el alto cielo.
- 4 **G**racias, Madre amorosa,
Al sumo Rey, que te escogió por Madre:
Goza de tan preciosa
Potestad, que á tu honor es bien le cuadre:

- Que como Madre eres,
Alcaza cuanto pides, cuanto quieres.
- 5 **G**racias, Águila bella,
A aquel, con cuya gracia alzaste el vuelo
Superior á la estrella,
Que mas alto lugar goza en el cielo,
Y el nido soberano
Pusiste al Sol de Dios el mas cercano.
 - 6 **G**racias, Estrella hermosa,
Al que te hizo tan graciosa y pura.
Goza, pues, venturosa
De tal beldad: que el que tu amor procura.
Por tí goza á millones
De la tierra, y del cielo bendiciones.
 - 7 **G**racias al que de gracia
Llena te hizo para tanta gloria;
Virgen, á quien agracia
De bienes infinitos la memoria,
Goza sin fin, ni muerte
Por una eternidad tan rica suerte.
- mece*

SUMARIO

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE LIBRO.

MARIA SANTÍSIMA.

REFUGIO DE PECADORES.

PARTE I.

Afectos del alma penitente, que pertenecen á la Via Purgativa.

C AP. I. MARIA Santísima Madre de pecadores al pie de la Cruz, FOLIO. 3
CAP. II. Del Corazon de MARIA dolorida, naciéron los pecadores arrepentidos, 10
CAP. III. Del patrocinio de la Madre de Dios para con sus hijos los pecadores penitentes, 22
CAP. IV. MARIA Santísima, consuelo de afligidos y desesperados con los horrores de la culpa 29
CAP. V. Gózase el alma, de que el Padre Celestial la haya dado en Maria tan piadosa Madre 34
CAP. VI. Lloro el alma sus males en presencia de su benignísima Madre, 40
CAP. VII. Insta el pecador al Hijo y á la Madre por el perdón de sus culpas, 49

CAP. VIII. Pide el pecador ansilio á MARIA para el tremendo trance de la muerte, 57
CAP. IX. Suavízanse los rigores del juicio con las memorias de MARIA, 65
CAP. X. Clama el alma á la Señora del cielo, la libre de la servidumbre eterna, 75

MARIA SANTÍSIMA.

IDEA DE JUSTOS.

PARTE II.

Afectos del alma pretendiente de la virtud, que pertenecen á la Via Illuminativa.

CAP. I. Desprecio de las vanidades del mundo y estima de los bienes del cielo, á vista de MARIA Señora del mundo 83
CAP. II. El alma en el abismo de su propio conocimiento, se pone á la sombra de MARIA, 93
CAP. III. Se queja el alma de su sequedad y tinieblas, á la Madre de la luz, 102
CAP. IV. Pide el alma todas las virtudes á MARIA, como á cjemplar de todas ellas, 111
CAP. V. De las figuras y símbolos con que la antigüedad insinuó la grandeza de MARIA, 120
CAP. VI. MARIA guía y alumbró al alma que va caminando á la perfeccion, 129

CAP. VII. Consideración de algunos pasos de la vida de MARIA Santísima,	139
CAP. VIII. Otros posos de MARIA Santísima sobre la tierra,	150
CAP. IX. Contemplación de lo que es MARIA, por lo que hizo Dios en ella,	163
CAP. X. Ora el alma á MARIA en el tiempo de la tribulación,	172

MARIA SANTISIMA,

MANEJO DE LA PEQUENA DEVOCION.

PARTE III.

Afectos del alma amante de Maria, que pertenecen á la Via Única.

CAP. I. Llorar el alma porque no sabe amar á MARIA: pide su amor intensísimo, y que la enseña á amar á la Santísima TRINIDAD; de quien es Templo, y la de ardientes deseos de verla en su gloria,	181
CAP. II. Muerte de MARIA Santísima, vida de sus devotos,	188
CAP. III. Desea el alma ver cara á cara á su dulce Reina; y llora por su destierro, donde carece de su vista,	198

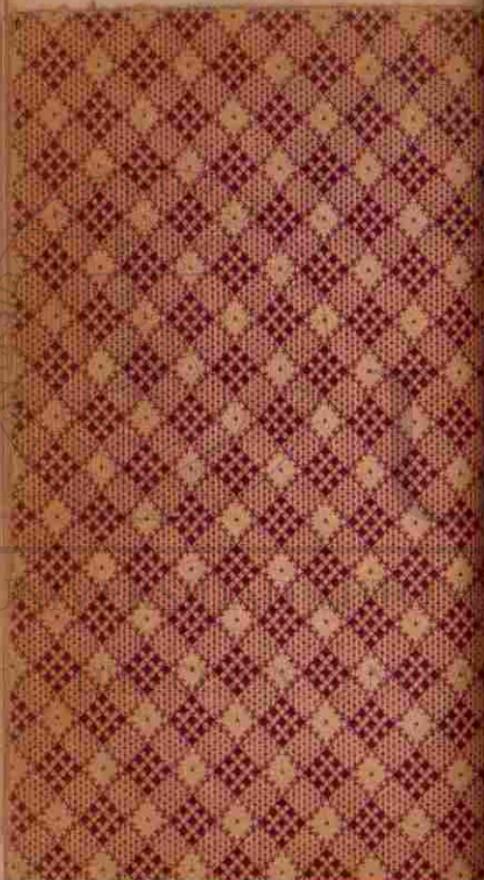
CAP. IV. De la hermosura de la Señora del cielo,	207
CAP. V. De la felicísima suerte de los que sirven y aman á nuestra Señora,	218
CAP. VI. Convidáanse todas las criaturas á bendecir y alabar á MARIA,	229
CAP. VII. Suspiros del alma á MARIA su Madre y dulce dueño,	237
CAP. VIII. Hace el alma oración á JESUS por el amor de MARIA y á MARIA por el amor de JESUS,	246
CAP. IX. Ora el alma á los Santos José, JOAQUIN y ANA por el amor de MARIA,	255
CAP. X. De los incendios del alma en el amor de MARIA,	263

APÉNDICE

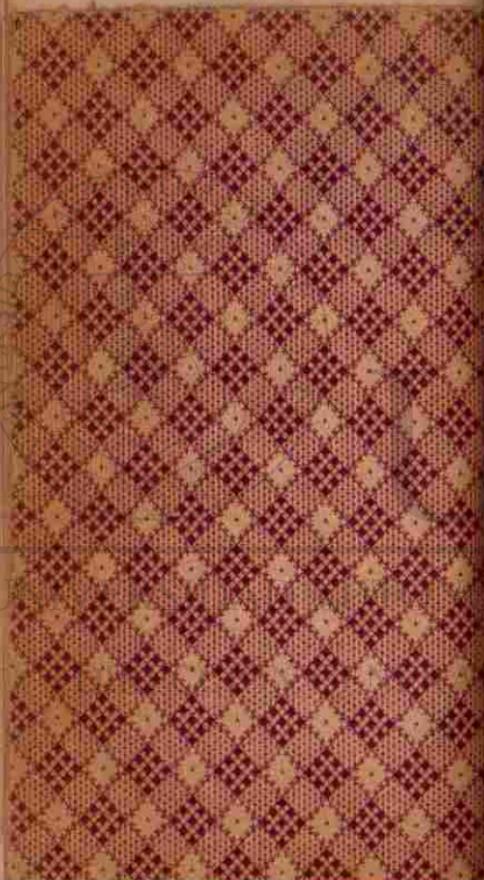
A ESTE LIBRO.

§. I. Ejercicio Inculcatorio para conservar la memoria de MARIA en todos tiempos,	272
§. II. Preparación para la Santa Eucaristía, por medio de nuestra Señora,	283
§. III. Disposición para morir bien por la intercesión de la Madre de la vida,	296
§. IV. Novenario á la muerte y Asunción gloriosa á los cielos de MARIA Santísima,	316

LACS DEAL



MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTEGAS



MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTEGAS



Tomada razón

LA MADRE DE DIOS
MADRE DE LOS HOMBRES.

— — —
POR EL R. P. JOAQUÍN VENTURA

GENERAL QUE HA SIDO

EN LOS OLIMPICOS RESULTADOS

*Ancienta por el Dr. José
Guadalupe Romero, Canónigo
Doctoral de la Santa Yglesia Ca-
tedral de Michoacán.*

MICHUENGA, 1886.

— — —
IMPRESA DE I. ARANGO
Calle del Veterano núm. 15.

Luis G. Gerdoña

José V. Alvarez

a la

Real Concepción Mon-
cada y Marguina.

Obra 3.^a de
1876.

Las notas de esta obra son propiedad del Editor, y
por lo mismo nadie podrá imprimirla con ellas, sin su
expresa licencia.



SEÑOR PROVISOR.

Con el mayor placer habia ya leído hace algunas semanas la obra intitulada „LA MADRE DE DIOS MADRE DE LOS HOMBRES,” escrita por el Muy Reverendo Padre Ventura de Raíllica que V. S. se dignó mandar pasar á mi censura en el decreto que antecede. —

Lejos de censurar, no encuentro en ella sino mucho que admirar, y por que dar infinitas gracias á Dios nuestro Señor, que en este siglo de indiferencia y de frialdad ha querido reanimar el espíritu de la mas ilustrada piedad por medio de escritores, que como el Muy Reverendo Padre Ventura, con justicia brillarian aun en los mas hermosos siglos de la Religion y de la Iglesia. La claridad, la pureza de la diction, la union de los pensamientos y lo interesante del estilo, junto con la mas sorprendente versacion en las obras de los Santos Padres, hacen que la presente obra (so mismo que otras muchas de su ilustre autor) sea un verdadero y riquísimo tesoro que todos los eclesiásticos deben empeñarse en explotar en provecho de la fé y de la sólida piedad.

En comito al cotejo de la presente edicion con la de Madrid de mil ochocientos cincuenta y tres, cuyo es el ejemplar que se me remite, tengo el honor de decir á V. S. que lo he practicado, y encuentro la referida edicion conforme con la igualmente menciona-

da, en otra diferencia que haberse suprimido en la de esta Ciudad los rubros de los capítulos y sustituidos con otros puestos en las notas por el Señor Editor, cosa que no debe en mi concepto impedir á V. S. conceder la licencia que se solicita, y en que tanto se interesa la Religión.

A lo espuesto no tengo que agregar sino que los trozos selectos de las notas son efectivamente de los autores á quienes se atribuyen.

Seminario Conciliar de Morelia, Setiembre diez y nueve de mil ochocientos cincuenta y seis.

Ramon Camacho.

Morelia, Setiembre veinticuatro de mil ochocientos cincuenta y tres.

Se concede la licencia que solicita el Señor Canónigo Doctoral, D. José Guadalupe Romero, para la reimpression de la obra titulada „MADRE DE DIOS MADRE DE LOS HOMBRÉS” escrita por el Muy Reverendo Padre Joaquin Ventura, y anotada con algunos pensamientos de los escritores católicos mas célebres, por el Señor postulante, á quien se le dará testimonio del anterior dictamen y de este decreto para la constancia correspondiente. El Señor Provisor Canónigo Lic. D. José Maria Arizaga así lo decretó y firmó. Doy fé.—Arizaga.—Lic. Francisco de Paula Muñoz, Notario Público.

Concuerda este testimonio á la letra con el dictamen del Señor Magistrál Doctor D. Ramon Camacho y el auto que á él proveyó el Señor Provisor, cuyos originales quedan en este archivo á que me remito y de que doy fé. Morelia Setiembre veinticinco de mil ochocientos cincuenta y seis.

Lic. Francisco de P. Muñoz.—Notario publico.



PROLOGO.

Los escritos del R. P. Ventura, llenos de aquella profunda doctrina que instruye, de aquella robusta elocuencia que arrebuta, de aquella precision de racionio que combence, han sido casi todos traducidos á nuestro hermoso idioma; pero ninguno se ha hecho tan raro como el de „LA MADRE DE DIOS MADRE DE LOS HOMBRÉS” que á juicio de varios sabios Europeos, es la obra maestra de aquel ilustre escritor. Agotadas dos ediciones de la traduccion Española, emprendemos esta tercera, ilustrándola con notas sacadas de las producciones de los mas célebres escritores Católicos con el fin de

confirmar las proposiciones y doctrinas del R. P. Ventura con la autoridad de esos teólogos tan distinguidos y de amplificarlas con pensamientos ortodoxos, bellos y poco conocidos: finalmente tuvimos tambien el objeto de presentar á los eclesiásticos un material muy escogido para elogiar á María Santísima Nuestra Señora y para explicar á los fieles los títulos que tiene para que todos la consideremos, con buen derecho, como á nuestra verdadera madre y para que seamos mirados por ella como verdaderos hijos. ¡Cuan felices seríamos nosotros, si nuestro trabajo contribuyese á extender en el clero y pueblo Mejicano la devocion, el respeto y el amor que debemos á la madre de N. S. J. C. que es tambien nuestra tierra y dulce madre!

INDICE

de los Capítulos.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I. página.....	1
CAPITULO II. pag.....	6
CAPITULO III. pag.....	14
CAPITULO IV. pag.....	20
CAPITULO V. pag.....	28
CAPITULO VI. pag.....	34
CAPITULO VII. pag.....	51
CAPITULO VIII. pag.....	57
CAPITULO IX. pag.....	61
CAPITULO X. pag.....	70
CAPITULO XI. pag.....	79
CAPITULO XII. pag.....	83
CAPITULO XIII. pag.....	88
CAPITULO XIV. pag.....	95
CAPITULO XV. pag.....	103
CAPITULO XVI. pag.....	111

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I. pag.....	123
CAPITULO II. pag.....	129
CAPITULO III. pag.....	136
CAPITULO IV. pag.....	141
CAPITULO V. pag.....	150
CAPITULO VI. pag.....	156
CAPITULO VII. pag.....	162

VIII.

CAPITULO VIII. pag.....	160
CAPITULO IX. pag.....	178
CAPITULO X. pag.....	183
CAPITULO XI. pag.....	193
CAPITULO XII. pag.....	209
CAPITULO XIII. pag.....	220
CAPITULO XIV. pag.....	226
CAPITULO XV. pag.....	237



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

IX.

INDICE

de las notas que se refieren á los
capítulos de esta obra.

NOTA 1ª RELATIVA AL CAP. I.

Jesús al morir obra las mas grandes maravillas; designio de la providencia al conducir á María al pié de la cruz: testamento de Jesús Crucificado: pag. 249.

NOTA 2ª RELATIVA AL CAP. II.

Aprecio que hace Jesús Crucificado de la virginidad al escojer por madre una virgen: San Juan mereció por su virginidad y por su fidelidad á Jesús Crucificado que este le dejase á María por madre: pag. 250.

NOTA 3ª RELATIVA AL CAP. III.

Admirables medios de la Providencia para unir las madres con sus hijos. Cualidades de una madre, su ministerio y sus funciones en la familia. Los hombres deben tener una madre en el órden espiritual: pag. 253.

NOTA 4ª RELATIVA AL CAP. IV.

Jesús Crucificado debió comprendernos en la donación que hizo de María á S. Juan por madre: razones por las que el Salvador en ciertas ocasiones se olvida al parecer de María y le dá el nombre de muger: pag. 256.

NOTA 5.^a RELATIVA AL CAP. V.

Dificultades que hay para conciliar la realidad de la filiacion de S. Juan con la nuestra: se responde á esta dificultad: varias interpretaciones de los Padres y Doctores de la Iglesia sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos: pag. 258.

NOTA 6.^a RELATIVA AL CAP. VI.

Otra regla de San Agustin en la interpretacion de los libros santos, y su aplicacion á las palabras que Jesus Crucificado dirigió á María y á San Juan: pag. 259.

NOTA 7.^a RELATIVA AL CAP. VII.

La nueva alianza fué celebrada lo mismo que la antigua en forma de Testamento: formalidades y substancia del Testamento de Jesus Crucificado en el Calvario: pag. 260.

NOTA 8.^a RELATIVA AL CAP. VIII.

El amor que Jesus Crucificado nos tiene se manifiesta por el legado que nos hace de su madre: con este legado cumple la promesa que nos habia hecho de no dejarnos huérfanos y pone el sello á la obra de la redencion: pag. 263.

NOTA 9.^a RELATIVA AL CAP. IX.

Los verdaderos fieles forman un solo cuerpo con Jesus Crucificado. Siendo Jesus Crucificado hijo de María, los fieles unidos á él se hicieron en el mismo

Calvario verdaderos hijos de María. Las sectas separadas del Catolicismo no conocen este misterio y euan desgraciadas son por esto: solo los Católicos que forman la verdadera Iglesia tienen á María por madre: pag. 266.

NOTA 10.^a RELATIVA AL CAP. X.

Continuacion de la materia precedente. Figuras del antiguo Testamento que confirman esta doctrina: pag. 269.

NOTA 11.^a RELATIVA AL CAP. XI.

Al conferir Dios á María la dignidad de madre de los hombres le dió tambien el corazon y el afecto de madre: pag. 271.

NOTA 12.^a RELATIVA AL CAP. XII.

Sentimientos de indecible ternura de que se animó el corazon de María á vista del ejemplo que Jesus Crucificado le ofreció de su infinita caridad para con los hombres. Impresion profunda que las palabras de Jesus Crucificado hicieron en el corazon de María Amor que hicieron nacer en él para con nosotros; pag. 272.

NOTA 13.^a RELATIVA AL CAP. XIII.

María ejerce en la tierra el ministerio de madre respecto de la Iglesia; y lo ejerce continuamente en el cielo: Como le conviene el titulo de madre de Misericordia: pag. 275.

NOTA 14.^a RELATIVA AL CAP. XIV.

Así como J. C. diciendo á María *He ahí á tu hijo*, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una madre; del mismo modo al decir á San Juan *He ahí á tu madre*, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial, respecto á María. Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y veneración á María: pag. 278.

NOTA 15.^a RELATIVA AL CAP. XV.

El culto de María es una señal de la verdadera fe. Los herejes no entienden este misterio de amor. pag. 283.

NOTA 16.^a RELATIVA AL CAP. XVI.

Misterios que encierran estas palabras de Pilatos: *ved aquí al hombre; ved aquí á vuestro Rey*. La verdadera humanidad está solo en J. C. Misterios que encierran las palabras del título de la Cruz. *Jesus Nazareno Rey de los Judios*: Admirables relaciones que hay entre estas palabras y las de N. S. J. C. *He aquí á tu madre; He aquí á tu hijo*. Cuales deben ser los verdaderos hijos de María: pag. 285.

NOTA 17.^a RELATIVA AL CAP. I. DE LA SEGUNDA PARTE.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopción. Las dos pertenecen á Dios que por naturaleza es padre de su verbo y por adopción es padre de los hombres. El Padre Eterno asoció á María á una y otra: pag. 297.

NOTA 18.^a RELATIVA AL CAP. II. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Solo el amor pudo obligar á Dios á adoptar á los hombres por hijos. El sacrificio de su hijo fué una condicion necesaria para esta adopcion. Dios consintió en él y de este modo se hizo rigurosamente nuestro Padre: María se conformó á los mismos sentimientos por la salvacion de el mundo, y de este modo se hizo rigurosamente nuestra madre: pag. 300.

NOTA 19.^a RELATIVA AL CAP. III. DE

LA SEGUNDA PARTE.

La ofrenda que María hace de su hijo comenzó en secreto en el momento de la Encarnacion y se manifestó en público el dia de la Purificacion. Desde este momento comienza á ser nuestra madre: pag. 302.

NOTA 20.^a RELATIVA AL CAP. IV. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de N. S. J. C: pag. 303.

NOTA 21.^a RELATIVA AL CAP. V. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Relaciones misteriosas entre el Paraiso terrenal y el Calvario: pag. 305.

NOTA 23^a RELATIVA AL CAP. VI DE
LA SEGUNDA PARTE.

María debe ser espectadora de la muerte de J. C. Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su hijo: pag. 305.

NOTA 23^a RELATIVA AL CAP. VII DE
LA SEGUNDA PARTE.

Sola la vista de los tormentos de su hijo hasta á María para participar de sus dolores. Alusiones y figuras del antiguo testamento que confirman esta doctrina: pag. 308.

NOTA 24^a RELATIVA AL CAP. VIII
DE LA SEGUNDA PARTE.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos padecen más que si los sufriesen ellas mismas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su hijo: pag. 310.

NOTA 25^a RELATIVA AL CAP. IX DE
LA SEGUNDA PARTE.

Fortaleza sobrehumana con que sufre María la crucifixion de J. C. De este modo concurre á la expiacion del pecado, como Eva habia concurrido á su comuncion: pag. 313.

NOTA 26^a RELATIVA AL CAP. X DE
LA SEGUNDA PARTE.

Fortaleza admirable de María durante la agonía de su hijo; ella renueva la ofrenda que habia hecho de su vida por la redencion del mundo: muerte de J. C. pag. 314.

NOTA 27^a RELATIVA AL CAP. XI DE
LA SEGUNDA PARTE.

El sacrificio de Isaac, figura del sacrificio de J. C. en el Calvario: consecuencias morales de esta doctrina: pag. 317.

NOTA 28^a RELATIVA AL CAP. XII DE
LA SEGUNDA PARTE.

J. C. quiso ser crucificado para hacerse el hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomparables á María, cuyos sufrimientos se hicieron por lo mismo extremos é incomparables: pag. 318.

NOTA 29^a RELATIVA AL CAP. XIII DE
LA SEGUNDA PARTE.

El rey de los Martires llamó á María al pié de la Cruz para que fuese la reina de los martires. Circunstancias particulares de el martirio de María y su admirable fortaleza: pag. 320.

NOTA 30.^a RELATIVA AL CAP. XIV.

DE LA SEGUNDA PARTE.

María había concebido á Jesús sin concupiscencia y le había parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. pag. 322.

NOTA 31.^a RELATIVA AL CAP. XV. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Cumplimiento de la profecía de Isaías que anuncia que una mujer daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesús y María, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. pag. 323.

Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á las devotas de María Santísima de los Dolores. página 327.

LA MADRE DE DIOS

MADRE DE LOS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EL misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escandalo para el Judío obstinado y un objeto de locura y de desprecio para el ciego Gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fe, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios. Y en efecto, como observa San Agustín, en tanto que la humanidad visible sufría los tormentos mas crueles en la persona de Jesucristo crucificado, la divinidad que estaba invisible y oculta, obraba las mas grandes maravillas. Jesús crucificado, cohado de ignominias y victima de los mas atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos, domina como señor la voluntad perversa de sus enemigos, dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnimoda; y mientras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propio tan solo de Dios.

Entre los numerosos prodigios de este poder divino, que Jesucristo obró en el discurso de su pasión,

NOTA 30.^a RELATIVA AL CAP. XIV.

DE LA SEGUNDA PARTE.

María había concebido á Jesus sin concupiscencia y le había parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. pag. 322.

NOTA 31.^a RELATIVA AL CAP. XV. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Cumplimiento de la profecía de Isaías que anuncia que una mujer daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y María, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. pag. 323.

Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á las devotas de María Santísima de los Dolores. página 327.

LA MADRE DE DIOS

MADRE DE LOS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EL misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escandalo para el Judío obstinado y un objeto de locura y de desprecio para el ciego Gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fe, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios. Y en efecto, como observa San Agustín, en tanto que la humanidad visible sufría los tormentos mas crueles en la persona de Jesucristo crucificado, la divinidad que estaba invisible y oculta, obraba las mas grandes maravillas. Jesus crucificado, cohado de ignominias y victima de los mas atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos, domina como señor la voluntad perversa de sus enemigos, dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnimoda; y mientras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propio tan solo de Dios.

Entre los numerosos prodigios de este poder divino, que Jesucristo obró en el discurso de su pasión,

se nota dice San Juan Crisóstomo, el que obró para reformar el sexo mas frágil, queriendo manifestarnos de este modo que habia venido para reformarlo, todo así como lo habia criado todo. Este sexo en efecto, tenido por el mas tímido, el mas delicado y el mas débil, se mostró de repente el mas intrépido, el mas animoso y el mas fuerte.

Los apóstoles, exceptuando uno solo, habian abandonado a su divino Maestro y habian huido precipitadamente. Los discípulos se hallaban separados y dispersos como un tímido rebaño al que han arrebatado su pastor. Entre tantos hombres como él habia alimentado, instruido y curado, ni uno solo se atreve á declararse por él. Aquel mismo Pedro, que al principio habia jurado sufrirlo todo por él y morir con él, le niega en el momento del peligro, y jura que no le conoce ni tiene nada de comun con él.

Mas por un trastorno del orden natural digno de ser notado; en tanto que los hombres tiemblan, se alejan y se ocultan, dice Eufimio, unas cuantas mugeres no se asustan, y ellas solas permanecen constantemente fieles á Jesus. Estas almas generosas no se avergüenzan de participar de la ignominia de la cruz; ni de manifestar públicamente la mas viva adhesión y la piedad mas tierna respecto al Crucificado, previniendo así la constancia y la generosidad de los mártires que habian de confesar un día á Jesucristo en medio de los tormentos, y condenando de antemano la baja de esos cristianos que se ruborizan de él y le niegan por decirlo así, por un miserable respeto humano. El odio de los fariseos no las acobarda, el furor del pueblo no las detiene, el poder de los magistrados no las intimida, ni la licencia de los soldados las amedrenta. Llenas de valor parece que provocan la rabia ciega y la venganza cruel de los enemigos de Jesucristo, ver-

tiendo lágrimas públicamente por la suerte de un sentenciado; y con esta manifestacion de su dolor condenan públicamente la injusticia y la barbarie con que han tratado á su Maestro y Señor. Nada, dice Cornelio de la Piedra, puede arrancarlas de junto á él; nada es capaz de decidirás á abandonarle. Desde el pretorio de Pilatos hasta el cima del Calvario no le han perdido de vista ni un solo instante; llorosas y desoladas le han seguido constantemente. Ved aquí que tambien quieren asistir á su muerte, deseosas de admirar sus últimos ejemplos, de recibir sus últimas lecciones, de meditar sus últimos misterios y de recoger su último suspiro, prontas á sufrirlo todo por él, y aun á morir si es necesario con él.

Cuando elevaron la cruz y suspendieron entre el cielo y la tierra al augusto mediador que se interponia entre Dios y los hombres, estas mugeres intrépidas, se colocaron sobre la sangrienta montaña, tan próximas á Jesus crucificado como les permitió la insolente soldadesca. Allí, con los ojos fijos en aquel lastimoso objeto, se pusieron como observa Cornelio de la Piedra, segun el testo griego, á contemplar inmóviles y absortas en sus sentimientos de compasión y de dolor, de ternura y de piedad; los horores de aquella escena tan patética; la paciencia, la bondad, la calma y la dulzura de parte de Jesucristo, y una rabia infernal y una barbarie inaudita de parte de sus verdugos.

Entre aquellas almas generosas y fieles á Jesucristo se hallaba Maria, su santísima y amabilísima madre. Maria es conducida al pie de la cruz, no solo por su amor de madre, sino tambien por su celo de coredentora; no solo para ser testigo de los grandes misterios que van á ser consumados por su Hijo, sino tambien para tomar parte en ellos, y cooperar con su amor y con su dolor á el ser que

Jesucristo nos va á dar con su sangre y con su muerte. En esta solemne circunstancia tiene un ministerio personal y un cargo propio que ejercer; tambien entra ella en ciertas disposiciones particulares de la Providencia, y por lo mismo toma la actitud que le es propia. Ella se separa de las demas mugeres que de acuerdo con Maria, esposa de Cleofas, Maria Magdalena y el discipulo amado de Jesucristo, le habian acompañado hasta el Calvario, y se acerca mas al árbol misterioso y ensangrentado en que estaba suspendida la salvacion del mundo, el objeto de su ternura y la causa de su dolor profundo.

Los principes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas habian ido al Gólgota, no tanto para vigilar sobre la ejecucion de la bárbara sentencia provocada por su maliciosa cavidad, cuanto para recrear su vista en el espectáculo de los padecimientos y de los oprobios de Jesucristo. Parece que debian haber hecho alejar de la cruz á la madre, al discipulo y á las otras mugeres; y esto, ni eno por compasion de estas almas fieles, que para quitar al Señor moribundo aun el consuelo de ver á tantas personas amantes y afectuosas tomar parte en sus ignominias, afliqno y compañarse de sus padecimientos. Mas ese mismo poder divino que triunfó de todos los obstáculos y domina los corazones, que en Gótsmani protegió á la seguridad de sus discipulos, que en el pretorio conduce la mano de Pilatos, y en vez de su título de condenación, le hace trazar el verdadero título de la gloria de Jesucristo á quien él declara rey de los jenos, es decir, el Mesias ó el Salvador del mundo; este mismo poder divino contiene la crueldad de los magistrados y la beneicencia de los verdugos. El asegura á Maria y á S. Juan el consuelo de verse asociados á los últimos misterios del Reden-

tor erucificado, de ser los testigos de su muerte, y de ser los primeros que se ven rociados con su sangre, sin que nadie piense ó se atreva á alejarlos.

Maria estaba en pie, segun la bella pintura que hace S. Ambrosio, absorta en cierto modo en un éxtasis de dolor profundo y de contemplacion sublime. La posicion recta é inmóvil de su persona anuncia toda la intrepidez, toda la grandeza y toda la nobleza de su corazon. La compostura de su rostro expresa una absoluta resignacion y un dolor inmenso; sus ojos entristecidos recorren una por una en el cuerpo de su Hijo las llagas sangrientas de donde mana la salvacion de los hombres. Muy lejos de temer la rabia de los verdugos (mientras que su Hijo se ofrece á la justicia de su Padre) ella se adelanta á su furor, para ser tambien inmolada. Este amor tan puro y tan generoso, este valor tan heróico, esta constancia invencible de Maria, indemnizaban en cierto modo á Jesus de la pena y la vergüenza que le habia causado el cobarde abandono de sus discipulos. El espectáculo que Maria ofrece de sí misma, es el que conviene á la elevacion de su rango. Solo es propio de un hijo que es un tiempo mismo verdadero Dios y verdadero hombre morir como muere Jesus; y Maria asiste á esta muerte como una madre que tiene á un Dios por hijo.

Al otro lado de la cruz estaba S. Juan igualmente de pie; Juan, el discipulo muy amado á quien Jesus amaba mas que á otro alguno, el objeto de su especial ternura, el depositario de sus divinos secretos, y como le llama S. Cipriano, su intimo confidente, su camero fiel. Su espíritu está ocupado de los misterios mas sublimes, su corazon está traspasado de dolor, y sin embargo su actitud y su figura son dignas de un discipulo que tiene á un Dios por maestro. La Madre y el discipulo están tan

proximos á la cruz que pueden oír facilmente la voz amada de Jesus moribundo, contemplar su faz adorable y aun distinguir sus miradas llenas de amor.

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas en la actitud de la resignación mas perfecta, de la ternura mas viva y del dolor mas profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ellos su vista lánguida que muy pronto va á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: *MUJER, HE AHI TU HIJO.* En seguida dice á San Juan: *MI AHI TU MADRE.*

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvación del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar, todos dignos del augustó personaje que las pronuncia. Mas antes de entrar á examinar su significación, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato. *(Véase la nota primera.)*

CAPITULO II.

UNA tradición antigua y constante, comun entre los Padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la pasión de Jesucristo hacia ya muchos años que ha-

bia muerto el patriarca S. José, esposo purísimo de María. Si entonces hubiera vivido, no hubiera abandonado, mientras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesus á quien habia sustraído con tanta destreza de la persecución de Herodes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo. Jesus moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de María para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los santos Padres. *Este custodio fiel de su Señor á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenia relacion con la santa familia de Nazaret, hubiera tenido tambien la gloria de recibir de la boca del mismo Jesucristo sus últimas instrucciones acerca del cuidado que debia tener del objeto mas amado y mas precioso que el hijo de Dios dejaba en la tierra.*

María pues estaba viuda de su casto esposo, y debia quedar tambien privada por algun tiempo de su divino Hijo. Pero Jesucristo la dá por Madre á San Juan, queriendo por este hecho, dice S. Agustín, proporcionarle un apoyo y un sosten. Su esposo virgen le faltaba, y él confia su custodia á un discípulo virgen, indemnizándola del hijo que pierde con el hijo que le otorga. El madero de la cruz, prosigue el mismo santo Doctor, era un patibulo infame en el que su santa humanidad sufria una muerte cruel; pero era al mismo tiempo una cátedra gloriosa desde la que la sabiduría divina instrua al universo. Jesucristo en estas circunstancias quiso enseñarnos con su ejemplo la obligación que tienen todos los hijos piadosos de cuidar de sus padres.

San Juan Crisóstomo insiste en la misma idea, y afirma que al asignar el Salvador del mundo á San Juan por hijo de María, quiso darnos una importante lección, y enseñarnos que no hay circuns-

tancia alguna en la vida que pueda dispensarnos de cuidar de los autores temporales de nuestros días; y que este deber que principia con la vida no acaba sino con ella.

Este ilustre Doctor añade que al manifestar Jesucristo cierto tierno cuidado por María en aquel momento supremo, y al manifestar igualmente que no moría contento, por decirlo así, sino después de haber provisto al consuelo y al apoyo de esta augusta madre, hizo ver claramente que María era su verdadera madre, y que él era como hombre su verdadero hijo, confundiendo de antemano la imprudencia de aquellos hereges que debían poner en duda la maternidad real de María y la filiación verdadera de Jesucristo según la carne.

San Cipriano va todavía mas lejos. El afirma que el Salvador al morir debió mostrarse pensativo é inquieto por la conservación de María, porque ella era no solo su verdadera madre, sino tambien su verdadero templo. La divinidad en efecto habia habitado por espacio de nueve meses en el seno de María, como en el santuario mas angusto. Allí fué donde el Cordero de Dios encontró el talamo purísimo en el que celebró sus nupcias con la naturaleza humana. María pues era una reliquia viviente; la mas santa y la mas preciosa de todas las reliquias, digna del culto y de la veneración del universo. Y supuesto que todo lugar en que Dios ha puesto sus pies es digno de adoración; de qué homenajes no será digno aquel seno purísimo en el que reposó el mismo Dios? Aquel depósito sagrado, aquel tesoro inestimable, no podía ser confiado sino á manos puras y fieles. Jesucristo encuentra en S. Juan un confidente íntimo, un amigo tierno y un discípulo constante en quien un valor lleno de celo y un afecto tierno, se unen á la pureza de corazón; y á este es á quien confia á María

por un acta auténtica. El asegura á la que es SENDIDA ESTAR TODAS LAS MUJERES la asistencia, el apoyo y la veneración del mas fiel de todos los apóstoles. El deja este templo vivo de la Divinidad y su trono augusto en la tierra, este tabernáculo de pureza, la mas pura de todas las madres á la custodia del mas puro de todos los hombres.

¡Oh providencia! exclama S. Ambrosio, elección verdaderamente digna del que la hace y de la que es el importante objeto de ella! S. Juan es constituido heredero de Jesucristo. Pero solo es el heredero de su amor porque ha sido el imitador fiel de su pureza y porque ha guardado cuidadosamente su santa integridad. Sus afectos no se hallan divididos; su amor es sin tacha; su corazón es virgen, así como su cuerpo es puro. La habitación de María no era decente y tranquila sino á la sombra de la habitación de Juan.

Mas observado, dice San Cirilo, que Jesucristo no solo confia María á San Juan, porque la ama y la venera como á su madre, sino que confia tambien S. Juan á María porque lo ama y le mira como á su hijo. Las palabras que usa para encomendarlos mutuamente son las mismas; hablando de María, dice á San Juan: *Hé ahí tu madre*; y hablando de S. Juan, dice á María: *Hé ahí tu hijo*. Pues bien, la identidad de expresiones indica una identidad de relaciones y de deberes. Si el amor maternal de María debe encontrar una correspondencia en los cuidados filiales de S. Juan, los oficios filiales de S. Juan deben encontrar igualmente una correspondencia en el amor maternal de María. Por consiguiente Jesucristo, por esta disposición amorosa, no solo aseguró la asistencia de un hijo á María, sino tambien la ternura de una madre de S. Juan. El quiso no solamente endulzar el desconsuelo de su Madre, sino tambien recom-

pensar la virtud de su Discipulo; para esto creó un parentesco de nueva especie entre estas dos personas. Parentesco el mas íntimo, el mas estrecho y el mas necesario, porque tiene por fundamento las relaciones de la madre al hijo y del hijo á la madre; pero el mas perfecto al mismo tiempo, porque forma su vinculo no un amor carnal, sino una caridad celestial y divina.

Esta conducta generosa y privilegiada que Jesucristo moribundo usó con S. Juan, recuerda la manera generosa conque Jacob moribundo quiso distinguir á José, y puede mirarse la una como figura de la otra. Apenas este último patriarca recibe la funesta noticia de la última enfermedad de su padre, cuando abandona al momento la ciudad y la corte y vuela á su lado para tributarle los últimos oficios y recoger su último suspiro. José estaba mas retirado de la habitación de Jacob que todos sus hermanos; y sin embargo él es el primero y aun el único que se apresura, el primero y el único que llega hasta su padre moribundo. El se coloca junto al lecho, y no le abandona mas; sumergido en un profundo dolor aguarda allí su fin. Este tierno cuidado, este rasgo de piedad filial penetra y conmueve el corazón de Jacob. Este se vuelve hacia su hijo y con una voz balbuciente le dice: José, un mérito particular merece una recompensa especial. Por esta causa, además de la porción de mi herencia que recibirás como cada uno de mis hijos, te dejo otra como un recuerdo perpetuo de mi afecto especial. Ella será tu propiedad; ella no pertenecerá mas que á ti, y tus hermanos no tendrán derecho alguno á ella. Esta porción de mi herencia que destino para tí y que te dejo por una donación excepcional, es la mas rica y al mismo tiempo la mas querida porción de mi patrimonio, porque es la tierra tan fértil y tan fecunda que el valor de mi brazo

y la fuerza de mis armas conquistaron del Amorreo.

Pero, qué títulos merecieron á José esta donación particular, esta tierna distincion por parte del autor de sus dias? Ah! la causa de esto fué que José era el mas casto y al mismo tiempo el mas afecto á su padre, el mas piadoso y el mas fiel de todos los hijos de Jacob. José amó la castidad hasta el punto de ser un cierto modo el mártir de ella; y hasta el fin dió á su padre pruebas de su amor, de su ternura y de su fidelidad, por la prisa conque procuró acercarse á su lecho de muerte y por el constante amor conque le asistió.

Por estos mismos títulos, dicen los intérpretes, además de la porción que pertenecía de derecho á S. Juan como apóstol de Jesucristo, y que le era comun con los demas apóstoles, recibe tambien una porción particular de su santa herencia; porción que le es propia y peculiar, porque el Salvador moribundo no la ha dado mas que á él, porción la mas noble y la mas amada de Jesucristo, pues que esta porción es María su propia Madre, aquella tierra misteriosa que el Señor bendijo y que conquistó del príncipe de las tinieblas por la fuerza de su poder divino, preservándola del pecado original y sustrayéndola así á su funesto imperio y á la cautividad comun de todos los hijos de Jacob. S. Juan adquirió una herencia tan rica, y recibió un legado tan glorioso en la persona de María que le fué dada por madre, porque tuvo los mismos títulos, como hemos dicho, que llamaron á José á la porción escogida de la herencia de su padre; es decir, su pureza y su fidelidad.

El obtuvo este privilegio en primer lugar por su pureza; porque como asegura el venerable Beda, S. Juan á quien el Señor encontró puro y virgen cuando le llamó al apostolado, se conservó virgen y puro toda su vida; y el privilegio de la virginidad fué lo

que le hizo merecer el del amor de Jesucristo. Lo que le agradó á Jesucristo en S. Juan fué aquella virtud delicada, esquisita y sublime que tanto le habia agradado en Maria. Y si este discípulo afortunado mereció tener por madre á la propia Madre de Dios, solo lo debió al mérito de una pureza santa por la que, como observa S. Juan Crisóstomo, habia merecido ya Maria tener por hijo á un Dios.

Privilegio inestimable de la virginidad! valor singular de esa pureza santa, que eleva el corazón del hombre hasta Dios, que le hace singularmente amado, que le hace el objeto de sus complacencias, que atrae sus miradas y que obtiene de él las bendiciones mas abundantes y el amor mas tierno!

En segundo lugar, S. Juan recibió en Maria la recompensa de su valor, de su constancia y de su fidelidad. De todos los Discípulos de Jesucristo fué el único que le acompañó hasta el Calvario; el único que, sin acobardarse por el odio y el furor de los Judios, tuvo el valor de confesarse públicamente su discípulo y de asistir á su muerte. El fué por consiguiente no solo el mas puro de los apóstoles, sino tambien el mas generoso, el mas afectuoso y el mas fiel. Qué extraño es pues que fuese el mas ampliamente recompensado en la distribucion que Jesucristo moribundo hizo de las riquezas de su amor? Afortunado S. Juan, esclama el obispo Teófilo, que tuvisteis la intrepidez, la constancia y la generosidad de Jesus hasta el suplicio y de permanecer junto á su cruz! La nobleza y la pureza de vuestros sentimientos os alcanzaron el honor de ser elegido por hermano de Jesucristo, y de ser dado por hijo en lugar suyo á Maria su propia Madre! Tal es la ventura inestimable del que se une á la cruz, permanece en compañía de Jesus crucificado, y contempla en el Calvario los misterios del Hijo y las penas de la Madre. Por

estos medios se une á Jesucristo no solo por el amor, sino tambien por la amistad mas íntima y por el parentesco mas estrecho.

Pero, qué sabiduria y qué amor tan tierno se nota, dice el mismo Padre, en esta eleccion y en esta disposicion! Maria y S. Juan son los objetos mas caros que Jesucristo deja en la tierra; Maria que le engendró de su sustancia, y S. Juan que le ha imitado en su vida; Maria que concibió al Verbo de Dios en su seno, y Juan que ha concebido de él la idea mas clara en su espíritu; Maria sobre cuyo pecho reposó Jesucristo, y S. Juan que ha reposado sobre el pecho de Jesucristo. El Señor quiso dejar á Maria un recuerdo de su persona, y hacerle una donacion, y no tuvo otra cosa mejor que ofrecerle que aquel á quien amaba mas que al resto de los hombres. El quiso dejar una herencia á S. Juan, y no pudo dejarle otra cosa mejor que aquella á quien amaba sobre todas las mugeres. Aquella madre sumamente amada no podia tener un hijo mejor que S. Juan, objeto de la predileccion de Jesucristo, ni el Discípulo amado podia encontrar una madre mejor que Maria sumamente amada. Al recibir San Juan á Maria á quien el mismo Jesucristo habia escogido por madre, todo lo habia recibido con ella. Y cuando Maria recibió á S. Juan á quien Jesucristo habia amado como á su hijo predilecto, nada mas podia ya recibir. Por consiguiente el Señor no podia dar al uno y al otro una herencia mas rica, no podia hacerles una donacion mas agradable, ni dejarles un recuerdo mas precioso, ni una prueba mas convincente de su ternura y de su afecto. Oh! cuán tierno es el corazón de Jesus! En medio de los padecimientos terribles é inauditos, en medio de tantos oprobios y de tantas amarguras como aflijieron á su humanidad santa, nada omite, nada olvida, nada deja sin recompensa!

Todo cuanto hacemos por la carne, por las criaturas y por el mundo, todo es vano, todo es perdido, y todo se lo lleva el viento; y aun en el caso de que por ello no merezcamos un castigo, no tenemos derecho para esperar ningún fruto ni recompensa alguna. Solo siguiendo á Jesus, amando á Jesus y permaneciéndole fieles hasta la cruz, es cuando no corremos ningún riesgo ni tenemos cosa alguna que perder. Los mejores esfuerzos, los más pequeños sacrificios, los tiene contados y anotados, para que no queden sin recompensa. Nada escapa á la sabiduría de su espíritu ni á la liberalidad de su corazón. Y por qué no hemos de hacer por ese Dios de amor que nos salva y nos recompensa, al menos lo que hacemos por un mundo que solo procura nuestra corrupción, nuestra desgracia y nuestra perdición? (*Véase la nota segunda.*)

CAPÍTULO III.

Ya es tiempo de precipitar á explicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á S. Juan; y esto en su sentido más noble, en el sentido que nos toca más de cerca, y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta explicación, observaremos desde luego que en el orden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproducción y la conservación de su especie. Mas la sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. „No es bueno, dice, que el hombre, sea solo en la tierra.“ Después de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él,

no solo porque es de su misma naturaleza, sino porque es tambien de su misma sustancia. El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la muger, por una operacion misteriosa é inefable, de una porcion del cuerpo mismo del hombre.

Debemos admirar aquí cuán extraordinarias y singulares son la existencia, el misterio, el destino y las equalidades de la muger.

En primer lugar la muger es un ser misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la muger. Ella reina por su propia debilidad; ella encanta, por su timidez; ella impone, por su pudor.

La muger es como un ser múltiple, y por decirlo así, como una doble naturaleza. Cobrada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condicion del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razon y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque con él y como él es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta lo mismo que él al padre y le obedece. De este modo participa de los dos extremos y los reúne en sí misma. Ella es pues el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reúne los dos elementos más apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Más respecto á las relaciones morales que forman la base de una sociedad de seres racionales, la mision de la muger es mucho más preciosa é importante.

Efectivamente, está en la naturaleza de todos los seres inteligentes, que el ser inferior, el ser débil, no se aproxime, ni se aficione al ser superior, al ser noble y fuerte, sino en tanto que este se incline, por decirlo así, descienda hasta él y le manifieste previamente su afecto.

Por consiguiente, si el niño no le habla sino porque sus padres le han hablado antes, tampoco los busca ni los ama sino porque ellos han sido los primeros en buscarle y en amarle; y si la palabra de sus padres despierta su inteligencia y le enseña á discursar, el amor paternal escita igualmente su corazón y le enseña á amar.

Pues bien, este ministerio tan difícil, pues que se trata de disponer para la confianza el corazón tímido de un niño y de inclinar á él amor el corazón independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, pues que estos sentimientos son los únicos que pueden aproximar á dos seres tan apartados como el padre y el hijo, y que son el principio y la base de las relaciones establecidas entre ellos; este ministerio repito, es propio y esclusivo de la madre. La madre es la primera que manifiesta y revela á su hijo la persona de su padre; y la que hace gustar y saborear al padre las buenas caricias y la inocente sonrisa de su pequeño hijo. La madre es la que alienta á la debilidad para que busque á la fuerza y se aproxime á ella sin temor, y hace que la fuerza se doblegue hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.

Si el auxilio de esta mediación, de esta industria de una madre, (ó de la que está en lugar de madre) que empuerquecen, por decirlo así, al hombre hasta llegar al niño, y engrandecen al niño hasta llegar al hombre, el niño miraría siempre al hombre con miedo, y el hombre miraría siempre al niño con indiferencia.

La madre es la que inspira y hace nacer la confianza y el amor entre el padre y el hijo; ella es también la que la ensudece si llega á resfriarse, y la renueva si llega á extinguirse. La madre es la que escusa, defiende y protege al hijo culpable ante el padre irritado; ella calma la indignación de este, templá su rigor, detiene el efecto de sus amenazas, aparta el castigo y obtiene el perdón. La madre es la que hace valer los derechos, la razón y la autoridad de un padre ofendido ante un hijo prevaricador; la que alcanza la sumisión de este y le inspira el arrepentimiento. Ella no tiene paz ni sosiego mientras no consiga una reconciliación entre el padre y el hijo, y restablece entre ellos la antigua armonía. La madre es por lo mismo en la familia la mediadora natural de la reconciliación, la mensajera del perdón y el árbitro de la paz.

Además, al padre es á quien pertenece, como á una providencia, por decirlo así general, proveer á las necesidades de la familia. Mas estas necesidades no pueden ser conocidas ni comprendidas en sus mas pequeños detalles sino por la madre. El instinto prodigioso de su ternura se las revela. Ella las advierte, las previene, las toma á su cargo, las manifiesta al jefe de la casa, se las esplica y reclama su remedio; ella no se vale de su ascendiente sino para ayudar, ni de su autoridad sino para proteger, ni de su carácter de madre sino para ser el ministro de la beneficencia y la dispensadora de la bondad del padre. Todo esto, dice Santo Tomás, esplica la denominación latina del matrimonio. Denominación formada de dos palabras que recuerdan el oficio y el cargo de la madre, porque los cuidados particulares de la familia y de los hijos pertenecen mas bien á la madre que al padre; esta es una de las razones porque fué criada la mujer, y por esta causa también ella es la que naturalmente se dedica mas al cuidado de los hijos.

Todas las cargas impuestas por la naturaleza á la muger, son relativas á los tiernos sentimientos del corazon, que son el principio y el fin, y el medio ejecutivo de ellas. La mano de Dios al formarla, se los dió en abundancia, y casi puede decirse que estos sentimientos constituyen el fondo de su ser. En efecto, lo que le falta en fuerza de inteligencia, lo tiene en energia de sentimientos; ella está compensada de la débil capacidad de su espíritu, con la grandeza y la generosidad de su corazon; el instinto maternal le sirve de penetración; ella comprende menos, pero siente mas; ella obra mucho porque ama mucho; y porque todo su ministerio se reduce á amar, ella es la ternura misma. Asi ca como el Criador ha dado á todos los seres las cualidades necesarias al cumplimiento del fin para que las ha formado.

Esta es la razon por qué no se encuentra en la naturaleza un amor mas tierno y mas enérgico al mismo tiempo, mas firme y afectuoso, mas contrariado y mas constante, mas combatido y mas generoso que el de una madre. Cuantos mas disgustos sufre por sus hijos, tanto mas los ama; cuantos mas dolores, mas trabajos y más sacrificios le cuestan, tanto mayor es su afecto y su ternura para con ellos; cuanto mas defectuosos y disformes son ellos, tanta mayor compacion le inspiran; cuanto mas incómodas, mas repugnantes y mas contagiosas son sus enfermedades, mas lejos está ella de abandonarlos. Todo amor natural cede y se debilita en ciertas circunstancias; solo el amor maternal es el que no cede jamás, jamás se desalienta, jamás se cansa. El solo triunfa de todo y está á prueba de todo; él saca fuerzas de sus propios padecimientos; cuanto mas agustiado y afligido se encuentra, tanto mas activo y mas enérgico se hace.

Esta es finalmente la razon por qué no hay una palabra mas dulce, mas agradable ni mas grata que la de

padre. Ella habla al corazon, y no habla sino al corazon, porque solo revela la confianza y no respira otra cosa que amor. La palabra *padre* es tierna y dulce sin duda alguna; mas con la idea de un amor generoso y fuerte, recuerda tambien la severidad y justicia que pertenecen al padre como al juez natural de la familia de que es cabeza. Mas siendo el ministerio de la madre un ministerio solo de bondad, de paz, de misericordia y de amor, el nombre de madre es tambien el simbolo del amor; él no es otra cosa que dulzura y delicias para la lengua que lo pronuncia, lo mismo que para el corazon que lo siente.

Es indudable que el orden natural y visible es en su realidad misma el simbolo y la figura del orden espiritual y divino. En efecto, la redencion del mundo por la efusion del Espíritu de Dios en los corazones helados de los hombres, es llamada en la Escritura una creacion nueva. Y nuestra vocacion á la fé y á la gracia es llamada una generacion, un nacimiento feliz que nosotros hemos recibido de Dios.

Supuesto que hay semejanza ó identidad en los terminos, es necesario que haya tambien semejanza ó identidad en las ideas y en las cosas. Es claro, segun el lenguaje de los Libros santos, que la vida y la gracia se transmite, se conserva y se perpetúa por unos medios muy nobles, misteriosos y sublimes, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza; y que hay una generacion puramente espiritual y divina que nos hace nacer para el cielo, asi como hay una generacion carnal que nos hace nacer para la tierra. Esta vida natural principió por un hombre que fué unido por Dios criador á una muger; por consiguiente, la vida espiritual debió tener tambien por principio un hombre unido á una muger por Dios redentor; es decir, que así como en el orden temporal, ademas del padre, principio de la vida,

tuvimos una madre por cuyo medio se nos transmitió la vida, del mismo modo en el orden espiritual, además del padre autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener igualmente una madre por cuyo medio nos fuese dada la gracia, y esta madre es María.

El Dios lleno de bondad que en el orden temporal quiso que cada hombre tuviese en su madre, según la carne, un vínculo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa, un motivo de confianza y de amor para con un padre terreno; este Dios en el orden espiritual, en el que ha esparcido con mucha mas abundancia las riquezas de su misericordia, no ha podido rehusar á los cristianos en el orden espiritual, un lazo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa y un motivo de confianza y de amor para con el Padre celestial. Y cómo, sin ofender á la infinita bondad de Dios que quiso proveer tan copiosa y abundantemente á nuestra redención, puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediación de una madre celestial? (Vase la nota tercera.)

CAPITULO IV.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo, cuando desde lo alto de la Cruz dijo á S. Juan indicándole á María: HE AHÍ TU MADRE.

No es pues cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esta feliz adopción. No es pues cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegación, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el Discipulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura, ni aspirar á tener la mas pequeña parte en el afecto maternal de María. No será pues verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el orden espiritual de la gracia y de la salvación otra madre que una parrieda, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida; y que nada tenemos de común con Eva inocente, con la *Madre verdadera de la vida*, de la dulzura, de la misericordia y de la bondad. No será finalmente cierto que, adoptados por hijos por el mismo Dios en el Calvario, no podamos jamás aspirar al honor de tener á María por Madre; y que habiéndonos hecho Jesucristo herederos de su gracia, de sus méritos, de su sangre y de su reino, no haya querido comprendernos en la herencia de su Madre, ó que haya olvidado y excluido á la Iglesia de esta porción de su Testamento. Y quién podrá jamás tener tales pensamientos sin sentirlos rechazados por los temerarios, sin agraviar á la inmensidad del amor de Jesucristo para con nosotros, á las riquezas de su redención, á la generosidad y á la perfección de su sacrificio?

En efecto, según observa S. Leon, entre la muerte del Salvador y la de sus mártires existe entre otras diferencias la de que cada uno de estos ha dado su vida separadamente, y que sus muertes son

singulares y privadas, mientras que Jesucristo dio su vida por todos, y su muerte es una muerte común, pública y universal. El defendía entonces la causa de todo el género humano, cuya naturaleza representaba en sí mismo, sin tener su culpabilidad. De este modo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio augusto, Pontífice universal, ostia pública de propiciación, de reconciliación y de paz, ofrecía en la Cruz á Dios su Padre el sacrificio de los siglos por la salvación del mundo. Él se lo hacía agradable por sus profundas humillaciones, por la oblación entera de todo lo que le era propio y personal, por su perfecta resignación, y sobre todo por la inmensa y tierna caridad con que lo acompañaba. No es pues creíble que él quisiese, ni aun por un solo instante, interrumpir esta acción sublime y perfecta, la acción por excelencia, para ocuparse de la recompensa debida á su Discípulo y del consuelo temporal de su Madre. No es verosímil que, ni aun por un solo instante, quisiese apartar su pensamiento del negocio público de la salvación del mundo, para ocuparse exclusivamente de afecciones y de intereses personales y privados.

Nada es ciertamente mas justo, mas religioso, mas santo ni mas piadoso, generalmente hablando, que ver un hijo en sus últimos momentos ocuparse de su tierna madre, y un maestro pensar en su discípulo fiel. Mas si se consideran las angustas funciones y el noble cargo que el Hijo de Dios iba á cumplir en el momento de su muerte, si se atiende al carácter especial y al objeto sublime de esta muerte, se comprenderá que no podia ocuparse un solo instante de su Discípulo ni de su Madre, sin descender en cierto modo de la altura de su rango, de su posición sublime de persona pública, de víctima universal; sin alterar la perfección y la inte-

gridad de su ofrenda, en la que todo cuanto le era propio y personal se sacrificaba, se ofrecía, se aplicaba y se trasmittía á nosotros.

Es verdad que en aquellos instantes misteriosos trató Jesus de asegurar el perdón á sus verdugos y el paraíso á un ladrón. Mas entonces solicitó tambien el perdón para todos los pecadores á la vez, y prometió igualmente el paraíso á todos los verdaderos penitentes; por consiguiente, aquella súplica y aquella promesa, aunque expresadas en términos particulares y privados, tenían un objeto público y universal, y por lo mismo formaban parte del sacrificio universal y público que entonces se ofrecía. Luego la declaración de la nueva maternidad de Maria y de la nueva filiación de S. Juan, aunque hecha en términos personales y privados, debió igualmente tener un objeto público y universal, á fin de que pudiese armonizarse y formar un todo con los sentimientos y los pensamientos de interés público de que Jesucristo se ocupaba únicamente en aquellos preciosos instantes.

El Discípulo debió por lo mismo representar á todos los verdaderos creyentes, así como, según la enérgica expresión de S. Pablo, los verdugos representaban á todos los pecadores, y el buen ladrón á todos los verdaderos penitentes. Así es como nosotros debimos hallarnos comprendidos en la adopción de S. Juan. Solo así es como esta última disposición se eleva, se engrandece, se estiende y se ennoblece. No es ella solamente un acto del Hijo único de Maria, del maestro privado de S. Juan, sino mas bien un acto del Salvador universal del género humano, un acto digno del personaje que lo ejecuta, y digno tambien del tiempo y del lugar en que se ejecuta.

Esto se confirma tambien por la conducta constante del Hijo de Dios con respecto á su Madre.

durante el curso de su vida mortal. Si María se queja á él por haberse sustraído á su ternura, y por haberla tenido durante el espacio de tres días sumergida en el mas doloroso temor y en las mayores angustias, Jesús le reconviene en cierto modo por su sollicitud maternal, y condena al parecer sus investigaciones y su dolor. Si María en las bodas de Caná solicita por su parte un prodigio, Jesús la reprende en cierta manera porque se toma por sus consueles mas inquisitiva y mas cuidadosa del que convendría. Finalmente si María procura verle y hablarle, Jesús lo rehúsa, y protesta al parecer que no la conoce. Además, al llamarla constantemente *muger*, parece que le rehúsa hasta el nombre, el título y la cualidad de Madre. Pero cómo es esto? Es posible que Jesús no amase á María? Es posible que María no fuese mas amada de él que todo otro objeto creado? Es posible que María no fuese mas que una muger cualquiera, y no aquella Madre que el colmo de privilegios, aquella Madre mas madre, por decirlo así, que las otras madres, supuesto que lo concibió doblemente, en su alma guardando fielmente la palabra de Dios, y en su seno vistiendo su persona de una carne humana sin intervencion del hombre? Por qué pues el Señor la trata con tan poco respeto? Por qué le rehúsa toda demostracion publica de su ternura filial? Las respuestas mismas de Jesucristo en las circunstancias que acabamos de indicar, dan la solucion de este enigma, y descubren el misterio de esta indiferencia aparente del mas santo de los hijos con la mas digna de todas las madres. Cuando él rehúsa un prodigio en las bodas de Caná, dá por única razon que su hora no ha llegado aun. Cuando es hallado en el templo, declara como la única causa de su extravío voluntario, que él debe ante todo ocuparse de la misión

que le ha ensegado su Padre celestial, es decir de los intereses de su gloria y de la salvacion de los hombres. Cuando es llamado por María, protesta como la única razon por que se niega á verla, que no reconoce por sus parientes mas que aquellos que son fieles en escuchar la palabra de Dios y en ponerla en práctica. Y bien, cuál es la significacion de todo esto, dice S. Ambrosio, sino que Jesucristo cree deberse todo entero al ministerio de que le ha investido su Padre celestial, mas bien que á los afectos de su madre terrena? Es decir que él cree deber consagrar absolutamente todos sus instantes y todas sus acciones á la salvacion de los hombres; que este importante negocio es la regla de toda su conducta y de todos sus prodigios; que él se considera, se reconoce y obra siempre como el Mediador universal del mundo, y no como el Hijo especial de María; que en él las afecciones domésticas y los respetos personales estan siempre subordinados y sometidos al carácter público de Salvador; que en todos sus discursos, lo mismo que en todas sus acciones, no pierde de vista ni un solo instante la redencion del mundo; que todo aquello que á primera vista solo tiene un objeto particular, recibe de él una direccion que le hace entrar en el plan general de su mision, que él no sustrae jamas un solo pensamiento, un solo afecto ni un solo instante á esa obra sublime de la salvacion de los hombres, que Tertuliano llama la mas digna de la grandeza de Dios, y que el mismo Jesucristo llama su alimento predilecto, su alimento escogido, su única ocupacion y la obra de Dios por excelencia.

Jesucristo no quiere sustraer un solo instante de su vida á nuestra salvacion. Mas, para qué es esta reserva extrema, esta delicadeza esquisita de su parte? Ved aqui la razon: aunque el Padre celestial, por

un exceso de la mas tierna caridad, nos haya dado á su Hijo único; aunque, por un exceso semejante de esta caridad, este mismo hijo se halla ofrecido voluntariamente para ser nuestra víctima y el precio de nuestra salvacion, sin embargo, supuesto que el Padre nos ha dado generosamente á su propio Hijo, supuesto que este Hijo ha sido, digamoslo así, prodigo de sí mismo para nosotros: Jesucristo por este mismo hecho ha venido á ser nuestra propiedad y nuestra riqueza. Nosotros no teniamos derecho ni mérito alguno; la donacion del uno y la ofrenda del otro fueron perfectamente libres en su principio; pero siendo las dos verdaderas y reales, se hacen necesarias é irrevocables en sus efectos. Ellas establecen en favor nuestro un derecho real y verdadero sobre la persona del Salvador; y nosotros podemos, rigurosamente hablando, llamarle nuestro bien y mirarle como nuestra propiedad. Ved aqui por qué al anunciar Isaias su venida, se vale de estas tiernas expresiones: UN PEQUEÑO NIÑO NOS HA SIDO DADO; UN NIÑO HA NACIDO PARA NOSOTROS. Los ángeles al anunciar su nacimiento usan las mismas palabras: Regocijaos, dicen á los pastores, por que os HA NACIDO UN SALVADOR. Y S. Pablo nos hace observar que el Padre Eterno no solo nos ha dado á Jesucristo, sino que en él y con él nos ha dado tambien todo cuanto le pertenece. Ved aqui por qué, como dice San Leon, todo lo que Jesucristo es, todo lo que Jesucristo tiene, todo lo que conebió la virginidad de Maria y la rabia internal de los judíos clavó en la cruz, todo es nuestra propiedad. Todos los momentos preciosos de su vida, todas sus acciones, todos sus pensamientos, todos sus afectos nos pertenecen; él no puede disponer de cosa alguna sin nosotros ni fuera de nosotros. Nosotros debemos necesariamente tener parte en todos sus designios y en to-

das sus obras. Si él hubiera dicho ó hecho cualquiera cosa que no hubiera tenido relacion alguna con nosotros, hubiera dejado de pertenecernos desde aquel momento; él hubiera sustraído algo á la universalidad, á la integridad, á la perfeccion de su ofrenda. Ved aqui por qué siempre nos tuvo presentes en todo. Por esta razon su vida entera, sin que le fuese permitido distraer un solo instante, fué un sacrificio continuo, un sacrificio tan absoluto en su integridad como en su perfeccion, y como un solo pensamiento, una accion única y no interrumpida cuyo objeto era la salvacion de los hombres.

Si tal fué y debió ser la conducta del Salvador con respecto á nosotros durante su vida, será creible que al tiempo de su muerte quisiese olvidarla ó desmentirla, ni aun por un solo instante ó por un solo pensamiento? Podrá creerse jamás que en la cruz, sobre el altar de su sacrificio, en el momento en que la victima ofrecida por la salvacion del mundo era inmolada, quisiese pensar ó hacer alguna cosa estraña á su sacrificio, y que habiendo estado siempre ocupado en la obra de la redencion de los hombres, la perdiese de vista por un solo instante cuando iba á cumplirla? No, él no nos olvidaba en aquel instante tan solemne, en aquella accion tan sublime, en aquella disposicion tan importante, en aquel testamento tan precioso por el que el Hijo de Dios dispuso de la que le parió. Aquel legado nos fué comun con S. Juan. Jesucristo entonces pensó tambien en nosotros; él nos tuvo presentes; nos tuvo á la vista; entonces nos dió á Maria por madre y nos legó por hijos á Maria. (Véase la nota cuarta.)

CAPITULO V.

Mas si las palabras del Salvador contienen el misterio de nuestra comun adopcion, contiene de la misma manera el misterio de la adopcion de San Juan; luego este apóstol no se hizo Hijo de Maria sino en el sentido y de la manera general con que nos hicimos todos igualmente. Sin embargo el testo sagrado parece que se opone á esta consecuencia.

Es indudable que S. Juan conocia mejor que otro cualquiera el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo. El se las habia oído pronunciar, y toda la fuerza divina de ellas se habia hecho sentir y comprender de su tierno corazon; por consiguiente San Juan es el intérprete mas legitimo, mas natural y mas fiel.

No parece que en esta disposion de Jesucristo viese el Discipulo otra cosa que una adopcion que le era propia, un nuevo nacimiento para él, un privilegio inherente á su persona y una preciosa distincion de su divino Maestro. Efectivamente el mismo escribió que, entendiendo como debia el honor inapreciable de verse legar á Maria por madre, se consideró desde aquel instante como el poseedor de un tesoro inestimable de la herencia mas preciosa, la amó sobre toda expresion, le dió preferencia sobre todo, y le consagró, despues de Dios, el primer lugar en su corazon. Tal es en efecto la significacion de estas palabras salidas de la pluma del mismo Evangelista Y RECIBIENDO EL DISCIPULO DESDE AQUELLA HORA A MARIA, LE CONSAGRÓ TODO CUANTO TENIA. No sus bienes temporales, añade S. Agustin; porque estaba desprovisto de ellos, sino todos los deberes de hijo

y de custodio, los que cumplió con el mayor celo y con el amor mas tierno.

Se sabe en efecto que desde aquel momento manifestó Juan por Maria todo el cuidado, la veneracion y la ternura de un hijo amante y respetuoso; que jamás se alejó de ella; que siempre permaneció á su lado; que le llevó consigo á todas sus misiones apostólicas; que, como la carta sinodal del Concilio de Efeso lo dá á entender, estuvo acompañado de la Madre del Redentor en la fundacion de aquella Iglesia; y que la miró siempre como la mas bella recompensa de su fidelidad y la gloria mas sublime de su apostolado.

Esta conducta de S. Juan con Maria no nos permite dudar que Jesucristo se la dió verdaderamente por madre y que las palabras divinas tuvieron respecto al Discipulo un sentido directo ó inmediato. Luego nosotros no podemos ser incluidos en esta adopcion sino en un sentido lato, en un sentido místico, alegórico, y no en un sentido natural, verdadero y real. Ved aqui la dificultad que surge naturalmente de lo que hemos dicho hasta aqui. O Jesucristo tuvo presente entonces tan solo la filiacion de S. Juan; y en este caso, cómo puede concebirse que en una circunstancia tan pública y tan solemne prescindiese de nosotros y nos olvidase? O por el contrario Jesucristo tuvo presente unicamente nuestra filiacion; y entonces, cómo hubiera interpretado S. Juan en su favor la declaracion del Señor, y se la hubiera apropiado como si no hubiera sido hecha mas que para él solo?

Mas esta dificultad solo lo es en apariencia, ella se desvanece y desaparece desde el momento en que se reflexiona que no se trata aqui de la palabra de un hombre, sino de la de un Dios.

La palabra de Dios contenida en la Escritura tiene, dice Sto. Tomás, una ventaja particular que le es

propia; á saber, que no es como los libros dados á luz por el espíritu y salidos de la pluma del hombre, en los que las palabras significan únicamente las cosas que representan. En los Libros santos las cosas significadas por las palabras sirven á su vez para significar otras cosas. Las palabras de los hombres solo tienen un sentido material, inmediato é histórico, que resulta de la significacion gramatical de estas mismas palabras; mientras que la palabra de Dios, ademas del sentido histórico, inmediato y material indicado por las palabras, que se llama sentido literal, encierra otro sentido que sale de la significacion de las cosas, y se llama sentido espiritual.

El sentido histórico de la palabra de Dios es pues el sentido inmediato y próximo. El sentido espiritual, que nosotros llamamos, *profético*, es el sentido mediato y remoto; este segundo sentido es el mas elevado, y por lo mismo el mas estenso, el mas noble y el mas perfecto. Los dos son verdaderos, los dos son reales, los dos son inspirados, y por lo mismo los dos son importantes; el primero porque sirve de ocasion y de velo, y el segundo porque contiene el misterio, lo descubre y lo explica. Es necesario pues, dice S. Agustín, tenerlos siempre presentes en la lectura de la Escritura sagrada. Si nos atenemos únicamente al sentido mas próximo, al sentido inmediato, á la letra que es como la corteza y la superficie, no tendremos jamás sino una inteligencia truncada, material é imperfecta de los divinos oráculos; y las palabras de la Sagrada Escritura contribuirán muy poco ó tal vez nada á nuestra edificacion.

Asi por ejemplo, es de fé que Abraham tuvo dos hijos, Ismael de Agar é Isaac de Sara. Al referir el historiador sagrado las sucesiones de estos dos hijos del padre de todos los creyentes, no cuenta una parábola, un apólogo ó una fábula, sino la historia verdadera

de un hecho ocurrido realmente. Es por lo tanto de fé; pues que S. Pablo lo anuncia en términos muy claros, que esta historia de las esposas y de los hijos de Abraham, aunque muy verdadera, es al mismo tiempo una figura y una profecía. Agar y Sara representan los dos Testamentos, las dos alianzas, la Sinagoga y la Iglesia. El Espíritu Santo, al inspirar al escritor sagrado la composicion de su relato, y la indicacion que hace de las circunstancias que en él vemos; tuvo por consiguiente presentes dos cosas: la primera transmitir á la posteridad la historia verdadera de la familia de Abraham; la segunda anunciar y figurar en ella y por ella las vicisitudes de la Iglesia de Jesucristo.

Por lo que respecta al Nuevo Testamento, la doctrina comun de los Padres de la Iglesia, es que todo cuanto ensierra es histórico y profético a un tiempo mismo; y que, segun la expresion de San Agustín, el Salvador quiso que todo cuanto hizo corporalmente fuese entendido tambien en un sentido espiritual. Ved aqui por qué el mismo Santo Doctor nos dice sobre el Evangelio de la Magdalena: Qué significa ese Simon el fariseo lleno de presuncion por su falsa santidad sino el pueblo judío? Y esa muger pecadora que viene á prosternarse á los pies del Salvador que baña con sus lágrimas, qué significa sino la gentilidad convertida á la fé? El mismo Santo cree que en la resurreccion del jóven de Naim, debemos ver la resurreccion de los pecadores; y que la alegría de la viuda su madre al recibirlo lleno de vida, es una figura del gozo de la Iglesia cuando ve á sus hijos volver á la gracia.

El Papa S. Gregorio establece lo mismo como regla general para todas las obras maravillosas del Salvador, diciendo que si por una parte debémos encontrar echos realmente cumplidos, por la otra debémos encontrar tambien lecciones significativas, porque ensierran á un tiempo mismo un prodigio del poder divino y un

misterio de la divina sabiduría. Aplicando despues esta regla entre otros hechos al Evangelio del ciego de nacimiento, dice: Nosotros ignoramos quién fué este ciego; pero sabemos que tiene para nosotros una significación misteriosa. Este ciego, en efecto no es otro que el género humano, que habiéndose separado de la luz celestial en la persona de su primer padre, parecia envuelto en las tinieblas del pecado, arrastrado hacia la condenación; y que se encuentra alumbrado milagrosamente por la presencia de su Redentor.

Así fué tambien como Jesucristo llamó a la vida natural los tres muertos de que nos hablan los Evangelistas: la hija del jefe de la Sinagoga, el hijo de la viuda de Naim, y Lazaro hermano de Marta y de Maria. El resucitó á la primera sobre su lecho de muerte, al segundo, cuando le llevaban al sepulcro, y al tercero, despues de haber permanecido en el sepulcro por espacio de tres dias. Pero no es menos cierto, supuesto que los padres de la Iglesia, y en particular S. Agustin, nos lo enseñan únicamente, que las historias de estas tres resurrecciones son misteriosas y proféticas, y que nos representan la de las almas llamadas de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Y el mismo Santo observa (y esto confirma nuestra doctrina) que al buscar un sentido alegórico en un sentido histórico, no debilitamos en lo mas mínimo la autoridad del texto; y que la infalible verdad de la historia no nos impide en manera alguna encontrar en ella un sentido alegórico, y tenerlo por verdadero. Al dicta el Espíritu Santo estas tres patéticas narraciones, quiso que estos tres prodigios admirables del poder y del amor de Jesucristo, quedasen consignados como una prueba de la divinidad de su misión; y por esta parte quiso figurar proféticamente las operaciones de la gracia en la conversion de los pecadores, conversion que exige de parte del poder divino unas

esmerzos tanto mayores cuanto mas largo es el tiempo que ha trascurrido desde la muerte espiritual. Este es, segun San Gregorio, un prodigio mas admirable aún que el de la resurreccion de un muerto. Así es, dice el mismo pontífice, que la jóven resucitada en su propia casa es una figura del hombre que ha caído y que vive secretamente en el pecado. El jóven vuelto á la vida fuera de su habitación significa el pecador que no teme aparecer tal públicamente. Lazaro, en fin, sacado de su sepulcro, es una figura del pecador abrumado como un peso enorme, bajo el de los hábitos criminales que ha contraído en su pecado.

Con estas esplicaciones se desvanece la dificultad que ofrece el passage de la Escritura de que vamos á tratar. Indudablemente hay en él, lo mismo que en los que acabamos de citar, un doble sentido y una doble significación: el sentido histórico é inmediato, y el sentido mediato, misterioso y profético. El sentido histórico é inmediato es que Jesucristo dió á Maria por madre de S. Juan y á S. Juan por hijo de Maria. El sentido remoto y profético es que en la persona de S. Juan nos dió tambien á nosotros por hijos á Maria y nos legó á Maria por madre. Y estos dos sentidos, segun la regla que hemos indicado, son igualmente verdaderos, igualmente reales y ciertos, porque Jesucristo los tuvo igualmente presentes, y porque se hallan contenidos igualmente en sus divinas palabras.

La única diferencia consiste en que la filiacion de S. Juan es el objeto ocasional mas próximo, el objeto inmediato; y la nuestra el objeto final, mediato y remoto. La una es la figura y la profecía; la otra el objeto figurado, el término y el complemento. En el primer sentido, Jesucristo obró en su calidad real de hijo de Maria y de maestro de S. Juan; y como tal, quiso consolar á aquella y recompensar á este.

En el segundo sentido obró en su cualidad tambien real de redentor y de salvador de los hombres; y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y así como en la persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduria y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como el habia sabido reunir en sí estos dos caractéres, y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es por consiguiente tan verdadera como la de S. Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por madre, pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solenne de nuestra adopcion. (*Véase la nota quinta.*)

CAPITULO VI.

HAY tambien otra regla dada por S. Agustin para la interpretacion de los Libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las expresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan mas que lo que expresan literalmente. Ellas sirven solo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos; y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien

un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente solo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Así es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz. Mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén extendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesarias sin embargo para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos.

Mas, como se podrán distinguir los pasages puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio de la Piedra dá una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasages que tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar no ofrecen ninguna significacion plausible, porque contienen expresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno ó que solo convienen en un sentido hiperbólico á la persona ó á la cosa que parece ser su objeto inmediato. Entonces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario pues suponer y buscar en el dicho pasage el sentido misterioso y profético, pues que solo en este sentido pueden las expresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los Reyes, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Así es que cuando un pasage de la Escritura es profético, el texto sagrado lo anuncia por la oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo ó inmediato.

En el segundo sentido obró en su cualidad tambien real de redentor y de salvador de los hombres; y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y así como en la persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduria y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como el habia sabido reunir en sí estos dos caractéres, y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es por consiguiente tan verdadera como la de S. Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por madre, pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solenne de nuestra adopcion. (*Véase la nota quinta.*)

CAPITULO VI.

HAY tambien otra regla dada por S. Agustin para la interpretacion de los Libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las expresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan mas que lo que expresan literalmente. Ellas sirven solo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos; y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien

un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente solo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Así es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz. Mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén extendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesarias sin embargo para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos.

Mas, como se podrán distinguir los pasages puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio de la Piedra dá una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasages que tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar no ofrecen ninguna significacion plausible, porque contienen expresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno ó que solo convienen en un sentido hiperbólico á la persona ó á la cosa que parece ser su objeto inmediato. Entonces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario pues suponer y buscar en el dicho pasage el sentido misterioso y profético, pues que solo en este sentido pueden las expresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los Reyes, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Así es que cuando un pasage de la Escritura es profético, el texto sagrado lo anuncia por la oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo ó inmediato.

Se puede tambien, para mayor inteligencia de esta regla, citar el salmo cuarenta y cuatro. Este es un epitafio compuesto con motivo de las bodas de Salomon con la hija del rey de Egipto. El contiene espresiones sumamente elevadas, que tomadas literalmente no convienen mejor á Salomon que á su esposa. En él se dice del Rey que es el mas hermoso de los hijos de los hombres; que por lo mismo le bendijo Dios desde la eternidad; que el mismo Dios es su silla. Hablando despues de la Reina, se dice que su real esposo amó su belleza porque él es su Señor y su Dios, y que recibirá las adoraciones y los homenajes; que toda la gloria de esta mujer está interior y oculta; que ella tendrá hijos que serán mas ilustres que sus abuelos, y que ella los constituirá príncipes sobre toda la tierra; que por lo mismo los pueblos la reconocerán por madre, y le tributarán eternos homenajes por los siglos de los siglos. Pues bien, todo esto es demasiado elevado, estas espresiones son demasiado sublimes para que puedan entenderse de Salomon y de su esposa; y si nos queremos limitar al sentido inmediato, el salmo parecerá hiperbólico hasta el exceso, y no tendrá un sentido plausible. El profeta nos advierte pues con tales espresiones que es necesario no limitarnos á la letra; que hay en ella un misterio, que esas bodas son la figura de una union mucho mas noble y mas augusta, es decir de la union de Jesucristo con su Iglesia. Porque solo aplicando estas espresiones á la Iglesia y á Jesucristo se encuentra en ellas una verdad exacta y rigorosa; y la espiacion del Salmo se hace natural, conveniente y perfecta.

Lo mismo sucede en el Nuevo testamento cuando Jesucristo, despues de haber curado espontáneamente y ser rogado á aquel paráltico que por espacio de

treinta y ocho años padecía en el pórtico de la piscina le dice: Ya estás curado; guárdate de pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Esta circunstancia y estas espresiones del Señor, que parece no dar importancia á la enfermedad corporal con que aquel miserable se habia visto afligido por tan largo tiempo, nos dá á entender que este relato contiene, ademas de una historia verdadera, una figura y una profecía; y que la curacion real de la parálisis del cuerpo significa la curacion de las enfermedades del alma, que debemos esperar de la accion gratuita de la gracia.

Si aplicamos ahora esta doctrina al asunto de que tratamos, conoceremos á primera vista que el pasaje del Evangelio que contiene la adopcion de S. Juan, encierra ciertas espresiones y ciertos giros que tomados únicamente en el sentido inmediato no se pueden explicar. Esto debe hacernos conocer que hay en él un misterio oculto, y que estas palabras: *Hé ahí tu Madre; Hé ahí tu Hijo*, ademas del sentido inmediato encierran otro todavia mas notable y mas importante.

En efecto, en él vemos en primer lugar á Jesucristo dar á Maria el título de *madre*, y no el de *madre*. Mas, por qué en unas circunstancias tan dolorosas, por qué la última vez que le habla como hombre pasible, no le dá el título de madre que le es debido con tanta justicia? S. Juan tampoco es designado por su propio nombre, sino por el nombre comun de Discípulo amado de Jesus. Es acaso S. Juan el único discípulo de Jesucristo á quien él ama tiernamente? No tenia el Señor otros discípulos que le fueron fieles hasta la muerte, que le amaron tiernamente y que fueron tiernamente amados?

En tercer lugar el Señor no dice á Maria: yo os destino yo os doy á Juan para que os sirva en adelante de hijo en lugar mio. Tampoco dice á S. Juan:

Yo os confío, yo os concedo á María para que sea en adelante vuestra madre. El dice simplemente á aquella: *Hé ahí tu Hijo*; y á este: *Hé ahí tu Madre*. Pues bien esta espresion *hé ahí* en su significacion mas comun y mas natural, indica una cosa ocurrida ya y que ya existe, mas bien que una cosa que debe suceder despues. Cuando dice: *Hé ahí tu Hijo*, es como si dijera: *En este momento os habeis hecho madre*; y ved ahí en la persona de Juan el hijo que habeis engendrado; como si hubiera dicho á S. Juan: En este momento naceis á una vida nueva, y ved ahí en María la madre que os ha dado á luz. Finalmente la espresion de que el Señor se vale se parece mas bien á la declaracion de un hecho que se cumple en María independientemente de todo concurso extraño, que á la de una donacion ó de una disposicion libre de Jesucristo. Pues bien cómo dió á luz María á S. Juan al pie de la cruz, y cómo S. Juan nació de María?

Por otra parte, la verdadera madre de S. Juan, su madre segun la carne, no sólo vivia entonces, sino que, segun S. Mateo, asistia tambien con las otras mugeres á la escena misteriosa del Calvario. Si pues en el momento en que María iba á perder á su propio Hijo, necesitaba del auxilio de otro hijo, San Juan cuya madre vivia todavia, no necesitaba de otra madre. Y si era justo que á María, que se encontraba viuda, se diese un hijo que pudiese reemplazar á aquel de que iba á ser privada, no parecia justo que este hijo fuese arrebatado á su madre natural, y esto á sus propios ojos, para darlo á una madre adoptiva.

Tales son las dificultades que ofrece el texto sagrado que examinamos, cuando no quiere verse en él otra cosa que el acto de adopcion de S. Juan. Entonces se encuentra en él oscuridad y confusion,

y ciertas particularidades no pueden explicarse. Pues bien, segun la regla que hemos indicado, esta confusion, esta oscuridad, estas dificultades que se encuentran para explicarlo en el sentido histórico ó inmediato, son una prueba de que este mismo texto contiene tambien un sentido misterioso y profético, y se nos dá á entender por lo mismo que el hecho merece mas atencion de la que parece á primera vista; que encierra en sí mucho mas de lo que parece; que una figura profética está oculta bajo la superficie de la verdad histórica; que es necesario, segun Dionisio el Cartujo, buscar otro personaje bajo el velo del que se encuentra designado literalmente; y que las palabras dirigidas por Jesucristo, desde lo alto de su cruz, á María y á S. Juan además del misterio de la filiacion de S. Juan con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á S. Juan, encierran un misterio mucho mas elevado y mas importante. Misterio provechoso á un número mucho mayor, mas glorioso para María, y digno sobre todo de la situacion en que se encontraba entonces el Salvador del mundo; en una palabra el misterio de nuestro fincion con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á nosotros que estábamos representados por S. Juan y comprendidos en él.

Observad en efecto como atribuyendo este sentido á las palabras del Salvador adquiere una significacion mas literal y mas completa; como todas las dificultades se desvanecen y todas las dudas se disipan; y como estas mismas espresiones, que á primera vista no ofrecen mas que dificultades, se encuentran despues con una exactitud admirable y una rigorosa precision.

Examinemos en primer lugar, dice Cornelio de la Piedra, porque en estas circunstancias tan solemnes

María es llamada *muger* y no *madre*. Al declararla Jesús nuestra madre, obraba en su cualidad pública de Redentor de los hombres, y no en su cualidad privada de Hijo de María. Debía por consiguiente valerse con respecto á María de una espresion que pudiese hacer comprender que en lo que iba á decir no miraba tanto á sus relaciones particulares con María, cuanto sus relaciones generales con los hombres cuya causa iba á sostener y cuya salvacion iba á obrar. No podía por lo mismo encontrar una espresion mas conveniente que la de *muger*, con la que parece quiso decirle: En este momento no tanto debo pensar en que soy vuestro hijo, como ocuparme de la salvacion de los hombres cuyo Redentor soy, y de quienes vos soy conmigo la co-redentora; en esta cualidad yo os los doy por hijos. La palabra *madre* hubiera hecho mas plausible el sentido inmediato; pero hubiera oscurecido el santo misterio y profético. La palabra *muger* lo descubre, lo indica y lo manifiesta en toda su grandeza y en toda su dignidad.

Examinemos tambien en segundo lugar por qué no dijo el Señor: *Yo te doy por hijo—Yo te otorgo por Madre*; sino solamente: *Hé ahí tu madre—Hé ahí tu Hija*. Si en esta declaracion solemne se hubiera tratado tan solo de dar una recompensa á San Juan y un apoyo á María, la espresion, *Yo os otorgo por Madre—Yo os doy por Hijo*, hubien sido mas adecuada y mas oportuna porque no habiendo María engendrado á S. Juan corporal ni espiritualmente, como hombre particular; este no podia llegar á ser su hijo sino por una donacion de Jesucristo. Y suponiendo que se trató de todos los cristianos y aun de todos los hombres, la espresion *yo os otorgo, yo os doy*, hubiera ocultado en cierto modo la parte que María habia tenido en el

nacimiento espiritual de ellos, y hubiera disminuido su gloria. Ella hubiera dado á entender en efecto que María se hizo nuestra madre gratuitamente por decirlo así, y no con un título de justicia. Es por el contrario cierto, como veremos en su lugar, que María, segun S. Bernardino de Sena, nos dió á luz verdaderamente en el calvario á la vida de la gracia, por su cooperacion amorosa al misterio de la redencion; que en el órden de la salvacion de los dolores de María, así como el amor del eterno Padre y los padecimientos de su amor, nos dieron el ser á todos, y que en aquellos preciosos momentos se hizo María rigorosamente nuestra madre por la inmensidad de su amor y la generosidad de su martirio. Por consiguiente queriendo el Señor manifestar que obraba este misterio en María y por María, en cuanto que ella estaba unida con el espíritu y con el corazon al Redentor del mundo, se conoce que esta espresion: *Hé ahí tu Hijo*, es la única adecuada y oportuna, porque equivale á decir: *Muger, vos acabais de dar á luz en este momento; y ved ahí ante vos el Hijo á quien habeis dado el ser*. Este hijo es el pueblo cristiano, del que S. Juan es á un tiempo mismo las primicias y la figura. Este hijo es vuestro y verdaderamente vuestro, no solo porque yo os le doy liberalmente, sino tambien porque ha nacido verdaderamente de vuestro amor y de vuestros dolores. Yo no hago otra cosa que mostrárosle, declarando vuestra gloriosa fecundidad.

Por la misma razon, examinemos tambien por qué en presencia de su propia madre segun la carne, dió á S. Juan otra madre en la persona de María. Esto consiste en que cuando se trata de un nacimiento puramente espiritual, se puede muy bien tener una segunda madre, de la que se recibe, segun el testo sagrado, un nacimiento puramente divino; aun cuando se

conservar también la madre que nos ha dado á luz por la concupiscencia y los deseos de la carne y de la sangre. Y así como la vida de la gracia es la verdadera vida, la vida completa y perfecta; así la que nos ha engendrado á esta vida, es mucho más que nuestra madre, según la carne, una verdadera madre, una madre por excelencia, en cuya comparación nuestra madre por naturaleza, la que nos concibió y dió á luz en el pecado, ni aun merece ser nombrada. No hay pues cosa alguna más conveniente ni más exacta que esta expresión: *Hé ahí tu Madre*. Tomada en el sentido inmediato parece oscura; pero se hace clara, enérgica y de una exactitud sublime, cuando se toma en el sentido profético y misterioso que Jesucristo tuvo presente más particularmente.

Finalmente, se comprende también por qué S. Juan no es llamado por su propio nombre sino por la palabra genérica de *Discípulo amado de Jesús, Discípulo muy amado de Jesús*. En efecto, suponiendo que S. Juan entraba en participación del misterio, no ya como hombre privado, sino como una persona pública que representaba la iglesia, nada más justo y más natural que verse designado por un nombre común á todos los verdaderos hijos de la iglesia, y que por lo mismo puede significar su ministerio de representante de ellos. Pues bien, el nombre propio de síma fiel, de hijo de la iglesia, es precisamente el de muy amado. Efectivamente, en el libro de los Cantares se dice: *No despertéis á mi muy amada*. Y el mismo Jesucristo dijo: *El que me ama, será muy amado de mi Padre y de mí*. S. Juan que en estas circunstancias representaba á todos los fieles, no podía ser pues designado sino con el nombre de *Discípulo muy amado de Jesucristo*. Esta sola expresión genérica con que es designado basta, como observa el docto Sylveira, para hacer conocer que se trata aquí de un misterio universal que comprende no á un

solo hombre, sino á todos los hombres á los que conviene la calificación de *Discípulo muy amado de Jesús*. Por consiguiente, las palabras del Señor son la declaración más amplia y solemne de que la Madre de Jesús se hizo la madre de todos los cristianos.

Así pues, no solo el tiempo, el lugar y las circunstancias en que fué hecha esta tierra declaración; no solo las funciones sublimes de sacerdote, de víctima y de Redentor de los hombres, que el Hijo de Dios ejercía entonces; sino los términos mismos de ella, que no tienen un sentido claro y completo, sino en cuanto se refieren á un objeto más amplio y más elevado, todo nos demuestra que ella contiene igualmente el título sagrado, el acta auténtica de nuestra adopción por hijos de María; y que, como dice San Agustín, María se hizo entonces la madre de todos aquellos que viven según el espíritu; ó como afirma S. Ambrosio, la madre de todos los que creen como cristianos.

La palabra *mager*, usada por Jesucristo en estas circunstancias misteriosas, en vez de la de *madre*, nos descubre un misterio todavía mayor, que la palabra *madre* hubiera oscurecido.

El real Profeta dice que Dios nunca se ha olvidado de su cualidad de Padre, y que aun en los trasportes de una justa indignación escrita por nuestros pecados, y en el ejercicio de su justicia, siempre se ha acordado de su misericordia.

Pues bien, esta conducta de Dios con respecto á los hombres se manifestó desde el principio del mundo de una manera especial, con ocasión del primer pecado de que el hombre se hizo culpable en su presencia. En efecto, en el momento mismo en que su justicia, sumamente irritada por la culpa de Adán, pronunciaba la sentencia que le condenaba, á él y á toda su posteridad, á la esclavitud, á la maldición y á la muerte, hizo la promesa de un Redentor por el que debíamos

ser rescatados, bendecidos de nuevo y vueltos á la vida. Yo estableceré, dice á la serpiente, una enemistad entre tí y la *mujer*, entre tu raza y la suya. Ella quebrantará tu cabeza, y en vano tratarás tú de morder su calcañal, ó como dice el texto original, tú romperás su calcañal.

Es muy cierto, dice S. Agustín, que la *serpiente* á quien fueron dirigidas estas palabras, era el demonio; y que la *mujer* cuyo elogio se hace es María. No puede, en efecto, suponerse que Dios, por la *mujer* de quien habló á la serpiente, quisiese designar á Eva que acababa de ser seducida por la misma serpiente, y que había prestado tan fácilmente sus oídos y mucho más aun su corazón á sus mentirosas promesas. Existía por lo mismo una conformidad de pensamientos y de efectos entre Eva y la serpiente. Se había establecido entre ellas una conformidad en su plan de rebelion, de elevacion y de orgullo en perjuicio de la obediencia que debían á Dios. La obra del pecado había establecido entre ellas una especie de sociedad y de amistad. La enemistad verdadera, real y perfecta entre la *mujer* y el demonio, ha sido la de María. Ella tuvo con Eva una conformidad de naturaleza, mas no de espíritu. Ellas tuvieron de comun la sencillez, mas no la ligereza, la credulidad, la desobediencia ni el orgullo. Extraña María al espíritu de la serpiente y llena del espíritu de Dios, no quiso sino lo que Dios quiere, y aborreció todo lo que quiere la serpiente. Ella fué mucho más humilde que Eva orgullosa; mucho más dócil, fiel y sumisa, que Eva indócil, incrédula y desobediente. Jamás la vanidad envaneció su espíritu; jamás la curiosidad tuvo entrada en su corazón, y jamás la serpiente encontró una brecha por donde penetrar en su alma. María pues, fué verdaderamente aquella *mujer* entre la cual y la serpiente reina la division mas absoluta de interés y de intenciones, la oposicion mas

directa de deseos y de conducta y la enemistad mas profunda, una enemistad irreconciliable y eterna. Esta enemistad ha sido obra de la gracia con que Dios la previno, y del Espíritu Santo del que Dios la llenó; por consiguiente solo en María se cumplieron á la letra estas palabras de Dios á la serpiente: Yo estableceré una enemistad entre tí y la *mujer*.

La debilidad, la temeridad y la malicia de Eva habían dado á la serpiente una posteridad, una raza, y los hijos de Eva pecadora pertenecian al demonio como á su padre. La firmeza, la humildad y la santidad de María la hicieron madre de Jesucristo, y en Jesucristo de todos aquellos á quienes su gracia y su sangre han hecho renacer, y que por lo mismo tienen á Jesucristo por verdadero padre. Los hijos del demonio, los que componen su posteridad, son todos los pecadores, los viciosos, los injustos, los que, como Eva, tienen un espíritu de orgullo, de mentira, de odio y de perversidad. Los hijos de Jesucristo, los que componen su familia, y por lo mismo la familia de la *mujer* ó de María que es la Madre de Jesucristo, son todos los que, como María, tienen la fé y el espíritu de Jesucristo, el espíritu de humildad, de pureza, de sinceridad y de amor. Son todos los verdaderos cristianos, los santos y los justos. De estas dos razas se formaron dos pueblos á quienes S. Agustín llama las dos ciudades: Jerusalem y Babilonia; la ciudad del amor divino, y la ciudad del amor de sí mismo; la ciudad fundada sobre los intereses del siglo presente, y la ciudad fundada sobre los intereses del siglo futuro; la ciudad de Dios y la ciudad del diablo; la Iglesia verdadera, y el mundo condenado por Jesucristo y excluido de su oracion. Ved aqui por qué entre estas dos razas, entre estos dos pueblos, entre estas dos ciudades existe una oposicion invencible de pensamientos, de sentimientos y de acciones; y hay entre ellas una enemistad, una

guerra encarnizada ó implacable que durará hasta el fin del mundo, porque el odio recíproco de sus respectivas cabezas se ha comunicado á sus descendientes, y se perpetuará entre ellos. El espíritu de Dios y su gracia elevan un muro de separación entre la familia elegida y escogida y la familia culpable y reprobada; y de este modo es como se cumplen todavía estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tu raza y la suya.*

El demonio había ensayado en vano contra María las asechanzas que le habían hecho triunfar de Eva: todos los artificios empleados para atraerla á sus caminos habían sido burlados. El sustituye, pues, el furor del león á la astucia de la serpiente, y se arroja con una rabia ciega sobre su hijo, que le inspiraba más inquietudes y más temores aun que su madre. El mismo Jesucristo se lo permite con estas palabras: *La hora es llegada en que se os ha concedido lo mismo que á las potestades de las tinieblas, prevalecer contra mí.* El demonio se empeña entonces en maltratarle del modo más bárbaro, y como lo había anunciado Isaias, en quebrantarle y molesterle en su carne pasible y mortal, haciendo desgarrar á azotes aquella carne santa y divina, y haciéndola atravesar con los clavos. Pues bien: siendo la carne lo que había de menos noble, como el calcáñal, por decirlo así, en la persona de un Dios incarnado, y teniendo Jesucristo esta carne de María, se cumplió también la otra parte de la profecía de Dios á la serpiente: *Tu quebrantarás el calcáñal de la mujer.*

Mas, qué puede la astucia de la serpiente contra la sabiduría de Dios? Jesucristo había ocultado su divinidad bajo el velo de su humanidad, y María su virginidad bajo el velo del matrimonio. Jesucristo había eclipsado su magestad sometiendo á toda especie de tormentos y de oprobios, que parecían

absolutamente incompatibles con su origen divino; y María había ocultado su dignidad sufriendo la pobreza, las necesidades y los dolores que parecían igualmente incompatibles con su divina maternidad. Los dos habían ocultado bajo las apariencias de una violencia exterior la libertad y el amor con que María ofreció á su Hijo, y Jesus se ofreció á sí mismo por la salvación del mundo. El demonio por el contrario, calculando según su orgullo la manera con que debiera mostrarse un hijo que tenía al mismo Dios por padre, y de una madre que tenía un Dios por hijo, no comprendió el misterio profundo de una flaqueza voluntaria, consentida y aceptada, y que tenía su raíz en un corazón abrasado por la caridad divina. Engañado por la semejanza exterior de la carne de Jesucristo con la de los pecadores, no vió, dice San León, la santidad exenta de la sombra misma del pecado, y que distinguía á Jesucristo de todos los demás hombres; él creyó que el segundo Adán descendería del primero, no solo por la carne, sino también por las obras; y que heredaría su culpa, lo mismo que su naturaleza; él le miró como uno de los esclavos que el primer pecado había sujetado su imperio.

Por esta razón tuvo la audacia de someter á su poder tiránico, de azotar y de crucificar á la santidad misma, en la que no había podido descubrir el menor vestigio de pecado; y por este acto de horrible injusticia, por haber maltratado é inmolido á su crueldad á aquel que nada le debía, al nuevo Adán, á la cabeza del pueblo santo, perdió los derechos funestos que la temeridad del primer Adán le había hecho adquirir sobre un pueblo de réprobos. Jesucristo en el Calvario no quebrantó la cabeza de la serpiente con el esplendor de su divino poder, es decir con su cabeza, sino con su humildad, con la miseria y la flaqueza de su humana carne, es decir

con sus pies, con su calcañal, con esta parte del cuerpo la mas distante de la cabeza y la mas próxima á la tierra; y este mismo calcañal, ó esta misma carne que la serpiente habia quebrantado sirvió para quebrantarla á ella. Ella no pudo hacer al calcañal ó á la humanidad del Señor mas que heridas pasageras que muy pronto fueron cicatrizadas; y ved aquí que ella á su vez no solo tiene herido el pie, sino quebrantada la cabeza; y esta herida le es comuna con todos los principes de las tinieblas cuyo imperio destruyó. Pero bien, siendo Jesucristo el verdadero Hijo de Maria, habiendo recibido de Maria la carne con que alcanzó una victoria tan señalada, es indudable que este triunfo pertenece tambien á Maria; que en la persona de su Hijo y por medio de su Hijo clavado en la cruz, ella tambien quebrantó la cabeza de la serpiente. Asi se cumplió tambien la otra parte del divino oráculo que anunciaba que la muger quebrantarla la cabeza de la serpiente con el mismo calcañal que la serpiente habria quebrantado.

Por medio de Jesucristo su Hijo, en cuyo sacrificio tomó Maria la parte mas importante, no solo quebrantó en el Calvario la cabeza de la serpiente, sino que, como se explicará mas latamente en la segunda parte, se hizo tambien, en todo el rigor de las palabras, la madre de todos los hijos de Dios, de todos los verdaderos cristianos, de toda la Iglesia de una posteridad que jamas le faltará hasta el fin del mundo.

En el dia de la Anunciazion se hizo Maria madre de Jesucristo ó de la Cabeza; pero solo en el Calvario le fué concedido adquirir la maternidad sobre los miembros de esta cabeza ó sobre los fieles que componen la Iglesia; porque allí fué donde la Iglesia nació de las heridas y de la sangre de Jesucristo.

Jesucristo es hijo de Maria; la Iglesia que es la familia del uno, se hizo por consiguiente la familia y la posteridad de la otra. S. Juan, aquel discipulo fiel y amado de Jesucristo fué el tipo y la figura. En efecto, sus cualidades y sus virtudes espresan vivamente las cualidades de los verdaderos hijos de Jesucristo y de Maria.

No puede pues dudarse que la profecia del Génesis, que anunciaba una enemistad entre la muger y la serpiente, y que la descendencia de Maria unida á su cabeza quebrantarla la cabeza de la serpiente y humillaria su orgullo, no puede dudarse repito, que esta magnifica profecia, la mas antigua de todas las profecias relativas á las grandezas de Jesucristo y de su santisima Madre tuvo su cumplimiento en el Calvario. Luego por un rasgo, por un rayo de su luz y de su sabiduria divina fué por lo que Jesucristo en el Calvario dió á Maria el título de *mujez*, y no el de madre; pues que con esta misma palabra habia Dios designado á Maria cuatro mil años antes. Jesucristo nos manifiesta y nos revela que esta *mujez* del Calvario es la misma *mujez* de que se habló en el paraíso terrenal; y que el misterio de su maternidad sobre los hijos de Dios y de su triunfo sobre la serpiente, anunciado tantos siglos antes, recibe su cumplimiento. Despues añade Jesus: *He ahí tu Hijo*. Como si le hubiera dicho: O Maria! en este momento en que estais unida á mí por una conformidad perfecta de pensamientos, de sentimientos y de afectos, en este momento en que inmolais en mí y conmigo, ved ahí que vos sois la *mujez*, la *mujez* perfecta, la *mujez* por excelencia que quebranta la cabeza de la serpiente. En este momento os hacis madre de una posteridad santa; y ved ahí que Juan es el tipo y la figura de los hijos, no que nacerán, sino que han sido ya dados á luz por vuestro amor

y por vuestros dolores; y esos hijos son verdaderamente vuestros.

Por lo dicho se colige lo que debe pensarse de esos intérpretes que apoyados en la autoridad de un antiguo poeta, dicen que Jesucristo llamó á María *sugger* y no *madre*, para no afligirla mas ni desgarrar se corazón maternal, porque el título dulce y tierno de *madre* le hubiera hecho sentir demasiado la diferencia infinita que habia entre el Hijo propio y legítimo que perdía, y el hijo adoptivo que se le daba como en compensación, lo cual hubiera aumentado sus penas y desgarrado mas cruelmente su maternal corazón. Es decir que esta interpretación, aunque piadosa no corresponde á la dignidad del Redentor que pronunció estas sublimes palabras, ni á la de la Coredentora que era el objeto inmediato de ellas. Si se admite de este modo, ella sola rebaja en cierta manera uno de los misterios mas sublimes que se cumplieron en el Calvario y que Jesucristo se dignó descubrirnos para hacernos conocer que en aquellos momentos solemnes tenia muy presentes los Libros santos; que iba á cumplir todo lo que él mismo habia hecho consignar en ellos; que el Antiguo Testamento fue una figura continua del Nuevo, y que el Nuevo descubre los misterios del Antiguo, ocultos bajo el velo de la alegoría y de la figura; que los dos se prestan mutuamente una luz divina que los explica; los prueba y los confirma; que son como dos columnas que sostienen mutuamente, y forman, como dice S. Pablo, el fundamento sobre que se eleva el edificio triunfante, grande y magnífico de la verdadera Religión.

Después de haber consignado la verdad del misterio, es tiempo ya de considerar el modo con que Jesucristo nos hizo el don precioso de María para que nos sirva de Madre, y las consecuencias que de aquí se deducen. (Véase la nota sexta.)

CAPITULO VIII.

La doctrina comun de los Libros Santos que las dos alianzas hechas, la una con el pueblo hebreo y la otra con el pueblo cristiano, fueron concluidas en forma y bajo los términos de un testamento. Moisés, al anunciar la primera, dijo á los Hebreos: Esta es la sangre del testamento que Dios ha hecho en vuestro favor; y Jesucristo, al anunciar la segunda en la última cena, repitió en cierto modo las mismas palabras de Moisés, como para manifestar que la antigua alianza era el tipo y la figura de la nueva: Esta es mi sangre, dijo á los Apóstoles, la sangre del nuevo testamento. Ved aquí por qué la parte de los Libros Santos que contiene las constituciones y las leyes, la historia y las vicisitudes de la primera alianza, es llamada el Antiguo Testamento; y aquella en que se trata de la nueva alianza es llamada el Nuevo Testamento.

Estas dos alianzas aunque semejantes en el nombre, se diferencian sin embargo tanto como la cosa figurada se diferencia de la figura, el original de la imagen, la realidad de la sombra, el espíritu de la carne y el hombre de Dios.

En efecto, el primer Testamento fué concluido por el ministerio de Moisés, que aunque revestido de una misión y de un carácter divino, no era sin embargo mas que un hombre, mientras que el segundo se realiza por el ministerio de Jesucristo, hijo de Dios y Dios en sí mismo, á quien S. Pablo llama por lo tanto el mediador del Nuevo Testamento. El primero, segun el mismo Apóstol, fué escrito con una tinta misteriosa sobre tablas de piedra; y el segundo

ha sido escrito por el espíritu y por la gracia del Dios vivo en los corazones mismos de los hombres. El primero prometía un establecimiento, un reino, una herencia temporal y terrena; el segundo promete un establecimiento, un reino, una herencia incorruptible y pura; celestial y eterna. El espíritu del primer testamento fué un espíritu de temor servil, capaz tan solo de engendrar esclavos; el espíritu del segundo es un espíritu de amor capaz de formar hijos adoptivos que invoquen á Dios como á su propio padre. El primero fué confirmado por la muerte y por la sangre de víctimas puramente animales; el segundo lo fue por la muerte y por la sangre preciosa del Cordero Divino, del cordero santo, puro y sin mancha, esto es el mismo Jesucristo. Finalmente, el primero se consumió y se publicó solemnemente en el monte Sinaí, y el segundo en el Calvario, cuando el divino Testador, ministro y víctima de su propio Testamento, pronunció estas sublimes y misteriosas palabras: **TON ESTA YA CONSUMADO.**

Y qué hace Jesucristo en la cruz? en qué piensa de qué se ocupa? Ay! inundado de oprobios, saciado de hiel, abrumado de dolores y colmado de aflicciones por los hijos de los hombres, hace en favor de ellos la declaración de su última voluntad, y dispone de todo lo que su Padre ha puesto en su poder; él distribuye su herencia; él ordena, él dicta solemnemente, dice S. Ambrosio, su testamento público y privado.

Nada falta en efecto á la solemnidad y formalidades de un verdadero Testamento. Además del testador, los legatarios se hallan presentes y acepta por medio de sus procuradores respectivos. Los soldados romanos representan á los gentiles; los habitantes de Jerusalem, al pueblo judío; las tres Marías, á las almas justas; los ladrones á los pecadores

San Juan, dice S. Ambrosio, ejercía las funciones de gran canciller, de notario público de la Iglesia, y al mismo tiempo de testigo digno de un testamento grande. Y porque, segun dice S. Pablo, un testamento no es verdaderamente tal sino por la muerte del testador; porque no es válido, ni dá derecho á la sucesion ni á la herencia sino por la muerte de este; por lo mismo Jesucristo murió verdadera y realmente pocos instantes despues de haber manifestado su última voluntad. El primer Testamento habia sido confirmado, sellado y autorizado con sangre y agua, pues que Moisés, despues de haber hecho su publicacion, roció, dice S. Pablo, con sangre y con agua el libro que contenia aquella alianza divina, y al pueblo que la habia escuchado y aceptado solemnemente. Del mismo modo, despues de la muerte de Jesucristo salió de su sacratísimo costado sangre y agua con que fueron rociados los que se hallaban presentes. Finalmente aunque todo el pueblo hebreo presenció las condiciones del primer Testamento, dió sin embargo á Moisés solo el cuidado de anunciarlo, de redactarlo y de escribirlo, como en efecto lo escribió en el Exodo y lo enseñó con sus mas pequeñas circunstancias. Del mismo modo en el segundo, aunque no solamente María y las otras piadosas mugeres sino tambien los verdugos mismos y los enemigos de Jesucristo fueron testigos y partes interesadas, S. Juan sin embargo recibió el encargo especial de notar todas las circunstancias que lo acompañaron, de reunir todas sus particularidades, y de consignarlo y publicarlo por medio de un acta auténtica; lo cual ejecutó fielmente en su Evangelio. Por esta razon, dice Cornelio de la Piedra, se le puede considerar principalmente como el albacea y el ejecutor del testamento de Jesucristo. Y en efecto, S. Juan es el único que hace mencion de la lanzada, última prueba de

la muerte real del testador, de la efusion de las últimas gotas de sangre que quedaban en sus venas y del agua, que sin mezclarse ni confundirse salieron por la abertura hecha en su costado. El cuido de todo, todo lo describió con exactitud, de todo dejó un acta pública en la cual puso su firma, declarando con una especie de juramento que nada escribió que no hubiese visto con sus propios ojos, oído con sus oídos y palpado con sus manos, hasta la sepultura de su Señor y Maestro, y que su testimonio es sincero y verdadero.

Mas en este Testamento que nuestro Padre hizo por un exceso de amor y de ternura para con nosotros hay diversas cláusulas. En la stípica que Jesucristo hizo en favor de sus verdugos aseguró la reconciliación y el perdón á los pecadores culpables de los mayores excesos con la única condicion de que quisiesen aprovecharse de ella; reconciliación que dá derecho á hacerse hijos de Dios, y á participar por lo mismo de su herencia como sus propios hijos. Era necesario que la primera condicion se expresase para que el testamento pudiese correspondernos y darnos derecho á entrar en participacion de los otros dones. En la promesa hecha al buen ladrón, dispone el Hijo de Dios de su reino celestial en provecho nuestro, como lo habia prometido; él confiere el derecho y la investidura solemne, no solo á los justos, sino tambien á todos los verdaderos penitentes. En la sed misteriosa de que se queja manifiesta, dice S. Cipriano, el ardor de su caridad por nuestra conversion y por nuestra salvacion. Por un efecto de esta misma sed, fué por lo que nuestro amoroso Salvador pedía de beber, durante su vida, á la Samaritana. Estos deseos y esta sed del Hijo de Dios, no pueden ser estériles ni vanos porque van acompañados de la uncion de su gracia; ellos deben pues darnos la seguridad de su

auxilios celestiales y los medios necesarios no faltarán (jamás) á ninguno para convertirse.

Cuando se queja de verse abandonado, pide que no suframos nosotros tal abandono, ni aun en lo que concierne al cuerpo, y nos asegura que su resurreccion y su gloria se extenderán á todos sus escogidos. Al encomendar su espíritu á su Padre, encomienda tambien el de todos los elegidos, y les asegura por parte de su mismo Padre los cuidados mas afectuosos y el amor mas tierno. Finalmente en esta misteriosa exclamacion: *Todo está consumado*, declara solememente la abolicion, la nulidad y la destruccion de todos los antiguos titulos de condenacion; él paga la deuda, satisface á la justicia, y remueve para siempre los obstáculos que nos impedían llegar hasta Dios, nos asegura los medios, y acaba en todas sus partes, no solo para el tiempo presente, sino para la eternidad, la obra de la santificación y de la salvacion.

Pero no se limitan á eso sus amorosas disposiciones con respecto á nosotros. El se acuerda de que al morir deja en la tierra un objeto del mayor valor, del mas alto mérito, y que le es mas amado que todos los demas. Este objeto es Maria, la mas santa y la mas amada de todas las madres. Para poner pues el sello á su liberalidad y á su amor para con nosotros, dispone tambien de Maria en nuestro favor, y dándonos á ella en la persona de S. Juan, la crea y la establece nuestra madre y nos la deja por tal.

Qué desinteres y qué generosidad, qué amor tan grande nos manifiesta Jesucristo al darnos su propia madre en este precioso legado!

Toda la historia de los beneficios inestimables de la redencion se halla contenida en un bello pensamiento de S. Leon. Jesucristo, dice, rico negociante del cielo, vino á la tierra á establecer un comercio de salvacion; es decir, vino á ponerse en nuestro lugar, y á

colocarnos en el suyo; tomó de nosotros cuanto nos pertenecía y lo trocó por lo que él poseía, cediéndonosla en propiedad, y dándonos principalmente lo que le pertenecía por derechos sagrados ó inviolables, procedentes de una venta verdadera, y de una verdadera permuta. Cambio precioso que solo una caridad sin límites puede sugerir y solo un poder infinito puede llevar á efecto. Permuta afortunada en la que, como dice S. Agustín, todos los sacrificios, todas las humillaciones y todas las penas son para él, y todo el provecho, toda la utilidad y todas las ventajas son para nosotros. Y en efecto él nada recibió de nosotros, ni podía recibir otra cosa que los males de que éramos víctimas; él nos ha dado todos los bienes de los que él mismo es una fuente inagotable y un tesoro precioso.

Entre las cosas que le pertenecen hay dos que son propias suyas de una manera, por decirlo así, peculiar y absoluta; quiero decir su Padre celestial y su Madre terrena. Su Padre celestial que de su propia sustancia le engendró Dios desde toda la eternidad, y su Madre terrena que de su propia sustancia le engendró hombre en el tiempo. Su Padre celestial que le comunicó de una manera perfecta la naturaleza divina; su Madre terrena que le dió de una manera perfecta la naturaleza humana. Él no tiene por consiguiente cosa alguna mas amada en el cielo ni en la tierra, ni existe cosa alguna tan preciosa para él como su Padre celestial que es Dios, y su Madre terrena que por lo mismo es madre también de Dios. Sin embargo al permutar todas sus riquezas divinas por nuestras miserias, su generosa caridad, su liberalidad sin límites nos hizo donacion de los dos. El quiso que en el órden espiritual divino fuésemos el mismo padre y la misma Madre que él, así como en el órden temporal y terreno se habia él dignado tener el mismo Padre y la misma

Madre que nosotros, descendiendo como verdadero hombre de Adán y Eva.

El no se contentó con hacernos participantes de su sabiduría, enseñándonos todo cuanto habia aprendido en el seno de su Padre. El no se contentó con darnos todas sus gracias y todas sus riquezas para hacernos gozar de una vida nueva, de una vida rica y abundante en el órden espiritual. El no se contentó finalmente con dárse nos todo entero, con dar su sangre y su vida para redimirnos y salvarnos. Todo esto era mas que suficiente para nuestro rescate; pero no bastaba á su amor. A fin de que nuestra redención fuese bajo todos aspectos abundante para hacer íntima y perfecta nuestra union con Dios; á fin de que la permuta de todo cuanto él tenia por todo lo que teniamos nosotros fuese completa y perfecta, nos trasmite tambien sus derechos de hijo que parecian incommunicable, haciéndonos en él y con él hijos de un mismo Padre que es Dios, y de una misma Madre que es Maria. (Véase la nota sétima.)

CAPITULO VIII.

Puede decirse en vista de esta accion de Jesucristo, que aunque era muy rico, no tuvo mas que darnos. Clavado en un madero cruel, en el momento de exhalar el último suspiro de una vida empleada toda en favor nuestro, que mas puede él hacer por nosotros, ó qué mas nos puede dar? Nada absolutamente, pues que nada posee, despues de habérmolo dado todo en él y con él. Así lo hubiéramos creído nosotros; porque quien podria haber pensado jamás en Maria? Quién hubiera imaginado nunca que él hubiera hecho tambien que su Madre se

convirtiese en nuestro provecho, y la hubiera puesto en estado de que nos consolase y nos socorriese? Mas esto que escudia nuestros pensamientos y nuestros deseos, se lo inspira su sabiduría infinita, y su amor se lo hace llevar á efecto. El vé al pie de la cruz á esta tierna Madre que se asocia á sus sacrificios y á sus padecimientos por la salvación del mundo. El vé la generosidad con que esta mujer fuerte ofrece y sacrifica su propio hijo por la redención de los hombres; él la vé animada de la caridad mas viva y de la compasión mas tierna por nuestra suerte.

El vé los beneficios que los hombres por quienes muere podían reportar de la seguridad que les dá, de los amorosos cuidados y de los tiernos movimientos de este corazón tan noble, tan sublime, tan heroico, y al mismo tiempo tan dulce, tan compasivo, tan sensible y tan afectuoso para con nosotros, seguridad que él nos garantiza con un título sagrado, inviolable y perpétuo, cuando crea, establece y proclama á esta mujer heroica nuestra verdadera madre.

San Agustín, refiriéndose á estas palabras tiernas del Señor á sus apóstoles: Yo no os dejare huérfanos, nos dice: Aunque el hijo de Dios nos hizo hijos adoptivos de su propio Padre, y de este modo tenemos por gracia el mismo Padre que él tiene por naturaleza, y aunque él mismo se hizo por consiguiente nuestro hermano, quiso además de esto mostrarnos que tenía para con nosotros las entrañas y el amor de un padre cuando nos dijo: Yo no os dejaré huérfanos. Ahora ha cumplido esta promesa que entonces nos hizo y que es el fruto de su afecto paternal; y esta seguridad que nos dió de no dejarnos huérfanos la confirmó, no solo cuando después de su resurrección visitó á sus discípulos, y cuando después de su ascension envió al Espíritu consolador; sino tambien de una manera mas espe-

cial, como dice S. Efrén, cuando al morir nos dejó á Maria por madre; y esta es la razon por qué el mismo Padre llama á Maria el acilo y el refugio de los huérfanos.

Es admirable en efecto la relación que existe entre estos dos pasages del Evangelio de Jesucristo. En el primero dice: Yo no os dejaré huérfanos; yo os lo prometo. En el segundo, instituye á Maria nuestra madre, y nos dá á ella por hijos. En seguida se vuelve á sus discípulos, á quienes habia prometido no dejar huérfanos y les dice en persona de S. Juan: Ved ahí vuestra Madre. Como si les hubiese dicho: Yo os he prometido no dejaros huérfanos y ya os he dado á mi propio Padre; pero esto no basta á mi amor; yo he hecho cesar la privación en que os encontrabais de un padre que os volviese á la vida, y reemplazase á Adán que murió, y os dió á vosotros la muerte; pero todavia sois huérfanos de madre supuesto que no podeis considerar como tal á Eva, que murió igualmente á la gracia y á la vida. Yo he hecho cesar tambien ahora esa privación, á fin de que mi promesa se cumpla bajo todos aspectos, y que no podeis consideraros en manera alguna como huérfanos. Ved aqui pues á Maria á quien he nombrado, vuestra Madre: esta es la Madre que os faltaba, la Madre que os he prometido implícitamente, la Madre que yo os doy, á la que os confío y en la que serán reparados ampliamente los males que os causó la madre que perdisteis. Por ella y en ella nada os faltará. Vosotros habeis tenido un padre y una madre en el orden de la naturaleza; un padre y una madre se os ha dado igualmente en el orden de la gracia. Nada tenéis ya que envidiar á vuestro primer nacimiento. Ya no sois huérfanos de madre, pues ahí tenéis la que os faltaba, pero que no hubierais pensado jamás pedirme, ni la hubierais obte-

nido jamás, si mi amor no me hubiera obligado á dároslo. De este modo ha agotado mi ternura todos los medios y todos los recursos para socorreros. Ya no me queda por conseguir nada que daros, que proporcionaros ni que alcanzaros. Ya he provisto abundantemente no solo á vuestras necesidades, sino también á vuestro consuelo. Yo me despejo absolutamente de todo cuanto tenía en beneficio vuestro. La herencia que os dejo es completa, y mi testamento se cierra con este último legado. Ya no me resta mas sino daros el último suspiro de mi vida, y probaros con mi muerte el exceso de mi amor.

Oh! cuán llena de amor es esta solicitud de la caridad de un Dios Redentor! Nada se le olvida; nada omite, no solo de lo que es necesario, sino tampoco de lo que pudiera ser de alguna utilidad para nuestra salvacion; es necesario que la obra de su misericordia exceda á todas las riquezas de su bondad. El nos habia reconciliado con Dios por medio de su sangre; él nos habia dado á este Dios por Padre, haciéndose él mismo nuestro hermano; y para dar á esta filiacion de Dios Padre, ó esta fraternidad de Dios hijo una base mas amplia, un nuevo título, un centro, un vínculo, mas sensible; para facilitar nuestra flaqueza y á nuestra timidez un medio para llegar á él con mas seguridad y mas confianza; y para darnos en fin en su divina presencia, una mediana, un guía y un motivo de esperanza, quietud que su propia madre sea también la nuestra. Para hacernos este don no esperó su misericordia que le pidiésemos, ella nos previno y nos salió al encuentro segun la profecía de David. Para hacernos apreciar todavía mas un don tan precioso, nos lo hizo en forma de legado, ó de donacion por causa de muerte. Si nos lo dió pocos instantes antes de morir como

la última señal de ternura que podía darnos, como el último recuerdo de su amor.

Oh dulce ideal pensamiento lleno de encanto, recuerdo precioso! La Madre de Dios es también mi verdadera madre! Yo no puedo dudar en ello, pues que el mismo Dios, pocos instantes antes de dar el último suspiro en la cruz, me la dió y me la dejó por madre. Qué nuevo título, dire yo con S. Anselmo, qué nuevo motivo no tengo para mirar á Dios como mi padre, y á Jesucristo como mi hermano, ahora que tengo á su Madre por guía, por abogada y por defensora! Qué asilo tan seguro, qué refugio tan amplio no encontraré en Maria! Quién podrá en adelante intimidarme, ó hacerme vacilar en el desseo y la esperanza de conseguir mi salvacion, supuesto que tengo un hermano tan bueno, una madre tan tierna y tan compasiva que cuidan de ella? Oh alma mia! me diré á mí mismo con S. Buenaventura, aun cuando seas pecador, debes reanimar tu confianza y alegrarte porque el examen de tu causa, el éxito de tu juicio y la adquisicion de tu perdón, dependen de la sentencia de un Dios que es tu hermano, y de la Madre de un Dios que es también tu Madre. (Véase la nota octava.)

CAPITULO IX.

Es un dogma fundamental de la fé católica que el Hijo de Dios encarnó por todos, que padeció y dió su vida, por todos, que satisfizo por todos, que mereció á todos el perdón y la reconciliación, que obtuvo para todos un derecho á sus bienes, á sus privilegios, á su amistad y á su fraternidad; que cargó con los pecados de todos, y los expió; que ninguno fué excluido de

la generalidad de su obediencia, ni de los méritos de sus sacrificios. Es sin embargo indudable que á pesar de esto, no siendo todos cristianos, no son todos hijos de Dios; por consiguiente no son todos verdaderos discípulos, verdaderos amigos ni hermanos de Jesucristo. Solo aquellos lo son que, una vez incorporados á él por el bautismo, permanecen unidos á él por los lazos de la fe en su doctrina y de la fidelidad á sus preceptos.

Lo mismo sucede respecto á María. Aun cuando por su cooperación á la redención, el nacimiento espiritual de todos, su hijo se madre de todos, como veremos más adelante, así como Jesucristo es el Redentor de todos, sin embargo en realidad solo es madre de aquellos que tienen á Dios por padre, y á Jesucristo por maestro y por hermano, es decir de los verdaderos católicos, de los que, con Jesucristo, componen un cuerpo cuya cabeza es él, quiero decir la Iglesia.

Jesucristo quiso recordarnos esta verdad tan preciosa como consoladora para nosotros que tenemos la dicha de pertenecer á la Iglesia, por las palabras que dijo á María mostrándoles á S. Juan, *HE AHÍ TU HIJO*; porque, como ya hemos observado, esto fué como si hubiere declarado que los verdaderos hijos de María serian los que tuviesen los caracteres distintivos de S. Juan, es decir, de ser discípulo fiel de Jesucristo y objeto de su eterno amor. En muchos lugares del capítulo anterior, como tambien en este, hemos consignado ya esta doctrina; á saber, que solo habitando en los tabernáculos de Sem, es decir en la verdadera Iglesia, nos es dada participar de esta porción de la herencia de Jesucristo por la que recibimos á María por madre. Mas este es el lugar á propósito para hablar con mas estension procurando penetrar, cuanto nos sea posible en el espíritu de las palabras de Jesucristo.

Orígenes en su comentario sobre estas palabras del Salvador crucificado: *MUGRA, HE AHÍ TU HIJO*, ha

una bella observacion que derrama mucha luz sobre la verdad que esplicamos. Ninguno, dice él, puede tener una perfecta inteligencia del Evangelio de S. Juan, si penetra en su sentido verdadero, si no ha recibido, como este Apóstol, el privilegio de reposar sobre el pecho mismo de Jesucristo, y ha recibido del mismo Jesucristo á María por madre. Todos los que tienen sentimientos dignos de ella, están plenamente convencidos de que, no tuvo mas hijo que Jesucristo, y por consiguiente que cuando Jesucristo dijo á su madre, hablando de S. Juan: *HE AHÍ TU HIJO*, y no: *HE AHÍ QUE TIENES EN LA PERSONA DE JUAN OTRO HIJO*; fué como si le hubiera dicho: *ÉSE ES JESUS, DE QUIEN CREAS MADRE*; porque el que es perfecto, no vive ya él, sino que en él vive Jesucristo.

Estas palabras son profundas y su exactitud teológica es admirable, pues que tienen por base una verdad que es el fundamento de la verdadera fe, y que S. Pablo no cesa de inculcar y repetir en sus sublimes epístolas; á saber que todos los verdaderos fieles, todos los miembros de la verdadera Iglesia forman con Jesucristo una misma cosa, un mismo todo, un mismo cuerpo, un solo hijo.

El mismo Jesucristo habia ya manifestado esta grande y consoladora doctrina, cuando pocos momentos antes de ofrecerse á la muerte por su Iglesia, dirigió por ella á su Padre esta súplica: Yo he comunicado mi gloria á mis discípulos, para que sean y compongan conmigo una misma cosa, así como tó y yo, ó Padre mio! somos una misma cosa.

Para explicar S. Pablo esta misteriosa unidad, recurre al símil del cuerpo humano. Así como en un cuerpo, dice, hay diversos miembros; y á pesar de que los fines y los usos á que están destinados son diferentes, unidos á la cabeza forman un solo cuerpo; del mismo modo nosotros con Jesucristo formamos un solo

cuerpo. Volviendo el Apóstol en otro lugar á este mismo símil explica cómo se obra esta unión, es decir por el bautismo que nos abre la puerta de la Iglesia, nos incorpora á Jesucristo; y nos hace una misma cosa con él; porque no hay en ella mas que un solo cuerpo, aun cuando sea compuesto de muchos miembros, supuesto que estos miembros unidos no forman mas que un solo cuerpo. Esto es lo que sucede con respecto á Jesucristo; porque después de haber sido bautizado por el mismo espíritu, no formamos con Jesucristo mas que un solo cuerpo, es decir la Iglesia. Vosotros, pues, o cristianos, sois los miembros verdaderos y el cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Pues bien, aunque la cabeza y los miembros en un mismo cuerpo tengan una forma, un destino y unos usos diversos, son sin embargo de la misma naturaleza, de la misma esencia y de la misma sustancia. Lo mismo sucede respecto á nosotros los cristianos; desde que por el bautismo somos incorporados á Jesucristo participamos de su naturaleza, como afirma S. Pedro, de tal manera que todos un título, sus derechos, sus privilegios y sus gracias se nos hacen comunes; así como los miembros de un cuerpo humano participan de la condición de la cabeza. Por esta razón, siendo Jesucristo Hijo de Dios, el objeto de su ternura y el heredero de su gloria, desde el momento en que nos incorporamos á Jesucristo y formamos con él una misma cosa, nos hacemos en Jesucristo y con Jesucristo, hijos de Dios, objetos de la ternura de Dios y herederos de la gloria de Dios. Del mismo modo, si nos separáramos de Jesucristo, nada tenemos, nada merecemos y nada somos; así como unidos á él, todo lo tenemos en él y con él, todo lo merecemos, y somos todo lo que él es.

Jesucristo es el verdadero Hijo de María; por consiguiente, una vez incorporados á él por medio de los sacramentos, nos hacemos una misma cosa con él, e-

mo el ingerito se hace una misma cosa, dice S. Pablo, con el árbol á que está unido; nosotros nos hacemos también hijos de María de la misma manera y por las mismas razones que nos hacemos hijos de Dios, es decir, porque Jesucristo es Hijo de Dios.

Pero si nosotros nos hacemos hijos de Dios y de María en virtud de nuestra unión con Jesucristo; si somos sus hijos en él y con él, formamos en él y con él un solo hijo de Dios, un solo hijo de María, pues que en él y con él formamos una misma cosa, un solo compuesto físico, un solo cuerpo.

Es verdad que esta unión con Jesucristo como nueva cabeza se verifica por medio de los sacramentos en los que nos aplica el mérito de su sangre y el fruto de su sacrificio; mas así como esta sangre que nos hace nacer á una vida nueva y nos hace miembros de un cuerpo nuevo, fué derramada en el Calvario, y este sacrificio se consumó en la Cruz; así también en la Cruz y en el Calvario fué donde se echaron los fundamentos á esta unión misteriosa, donde se fijaron los títulos, donde se abrió el camino y se prepararon los medios para llegar á ella. Allí fué también donde en la persona de S. Juan que nos representaba á todos, que fué verdaderamente rociado con la sangre que salía á torrentes del cuerpo de Jesucristo, que fué el primero en experimentar con María los efectos del gran sacrificio que él mismo presencio; en el Calvario fué donde principió á cumplirse efectivamente nuestra unión en la persona de S. Juan.

Con estas esplicaciones se comprende bien el pasaje de Orígenes que hemos referido. En cualidad de hombres todos somos hijos de María, porque, como veremos en su lugar, ella cooperó con su amor y con sus dolores á nuestro nacimiento espiritual; así como Jesús es el padre y el Redentor de todos, porque nos regeneró y nos rescató con su sangre, de la misma manera

todos somos hijos de dolor, hijos adoptivos, hijos de gracia, hijos diferentes y distintos de Jesucristo. Mas en cualidad de verdaderos cristianos, de verdaderos discípulos de Jesucristo, unidos, incorporados y hechos una misma cosa con él, somos hijos de María, como lo es el mismo Jesucristo, y no nos distinguimos ya de él. No formando con él mas que un solo cuerpo, no formamos tampoco mas que un solo hijo. Por consiguiente, aun cuando bajo este título tenga María tantos hijos como son los verdaderos fieles, es cierto sin embargo que no tiene mas que un solo hijo que es Jesucristo; supuesto que Jesucristo es el que vive en nosotros desde el momento en que nos unimos á él verdaderamente, y que todos los fieles no forman con él mas que un solo Jesucristo, de quien María es verdadera madre, y por consiguiente tambien nuestra.

Ved aqui pues por qué, según Orígenes, cuando Jesucristo habló á María indicándole á S. Juan no le dijo: Hé ahí en la persona de Juan otro hijo diferente de mí, que te dejo para que haga mis veces respecto de ti en mi ausencia, sino que se contentó con decir: *Muger, hé ahí tu hijo*, que fué lo mismo que si le hubiera dicho: *Muger, tu no tienes mas que un solo hijo, y yo lo soy en ese que te presento*. Por el misterio que voy á consumir en este momento, Juan se une y se incorpora á mí; él forma una misma cosa conmigo, él está en mí así como yo viví en él. Tu tienes pues, ó muger, en la persona de Juan que está al pie de la cruz, el mismo hijo que está en la Cruz, tu Jesús á quien engendraste y que se encuentra en su discípulo, como la cabeza en los miembros á que está unida. Reconoce en él los efectos de la redención, los vestigios de mi sangre, la comunión inefable de mi gracia, y hasta la participación misma de mi naturaleza divina. Nada le falta para ser otro yo, una misma cosa conmigo; y supuesto que

yo soy tu hijo, él lo es igualmente; y todos los que tengan los mismos títulos y se encuentren con las mismas condiciones que Juan, se hacen desde este momento en mí y conmigo tu hijo único.

Para comprender mejor esta doctrina sublime, debemos observar que el padre eterno engendra su Verbo de su sola sustancia. Este Verbo es Dios, en cuanto es engendrado desde la eternidad, es por consiguiente Hijo de Dios, y María no tiene parte alguna en esta generacion eterna. Mas este mismo Verbo, esta Persona divina, engendrada desde la eternidad, nacida de solo Dios, y Dios en sí, tomó un cuerpo humano que formó de la purísima sangre de María, y unió á sí este cuerpo por una union hipostática ó personal; union íntima, sustancial é indisoluble, que sin confundir las dos sustancias, forma de Dios y del hombre una sola persona. De modo que Jesucristo Dios es verdadero hombre, y Jesucristo hombre es verdadero Dios. Por consiguiente, supuesto que María concibió y parió este compuesto misterioso é indisoluble, en el que, según todo el rigor del lenguaje teológico, se puede afirmar del hombre cuanto se afirma de Dios, se dice, y debe decirse que María engendró al Verbo de Dios, que dió á luz al mismo Dios, que lo crió, y que es verdadera Madre de Dios. María se llama y es verdaderamente la madre de Dios, aunque no haya hecho otra cosa que suministrar una porcion de su sangre, para formar la humanidad que Dios tomó y unió á sí de una manera tan íntima; y ved aqui por qué Dios se unió sustancialmente á esta humanidad. Lo mismo debe decirse en el caso presente (guardada la debida proporcion); aunque María no haya engendrado mas que á Jesucristo, sin embargo habiéndose unido Jesucristo á nosotros tan íntimamente que todos nosotros con él formamos un solo cuerpo cuya cabeza es él mismo, María, en virtud de esta union tan íntima

de su propio hijo con nosotros, se hace también nuestra Madre en Jesucristo, y nosotros nos hacemos sus hijos. Dios y el hombre unidos en Jesucristo, en una sola persona, por medio de la unión hipostática, no forman dos Jesucristos, ni dos hijos de María, sino un solo Jesucristo, un solo hijo. Lo mismo sucede respecto á Jesucristo y los verdaderos cristianos; unidos con él en un mismo cuerpo, no son más que un solo hijo de María. Nuestra unión con Jesucristo se verificó en el Calvario; en el Calvario fué igualmente donde nos hicimos en Jesucristo, no los hijos, sino el Hijo de María; y Jesucristo proclamó y manifestó este inefable misterio cuando dijo á María: *Muger, he ahí tu hijo.*

San Pablo insistía en esta verdad cuando decía: Recordad que las promesas fueron hechas á Abraham y á su hijo. Dios no dijo: *y á sus hijos*, como si se hubiera tratado de muchos; sino *á tu hijo*; y este hijo es Jesucristo.

Dios en el Calvario se muestra el Padre amoroso de todos los hombres, pues que sacrifica á su propio Hijo y le entrega á la muerte, para crearse en los hombres hijos adoptivos. Jesucristo es también allí el hermano, el Redentor y la víctima de todos los hombres, no solo porque participa con todos ellos de la naturaleza humana, y es como ellos el verdadero hijo de Adán; sino porque satisface por todos, pide por todos, tiende los brazos á todos, y los invita á todos á participar del fruto de su sangre y de la herencia de su amor. Esta paternidad de Dios y esta fraternidad de Jesucristo, son respecto á todos los hombres una paternidad y una fraternidad en un sentido muy extenso, una paternidad y una fraternidad de compasión, de misericordia, y por decirlo así de disposición. Pero de hecho y en realidad, los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, los que componen su ver-

dadera familia, su verdadero cuerpo, son únicamente los que por el bautismo son incorporados á él; y que mientras permanecen en este estado, participan de todo lo que Jesucristo posee y de todo lo que Jesucristo es en sí mismo.

Lo mismo sucede respecto á María; por su cooperación á la obra de nuestra salvación, ú nuestro nacimiento nuevo, se hizo madre de todos los hombres, porque en el Calvario ofreció á la muerte por todos los hombres el mismo Hijo que había dado á luz para todos. Pero su maternidad con respecto á los hombres es una maternidad de disposición, de compasión y de amor; porque en realidad los verdaderos hijos de María son únicamente los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, que forman con él una misma cosa.

No es esto decir que esta tierna Madre no se interese en la suerte de esos hombres que, como los infieles y los hereges, no pertenecen al cuerpo de la Iglesia; ó de los que están fuera del espíritu de esta misma Iglesia, como los pecadores. Porque si Jesucristo estende aun sobre ellos su misericordia, llamándoles á la luz de la fé, ó á la vida de la gracia; si intercede continuamente por los pecadores en presencia de su Padre, como lo afirman S. Juan y S. Pablo, mostrándose así hermano de todos; María igualmente coopera con su intercesión, y sus súplicas á la propagación de la fé y á la conversión de los pecadores. Animada para con ellos de la solicitud más viva, manifiesta también para con esos desgraciados la ternura y el cariño de una madre. Ella su madre para consolarlos, para animarlos, para atraerlos al bien y para consolarlos; ella parece que ha recibido este encargo del mismo Jesucristo. Más esto no impide que sus hijos en toda justicia sus hijos verdaderos, los que tienen á su amor un derecho igual al del mismo Je-

sucrislo, no sean aquellos en quienes, según la expresión de S. Pablo, vive Jesucristo; y con los que formó Jesucristo una misma cosa. En él, por él y con él son respecto á Dios y respecto á María un solo hijo. Seamos pues verdaderos católicos, verdaderos hijos de la Iglesia. La Iglesia es la que, Jesucristo en cabeza y los hombres sus miembros, forma ese cuerpo del que María es la Madre. Eos son, ó mas bien, es el verdadero hijo cuyo tipo particular le mostró y le dejó Jesucristo en la persona de S. Juan su discípulo. (Véase la nota novena.)

CAPÍTULO X.

Veamos también una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se lee que Abraham, después de la muerte de Sara su esposa, se casó con otra mujer llamada Cétura, y que por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy avanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, considerando este patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes é hizo su testamento de tal modo que dejó á Isaac todo cuanto poseía. En cuanto á Ismael que había tenido de Agar, y á los otros hijos que había tenido de Cétura, solo les dejó donaciones considerables. Hecha esta distribución separó el mismo á los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara; y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia distinta absolutamente de la de sus hermanos.

Mas, por qué esta parcialidad en un padre tan justo? Si quería favorecer á su hijo primogénito, conluc mandóse á una costumbre general fundada en cierto modo en una conveniencia natural, no había nacido

Ismael antes que Isaac? Mas, la Escritura misma aclara esta duda. Agar y Cétura fueron verdaderas esposas de Abraham, pues que, como observa Cornelio de la Piedra en diversos lugares, y en el versículo mismo que acabamos de citar, Cétura es llamada esposa de Abraham.

Pero siendo ellas siervas ó esclavas, eran mugeres de un orden inferior y menos noble, mugeres que se desposaban sin ceremonias públicas, y sin dote, que permanecían en la condicion de siervas; y eran llamadas concubinas. Ellas eran con poca diferencia como esas mugeres que se casan en secreto, á causa de la gran desigualdad de condicion y de nacimiento, y que se llaman esposas de conciencia. Sara por el contrario era una muger de condicion ilustre, libre, de la familia misma de Abraham, hija de su hermano, y por lo mismo sobrina del patriarca. Ella era la muger verdadera, desposada con ceremonias solemnes, la esposa reconocida públicamente como tal. La muger en quien se reunian todas estas condiciones, era la única verdadera madre de familia, que tenia parte en todos los bienes de su esposo, era la directora, la maestra y la señora de la casa; y sus hijos eran los únicos herederos de los bienes del padre. Esta es la causa por qué Abraham no dió mas que á Sara el nombre de Sara, que significa princesa ó señora, y por qué dejó todo su patrimonio á Isaac, hijo único que había tenido de ella; recibiendo tan solo los hijos de las esclavas, ricas donaciones en plata, en vestidos y en ganados, por una sola vez, á título, por decirlo así, de legitima, como se llama en el lenguaje moderno.

Pero independientemente de estas razones tomadas del derecho y de las costumbres de aquel tiempo, obró también Abraham con arreglo al misterio que debía ser figurado por esta disposicion testamentaria.

La Escritura Sagrada explica, en un lugar lo que

había ocultado en otro bajo el velo del misterio. Si no nos aprovechamos de lo que ella dice en este lugar para comprender lo que dice en otro; si en el caso presente no oímos á S. Pablo que descubre el velo y nos descubre un misterio y una profecía en lo que la Escritura nos dice de las siervas de Abraham, la conducta de este patriarca podría parecer, dice San Agustín, demasiado humana, ó tal vez contra el deber y la justicia.

Los dos primeros matrimonios de Abraham, el uno con la esclava Agar, y el otro con Sara la muger libre, son en efecto una figura y una alegoría, como hemos dicho ya, refiriéndonos á S. Pablo, y la verdad de la historia queda intacta. Ellos representan los dos Testamentos, las dos alianzas, celebrada la una en el monte Sinai, y la otra en el monte Sion, cerca de Jerusalem, ó en el Calvario; la una con la Sinagoga y la otra con la Iglesia.

Ismael hijo de Agar, es la figura del pueblo hebreo; Isaac hijo de Sara, es la figura del pueblo cristiano. La primera pues es la alianza de la servidumbre y del temor; y la otra es el pacto del amor y de la santa libertad de espíritu de los hijos de Dios.

Pero además de estos dos hijos, el uno de Agar y el otro de Sara, que figuran los dos testamentos, tuvo también Abraham otros hijos de Cétura con quien se casó despues de la muerte de Sara. Estos hijos que dió á Abraham su fecundidad milagrosa, participaban de su fe y de su esperanza; y sin embargo no fueron llamados á su herencia. Ellos nacieron en su casa; y sin embargo no quedaron en ella; ellos se vieron separados no solo de la herencia, sino también de la familia y de la casa de Isaac. Mas ellos hicieron poco aprecio de esta separación; ellos no se afligieron, sino que se creyeron bastante dichosos y bastante ricos con las donaciones que Abraham les hizo; y fueron á

establecerse tranquilamente en diversas comarcas.

Si la Sinagoga es figurada por Ismael, y la Iglesia por Isaac, estos hijos de Cétura, procedentes también de Abraham, y que salen sin pena de la casa que los vió nacer, son la figura de los hereges de quienes nos dice S. Juan que salieron de entre nosotros, pero que no eran de los nuestros; porque si hubiesen sido de los nuestros hubiesen quedado con nosotros.

Los hereges son también hijos de Jesucristo; ellos nacieron en su casa, es decir en su Iglesia, supuesto que recibieron el bautismo; y el bautismo conferido por los hereges es un verdadero bautismo por el cual nace el hombre á Jesucristo y á la Iglesia, con tal que concurren la materia, la forma y la intención que prescribe Jesucristo. Mas siéndoles conferido este bautismo por ministros que no pertenecen á la Iglesia, que no son la Iglesia, aun cuando ellos son hijos del verdadero Abraham, no lo son de Sara su verdadera esposa, sino de Cétura. Y siguiendo despues, cuando llega á la edad de la razón, á esos mismos ministros, á esos mismos pastores que están fuera de la Iglesia, salen ellos también voluntariamente de esta Iglesia en la que nacieron por el bautismo. Salen de la casa del verdadero Abraham, se separan de Isaac, y no tienen parte alguna en su herencia.

Abraham, dejando á los hijos de Agar y de Cétura donaciones ricas y preciosas, pero excluyéndolos de su legítimo patrimonio que reserva íntegro á Isaac, es la figura de Jesucristo que deja igualmente á los Judíos y á los hereges el tesoro de la Escritura sagrada, y las gracias necesarias para poder entrar en la Iglesia ó volver á ella; pero solo al verdadero Isaac, al hijo de Sara, es decir á los verdaderos fieles, á los hijos de la verdadera Iglesia es á quienes deja la filiación divina, la confraternidad con él, el título real de Hijos de María, sus gracias especiales, su amor, su resurrección y

su gloria que constituyen su verdadera herencia, su verdadero patrimonio.

Y los Judíos y los hereges se creen muy dichosos y muy ricos con la donación particular que les hace de la Escritura sagrada. Con estos libros en la mano se glorían de ser los hijos, los herederos de Abraham, mientras que se han hecho extraños de todo punto al verdadero Abraham y á su herencia. Ellos dicen que pertenecen todavía á su casa, la cual abandonaron; y no solo no miran como una desgracia ni experimentan disgusto alguno al verse separados de Isaac con el que se participa de la herencia de Abraham; sino que se consideran aun mas ilustrados y mas ricos que él; se mofan de la sencillez de su fé y de la práctica de su piedad, y aun le persiguen, le odian y le detestan. Tales son en efecto, los sentimientos de los Judíos y de los hereges con respecto á los católicos. Pero doblemente desgraciados, porque lo son en efecto y porque no creen serlo! De qué les sirve tener en las manos el pan de la palabra de Dios, es decir, de la Escritura, si no tienen una madre, esto es, la Iglesia, que se lo divida y se lo parta, ó lo que es lo mismo, que se las aplique y se las ponga al alcance de cada uno de ellos! Ellos son esos hijos desgraciados anunciados por Jeremias, que con el pan á la vista se aligen y perecen de hambre, como si no lo tuviesen; porque no tienen la fuerza necesaria para partirlo, y les falta una madre que se los parta. Solos los católicos tienen esta madre. Invisiblemente ésta madre es María, que no alcanza, nos divide y nos parte el pan cotidiano de la gracia, el pan vivo bajado del cielo, que no se encuentra mas que en Belén, ó en la casa del pan, es decir, en María y con María que lo llevó en su seno. Visiblemente, esta Madre es la Iglesia que nos administra los sacramentos para fortalecer nuestros corazones, nos enseña y nos explica la palabra de Dios y la verdadera

doctrina de los libros santos para ilustrar nuestras almas.

Aprendamos por esto, hermanos míos, nos dice San Pablo, á apreciar la singular prerrogativa que se nos concede de tener por Madre á la verdadera Sara, á la esposa libre y celestial del verdadero Abraham, es decir á la verdadera Iglesia de Jesucristo. Aprendamos á apreciar la dicha que se nos concede de ser los hijos únicos de la promesa, los únicos herederos de Abraham, los únicos verdaderos descendientes de Isaac.

Los Judíos, en la Escritura que veneran tienen continuamente ante los ojos este gran misterio; pero no lo entienden. Los verdaderos hijos, los herederos de Abraham, los que participan de las bendiciones prometidas á este Patriarca, no son por consiguiente los que descendien de él según la carne, sino los que descendien en virtud de la promesa, no son los que tienen su carne y su sangre, sino los que tienen su espíritu y su fé. Así, pues, aunque según la carne los Judíos sean por Isaac, los descendientes de Abraham y de Sara, según el espíritu lo son de Abraham y de Agar por Ismael, como lo enseña S. Pablo.

Por el contrario, nosotros los gentiles no descendemos, según la carne, de Abraham, de Sara ni de Agar. Mas por nuestra vocación milagrosa á la fé, figurada por el nacimiento de Isaac, nacimiento milagroso tambien, y fuera del orden natural, y porque en nosotros se ha cumplido la promesa hecha á Abraham de que *todas las naciones serian benditas en él*, somos los hijos del prodigio, los hijos de la promesa. Y supuesto que según el espíritu somos los verdaderos hijos de Abraham, somos tambien el verdadero Isaac; porque Isaac es el verdadero hijo de Abraham en cuanto que es el hijo del milagro y de la promesa; y por lo mismo la herencia de Jesucristo, verdadero Abraham, nos pertenece toda entera. Tal es el contenido de las sublimes palabras de S. Pablo que hemos citado.

Mas si los Judios no entienden este misterio, los hereges lo entienden mal. Ellos piensan que basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo y venerar la Escritura para pertenecer á su familia para ser contado en el número de sus hijos y participar de su divina herencia. Pero S. Pablo les confunde altamente cuando dice: No todos los que descendien de Israel son Israelitas; ni todos los que han nacido de la sangre de Abraham son sus hijos. Solos los hijos de Isaac son los verdaderos y legítimos descendientes de Abraham; es decir, que solos los hijos de la promesa son sus verdaderos hijos y componen su familia. Pero, cuál es esta promesa que nos hace distinguir, los verdaderos hijos de los que no lo son mas que de nombre? Escuchemos al Apóstol, pues en esto consiste todo el misterio, toda la importancia y el punto esencial de esta preciosa doctrina. La palabra de la promesa, añade S. Pablo, es esta: yo volveré por este tiempo, y Sara tendrá un hijo. Es decir que el verdadero hijo de Abraham es solo el que tendrá milagrosamente de Sara, que será creado por Sara, y que crecerá bajo la custodia de Sara, la esposa legítima, la señora de la casa, para tener derecho á la herencia de Abraham. Y cuál es la significacion de esto? Es que no basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo, y conservar su doctrina, ó la que se imagina ser suya; sino que es necesario tambien haber nacido en su Iglesia, ó renacer en ella, ó volver á ella, si se ha salido de ella; que es necesario vivir en la Iglesia, escucharla y obedecerla, su puesto que la herencia de Jesucristo solo se ha dividido entre los que están en su casa y pertenecen á su familia; entre los que son de su Iglesia y están en su Iglesia.

Cuán consoladora es esta doctrina para nosotros los católicos! Solos nosotros estamos en la verdadera Iglesia; y por lo mismo la herencia que Jesucristo nos dejó por su testamento hecho y estipulado en el Cal-

vario, no solo nos pertenece, sino que no pertenece mas que á nosotros; ninguno de los que están fuera de la Iglesia puede pretender la mas pequeña parte, mientras permanezca en tal estado. Y como una de las mas preciosas cláusulas de este patrimonio es la de ser hijos de María, solos nosotros los católicos somos hijos de esta tierna Madre. Nosotros solos vivimos en familia con ella, con Dios nuestro Padre y con Jesucristo nuestro Hermano. Aun cuando tengamos la desgracia de caer en el pecado (á no ser en el de la herejía) no por eso saldremos de la Iglesia, no por eso seremos arrojados de la verdadera casa de Jesucristo, en la que María tiene por hijos á todos aquellos que lo son de la Iglesia. Aun cuando en este estado seamos un objeto de odio por hijos á todos aquellos nuestros derechos á la compasion y al cuidado de nuestra Madre, que continúa siéndolo mientras pertenezcamos á la Iglesia. La division que existe entonces entre Dios y nosotros, entre Jesucristo y nosotros, es una division como entre padre ó hijo, entre hermano y hermano, es una division, una discordia doméstica, una discordia de familia, que los tiernos cuidados y el amor ingenuo de María, nuestra Madre comun, procura hacer cesar cuanto antes con sus súplicas y su intercesion, como nos lo enseña S. Bernardo. María es la Madre de Jesucristo y la nuestra; su corazon maternal no podrá sufrir que la discordia reine en su familia, que divida los hermanos y perpetúe la guerra entre sus propios hijos. Qué ventura tan inestimable es la nuestra por hallarnos en la Iglesia, como en una casa, en la que tenemos una Madre tan tierna y tan cariñosa por la salvacion de sus hijos! Si el hijo pródigo, dice el Abad Ruperto, hubiera tenido su madre viva, ó no se hubiera decidido jamas á alejarse de la casa paterna, ó hubiera vuelto á ella al momento. Esta

ventaja que no tuvo el hijo pródigo en la casa paterna, la tenemos nosotros en la verdadera casa de nuestro Padre celestial, en la Iglesia. En ella tenemos una Madre, tenemos á María que, como dice S. Antonio, habiendo tenido parte en el nacimiento de la Iglesia, no solo ejerce en ella el cargo de protectora, sino tambien el poder y la autoridad de Madre. Jesucristo, obediente y sumiso como un verdadero hijo, reconocia y respetaba en la tierra este poder y esta autoridad de María sobre él; y S. Juan Crisóstomo observa que en las bodas de Canaan, cuando parece que quiso reprender á María porque exigia de él un prodigio antes del tiempo señalado, le dió sin embargo á conocer que respetaba sus derechos maternales, supuesto que accedió prontamente á su peticion. Pues bien, si el respeto su autoridad materna en la tierra, no puede suponerse que deje de reconocerala en el cielo. Allí, en su cualidad de Madre del Altísimo, intercede ella por sus hijos; ella los salva, dice S. Juan Damasceno, por el derecho que este título de *Madre comun* le da para interceder por nosotros, y alcanzarlo todo de Jesucristo.

Ah! decia el devoto y sabio Belarmino, qué bien podrá faltarnos jamás en la Iglesia católica; y qué mal podrá sucedernos bajo la tutela, la proteccion y la defensa de una Madre tan tierna y tan poderosa? Reconocemos, pues, el inmenso beneficio de que somos deudores á la gracia del Redentor. El nos ha hecho nacer en su Iglesia, en su familia, donde tenemos por Madre la propia madre de Dios. No necesitamos mas que recurrir á su proteccion, y colocar en ella nuestra confianza, y no hay tentacion que pueda vencernos, ni hay desgracia que pueda abatirnos, ni fuerza que pueda arrancarnos de su seno maternal; no hay, en fin, desastre alguno que pueda hacernos perecer. (Vea la nota decima.)

CAPITULO XI.

En los dos capítulos anteriores hemos visto que estas palabras de Jesucristo: *Muger, hé ahí tu Hijo*, son una porcion de la herencia que nos dejó en forma de testamento, y que un legado tan precioso fué hecho particularmente á la Iglesia. Este testamento, este legado fué otorgado, no por un hombre cualquiera, sino por un hombre que es al mismo tiempo Dios, Redentor y Salvador de los hombres. Considerémosle, pues, bajo este último punto de vista, y veamos el efecto que debió producir y produjo realmente en el espíritu de María y en el de S. Juan la declaracion solemne que el testador divino hizo en él.

Observemos en primer lugar, que entre las numerosas diferencias que existen entre la palabra de Dios y la del hombre, es una que: la palabra de Dios tiene una virtud y una fuerza propia que la hace eficaz y fecunda, y que la del hombre nada puede por sí misma; que en sí es vana, estéril é infructuosa.

El hombre manifiesta por la palabra su voluntad, manda, dispone y decide; pero su palabra no tiene en sí misma autoridad alguna sino la recibe de Dios. Ella no tiene en manera alguna el poder de obrar sobre los espíritus, de dominar las voluntades, de dirigir los acontecimientos, de mudar los corazones, de remover los obstáculos ni de proporcionararse los medios ni los auxilios. El éxito en los fines que el hombre se propone depende, menos en las fuerzas naturales de la persona que habla, que del carácter de que está revestida, de las circunstancias que le rodean y de las disposiciones de los que le escuchan. Para Dios, por el contrario, hablar es lo mismo que obrar, crear y

ventaja que no tuvo el hijo pródigo en la casa paterna, la tenemos nosotros en la verdadera casa de nuestro Padre celestial, en la Iglesia. En ella tenemos una Madre, tenemos á María que, como dice S. Antonio, habiendo tenido parte en el nacimiento de la Iglesia, no solo ejerce en ella el cargo de protectora, sino tambien el poder y la autoridad de Madre. Jesucristo, obediente y sumiso como un verdadero hijo, reconocia y respetaba en la tierra este poder y esta autoridad de María sobre él; y S. Juan Crisóstomo observa que en las bodas de Canaan, cuando parece que quiso reprender á María porque exigia de él un prodigio antes del tiempo señalado, le dió sin embargo á conocer que respetaba sus derechos maternales, supuesto que accedió prontamente á su peticion. Pues bien, si el respeto su autoridad materna en la tierra, no puede suponerse que deje de reconocerala en el cielo. Allí, en su cualidad de Madre del Altísimo, intercede ella por sus hijos; ella los salva, dice S. Juan Damasceno, por el derecho que este título de *Madre comun* le da para interceder por nosotros, y alcanzarlo todo de Jesucristo.

Ah! decia el devoto y sabio Belarmino, qué bien podrá faltarnos jamás en la Iglesia católica; y qué mal podrá sucedernos bajo la tutela, la proteccion y la defensa de una Madre tan tierna y tan poderosa? Reconocemos, pues, el inmenso beneficio de que somos deudores á la gracia del Redentor. El nos ha hecho nacer en su Iglesia, en su familia, donde tenemos por Madre la propia madre de Dios. No necesitamos mas que recurrir á su proteccion, y colocar en ella nuestra confianza, y no hay tentacion que pueda vencernos, ni hay desgracia que pueda abatirnos, ni fuerza que pueda arrancarnos de su seno maternal; no hay, en fin, desastre alguno que pueda hacernos perecer. (Vea la nota decima.)

CAPITULO XI.

En los dos capítulos anteriores hemos visto que estas palabras de Jesucristo: *Muger, hé ahí tu Hijo*, son una porcion de la herencia que nos dejó en forma de testamento, y que un legado tan precioso fué hecho particularmente á la Iglesia. Este testamento, este legado fué otorgado, no por un hombre cualquiera, sino por un hombre que es al mismo tiempo Dios, Redentor y Salvador de los hombres. Considerémosle, pues, bajo este último punto de vista, y veamos el efecto que debió producir y produjo realmente en el espíritu de María y en el de S. Juan la declaracion solemne que el testador divino hizo en él.

Observemos en primer lugar, que entre las numerosas diferencias que existen entre la palabra de Dios y la del hombre, es una que: la palabra de Dios tiene una virtud y una fuerza propia que la hace eficaz y fecunda, y que la del hombre nada puede por sí misma; que en sí es vana, estéril é infructuosa.

El hombre manifiesta por la palabra su voluntad, manda, dispone y decide; pero su palabra no tiene en sí misma autoridad alguna sino la recibe de Dios. Ella no tiene en manera alguna el poder de obrar sobre los espíritus, de dominar las voluntades, de dirigir los acontecimientos, de mudar los corazones, de remover los obstáculos ni de proporcionararse los medios ni los auxilios. El éxito en los fines que el hombre se propone depende, menos en las fuerzas naturales de la persona que habla, que del carácter de que está revestida, de las circunstancias que le rodean y de las disposiciones de los que le escuchan. Para Dios, por el contrario, hablar es lo mismo que obrar, crear y

producir. Toda la creación no es, por su parte, mas que el efecto de una palabra, de un precepto general, que él pronunció con una especie de indiferencia, pues que á este precepto de Dios las cosas que no existen le oyen, y dóciles, le responden como las que ya existen. La palabra divina no permanece jamás vana; ella no queda jamás frustrada del efecto que se propone y del fin para que se pronuncia.

Así pues, cuando un hombre elige, designa ó nombra á otro hombre para cualquier empleo, para un destino cualquiera, puede muy bien conferirle el título, el grado y el derecho para este destino; pero no puede darle los talentos, los conocimientos, la habilidad ni la fuerza necesaria para desempeñarlo, si la persona elegida ó nombrada no las posee ya. Es, pues, una ley, es un deber imperioso mandado por la prudencia á todos los que confieren los cargos y distribuyen los empleos, procurar cuidadosamente que en las personas que eligen concurren, además del mérito porque son llamadas al cargo que se les designa, los talentos necesarios para desempeñarlo. Porque ni su elección, ni su palabra pueden por sí mismas suplir la falta de habilidad, de virtudes ó de talentos.

No sucede lo mismo en las elecciones divinas. Por grande que sea el estado, por alta que sea la dignidad, por difícil que sea el cargo á que Dios destina una criatura racional, la elección divina, como lo observa S. Bernardino de Sena, confiere por sí misma las gracias, los auxilios, los medios y las disposiciones necesarias para desempeñarlo dignamente. Es por consiguiente una regla general en la elección de Dios, que la aptitud de la persona corresponde siempre á el cargo para que ha sido elegida.

Si, mediante ciertas condiciones, un hombre poderoso y rico dejase en su testamento á un extraño por hijo de su propia madre, esta disposición po-

dria, según las leyes, dar al uno derechos sobre el otro, ó imponerle obligaciones para con él; mas no podría mudar sus corazonas, ni hacer nacer en ellos afecciones que proceden de la naturaleza, y que ninguna ley puede imponer ni la voluntad humana puede dar.

No debe, sin embargo, discurrirse así cuando se trata de María, llamada á ser nuestra madre. Este legado nos viene del testamento y de la voluntad de Dios, que crea todo aquello cuyo nombre pronuncia, y que hace y ejecuta todo cuanto quiere. Así, pues, estas palabras de Jesucristo moribundo: *He ahí tu Hijo; he ahí tu Madre*, no solo declaran á María nuestra madre, sino que la hacen tal en aquel momento; no solo le dan el título y la cualidad, sino también el corazón y el afecto de una madre; no solo le confieren la dignidad de Madre de la Iglesia, tan honorífica para ella como preciosa para nosotros, sino que también le confieren todas las gracias, todas las disposiciones, todos los sentimientos, toda la inteligencia y todo el poder necesario para sostenerla dignamente, y para desempeñarla de la manera mas conforme á designios de misericordia que el Dios testador se propuso en esta elección.

Ved aquí por qué Jesucristo no dijo á María: *Tu serás su Madre*, ni á S. Juan: *Tu serás su Hijo*. Un testador humano se hubiera expresado de esta suerte, y no hubiera podido hacerlo de otro modo; pero un Dios testador debía expresarse de un modo muy diferente. El debía manifestar que su palabra, llena por sí misma de poder y de autoridad no espera su efecto del concurso de las circunstancias, sino que por sola la fuerza que le es natural crea y realiza las cosas que ella nombra, y dispone del porvenir como si estuviera ya presente. Y bien, qué esperecion mas propia para probar esto que aquella de

que Jesucristo se valió al decir con la autoridad de un Señor absoluto que manda, de un Dios que con su palabra obra y crea: *Muger, hé ahí tu hijo; Discipulo, hé ahí tu Madre!*

Esto es como si hubiera dicho: Muger, yo no he acabado de querer lo que quiero eficazmente, cuando ya está hecho. Yo he querido que tú seas la madre de la Iglesia, y que tú, Discipulo fiel, seas el hijo de mi Madre; y ved aquí que mi deseo y mi voluntad se han cumplido aun antes de haberlo manifestado. Tú, muger, solo porque yo lo he dicho, eres ya la madre de la Iglesia, y la Iglesia es ya tu Hija. Solo me resta mostrarte la Iglesia de que te has hecho efectivamente Madre por sola la fuerza de mi voluntad, y hacerte conocer esta Iglesia que por lo mismo se ha hecho tu hija. No fué por consiguiente despues de la muerte de Jesucristo cuando María, conformándose con su voluntad, principió á ser nuestra Madre; ella lo fué verdaderamente desde el instante en que su divino Hijo le dió este cargo de misericordia, esta dignidad tan sublime. El no había acabado, por decirlo así, de pronunciar estas misteriosas palabras, cuando María sintió de repente conmoverse sus entrañas, saltar de gozo su espíritu bienaventurado y abrirse su corazón á todo el afecto y á toda la ternura de una madre por la Iglesia. Oirse declarar y serlo, adquirir la investidura de la maternidad y principiar á ejercitarla, recibir este cargo y llenar sus obligaciones, fue para ella obra de un solo instante. (Véase la nota undécima.)

CAPITULO XIII.

PARA conocer mejor y admirar cada vez mas la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposicion de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pié de la cruz en la actitud sublime y heroica que hemos ya indicado (capítulo I.) Inmóvil en su resignacion y en su éxtasis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierta de heridas; ella ve su sangre que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; ella le ve pálido, desfigurado, languido y próximo á exalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseído de una rabia infernal, le ultraja á porfía. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesus tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve espirar. En medio de estos excesos de una barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo que pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus obrapobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvacion de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso que tiene el corazón abierto y los brazos estendidos hácia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con su orgulloso desden á las tiernas invi-

taciones de amor con que le llamaba á la reconciliación y al perdón.

María se pasma á la vista de este contraste de una barbarie sin ejemplo y de una caridad sin límites, de un exceso de misericordia y de un exceso de furor infernal, de una superabundancia de clemencia, de compasión y de bondad, opuesta á una superabundancia de injusticia, de malicia y de crímenes mas atroces que se ha cometido jamás debajo del sol. Ella está atónita y sacra de sí misma; todas sus facultades parecen suspendidas á vista del acontecimiento crucial que le arrebató su Hijo; toda su atención se fija en considerar el prodigio de su dulzura, de su paciencia y de su caridad, cuyo ardor inmenso no puede ser apagado ni disminuido por los torrentes de tantas amarguras, de tantos oprobios y de tantos tormentos; cuya altura sublime, cuya profundidad misteriosa, y cuya extensión sin límites, jamás podrá medir el pensamiento. Jamás su Hijo le pareció mas Dios que en este instante en que los hombres le tratan mas indignamente que hubieran tratado á otro hombre, y jamás su Dios le pareció mas digno de amor que en este instante en que es objeto del odio universal. Ella se siente pues atraída á él; su corazón es arrastrado y arrebatado por su Hijo tan grande, y por un Dios tan lleno de amor.

María ama siempre á Jesucristo con un amor tan grande, que todos los trasportes de los ángeles y de los santos reunidos no pueden dar de él ni su una pequeña idea. Mas este amor tan tierno, tan enérgico y tan fuerte se siente estimulado en este momento; él se inflama mas y mas á vista de una ternura tan gráde y de una bondad tan excesiva; é se hace todavia mas tierno, mas enérgico y mas fuerte, y se eleva por decirlo así, al mas alto grado de potencia. Y sin la reserva que le está prescrita por

la voluntad suprema del Dios á quien ama y por quien se resigna, todos los esfuerzos de los hombres serian vanos para impedir que se arrojase sobre la cruz, se abrazase tiernamente á Jesus crucificado, y se inmolasen en compañía del Hombre-Dios, cuyo corazón generoso, cuya alma sublime y cuya caridad inmensa, conoce entonces mas que nunca.

En aquel momento es cuando el corazón de María enternecido, atormentado y derretido por el amor, no sabe otra cosa que amar; en aquel momento es cuando su bendita alma se entrega á las mas dulces emociones, á los mas tiernos afectos y á los trasportes mas violentos; en aquel mismo momento es cuando Jesucristo la sorprende, por decirlo así, la espera y la detiene; y destinandola á ser nuestra madre, la obliga á volver hácia nosotros aquel sentimiento de inmensa ternura y de amor vehemente de que ella estaba como poseída y arrebatada por él. Es como si le hubiera dicho: Oh Mujer! tu amor te hace sufrir en este momento un dolor inaudito; oh Mujer, á quien yo poseía del afecto mas tierno y mas vivo hácia mí este sentimiento de amor tan vivo, tan profundo, y tan vehemente, que se despierta en tí en este momento, que te penetra y te posee enteramente, debes dirigirlo desde ahora sobre mi Iglesia, sobre mis fieles que estás viendo en la persona de Jesus, pues que yo les cedo mi lugar y quiero que los mires como tu hijo único y verdadero, como lo soy yo. Al constituirle su Madre, y al constituirlos tus hijos, sabe que lo hago con las mismas condiciones que me hicieron tu hijo y que te hicieron mi madre, porque yo estoy en ellos y con ellos, y ellos están en mí. Yo te doy sobre ellos los mismos derechos; pero tambien te impongo con respecto á ellos las mismas obligaciones que tienes respecto de mí. En adelante

debes ver en ellos tu Jesús, tu hijo, debes amarlo en ellos, y volver hacia ellos ese amor que me tienes en este momento, porque son tus hijos: lo mismo que yo.

Tu no los has engendrado con tu sangre ni llevado en tu seno; las relaciones entre Madre e hijos no existen por consiguiente entre ti y ellos. Mas estas relaciones que no existen, las crea en este momento mi palabra omnipotente; lo que la naturaleza no ha hecho, lo hace la gracia en un momento. Cuando yo te declaro su madre, lo eres ya verdaderamente, y el misterio de mi amor está consumado.

Quién podrá comprender la impresion que hicieron en María estas misteriosas palabras! Ah! si ellas halagaron sus oídos, cuán eficaces y activas no fueron también en su tierno corazón! Ellas se gravaron en él con caracteres indelebiles; ellas lo conmovieron extraordinariamente; ellas lo enternecieron, lo ablandaron, lo refundieron por decirlo así, lo recomposieron, y lo reformataron para los afectos y los sentimientos maternales respecto á nosotros; por consiguiente desde aquel instante mismo experimenta ella ser nuestra verdadera madre, no sólo por deber y por elección, sino por inclinacion y por amor, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz.

Entonces fué cuando ella apreció tal como la describió, despues el mismo S. Juan, que en aquel momento misterioso la habia estado considerando, es decir la muger vestida del Sol. Porque así como en el momento de la Encarnacion, como dice San Bernardo, el sol de justicia, el Verbo eterno habia vestido y cubierto, como una nube purísima, su carne immaculada, en el Calvario la penetró también este mismo sol, y la vistió con las llamas de su caridad.

Jesucristo en aquellos últimos instantes era todo amor para los hombres, en los que no encontraba mas que odio y furor. Siendo Hombre-Dios, ningún poder mas que su amor podia quitarle la vida; por consiguiente, á medida que el tiempo en que debía morir por nosotros se acercaba, aquel amor se hacia mas intenso y mas vehemente. En sus últimos momentos estaba en su colmo, y habia llegado á tal punto, que su humanidad no podia resistirlo mas sin sucumbir. Al pronunciar estas tiernas palabras que nos dan á María por Madre, el Señor moribundo abre su corazón abrasado y hace salir de él una llama celestial de la mas tierna y mas generosa caridad para con los hombres. Desde lo alto de la cruz descendiendo esta llama celestial sobre María que estaba á sus pies, y la rodea, la penetra y la posee completamente. Al momento se siente ella poseida de aquel afecto vehemente y de aquellos arrebatos de un generoso amor á los hombres que iban á quitar la vida á su Hijo. No considerando ya la muerte de Jesucristo, sino como la prenda de nuestra salvacion, domina y manda su dolor; no sólo consiente en que su Hijo muera por fin tan misericordioso, sino que como dice un intérprete, se manifiesta impasiente y arrebatada por un deseo ardiente de morir con él por la salvacion de esos hijos de quienes experimenta ya ser Madre.

Preciosa fecundidad de los misterios de la cruz! Cuanto mas se sondan con el pensamiento, tanto mas se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos pues maravillarnos de las expresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es de-

cir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso e inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamás las tiernas palabras por los que Jesucristo, desde la cruz, nos dio por hijos a María, y nos confió a ella, se borran de su alma; pero jamás se debilitó tampoco aquel sentimiento energético y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazón; y lo que S. Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró a María, como a su madre; todo cuanto posita, puede entenderse con mucha más razón de María que desde aquel momento nos admitió igualmente a participar, como hijos suyos, de todo cuanto ella tiene de más precioso. (Véase la nota dorada.)

CAPÍTULO XIII.

CONTEC algunas veces entre los hombres, que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos a la viuda su madre, y esta a aquellos. Pues bien, si Jesucristo nuestro hermano mayor que tanto nos ama, no hubiera hecho con sus tiernas palabras más que encomendarnos así a María, esta recomendación, hecha por tal Hijo a tal Madre en una circunstancia tales, hubiera sido sin duda más que suficiente para asegurarnos los cuidados y las ternuras de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendación pasajera, sino la expresión de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donación irrevocable, una disposición de su Providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaución del Dios

Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (capítulo IV) Jesucristo llamó entonces a María *mujer, y no madre*, queriéndole manifestar que en aquel acto no abalaba como Hijo de María, sino como Redentor del mundo; no como hombre, sino como Dios. Y cómo podría olvidar María una elección, una dignidad, un misterio que se le confería en términos tan energícos y tan llenos de autoridad por el Hijo de Dios, espirando en una cruz por la salvación del mundo? Y no pudiéndola olvidar, cómo podría dejar de ejercer sus funciones, y cumplir sus deberes?

Así es que aun no había exhalado su Hijo santísimo el último suspiro en la cruz, cuando María se puso a ejercer el ministerio de una tierna Madre para con la Iglesia, que con tanta solemnidad le había sido dada por hija. Ved aquí como describe un intérprete tan piadoso como sábio, Cornelio de la Piedra, la solicitud, los cuidados y la ternura maternal de María para con la Iglesia. Esta ilustre Virgen, dice, fué destinada por Jesucristo en la cruz a ser la Madre especial de los apóstoles y de los fieles; así como el mismo Jesucristo había sido su amoroso Padre; á fin de que su mano misericordiosa levantasé á los que cayesen, consolase á los afligidos, afirmase á los que vacilaran, aconsejase á los que dudaran y fijasé á los que titubearan; y finalmente, para que los dirigiese á todos con su prudencia, los instruyese con sus luces y los animase con su amor. Es indudable que María desempeñó todas estas funciones con respecto á sus nuevos hijos. Ella fué quien reunió los discípulos dispersos y fugitivos desde la prisión de Jesucristo; ella fué quien animó el valor de S. Pedro abatido por el recuerdo de la culpa que había cometido negando á su maestro, y le hizo concebir la esperanza y la seguridad del perdón. Ella fué finalmente quien infundió la calma, la seguridad, y la confianza en el corazón de todos los fieles á quienes la

muerte de Jesucristo había turbado y conternado, y los confirmó en la fe de su próxima resurrección.

Mas no es esto todo. A medida que crecían los peligros y las necesidades de la Iglesia, se veía crecer el celo y la caridad de esta tierna Madre. El furor de los Judios se arma con todo el poder de los principes, y para destruir la Iglesia en su cuna, aprisionan a los apóstoles y a los discípulos, los azotan cruelmente y los condenan a muerte. El amor maternal de María le hace experimentar, como si se ejecutasen en ella, todos los tormentos de que es víctima su amada Hija. Todo cuanto sufren los discípulos en su cuerpo, lo siente esta buena Madre en su corazón; el amor reúne todas las penas y los tormentos que cada uno sufre particularmente, para hacerlos sufrir á un mismo tiempo á María. Elevándose entonces sobre sí misma, y haciéndose mas fuerte y mas magnánima á medida que padece mas, triunfa de sus penas, anima con sus discursos á los apóstoles, los sostiene con su ejemplo y los enseña á vencer sus propias aflicciones.

Estos son los consuelos, prosigue el mismo autor, estos son los auxilios que Jesucristo quiere asegurar á la Iglesia cuando le dá á María por Madre. El provee estos resultados cuando llama á María *muger*, que es como si le dijera: Oh Madre! desde este momento sois la muger verdadera, la muger generosa y fuerte, la muger perfecta; vos seréis en lugar mio la base viable, la piedra angular, la columna de mi Iglesia. Vos la sostendréis con la fuerza y el rigor de vuestro ánimo, y esto no solo en los primeros tiempos, sino que durante los siglos que se sucederán hasta el fin del mundo, seréis la defensa y el umparo de esta Iglesia que os doy por hija. Con vuestra constancia y vuestros consejos, vuestra intercesion y vuestras preces reprimireis sus enemigos, discipareis las tempestades que puedan asaltarla y alejareis de ella los peligros y las tentaciones

María, conformándose á las intenciones de Jesucristo, no olvida en el cielo á los fieles que componen la Iglesia, por la que estubo en la tierra tan llena de solicitud, de ternura y de amor. Porque Jesucristo no la constituyó Madre de la Iglesia tan solo para aquellos primeros tiempos en que nació y se propagó, sino para siempre y hasta la consumacion de los siglos. Y así como es cierto, dice S. Bernardo, que María estubo animada en la tierra de la mas tierna solicitud por la salvacion del mundo; tambien lo es, dice S. German, que nadie en el cielo, escepto Jesucristo, tiene tanto cuidado ni tanta solicitud respecto á nosotros como María.

Pero, qué hace en el cielo esta tierna Madre? Ay! ella hace por nosotros ante Jesucristo lo que el mismo Jesucristo hace ante su Padre. Ella presenta continuamente nuestras oraciones en el trono de la Magestad divina, dice el Beato Raimundo; ella espone nuestras necesidades, porque en cualidad de Madre, es nuestra medianera y nuestra abogada para con su Hijo, así como este Hijo es nuestro medianero y nuestro abogado para con el Padre; por mejor decir, ella defiende igualmente ante el Padre y ante el Hijo, con un cuidado maternal el gran negocio de nuestra salvacion. Y así como Jesucristo muestra continuamente sus llagas á su Padre, así tambien María, para mover á su Hijo á compasion, le recuerda sin cesar el seno que le alimentó.

Y qué extraño es esto? Ella es Madre, esta tierna palabra lo dice todo, lo esplica todo y da derecho á creer que María lo hace todo y lo es todo para nosotros ante su hijo Jesucristo. Será posible, dice Isaías, que una madre olvide á su hijo y que no sienta el mayor interés, la compasion mas viva y el amor mas tierno por el fruto de sus entrañas? Mas aun cuando esto pudiera suceder en el corazón de una madre terrena,

podemos añadir con el mismo profeta, que María no podrá jamás olvidarnos. Y la razón de esto es, dice el devoto Gilberto, que María no es una madre como las demás; sino que es la Madre por esencia, la Madre perfecta, la Madre modelo, la *Madre de las madres*, así como la llama la Virgen de las vírgenes, la Estrella de las estrellas. Es una Madre que Jesucristo nos la dió espresamente para que nos amase, nos consolase y nos defendiese; una Madre que se da á sí misma el título tan dulce de Madre del bello amor y de la santa esperanza; una Madre que se da á sí misma este título y forma de él, como dice un padre, un motivo de gloria, para mostrarnos que ella no es otra cosa que amor y ternura para con nosotros, á quienes recibió y aceptó por hijos al pie de la cruz. Ved aquí por qué, sea cualquiera la condición de nuestra vida y el estado de nuestro corazón, desde el momento en que pertenecemos á la Iglesia somos sus hijos; y estamos ciertos de que el seno de su misericordia está abierto para nosotros, y su mano dispuesta para socorrernos.

Para darnos á conocer, la Escritura que ella es siempre amorosa y tierna para nosotros, sea cualquiera el estado en que nos encontremos, le da tan diversos nombres. Ella la llama la Aurora naciente, la Luna creciente, el Sol que ilumina y fecundiza. En efecto, como dice Inocencio III, María es luna para los que caminan en las tinieblas del pecado; es aurora para los que principian á nacer á la luz de la gracia; y es sol para los que caminan en el medio día de la santidad y de la virtud. Por esta razón llama la Iglesia la clemente, la piadosa, la dulce Virgen María; pues, como dice S. Bernardo, ella es clemente para con los hijos que están necesitados, buena para los que la piden, y dulce para los que la aman; clemente para los que entran en los caminos de la penitencia, buena para los

que se dirigen por los caminos de la perfección y dulce para las almas elevadas y perfectas; clemente para venir á nuestro socorro, buena para enriquecernos con sus gracias y dulce para darse toda á nosotros. Si ella prefiere alguno de sus hijos, es á los mas miserables, y á los mas infortunados, es decir, á los pecadores, que son los que mas atraen sobre sí sus miradas misericordiosas y escitan su ternura. Ella fué constituida nuestra Madre en el momento en que el mismo Dios daba la prueba mas grande de su misericordia para con los pecadores, en el momento en que moría por ellos. Ella fué nombrada nuestra madre por decirlo así, en la época de la misericordia, en el templo mismo de la misericordia y del Dios que era entonces con especialidad el Dios de la misericordia y del perdón; por esta razón la Iglesia la saluda y la invoca especialmente como Madre de misericordia y de bondad. Pero, qué significa la palabra *misericordia*? Me parece que es un bello compuesto de tres palabras latinas, cuya significacion es *Corazon entregado á la miseria*; así como la palabra cadáver está compuesta de tres palabras latinas, cuyo sentido es *Carne entregada á los gusanos*. El título pues de *madre de misericordia* bajo el que la Iglesia ha invocado siempre á María, significa una madre cuyo corazón está ocupado, dedicado y consagrado á aliviar las miserias de sus hijos: una madre que, por mucha que sea su ternura y su amor para con todos sus hijos, siente una compasion mas viva respecto á aquellos cuyas miserias son mayores, forma una de sus ocupaciones, un título de su gloria y un deber de su grandeza en consolarlas y en aliviarlas. Y en efecto, como dice muy bien Ricardo de S. Lorenzo, si María no consagrare todos sus cuidados y toda su solicitud al alivio de los mas miserables de sus hijos, es decir los pecadores, cómo le habia de convenir el título de *Madre de la misericordia*, supuesto que ni se

ria misericordiosa ni sería Madre: No sería Madre, porque una madre no se endurece por las miserias ni las enfermedades de sus hijos, ni aparta de ellos sus miradas, sino que se enterece tanto mas sobre su suerte, cuanto mas infortunados son y cuanto mayores son sus necesidades. Tampoco sería misericordiosa, supuesto que la miseria, como lo indica su nombre, es el campo donde la misericordia se ejercita, se manifiesta y triunfa, y que donde no hay miseria, no puede ejercerse la misericordia, así como donde no hay ofensa, tampoco puede ejercerse la clemencia ni el perdón.

Y bien, qué miseria podrá compararse á la del pecador á quien la Escritura Sagrada llama el ser pobre y miserable por excelencia: María por consiguiente no puede desear al pecador, sin renunciar sus títulos, sin faltar á su caracter y á su dignidad.

Nosotros no podemos, según el pensamiento del mismo Doctor, presentarnos siquiera á María ó invocarla bajo el dulce título de Madre, sin que se acuerde al momento del tiempo, del lugar, del fin y de la persona de quien lo recibí por primera vez. El título de Madre, este nombre tan lleno de dulzura, halaga siempre los oídos, y triunfa siempre del tierno corazón de la muger á quien se dirige. Y cuál es la muger que á oírse llamar madre por su hijo, no siente conmovirse su corazón y sus entrañas por un afecto delicioso y tierno? Para María tiene este nombre un atractivo y una fuerza especial. Este nombre le recuerda el Calvario; le recuerda el exceso de caridad para con los pecadores de que Jesucristo le dió allí el espectáculo y el ejemplo. Le recuerda que su hijo moribundo reclinó en sus labios, próximos á exhalar el último suspiro, todas las fuerzas que le quedaban, y con una voz salda del fondo de su corazón le dejó á todos los fieles por hijos. Estos tiernos recuerdos conmueven y agitan su corazón y le hacen experimentar ese sentimiento

de deliciosa ternura y de amor generoso, que ella experimentó entonces. Ella siente conmovirse sus entrañas sobre nosotros, como los hijos que adquirió en el momento misterioso de su dolor. Y cuando nos vé reunidos en torno suyo; invocándola con este nombre lleno de dulzura: Ayl se dice así misma en los transportes de su emoción y de su misericordia; estos son mis hijos, estos son los hijos que mi Hijo y mi Señor me dió y me confió antes de morir en la cruz; yo los reconozco en el carácter de cristianos, en el sello del bautismo y en las huellas de la Sangre divina que los ha lavado. Si, estos son mis hijos, y yo no puedo reusarles ese amor y esa ternura que Jesus al dármeles, me impuso, y de que yo al aceptarlos, me formé un título de gloria.

No podemos pues dudar que María está siempre pronta para acoger nuestras súplicas con bondad, para escucharlas con paciencia, para hacerlas eficaces y secundarlas con amor, y que está siempre dispuesta á mostrarse con nosotros la mas tierna de las madres, con tal que recurramos á ella con la confianza propia de unos hijos afectuosos. (Véase la nota trece.)

CAPITULO XIV.

La declaración solemnemente hecha por Jesucristo en la cruz, que hemos explicado en este libro, contiene dos partes. Por la primera estableció el Salvador á María Madre de la Iglesia; por la segunda estableció á la Iglesia, y por consiguiente á todos los fieles, hijos de María. Y supuesto que las dos partes de esta amorosa declaración fueron pronunciadas en el mismo tiempo, en el mismo lugar y por la misma persona, y que las dos forman uno de los mas preciosos é importantes ar-

tículos del testamento de Jesucristo en la cruz, las dos tienen por consiguiente la misma fuerza, y deben producir los mismos efectos en las personas á quienes se dirigen. Ya hemos visto que por estas palabras *Hé ahí tu Hijo*, dirigidas á María, no solo le dió Jesucristo el título sino la cualidad misma, el corazón y el afecto de una madre para con nosotros. Luego por las palabras dirigidas á S. Juan: *Hé ahí tu Madre*, dió el Señor igualmente á la Iglesia y á los verdaderos fieles, no solo el título, sino la cualidad real, un corazón y un afecto de hijos para con María. En efecto, estas últimas palabras fueron pronunciadas por Dios como las otras; ellas forman parte de la expresión de su última voluntad lo mismo que las otras; como las otras son palabras cuya eficacia obra y cumple lo que significan y en el momento mismo en que lo indican; finalmente, ellas hicieron, lo mismo que las otras, una impresión profunda é indeleble, y despertaron sentimientos y afectos análogos en el alma de la persona á quien fueron dirigidas.

Por un efecto de la palabra poderosa del Hombre-Dios en aquellos instantes misteriosos é inefables, experimentaron, no solo María, sino también S. Juan á la Iglesia, una revelación verdadera en sus propios corazones, les sintieron cambiarse repentinamente, elevarse y nacer en ellos las dulces afecciones que convenian á los nuevos cargos que se les habian conferido. Por consiguiente, así como el amor tierno y maternal de María á la Iglesia data precisamente del Calvario y de la muerte de Jesucristo, el amor tierno y filial de la Iglesia á María data del mismo tiempo y en el mismo lugar. Y para que no quedase duda alguna sobre la igualdad de los efectos maravillosos de las palabras del Salvador tanto á María respecto á la Iglesia, como á la Iglesia respecto á María se valió el Señor de las mismas expresiones y de la misma frase, tanta

para dar la Madre al Discípulo cuanto para dar el Discípulo á la Madre, diciendo á aquella: *Hé ahí tu Hijo*, y á este: *Hé ahí tu Madre*. La palabra *hé ahí*, cuya fuerza y cuyo misterio hemos explicado, se encuentra igualmente en las dos; y el giro de la frase es el mismo. Pues bien, expresiones semejantes indican ideas semejantes, intenciones semejantes, derechos y obligaciones semejantes. Esta es la razón de que un amor tan universal, tan constante, tan tierno y tan solícito de la verdadera Iglesia á María. Los soberanos Pontífices y los Obispos, los Concilios generales y particulares, los Padres y los Doctores, las Ordenes religiosas y militares, las Universidades y las Academias han celebrado siempre sus alabanzas é porfia, han favorecido su culto, han extendido su devoción, han defendido y vengado de la temeridad de los hereges sus altas prerogativas y los títulos de su grandeza. Los Padres y los Doctores especialmente, cuando hablan de María, parecen arrebatados por los sentimientos del afecto mas profundo y del amor mas tierno. Su entusiasmo se despierta, su elocuencia se anima, sus palabras son mas felices y mas enérgicas, sus miras y sus pensamientos se elevan lo mismo que sus sentimientos. Su elocuencia se hace entonces la elocuencia del corazón, mas bien que la del espíritu; y si la fe y la razón los guían, el amor es quien los hace elocuentes. Y en tanto que ciertos frios teólogos, extraños al verdadero espíritu de la Religión, bajo el manto de un celo insensato é hipócrita por la gloria del Hijo, acusan á los fieles de dar títulos demasado elevados á la Madre, vemos que todos los Padres se sirven para hablar de ella, dice Señeri, de expresiones tales, que muchas veces es necesario interpretárlas prudencialmente, porque parecen demasido exageradas. Y lo mas singular es que los Padres de los primeros siglos de la Iglesia, los Padres apóstolicos, los que por lo mismo

se hallan mas cercanos á la tradicion cristiana, los Dionisios, los Ignacio, los Ireneo, los Epifanio y los Cirilo, son los mas exaltados en las alabanzas que dan á Maria.

Ved cuantas festividades ha establecido la Iglesia para honrar á Maria, cuantas prácticas ha adoptado y permitido, cuantas preeces magnificas ha compuesto, cuantos titulos pomposos le ha dado al celebrar sus grandezas y al implorar su proteccion en todas sus necesidades! Ved cómo su nombre, el mas dulce despues del de Jesus, ha sido introducido por la Iglesia en todos sus ritos, en todas sus ceremonias y en todas las prácticas de su culto! Ved cuantas veces la honra durante el año, cuantas la celebra en el mes, cuantas la implora en la semana y la invoca en el día, y con qué uncion, con qué confianza, con qué ternura y con qué alegría!

Y en todo esto nada hay de extraño. Desde que la palabra omnipotente de Jesucristo estableció á la Iglesia hija de Maria, y dió á los miembros de esta Iglesia el titulo y el corazon de hijos de Maria, y el sentimiento profundo é indeleble de esta filiacion, lo mismo que dió á Maria el de la maternidad; desde entonces, nullo, no ha podido conducirse la Iglesia respecto á Maria, ni ha podido hablar de ella de otra manera que como se ha conducido y hablado. Ella es hija, é hija verdadera, establecida y formada por Jesucristo Hijo de Dios. Esta palabra lo dice todo, y lo explica todo; qué prueba de ternura y de amor podrá parecer, esiva cuando se trata de una hija respecto á su Madre.

Ademas, la Iglesia es una hija abrazada de amor, mas de un amor tan puro, tan santo y tan tierno, como el amor de Jesucristo de donde dimana. Jesucristo, cómo ya hemos dicho, en aquellas circunstancias asombrosas se colocó en nuestro lugar, y nos hizo pasar á suyo, ó mas bien, nos hizo una misma cosa con él. Por lo cual no solo dió á Maria el mismo corazon que á

tiene para con nosotros, sino que tambien nos dió á nosotros el mismo corazon que él tiene para con ella. La llama de la caridad divina, descendiendo de la cruz y saliendo del corazon del Redentor, en tanto que unas palabras tan suaves salian de su boca, abrazan á Maria y á S. Juan, y hacen nacer en los dos el sentimiento de que estaba penetrado entonces aquel divino corazon. Entonces amaba como un tierno padre, á los hijos de la Iglesia representados por S. Juan, y como el Hijo mas carñoso, á Maria su generosa Madre; por consiguiente esta caridad despierta con Maria el amor maternal mas tierno respecto á nosotros, y en nosotros el amor mas tierno respecto á Maria.

Obsérvenos tambien con S. Pablo que Jesucristo no solo nos hizo hijos de su Padre celestial que es Dios, sino que nos comunicó tambien su espíritu y su corazon, para que pudiésemos mirar y amar á este Dios como á nuestro verdadero Padre por gracia, á pesar de la distancia infinita que nos separa de él por naturaleza. Con el titulo, dice el Apóstol, recibimos tambien el espíritu de esta adopcion sublime, de tal modo que nuestro corazon se ha elevado hasta el punto de llamar á Dios con un sentimiento profundo de confianza y de amor, nuestro Padre. El mismo Apóstol añade que una de las operaciones interiores y secretas del Espíritu Santo, es la de persuadirnos intimamente que somos hijos de Dios, penetrarnos de los sentimientos correspondientes á esta filiacion y conservarlos siempre vivos y eficaces.

Pues bien, lo que él hizo en nosotros respecto á su Padre, pudo hacerlo tambien respecto á su Madre. Por consiguiente, lo mismo respecto á ella, que respecto á su Padre, nos hizo participantes de su propio espíritu, de su propio corazon y de su propio amor. De ahí nace que todos estamos penetrados de la verdad de esta adopcion, y que nos sentimos inclinados á mirar,

á unar, y á invocar á María como á nuestra verdadera madre.

Esta doctrina explica tambien el fervor y el entusiasmo de la devocion de todos los pueblos cristianos á María. Nosotros hemos visitado la mayor parte de Italia; por todas partes se nos ha dicho: *Oh! nuestra población es sumamente devota de María*; y el examen nos ha convencido de la verdad del hecho. Pero tambien nos hemos convencido de otra cosa, y es que la devocion á María es una devocion tan tierna, tan extraordinaria y tan afectuosa, que cada pueblo se cree el más devoto; y que esta devocion tan grande, tan afectuosa y tan tierna, que cada ciudad y cada pueblo cree practicarla él solo, es sin embargo la de todas las ciudades y la de todos los pueblos de Italia.

La misma observacion se presentará á todo el que quiera comparar una nacion con otra, aun fuera de Italia. Tomemos por ejemplo las dos naciones de Europa más apartadas por la distancia de los lugares, por el lenguaje, el gobierno y las costumbres, la Escocia y la Polonia; al menos antes de los acontecimientos deplorables de estos últimos tiempos. Si se considera la España bajo el aspecto de que aquí tratamos, y creea que no hay en la tierra un pueblo más fervoroso ni más devoto de María que el pueblo español; no solo hay en él altares, santuarios, iglesias y establecimientos piadosos consagrados á la gloria de este dulce nombre, sino tambien instituciones puramente literarias, civiles, políticas y militares que le están dedicadas. Si se echa una ojeada sobre la Polonia se tendrá que hacer la misma confesion, porque se verá allí á María honrada como en España, con toda clase de títulos y de homenajes, y ádemas invocada bajo el título especial de Reina de Polonia. Se convendrá sin duda en el mismo hecho, si se compara la Francia á la Alemania, la Ungria á la Bohemia, la Baviera al Austria, á

Irlanda á la Inglaterra católica, los Latinos á los Griegos, los Armenios á los Etiopes, el nuevo mundo al antiguo, los pueblos cristianos de muchos siglos á los nuevamente ilustrados por la fe. Por todas partes se verá los títulos de respeto más pomposos prodigados á María, fiestas multiplicadas en su honor; unas prácticas tan fervientes y un afecto tan particular, que cada uno de esos pueblos ó cada una de esas comarcas, podrá creerse consagrado especialmente á María, y su pueblo privilegiado. Si esto puede decirse de cada pueblo en particular, es claro que se podrá decir de todos en general, y concluir que todas las naciones católicas tienen un mismo sentimiento y un mismo corazón respecto á María.

En todas sus necesidades se ve á los hijos recurrir á su madre. Del mismo modo, en las calamidades públicas y en las aflicciones privadas, en las necesidades del alma y en las miserias del cuerpo, en el tiempo de los azotes de Dios como en el de las persecuciones de los hombres, el clero y el pueblo, los príncipes y los súbditos, las ciudades y las provincias, todas las condiciones, todas las clases y todos los estados recurren siempre y en todas partes á María. El marinero la invoca en la tempestad, el enfermo en la enfermedad, el pobre en la indigencia, el afligido en la tribulacion, el guerrero en el campo de batalla, y lo que es más, el pecador en las miserias de sus hábitos y de su pecado se vuelve á María; y no hay un cristiano tan degenerado y tan corrompido que, aun en el seno mismo de la licencia de las pasiones, no conserve en el fondo de su corazón un resto de amor á María, que de tiempo en tiempo no vuelva hácia ella la vista para implorar su piedad, y que no conserve una confianza secreta en su maternal protección. Los que ejercen el santo ministerio saben por experiencia que estas disposiciones remotas del pecador son muchas veces el

cajal por donde penetra la gracia en su corazon y se apodera de él.

Es una cosa muy singular que habiéndose debilitado y entibiada con el trascurso de los siglos la piedad, el fervor y la santidad del cristiano tomado individualmente, de tal manera que la mayor parte de los cristianos modernos son, con respecto a los antiguos, lo que una pintura muerta al lado del original vivo; el culto de Maria, sin embargo, lejos de debilitarse, crece, se consolida y se estiende de dia en dia.

Cuál es la fiesta de Maria que no se celebre en todas partes con demostraciones de un gozo sincero y de una verdadera piedad? Qué devocion, qué practica nueva se establece en su honor que al momento no se arraigue, se promague y se perpetúe á pesar de las blasfemias de la incredulidad, los delirios de la heregia y los sarcasmos de la indiferencia? Qué libro se imprime en su alabanza, que no sea buscado al momento con avidéz y leído con entusiasmo? El culto de Maria es, pues, superior á las pruebas del tiempo que todo lo debilita, todo lo deteriora y todo lo destruye.

Un sentimiento tan unánime, tan universal, tan profundo, tan constante y tan tierno de los católicos respecto á Maria, no puede ser efecto del celo de un individuo ó de una corporacion, por mas influyente que sea y por mas que se empeñe en propagarla; porque jamas una causa particular y privada ha podido producir un efecto tan comun y tan general.

Es necesario, pues, recurrir á una causa mas elevada y mas poderosa, á una causa que obra en los corazones, ó imprime en ellos instintos religiosos, cuyo razon no puede designarse, sentimientos que no se prescriben, inclinaciones tan constantes, al través de las mas tristes vicisitudes, y tan universales entre pueblos diferentes en caracteres y en costumbres, que no pueden obtenerse jamas por medios puramente hu-

manos. Es necesario, pues, atribuirlo á ese espíritu de catolicismo que guía á la Iglesia y es como su alma; al espíritu mismo de Jesucristo que permanecee en la Iglesia hasta el fin del mundo para inspirarle la armonia de la fé en la creencia de las mismas verdades, y la armonia del amor en la práctica de las mismas obras de religion y de piedad.

Es necesario reconocer en esto el efecto de la palabra maravillosa de Jesucristo que al dar á Maria un amor sagrado, un corazon de madre para con los verdaderos fieles, dió á estos un amor y un corazon de hijos para con Maria. Y qué extraño es que unos hijos, desde el momento en que tienen noticia de su parentesco, se entiendan sin hablarse, á pesar de la distancia que los separa, y que sin ponerse de acuerdo, convengan en los honores que tributan á su Madre, en la confianza que los separa, y que sin ponerse de acuerdo, con que celebran sus alabanzas y en la ternura de su amor, si un instinto comun, recibido con la gracia de la fé, les inspira y les persuade estos sentimientos?

(Vase la nota anterior)

CAPITULO XV.

ESTA es una de aquellas leyes de que Dios habia anunciado por boca de un profeta que al tiempo de la redencion las escribiría él mismo, no sobre piedra, sino en el corazon de los hijos de los hombres, porque, en efecto, este sentimiento de devocion y de amor á Maria, y de confianza en su intercesion y en su proteccion se encuentra, más ó ménos tierno, mas ó ménos ferviente, en el corazon de todos los verdaderos católicos.

Nosotros no sabemos darnos razon de él; y sin embargo, no podemos desprendernos de él mientras per-

manezcamos católicos, porque no somos nosotros los que lo hemos hecho nacer en nuestro corazón. La misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, ni ha dado igualmente este sentimiento filial respecto a María, indicio cierto de que no se conoce verdadera catolicidad sin la devoción de María, ni verdadera devoción de María fuera del catolicismo.

Por consiguiente, la devoción de María, (y esta reflexión es muy consoladora para las almas piadosas y fieles) es uno de los indicios y de las signos más equívocos y más ciertos de la verdadera fe. La razón de esto es muy clara después de lo que hemos dicho y

S. Juan no es dado por hijo a María porque es Jan hijo del Cebedeo ni porque tiene méritos personales que le son propios; sino porque es el discípulo y el discípulo amado de Jesucristo; es decir, porque tiene las dos cualidades propias de todos los verdaderos fieles, de todos los hijos de la Iglesia; por esta razón representa a todos, como ya hemos dicho con Sylveira. María, pues, es particularmente madre de todos los verdaderos creyentes, y estos son particularmente sus hijos. De aquí se sigue que así como no hay un verdadero creyente ó un verdadero discípulo amado de Jesucristo, que no sea también hijo de María, tampoco hay un verdadero hijo de María que no sea discípulo amado de Jesucristo; y así como es una condición necesaria ser discípulo amado de Jesucristo y verdadero creyente para ser hijo de María y tener respecto a ella el corazón y el afecto de un hijo, así también si que es hijo de María y tiene respecto a ella un corazón y un afecto filial, tiene una señal segura de que es verdadero creyente y discípulo amado de Jesucristo, porque el Hijo de Dios no ha dado el nombre, la realidad ni el corazón de hijos de María sino a sus discípulos verdaderos y amados, á los verdaderos creyentes, a los verdaderos hijos de la Iglesia.

Se lee en la vida de S. Ignacio que, atravesando la Suiza con sus compañeros cuando aquel país estaba ya infestado por la heregia, para ir á Italia, encontraron una muger que salió á su encuentro, poseída del mas vivo entusiasmo. Derramando lágrimas de gozo y de ternura, se prosterna á sus pies y no cesa de bendecir á Dios y de besar sus hábitos con las señales mas grandes de devoción. Los viajeros le preguntan la causa de aquellas demostraciones extraordinarias de gozo cristiano, y ella les dice: "Yo soy católica, yo soy la única católica que ha quedado en esta tierra desgraciada. Los predicadores de Calvino han hecho todos los esfuerzos posibles para hacerme apostatar; y para conseguirlo han querido persuadirme, entre otras cosas, que el catolicismo habia muerto y que no quedaban ya católicos en el mundo. Yo no les he creído; pero hoy experimenta mi alma una alegría indecible porque veo con mis ojos que esos nuevos maestros del error son unos impostores. No, no es cierto que no existan ya católicos, pues que vosotros lo sois: y estoy segura de que lo sois, porque veo que llevais todos al cuello el Rosario de María, que la heregia ha proscrito en estos países, y que por lo mismo es una señal cierta del catolicismo." Es necesario convenir que aquella muger mostró entonces una inteligencia de la verdadera religion, mayor que la de un teólogo profundo, y que con la ayuda de su instinto religioso y del tacto de su verdadera piedad, se formó un juicio mas cierto y mas seguro que el que hubiera podido formar por la mas docta controversia, ó por una demostración teológica. Y en efecto, honrar á María con una ternura filial, es ser discípulo de Jesucristo, y por consiguiente hijo de la Iglesia; por la misma razón la devoción á María es una de las señales mas ciertas de la verdadera religion.

Muchos siglos antes habia hecho S. German un ra-

ciocinio semejante, diciendo que así como la respiración es al mismo tiempo una causa y una señal de que el hombre está vivo en el orden natural; de la misma manera la invocación del nombre de María y la prácticas de su culto son una prueba de que los que se ejercitan en ella viven en el orden espiritual; esta práctica es el germen que produce esa vida, y el alimento que la conserva. Y así como la verdadera fé es el principio de la vida espiritual de los justos, así también la invocación y el culto de María son un argumento implícito y una prueba de la verdadera Religión, de la verdadera fé. Por esta razón en los países donde los católicos viven mezclados con los hereges, las ciudades en cuyas calles se encuentran imágenes de María son reconocidas de todos por ciudades católicas, y las familias á quienes se oye recitar las alabanzas de María por esta sola señal son reconocidas por familias católicas. De ahí nace el sentimiento delicioso y la santa complacencia que experimentan las personas animadas de un celo verdaderamente religioso cuando ya en público ó en particular, ya de día ó en el silencio de la noche, oyen resonar los aires con las alabanzas de María. No queremos decir por esto que una familia que no frecuenta estas prácticas, deba ser considerada como sospechosa en la Religión. Pero si la misión de las prácticas de piedad respecto á María no siempre es una señal de incredulidad ó de heregia, lo contrario es sin embargo generalmente cierto: la invocación y el culto de María son la señal de la verdadera Religión. En la opinion comun este es el signo distintivo de las familias verdaderamente cristianas.

Si, el que cree en las prácticas de piedad, mucho más creea en los dogmas de la verdadera Religión; y esto no puede ser contrario á la doctrina ni á las máximas de un hijo que se complaze en honrar á su Madre. Este sentimiento innato de ternura filial respecto á

María tiene su raíz en la verdadera fé; este es uno de los frutos que ella produce, uno de los efectos que causa, y uno de los sentimientos que inspira, porque el Hijo de Dios no dió á María por hijo sino al que es su discípulo amado, el verdadero fiel; y este es el único que conoce su parentesco y cumple los deberes que le impone. Por consiguiente aquellos que por su desgracia se han separado de la unidad de la Iglesia para lanzarse en el cisma ó en la heregia, como no son los verdaderos discípulos, los discípulos amados de Jesus, supuesto que están fuera de la Iglesia, no tienen tampoco la cualidad, el corazon ni el afecto filial respecto á María, porque esta herencia no pertenece más que á los hijos de Jesus, á sus discípulos amados. Esta ley del amor filial no está escrita en sus corazones, porque esta ley ó el sentimiento que ella produce, tiene su origen en la ternura filial de Jesucristo respecto á María, de que hace participantes á los que forman un mismo cuerpo con él, ó á sus miembros, que son los verdaderos hijos de la Iglesia. Por consiguiente los que no pertenecen á la Iglesia ni forman un mismo cuerpo con Jesucristo, como que no participan, mientras permanecen en ese estado, de sus privilegios ni de sus derechos, tampoco participan de sus sentimientos ni de sus afectos. Por esta razón nada sienten de tierno, de dulce ni de afectuoso respecto á María. Su corazon está frío ó indiferente respecto á ella. María es para ellos una *mujer*, y no una *madre*. Si tienen algun aprecio á esta *mujer fuerte*, no sienten movimiento alguno de afecto hacia esta *madre* llena de ternura. Si ellos la veneran y la honran á su modo, su culto es el culto del espíritu y de la razón, pero no el del afecto y del corazon; es un culto árido y frío, un culto que no puede llamarse tal. Una práctica cualquiera de Religión á la que el corazon es extraño, es un homenaje estéril, filosófico y abstracto del espíritu; un ho-

menago tal sale de la esfera de los actos religiosos; y ni aun siquiera merece el nombre de culto.

Los hereges, extraños á los sentimientos que los católicos experimentan respecto á Maria, nada entienden de cuanto hacemos por ella ni de cuanto le damos. No comprenden que el culto que le tributamos, culto particular, culto inferior al que tributamos á Dios; superior al que tributamos á los santos, es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeleberado, una necesidad del corazón; no comprenden que este culto es un efecto de las relaciones filiales que la palabra divina estableció entre nosotros y Maria, unido á las relaciones de fraternidad que la misma palabra divina estableció entre nosotros y Jesucristo; y que es tan natural que experimentemos un placer inferior en honrar á Maria, en recurrir á ella y en invocarla, como ver á un hijo experimentar el mismo sentimiento al cumplir los mismos deberes para con su madre.

De ahí nace que en vuestras prácticas de devoción respecto á Maria, prácticas arregladas y encerradas en sus justos límites por la autoridad de la Iglesia no vea ellos otra cosa que prácticas supersticiosas, homenajes desmesurados ó injurias á Dios, que no consisten á Maria, y que respecto á nosotros son vanas e inútiles. Por esa causa nos critican, nos injurian y nos ponen en ridículo; ellos se jactan y se glorían de no hacer nada de esto, es decir, que pretenden una ventaja de una cosa sobre la que deberían genair, porque si no se dedican á semejantes prácticas, es porque no tienen el sentimiento de ellas ni conocen su necesidad. De este modo son extraños á la fuente de los mayores consuelos y de los mas importantes auxilios que nosotros los católicos encontramos, en la tristes vicisitudes de esta vida, al honrar á Maria y al recurrir á ella, y que nos salvan con preferen-

cia de los excesos de la desesperación y de los horrores del suicidio.

Mas si sucede, como se ve cada dia en estos últimos tiempos, que algunos de nuestros hermanos separados de la verdadera Religión la abraze de nuevo y vuelva á entrar en el seno de la verdadera Iglesia, experimenta al momento en su corazón una mutacion sorprendente é instantánea, respecto al particular de que tratamos. Sin que nadie le imponga como ley la devoción á Maria, principia al momento á sentirse inclinado á ella y á experimentar su necesidad. Su corazón se abre por sí mismo á el amor filial respecto á Maria; las preveniciones desaparecen en él con los errores; y su corazón se muda lo mismo que su espíritu. Con una regla segura de creencia, recibe tambien una regla segura de amor; y, como se observa con frecuencia, los protestantes, sinceramente convertidos al estolicismo, aun cuando no estén acostumbrados desde su nacimiento, como nosotros á las prácticas de devoción, se hacen, como por encanto, singularmente devotos de Maria; y manifiestan en esto un fervor y una complacencia capaces de avergonzar á los que han mamado con la leche esta devoción.

Por el contrario, apenas un cristiano (y lo mismo puede decirse de una nacion) ha salido del círculo de la unidad católica y ha abandonado la Iglesia, cuando, perdiendo la cualidad de hijo de Maria (porque no es ya hijo de Maria el que no es miembro del cuerpo de Jesucristo) pierde tambien el instinto y el sentimiento, y abandona todas las prácticas piadosas respecto á la que, la madre que era, se ha hecho para él una estrana. El se cree de repente esclarecido por una nueva luz y se imagina ver excesos, superstición y escándalo, donde antes no veia mas que una práctica de religion justa y edificante. Mas lo que él cree una nueva luz no es para él otra cosa que un aumento de tinieblas.

Cuando la verdadera fe se ha alterado en él, se ha alterado igualmente el orden de la caridad, y los sentimientos del corazón se han borrado en él á medida que las santas verdades se han disminuido en su espíritu, como dice el profeta. Así, pues, envanecido por aquello mismo que debería humillarle, satisfecho de sí mismo por lo que debiera hacer correr sus lágrimas, se pone á combatir la verdadera devoción que ha perdido con la verdadera fe, que condena porque no la entiende, y no la entiende porque no la siente.

De ahí nace que los herejes de todas las sectas y de todos los matices se han levantado siempre principalmente contra las prácticas de la devoción católica respecto á María. Para destruirla con mas facilidad han principiado combatiendo los privilegios sublimes de María que son su fundamento, y que la tradición y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devoción á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de herejía, ó al menos de una Religión sospechosa la aversión, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre, y á las prácticas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derretamos lágrimas de compasión sobre esta ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les trae esta ceguedad. Dichosos nosotros que nos encontramos en la verdadera Iglesia en la que tenemos á María por Madre; somos generosos y constantes en su culto, y en nuestra devoción á ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete, y nos asegura la protección de esta tierna Madre. (Véase la nota quince.)

CAPITULO XVI.

Después de las varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo: *Ved ahí tu Hijo, hé ahí tu Madre*, se creará tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto mas se considera y se medita, tanto mayores son y mas importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, sería necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho mas de lo que pensábamos; en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última explicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer mas y mas su profundidad y nos suministrará materia para una sólida é importante instruccion, con la cual terminaremos la primera parte de nuestro trabajo.

Nos detendremos un momento en la palabra *hé ahí*, que se encuentra repetida dos veces en las palabras del Señor; y que, vista la circunstancia grave y solemne en que fué pronunciada, debe tener una gran estension, y encerrar por sí sola un misterio importante.

En efecto, cómo pueden articularse ó leerse estas palabras pronunciadas por Jesucristo y relativas á María: *Ved ahí tu Madre, hé ahí tu Hijo*, sin recordar al momento estas otras palabras no menos tiernas, no menos patéticas que el gobernador romano Pilatos profirió refiriéndose á Jesucristo: *Ved ahí el Hombre, Ved ahí el Rey?*

Los Judíos habían hecho sufrir al cuerpo santísimo de nuestro Salvador los tormentos mas crueles, los suplicios mas atroces, los ultrages mas sangrientos que se han hecho sufrir jamás en el mundo, no diremos á un hombre; sino ni á un animal destinado al matadero. Ellos le habían despedazado á azotes, le habían herido con varas, le habían abofeteado bárbaramente y le habían manchado con salivas; y para que el hombre del dolor se hiciese el hombre de los oprobios, para añadir á los tormentos la vergüenza y el deshonor, habían clavado en su cabeza una horrible corona de aguijas espinas, habían echado sobre sus hombros un vil andraxe de escarlate, habían puesto en sus manos una caña por cetro, y en esta actitud le insultaban con irrisión como á un Rey de teatro. En este miserable estado, en este estado tan propio para inspirar compasión, se presenta Pilatos á los Judíos y les dice: *VED AHÍ EL HOMBRÉ.* Pero ay! este espectáculo de Jesus cubierto de heridas de los pies á la cabeza, y bañado en su sangre, lejos de enternecer á aquellas bestias feroces, no hizo mas que inflamar su odio y su furor. Por consiguiente, en vez de consentir en que se le perdone la vida, piden su muerte con gritos salvajes. Y cuando el presidente duda, y manifiesta la repugnancia que tiene á acceder á su petición injusta y cruel, ellos le amenazan con la rebelion del pueblo y con la cólera del César. Parece que esta amenaza hubiera debido hacer que Pilatos se obstuviese de dar título alguno á Jesucristo, y reconocer en él ningún carácter que pudiese despertar los celos y las sospechas de la política; sin embargo no fué así. Ciego instrumento de los designios de Dios, que ejecuta sin querer, y de sus misterios que cumple sin conocerlos, dice el Evangelista, que haciendo de comparecer de nuevo á Jesus ante la multitud, se sentó en su tribunal, en el lugar llamado *Lithostrotos* en griego y *Gabbata* en hebreo, en un

viernes, como á la hora sesta; y presentando desde allí á Jesus al inmenso populacho que se encontraba presente, les dice con una voz fuerte, y un aire misterioso y profético: *JUDIOS, VED AHÍ VUESTRO REY.* Todas estas circunstancias de la persona, del día, de la hora y del lugar, así como del título de la cruz que se halla escrito en diversas lenguas; estas circunstancias, repito, que acompañan á una declaración tal, y que son referidas tan minuciosamente por el Evangelista, indican suficientemente que esta declaración es el cumplimiento de un misterio profundo. En efecto, como el título de Rey de los Judíos equivale al de Mesias, como los Judíos han designado siempre al Mesias con este nombre, bajo el cual le esperan todavía; la declaración de Pilatos no es otra cosa que un reconocimiento público y solemne que hizo de Jesucristo por el verdadero Mesias, por el Salvador del mundo, y esto en el día de Pascua, en nombre de todas las naciones sujetas al imperio Romano, en nombre de toda la gentilidad, en nombre de toda la tierra.

En el furor que experimentan los Judíos al ver que su presidente les impone por rey un hombre á quien quieren castigar como á un vil esclavo, gritan en vano tumultuariamente que no quieren reconocerle, que ellos no tienen mas rey que el César; Pilatos firme en su resolución, confirma su declaración, añadiendo: *SIN EMBARGO EL ES VUESTRO REY, Y COMO QUERÉIS QUE YO CONDENE Á VUESTRO REY?* Y no contento con haber dado de viva voz esta cualidad gloriosa á Jesucristo, la repite tambien por escrito; con vergüenza y con mengua de todas sus reclamaciones, de toda su oposición y de toda su repugnancia, él se obstina en colocar sobre la cruz de Jesucristo este grandioso título: *JEUS DE NAZARET REY DE LOS JUDIOS.* Título misterioso y sublime que reúne en sí los títulos que Pilatos le había dado poco antes de viva voz, cuando dijo con

relación á él: VED AHI EL HOMBRE, VED AHI EL REY.

Es imposible dejar de reconocer que Pilatos cuando escribió, tuvo su mano guiada por la mano de Dios, así como su lengua fué tambien movida por el Espíritu de Dios cuando habló de un modo tan extraordinario, tan maravilloso y tan verdadero, y que el Padre eterno fué el que, por el ministerio de Pilatos, escribió sobre la cruz de su Hijo su verdadero título de honor y de grandeza, es decir, que era el Rey de los Judíos, el Mesías y el Salvador, que era hombre, y era Dios.

Mas en tanta que por esta inscripción misteriosa colocada sobre la cruz, proclama el Padre eterno á la faz del universo y revela el verdadero Mesías en la persona de Jesucristo; este mismo Hijo pronuncia y dicta en cierto modo otras dos inscripciones que deben ser colocadas, la una sobre la cabeza de María y la otra sobre la de S. Juan, cuando dice á María: HE AHI TU MADRE, y de S. Juan: HE AHI TU HIJO.

O profundidad de los consejos divinos en el cumplimiento de los divinos misterios! Toda la Religión está contenida en estas tres inscripciones; todas tres tienen un mismo fin, al cual concurren con un maravilloso acuerdo.

En el testo griego y en el hebreo dice la inscripción: ESTE ES JESUS DE NAZARET, Ó VED AHI A JESUS DE NAZARET. Esta es, como lo hemos hecho observar, una repetición de las palabras de Pilatos: *Ved ahí el hombre*, pues que el Nazareno, para ser verdaderamente Jesús, es decir, el Salvador del hombre, debe ser hombre ante todo, dice S. Agustín. Cuán grandes son pues y cuán sublimes estas palabras: VED AHI EL NAZARENO, VED AHI EL HOMBRE. Ellas significan: ved ahí el hombre, ese hombre verdadero en quien la imagen de Dios es perfecta. Ved ahí el hombre á quien Dios se refirió particularmente, cuando dijo: al principio del mundo: *Hagamos el hombre á nuestra*

imagen y semejanza; en él era en quien pensaba cuando, por una misericordia y una bondad infinita, formaba el hombre del limo de la tierra. Ved ahí el hombre que se dignó llamarse á sí mismo *el Hijo del Hombre*, porque sin concurso humano nació del hombre en el seno de una virgen, verdadera hija del hombre; que tiene la naturaleza del hombre, sin tener sus vicios, sus miserias y sus pecados; aquel en quien el hombre fué reformado y vuelto á su perfeccion primitiva, en quien todo es orden, armonia y perfeccion; el hombre completo, el hombre perfecto, el hombre por antonomasia, el hombre en un sentido general y absoluto, el hombre por escelencia, que representaba verdaderamente en sí mismo toda la humanidad, y que debia salvarla toda entera; el hombre por consiguiente á cuyo ejemplo deben arreglarse todos los hombres, y con quien serán confrontados un dia en su juicio. Mas este hombre no es solamente hombre, sino que es tambien Hombre-Jesus, es Hombre-Salvador, Hombre-Rey de los Judíos, es Hombre-Mesías, Hombre que desde el madero infame á que está clavado, reinará sobre todos los hombres. Su reino será fundado por medio de los Judíos, porque los apóstoles y los primeros fieles serán Judíos, y el universo se unirá á la raíz del pueblo Judío, á la casa de Jacob, á la raza de David cuyo reino no tendrá fin; y este reino no será fundado por el hierro, sino por el leño; por el amor y no por el terror; para formar hijos, y no para formar esclavos; siendo diferente por su origen de los demas reinos, tambien lo será por su naturaleza. Este no es un reino de la tierra, sino un reino del cielo; no es el reino del hombre, sino el reino de Dios. Este hombre pues es Rey; es Salvador, y este Salvador es Dios. Porque *Ved ahí el hombre, Ved ahí el Rey de los Judíos*, quiere decir: VED AHI EL HOMBRE DIOS. Esta doctrina de que *Jesucristo es verdadero Dios y verdade-*

ro hombre, es la doctrina verdadera, la verdadera fe, la fe divina, la fe santa y la fe pura que nos justifica y nos salva. Ella contiene todo el cristianismo; ella es su fundamento y su base, su compendio y su símbolo. Y cuánto no debemos admirar los designios de Dios, que quiso que una doctrina tan preciosa y tan importante, que un Evangelio tan verdadero y tan consolador fuese escrito en grandes caracteres y en las lenguas más conocidas y más usadas entonces, sobre el madero de la cruz?

Esta inscripción, colocada sobre la cabeza del Hijo, sirve para hacer comprender mejor la importancia y la grandeza de las palabras pronunciadas relativamente á la Madre. Porque si Jesucristo es el hombre perfecto, María es la mujer perfecta, la mujer por excelencia, la mujer grande, la mujer en un sentido absoluto, supuesto que Jesucristo la llama *la mujer* sin otro título, así como Jesucristo es *el hombre* sin otra calificación; la mujer sola bendita entre todas las mujeres, sola libre del pecado, y llena de gracia y de santidad. Mujer simplemente, y por lo mismo Reina, es decir Coredentora, así como Jesucristo es Rey, es decir Redentor. Virgen y Madre, como Jesucristo es hombre y Dios. Verdadera Eva, como Jesucristo es verdadero Adán. Verdadera Eva, porque la primera Eva dió á luz sus hijos para la tierra, y María para el cielo; aquella para el cuerpo, y esta para el espíritu; la primera para el tiempo, y la segunda para la eternidad. María por consiguiente, como dice S. Epifanio, es en un sentido propio, literal, completo y perfecto la Madre de los vivientes.

Cuando Jesucristo designó á María con estas breves palabras: *HE AHÍ TU MADRE*, es como si hubiera dicho: Fieles, hijos de mis llagas y de mi sangre, después de haber reconocido en mí el padre que os ha engendrado, reconoced también en María la madre por cuyo medio

habeis sido engendrados. Al confesar y al reconocer en mí la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en una sola persona, reconoced también en ella la unión de la virginidad y la maternidad. El segundo de estos dogmas no es menos importante que el primero; los dos se unen y se armonizan entre sí. Si yo no fuera verdadero hombre, no podría sufrir por el hombre; y si no fuera Dios, no podría dar á Dios una satisfacción cumplida y reconciliarnos con él. Mas yo no sería Dios, si María no fuera virgen; ni sería verdadero hombre, si ella no fuese mi verdadera madre. Como hombre y Dios, soy el verdadero Salvador de los hombres. Como virgen y madre ella es la Madre de Dios, y por lo mismo la Madre de los hombres. Ved ahí pues esa Madre, á la que, después de mí, debeis todo cuanto sois, y todo cuanto tenéis en el orden de la salvación. Ved ahí vuestra verdadera Madre; reconocedla en el cariso con que os tiene á todos presentes, en la ternura con que os acoge en su corazón, en los tormentos atroces que ha sufrido para daros á luz y volveros á la vida en mí muerte. Ved ahí esa madre heroica, esa madre magnánima, esa madre santa, pura y bendita; esa madre llena de ternura, de celo y de cuidado; esa madre excelente, esa madre sublime, esa madre perfecta.

Finalmente, para que nada falte á las lecciones de la cruz, si las palabras que Jesucristo dirigió á María nos enseñan lo que debemos creer, las que dijo á S. Juan nos enseñan lo que debemos hacer. Porque al decir Jesucristo de S. Juan: *HE AHÍ TU NIÑO*, después de haber dicho de María: *HE AHÍ TU MADRE*, quiso indicar los deberes filiales con respecto á María, así como había indicado los privilegios y la grandeza de su Madre.

Aun cuando Jesucristo, al morir por todos los hombres, los regenerase á todos, y sea por lo mismo el

Padre verdadero de todos, sin embargo no todos los hombres son en realidad sus discípulos ni sus hijos, nacidos de su muerte. De la misma manera, aunque María al sufrir por todos los hombres, los haya dado á luz y sea la madre de todos, sin embargo no todos son en realidad sus hijos, nacidos de sus dolores. Se necesitan indispensablemente ciertas condiciones para participar del beneficio de este doble nacimiento, para ser admitido en este santo parentesco, en esta augusta familia, para ser el verdadero discípulo de Jesucristo, el verdadero hijo de María. Y queréis saber cuáles son estas condiciones: añade Jesucristo desde lo alto de su cruz. Mirad á Juan; él es el modelo, el ejemplo, el tipo de mis verdaderos discípulos y de los verdaderos hijos de María. Tenemos por consiguiente en el Calvario ejemplos y modelos de toda clase de perfección. Queremos conocer al hombre verdadero, al hombre padre, al hombre rey, que tiene entrañas de verdaderas ternura para con la humanidad? Miremos á Jesucristo que dá su vida por unos ingratos, que se sacrifica por unos viles esclavos. Queremos saber cuál es nuestra verdadera madre? Miremos á María que sacrifica el hijo mas amado para salvar á los hijos mas necesitados. Deseamos tambien conocer cuál es el verdadero discípulo de Jesus y el verdadero hijo de María? Miremos á S. Juan, de corazón puro, de alma fuerte, y de afectos tiernos, inseparable de Jesus y de María; él asiste á la muerte de aquel, y á las angustias de esta, para aplicarse el fruto de ellas. Si pues Jesucristo expresa en sí mismo la perfección del hombre, si él es el hombre por excelencia; si María expresa la perfección de la madre; si ella es la madre por excelencia, S. Juan expresa la perfección de los hijos; él es por excelencia el discípulo de Jesucristo, y el hijo de María.

Oh hombre, oh madre, oh hijo! Quién me diga que estas preciosas palabras: *Hé ahí el hombre, hé ahí*

la Madre, hé ahí el Hijo, resonasen continuamente en mis oídos, estuviesen siempre ante mis ojos y quedasen grabadas eternamente en mi corazón, á fin de que yo me consumiese en reconocimiento y en amor por tal hombre, y por tal madre, retratando en mi conducta la virtud de tal hijo! Yo me diria entonces á mí mismo, *HÉ AQUÍ EL HOMBRE, HÉ AQUÍ EL REY! HÉ AQUÍ EL HOMBRE DIOS, EL REY DULCE Y PACÍFICO*, pues que reina por el amor; pero el Rey poderoso y fuerte, que cuando quiere, lo atrae todo á sí. Reinad tambien, oh señor y Dios mio, en mi espíritu y en mi corazón; reinad sobre las ruinas de mis malos hábitos y de mis pecados, reinad en mí por vuestra gracia, por vuestra misericordia y por vuestro amor.

Y si mi pensamiento se aterraba á vista del Hijo de Dios, de Dios mismo, yo me diria: *HE AQUÍ Á JESUS DE NAZARET; HE AQUÍ EL HOMBRE*; es decir el Dios hombre, el Dios revestido de la misma naturaleza que yo, de la misma carne, de las mismas miserias, para poder compadecerse de mis enfermedades, el Dios hijo del hombre para salvar al hombre. Yo me acercaria pues sin temor; yo le hablaria con confianza y con familiaridad como á un igual; yo le invocaria con amor, yo trataria con él del gran negocio de mi salvacion, del gran negocio por el cual él vivió y murió como hombre.

Si á pesar de la naturaleza humana, me intimidaba en él la naturaleza divina; si á pesar de su cualidad de Redentor, su cualidad de Juez me hace temblar ante un Dios cuyas leyes he violado, ante un juez cuya justicia he provocado; para no desesperarme, para no dejarme abatir, me acordaré de que ante este Hombre-Dios tengo una madre, una madre verdadera, una madre que me dió á luz en medio de tantos tormentos, y que no quiere que el fruto de tantas angustias, de tanto dolor y de tanto amor se pierda para mí; una madre de misericordia, de bondad y de dulzura, que desea mi

salvacion mucho mas que yo mismo; una madre cuya proteccion, cuya intercesion y cuyo auxilio, cuyo corazon y cuyo amor son para mí una defensa segura contra la colera divina, y un medio seguro de desarmarla. Ved ahí esa tierna madre al pie de la cruz de su divino Hijo. Oh cuán dulce es su mirada, cuán compasivo es su semblante, cuán grande es su alma, y cuán lleno de ternura está su corazon! En este asilo, en este lugar de refugio, la colera de Dios que yo he provocado con mis pecados no podrá llegar hasta mí; ella me facilitará la entrada en el corazon de su Hijo, y me hará recobrar su gracia y su amor. Ved aquí la madre en cuyas manos debo abandonar mi suerte y cuya benevolencia y cuya bondad debo cultivar.

Yo me dié tambien á mi mismo: Hé aquí á Juan, este hijo ejemplar, este hijo modelo, por cuyas pisadas es necesario que yo camine para llegar á la posesion de la gracia del Hombre-Dios y del amor de su Madre. Yo velaré cuidadosamente, á ejemplo de S. Juan, sobre la pureza de mi cuerpo, sobre la de mi espíritu y sobre la de mi corazon; yo alejaré de mí todas las acciones y todas las ocasiones que puedan comprometer para mí esta pureza, la mas fragil, la mas delicada y la mas preciosa de todas las virtudes; aquella por la que María se mostraba mas cuidadosa que por todas las demas; aquella por la que S. Juan agradó á Jesucristo, y la única por consiguiente que podrá hacerme agradable á Jesús y á María.

A ejemplo de S. Juan, no temere los peligros, las persecuciones, el odio, los improperios ni los sarcasmos del mundo, para seguir á Jesús al Calvario. Yo no me avergonzaré de la ignominia de la cruz de mi Salvador; yo me gloriaré en ella, y la miraré como un beneficio y un bien esclusivo; yo me creeré demasiado honrado en colocarme junto á ella y en participar de sus oprobios, para alcanzar la salvacion, la resurrec-

cion y la vida, que proceden de este arbol precioso.

A ejemplo de S. Juan, amaré á Jesús y á María sobre todo lo demas. Yo les consagraré mis afectos, mi corazon mi vida y todo mi ser. Yo permaneceré siempre en el Calvario en su compañía, para meditar sus padecimientos, para admirar su amor y obtener su gracia. Todo cuanto yo tenga de mas amado y de mas precioso será de María. Dichoso yo entonces, porque podrá decirse de mí: ved aquí el discípulo amado de Jesucristo; ved aquí el verdadero hijo de María; y si pertenezco al número de sus verdaderos hijos en la tierra, perteneceré tambien al de sus dichosos herederos en el cielo. Asi sea. (*Véase la nota diez y seis.*)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

28

LA MADRE DE DIOS.

MADRE DE LOS HOMBRES.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Las leyes divinas y humanas reconocen y admiten dos especies de paternidad: la paternidad de *naturaleza*, y la paternidad de *adopción*. La paternidad de naturaleza tiene su principio en la fecundidad natural del ser; la paternidad de adopción tiene el suyo en la fecundidad del amor. La caridad es también fecunda, dice S. Agustín, la caridad es también madre; y cuando la naturaleza no puede ya dar hijos, la caridad los produce por la adopción. Ella los lleva por decirlo así, en sus entrañas, los cria y los alimenta en su seno; y el amor que adopta, acude entonces á socorrer la naturaleza que flaquea.

Estas dos especies de paternidad se encuentran en Dios como en su principio; porque, como dice S. Pablo, EN EL CIELO Y EN LA TIERRA TODA PATERNIDAD PROCEDE DE DIOS. El es por naturaleza el Padre de su Verbo, que engendra de su sustancia desde la eternidad. El es por adopción el Padre de todos los hombres á quienes ha hecho y hace nacer de su amor. Es tanto más cierto que los hijos adoptivos de Dios nacen de su amor, cuanto que él no tiene necesidad de buscar como los padres de este mundo, una paternidad de

adopcion para suplir el defecto de la paternidad de naturaleza. El es en efecto desde la eternidad Padre por naturaleza de un hijo semejante á él, esplendor de su gloria ó imagen de su sustancia. Por consiguiente solo procura la paternidad con el objeto de comunicar las riquezas de su bondad.

La naturaleza divina es fecunda, y por esta razon tiene Dios por naturaleza un hijo consustancial y perfecto. Mas el amor divino es fecundo tambien, y por esta causa tiene Dios igualmente hijos adoptivos. Ved aquí por qué, dice el apóstol S. Juan, somos deudores al amor infinito de Dios del privilegio que tenemos, no solo de ser llamados, sino de ser realmente sus hijos.

Nuestro título de hijos adoptivos no es, con respecto á Dios, una idea ascética, un título hiperbólico ó un nombre vano; sino un hecho verdadero y real, un hecho que Dios anunció en la Escritura con palabras claras, precisas y enérgicas. En efecto, antes de verificarse esta adopcion tan útil y tan gloriosa para nosotros, la hizo anunciar al mundo por su profeta Jeremias en términos pomposos: Ved aquí, dice, las palabras de Dios todo poderoso: Llegará un día en que yo seré vuestro verdadero Padre, y vosotros seréis mis verdaderos hijos. Cuando este fausto misterio de amor tuvo su cumplimiento, nos hizo decir por boca de su apóstol S. Pablo, que nuestra adopcion por hijos de Dios, por medio de Jesucristo, es el efecto de un decreto de predestinacion que él formuló desde la eternidad; que para llevarlo á efecto, y darnos la solemne investidura de él envió al mundo su Hijo único; que así está excluido de esta adopcion, sino que todos los que tienen una fe verdadera en Jesucristo se hallan comprendidos en ella; que ella no consiste solo en palabras, sino que nos dá unos títulos auténticos, unos derechos reales, y nos instituye, en cualidad de verdaderos hijos, herederos de Dios y coherederos de

Jesucristo; que para convencernos de la verdad de nuestra adopcion, el Espíritu Santo dá testimonio de ella á nuestro espíritu, y la recuerda sin cesar á nuestro corazón; y finalmente que no solo nos ha dado Dios el título y los derechos de hijos suyos, sino que ha infundido tambien en nuestras almas este sentimiento, por una comunicacion del espíritu mismo de su Hijo; á fin de que le invoquemos como á nuestro Padre, animados de la misma confianza y del mismo amor con que Jesucristo le llama su Padre. Es indudable pues que nosotros somos, en union con Jesucristo, verdaderos hijos de Dios, Jesucristo lo es por naturaleza; nosotros lo somos por adopcion. El título y el origen son diferentes; mas los derechos, los privilegios y las consecuencias son los mismos.

Despues de haber reflexionado seriamente sobre la materia de que tratamos, es cuando hemos procurado establecer la realidad de nuestra adopcion por hijos de Dios, supuesto que esta adopcion es precisamente el fundamento, el modelo y la regla de nuestra adopcion por hijos de Maria.

En efecto, si se examina la economía del misterio de la redencion, se ve claramente que el Padre eterno quiso asociar á Maria á todo aquello que conducia al cumplimiento de esta obra inefable de su misericordia y de su amor. Por esta razon Alberto el grande llama á Maria LA COOPERADORA DE LA REDENCION. El cardenal Hugo la llama igualmente LA COMPANERA DEL ALFISTRO EN LA GRANDE OBRA DE NUESTRA SALVACION. S. Lorenzo Justiniano la llama LA REPARADORA DEL SIGLO; y un gran número de Padres dan con frecuencia á Maria, como observa Arnobio, unos títulos que rigurosamente hablando no convienen mas que á Jesucristo considerado como Redentor.

Pues bien, una vez establecido este libre designio de la sabiduría y de la caridad de Dios de asociarse

una mujer en la reparacion del hombre, como el demonio se habia asociado otra para su ruina es claro que el Padre eterno, para hacerla concurir con él á un fin tan precioso, debió elevarla hasta sí; y hacerla, cuanto podia sufrirlo la capacidad de una criatura, participante de la fecundidad de su amor, lo mismo que de la fecundidad de su ser; y asociarla á su paternidad de *adopcion* respecto á los hombres, como la habia asociado á su paternidad de *naturaleza*, respecto al Verbo divino.

Es evidente que la asoció á su paternidad de *naturaleza* respecto al Verbo divino; porque Maria no podia ser su Madre por una fecundidad propia y natural de la mujer. Y bajo este aspecto se habia ella consagrado á una venturosa esterilidad por el voto que habia hecho de conservar intacta su pureza virginal. Cómo podré yo, tener un hijo, cuando he prometido permanecer virgen? Ignora el Señor lo que yo soy y lo que le he prometido? Segun las expresiones sublimes y enérgicas del mismo Angel, Maria no fué Madre del Verbo sino porque participó, en cuanto es posible á una pura criatura, de la fecundidad de la naturaleza divina; porque en efecto una simple criatura no puede hacerse Madre de Dios, sino por la virtud de Dios. No temais, le responde el mensajero celestial; la virginidad que habéis prometido á Dios, no será obstáculo para que seáis su madre. Vos concebiréis por una operacion milagrosa del Espíritu Santo que os cubrirá con su sombra, y hará en vuestro seno su habitacion. Vos tendréis á Dios por esposo, porque estais destinada á tener á Dios por hijo. No se trata pues aqui de ser madre por una fecundidad puramente humana, como las demas mugeres, sino por una virtud divina, propia solo del Altisimo, de que seréis llena y rodeada misteriosamente. Asi es como tendréis por Hijo al que reconoce por Padre al mismo Dios. Palabras

sublimes y enérgicas, repito, por las que el Espíritu Santo quiso manifestar que no perteneciendo la fecundidad de Maria á la tierra, sino al cielo, no es del hombre, sino de Dios, que no procede de las leyes de la naturaleza humana, sino del poder de la naturaleza divina del modo con que Maria se hace madre, semejante en cierto modo á la manera con que el Padre eterno es Padre de su Verbo. Y en efecto, Maria engendra sin Padre de su propia sustancia en el tiempo un hombre verdadero que es el mismo Verbo divino que el Padre eterno, sin Madre, engendra Dios verdadero de su propia sustancia desde la eternidad, como dicen S. Cirilo y S. Agustin.

No es posible creer que despues de haber hecho Dios participar á Maria de la fecundidad de su naturaleza, no la hiciese participar de la fecundidad de su amor; y que despues de haberla elevado por un honor insigne á la maternidad real del Verbo divino, no la llamase tambien á participar de este acto de su inmensa bondad que le hace adoptar á los hombres por hijos. Cuando para realizar su obra quiso asociar á Maria á su doble generacion y á su doble paternidad, la hizo en cuanto es posible, Madre por los mismos titulos con que él es Padre, es decir, por naturaleza y por adopcion. Y asi como para hacer á Maria Madre del Verbo, infundió en su seno una virtud divina, asi tambien para hacer á Maria Madre adoptiva de los hombres que él engendró por su amor, infundió en su corazon la ternura de su misericordia y los sentimientos de su bondad divina. Por consiguiente, supuesto que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios y de Maria, porque fué engendrado de la sustancia de Dios en la eternidad y de la sustancia de Maria en el tiempo, los hombres son tambien verdaderos hijos adoptivos de Dios y de Maria, porque el amor de Dios y el de Maria les hicieron renacer á una nue-

va vida. Así pues el amor es el primer principio y el primer título de nuestra filiación, con respecto a Dios. S. Juan nos dice: Ved los trasportes de amor con que el Padre celestial nos proximo: él quiso no solo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad. El primer principio y el primer título de nuestra filiación con respecto a María es también el amor. S. Agustín nos dice: María según el espíritu no es Madre del Salvador que es nuestra cabeza. Ella recibió de él un ser espiritual, por consiguiente es más bien su hija, supuesto que todos los que creen en él (y María es ciertamente de este número) se llaman con justo título los hijos del esposo. Mas en cuanto a nosotros que somos miembros de Jesucristo, María es nuestra verdadera Madre según el espíritu, pues que con su caridad cooperó al nacimiento de los fieles en la Iglesia. Según la carne es verdadera Madre de la cabeza cuyos miembros somos nosotros.

Este santo Doctor reconoce por consiguiente una doble maternidad en María, la maternidad de la carne y la maternidad del amor. Por su carne purísima es Madre de Jesucristo nuestra cabeza, y por el amor es Madre de los hombres que están unidos a esta cabeza como sus miembros. El corazón de María fue fecondo así como su seno lo fué también milagrosamente; su sangre engendró a Jesucristo, y su amor concarrió á dar hijos á la Iglesia. De este modo, dice S. Bernardino de Sena, se hizo María por amor la verdadera Madre de todos aquellos á quienes S. Juan representaba y figuraba. *(Vean la nota diez y siete).*

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

CAPÍTULO III.

Es necesario explicar el modo con que el amor de Dios nos hizo sus hijos adoptivos. Porque si la manera inefable con que Dios, sin el auxilio de una Madre, engendra en su propia sustancia su Hijo único, es el modelo y el tipo según el que María, sin el auxilio de un padre engendra este mismo Hijo de su propia sustancia, el amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de Dios, es y debe ser igualmente el modelo del amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de María.

Dios Padre tiene desde la eternidad un Hijo igual á él, que satisface toda la actitud de su amor, así como absorbe toda su sustancia, que el Padre le comunica enteramente. Mas no satisface su misericordia, porque siendo el Verbo eterno santo con la santidad misma de su Padre, perfecto con todas sus perfecciones, y Dios con su misma divinidad, no puede ser un objeto de indulgencia, de compasión ni de misericordia. Estos atributos divinos no se pueden manifestar sino sobre seres imperfectos, inferiores, débiles y enfermos, que nada tienen, que nada merecen, y á los que nada puede dar Dios, ni aun acordarse siquiera de ellos, sin hacer brillar, como dice S. Bernardo, todo el esplendor de su bondad y de su misericordia. Esto es la razón porque, ademas del Hijo que engendró de su sustancia, quiso también Dios crear hijos en las entrañas de su misericordia y en la inmensidad de su caridad.

Mas estos hijos de adopción que él quiso hacer nacer de la fecundidad de su amor, y que dió por hermanos á su Hijo primogénito engendrado por la fecundidad de su naturaleza, estos hijos han podido per-

derse por sí solos, mas no pueden salvarse solos; ellos han podido venderse á sí mismos, pero no pueden rescatarse. Ellos son esclavos, y es necesario rescatarlos; ellos son enemigos, y es necesario reconciliarlos; ellos son culpables, y es necesario perdonarlos; ellos están corrompidos, y es necesario santificarlos; ellos están manchados, y es necesario purificarlos; ellos en fin están muertos, y es necesario volverlos á la vida. Pero se necesita un sacrificio para esto; se necesita una satisfacción, una expiación; esta satisfacción debe ser humana en su ejecución, porque, como dice S. Agustín, debe ser ofrecida por el hombre y para el hombre; pero debe ser divina por su valor, por su mérito y por su excelencia, porque se trata de hacerla agradable á Dios y digna de él. Para esto es necesario que el mismo Hijo de Dios se una al hombre, que se vista de su naturaleza, que sea lo que nosotros somos, sin dejar por eso de ser lo que es, que sea Dios y hombre, á fin de que pueda sufrir como hombre y por el hombre, como verdadero hijo del hombre, y elevar al mismo tiempo en su cualidad de Hijo de Dios, el mérito de los sufrimientos del hombre hasta hacerlos satisfactorios ante la Magestad divina.

O Padre eterno, Padre justo, Padre santo, consentidnos vos en esta condición que el hombre, no solo no hubiera esperado, sino ni aun siquiera hubiera creído posible? Abandonaréis á las ignominias, á los tormentos y á la muerte ese Hijo único, objeto de vuestras delicias y de vuestra ternura, esa imagen de vuestras perfecciones; y esto para rescatar á esos hombres que por el pecado se hicieron vuestros enemigos y el objeto de vuestro odio? Consentidnos en entregar vuestro propio Hijo para hacer de él el rescate de vuestros hijos adoptivos? El puso á su propio Hijo, dice S. Pablo, en paralelo con nosotros, y para salvarnos á todos no lo perdonó; sino que lo

ofreció y lo dió voluntariamente. Ese Hijo divino, nos dice el mismo en el Evangelio, que el Dios omnipotente, criador de todo, que de nada necesita, cuya perfeccion, cuya gloria y cuya felicidad nadie puede aumentar, fue llevado á un exceso tal de compasión y de bondad; y que este arrebató de amor fué tan generoso, tan tierno y tan vehemente para un mundo manchado y corrompido; para un mundo digno de todo el furor de su indignacion y de toda la severidad de sus castigos eternos, que sin otro mérito de nuestra parte que nuestra profunda malicia, sin otro motivo que el tesoro y el fondo inagotable de su bondad, nos dió, no un hombre á quien amaba, no tampoco un angel de los que rodean su trono, sino el Hijo que engendró en su seno, su mismo Hijo único. Y nos le dió, no para reinar, sino para morir; no para el triunfo, sino para la cruz. El nos dió, prosigue S. Pablo, á fin de que nosotros, pobres criaturas, pasásemos del oprobio á la gloria, de la muerte á la vida, de la servidumbre á la libertad y del abandono á la adopción; y para que, de enemigos que éramos, nos hiciésemos verdaderos hijos.

Algunas veces sucede en el mundo que un hombre lleno de compasión y de amor por un niño pobre, abandonado y desgraciado, lo recibe en su casa, lo admite á los derechos de hijo, y de este modo se hace su padre adoptivo. Del mismo modo el Dios Padre se compadeció del estado de abyeccion, de miseria y abandono en que habíamos caído, y nos hizo participantes de los derechos y de los privilegios comunicables de su Hijo. El nos adoptó verdaderamente; y nosotros nos hicimos, no solo de derecho, sino tambien de hecho, sus verdaderos hijos, y él se hizo nuestro verdadero padre.

Mas lo que hace increíble y sorprendente su bon-

dad y su misericordia para con nosotros, es que si sucede alguna vez que un hombre generoso y caritativo adopte á un desgraciado, no suceda jamás que adopte á un enemigo; y que si vé alguna vez á un extraño participar de los derechos de hijo, jamás se ve á este extraño sustituyendo á un hijo legítimo. Mucho menos sucede ver al hijo legítimo humillarse y sacrificarse por el hijo adoptivo. Mas la bondad divina traspasó todos los límites con respecto á nosotros, como dice S. Pablo, pues que nos adoptó cuando éramos para ella objetos de enemistad y de odio; ella nos substituyó á su propio Hijo, y quiso que su muerte sirviese de remedio á nuestros males y fuese el título mismo de nuestra adopción.

O caridad superabundante, esclama S. Bernardo; caridad que excede todos los límites y toda medida! Por salvar al esclavo, no perdonó Dios Padre á su propio Hijo, y este Hijo tampoco se perdonó á sí mismo.

O grande, ó sublime ó incomprendible misterio! El espíritu humano se siente abrumado por la grandeza de tanta bondad, por el exceso de un amor tan tierno. Las expresiones faltan, porque las ideas desaparecen; y el pensamiento se detiene abatido y confuso como en un éxtasis de tiernos sentimientos y de profundo estupor.

Mas este prodigio del cielo se renovó tambien en la tierra, y desde el seno de Dios se repitió en el corazón de María.

Escribiendo S. Agustín sobre el pasaje del Evangelio, donde Jesucristo dice: El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, esa es mi madre, afirma que María fué mas bienaventurada por haber practicado esta grande lección de Jesucristo que por haberle concebido segun su carne; y que su consanguinidad y su título de Madre de Jesucristo de nada le hubiera servido, si no le hubiera he-

vado en su corazón mucho mejor aun que en su carne.

Mas supuesto que la santidad inefable de esta sublime criatura, que la perfeccion de su alma y el prodigio de su virtud consistieron principalmente en la conformidad entera, absoluta y perfecta de su voluntad, de sus deseos y de sus sentimientos, con los sentimientos, los deseos y la voluntad de Dios; es indudable, dice S. Buenaventura, que María dividió con Dios mismo estos prodigios de generosidad y de misericordia para con los hombres; y que al consentir en esta obra sublime de la bondad divina, y al conformarse al acto generoso por el que Dios nos dió su Hijo único, se ofreció ella misma y se dió con este mismo Hijo para ser la víctima y el precio de nuestra salvacion. Ella lo cede, lo dá y lo ofrece para este fin misericordioso, con una generosidad, una prontitud y un amor tal, que nada pueda imaginarse de mas perfecto ni de mas grande, á no ser el amor, la prontitud y la generosidad de Dios, que le sirve de motivo y de ejemplo. Del mismo modo que Dios Padre, tenia María por Hijo á Jesucristo; ella debia pues participar de su caridad para con los hombres; y la conformidad entre el Padre celestial y la Madre terrena debia, en lo posible, ser en todo y por todo entera y perfecta.

Ved aquí porqué, prosigue el santo Doctor, despues del amor del Padre celestial, sigue inmediatamente el amor de María para con el género humano. El mismo Dios le comunicó las llamas de su caridad para con nosotros. Su alma santísima fué penetrada é inundada de ellas segun su capacidad; y su corazón fué abrasado por los ardores de este fuego celestial. La obra de nuestra salvacion se le hizo mas amada por la vida preciosa de su propio Hijo. Amadora del Padre celestial, no solamente consintió sino que deseó plenamente, y eficazmente: quiso que

la santidad y la inocencia misma de su Hijo cargase con nuestros pecados para hacernos participantes de su justicia; que sufriese las penas y los castigos que habíamos merecido, para que nos comunicase sus derechos y sus privilegios; que fuese tratado como un criminal, á fin de que fuésemos perdonados como inocentes; que muriese con una muerte afrentosa y cruel, para que nos hiciese nacer á la gloria y á la felicidad; que fuese puesto en nuestro lugar, para que nos hiciese entrar en posesion del suyo; que sufriese todo el peso de la cólera divina, para que nos hiciese experimentar todos los efectos de la divina misericordia. Ese divino Hijo le era mas amado que su existencia propia; y sin embargo nosotros le fuimos mas amados que su Hijo santísimo, supuesto que ésto lo dió y lo sacrificó voluntariamente por nosotros.

Por consiguiente todo cuanto hemos dicho respecto al don que el Padre eterno nos hizo de su propio Hijo, puede decirse tambien proporcionalmente de Maria. En efecto, el santo Doctor que acabamos de citar, no tiene dificultad alguna en aplicar á Maria las bellas y sublimes palabras con que Jesucristo, y despues de él su apóstol S. Pablo, nos manifestaron el prodigio de amor de Dios en la donacion que nos hizo de su Hijo único; porque despues de las palabras que hemos citado, añade que puede decirse tambien de Maria: Tu fué la vehemencia de su amor, y la ternura de su cariño para el mundo, que dió á su Hijo único por salvarlo, y que puede decirse igualmente de Maria que debiendo elegir entre la muerte ignominiosa de su Hijo y nuestra salvacion, no vaciló un momento; que no perdonó á su propio Hijo para adquirir hijos estranos; que lo dió espontaneamente para curarnos y salvarnos.

Por qué admirarse! dice S. Bernardo. Si el seno de Maria es parecido al seno de Dios en la generacion, su corazon es parecido tambien en el amor al corazon de

Dios. Ella engendró en el tiempo á su Hijo único con una fecundidad semejante á aquella por la que Dios lo engendró desde la eternidad; y como él lo dió con el mismo sentimiento de desinterés y con el mismo amor. La donacion que Dios nos hizo de él, es el efecto de una caridad que excede de la imaginacion, y que no podría ser mayor; y la donacion de Maria es igualmente el efecto de una caridad que la imaginacion no puede alcanzar, y que no cede mas que á la de Dios.

De todo esto se deduce naturalmente la consecuencia siguiente: asi como Dios Padre al darnos el Hijo que engendró de su propia sustancia, se hizo, segun todo el rigor de los términos, nuestro Padre; asi tambien Maria habiéndonos dado ese mismo Hijo que ella engendró de su propia sangre, se hizo tambien en todo el rigor de las palabras, nuestra Madre. Nosotros somos hijos del uno y del otro, por efecto de una justicia rigorosa, fundada en el prodigio de una infinita misericordia; porque los dos nos adquirieron por un acto de la mas sublime generosidad, por el cambio de lo mas amado y mas precioso que tenían, por el cambio de su propio Hijo.

María es pues nuestra madre, bajo este aspecto, por el mismo título y por las mismas razones porque Dios es nuestro Padre. Nuestra filiacion, con respecto á Maria, es tan sagrada, tan auténtica y tan legal como nuestra filiacion con respecto á Dios. El precio es el mismo: la donacion y la muerte de su Hijo común. El fin es el mismo: nuestra salvacion. El principio es el mismo: la compasion, la misericordia y el amor. Nosotros por consiguiente podemos decir, con S. Buenaventura, lo que S. Juan dijo de Dios: Ved con cuanto amor nos amó Maria: ella quiso, no solo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad, y nos alcanzó los derechos y los privilegios, de hijos.

(Véase la nota diez y ocho.)

CAPITULO III.

No debemos considerar ahora la ofrenda magnánima, la donación generosa que María nos hizo de su Hijo único, de una manera general y absoluta, como lo hemos hecho hasta aquí. Para penetrar en el espíritu y conocer, al menos en parte, la excelencia de un misterio que contiene una bondad tan sorprendente y una ternura tan admirable para con nosotros, misterio que establece el título verdadero de nuestra adopción por hijos de la Madre de Dios, es necesario considerarlo también de una manera especial y práctica, recordar el tiempo, el lugar, las circunstancias misteriosas que intervinieron, los sentimientos sublimes que lo acompañaron, los sacrificios y las penas que fueron su condición, y las bendiciones que fueron su consecuencia.

Esta ofrenda tan preciosa para nosotros se cumplió y se consumó en el Calvario; pero ya habían pasado treinta y tres años desde el día en que fue hecha. Es el momento misterioso de que dependía la salvación del mundo; en el momento en que la Virgen pronunció aquel omnipotente *fiat, fiat*, por el que debía ser reparado todo lo que había producido otro *fiat*; ilustra María en aquel momento por la clara inteligencia que tiene de las profecías, y mucho más por la abundancia de las luces celestiales de que está inundado su espíritu, vé, como en un cuadro, la serie de acontecimientos y de misterios que deben sucederse durante la vida del Hijo que concibe. Ella tiene un conocimiento exacto y una certeza infalible de que el Hijo de Dios, de quien se hace Madre, no se dispone a la gloria de un trono terreno, sino a la ignominia de la cruz. En el instante mismo en que concebía un crucificado

en su seno, dice S. Bernardino de Sena, fué crucificada ella misma en su corazón; y para señal de la suerte sangrienta que esperaba al Hijo que engendrabas entonces de su sangre purísima por la virtud de Espíritu Santo, por una disposición divina concibió el veinte y cinco de Marzo, día en que este divino Hijo terminó en el Calvario treinta y tres años después su carrera mortal en medio de los mayores tormentos.

¶ Pues bien, ni el conocimiento tan claro de este misterio que debe cumplirse en el Hijo, ni la convicción profunda del sacrificio doloroso que había de sufrir la Madre, son bastantes para hacer vacilar su ánimo. Su prontitud para dar un consentimiento que le abría una carrera tan larga de padecimientos, no se entibia. Por el contrario, su corazón se inflama, dice S. Anselmo, con los trasportes mas vehementes, con los mas ardientes deseos; ella se enardece al ver consumarse por tales medios la obra de la salvación de los hombres. Doblemente inundada y llena de la caridad divina que abraza su tierno corazón, y de la virtud de Dios que reside en su seno purísimo, se hace dos veces madre, por el doble consentimiento que dá para que su propia sangre sirva para formar un cuerpo á la persona del Verbo, y para que la sangre de su Hijo se emplee en pagar el precio de nuestra salvación. Ella concibe dos hijos: el uno con su sangre y el otro con su amor; y madre del uno por naturaleza y del otro por adopción, principia desde aquel momento á llevar y alimentar á los hijos de los hombres en su corazón lleno de amor, lo mismo que principia á llevar y á nutrir en su seno el Verbo mismo de Dios.

¶ Mas estos sentimientos sublimes, estas disposiciones magnánimas que María alimenta interiormente respecto á los hijos de los hombres, desde el momento en que fué Madre de Dios, no tardaron mucho en manifestarse exteriormente, y en verse confirmados por las

obras. En el día de su Purificación renueva ella en el santuario de Jerusalen de una manera pública y solemne, la ofrenda generosa de su propio Hijo por nuestra salvación; ofrenda que ha hecho ya secretamente en el santuario de su corazón. Jesucristo se presenta desde entonces en el templo, como dice S. Pablo, en cualidad de víctima; y María se asocia á estos sentimientos de misericordia, y se presenta, según S. Epifanio, en cualidad de sacrificador. Jesús renueva de una manera mas perfecta la docilidad de Isaac, y María la generosidad de Abraham. El viejo Simeon representaba, dice S. Ambrosio, la humanidad entera en los inveterados desórdenes del pecado. María al depositar su Hijo entre sus brazos, lo da al género humano entero; lo ofrece por la salvación de todos, así como lo había dado á luz por la salvación de todos. Ella renuncia, por decirlo así, á tenerlo por hijo, á fin de dárselo por Redentor.

Su resolución pues estaba ya tomada, su voluntad determinada, su espíritu pronto y corazón dispuesto y resignado, cuando Simeon, tomando la actitud de un profeta y con un tono misterioso y solemne que anuncia toda la magestad de una inspiración divina, dice á María: Mujer, desde este momento, este Hijo que acabas de ofrecer no es ya vuestro; él pertenece á los demás. El está establecido para la salvación, la resurrección y la vida de muchos; sin embargo él será para otros muchos en Israel un motivo de escándalo y de ruina. El será como una señal de contradicción á cuyo alrededor se agruparán las pasiones para combatirlo. El será objeto de una persecución y de un odio general. Entonces se manifestarán respecto á él los sentimientos mas ocultos, los pensamientos mas secretos de baja traición, de envidia y de furor de parte de sus enemigos; y de valor, de fidelidad y de amor por parte de sus amigos. Mas ay! ó Mujer! Todo lo

que él ha de sufrir en su cuerpo, el amor os lo hará sentir en vuestra alma. La vista de su muerte dolorosa será para vos como una espada de acerbo dolor, que sin quitaros la vida, atravesará vuestro corazón de parte á parte. Entonces serán inmoladas dos víctimas de un solo golpe. Los tormentos del Hijo serán al mismo tiempo el martirio de su Madre. Su muerte será la vuestra, sus padecimientos serán los vuestros.

O prolección desgarradora para el corazón de una madre! O profecía cruel! Qué tempestad de afectos contrarios, qué tumulto de funestos temores debieran levantar en su corazón estas lúgubres palabras! Sin embargo, aun cuando ellas sean pronunciadas por Simeon, reconoce María que Dios las inspira. No son pues para ella los acentos de un hombre, sino la manifestación de los decretos del cielo. Ella domina su ternura maternal aterrada y turbada por esta profecía; ella hace callar todas sus afecciones para conformarse á las disposiciones de lo alto. Ella entra en las disposiciones y en los sentimientos que el apóstol S. Pablo atribuye á Jesucristo en estas mismas circunstancias; en el secreto de su corazón responde á Dios que le habla por boca de su profeta: Supuesto que vos lo queréis, ó Dios santo, ó Dios justo! cúmplase vuestra voluntad. La primera ley que yo me he impuesto, mi primer deber es el de aceptar todas vuestras disposiciones y todos vuestros designios, y someterme absolutamente á vuestra voluntad. Es muy doloroso para mí que habiéndome dado tal Hijo me lo pidáis tan pronto. Mas supuesto que lo exigis para reemplazar las víctimas carnales que jamás han podido seros agradables, y que el culto con que le vestisteis debe ser sacrificado por la salvación de los hombres, yo vengo á ofreceroslo voluntariamente. Esta obra de vuestra inmensa misericordia endulza la amargura de mi ofrenda. La salvación del mundo merece que yo os sacrifi-

fi que mi corazón, supuesto que mi Hijo os ofrece su sangre y su vida. Yo consiento en privarme del fruto de mis entrañas para dar á los hombres el Redentor que vuestra misericordia les ha prometido. Disponed del hijo sin mirar los dolores de la madre. Cúmplanse vuestros misericordiosos designios, hágase vuestra voluntad. Mi corazón estará siempre dispuesto á escucharlos, y mi voluntad dispuesta á conformarse con ellos. María se pone absolutamente de acuerdo con el Padre Eterno y con su Verbo incarnado; y de cierto estipulan el gran contrato de nuestra salvación. En esta grande ceremonia, anunciada y celebrada mucho tiempo antes por Malaquías, como el sacrificio mas agradable á Dios, el mas sublime y el mas perfecto de los sacrificios de Judá y de Jerusalem, María ofrece, Jesucristo se somete, y el Padre Eterno acepta. María promete su voluntad y su corazón, Jesucristo promete su vida y su sangre, y el Padre Eterno su misericordia y su perdón. Así fué como se estipuló en el templo y se concluyó el gran tratado de reconciliación entre el cielo y la tierra, tratado que debía consumarse un día en el Calvario. Tratado, contrato y alianza misteriosa, que tienen por garantías la bondad del Padre, la obediencia del Hijo, y la generosidad de la Madre, cuyas condiciones son el sacrificio de Jesús y el de María, y cuyos frutos serán la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Cuán grande y cuán sublime es todo en esta oferta! Para que un padre consintiese en entregar su hijo á la muerte para dar la vida á sus enemigos, se necesitaba nada menos que una misericordia como la del Padre celestial que es Dios. Para que un sacrificio fuese digno de Dios, se necesitaba una víctima tan sublime como Jesucristo que es Hijo de Dios. Y para que una madre ofreciese por sí misma su propio hijo por la salvación de otros, se necesitaba una generosidad y un

heroísmo como el de María que es Madre de Dios. Puen bien, así como desde el primer instante comenzó Jesucristo á ser el Redentor del mundo, y el Padre eterno nuestro verdadero Padre, así también María comenzó desde entonces á ser nuestra verdadera madre adoptiva; porque desde entonces consintió en la condicion dolorosa que debía llevar á efecto nuestra adopción, entonces puso las bases y aceptó los términos, las cargas y las consecuencias de ella. (Véase la nota diez y nueve.)

CAPITULO IV.

MARÍA recibió su Hijo de los brazos de Simeon poco tiempo despues de haberlo puesto en ellos; mas, cuán diferentemente lo recibió que lo habia entregado! Se lee en los Libros santos que queriendo Faraon, rey de Egipto exterminar enteramente la nacion de los Hebreos que se habia hecho odiosa para él, habia mandado, bajo graves penas, esponder y arrojar al Nilo á todos los hijos varones que naciesen en ese pueblo. La madre de Moisés, despues de haberle tenido oculto en su casa tres meses despues de su nacimiento, se vió obligada á esponderle á la muerte en cumplimiento de este bárbaro decreto. Pero tuvo la precaucion de meterle en una cestilla de juncos, embetunada de tal modo que fuese impenetrable á las aguas, y poner de centinela á su hija María, para observar desde lejos el paradero de la cestilla y del objeto amado que iba encerrado en ella. Sucedió pues que la misma hija del rey divisó por casualidad esta cestilla en la orilla opuesta del rio. Ella la hace coger, y encontrando en ella un niño muy hermoso, como dice la Escritura, se compadeció de él. Ella lo toma en sus brazos, lo estrecha contra su seno,

le llena de caricias, y se resuelve á librarle de la sueta cruel que le espera. La hermana del niño se aceta entonces y le dice: Queréis, princesa, que os traiga aquí una mujer hebrea, para que crie este niño que os inspira un interés tan vivo y una ternura tan grande? Habiendo oído la respuesta afirmativa de la princesa, corre á advertir á su madre lo que pasaba, la conduce, y la presenta en calidad de nodriza á la hija generosa de Faraón. No sospechando esta que pudiese ser su verdadera madre, le dice: Mujer toma este niño, ya te lo confío como cosa mía; tu le alimentarás y le criarás para mí, y yo te recompensaré con generosidad. No puede confiarse á esta un encargo mas dulce ni mas agradable que el de alimentar y criar á su propio hijo. Entre todas las madres israelitas de aquella época, ella fué sin duda la mas afortunada; pues que fué la única que vió el fruto de sus entrañas salvo de un naufragio inevitable y vuelto á su ternura maternal. Pero su dicha no fué completa, su gozo no careció de dolor. Ella era la verdadera madre de Moisés, y sin embargo en la opinión pública debía pasar por su nodriza. Ella le había parido, y debía manifestarse extraña á él. El era su verdadero hijo, y sin embargo ella debía alimentarle, criarle y verle crecer para otra. En efecto, cuando el niño hubo crecido, tuvo ella que separarse de él enteramente; y volverlo á la princesa que se lo había confiado y que lo había adoptado por hijo.

Este pasaje, en su verdad histórica, encierra evidentemente un misterio, y según la regla dada por S. Agustín, es una profecía verdadera, como los demás hechos históricos de la Escritura. Pero, quién es este niño de una belleza rara y agradable á Dios, sino Jesucristo, de quien está escrito que es el mas hermoso de los hijos de los hombres, que la gracia sale en abundancia de sus labios... y que siendo niño, crecía en gracia delante de Dios? Y esta nodriza que, á pesar

de ser la verdadera madre del niño, solo se digna con el título de suozna, quién es sino María que, siendo madre por naturaleza, siendo verdadera madre del Hombre-Dios, recibe constantemente de su Hijo el nombre de suozna? Quién es esta princesa real cuya bondad acoge al niño, se lo apropia, lo estrecha contra su seno y lo colma de caricias y de bendiciones, sino la Iglesia de los Gentiles, que en la Escritura es llamada la *Hija del Rey*; y que por medio del viejo Simeon que la representa, recibe al niño Jesus en sus brazos, se lo apropia como un tesoro, lo acaricia y bendice por ello al Señor; y le proclama su Salvador, la esperanza de todos los pueblos y la luz de las Gentiles?

La ley de Dios prescribía que todos los primogénitos de Israel le fuesen ofrecidos en su templo, y el Hombre-Dios debía serlo especialmente supuesto que estaba destinado al sacrificio. Para obedecer á esta ley le presenta María á los cuarenta dias de su nacimiento, y le espone al torrente de cólera divina, á la que debe satisfacer. La Iglesia representada en Simeon, le acoge y se le apropia; y aunque, como la princesa egipcia, se lo vuelve á su madre, no se lo vuelve como á una madre, sino como á una nodriza; no para que lo crie para sí, sino á fin de que lo crie para nosotros; y para que lo considere, no ya como á su hijo, sino como al Redentor de todos. Como si le hubiera dicho: *María, tomad este niño; mas yo os lo devuelvo muy diferente de como estaba cuando me lo disteis; vos lo habeis traído al templo como á vuestro propio hijo, y lo volveis como una víctima destinada y consagrada á la salvación del mundo. Vos lo habeis traído como una cosa que os pertenecía; y os lo lleváis como una propiedad del genero humano á quien pertenece desde ahora; vos lo habeis traído como un fruto dulcísimo de vuestras entrañas, y lo recibís co-*

mo un haz de mirra muy amargo. Vos lo habeis criado hasta este dia para vuestro consuelo, y desde hoy lo eriareis para vuestra afliccion. Vos lo recibis de mis brazos para ponerlo en manos de los Judios. Vos lo sacais del templo para acompañarlo al Calvario. Vos lo tomais del altar á fin de conservarlo para la cruz. Vos tendreis el consuelo de alimentarlo para tener el dolor de verle morir. De todos los cuidados que tomareis en su educacion, no recogeréis otro fruto que una herida cruel que os atravesará el corazon de parte á parte. Todos los pueblos cogerrán el fruto de sus pensamientos; y su muerte les dará la vida.

O Maria! Maria tan llena de ternura y de amor. En vista de unas condiciones tan duras, consentiréis en volver á tomar vuestro Hijo de los brazos de Simeon? Consentiréis en criarlo para otros, habiéndole parido para vos? Consentiréis en ser su nodriza, no siendo ya su verdadera Madre? Consentiréis en volverlo á tomar con la condicion de que seáis privada despiadadamente de él? Consentiréis en hacer de vuestro Hijo la victima y el rescate de vuestros hijos adoptivos? Jesucristo es verdadero Hijo de Dios; pero tambien es vuestro verdadero Hijo. En virtud del derecho especial de propiedad que las leyes conceden á la madre sobre sus hijos, vuestro Hijo no puede en justicia ser destinado á la muerte sin vuestro consentimiento. El Padre Eterno ha dado ya el suyo, y decretado el sacrificio. Pero vos, Maria, darcis tambien el vuestro, y succumbireis por vuestra parte á ese decreto? Triste y dolorosa alternativa. Si vos consentis, qué será de vuestro Hijo? Y si vos rehusais, desgraciados de nosotros, qué nos vá á suceder? Pero no, Maria no rehusa. Ella hubiera querido, dice S. Buenaventura, ofrecerse por él y sufrir todos los tormentos y todas las penas que debian un dia reducir

á Jesucristo á un estado tan lamentable. Ella hubiera querido colocarse en su lugar. Mas, supuesto que una victima puramente humana no puede aplacar á la justicia divina; porque el hombre despues de su caída, no podia ser redimido sino por un Dios, Maria inclina su frente. Todo lo que se complace Dios en decretar, se complace ella igualmente en aceptarlo. Ella aprueba por consiguiente el sacrificio de su Hijo por la salvacion del mundo. Ella acepta una ley tan dura; y lo mismo que la madre de Moisés, se pone á alimentar á su hijo como si no le quedase ya derecho alguno sobre él, como sino fuese ya su madre, sino una muger cualquiera.

Pero, qué imaginacion podrá figurarse, qué lengua podrá referir el martirio, los dolores y los tormentos que le impone este cargo que la generosidad de su amor para con nosotros le hace aceptar!

Jesucristo no morirá mas que una sola vez en el Gólgota. Maria, desde este momento, dice S. Bernardo, muere á cada instante en su corazon. Su vida es un tejido de dolorosas angustias y de temores mas comunes aun que la misma muerte. Las palabras proféticas de Simeon resuenan continuamente en sus oidos, y la espada de dolor que se le ha anunciado está clavada constantemente en su corazon.

Un antiguo decia que no hay miseria mas profunda ni angustia mas dolorosa, que la prevision cierta de las desgracias futuras. El alma experimenta entonces, á cada instante, el dolor de lo que sucederá en un momento. Cuando hay esperanza de que el acontecimiento funesto que se prevee podrá no suceder, queda siempre un consuelo al que jamás renuncia un corazon afligido. Maria no puede entregarse á esta consoladora ilusion. Ella sabe que no son las vicisitudes humanas las que conducirán su Hijo al Calvario, sino los decretos inmutables de Dios. Ella sabe muy bien, ella

cree con una fé perfecta que todo lo que han anunciado los profetas, respecto á los tormentos y á los oprobios del Mesias, se cumplirá hasta la última sílaba; y la viveza de su fé le hace considerar como presente lo que debe suceder en un tiempo lejano.

Esto que ella cree, lo vé y lo siente; á cada instante experimenta el mismo dolor que le hará sentir el cumplimiento de la profecía. A cada instante tiene nuevos motivos de penas y nuevas causas de dolor.

Su cuerpo está en Belén, en Nazaret, en Egipto; mas su espíritu asiste continuamente á la escena sangrienta del Calvario. Durante los treinta y tres años que precedieron al sacrificio de Jesucristo, está María como Abraham en los tres días que precedieron al sacrificio de Isaac. Ella no vé ya en su Hijo el Hijo de la promesa, sino el de los dolores. Ya le alimenta con su leche, ya le estrecha contra su corazón, ya le ve crecer enaviduaria, en gracia y en edad, el pensamiento de esta tierna madre se fija involuntariamente en la cruel carnicería que harán algún día de él. Ella piensa, ella vé que aquellos miembros santos y delicados, aquel hermoso semblante al que ella no acerca sus labios purísimos sino con respeto, serán desgarrados por los azotes, destrozados con los golpes, manchados con las salivas, atravesados con los clavos y espinas, emponzoñados con la hiel, y suspendidos en el patíbulo mas cruel y mas ignominioso.

Desde entonces todas las tiernas miradas de su divino Hijo, todas las palabras que le dirige, todas las pruebas de respeto, de obediencia y de amor que recibe de él, son para esta tierna Madre otras tantas saetas que traspasan su corazón. A cualquiera parte que vuelva los ojos, todo le recuerda altamente las imágenes funestas, los terribles pormenores de la catástrofe de que será víctima Jesucristo. Todo le habla de sus tormentos y de su muerte. El nombre solo de su pa-

tria y de su nacion, que habia de tratar como criminal al que habia venido á salvarla, era para ella un suplicio. Por todas partes no encuentra mas que motivos de pensar y de tristeza; y estando su alma siempre ocupada de funestos pensamientos, su corazón está inundado de dolor y sus ojos de lágrimas.

O corazón afligido, ó corazón doloroso de María! decía á este propósito el Beato Huberto de Casal, ahora comprendo por qué los profetas han comparado vuestra aflicción á un mar inmenso de amargura. Porque si las aguas dulces de los rios mudan de naturaleza, y se hacen saladas y amargas cuando entran en el mar; del mismo modo todos los pensamientos, todos los objetos propios para alegraros y consolaros, se encuentran absorbidos al entrar en vuestra alma turbada por la tristeza y se convierten en motivos de un dolor amargo al pasar por vuestro corazón sumergido siempre en la aflicción. La presenciencia cierta de la pasión de su Hijo es pues para María, dice el Abate Rupertó, un martirio no interrumpido. Desde el momento en que lo ofrece en el templo, y que él se hace por lo mismo como una prenda destinada á servir de rescate por la salvación de los hombres, puede decir María con mas razón que el profeta, que se halla en el camino de un verdadero sacrificio. Su corazón ha llegado á ser como una víctima inmolada á cada instante, para renacer espontáneamente á un sacrificio perpetuo. Su holocausto es un holocausto permanente y perpetuo. Por espacio de treinta y tres años se consume á cada instante, y se renueva incessantemente mas cruel y mas doloroso.

Esto es precisamente lo que nos manifiesta la fuerza y la vehemencia con que deseaba María nuestra salvación. Sus penas se renuevan á cada instante; á cada instante renueva también María la firme resolución y el deseo ardiente de sufrirlas. Su martirio se renueva

continuamente; y continuamente renueva tambien Maria la ofrenda de su Hijo que es la causa de él, para la redencion de los hombres que debe ser su fruto.

El martirio de Maria tiene de particular respecto á otro martirio cualquiera, que el tiempo que cicatriza las heridas y mitiga el dolor, produce en Maria un efecto contrario. El tiempo multiplica las heridas de su corazon y las hace mas profundas, y su dolor mas violento y mas agudo. Esto consiste en que cada dia que pasa la acerca mas al Calvario y á todo cuanto debe sufrir allí; y cada paso que su Hijo dá en la carrera de la vida, es un paso que lo acerca al Gólgota. Este monte sangriento que debe ver espirar al Hijo, se presenta á cada instante mas cercano al espíritu de la Madre; á cada instante conoce ella con mas distincion y vé mas claramente los misterios que el amor de Jesucristo consumará allí, y los actos de rabia infernal y de furor ciego y bárbaro que la perfidia y el odio de los Judios han de ejecutar. Sin embargo, estos pensamientos cada vez mas dolorosos, estos presentimientos cada vez mas funestos, lejos de debilitar en manera alguna el deseo que tiene Maria de ver á su Hijo sacrificado por nosotros, hacen este deseo cada vez mas vivo, cada vez mas impaciente, á medida que su dolor se hace mas violento y mas agudo. Cuanto mas espantosa y mas terrible se le presenta la escena del Calvario, tanto mas apresura ella con sus fervientes súplicas el momento en que debe realizarse. Su caridad es superior á sus penas; cuanto mas sufre, tanto mas ama.

Por consiguiente, la ofrenda de Maria no es de un solo instante, sino de todos los instantes. A cada momento experimenta ella el dolor de todo lo que el Hijo ha de sufrir un dia; y de todo lo que el corazon de la Madre padecerá por él y con él; y á cada momento lo aprueba y lo desea. A cada momento siente el

terror que le inspira la muerte de Jesucristo; y á cada momento consiente en ella, la quiere y la pide. Si su corazon permanece siempre quebrantado por el sentimiento del vivo dolor con que le hirió por primera vez la profecía de Simeon, su espíritu permanece constantemente con las disposiciones generosas que la animaron cuando su primera ofrenda. Siempre sufriendo, pero siempre resignada; siempre saciada de amarguras, pero siempre dispuesta á todo; ella no está un momento sin dolores, pero tampoco está un momento sin amor. No fué por consiguiente una vez sola la que ella nos dió su Hijo; no fué una sola vez la que experimentó los tormentos de la muerte, sino tantas veces como fueron los instantes que separaron los desgarradores y misteriosos acontecimientos del Calvario, de las tiernas ceremonias del templo. Su ofrenda se multiplicó como su martirio. O mas bien este no es mas que una sola ofrenda, que jamás fué olvidada, retractada ni interrumpida por espacio de treinta y tres años. Es un solo martirio, que en treinta y tres años jamás tuvo descanso ni consuelo. O amor! O dolor! Dolor el mas intenso; amor el mas vehemente. Que ofrendad que martirio! Martirio el mas cruel; ofrenda la mas generosa. El martirio de Maria es el mas grande despues del de el Hijo de Dios, así como su amor en la ofrenda que hizo por nosotros es el mas grande despues del de el Padre celestial. Su amor á nosotros no tiene modelo sino en el cielo, ni tiene su principio sino en el cielo. Y el mismo amor que animaba al Padre celestial, obligó igualmente á la Madre terrena á dar y á sacrificar por nuestra salvacion, su comun Hijo que es Dios como su Padre. Por este don inefable, por esta permuta de inmensa bondad, el uno se hizo el verdadero Padre, y la otra la verdadera Madre de los hijos de los hombres. (Véase la nota veinte.

CAPITULO V.

El amor de María al género humano y la generosidad de su ofrenda fueron, como el amor y la generosidad de Jesucristo, grandes, sublimes y heroicos durante la vida de su santísimo Hijo; mas en el momento de la muerte llegaron á su colmo, y se elevaron al último grado de fuerza y de intensidad. Así es que puede decirse proporcionalmente de María Que habiendo amado á sus hijos adoptivos que estaban en el mundo, los amó en el fin sin limites ni medida. Si el Calvario es el lugar de su mas cruel martirio, es tambien el teatro donde dió las pruebas mas firmes del amor mas vehemente, y donde acabó lo que habia principiado en el templo. Allí fué donde esta mujer sublime, esta madre llena de fortaleza y de amor consumió el sacrificio de su corazon, donde pagó generosamente el precio de su maternidad, y donde recibió de Dios el acta auténtica, el dominio pieno y la solemne investidura de ella.

Mas antes de entrar en la profundidad del misterio que María cumplió en el Calvario, es necesario conocer el fin por qué quiso el Señor, que se encontrara allí, y el personaje que allí representaba.

El apóstol S. Pablo nos enseña que el primer Adán es el tipo, el modelo, la figura y la profecía del segundo Adán que es Jesucristo. En efecto, si el origen de uno y otro Adán es diferente, supuesto que el primero nacido de la tierra es terreno, y el segundo descendido del cielo es celestial, el segundo Adán retrató en su persona con un espíritu totalmente diferente, los diversos estados del primero. El se colocó en su lugar, en un lugar con sus pecados para espíarlos, con sus deudas para

satisfacerlas, con sus maldiciones para destruirlas y con sus castigos para auularlos. El fué el origen de toda justicia, como el otro lo habia sido de toda iniquidad. Con su sacrificio restableció todo cuanto habia destruido la desobediencia del primero. Jesucristo es pues el verdadero Adán, el Adán perfecto, el Adán por excelencia, el verdadero Padre que engendra á los hombres á la gracia y á la vida, como el primero los engendró á la desgracia y á la muerte. Mas si Jesucristo es pues el verdadero Adán, María es la verdadera Eva; porque, como dice S. Juan Crisóstomo, María reparó todo lo que Eva habia destruido, así como Jesucristo rescató y restableció todo lo que Adán habia enagenado y perdido. Así pues Adán y Eva, que nos perdieron, se nos presentan como dos imágenes vivientes, como las profecías de los dos grandes personajes que debian salvarnos; y por un secreto maravilloso de la sabiduría y de la bondad de Dios, nuestra restauracion esta figurada por los autores de nuestra ruina. Cuán grande es, cuán sublime y maravillosa la economía de nuestra Religión! Cómo todo se une y combina en ella! El paraíso terrenal anuncia y figura el Calvario; el Calvario ejecuta lo que el paraíso terrenal no habia hecho mas que figurar; y el primero sirve al segundo de luz en la esplicacion de los grandes misterios que despues de cuatro mil años se cumplen en él. En el primero, misterios de iniquidad, de orgullo, de severidad y de muerte; y en el segundo, misterios de santidad, de humillacion, de misericordia y de vida. Una cruz se eleva en medio de la Sinagoga, porque un árbol se eleva en el paraíso terrenal; nuestra salvacion nace de un árbol, porque nuestra perdicion comenzó en un árbol: El demonio que habia triunfado por el madero es vencido por el madero. La materia misma que habia servido al mal se convierte en antidoto; y como observa S. Máximo con muchos Padres de la

Iglesia, lo que habia producido el mal se convierte en remedio. Un Adán nos vuelve la vida, porque un Adán nos habia dado la muerte. Si el Hijo de Dios es clavado en la cruz y muere con la apariencia exterior de un pecador, descendiendo así hasta el último grado de envilecimiento, pues que no hay cosa mas baja ni mas vil que el pecado, es porque el hombre habia llevado su orgullosa mano hácia otra cruz con la pretension sacrilega de hacerse semejante á Dios, aspirando así al mas alto grado de elevacion, pues que nada hay mas grande que Dios, y que sólo Dios es realmente grande. Adán pecó, dice S. Agustin, estendiendo sus manos sobre el fruto prohibido; del mismo modo Jesucristo para espíar el pecado estendió sus manos sobre el madero de la cruz.

Y si el ódio del demonio asoció á Eva á la prevaricacion del primer Adán, la misericordia divina quiere asociar á María á la espición de Jesucristo, á fin de que los dos sexos, como dice S. Bernardo concurran á la reparacion del mundo, como habian concurrido á su ruina.

Eva al pie del árbol que dá la muerte, exige por consiguiente y pide imperiosamente que María se encuentre al pie del árbol que dá la vida. Porque si el Hijo debió colocarse en el lugar de Adán pecador, María ha debido colocarse en el de Eva pecadora. Ella debe ver con sus propios ojos el suplicio de Jesucristo, y tomar parte en todos sus sufrimientos espíatorios, supuesto que Eva vió con sus propios ojos la caída de Adán, y tomó parte en su rebelion. Y porque Adán pecó en presencia de Eva, Jesucristo parece que no puede ser crucificado ni morir sino en presencia de María. Jesucristo, de acuerdo con María que concurre con una voluntad firme y generosa á la espición del pecado, debe hacerse cabeza de un pueblo de Santos, porque Adán se habia hecho cabeza de un pueblo

de criminales; en compañía de Eva, que con una voluntad plena y perfecta concurrió á la consumacion del crimen.

Aun cuando el Evangelio hubiera guardado silencio sobre este punto, al saber que Eva se encontraba al pie del árbol con Adán, y habia participado de su desobediencia, de su sensualidad y de su orgullo, nos hubiera sido permitido deducir con seguridad que María debió encontrarse tambien al pie de la cruz de Jesucristo, y participar de sus humillaciones, de sus tormentos y de sus oprobios.

Una Israelita afortunada que despues fué madre de Sanson, vivia en el dolor y en la afliccion porque á causa de su esterilidad no podía tener hijos. Ella vé un dia al Angel del Señor que se le aparece de improviso. Contra toda su esperanza, le anuncia este que muy pronto concebirá y parirá un hijo que debe ser la gloria y la salvacion de Israel. Poco tiempo despues el Angel del Señor se le aparece de nuevo, y Manue su esposo, por consejo del mismo mensajero celestial quiere ofrecer en su presencia un sacrificio á Dios que obra esta maravilla. El toma un ebríto de su rebano, lo inmola y lo coloca en la hoguera, para que sea consumido en holocausto. El esposo y la esposa asisten á este sacrificio con un religioso silencio, con los ojos fijos en la victima, cuando de repente ven al Angel que se les habia aparecido en forma humana, elevarse en los aires y colocarse en medio de las llamas, como para ser tambien sacrificado y consumido como una nueva Hostia. En vista de esto creen que el que habian tenido por hombre era el Angel de Dios, ó tal vez el mismo Dios.

Por esta reunion de circunstancias se vé claramente que este pasage y este sacrificio encierran cierta cosa misteriosa, figurativa y profética. En efecto, cómo es posible no ver en las palabras de que se vale el ángel

para anunciar el nacimiento de Sansón a una esposa estéril por naturaleza, la profecía de las palabras con que se anuncia el nacimiento de Jesucristo a otra esposa estéril por amor a la Virginidad?

Las palabras son en los dos pasajes cuasi las mismas. Un Angel dice a la madre futura de Sansón: A pesar de la esterilidad que te hace incapaz de tener hijos, HE AQUÍ QUE CONCEBRÁS Y PARIRÁS UN HIJO que será Nazareno de Dios, y librará a su pueblo de las manos de los Filisteos. Un Angel dice también a la Madre futura de Jesucristo: No temas, María, aunque no conoces ni debes conocer varón, HE AQUÍ QUE CONCEBRÁS Y PARIRÁS UN HIJO, por obra del Espíritu Santo. El será santo y se llamará el Hijo de Dios. Tu le llamarás Jesús porque salvará a su pueblo de sus pecados.

Observemos en primer lugar, que el sacrificio de Manue se ofrece en campo raso y en el mismo lugar en que el Angel se apareció por segunda vez a su esposa. El sacrificio de Jesucristo se ofrece igualmente fuera de la ciudad. Manue toma con sus manos el cabrito que debe servirle de víctima; y el Padre Eterno viste a su Verbo de un cuerpo humano para hacer de él una víctima digna de él. Manue colocó la víctima sobre una piedra; y el Padre Eterno quiso que Jesucristo fuese crucificado sobre la roca del Calvario. Y el Angel que bajo una forma humana se coloca en medio de la llamas, qué otra cosa significa, dice S. Agustín, sino el Angel del gran consejo, es decir, el Verbo eterno que bajo una forma de esclavo, ó bajo la humanidad de que había de vestirse, no debía recibir sacrificios, sino ser él mismo el sacrificio. Finalmente, volviendo al sacrificio de Jesucristo, es indudable que Manue y su esposa, asistiendo al pey y con la vista fija en la inmolación de la víctima

son la figura del Padre Eterno y de María que al uno de una manera invisible, y la otra de una manera visible, como se verá después, asisten al sacrificio de su Hijo comun, mientras que se ofrece en el Calvario.

Mas, por qué quiere el Padre Eterno que la Madre esté presente al sacrificio y a la muerte cruel de su Hijo? Es necesario que sus miradas amorosas sean atormentadas por un espectáculo tan desconsolador, y que sus ojos vean correr por mil heridas una sangre tan amada? Es necesario que sus entrañas sean desgarradas por esta escena de horror, y que su corazón sea cruelmente despedazado? Ah! procuraremos comprender bien un misterio tan profundo.

Es muy claro que los designios de Dios fueron que María cooperase a la salvación del hombre por su obediencia y su caridad, como Eva cooperó a su caída por su egoismo y su orgullo. Pero Dios quiso que por parte de María esta cooperación fuese libre y voluntaria, así como el primer designio fué libre y voluntario por parte de Dios; el sacrificio del Hombre-Dios lo exigía así para ser en todo digno de Dios. Así como esperó el consentimiento de María para hacer que concibiese su propio Hijo, así tambien quiso que este consentimiento interviniese para inmolarlo, y que el amor de la madre se uniese al amor del Padre celestial, para que de comun acuerdo nos diesen su Hijo comun, y lo sacrificasen por nuestra salvación. María habia hecho ya la ofrenda de su Hijo desde el momento en que fué madre, y la habia renovado en todos los instantes de su preciosa vida; así como este mismo Hijo habia aceptado la muerte desde el momento de su encarnación, y desde su nacimiento, como dice S. Bernardo, habia comenzado la pasión de la cruz. Mas los dos lo habian hecho en el secreto de su corazón y en el silencio de su amor a los hombres. Se necesitaba pues que la

aceptacion del uno y la ofrenda del otro se hiciesen públicas y solemnes. Consintiendo Jesucristo en ser crucificado públicamente, debia Maria dar tambien su consentimiento público para la consumacion de su sacrificio. Nada puede hacer conocer mejor la voluntad libre y absoluta con que la Madre concurre al sacrificio del Hijo, que la resignacion heroica, la constancia extraordinaria y la calma perfecta con que asiste á él. Lo que la justicia de Dios exige en estos momentos misteriosos, y lo que la obediencia del Hombre-Dios acepta, la justicia y el amor de la Madre de Dios le hace tambien aceptar y querer.

(Véase la nota vecintino.)

CAPITULO VI.

Si se hubiera tratado de una madre como las demas, la caridad que conduxo á las santas mugeres al Calvario; debiera haber alejado de él á Maria. Lo que para los discipulos fué un acto de generosidad, podia parecer un rasgo de dureza en Maria. No es conforme á las reglas ordinarias de la sociedad que una madre sea espectadora del suplicio de un hijo á quien no pudo dar ningun socorro; y esto por temor de que la vista de una madre sumergida en una afliccion profunda, aumente los tormentos del hijo ó la vista de los dolores acerbos del hijo atormenten las miradas y el corazon de la Madre.

Por esta razon Agar, sierva de Abraham, habiéndole faltado el agua al atravesar el desierto de Bersabé, y viendo á su hijo Ismael reducido á la agonía por el ardor de la sed, se dice entonces á sí misma: Si yo no puedo darle ningun socorro, para qué lo

he de tener en mis brazos? Si el debe morir inevitablemente, qué necesidad hay de que mis ojos maternales se atormenten con el espectáculo doloroso de su suerte cruel? Ah! yo no tengo corazon para ver morir á mi hijo. Y diciendo esto, coloca al hijo al pie de un arbol, lo deja allí moribundo, y se retira á la distancia de un tiro de saeta. Sentándose allí sobre una piedra y abandonándose al mas amargo dolor, hace resonar los aires en contorno con sus profundos gemidos y sus gritos de dolor.

Tal fué la conducta de la madre de un puro hombre; pero la madre de un hombre que al mismo tiempo era Dios, no debia obrar así. Como Madre de Dios, tiene Maria obligaciones de que están dispensadas las demas mugeres; y lo que en otra madre no hubiera parecido conveniente, era un deber para Maria. Ella ha recibido su Hijo de una manera particular; y por consiguiente debe perderle tambien de un modo especial. Jesucristo no muere por necesidad como los demas hombres; y por consiguiente Maria debia conducirse en esta muerte de diferente manera que las demas madres. En el Calvario todo debe ser grande, extraordinario, misterioso, sublime y digno de la victima que se sacrifica. Por esta razon debia Maria hallarse presente á la muerte de Jesucristo, á fin de que pudiese reconocerse la divinidad del Hijo en la conducta heroica, extraordinaria y maravillosa de Maria asistiendo á su muerte. Apenas el único discipulo que, en todo el discurso de la pasion de su divino Maestro, no la ha perdido de vista; apenas S. Juan hace saber á Maria que el juez inicuo, que habia declarado solemnemente la inocencia de Jesus, acaba de condenarle á muerte y que ya su amado Hijo, cargado con el peso de la cruz camina hacia el Calvario, cuando ella esclama: Ya llegó el tiempo, ya llegó el dia, ya llegó la hora de los divinos

misterios! Padre eterno, que muera mi Hijo único, supuesto que vuestra gloria lo exige, que vuestra justicia lo quiere, y la salvacion de los hombres lo pide; pero que muera á mi vista, que yo le vea terminar esa vida que yo misma le di.

Cuando Jesucristo llenaba la Palestina de los beneficios de su amor y de la fama de sus milagros, cuando los pueblos corrían en pos de él proclamándole el enviado del cielo para consuelo de la tierra; cuando Jesús entró triunfante en Jerusalem en medio de las aclamaciones y de los gritos de alegría de una turba entusiasmada, no se hallaba María á su lado; ella se alejaba, y se ocultaba á sus miradas, temiendo que algun rayo de la gloria del Hijo viniese á reflejar sobre su madre. Pero cuando este mismo Hijo vá á terminar su vida en un patíbulo con la muerte mas ignominiosa y mas cruel; cuando es necesario participar de sus penas y de sus tormentos, se deja ver María. Ella renuncia voluntariamente á la gloria y á la inocente satisfaccion de ser tenida por la Madre afortunada de un profeta; mas no puede renunciar á la ignominia y al dolor de ser tenida por la madre de un miserable condenado á muerte; y la prontitud con que corre á presenciar y á participar del suplicio de su Hijo, es igual á las precauciones que toma para permanecer desconocida cuando se trata de su triunfo.

Ved aquí pues que abandona su soledad como la Esposa de los cantares, verdadera figura de María, y recorre las calles y las plazas de Jerusalem, impaciente por encontrar el amor de su corazón, que camina al suplicio. La ciudad está casi abandonada y desierta. Todo el pueblo corre en masa y se precipita hácia el lugar de los ajusticiados, llenando los aires de los gritos de gozo feroz. María, oyendo desde lejos este sombrío rumor y este ruido siniestro; este ruido la guía, pero lo que la guía todavía mejor y le señala el camino

que debe seguir es el rastro terrible que deja su Hijo en su penoso camino, marcando la tierra que pisa con sus caídas y con su sangre.

Poco se necesita para que oiga el eco terrible de la trompeta que le precede y publica el pretendido delito y la atroz sentencia; y muy poco despues sale él mismo á su encuentro. Pero ¡ay! la profecía de Isaias se ha cumplido: ni una signiera le queda ya figura humana. Su frente rodeada de una corona ignominiosa y cruel de agudas espinas, que atravesando las sienes, dejaban ver sus puntas ensangrentadas; sus ojos bañados en lágrimas que ha derramado por el deicidio de Jerusalem, están tambien inundados de sangre; su rostro está lívido y desfigurado; su pecho está acribillado de heridas y todo su cuerpo sañado por los azotes. Lánguido, desfallecido y jadeando bajo el peso de su cruz, camina lentamente entre los insultos del pueblo. Empujado cruelmente por sus verdugos, vá subiendo con trabajo la pendiente rápida del Calvario. O encuentrol ó vistal ó espectáculo desgarrador para el corazón de una madre!

La Escritura dice que Jacob, al ver la túnica ensangrentada de su hijo José, lanzó gritos de dolor, desgarró sus vestiduras, derramó un torrente de lágrimas, cayó en una tristeza profunda y no quiso recibir consuelo alguno. Qué hará pues María al ver, no los vestidos, sino el cuerpo mismo de su Hijo, sañado de heridas y cubierto de sangre?

Un escritor, que ha hecho una descripción minuciosa de todos los lugares que fueron el teatro de la pasión dolorosa del Hombre-Dios, asegura que se ven todavía en el Calvario las ruinas de una Iglesia llamada en otro tiempo *Sa. María del Panto*, y una senda que se llama todavía hoy *el camino de la amargura*, porque segun se dice, allí fué donde encontrando María á su Hijo en un estado tan lastimoso y en una si-

tacion tan cruel, cayó desvanecida, no pudiendo resistir la violencia de su dolor. Mas sin admitir la tal caída, que muchos graves escritores desechan como indigna de la Madre de Dios, de Maria que toda debía ser constancia, fortaleza y grandeza de alma, es indudable que á esta vista su sangre se heló en sus venas, que todas sus entrañas se conmovieron de pena, que su corazón se partió de dolor, y que por consiguiente quedó algun tiempo inmóvil y privada de sus sentidos, pero no de su razón.

Jamás se dominó tanto á sí misma, jamás pareció tan magnánima, ni tan sublime como en este instante en que fué la mas abrumada de dolor. Los ojos de la Madre encuentran los del Hijo; ellos se miran mutuamente; sus corazones conmovidos se comunican sus pensamientos con un lenguaje secreto y misterioso. En medio de tantos dolores, la vista de tanta firmeza en una madre enternece los corazones mas duros, como dice S. Bernardo. Los espectadores no pueden dejar de mezclar sus lágrimas con las de las hijas de Jerusalem, á las que Jesucristo habia prohibido compeñarse y llorar por él. Y cuando al ver la violencia de sus dolores, todos estaban conmovidos, todos daban gemidos, ella era la única que no lloraba, la única que padecía con calma y con resignacion. Bien diferente de Jacob, no deja de ver un movimiento, una señal, una palabra, ni aun una lágrima de dolor; no hace siquiera una reconvenccion á la ingrata Sinagoga que le detuvo su Hijo en un estado tan lamentable y tan diferente de aquel en que Maria se lo ha entregado. Ella no deja oír una sola queja sobre el odio infernal de sus acusadores, sobre la injusticia de los magistrados, sobre la barbarie de los verdugos, ni sobre el ciego furor del pueblo. Ella no intenta siquiera lo que otra madre no hubiera podido dejar de hacer; esto es, precipitarse á través de la turba y penetrar hasta

su Hijo, para estrecharlo contra su corazón y ofrecerle algun consuelo. Por el contrario, reprimiendo la vehemencia de su ternura maternal herida tan profundamente, dominando su afecto y su dolor, y concentrando en el fondo de su corazón despedazado todas las angustias que le traspasan, y toda la tristeza que la abruma, acompaña á Jesus en silencio, como Abraham acompañó, dice S. Ambrosio, á su hijo Isaac hasta el lugar de su sacrificio. Además, como ella es la primera de los predestinados, es tambien la primera, añade un Santo Abad, en recorrer el camino; y practicando el Evangelio antes de su promulgacion, ella es la primera que, segun el precepto de Jesucristo, toma su cruz y le sigue al Calvario para ser crucificada.

Por consiguiente, si Jesucristo nos manifiesta que no se puede ir al cielo sino por el camino del Calvario, y siguiendo las pisadas ensangrentadas del Hijo de Dios, Maria nos muestra tambien que no se puede llegar á Jesucristo sino siguiendo las pisadas en compañía de su Madre; y que siguiéndola fielmente por el buen olor de sus virtudes, se sale al encuentro de Jesucristo; que en el camino andado por Maria es donde se encuentra á Jesus. Y en efecto la turba gloriosa de esas virgenes heroicas, que segun la profecía de David, caminarán por las pisadas de Maria, encontrarán á Jesus, el verdadero Rey de gloria, se presentarán á él y él las acogerá; y en pós de Maria su guía, seguirán al Cordero por todas partes. Maria por consiguiente á un tiempo mismo engendra hijos para la Iglesia por el heroismo de su caridad, y los conduce y los guía por la sublimidad de su ejemplo. Ella muestra y prepara el camino á los hijos de su amor y de su dolor, á quienes ha procurado la vida. *(Véase la nota venetida)*

CAPITULO VII.

Es necesario tener presente que el pecado de Eva no consistió solo en haber comido del fruto prohibido. Antes que ella levase su mano temeraria al firme manjar, este pecado, aun cuando todavía no se había manifiesto exteriormente por la acción, estaba ya consumado en el desorden de los sentimientos del corazón. Ved, en efecto, dice San Bernardo, esta muger imprudente y orgullosa que, engañada por las falaces promesas de la serpiente, va á colocarse al pie del árbol cuyo fruto le había prohibido Dios tocar. El precepto de Dios era sencillo, claro, terminante y confirmado con la mas terrible amenaza. Considerar este fruto con complacencia, era mirar con placer el veneno que debía darla la muerte. Por qué pues fija ella sus miradas sobre un objeto al que no le es permitido llevar la mano? Por qué se detiene en echar sus miradas de complacencia sobre este objeto culpable en si mismo? En vano se escusaría ella diciendo que la orden de Dios solo prohibía comerlo, y no mirarlo; porque si la vista no es la consumación del pecado, es sin embargo su principio. Y en efecto, mientras que la hermosura del fruto halaga su vista, el tentador se hace secretamente dueño de su corazón.

Apenas Eva se espuso al peligro de pecar, cuando ya había pecado. La Escritura dice que ella vió que la fruta era tan deliciosa al gusto, como agradable á la vista, es decir, como lo observan los intérpretes, que este fruto funesto se atrajo por su hermosura exterior no solo las miradas, sino tambien el corazón de esta muger infiel; y que ella no solo se detuvo á considerarlo, sino que fijó en él su pensamiento y sus deseos.

Ella considera su belleza con curiosidad, y al momento codicia su esquisito gusto; ella se apodera de él, no solo con los ojos, sino tambien con el espíritu y el corazón. Ella se alimenta con el deseo, aun antes de llevar á él la mano. Todo su espíritu se estasia en él, aun antes de que lo acerque á sus labios. Ella se deleita en él con una sensual avidez, y una excesiva gula. Su imaginación abulta las delicias que ella esperimientará al comerla, y el bien grande y sublime que obtendrá despues de haberla comido; es decir, una semejanza perfecta con Dios, y la ciencia completa y perfecta del bien y del mal. Ella siente ya en su paladar tal sabor, y en su orgullo tal satisfaccion, que no encuentra diferencia alguna entre verla y cogerla, entre el goce puramente imaginario y las delicias reales del paladar. Despues de esto, no es necesario, dice un santo Padre, que Eva alargue ya la mano. Con sus miradas solas ha bebido ya todo el veneno, se ha embriagado y se ha saciado de él. Antes de concurrir con la obra á la culpa de Adán, la ha consumado ya en su corazón con sus miradas, y con su delectacion deliberada y culpable; y por lo que respecto á ella ha cometido ya cuanto se necesitaba, no solo para morir ella, segun la amenaza divina, sino para dar la muerte á todos los que nacarán de ella, y hacerse de este modo la madre infortunada de los muertos.

Por la misma razon no es tampoco necesario que Maria sea azotada y crucificada realmente con su Hijo para participar de sus tormentos y de sus oprobios, basta con que esté presente á ellos. Es suficiente que el espíritu de obediencia, de conformidad y de sumision á la voluntad de Dios conduzca á Maria al pie de la cruz, como el espíritu de oposicion á la voluntad divina habia conducido á Eva al pie del árbol. Es suficiente que Maria permanezca al pie del árbol de la vida con un corazón humilde y sumiso, con un corazón

traspasado de dolor, y respetando los severos decretos de Dios, como Eva permanecía junto al árbol de la muerte con un corazón víctima de un inmenso desorden, entregado á la concupiscencia y al menosprecio del precepto divino. Es suficiente que ella se detenga en un éxtasis de amargura á contemplar las angustias de su Hijo, como Eva se había detenido en un éxtasis de sensualidad á saborear las delicias del fruto prohibido. Es bastante que sus miradas maternales sean emponzoñadas con la vista del espectáculo mas cruel y mas desgarrador, como las de Eva fueron encantadas por la vista mas agradable, mas deliciosa y mas seductora. Todo el horror y toda la amargura de los tormentos de su Hijo entrarán en su alma por sus miradas, así como toda la dulzura venenosa del fruto prohibido penetró en el corazón de Eva por sus ojos. Por consiguiente, sin experimentar en su cuerpo los ultrajes de la cruz, sentirá en su corazón todo el dolor, y será saciada y embriagada de él; lo que ella le vea sufrir, lo sufrirá con él; y sin estar en la cruz con él, será sin embargo crucificada por él.

De este modo es en efecto como María va asociarse á la inmolación de Jesucristo y á participar de sus tormentos. El poder de la vista, decía S. Cipriano, la consideración atenta del suplicio de su Hijo, será el instrumento cruel del martirio de esta tierna madre. Así es como ella cooperará á la obra de nuestra salvación, así es como alcanzará de Jesucristo el mérito, y recibirá su recompensa, llegando á ser, por la vida que les dará, la madre afortunada de esos mismos hombres de quienes Eva por su orgullosa presunción y su temeraria desobediencia, se hizo la madre infortunada, dándolos á luz para la muerte.

En tanto que el pueblo de Israel gemía en un duro cautiverio bajo la dominación del rey de Egipto, Dios se manifestó á Moisés sobre el monte Sinai aun de

manera misteriosa. Este gran Profeta vé desde lejos una zarza devorada por una llama vivísima que la rodeaba y la quemaba incessantemente, sin consumirla. Sorprendido al ver un fenómeno tan extraordinario y tan singular, se dice á sí mismo. Acercuémonos; y al momento se adelanta para contemplar mas de cerca esta grande y admirable vision. El se acerca pues á toda prisa; mas cuando llega al lugar del prodigio, la voz de un ser invisible le advierte que debe descalzarse por respeto, porque la tierra que pisa es santa y digna de veneracion. Este pasage es una figura y una profecía del misterio del Calvario. Los Padres y los intérpretes están acordes en ver en esta zarza que está rodeada de llamas, sin consumirse, el Verbo de Dios hecho hombre, porque así como la zarza es espinosa, áspera, vil y despreciable, así tambien la humanidad que tomó el Verbo eterno no fué la humanidad de Adán inocente, sino la de Adán culpable, sujeta á todas las miserias, á escepcion del pecado; pobre, humilde y sumisa, como dice Cornelio de la Piedra, al trabajo, á las tribulaciones y á los dolores. El fuego significa los dolores inmensos y los ultrajes sangrientos, de que debe ser víctima esta santa humanidad; porque nada es mas comun en la Escritura que emplear la figura del fuego para significar las tribulaciones, las persecuciones y los padecimientos. Mas este fuego de nuestros trabajos y de nuestras miserias de que se ha vestido Jesucristo, no solo no ha alterado su divinidad, sino que tampoco ha disuelto ni reducido á cenizas, su santa humanidad, como parecía que debía suceder naturalmente, porque el Santo de Dios, segun la profecía de David, no debía ver la corrupcion del Sepulcro. Su nacimiento como hombre no perjudica en nada la virginidad de su Madre; ni su muerte debia tampoco alterar en lo mas mínimo la integridad de su cuerpo. Jesus en el Calvario fué colocado en el foco de los

mas terribles tormentos; por consiguiente, prosigue: el intérprete que acabamos de citar, el Verbo de Dios, que se deja oír en la zarza, es el mismo Verbo de Dios que está en la cruz. Esta visión, que Moisés llama con razón la *gran visión*, es por consiguiente el espectáculo verdaderamente grande, el prodigio de los prodigios y la escena única de un Dios en la cruz por la salvación del mundo. Y esto es tanto mas cierto cuanto que el lugar en que Jesucristo fué crucificado se llama, por un efecto de la voluntad divina, LA TIERRA DE LA VISIÓN; porque en efecto el Calvario forma parte del monte Moria, en el que mandó Dios á Abraham sacrificar á su hijo Isaac, y fué indicado á este patriarca como la tierra de la visión por excelencia. De ahí nació, como nos lo advierte la Escritura, el proverbio que desde el tiempo de Abraham quedó entre los hebreos: DIOS VERA EN EL MONTE, proverbio, dice S. Gerónimo, que era á la vez una profecía y una súplica con que los Hebreos protestaban en sus penas y en sus aliecciones que el gran socorro debía venir del monte, y que la tierra de *VISION* era tambien la tierra del socorro.

Mas si la visión misteriosa del Sinai es la figura de la visión mas misteriosa aun y mas augusta del Calvario, Moisés que se apresura á acercarse para considerar al Dios oculto en las llamas de la zarza, es la figura de María que se dispone á contemplar al Dios oculto en el seno de las humillaciones y de los tormentos atrozés de la cruz.

Cuando la cohorte inhumana llega al Calvario, la visión inefable que tantos *PROFETAS* DE DIOS habian anunciado en el espacio de cuarenta siglos, comienza á explicarse. Apresurémonos, dice entonces María á ser testigo de esta visión tan dolorosa y aflictiva para mi, como preciosa para el mundo; visión en la que todo es grande, porque el Dios de misericordia manifes-

tara al universo la grandeza de su amor, por la grandeza de sus sufrimientos y de sus oprobios.

— María concurre á este espectáculo misterioso no solo por su propia voluntad, sino tambien porque el mismo Dios, como ya hemos dicho, la llama y quiere que asista á él, para hacerla depositaria de su última voluntad, y de sus designios de misericordia respecto á la Iglesia. De este mismo modo llamó Dios á Moisés á la visión del Sinai, para revelarle los designios de su voluntad sobre el pueblo que habia elegido. El llama á María, él exige su presencia, dice Ricardo de S. Victor, para que así como habia sido por su dureza un prodigio de virginidad y un modelo de vírgenes, fuese tambien por sus sufrimientos un prodigio de fortaleza y la reina de los mártires; y para que de este modo reuniese en sí el grado supremo de todos los privilegios, la belleza de la santidad de todos los santos, y fuese la primera en el mérito, así como era la primera en dignidad, por ser su Madre. El la llama finalmente, dice el devoto Lasperg, y exige que esté presente, á fin de asociarse á todo cuanto iba á sufrir por los hombres, la que habia resuelto darles por Madre, y para que fuese en el Calvario la conductora del pueblo cristiano, como Moisés fué en el Sinai el conductor del pueblo hebreo.

Moisés no se aproxima á la zarza misteriosa, sino despues de haberse quitado por respeto el calzado, simbolo, dicen los intérpretes, de las pasiones humanas, de las afecciones terrenas y de los intereses temporales, de que debe despojarse el que quiera entrar á considerar los misterios de Dios. Del mismo modo María no se acerca al Calvario; tierra mucho mas santa y mas augusta, sino con un sentimiento profundo de religion, olvidando, por decirlo así, todos sus derechos y todos sus deberes de Madre de Jesucristo, para sostener la alta dignidad de coredentora, así como Jesucristo pare-

re que olvida los afectos y las obligaciones de Hijo de María para mostrarse solo como Redentor del mundo: y así como Jesucristo en cualidad de tal no muere como los demás hijos, así tampoco María se manifiesta en esta muerte como las demás madres.

Penetrada María de tales sentimientos dignos de la presencia de un Hijo que tiene por Padre al mismo Dios, y el corazón de una Madre que tiene al mismo Dios por Hijo, se pone á considerar la grande y admirable vision que el amor de Dios y la perversidad de los hombres presentan á sus miradas maternales. Vision inefable y sublime, esclama San Agustin, vision en que la piedad es atormentada en lugar de la impiedad, vision en que la sabiduría es mojada en lugar de la necesidad, en que la verdad es destruida en lugar de la mentira, en que la justicia es condenada en vez de la iniquidad, en que la misericordia es afligida en lugar de la crueldad, en que la sinceridad es saciada de vinagre, en que la dulzura es emponzoñada con hiel en vez de la miseria, y en que la inocencia es castigada por el crimen, y la misma vida muere en lugar de la muerte.

Acercuémonos con el pensamiento á María en el Calvario. Ella vá allí á contemplar los misterios y á tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros por consiguiente debemos detenernos á considerar, con los misterios y los padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, después del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo mas interesante, no hay recuerdo mas augusto ni mas digno de respeto, mas tierno ni mas devoto, dice S. Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de María la hace sufrir por nosotros. (Véase la nota *veintitres.*)

CAPITULO VIII.

Esta propia del amor que se llama amor de amistad trasformar, como observa Santo Tomás, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios. Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos; y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos, por consiguiente cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males, y padecemos en él y con él.

Este sentimiento, que es comun á todos los que tienen un verdadero amor á otro, tiene tanta fuerza, tanta energia y tanta vehemencia en los padres, y particularmente en una madre respecto á su hijo, que no necesita experimentar sus males para sentir toda la pena. Le es bastante, dice Erasmo, conocerlos para ser mas atormentada y mas afligida que si ella misma los experimentase; y para sufrir en la persona de su hijo mas que sufre el mismo.

Ved esa muger que corre desconsolada detras de Jesucristo, lamentandose, llenando los aires de gemidos y de gritos, y pidiendo al Señor que tenga compasion y piedad de ella. En vano la turba la aleja, en vano los apóstoles la rechazan, y en vano Jesus, no solo no la recibe ni la atiende, sino que para poner su fé á una delicada prueba, finge que la desprecia. Nada es capaz de desalentarla ni obligarla á callar; nada puede impedirle que implore su misericordia y su auxilio. Pero, qué es lo que quiere? Qué pretende? Qué espera?

re que olvida los afectos y las obligaciones de Hijo de María para mostrarse solo como Redentor del mundo: y así como Jesucristo en cualidad de tal no muere como los demás hijos, así tampoco María se manifiesta en esta muerte como las demás madres.

Penetrada María de tales sentimientos dignos de la presencia de un Hijo que tiene por Padre al mismo Dios, y el corazón de una Madre que tiene al mismo Dios por Hijo, se pone á considerar la grande y admirable vision que el amor de Dios y la perversidad de los hombres presentan á sus miradas maternales. Vision inefable y sublime, esclama San Agustin, vision en que la piedad es atormentada es lugar de la impiedad, vision en que la sabiduría es mojada en lugar de la necesidad, en que la verdad es destruida en lugar de la mentira, en que la justicia es condenada en vez de la iniquidad, en que la misericordia es afligida en lugar de la crueldad, en que la sinceridad es saciada de vinagre, en que la dulzura es emponzoñada con hiel en vez de la miseria, y en que la inocencia es castigada por el crimen, y la misma vida muere en lugar de la muerte.

Acercuémonos con el pensamiento á María en el Calvario. Ella vá allí á contemplar los misterios y á tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros por consiguiente debemos detenernos á considerar, con los misterios y los padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, después del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo mas interesante, no hay recuerdo mas augusto ni mas digno de respeto, mas tierno ni mas devoto, dice S. Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de María la hace sufrir por nosotros. (Véase la nota *veintitres.*)

CAPITULO VIII.

Esta propia del amor que se llama amor de amistad trasformar, como observa Santo Tomás, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios. Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos; y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos, por consiguiente cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males, y padecemos en él y con él.

Este sentimiento, que es comun á todos los que tienen un verdadero amor á otro, tiene tanta fuerza, tanta energia y tanta vehemencia en los padres, y particularmente en una madre respecto á su hijo, que no necesita experimentar sus males para sentir toda la pena. Le es bastante, dice Erasmo, conocerlos para ser mas atormentada y mas afligida que si ella misma los experimentase; y para sufrir en la persona de su hijo mas que sufre el mismo.

Ved esa muger que corre desconsolada detras de Jesucristo, lamentandose, llenando los aires de gemidos y de gritos, y pidiendo al Señor que tenga compasion y piedad de ella. En vano la turba la aleja, en vano los apóstoles la rechazan, y en vano Jesus, no solo no la recibe ni la atiende, sino que para poner su fé á una delicada prueba, finge que la desprecia. Nada es capaz de desalentarla ni obligarla á callar; nada puede impedirle que implore su misericordia y su auxilio. Pero, qué es lo que quiere? Qué pretende? Qué espera?

Cuál es el mal que la aflige? Cuáles son las tribulaciones que la abaten? Ay! personalmente no tiene mal alguno; pero su hija única está poseída por el demonio que la maltrata y la atormenta con crueldad. Esto basta; el amor maternal hace de la desgracia de la hija la desgracia propia de la madre. La hija está poseída del demonio; pero la pena y el dolor de esta enfermedad corporar de la hija, la experimenta la madre mucho mas viva aun en su corazón. Nada pues habia mas natural que pedir misericordia para sí misma, al pedir la curación de su hija. S. Isidoro de Pelusa añade que para un padre, y especialmente para una madre, es un suplicio mucho mas duro y mas cruel el de ver á los magistrados entregar su propio hijo á la muerte, que si fuesen entregados ellos mismos. Ved aqui por qué un uso constante y universal, dictado por la naturaleza y aprobado por la razon y la caridad, aleja á los padres, cuando la justicia humana castiga de muerte á sus hijos. El mismo Dios, para mostrar cuán respetados deben ser entre los hombres estos miramientos tan naturales, tan legítimos y tan sagrados, quiso que se observasen aun con los mismos animales. El prohibió, en efecto, con severidad que el animal que debía servir de victima, fuese inmolado el mismo dia que sus hijos, es decir á su vista, para no hacerle sufrir la muerte dos veces, en sí mismo y en sus hijos.

Por grande que fuese la avidez de Eva al contemplar, con placer, y por decirlo así, al devorar con una mirada de gula y con toda la vehemencia del deseo el fruto prohibido, sin embargo no pudo experimentar toda su funesta dulzura, sino despues de haber comido de ella, y haber hecho comer á su infortunado esposo. Maria por el contrario no necesita experimentar físicamente todos los dolores, todas las penas y las ignominias de Jesucristo para sentir toda su amargura. Ella es madre, y el amor materno, dice San Bernardo,

reproduce exactamente en su alma todas las angustias que la brutalidad de los verdugos y la atrocidad de los tormentos hacen sufrir al cuerpo de su Hijo. Quereis saber lo que sufre Maria en su pasion? Considerad, dice San Buenaventura, lo que Jesucristo sufre en la suya, porque lo que este sufre en sí, el amor hace que lo sufra aquella en él y con él. Oh! cuán afligido y desolado fué el corazón de esta tierna madre, este corazón en el que se renovó y se repitió de una manera inefable, ay! digámoslo con su propio nombre, la carniceria cruel que hicieron en los miembros delicados y en todo el cuerpo adorable de su Hijo!

De aqui nacen las magníficas imágenes y las bellas comparaciones á que recurren los Padres y los Doctores de la Iglesia para explicar esta correspondencia fiel, esta armonía perfecta entre los tormentos del cuerpo immaculado de Jesucristo, y los dolores del tierno corazón de Maria. Si dos citaras están en una armonía perfecta, basta tocar la una para que el sonido se reproduzca exactamente en la otra, por la vibración simpática y por la oscilacion del aire. Tal es exactamente, dice S. Gregorio Niseno, la misteriosa concordia y la dolorosa armonía con que los padecimientos del Hijo se repiten en el alma de la madre. Cuando se encuentra un eco fiel, se oye la voz y las palabras del hombre repetidas en la parte opuesta con una exacta fidelidad en el sonido y aun en las expresiones; de este mismo modo sucede, dice Arnaldo, que no recibe Jesucristo un golpe ni una sola herida, que por una triste y dolorosa reciprocidad, no se reproduzca en el corazón de Maria. ®

Todos los objetos colocados á la distancia proporcionada de un espejo de grandes dimensiones se copian exactamente en el con toda la perfeccion de la figura y de los colores. De este mismo modo, dice S. Lorenzo Justiniano, se repite la pasion de Jesucristo con to-

das sus circunstancias, toda su inhumanidad y su barbarie, en el corazón dulcísimo y purísimo de María.

Cuando un torrente furioso ha roto sus diques, ha abitado y derribado todo cuanto se oponía á su curso, se estiende por los campos; y cuando con la abundancia de sus aguas ha llenado todos los lugares mas bajos, se hincha, se eleva, inunda todos los contornos, y acaba por replegarse sobre sí mismo. De este mismo modo, dice S. Bernardo, este mar inmenso de amarguras, despues de haber inundado la santa humanidad de Jesucristo, se derrama fuera de él, inunda y sumerge en sus amargas ondas el alma de María, y despues de haberla saciado, vuelve con mayor impetuosidad sobre Jesucristo á quien affige cada vez mas.

Y qué importa que María no se halle espuesta á los malos tratamientos y á los sangrientos ultrages que hicieron sufrir á Jesucristo en la casa de Pilatos? Lo que no ha sufrido ni ha visto en el Pretorio, lo conoce, lo vé y por consiguiente lo sufre en el Calvario.

Finalmente, esta Madre tierna y desolada llega al lugar del suplicio con su Hijo anhelante y abrumado bajo el enorme peso de la cruz. Ella se pone á contemplar de nuevo. Mas, ó vista cruel! O espectáculo desgarrador! O rostro divino cuya vista causa la alegría y la felicidad de los santos en el cielo! Donde estan ahora aquella frente serena, aquellos ojos vivos, aquellas dulces miradas, aquellas facciones admirablemente perfectas, aquel matiz esplendente y celestial, aquel prodigio de belleza inesplicable, aquella maravillosa mezcla de magestad y de dulzura, de santidad y de gracia, que encantaba y cautivaba todas las miradas, que subyugaba todos los corazones, que tenia suspensas las almas en un éxtasis de amor divino, y en una fruicion misteriosa y celestial? Ay! todo lo que se admiraba en él de dulce, de suave, de prodigioso y de divino, todo se ha eclipsado y se ha estinguido. Su

frente está pálida, su mirada está abatida, sus labios están cárdenos, sus mejillas santas están manchadas de salivas y surcadas de heridas; su cabeza adorable está rodeada cruelmente de una corona de espinas muy agudas. Sus puntas ensangrentadas asoman al través de la frente, de los ojos y de las sienes y manifiestan la horrible crueldad con que han sido clavadas, y los tormentos que han debido causar al abrirse paso por unas partes tan delicadas y tan sensibles, y el dolor horrible que deben producir las que han quedado ocultas en el cerebro. La sangre que ha salido de ellas se ha cuajado en el augusto rostro. Ya no queda vestigio alguno de sus divinos atractivos, ni de sus formas naturales para poderle conocer; ya no conserva siquiera la figura humana. O espectáculo á propósito para romper los corazones mas duros! O vista á propósito para inspirar la compasion y el dolor! Las mugeres piadosas que le acompañan no pueden sufrirla; en su amarga afliccion, solo con lágrimas procuran mitigar el dolor que espesimentan.

Si la vista lastimosa de Jesucristo produce tal impresion en el corazón de los discípulos, cual será la que produzca en el corazón amantísimo de María! Ay! qué emocion tan profunda no debe sentir María en el momento en que el Hijo y la Madre se encuentran cara á cara y se miran mutuamente! Que temblor se apodera de todo su cuerpo, qué revolucion tan inesplicable en su sangre, qué sensacion tan incomprensible de dolor en su alma! La imagen visible que Jesucristo, cuando caminaba al Calvario se habia dignado dejar de su santo rostro ensangrentado en el blanco lienzo de la Verónica, en recompensa de su religiosa compasion, es una figura de lo que obra entonces invisiblemente en el alma de María. En ella imprime, dice S. Amadeo, de una manera mucho mas espresiva, las facciones de su rostro en el estado lamentable en que

se encuentra. La palidez mortal, y la triste lividez, que se vé de repente pasar del rostro del Hijo al de la Madre, atestiguan que las dolores y las heridas de este rostro sagrado se reproducen en el corazón de María. El abad Ruperto añade que las agudas espinas con que vió María tan cruelmente taladrada la cabeza adorable de Jesucristo fueron las que mas laceraron su corazón, y mas vivamente lo traspasaron. Por esta razón, dicen los intérpretes, María es comparada en la Escritura á una rosa; porque en efecto, en medio de las espinas de los dolores de su Hijo, que la rodean, es cuando ella despliega los atractivos de un santo pudor, y esas llamas de caridad que la ponen sonrosada y encendida.

Mas ¡ay! que sus ojos maternales están reservados para sufrir tormentos todavía mas crueles! A su presencia arrancan violentamente los verdugos á su Hijo sus vestidos pegados ya á sus heridas, las renuevan y desgarran hasta lo vivo del modo mas bárbaro. O compasión! ó dolor! María vé aquel cuerpo adorable que el Espíritu Santo habia formado de su sangre purísima. No está solamente herido; sino que es una llaga de los pies á la cabeza, sin haber en él parte alguna sana. Ella vé aquellas mismas heridas abiertas de nuevo, y en las marcas profundas de los azotes otras llagas mas hondas y mas profundas. Ella vé las carnes desgarradas, y colgando á pedazos de la piel, los nervios rotos, los huesos descubiertos, y por todo su cuerpo manando la sangre de sus multiplicadas heridas. O espectáculo desgarrador! ó espectáculo insufrible para el corazón de una madre! Entonces comprende todo el horror del suplicio inaudito, á que habian sido entregadas aquellas tiernas y delicadas carnes en los azotes, y por una conformidad misteriosa, experimenta todos sus tormentos, porque, como nos dice Arnaldo, á medida que esta trágica escena se presenta á su vis-

ta, descubre ella sucesivamente los crueles insultos hechos aquel cuerpo tan amado, y siente en su corazón una nueva herida. Toda la diferencia consiste, dice S. Bernardo, en que respecto á Jesucristo las llagas están diseminadas en todo el cuerpo, y respecto á María el amor maternal las recoge, las reúne y las imprime todas en el corazón.

Mas ya llegó el momento en que la hostia de Dios vá ser colocada en el altar para ser ofrecida en holocausto, Jesucristo vá á ser puesto en la cruz. Los verdugos lo empujan, y lo tienden insultándole amargamente, sobre el instrumento del suplicio; en él lo estienden con la ayuda de cuerdas y lo sujetan con enormes clavos; y su Madre oye con sus oídos el ruido terrible de los martillos, y el horroroso crugido de los huesos que se dislocan. Ella vé con sus ojos los ensangrentados vestidos arrojados con desprecio á sus pies y los duros clavos que por medio de hondas heridas se abren paso al traves de los músculos y de los nervios rotos, y la sangre que sale á torrentes, que brota por todas partes y que la riega á ella misma. Ella en fin vé cumplirse por todas estas circunstancias la profecía que anunciaba que Jesucristo sería pisado y aprensado como la uva en el lagar, y que su sangre preciosa sería derramada hasta la última gota.

En seguida elevan el arbol de la cruz, depositario de una prenda tan amada, y lo dejan caer rudamente en el agujero que le está preparado; y María oye crugir los huesos á un choque tan violento; ella vé la dilatacion de las llagas de los pies y de las manos; ella vé aquellas llagas rasgarse y alargarse; ella vé aquel cuerpo sagrado, santuario de la inocencia, tabernáculo de la divinidad y modelo de toda pureza, espuesto á la riza universal. A esta vista, dice S. Gerónimo, el amor maternal obra en María lo que el furor ciego de los Judíos ejecuta en la persona de Jesucristo; y todos

los golpes del martillo, todas las llagas y todos los clavos que desgarrán y dislocan los miembros santos, y todos los tormentos que despedazan la carne sagrada de su Hijo, los renueva y los reproduce este amor en el alma de María. Así pues este amor es para María, dice Arnabio, la espada que la hiero y el verdugo que la crucifica. Y S. Agustín añade que los clavos y la cruz fueron cántupnes á los dos, que el Hijo y la Madre fueron clavados en la misma cruz. Ahí dice S. Bernardo, no nos detengamos en las apariencias, sino penetremos en la realidad de las cosas. María estaba corporalmente al pie de la cruz, mas espiritualmente estaba en la cruz. María no se contenta con ochar ciertas miradas fegitivas sobre esta escena de horror, de crueldad y de sangre; ella la contempla inmóvil; ella la considera en todos sus profundos detalles; ella la penetra con toda la vivacidad de la inteligencia mas ilustrada, y con todo el rigor de la imaginacion mas pura. Ella se coloca con el espíritu en la situacion lamentable de su Hijo; ella fija su pensamiento en los tormentos crueles de que es victima su humanidad santa, y se los apropia; ella se los representa y se los pinta tan vivamente, que experimenta en cierto modo en todas las partes de su cuerpo lo que Jesucristo sufre en todas las partes del suyo; ella siente la amargura de sus angustias como si las sufriese ella misma. Así es que su cabeza está atravesada de espinas, sus manos y sus pies taladrados con los clavos, todo su cuerpo cubierto de heridas y todos sus miembros heridos sobre el patíbulo de la cruz; así es que experimenta en cierto modo todo el ardor de la sed que le devora, y la amargura de la hiel que le emponzoña, las humillaciones que recibe por los insultos de los hambros y el dolor que le causa el abandono de su Padre. Así es que padece con él, que se queja, que se agita cuando se acerca su última hora, que la agonía y la muerte

son comunes á los dos, y que dividen entre sí el instrumento del suplicio. Si no muere con él, no es para ella un consuelo, ni un alivio en sus penas; por el contrario, el tormento que sufre por esto es mucho mas cruel. En efecto puede decirse de María al pie de la cruz, lo que Alberto el Grande decia de Jesucristo en el huerto de las Olivas: que sufre un dolor tan agudo y tan intenso, que sin un milagro, hubiera sido mas que suficiente para causarle la muerte, sumergiendola en un oceano de tristeza. Ella hubiera querido mil veces, dice S. Bernardino de Sena, colocarse en lugar de su Hijo, sustituirle en la cruz y morir por él; mas no pudiendo una victima paramente humana satisfacer á la justicia divina, no le era permitido morir en lugar de su Hijo; pero al menos deseaba ardentemente morir con él, y como dice Arnaldo, unir al sacrificio invisible de su corazón lleno de amor, el sacrificio visible de su carne purísima. Si pues ella no sufrió esa muerte que separa del cuerpo un alma que no quisiera abandonarlo, sufrió sin embargo esa que se llama segunda muerte, y que, como observa S. Agustín, retiene en un cuerpo, como á su pesar, un alma que queria separarse de él.

Este segundo género de muerte fué para María, añade S. Amadeo, mucho mas doloroso que si hubiera sufrido el primero en esta triste y penosa circunstancia; porque sentir todos los dolores de la muerte, y sin embargo no morir, es una cruel angustia, un dolor desgarrador, una desconsoladora agonía, y un fuego interior que atormenta, que abraza y consume; es una muerte peor que todas las muertes. María por consiguiente, dice S. Bernardo, vive y no vive, muere y no muere. Ella vive muriendo, ella muere viviendo. Ella muere de no poder morir, ella vive una vida mas penosa que la muerte. Muerte la mas misteriosa y la mas inefable despues de la de su Hijo! Jesús muere,

pero solo en el cuerpo; María muere, pero solo en el corazón. (Véase la nota veinticuatro.)

CAPITULO IX.

El martirio del tierno corazón de María no puede expresarse ni concebirse. S. Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la santidad sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo.

Es verdad que nada de lo que ró sufrir á su Hijo, es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus mas pequeñas circunstancias; y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea mas viva de ella, así como ha tenido clavada constantemente en su corazón la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en ella la conmoción mas violenta, renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que experimentó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeon se hace entonces mas ancha y mas profunda. Lo que su corazón presagiaba le parece mas espantoso que lo que habia podido prever; el hecho es superior á su prevision; sus temores se han quedado interiores á la realidad. La escena pues tiene todo el aspecto de la novedad. Su dolor tiene la impresión viva y punzante de la sorpresa. Parece pues que no hay pena alguna mayor que la que inunda su corazón; pero no es así. El milagro de sus sufrimientos es inferior al milagro de su silencio y de su tranquilidad. En el templo no pidió razon ó esplicacion de la profecía; ni ahora en el Calvario hace oír una sola queja por su cumplimiento. Su temor entonces no fué inquieto,

ni ahora su dolor es impaciente. Su tranquilidad por lo pasado, y su resignacion por lo presente anuncian un alma de un temple sobrehumano, y digna tan solo de la Madre de Dios. Ved en María, dice el mismo Padre, cómo el continente de un pudor severo está embellecido y ennoblecido con el vigor de una constancia sobrehumana. Su aflicción llega á su colmo, y sin embargo ella no dá un solo gemido; sus padecimientos son sucesivos, y sin embargo su ánimo no se abate; ella está en pie, inmóvil, constante y sublime, con una grandeza de alma que sobrepuja á la grandeza de su dolor.

Gloria y honor al sexo femenino! añade S. Anselmo. En tanto que los hombres que son discípulos de Jesus, huyen vergonzosamente, esta muger fuerte, apesar de ser su Madre, permanece á pie firme junto á la cruz de su Hijo, y participa allí de todos sus tormentos. El prodigio del pudor virginal se muestra en ella unido al prodigio del valor. Su mismo Hijo, por cuyo amor padece, la sostiene y la fortifica con su fé. Su semblante no manifiesta señal alguna de impaciencia; sus labios no pronuncian una sola palabra de queja, de maldición ni de venganza. Su corazón está colmado de amargura, y su semblante está impassible. Su alma está inundada de tristeza, y sus ojos están enjutos. Maravillosa armonía de pudor y de fortaleza, de paciencia y de amor! La mas pura, la mas delicada y la mas tímida de todas las vírgenes es la mas paciente, la mas magnánima y la mas heroica de todas las mugeres.

De este modo la flaqueza de Eva en el paraíso terrenal debia encontrar un noble contraste en la fortaleza de María en el Calvario; así como la sensualidad de Adán encuentra, no solo un contraste, sino un remedio en los agudos tormentos de Jesucristo. Adán no está solo al pie del árbol, para consumir el pecado; ni Jesucristo, tampoco está solo en la cruz en el momento en que satisface por el pecado. Era fué la cómplice,

y la compañera del primero en su orgullo, en su sensualidad y en su placer; y María fué la compañera del segundo en sus padecimientos, en sus humillaciones y en sus dolores. Salmeron observa que entre la figura y el objeto figurado no hubo mas diferencia sino que en el Paraiso terrenal la muger fué la primera que se colocó al pie del árbol festivo, que cogió y comió la fruta que la emponzoñó y la dió la muerte; que ella fué quien la presentó al hombre, asociándolo así á su muerte y á su pecado; mientras que en el Calvario, el hombre fué el primero que cogió y gustó el fruto amargo de la cruz, haciendo despues participante de él á la muger; así pues la culpa principió por la muger y el hombre tomó la iniciativa en la satisfaccion.

Eva habia podido pecar sin Adán, pero María no puede espíar el pecado sin Jesucristo. Jesucristo solo es Dios, solo es santo é inocente por su naturaleza y su esencia. Su sacrificio solo, sus padecimientos solo son de un valor infinito, y tiene la virtud de espíar las culpas de otros, sin tener nada que espíar en sí mismo. La satisfaccion, pues, debia comenzar por aquel que por sí solo era capaz de cumplirla. María se asocia á esta satisfaccion porque es necesario que al pie del árbol que nos salva se encuentre una muger con el hombre nuevo, así como se encontraba una muger con el hombre viejo al pie del árbol que nos perdió.

Siendo pues llamada María á participar de los tormentos de su Hijo por un fin tan noble, desempeña el cargo que Dios le confía, de cooperar á nuestra redencion, con la misma firmeza que Eva manifestó en el cumplimiento del que le habia confiado el demonio, de cooperar á nuestra ruina. En vano procuran alejar á María. Cuanto mas la rechazan, tanto mas se acerca al árbol de la cruz. Ella no dirige sus miradas al pensamiento sino al tierno objeto que está pendiente de la cruz. Ella no cesa un solo instante de devorar

con aridez la amargura, que por medio de la vista inunda su corazón. Y así como Eva permanecia en pie, inmóvil y atenta, con su espíritu y su corazón absortos en la contemplacion de aquel árbol que fué la causa de la catástrofe del mundo, así también, dice S. Ambrosio, María, con la vista fija é inmóvil como su persona, tiene su espíritu y su corazón absortos en Jesus crucificado. Con ojos religiosos y compasivos, recorre una á una todas las heridas, bebe hasta la última gota y se embriga de sus dolores; despues los medita, los contempla y los aprueba, se complace en ellos y forma de ellos sus delicias; hace una ofrenda de ellos, conociendo que son la fuente inagotable de la gracia y los títulos auténticos de la redencion del mundo.

Cuando quitaron á Respba, esposa de Saul, los dos hijos que habia tenido de este príncipe, y los entregaron á los Gabsonitas para ser crucificados, no se dice que esta madre infortunada hiciese resistencia ni acusase el decreto cruel que la privaba de un modo tan bárbaro del fruto de sus entrañas, del báculo de su vejez. Solo se dice que cuando estas dos desgraciadas victimas fueron crucificadas en el monte, en presencia del Señor, su madre desconsolada corrió al lugar del sacrificio, extendió sus vestidos de luto sobre una piedra y permaneció allí inmóvil al pie del patíbulo de donde pendian los objetos de su ternura, espectadora animosa de aquella horrible escena. Despues que recogió sus últimos suspiros, permaneció allí durante el estío, absorta en una tristeza profunda y un silencioso dolor, ocupada en guardar aquellos caros despojos y defenderlos de la voracidad de los animales.

Mas, qué pudo inspirar á aquella Madre infortunada una resignacion tan heróica y un dolor tan justo y tan profundo? Fué indudablemente el conocimiento que tenia de que el mismo Dios habia exigido aquellas victimas para espíar la sangre derramada injustamente

por la raza cruel de Saul, y de que la muerte violenta de sus hijos inocentes sería la salvación del pueblo, y pondría fin al hambre que por espacio de tres años desolaba el país.

Y quién no conoce que esta lúgubre historia es una profecía muy clara del sacrificio de Jesucristo? El santo, el puro é inocente Hijo de Maria es inmolado para expiar los pecados de la raza de Adán, como los hijos inocentes de Respha fueron sacrificados por los delitos de la raza de Saul. Estos son crucificados en el monte de Gahán en la presencia de Dios. Jesucristo es crucificado en el monte Calvario en la presencia del Padre celestial y por un decreto suyo. La muerte de los hijos de Respha debía poner fin al azote que desolaba á Israel; y la muerte del Hijo de Maria debía hacer cesar las calamidades que afligian á todos los pueblos, y reconciliar el cielo con la tierra. Respha se consuela de la pérdida de sus hijos al pensar en los beneficios que deben resultar de ella á su pueblo. Maria sufre con valor sobrehumano el suplicio de Jesucristo, pensando en los beneficios que van á resultar de él al mundo entero. La Escritura guarda silencio acerca de las demostraciones exteriores de dolor á que debió abandonarse naturalmente la madre de aquellos dos hombres en una circunstancia tan lamentable; y esto es sin duda para indicarnos que ninguna demostración exterior de dolor debía alterar la resignación perfecta de la Madre de Dios, y que ella debía asistir en persona á este gran sacrificio con la calma heroica que debe distinguir á un alma como la de Maria, profundamente sumisa á la voluntad de Dios, y á un corazón como el suyo penetrado de la caridad mas generosa por respeto á la vida espiritual de los hijos de los hombres.

Así pues, lejos de oponerse á la dolorosa crucifixión de Jesucristo, se une con la voluntad y con el

afecto á el amor del Padre que la ha decretado, y á la obediencia del Hijo que se somete á ella voluntariamente. Ella se une á esta crucifixión de una manera tan perfecta, dice S. Anselmo, que si fuera necesario, concurriría de un modo activo, presentaría ella misma los clavos, prepararía los martillos y ofrecería las cuerdas para atar á su Hijo al patíbulo, y colocar la víctima en la hoguera, como hizo Abraham cuando se disponía á sacrificar á su hijo Isaac, según veremos después. Porque no puede imaginarse que una virtud como la de Maria, virtud que comienza donde acaba la de los santos, y que reúne en sí todo lo mas sublime y mas perfecto que se encuentra repartido entre todos los santos; no puede imaginarse, repito, que cuando se trata de inmolarse á su propio Hijo, no tuviese la prontitud, la fortaleza y la grandeza de alma de Abraham.

Santa Matilde añade que no solo estaban juntos los ojos de Maria, y su fortaleza era invencible como la de Abraham, sino que con una especie de satisfacción, como convenia á la obediencia perfecta de la Madre de Dios, destinó su Hijo á la cruz, de acuerdo con el Padre Eterno, para que fuese inmolado por la salvación del mundo. (Véase la nota reafirmación)

CAPITULO X.

La muerte de un hijo único, decía un antiguo escritor, es un golpe tan violento, un dolor tan agudo y una herida tan cruel, que quita las fuerzas, abate el valor, desmiente la prudencia y eclipsa el reflexion. En una circunstancia tan desconsoladora, una imagen de profunda tristeza se eleva del fondo del corazón marchito por el dolor y suspende en cierto modo el ejercicio de la razón. El espíritu así, turbado queda

sin guía abandonado á su propio dolor, y se busca en vano á sí mismo sin poderse encontrar. El no es ya dueño de dominar un sentimiento tan violento, ni de sostener una pérdida tan grande sin dejar conocer exteriormente su aflicción, lejos de poder mirarla con calma. Pues bien, jamás se vió un hijo único mas digno que Jesucristo, jamás se vió una madre mas tierna que María. Por esta razon, dice S. Bernardo, jamás la muerte de un hijo debió ser mas dolorosa ni mas desgarradora para el corazón de una madre. La vehemencia de su amor fué la medida de la vehemencia de su dolor; y como jamás existió un amor mas tierno, mas fuerte, ni mas vehemente, tampoco existió un dolor mas agudo, mas profundo ni mas intenso.

Pero á la impetuosidad de este amor á un hijo que es su Dios, siente María oponerse en su corazón otro amor no menos impetuoso y violento hácia los hijos de los hombres. Estos dos amores luchan en el corazón que los contiene, como los dos gemelos luchaban en el seno de Rebeca. Lo que un amor busca, el otro le huye; lo que un amor pide, el otro lo aborrece. No se puede satisfacer al uno sin sacrificar al otro. Sus intereses son contrarios así como sus objetos son diversos. María no puede pedir la salvación de los hombres sin querer la muerte de su Hijo; ni puede pedir la vida de su Hijo sin consentir en la pérdida de los hombres. Querer la salvación del mundo y la muerte de su Hijo, es una cosa muy dolorosa; querer la vida de su Hijo y la pérdida del mundo, es una cosa muy cruel. Qué guerra! qué lucha! qué combate de dos amores vehementes en un mismo corazón.

La esposa de Isaac, no pudiendo ya sufrir la guerra que estos dos gemelos se hacían en su seno, se abandonó á los gemidos, á los sollozos y á las lágrimas: Así decía ella, si yo me habia de ver reducida á este estado, si habia de costarme tan caro concebir hijos, cuán

to mejor me hubiera sido no verme en estado de llegar á ser madre! Con cuánta mas razon no podia esclamar María de este modo: Ay! de qué me ha servido concebir el Verbo de Dios, si debía verle con mis propios ojos sufrir una muerte tan cruel? De qué me ha servido ser la mas dichosa de todas las mugeres, si debía verme la mas afligida y la mas desolada de todas las madres?

Pero no, si Rebeca instruida por un oráculo divino de que segun los decretos de la Providencia el mayor de sus hijos debía servir al menor; dió á aquel la preferencia en su amor. María por su parte sabe que Dios, como el mismo Jesucristo lo ha declarado, decretó que su hijo serviria á los hijos de los hombres; y sería sacrificado por su salvación. Ella no se queja, ella no llora por la crueldad de su muerte; ella consiente en que el último de sus hijos se eleve sobre el primero: en que su propio Hijo por naturaleza sirva á los que solo lo son por adopción y sea víctima por la salvación de ellos. En su corazón presa del abatimiento, de la tristeza y de la división, el amor á la salvación del mundo obtiene la preferencia sobre el amor de la vida de Jesucristo. Y este deseo de la salvación del mundo adquire sobre ella tal imperio, tal preponderancia y tal fuerza, que sobrepujando, por decirlo así, al deseo de la vida de Jesucristo, le hace sufrir, dice un santo Padre, la muerte de Jesucristo con una especie de gozo secreto, en consideración á la salvación de los hombres.

Pero la muerte de su Hijo no es un acontecimiento instantáneo; esta muerte ignominiosa y cruel es precedida de una agonía igualmente cruel y dolorosa. El cielo y la tierra parecen conspirar de comun acuerdo para amargar los últimos momentos del Hombre-Dios. Desde lo alto de la cruz, en la que Jesús está bárbaramente clavado como en un patíbulo cruel, en medio de los tormentos mas atroces, de las angustias

interiores mas desgarradoras, eleva hacia el cielo la voz de su afliccion y el grito de su dolor, como para pedirle un consuelo que la tierra le niega. Ay! Padre santo, justo y misericordioso, vos no reconocéis ya á vuestro Hijo! Por otra parte el infierno despliega contra el Señor crucificado todo su furor: Escribas y Fariseos, pueblo y magistrados, Judíos y Romanos, todos se recrean cruelmente en esta escena de dolor; y en los arrebatos de su ódio ciego y de su gozo feroz, prorrumpen en blasfemias afrentosas, en provocaciones insolentes y en burlas anargas, desechados de vez que la mansedumbre de Jesucristo es mayor que la barbarie de ellos, que por lo mismo no tiene límites, y de que él es mas paciente para sufrir, que ellos, inhumanos y bárbaros para atormentarle. Maria, que se encuentra allí, oye los sangrientos ultrages y los insultos sacrilegos que hacen á un Dios que es su Hijo, y á un Hijo que es su Dios.

Al través de la pálida luz que los astros medio apagados dejan descender sobre la tierra deicida, contempla ella aquel cuerpo sagrado cubierto de llagas, débil, y sin fuerzas, desfigurado por los tormentos y atravesado con los clavos; ella vé sus labios cárdenos, sus mejillas descoloridas, sus ojos apagados y cargados por el sueño de la muerte, y la sangre que mana lentamente de sus heridas. Ella escucha el lánguido sonido de su voz moribunda, los tristes gemidos, los hondos suspiros de su santa humanidad desolada, y á punto de entregar en medio de los tormentos su alma sumergida en el dolor y la afliccion. Y Maria siente á su vez que el amor reproduce y repite en el fondo de su corazón las angustias interiores que abaten el espíritu y los tormentos atroces que desgarran los delicados miembros de Jesus. Así lo piensan la mayor parte de los Padres con S. Bernardo.

Sin embargo, ella no vuelve el rostro, ella no aparta

la vista de esta escena trágica, de este objeto de dolor, pero hecha superior á sí misma, dice un intérprete, manifiesta en la actitud firme, magestuosa é inmutable de su persona, toda la elevacion y la nobleza de su alma, y se eleva hasta Dios. Colocada entre la admiracion y el dolor, entre la compasion y el amor, permanece absorta en la contemplacion del gran misterio de la bondad de un Dios crucificado por la salvacion del hombre.

La vista de un hijo, y de un hijo tal, agonizando, sumergido en un océano de oprobios, de amarguras y de tormentos es dolorosa, es cruel, es insuportable para una madre. Mas la religiosa atencion de esta madre se fija mas bien en el fin á que se dirige el sacrificio de su hijo, que en el rigor de los medios que se emplean para llevarlo á efecto; y las ventajas inmensas que deben resultar de él al género humano cuasi le hacen olvidar los agudos dolores que ella misma siente, y complacerse en ellos.

Entretanto S. Juan gime, la Magdalena se desahaca en lágrimas; aquel tiene el corazón de un discípulo y esta el de una hija. Maria tiene el corazón de una madre, pero ella es Madre de Dios, y por consiguiente sostendrá con honor esta dignidad tan sublime. Ella ama á Jesus como á su hijo, pero le ama mucho mas como á su Dios. Ella le ama como él quiere ser amado. El Padre y el Hijo no solo son el objeto, sino tambien la regla y el modelo de su amor. Su amor es ciertamente el mas natural, el mas legitimo, el mas vivo y el mas ardiente, pero tambien es el mas puro y el mas elevado de todos los amores; él está ennoblecido por la santidad y la magestad del principio de donde procede; él está marcado con el sello de la divinidad del Padre de quien ella es hija, de la divinidad del Hijo de quien ella es madre, y por lo mismo es en todo conforme al uno y al otro. Su amor por consiguiente rehusa mani-

festarse en el exterior por medio de los gemidos y consolarse por medio de las lágrimas; él domina y luce callar todos los sentimientos naturales en consideración á las disposiciones sobrenaturales.

Ademas, en tanto que todas las criaturas gimen á vista de los insultos y de los tormentos que sufre el Cristo, en tanto que la naturaleza turbada y consternada suspende el curso de sus leyes y amenaza volver á la nada, en tanto que el sol mismo horrorizado se ocurrece en medio del día, y reusa alumbrar un crimen tan enorme; en medio del luto general y del trastorno universal, sola María, absorta mas bien en la consideración de la caridad divina cuyo ejemplo tiene á la vista, que en el acontecimiento tragico que la priva de su Hijo, assiste inmóvil á este espectáculo desgarrador, en una actitud magestuosa, con una tranquilidad heroica y una resignación perfecta. En medio de tantas angustias como inundan su corazón, permanece en una actitud tan magestuosa, en un recogimiento tan profundo, en un silencio tan religioso, que deja estopecidos á todos cuantos saben que ella es la madre del hombre que muere enclavado en la cruz.

Pero si sus lábios guardan silencio, no sucede lo mismo á su corazón. A medida que la muerte de su Hijo se aproxima, la intensidad de su dolor se aumenta, pero con su dolor crece tambien su amor. Cuanto mas sensible es para ella el sacrificio de su Hijo, tanto mas ardientemente desea que se consume; y cuanto mas profundamente es herido su corazón, tanto mas inflamado está de amor. En medio de las llamas y de los accesos de la caridad santa, de la caridad celestial que del corazón mismo de Dios descende al alma de María, se vuelve ella al Padre celestial, y le dice: Padre justo, Padre misericordioso y clemente, ho miréis lo que yo sufro. Yo soy madre, es verdad, y vos sabeis la guerra que mi amor hace dentro de mi coti-

zon; pero, no sois vos igualmente su Padre? El es el fruto de mis entrañas; pero, no es tambien la imagen de vuestra sustancia? Mi sangre corre por sus venas; pero no están tambien en él todas vuestras perfecciones? Yo le amo como á mi querido hijo; pero, no le amais vos tambien como á vuestro hijo predilecto? Sin embargo vos lo abandonais; pues bien! yo le abandono tambien! vos no le perdonais yo tampoco le perdono. Vos le condenais y le condeno tambien. Si, que mi Hijo quede en la cruz, que permanezca enclavado en ella, supuesto que vos lo quereis, hasta que haya exhalado el último suspiro, á fin de que os satisfaga, os obedezca y saive á los hombres.

Ved aqui pues que el mismo grito de muerte contra Jesus inocente se eleva, no solo del corazón lleno de rabia y de furor de los fariseos, sino del corazón lleno de ternura y de amor de María! Mas este grito, que por parte de los enemigos de Jesucristo es el grito de un furor infernal, por parte de su Madre santísima es el grito de una misericordia celestial. Aquellos piden la muerte de Jesus, por odio á Jesus; y esta pide tambien la muerte de Jesus, pero es por amor á los hombres. Este grito de muerte es para sus autores el crimen enorme que los pierde; y en María es el gran acto de misericordia que nos salva.

Ay! en el Calvario todo es grande, sublime, magestuoso, inefable y digno del Dios que se inmola! Por una parte el Cordero de Dios puro y sin mancha, conservando toda su mansedumbre divina aun bajo la mano despedada que le sacrifica, pide que su muerte sea útil á los mismos que se la dan; se ofrece él mismo en holocausto perfecto á la justicia de Dios por la salvación del mundo; y para dar á su ofrenda un valor infinito, la acompaña con la elevación de sus manos, con el incendio de su corazón, del cual se elevan hacia el cielo, como un perfume delicioso,

los mas tiernos suspiros de amor, con exclamaciones misteriosas, con lágrimas y con un respeto profundo.

Por otra parte el Padre Eterno no solo se halla presente de una manera especial en el Calvario, según la expresion de S. Pablo, sino que está en el mismo Jesucristo, aceptando el sacrificio de los siglos que le ofrece su propio Hijo, y reconciliándose en consideracion á él con el mundo. El Padre Eterno perdona los pecados del mundo por la gran satisfaccion que recibe de Jesucristo, y con una pluma mojada en la sangre de su Hijo, borra la sentencia formidable que nos condenaba á perecer.

Parece que despues de lo dicho nada hay que añadir á un cuadro tan sublime, sino el misterio que representa. Sin embargo no es así, dice S. Ambrosio; despues del espectáculo de un Dios que expia los pecados del mundo y de un Dios que los perdona, hay todavía una cosa que puede excitar nuestra religiosa admiracion y eternecernos; á saber, el espectáculo de la actitud y de los sentimientos sublimes con que su Madre assiste á este misterio y toma parte en él. María, colocada entre estos dos personajes, se asocia á los sentimientos de uno y otro; ella confirma, aprueba y suscribe, ella coopera y contribuye á todo cuanto el uno y el otro hacen por nuestra salvacion. Ella toma al hijo por regla de su obediencia, y en él y con él se somete á los decretos rigorosos del Padre. Ella toma al Padre por regla de su caridad, y en él y con él confía y abandona al Hijo por la salvacion del mundo.

Nosotros tenemos tambien en el libro tercero de los Reyes una figura de la generosidad de alma, del valor sublime con que la Madre de Dios sufre unos dolores tan agudos, y se priva voluntariamente de su Hijo por nuestra salvacion.

Das mugeres se presentan un dia ante el rey Sal-

mon, disputándose un niño que cada una de ellas dice que es su hijo. Qué hace el sabio monarca para saber cuál de estas dos mugeres es la verdadera madre del niño que se disputan? El manda que se le lleve un cuchillo, y que allí en presencia de las dos rivales se parta el niño por medio y se dé la mitad á cada una de ellas. Es muy justo, responde entonces una de las dos mugeres; es muy justo que se divida este niño que es la causa de nuestra disputa, y que ni una ni otra tengamos la satisfaccion de poseerlo. Así pensaba, así hablaba aquella á quien no pertenecia el niño. Mas por el contrario la que era su verdadera madre, la que estaba cierta de haberle dado el ser, pensaba y hablaba de diferente modo. A vista del verdugo que coge al niño por un pie, desenvaina su cimitarra y se pone en actitud de ejecutar la sentencia; al ver brillar el hierro mortífero que debe quitar la vida al fruto de sus entrañas, siente anticipadamente en su corazon el golpe que va á herir el cuerpo de su hijo; la vista de la ejecucion de esta sentencia en el inocente niño debe hacerla sufrir mucho mas que al mismo que ha de ser victima de ella. Ella siente su alma traspasada, toda su sangre agitada por el dolor, y sus entrañas conmovidas por la compasion; y en un arrebato de ternura maternal, se levanta para detener el brazo del ejecutor. No, no, esclama; no, por piedad; no seas tan bárbaro que asesines á mi hijo; dadlo mas bien á la otra muger; yo consiento en ello. Yo quiero mas bien verme privada de él, que verle morir en mi presencia. Muger generosa, prosigue entonces el rey, vuestra ternura manifiesta que vos sois la verdadera madre de ese niño. Llévavosle pues, y vivid feliz por haber sido dos veces su madre, porque primero lo engendristeis con vuestra sangre, y ahora acaba vuestra generosidad de librarlo de la muerte.

Este pasaje tan fiero y tan patético es la figura de

un misterio todavía mas tierno que María consuma al pie de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra madre.

Esta muger generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su injusta rival; y María cede tambien voluntariamente el suyo, al ódio de los Judíos, por la salvacion de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, esclama al pie de la cruz: Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo nuestro. La muger del tiempo de Salomon cede á la iníca pretension de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María por el contrario consiente en la muerte de su propio Hijo, para dar la vida á los injustos que la reclamaban. La una dice: *Dad el niño á la que lo pide, mas no le mateis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadlo á los que tienen necesidad de él.* La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su hijo; somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene mas que un hijo; en lo figurado, María tiene dos, Jesucristo; su hijo segun la naturaleza, á quien ella cedió de su sustancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal; ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto; ella se priva del uno por salvar el otro, ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella muger afortunada, por su cesion generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un

hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera madre. Y en efecto, así como Salomon, á vista de la heroica generosidad de aquella muger, le dice: recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo, así tambien, el verdadero Salomon, desde lo alto de su cruz, como desde su trono y su tribunal, dice á María: Muger, recibid en la persona de Juan á todos los hombres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos. Espada formidable de la justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, suspendeos! Divino juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra madre que os lo suplica encarecidamente. Vedla como al presenciar la muerte de su hijo único, se inmola en él y con él, y nos da ese hijo por precio de nuestra salvacion.

Apaciguada con esta permula, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que ella era nuestra verdadera madre. (Vase la nota veintiseis.)

CAPÍTULO XI. LEÓN

No podrá jamás admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda comiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta madre de bondad á consentir generosamente en la inmolation del Hijo de sus entrañas, para la redencion de los hijos de su

corazon. No debe pues parecernos extraño ni inconducente que S. Buenaventura, como ya hemos dicho, aplique á María las palabras admirables que S. Pablo escribió con relacion al Padre Eterno; á saber, que no perdonó á su hijo unico, sino que lo sacrificó por la salvacion de todos. Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos sin embargo tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que habiendo penetrado el corazon de María, como hemos dicho, la misma caridad que habia movido al Padre Eterno, la obligó á ejecutar este acto de una bondad inaudita é incomprendible.

Pero, no sin misterio en el pasage de S. Pablo, que S. Buenaventura aplica con tanta razon á María, hablando el Apóstol del escaso de caridad que obligó á Dios Padre á sacrificar á Jeshu Christo por nuestra salvacion, se valió de estas expresiones: no perdonó á su propio hijo. Estas expresiones tan enérgicas y tan firmes al mismo tiempo, son las mismas que la Escritura usa hablando de Abraham despues del sacrificio de Isaac; en efecto, á este santo Patriarca se dijo: tu no has perdonado á tu hijo unico. Por consiguiente, al decir el Apóstol de Dios Padre lo que se dijo de Abraham, quiso darnos á entender que entre estas ofrendas, entre estos dos sacrificios existe una union y una relacion de sentimientos, así como hay en ellas una semejanza de expresiones; que el uno es la profecía, y el otro la realidad; el uno la imagen, y el otro el prototipo; el uno la copia, y el otro el original; y que el sacrificio de Isaac es la figura del sacrificio de Jesu Christo.

Y si Isaac sacrificado es la verdadera figura de Jeshu Christo, Abraham que le sacrificó es la figura verdadera de María. Aunque las palabras de S. Pablo sean aplicadas directamente al Padre Eterno que parece figura-

do por Abraham, sin embargo, supuesto que María estuvo, como hemos visto, perfectamente unida con el dios, con la voluntad y con el amor al Padre celestial en la donacion que quisieron hacernos de su propio Hijo; y supuesto que esta noble criatura es como el representante, y el vicario de Dios Padre, y que obra en la tierra de una manera visible lo que él quiere y obra invisiblemente, en el cielo, no es dudoso que en Abraham que no perdonó á su propio hijo, debemos reconocer no solo la figura de la generosidad invisible del corazon de Dios; sino tambien la de la generosidad visible del corazon de María. Además, supuesto que en el sacrificio de Abraham se trata de su obediencia, de su fé, y de su prontitud en escuchar la voz de Dios, y que esto no es cierto literalmente sino en María, Abraham tiene por consiguiente mas puntos de semejanza con esta Madre generosa, y es con respecto á ella la figura mas expresiva y mas verdadera. Examinemos pues en sus circunstancias particulares esta bella figura, esta luminosa profecía, y veamos como se encuentra en ella indicado no solo el mérito de María en la ofrenda é inmolacion de su Hijo, para conformarse á los designios y á la voluntad de Dios, sino tambien su recompensa, supuesto que por este mérito se hizo nuestra Madre; y admírennos como, dos mil años antes de cumplirse el misterio que hemos explicado, se encuentra en ella expresado, y casi divinamente retratado.

Dios dice en efecto á Abraham: Toma á tu hijo Isaac á quien amas, vé con él á la tierra de la vision; y allí sacrificamelo en holocausto perfecto sobre uno de los montes que yo te mostraré. Cada palabra de esta orden severa expresa, como observa S. Ambrosio, una circunstancia nueva que debe hacerle mas difícil y mas doloroso el sacrificio exigido á este tierno padre y pone su obediencia á una terrible prueba, porque pone su corazon en un tormento cruel. Se exige de él que

sacrificio, no á una persona cualquiera, sino á su propio hijo; no á un hijo cualquiera, sino el que mas ama; y de quien es mas amado. Esto no es suficiente aun; no se pide á Ismael, sino á Isaac; no al hijo de la esclava sino al de la mujer libre; no al hijo de la naturaleza, sino al de la promesa; no al hijo de la condenación, sino al del mérito; al hijo que Abraham ha tenido milagrosamente de Sara, de quien no puede esperar tener otro; por consiguiente á su primogénito; á su hijo único.

No solo se exige que un padre quite la vida por sí mismo á su propio hijo, sino tambien que lo ofrezca en sacrificio; es decir, que despues de haber visto con sus propios ojos espirar al hijo á quien haya degollado con su misma mano, le vea tambien consumido por el fuego, y que asista á toda esta lúgubre ceremonia, hasta tanto que el holocausto esté enteramente consumado. Mandamiento terrible, prueba delicada, precio fúnebre! dice San Amadeo. El espíritu de Abraham se turba; sus entrañas se conmueven, y su corazón se hiela de espanto. Sin embargo, su fe no cede á una prueba tan dura, su obediencia á Dios no se desmaya, ni su fortaleza vacila. El siente todo el dolor del sacrificio, pero no le rehúsa; cuanto mas duro es el mandato, tanto mas pronta es la obediencia.

En el templo de Dios igualmente á María una órden semejante por boca de Simeon. Los decretos de Dios le dice este, destinan á vuestro hijo que veis aquí á la contradicción y á la muerte. Vos misma, ó Madre! vos debéis criarle para este fin doloroso, vos debéis acompañarle al sacrificio, vos debéis ser la espectadora de su muerte, y el cuchillo que le arrancara la vida, atravesará vuestro corazón con un agudo dolor. Sin embargo, á una noticia tan sensible para el corazón de una tierna madre, María inclina su frente; se resigna, se sonete, y principia á mirar á su hijo

como una víctima, y lo educa solo para el Calvario. Desde el momento en que se mandó el sacrificio de Abraham hasta el de su ejecución pasaron tres dias. Por espacio de estos tres dias, la imaginacion de Abraham retrocede continuamente espantada ante el pensamiento de que muy pronto vá á verse privado de una vida tan preciosa, de un objeto tan amado. Isaac morirá en un momento sobre el altar; pero Abraham muere á cada momento en su corazón. El no puede mirarle, ni pensar en él sin sentir su corazón desgarrado por la consideracion de que el mismo debe dar la muerte al hijo á quien dió la vida. Treinta y tres años pasaron desde la prediccion hecha solemnemente á María del sacrificio de Jesucristo, hasta su consumacion; y durante todo este tiempo el corazón de María está herido incesantemente por la espada de dolor que debe un dia, al Inmolar al Hijo, atravesar tambien á María.

El dolor de Abraham crece á medida que vé acercarse el momento fatal en que debe poner fin á la vida de Isaac. Mas este acercamiento de dolor no hace otra cosa que aumentar la docilidad de su voluntad y la generosidad de su obediencia. Cuanto mas afligido se siente, mas prisa se dá á orlar la leña y hacer por sí mismo los tristes preparativos del sacrificio.

El martirio de María se hace cada vez mas intenso, á medida que Jesucristo crece en edad y se aproxima al Calvario. Mas el deseo de ver consumado cuanto antes el holocausto de su hijo, se hace tanto mas vivo de dia en dia, cuanto mas agudo se hace su dolor. Durante la gloriosa predicacion de Jesucristo, permanece oculta en Nazaret, mas cuando su hijo vá á Jerusalén, para ser allí crucificado, abandona su casa y su soledad, y camina en pos de él para no abandonarle hasta despues de haberle visto ofrecido en el altar de la cruz á la justicia de Dios; por la salvacion del mundo.

Cuanto mas se profundiza en esta figura misteriosa, mas luminosa se hacen los rasgos de semejanza con el objeto figurado. Y cómo es posible acordarse de Isaac llevando sobre sus hombros la leña sobre que debe ser colocado, sin pensar en Jesucristo llevando tambien sobre sus hombros el leño de la cruz al que debe ser enclavado? Cómo es posible acordarse de Abraham que, lleno de fé, aunque inundado de amargura, sigue á su hijo encorvado bajo el peso de la leña y acercándose lentamente á la cumbre del monte Móris, sin pensar en María que penetrada de la idea de los misterios mas sublimes y sumergida en su dolor; triste y animosa, sensible y fuerte, resignada y llorosa, sigue á su hijo abrumado bajo el peso de su cruz y subiendo con mucho trabajo á la cumbre del Calvario? Qué mas puede decirse? El lugar de los dos sacrificios es el mismo, porque el monte Móris indicado á Abraham para la inmolacion de Isaac es una basta montaña dividida en colinas, una de las cuales es precisamente el Calvario, lugar indicado á María para la crucifixion de Jesucristo. Este es también el lugar, y sea dicho de paso, en el que segun la tradicion constante de los Hebreos, Abel, Noé y Melquisedec ofrecieron sacrificios á Dios. Cada uno de estos sacrificios, incluso el de Abraham, espresaba uno de los diversos caracteres que debía reunir en sí el sacrificio de Jesucristo, término, fin último y perfecto de todos los sacrificios. Estos caracteres principales son cuatro. El primero, que este sacrificio debía ser mandado por su Padre y consumado en presencia de su Madre; y esta circunstancia está espresada en el sacrificio de Isaac. El segundo, que debía ser ofrecido voluntariamente por el mismo Jesucristo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio; esta circunstancia se haya indicada en el sacrificio de Melquisedec. El tercero, que debía consumarse por la envidia de los Judios sus hermanos,

y esta circunstancia está figurada en Abel. El cuarto, en fin, que debía ser ofrecido por la reconciliacion del cielo con la tierra, del hombre con Dios; y esta circunstancia se haya simbolizada en Noé. Colina preciosa, santa y misteriosa, santificada por los sacrificios mas sublimes de los hijos de los hombres, y finalmente por el sacrificio por excelencia, que es el del mismo Hijo de Dios! Quiera Dios que mis ojos estén siempre hijos en ti, y que mi corazon esté siempre unido á ti, supuesto que de ti nació un día la gracia que se esparció por el mundo, y que de ti espero tambien mi salvacion y los auxilios para conseguirla.

La Escritura refiere que Abraham acompañaba á su víctima, llevando en una mano el cuchillo que debía inmolarla, y en la otra el fuego que debía consumirla. Pues bien, el cuchillo que hierde á Jesucristo y le dá la muerte, es su obediencia, y el fuego que le consume es su amor á los hombres; y estos instrumentos misteriosos del sacrificio de Jesucristo los lleva María, por decirlo así, en sus manos; pues que representando de una manera visible á su Padre invisible; aprobando con su presencia, ratificando con su autoridad materna, y secundando este sacrificio con toda la fuerza de sus santos y sublimes transportes; acompañando á Jesucristo para cooperar á la salvacion de los hombres; manifiesta María y hace públicos y solemnes los dos grandes sentimientos de obediencia y de amor á los que Jesucristo se sacrifica voluntariamente.

Habiendo llegado Isaac al lugar del sacrificio, oye de su padre que el mismo debe servir de víctima. Sin embargo, él no se queja, él no lo repugna ni lo rehusa; verdadera figura por lo mismo de aquel que aceptó con una voluntad plena y perfecta el decreto de su muerte, que se ofreció él mismo á ella, y durante su vida estuvo como devorado por una santa impaciencia y por los deseos mas vehementes de verse cuanto antes inunda-

do en su sangre. El recibe despues con gozo la orden que Maria, en nombre del Padre celestial, le da con su presencia de sacrificarse por nosotros; y los dos de comun acuerdo ratifican el sacrificio que la justicia de Dios y la salvacion del mundo exigen de la vida del Hijo y del corazon de la Madre.

Sin embargo, aunque Isaac consiente en ser sacrificado y se ofrece voluntariamente, no por eso deja Abraham de atarle sobre el altar que él habia levantado, para significar que el verdadero Isaac, aun cuando debia morir entregando voluntariamente su vida, debia sin embargo ser asegurado con clavos al altar de la cruz; á fin de que su sacrificio voluntario tuviese la apariencia de un sacrificio forzado, supuesto que se ofrecia en nombre y en espiacion del hombre pecador. Y permaneciendo Maria espectadora inmóvil de la crucifixion de su Hijo, la prueba, la quiere y consiente en ella en nombre del celestial Abraham; esto fue como si ella misma con sus maternales manos hubiese atado la victima.

No era costumbre colocar la victima en el altar antes que hubiese succumbido bajo el cuchillo del sacerdote; y solo despues de su muerte era cuando debia ser consumida por el fuego. Sin embargo, Isaac fue colocado vivo en el altar del sacrificio antes de ser inmolado. Esta circunstancia era tambien necesaria para hacer la figura mas semejante al objeto figurado, el cual, segun la voluntad del Padre celestial, significaba y confirmada por la presencia de la Madre terrena, debia ser colocado vivo en el altar de la cruz, y ser inmolado allí por la obediencia y consumido por el amor.

Despues de haber terminado Abraham todos estos preparativos, menos necesarios para consumir la inmolacion, que para dar á la imagen una conformidad perfecta con su original, estienda la mano, desembusca el acero, levanta el brazo para descargar el golpe fatal

y de repente un frio glacial corre por todos sus huesos, su corazon palpita en su pecho de una manera inusitada y parece que se despedaza por el dolor. Al descargar el golpe, inmola dos victimas, dice S. Pedro Crisólogo, la vida preciosa del hijo y el corazon adigido del padre. Abraham se inmolaba á sí mismo en la persona de Isaac. En aquel estado se termina el misterioso sacrificio; la obediencia de Abraham es perfecta; la docilidad de Isaac lo es igualmente; el uno y el otro habian hecho por la disposicion de sus almas; todo cuanto se les exigia. La mano es detenida cuando el corazon nada tiene ya que sufrir.

Mas esto que bastaba para la figura, no era suficiente para el original. No tan solo con las disposiciones del corazon era como Maria debia ofrecer su Hijo y este hijo debia ofrecerse á sí mismo, sino que esta obra debia consumarse tambien exteriormente. El antiguo Adán, el Adán pecador, el viejo hombre á quien Jesucristo representaba en el Calvario, debia ser inmolado visiblemente y morir, para dar lugar al jóven Adán, al Adán justo, al Adán nuevo. Arnada Maria del heroismo de su resignacion, del fervor de su caridad, y del deseo de ver consumada la salvacion del mundo, amenaza tambien y hierre con golpes terribles á su victima, hasta tanto que queda realmente sin vida. Ella espira en efecto, abrumada igualmente bajo el peso de la justicia de su Padre, y bajo el de la ternura de su Madre para con los hombres; y esta se inmola por lo mismo con su Hijo. Su sacrificio, dice S. Amadeo, fué mucho mas doloroso que si ella se hubiese sacrificado á sí misma, porque la vida de su Hijo victima de su inmolacion y causa de su dolor, le era mas amada sin comparacion que la suya propia.

Pero si Abraham fué figura de la obediencia perfecta, de la generosidad sublime y de las crueles angustias que Maria sufrió en la oblation de su Hijo, fué

igualmente figura de la amplia recompensa que merecieron sus virtudes. Por haber consentido Abraham en sacrificar á su hijo Isaac, se hizo el verdadero padre de un pueblo escogido; y por haber sacrificado María á Jesucristo, se hizo la verdadera madre del pueblo cristiano.

En efecto, apenas se terminó el sacrificio de Abraham, cuando oyó estas palabras sublimes, palabras que revelaban su mérito y su recompensa: Porque has consumado un acto tan sublime y tan grande, y por obedecerme, no has perdonado á tu hijo único, yo te juro por mí mismo, dice el Señor, que te colmaré de bendiciones, que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como los granos de arena esparcidos en la orilla del mar.

María igualmente por haber puesto á su Hijo único en la cruz, con su voluntad asociada á la del Padre celestial, oyó de la misma boca de este divino Hijo las tiernas y misteriosas palabras que le anunciaron el mérito sublime y la amplia recompensa de su sacrificio. En la actitud mas bien de su Dios que de su Hijo, le manifiesta en la persona de San Juan la inmensa multitud de los fieles, la Iglesia, y lo dice: Mujer, desde ahora he ahí tu hijo. Este hijo es único, porque toda la congregacion de los fieles, la Iglesia, te formará mas que un solo cuerpo, cuya cabeza soy Yo. Pero al mismo tiempo este cuerpo encerrará una multitud de hijos, que serán tantos cuantos sean los verdaderos creyentes. Hé ahí pues, ó Mujer, la posteridad numerosa que acabas de adquirir en este momento, que yo te prometo y te doy como un solo hijo.

Misterio grande y sublime! La promesa que Dios hace en estas circunstancias á Abraham, le había ya sido hecha muchas veces en los mismos términos. Mira al cielo, se le había dicho, y cuenta las estrellas, si puedes: pues bien, sabe que tu posteridad será igual-

mente numerosa. Yo te daré un hijo de Sara; yo le colmaré de bendiciones: naciones y reyes nacerán de él. Mas la ejecución y el cumplimiento de esta promesa se referia al sacrificio del hijo que le estaba prometido; y la bendición que debía multiplicar su descendencia, no debía bajar del cielo hasta tanto que Abraham hubiere dado esta prueba admirable de su fé maravillosa y de su obediencia perfecta.

La promesa que Jesucristo hizo desde la cruz á María de hacerla madre afortunada de la Iglesia, le había sido hecha igualmente otra vez. Al saludarla el ángel, bendita entre todas las mugeres, aludía ciertamente á su fecundidad maravillosa y á la multitud inmensa de hijos que ella tendria, al concebir uno, supuesto que añade que la generacion de este Hijo seria eterna, asi como su reino no tendria fin. Pero respecto á María, el cumplimiento de estas profecías está igualmente unido al sacrificio voluntario que se le anuncia, al cumplimiento de los actos perfectos y de los sentimientos sublimes que ella manifiesta en estas trágicas y dolorosas circunstancias.

Nada parecia á primera vista mas opuesto á la promesa de una numerosa posteridad, que el sacrificio de Isaac que debía ser el padre de ella. Y sin embargo el cumplimiento de esta profecía dependia del sacrificio de una vida tan preciosa. Si Abraham hubiera vacilado en inmolár á su hijo hasta que este hijo hubiese tenido otros, por esto mismo Isaac hubiera quedado estéril, y la posteridad, por causa de esa tardanza, hubiera acabado en Isaac; por el contrario, al sacrificarle cuando es todavía virgen, le hace fecundo. Por un hijo que se espone á perder, adquiere una multitud de ellos, por un individuo que no perdona, se hace el padre de un pueblo entero; y llega á ser el padre de una innumerable multitud por aquello mismo que podía hacerle temer verse privado de hijos.

Nada parecia mas opuesto al cumplimiento de las magnificas promesas que el ángel hizo á Maria de la numerosa posteridad de su Hijo, de el establecimiento de su reino y de la perpetuidad de su imperio, que la muerte ignominiosa de él en un infame patíbulo. Sin embargo el Profeta le habia dicho: El no verá multiplicarse su descendencia hasta la posteridad mas remota, sino despues de haber sufrido voluntariamente la muerte por el pecado. Maria por consiguiente no verá germinar este grano de trigo escogido y divino que su tierra virgen ha producido; ella no lo verá multiplicarse en una fecunda ó inmensa cosecha de hijos, de los que ella será tambien madre, sino bajo la condicion, declarada ya por Jesucristo, de que este grano preciso muera, sea quebrantado y colocado por ella en las entrañas de la tierra. Asi pues Maria, por un Hijo que no perdona, que ofrece y que inmola, adquiere, en la persona de S. Juan, tantos hijos cuantos son los hombres por quienes se sacrifica en los trasportes de su caridad.

Finalmente, para que no pueda dudarse que la bendicion de una posteridad todavia mas numerosa fué prometida á Maria, el mismo S. Pablo observa que Dios no dijo á Abraham: Yo bendeciré *tu descendencia*, como si esta bendicion hubiera debido ser común á todos sus hijos, sino *tu posteridad, tu descendencia*, la sola posteridad de Isaac; y la posteridad á que Dios hacia alusion es Jesucristo.

La fecunda posteridad de que Abraham fué padre por medio de Isaac es pues la verdadera profecia de la posteridad numerosa de que Maria fué Madre. Si pues la fecundidad y posteridad de Isaac son la profecia de la fecundidad y de la posteridad mucho mas noble y mucho mas extensa de Jesucristo, es claro que la bendicion concedida á Abraham en la persona de Isaac es la figura de la bendicion mucho mas preciosa concedi-

da de Maria en la persona de Jesucristo. Y así como Abraham no obtiene esta bendicion que le hace el padre de tantos pueblos sino por medio del sacrificio de Isaac, Maria tampoco adquiere esta bendicion que la hace madre de tantas gentes, sino por medio del sacrificio de Jesucristo. Luego su maternidad sobre la posteridad de Jesucristo su hijo es al menos tan real, tan justa y tan fecunda, como la paternidad de Abraham sobre los descendientes de Isaac, ó sobre los israelitas.

Abraham, al inmolar á Isaac su hijo único, fué tambien una figura de Dios Padre que quiso que Jesucristo su hijo único fuese inmolaado por nosotros. Pero Maria se asoció á la caridad inmensa del Padre celestial, y de acuerdo con él quiso darnos á su hijo santísimo. Su maternidad pues tiene un origen mucho mas elevado y mucho mas noble, un titulo mas augusta y mas santo, supuesto que produce de la paternidad misma de Dios sobre nosotros. Los dos por un acuerdo admirable de generosidad, de misericordia y de amor, abandonaron y entregaron á la muerte su propio Hijo; ellos entregaron este Hijo nacido segun su doble naturaleza, de la sustancia respectiva del uno y del otro, para adquirir de este modo hijos adoptivos. Los dos ofrecieron un valor infinito para adquirir esta adopcion; los dos la adquirieron legitima y realmente. Nosotros hemos nacido verdaderamente del amor de los dos; y debemos mirar á Maria como nuestra madre, lo mismo que miramos á Dios como nuestro padre.

El apóstol S. Pablo creia tener un derecho sagrado á ser mirado como padre de los cristianos convertidos por él, cuando les decia: Yo os he engendrado en Jesucristo al predicaros el Evangelio. Pero, cuánto mas derecho tiene Maria á ser mirada como nuestra verdadera madre, supuesto que, aunque no nos anunció el Evangelio, nos dió, nos ofreció y sacrificó al autor del

Evangelio, á aquel de quien proceden todas las gracias del Evangelio?

No debemos pues contentarnos con decir como Tobias, que somos hijos de los santos; debemos decir tambien que somos hijos del Santo de los santos, y de aquella que fué enriquecida superabundantemente con la santidad, es decir, hijos de Dios y de Maria.

Y supuesto que en el órden de la gracia descendemos de Dios y de Maria, tan realmente como de nuestros padres terrenos en el órden de la naturaleza, y que por otra parte esta filiaci6n es infinitamente mas noble, mas sagrada y mas importante, debemos tener el mayor cuidado en cumplir respecto á nuestros padres celestiales las obligaciones que la ley nos impone respecto á nuestros padres terrenos. Debemos pues creer que con respecto á Dios y con respecto á Maria se nos ha dicho igualmente: Honra y respeta á tu padre y á tu madre. Este precepto con respecto á nuestros padres naturales, no solo contiene la obligaci6n de estimar y venerar sus personas, sino que nos impone tambien el deber de respetar su nombre y su descendencia en nosotros mismos. Luego con mucha mas razon debemos respecto á nuestros Padres celestiales, no solo manifestarnos sumisos y obedientes, sino respetar tambien y hacer respetar en nosotros la cualidad de hijos de Dios y de Maria, aborreciendo todo cuanto pudiere, á la faz del cielo y de la tierra, á los ojos de los ángeles y de los hombres, degradar este carácter augusto, y empañar un nombre tan bello.

Siendo nosotros una descendencia celestial y divina, como dice S. Pablo, debemos guardarnos de manchar nuestro origen espiritual y celestial con una conducta mundana y terrena. Penetrados del sentimiento de la dignidad de nuestro origen, debemos mirar con un santo desprecio y aborrecer con un santo orgullo las bajezas de la vanidad, los cuidados excesivos de los inte-

reses temporales, las satisfacciones sensuales que no estan en armonia con los miramientos que debemos á nuestra posici6n santa y divina, con la inocencia, la pureza y la santidad que ella nos impone, satisfacciones que nos degradan y nos hacen descender no solo asta el hombre, sino aun mas abajo del bruto. Cuando un hombre se hace notar en el mundo, por la elevaci6n de sus sentimientos, la finura de sus modales, la dignidad de su proceder y la generosidad de sus actos, se infiere con razon la elevaci6n de su origen y la nobleza de sus ascendientes. Por consiguiente vosotros debeis perfeccionar, dice Jesucristo en el Evangelio, vuestra conducta y vuestro corazon, vuestras acciones y vuestros sentimientos de tal manera, que todos puedan colegir vuestro origen celestial y divino.

Oh! si nos penetráramos bien de esta grande idea: *Yo soy hijo de Dios, y Dios es mi padre! Yo soy hijo de Maria, y Maria, la misma Madre de Dios, es tambien mi verdadera madre!* Qué pensamiento tan dulce, tan tierno y tan agradable por una parte, y tan capaz por la otra de ennoblecernos á nuestros propios ojos, y de alejarnos de todo aquello que es abyecto, vergonzoso y degradante!

En segundo lugar, nosotros debemos á nuestros Padres celestiales la ternura y el amor. El amor se paga con el amor. Ellos nos engendraron por amor, por un amor maravilloso é inefable, que les hizo sacrificar á su propio Hijo por nuestra salvaci6n. Nosotros debemos pues pagarles con nuestro amor. Ellos sacrificaron por nosotros todo cuanto tenian de mas amado y de mas precioso, su propio hijo; y nosotros debemos, cuando la ley divina lo exija, sacrificarles nuestras pasiones, nuestra voluntad, nuestros apetitos culpables, los objetos que mas nos interesan, aunque nos sean tan amados como nuestros propios hijos. Es verdad que no hay relacion alguna entre estas victimas; porque, qué

relacion puede haber entre el Hijo de Dios que fue sacrificado por nosotros y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle. Sin embargo, Dios nuestro tierno Padre y Maria nuestra amorosa madre se darán por satisfechos. Ellos no exigirán mas de nuestra miseria y de nuestra flaqueza; y con esto solo, hecho con intencion de satisfacerles, les abremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don mas rico, no nos rebuzará, dice S. Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con Maria, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, como podremos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, no se obligaron expresamente á darnos todo lo demas? Si Dios y Maria, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á escucharnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos pues con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la mas sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitud, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á Maria nuestra Madre. En su compañía presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante él su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su sierva, es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se llamó su sierva. Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nues-

tras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es menos tierna ni menos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario. (Véase la nota veintiséste.)

CAPITULO XIX.

Ya hemos visto como la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á Maria. Ya hemos dicho como sintió ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavia un poco á examinar la estension y la intensidad de las penas que Maria sufrió. Es necesario notar desde luego que Maria no es una madre como otra cualquiera, sino una madre que tiene á un Dios por hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para ella la causa de los mas acerbos dolores, asi como fué tambien el origen de los mas grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le oesionamos.

Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de Dios hecho hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por el su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte, á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el principe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al menos la comun opinion de los santos Padres, de los

relacion puede haber entre el Hijo de Dios que fue sacrificado por nosotros y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle. Sin embargo, Dios nuestro tierno Padre y Maria nuestra amorosa madre se darán por satisfechos. Ellos no exigirán mas de nuestra miseria y de nuestra flaqueza; y con esto solo, hecho con intencion de satisfarles, les abremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don mas rico, no nos rebuzará, dice S. Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con Maria, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, como podremos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, no se obligaron expresamente á darnos todo lo demas? Si Dios y Maria, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á escucharnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos pues con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la mas sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitud, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á Maria nuestra Madre. En su compañía presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante él su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su sierva, es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se llamó su sierva. Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nues-

tras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es menos tierna ni menos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario. (Véase la nota veintisieste.)

CAPITULO XIX.

Ya hemos visto como la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á Maria. Ya hemos dicho como sintió ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavia un poco á examinar la estension y la intensidad de las penas que Maria sufrió. Es necesario notar desde luego que Maria no es una madre como otra cualquiera, sino una madre que tiene á un Dios por hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para ella la causa de los mas acerbos dolores, asi como fué tambien el origen de los mas grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le oesionamos.

Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de Dios hecho hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por el su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte, á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el principe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al menos la comun opinion de los santos Padres, de los

Doctores y de los intérpretes, opinión que la Iglesia ha consagrado en cierto modo por la manifestación que de ella hace en el oficio de la Cruz y en el de la Pasión.

Pero si esta razón es verdadera, no es la única por que quiso ser crucificado el Redentor del mundo. S. Atanasio, como lo refiere Cornelio de la Piedra, afirma que Jesucristo eligió la muerte de cruz como el remedio más oportuno, como la espición mas natural de la concupiscencia que todos habíamos contraído por el primer pecado, y que es el origen funesto y la fuente emponzoñada de todos los demas.

Esta opinión parece estar apoyada en la autoridad de S. Pablo, que dice: Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo quiso enmascarar y crucifijo verdaderamente en si mismo nuestro hombre viejo, para la destrucción del cuerpo de pecado. Pues bien, este hombre viejo y este cuerpo de pecado no son otra cosa que la concupiscencia que se extendió hasta nosotros por consecuencia del pecado.

Para conocer la relación que la concupiscencia del hombre puede tener con la muerte de Jesucristo en la cruz, es necesario observar que la concupiscencia es en levadura funesta que corrumpe toda la masa, ese veneno sutil y violento que se manifiesta en todas partes, que vicia, altera y deteriora al hombre, que por medio de los sentidos y de las pasiones ejerce sobre él el mas terrible imperio. Hija del primer pecado, engendra á su vez, y se reproduce en todos los pecados. Todos los pecados estan representados en ella y por ella, asi como todos se cometen en ella y por ella. Habiéndose encargado el Hijo de Dios de satisfacer, no solo por el primer pecado, origen de la concupiscencia, sino tambien por todos los pecados de los hombres que son sus consecuencias, debió tener presente con especialidad la concupiscencia que los comprande á todos, que los representa á todos, y á quien S. Pablo llama muy ló-

gicamente *el cuerpo de pecado*. El debió preferir un género de suplicio en el que este cuerpo de pecado y la concupiscencia fuesen condenados, castigados y vulnerados en todas sus ramas. Pues bien, el género de muerte mas á propósito para este fin era ciertamente el de la cruz, porque si la concupiscencia encierra en sí todos los pecados, la cruz tambien, como dice Cornelio de la Piedra, hace sufrir todos los tormentos. Ella es un tiempo mismo un puñal que hiende las manos y los pies, un potro que estiene y disloca todos los miembros, un garfo que desgarrá, una bestia feroz que devora y despedaza, un fuego que rodea al hombre, lo abrasa y lo consume lentamente. Por esta causa, dice el mismo autor, sufrió Jesucristo todo cuanto es posible sufrir; todos los tormentos que han sufrido los mártires; el suplicio en fin que convenia á aquel que queria satisfacer por las culpas de todos los pecadores. Aquel que era la santidad misma, la inocencia por esencia, habia cargado voluntariamente con la odiosa responsabilidad de todos los crímenes; por consiguiente él se hizo el hombre de todos los pecados; y segun la enérgica espresion de S. Pablo, se hizo en cierto modo el pecado mismo. Del mismo modo, por su cruz se hizo el hombre de todos los dolores, de todas las miserias y de todos los padecimientos; él se hizo el dolor mismo, la miseria misma y el padecimiento por excelencia.

La concupiscencia, efecto y causa á un tiempo mismo del pecado, se habia propagado desde un principio por la culpa de los dos sexos, y habia sido despues para los dos sexos un germen, y una ocasion de pecado. Los dolores y los sufrimientos del Hombre-Dios hubieran sido mas que suficientes para espiarla, como la espiaron en efecto; sin embargo, para que la figura fuese completa exteriormente, quiso el Redentor que los dos sexos concurriesen á esta grande espacion, á

esta condenacion solemne; quiso que al lado de Jesus, el *Hombre de dolores*, se hallase tambien la *Muger de dolores*, es decir Maria; y que los padecimientos inefabiles del uno se comunicasen, de la manera posible al otro.

Y bien, qué entendimiento podrá jamás comprender, qué lengua podrá explicar jamás los tormentos del *Hombre-Dios en la cruz*? Su cuerpo es inocente, santo, puro y sin mancha; el nuevo Adán fué formado, lo mismo que el antiguo, de una tierra virgen, de una carne estraña al desorden de la concupiscencia y del pecado; su embargo él tiene un verdadero cuerpo humano, compuesto de carne y de sangre, supuesto que lo tomó por los hombres sus hijos, que como observa el apóstol, están compuestos de carne y de sangre. Mas, como estos hombres son pecadores, esta carne, á fin de poderlos representar, es semejante á la carne de pecado; es decir, posible, mortal, enferma como la carne del hombre despues de su caída, y por lo mismo representa muy bien exteriormente nuestro *niejo hombre*, nuestra concupiscencia, el *cuerpo de pecado*. La justicia de Dios la elige y la castiga, imponiéndole pena severas, debidas tan solo á la iniquidad. La concupiscencia tiene tres ramos principales, el amor de los bienes sensibles, el orgullo y la voluptuosidad; todas tres son castigadas y espiadas en esta carne por un despojo absoluto, por los oprobios de todo genero y los tormentos mas atroces. Asi como la concupiscencia infesta todo el cuerpo sin dejar parte alguna exenta del desorden del pecado, así tambien el patibulo en que Jesucristo es colocada, pone todo su sagrado cuerpo en un horrible tormento, y no deja parte alguna de él que no le haga sentir un dolor particular. Sus ojos no encuentran mas que objetos de compasion ó de horror; sus oidos no oyen otra cosa que insultos ó blasfemias; su frente es atravesada por las espinas; su len-

gua atormentada por la hiel; su cuerpo suspendido y asegurado con enormes clavos. La cruz en que están estendidos violentamente sus sagrados miembros, disloca los huesos, dilata los músculos, rompe los nervios, y desgarró y destroza tambien las entrañas. Ni aun las partes mas internas, ni aun la médula de los huesos está exenta de tormento. Jesus no experimenta otra cosa que dolor, dolor el mas agudo y el mas refinado, dolor universal que le rodea y le penetra por todas partes, que le desgarró, le atormenta y le consume; y que le hace en fin el hombre de dolores, porque quiso recibir la forma del hombre de pecado.

Qué estado tan violento, qué situacion tan cruel para la humanidad santa del Salvador! Con mucha razon nos decia por boca de un profeta: O vosotros todos los que me veis clavado en esta cruz, contemplad lo que sufro, y podreis decir despues si hubo jamás entre los hombres uno que fuese tratado con tanta crueldad, y si hay un dolor que pueda compararse al mio!

Observemos tambien que Jesucristo sufre todo esto en presencia de Maria; y que no solo vé ella, sino que calcula y penetra el exceso incomprendible de tantos padecimientos. Asi como ella es la persona que se encuentra mas próxima á la cruz, así tambien es la criatura á quien esta cruz atormenta y aflige mas cruelmente.

Misterio profundo de la sabiduria y de la justicia divina en el orden de la gracia! Los tormentos de Maria están en proporcion de su dignidad, de su virtud y de sus privilegios. Llena de gracias y Madre de Dios, escode en dignidad, á todo lo que no es Dios. Ella se halla colocada, por decirlo así, en los limites de la creacion; ella ha agotado todos los privilegios que una pura criatura es capaz de recibir; mas allá de ella no hay mas que lo infinito y lo increado. Ella es, dice S. Agustin, la obra maestra del poder divino,

superior á ella no hay mas que el que la formó. Estas es precisamente, dice S. Amadeo, la medida de sus padecimientos. Así como no hay criatura alguna que, por el esplendor de sus privilegios y el mérito de sus virtudes, se haya aproximado mas al Dios hecho hombre, ninguna tampoco se aproximó mas á él por la multitud de los tormentos y la intensidad de los padecimientos.

No hay tormento alguno, no hay dolor ni padecimiento que pueda compararse á los tormentos, á los dolores y á los padecimientos de Jesucristo. De la misma manera jamás hubo en el mundo, añade el mismo Padre, una pasión que pueda compararse ni aun remotamente á la pasión de Maria, exceptuando la de su Hijo. Con mucha justicia esclamaba el profeta en su inspiración: O virgen incomparable! ó hija desolada de Sion! á quien podré comparar la inmensidad del dolor que ha quebrantado y destrozado vuestro corazón, sino á un mar inmenso y sin límites!

Ay! en Maria todo es misterio profundo, misterio impenetrable. Su concepción inmaculada es un misterio, su virginidad purísima es un misterio, la abundancia de gracia es en ella un misterio y su dignidad eminente de Madre de Dios es un misterio. Así pues, concluye S. Amadeo, el dolor de su corazón al pie de la cruz es también un misterio inexplicable é incomprendible. San Bernardino de Sena vá todavía mas lejos, pues asegura que ninguna inteligencia humana ni aun angélica ha podido jamás comprender ni explicar la violencia de la pasión de Maria; pero que como ella la dividió con Jesucristo, Jesucristo es el único que la comprendió, y que así como sola la Madre penetó, en cuanto era posible á una criatura, los padecimientos de su Hijo, así también este mismo Hijo es el único que comprendió los padecimientos de su madre, y conoció toda su intensidad.

Procuremos sin embargo formar una idea de la grandeza de su amor, porque su dolor en la pasión de Jesús fué proporcionado á su amor á Jesús; y la vehemencia de este amor fué, dice el mismo Padre, la materia que sirvió de pávulo á sus sufrimientos. Si pues el amor fué la medida de su dolor; examinemos, como dice Cornelio de la Piedra, cuánto fué lo que ella amó, á fin de poder deducir cuánto fué lo que sufrió.

Es cierto en primer lugar que la sensibilidad y el afecto está en la mujer en proporción de la delicadeza de su complexión y de la pureza de su corazón; esta es la razón por qué las personas delicadas, las mugeres puras, y sobre todo las vírgenes, tienen un temple de alma de una sensibilidad y de una amabilidad exquisita; ellas aman con un ardor vehemente y una ternura indecible. Y bien, jamás hubo complexión alguna mas delicada, mas graciosa ni mas noble que la de Maria, la criatura mas perfecta de todas las que, exceptuando la humanidad santísima de Jesucristo, han salido de la mano creadora de Dios, en quien la delicadeza de las facciones, la perfección de las formas y la elección de los órganos, lo mismo que la dulzura exquisita de sus sentimientos, no solo no fueron alteradas por el pecado original, sino que fueron embellecidas y perfeccionadas por los atractivos de la gracia, y por toda la riqueza de los dones celestiales de que fué colmada por la mano de Dios, desde el momento de su concepción. Qué pureza pues, qué candor, qué belleza podría igualar á la suya que eclipsa con su esplendor la pureza misma de los ángeles y que atrae sobre sí las miradas y las complacencias de Dios! Espejo purísimo de la integridad virginal, que ningún aliento profano empañó jamás! Carne inmaculada, siempre bella, siempre pura! Vos sois la que con vuestro candor agradasteis de tal modo al Verbo eterno, que quiso arraigarse en vos y vestirse en vos de una forma humana! Paloma de Dios,

amiga de Dios, hermosa de Dios, lirio purísimo de los valles misteriosos! Vos sois la que hicisteis germinar en vuestro seno la flor de Nazaret que se recrea entre los lirios de vuestra virginal pureza; y que cuando le concebisteis, os hizo en cierto modo mas pura, mas candida y mas virgen que os encontró. Por consiguiente si jamás hubo una virgen mas pura ni mas bella que María, jamás hubo tampoco un corazón mas dulce, un alma mas tierna, mas sensible, mas afectuosa, ni mas amante que la suya. Y si ella fué la mas perfecta de todas las vírgenes; tambien fué la mas abrasada de amor; y por lo mismo fué, dice S. Lorenzo Justiniano, la mas desolada y la mas afligida de todas las madres.

Ademas, María habia concebido sin concurso alguno humano; y habiendo suministrado su sangre purísima la materia de que el Espíritu Santo formó la humanidad santa de Jesucristo, la carne de Jesucristo era misma carne de María. Por esta razon María, como dice Cornelio de la Piedra, fué mas Madre de Jesucristo que las otras madres lo son de sus hijos. María fué en cierto modo su padre y su madre á un tiempo mismo, supuesto que el Verbo eterno recibió de ella sola la sustancia que los demas hijos reciben de su padre y de su madre. María por consiguiente, añade el mismo autor, ama mucho mas á Jesucristo que la madres mas tiernas han amado y amarán á sus hijos; el amor que para los otros hijos se encuentra dividido entre el padre y la madre, se encuentra unido en María; y así como ella desempeñó para con Jesucristo el ministerio de padre y de madre, ella tiene tambien respecto á él el amor de padre y de madre. Considerad tambien, dice S. Amadeo, que las otras madres conciben sin saber el sexo ni las cualidades futuras de sus hijos. Ellas conciben sin reflexion y como por casualidad: ellas se ven obligadas á decir lo que la ma-

dre de los Macabeos decia á sus hijos: Yo no sé de qué manera aparecisteis en mi seno; vosotros fuisteis formados en él sin que yo lo supiese ó tuviese conocimiento alguno de ello. María por el contrario, antes de concebir en su seno purísimo al Verbo eterno de Dios, supo por el Angel quien era el que iba á concebir, es decir el Hijo unigénito del Padre, el mismo Hijo de Dios; y sobre esto le pidió su consentimiento. Por consiguiente este fué un hijo á quien ella habia conocido, á quien habia querido y á quien habia elegido antes de verle, y por lo mismo lo amaba mas que todas las madres aman á sus hijos. Si pues no hubo jamás hijo alguno concebido del modo que lo fué Jesucristo, prosigue San Lorenzo Justiniano, si jamás hubo una madre que engendrase de la manera que María, jamás hubo tampoco un amor mas grande ni un dolor mas intenso. San Buenaventura dice en términos mas laónicos: Así como jamás hubo en el mundo un hijo mas amado; así tampoco hubo jamás un dolor mas agudo, mas vivo ni mas amargo.

De ahí nace la especie de difidentia en que se encuentran los padres cuando buscan palabras propias para expresar los padecimientos de María. Santo Tomás con su precision teológica se contenta con decir que los dolores de María fueron superiores á todos los que pueden experimentarse en esta vida. Pensamiento profundo en su aparente sencillez; es en efecto como si hubiera dicho, que así como María recibió de Dios todos los privilegios y todas las gracias que una pura criatura puede recibir en esta vida, así tambien sufrió todo lo que una pura criatura es capaz de sufrir en este mundo.

Esta es tambien la opinion de S. Amadeo que afirma que, así como la cantidad reunida de todos los hombres virtuosos no igualaria á la cantidad sola de María; así tambien todos los dolores y todos los padecimientos

reunidos de todos los hombres afligidos, y desconciados no igualarian á su dolorosa pasion.

Finalmente, de todo lo dicho deduce S. Bernardina de Sena una consecuencia que á primera vista puede parecer una piadosa exageracion, pero que en el fondo es de una rigurosa verdad, refiriéndola á la inmensidad de los dolores del hijo y á la inmensidad del amor que hace á su madre partícipe de ellos; dice pues que si los dolores que Maria sufrió en el Calvario se repartiesen entre todas las criaturas sensibles, ninguna podria sostener una sola porcion de ellos sin morir.

Y si este mar de amargura, encerrado en su tierno corazon, le dejó la vida, siendo así que dividido entre todas las criaturas seria mas que suficiente para castigarles la muerte en el acto; esto no sucedió ni pudo suceder sin un grande y estupendo milagro. La pasion de Maria fué toda interior; ella fué del carácter y de la naturaleza de la que puso á Jesus en agonía y le hizo sudar sangre en el huerto de las Olivas. Aquel espíritu de fuerza sobrenatural que sostuvo la vida del Hijo y le hizo no sucumbir bajo el peso de su profunda tristeza, capaz por sí sola de dar la muerte: aquel mismo espíritu conserva la vida á Maria en el Calvario y le libra de sucumbir bajo el peso de sus mortales angustias. ¡V, cosa admirable! El mismo Dios por quien ella sufre, la sostiene en su dolor, por él sufre ella sus tormentos y en sus tormentos no vive mas que por él.

Mas, no debemos admirarnos del rigor inaudito e incomprensible de los tormentos que Jesucristo y su Madre santísima sufrieron en el Calvario; si consideramos la malicia inaudita e incomprensible de Adán, Eva en el paraíso terrenal. Lo mismo en sus cuerpos que en sus almas, todo obedecia á la concupiscencia; por consiguiente en el alma y en el cuerpo de Jesucristo y de su Madre todo debia ser inmolado á la caridad. En aquellos todo fué sensualidad de la carne y pasion

versidad del corazon; en estos todo debia ser un tormento terrible para el alma y para el cuerpo. En aquellos el desorden del pecado fué inmenso; en estos la pena debia ser inmensa, lo mismo que la satisfaccion que dieron por la culpa. Y así como Eva por su infidelidad se hizo en Adán y con Adán la reina de los apóstatas, así tambien Maria por el rigor de sus padecimientos se hizo en Jesucristo y con Jesucristo la Reina de los Mártires. Es necesario ver tambien con cuánta razon y justicia conviene este título á Maria por todo lo que sufrió por nosotros en el Calvario.

La Escritura dice del antiguo Salomon que despues de haberse sentado en su trono; hizo colocar otro junto al suyo, ó hizo sentar en él á su derecha á Betsabé su madre. Esta es una figura de lo que el verdadero Salomon; el rey pacífico hizo en el Gólgota. La Cruz es, segun la profecía de David, el trono verdadero, desde el que principió Jesucristo á conquistar al mundo y á reinar en él. Las espigas son su corona, los clavos su cetro, la sangre de que está cubierto su cuerpo, que es todo una pura llaga, la vestidura y el manto real que le sirven de adorno. Tales son las estrañas insignias de soberania que recibió de la perversa Sinagoga, su madre desnaturalizada, enemigo de las ignominias y de los tormentos; estas son sin embargo las insignias de su verdadera magestad, de su verdadera gloria y de su verdadera grandeza, y el día en que se adornó con ellas fué tan precioso para su corazon como penoso para su carne santísima. Este es el día por el que suspiró su tierno corazon con una impaciencia indecible; este día es para él el de una alegría indecible; porque en él celebra sus nupcias misteriosas con la Iglesia. Tales son al menos las palabras con que se habla de él en el Libro de los Cantares. Mas en un día tan solemne y tan glorioso para él, no quiso sentarse sin su Madre en el trono de sus tribunales. El quiso que ella fuese co-

locada tambien á su derecha y que dividiese con él su honor y su dolor.

Cuán grande y cuán sublime es este espectáculo á los ojos de la fé, que son los únicos que pueden apreciarlo! Adán y Eva pierden al pie del árbol de la ciencia el imperio que Dios les habia dado: sobre todos los aires; y Jesucristo y Maria reciben la investidura de él en el árbol de la cruz! Adán y Eva, por haber deseado revestirse de la gloria misma de Dios, son despojados de su vestidura real de inocencia; Jesus y Maria, por haber renunciado á la grandeza exterior que se les debia como al Hijo y á la Madre de Dios, son revestidos de gloria y de grandeza. Gloria adquirida por la ignominia! Grandeza, fruto de dolor! El Rey de los Mártires hace resplandecer tambien sobre la Reina su Madre los rayos de su misteriosa magestad, colocada en el escudo de sus oprobios y de sus padecimientos. Ella los divide con él. Ella permanece inmóvil á su derecha, revestida de la esdrújula que desde el corazón de su Hijo se comunica al alma de Maria, y la adorna con la misteriosa variedad de sus tormentos, y de sus angustias. (Véase la nota veintiocho.)

CAPÍTULO XIII.

El martirio de esta magestosa Reina no es sangriento, como el del Rey; su cruz tampoco es visible; pero deberemos creer por esto que son para ella menos sensibles y menos dolorosos? Es necesario recordar aquí, dice á propósito del asunto que nos ocupa S. Amadeo, que hay dos especies de martirio; uno público y otro privado; uno manifiesto, y otro invisible; uno corpora y otro espiritual. Los apóstoles y los mártires sufrieron en su carne; otros han sufrido en su espíritu y en

aquellos que han experimentado en el fondo de su alma cierta cosa mas sensible aún que los padecimientos corporales. Tal fué el martirio de Abraham, mientras se preparaba á inmolarse, según la orden que habia recibido de Dios, lo que mas amaba en el mundo, su hijo Isaac; y este gran patriarca, cuando se disponia para dar muerte á un hijo á quien amaba mas que á su propia vida, sufrió un martirio mucho mas doloroso que cualquier tormento que hubiera podido sufrir en su cuerpo.

El martirio de Maria al pie del santo árbol de la cruz fué precisamente de este género, es decir todo espiritual ó interior. Ella bebió allí á grandes tragos el cáliz de la amargura; ella dividió con su Hijo su pasión y su muerte; sacada y embriagada de un torrente de dolores, sufrió unas angustias; tales como jamás las ha sufrido nadie, y á las que no pueden compararse ninguna otra. Los mártires, dice Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo; Maria sufre y muere con él. Ella es la única que puede decir que dividió los sufrimientos con su Hijo, que dividió con él su martirio, y que su corazón fué desgarrado por el mismo dolor que él sufrió. Y mientras que los otros mártires fueron bañados en su propia sangre, que era una sangre humana, Maria fué regada con la sangre de su Hijo, que es una sangre divina. Las espadas, las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de Maria fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la cruz, insultado y espirando en un océano de oprobios y de dolores.

Cuanto mas amaban á Jesucristo los mártires, menos sentian el horror de los tormentos, cuyo término debia unirles á Jesucristo y ponerles en posesion de él. El amor divino que llenaba sus corazones les hacia mirar como las delicias de un agradable banquete los tormen-

tos atroces de sus cuerpos, como se expresaban S. Marcos y S. Marcellino: María por el contrario sufre tanta mas al ver sufrir á Jesus; quanto es mayor su amor; y su martirio es tanto más duro, quanto que debe terminar para ella con separarla de la vista y de la compañía de Jesus. El hijo que padece es el mismo Dios á quien ella adora; y la grandeza de su amor, lejos de mitigar su dolor, como observa S. Bernardo, no hace mas que aumentarlo, irritarlo y hacerlo mas vivo y mas intenso. Qué importa que se le perdone á ella, si vé espirar en medio de atroces tormentos á un Dios que es su Hijo! Ella le ama incomparablemente mas que á sí misma. No puede por consiguiente comprenderse, no puede expresarse, dice S. Anselmo; el rigor de su martirio; porque ella fué mucho más dolorosamente martirizada por la muerte de su Hijo, que por la muerte que ella misma hubiera podido sufrir por él.

Está escrito de David que habiendo oido la funesta noticia de la muerte de su hijo Absalon, se abandonó á una tristeza profunda, y que, llorando amargamente, hizo resonar por mucho tiempo los salones de su palacio con los acentos de su dolor, no cesando de repetir: O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio! Por qué no te muerto yo en tu lugar? Por qué me he librado yo de la muerte mientras tú la recibías? O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio!

Pues bien, si David deseaba morir en lugar de su hijo, de aquel hijo ingrato y rebelde que había atentado contra la corona y contra la vida de su padre, con cuánto mas ardor no deseará María recibir la muerte en lugar de su Hijo, de ese Hijo santo, inocente, fiel y lleno de amor, de ese Hijo que tiene el mismo Dios por Padre, y que el mismo es Dios! En el exceso de su justo dolor repetirá ella arrebatada por un deseo mucho más ardiente: O Jesus Hijo mio! Hijo santo, Hijo inocente, divino Jesus mio! Supuesto que se necesitaba una

victima, por qué no me ha sido dado serlo yo? Por qué no he sido yo crucificada en tu lugar? Por qué no te han perdonado á tí, y me han dado á mí la muerte! O hijo mio Jesus, ó Jesus mi amado Hijo.

No deben causarnos sorpresa los pensamientos entusiásticos de que se valen los santos Padres, cuando quieren hablar del rigor del martirio de la tierna Madre. S. Basilio nos dice en efecto que María escudó tanto á todos los Mártires en la vehemencia de sus padecimientos, quanto el sol escude á las demas planetas en la abundancia de su luz. S. Gerónimo, por la misma que el martirio de María fué interior y oculto en el fondo de su dulce alma, dice que ella debe ser considerada como mas que mártir, porque un mártir, como ya hemos dicho, tiene la alegría en su corazón, mientras que su cuerpo está en los tormentos; y María, cuyo cuerpo se libra de los tormentos, tiene el corazón atormentado y desgarrado. S. Ildelfonso sostiene que si se reunieran todos los tormentos que los mártires han sufrido, podría representarse un martirio horrible y espantoso; pero que esta martirio no daría ni aun una pequeña idea del de María. Finalmente S. Anselmo asegura que no solo se deben considerar como pequeños, sino que se deben contar por nada todos los padecimientos de los mártires, en comparación de los padecimientos de María.

No puede por consiguiente imaginarse una cosa más grande que la violencia de los tormentos de que fué víctima el tierno corazón de María. Mas no, no nos engañamos, dice S. Amadeo; sobre los padecimientos de María, hay todavía una cosa más grande y más admirable, y es la fortaleza con que los sufrió. Caliz misterioso de aflicciones, mas amargo que la muerte! Sin embargo María lo acerca á sus labios con una fortaleza invencible y lo bebe hasta las heces. Una mujer sostenida por la gracia pudo sufrir sola los todos

los hombres unidos no hubieran podido sufrir; ella triunfó de la flaqueza de su sexo. La mujer venció al hombre; y se elevó por su valor sobre la humanidad entera, así como su dolor fué superior á todo cuanto la humanidad puede sufrir.

La Historia Sagrada nos ofrece en la valiente madre de los Macabeos una figura y una profecía al mismo tiempo de la fortaleza milagrosa y sobrenatural de la Madre de Dios. Ella vé con sus propios ojos á sus siete hijos á quienes amaba tiernamente y aun más que á sí misma, sufrir uno después de otro los tormentos más crules y la muerte más atroiz; porque les cortaron las extremidades de los pies y de las manos; les cortaron la lengua, les arrancaron cruelmente la piel de la cabeza con los cabellos; les tostaron el cuerpo en calderas ardiendo; y así mutilados, acubaron en el fuego y entregaron su espíritu en medio de los tormentos más crules. Ni la Historia Sagrada ni la profecía ofrecen un ejemplo igual de barbarie. Jamás los ojos de una madre fueron afligidos por un espectáculo más cruel; jamás el corazón de una madre fué traspasado por un dolor más vivo. No debe pues llamarse á esta mujer magnánima, dice S. Agustín, mártir una sola vez; pues que en seguida de sus hijos confesó ella misma la religión y la ley de Dios en medio de los tormentos, y coronó una vida santa con un martirio glorioso; sino que se debe llamar siete veces mártir, porque el martirio de cada uno de sus amados hijos fué para ella un martirio nuevo y distinto. Como cita los amaba á todos, fué atormentada en cada uno de ellos antes de serlo en su propia persona. Todos sus dolores, todos sus tormentos se le hicieron personales, y el amor maternal repetía cada vez en su corazón la horrible canchicria que veía hacer en cada uno de sus hijos. Mujer admirable sobre toda expresión, como dice el testo sagrado: Madre verdaderamente extrao-

dinaria, heroica y digna del homenaje y de la veneración de todas las almas generosas y piadosas, que tuvo el valor y la fortaleza de ver con ojos enjutos, con rostro sereno y con el alma, no solo tranquila sino alegre, la matanza cruel de sus siete hijos en un mismo día. Y bien lejos de quejarse al ver á sus hijos privados de la vida uno despues de otro, del modo más bárbaro, su espíritu se recogijaba; hecha superior á sí misma, llena de una sabiduría divina y de una fuerza celestial, y manifestando sentimientos nobles y un vigor enérgico, exhorta á cada uno de ellos con una atención especial á sufrir religiosamente y á morir con valor. Ved con cuanta ternura y con cuanta fuerza se dirige su maternal elocuencia al más jóven, al más débil de sus hijos; ved como le ruga y le conjura, le insta y le persuade: Hijo mio, le dice, amado y tierno Hijo mio, ten piedad de esta viuda tu madre! Acuérdate, hijo mio de que te he llevado en mi seno, de que te he alimentado con mi leche; acuérdate de los cuidados y de las penas que me ha costado criarle y hacerte llegar á la edad que tienes. Mas, qué quiere, qué pide esta madre desolada con una súplica tan tierna? Es quizá que este último hijo le evite el dolor de verle morir, rindiéndose á las sacrilegas sugerencias del tirano? El tirano lo cree así y se atreve á lisonjearle de ello, y por esta causa recurre á la mediación de la madre, para hacer caer al hijo en la apostasia.

Mas esta madre heroica teme mucho más por la fé de este último hijo que le queda, que por su vida; ella teme más la apostasia que puede corromper la inocencia de su alma, que los tormentos que van á desgarrar su delicado cuerpo. En ella está la Religión más alarmada que la naturaleza. Lo que ella teme no es el furor del tirano, sino la flaqueza de la edad de este hijo que podría hacerle vacilar; por esta razon le invita con lagrimas y con las expresiones de un amor tan tier-

no á seguir el ejemplo de sus generosas hermanas, y á morir mártir, antes que vivir impio; á temer á Dios, y á despreciar los verdugos.

Pero, dónde ha adquirido esta generosa madre la grandeza de alma? Quién ha podido inspirar á una muger, á una madre un valor tan extraordinario? La esperanza firme é incontestable, dice la Escritura, que ella había puesto en Dios de los felices resultados que estas palabras habían de producir, no solo en su hijo, que eran las vestimas, sino tambien en todo el pueblo que recogeria el fruto de ellas. Por esta causa el último de sus hijos decia al morir: Yo muero gustoso para hacer á Dios propicio á mi pueblo. Yo estoy cierto de que mi muerte y la de mis hermanos tendra una fuerza de espacion en presencia del Dios todopoderoso: Nosotros somos unos victimas por las que sea satisfecho y apaciguado su justo furor contra nuestra nacion.

Y quién no vé en este ejemplo de sublime fortaleza de generosidad extraordinaria y de una piedad profunda, dado por la invencible madre de los Macabeos, la figura sensible de un valor mucho mas noble, de una generosidad todavia mas extraordinaria y de una piedad mucho mas perfecta, cuyo ejemplo dió la Madre de Jesucristo en el Calvario? Es cierto que la primera y á sus siete hijos inmolados en su presencia, y que María no vé mas que á uno solo; pero este Hijo único de María, no solo vale mas que los siete Macabeos, sino que vale infinitamente mas que todos los hijos de los hombres reunidos, supuesto que es tambien Hijo de Dios. María pues le tenia un amor mayor que el amor réunido de todas las madres á sus hijos; por consiguiente, como ya le hemos hecho notar segun la doctrina de los Padres, su corazon fué mas dolorosamente atormentado por la vista del suplicio cruel de su Hijo único, que el corazon de todas las madres que han sido

espectadoras de los padecimientos y de la muerte de sus hijos. Si la madre de los Macabeos es siete veces mártir, porque vió morir á sus siete hijos, María es infinitas veces mártir, porque vió morir á un Hijo que vale tanto como una infinitad de hijos.

Por lo demas, la figura tiene puntos de semejanza bastante claros con el objeto figurado. El dolor se renovó siete veces en el alma de la madre de los Macabeos, por causa de sus siete hijos; y el dolor se renovó otras siete veces de una manera especial en el alma de María por causa de Jesucristo su Hijo único; y si la primera fué martirizada siete veces, la segunda fué atravesada otras siete veces por la espada del dolor. La madre de los Macabeos piensa menos en la cruel catástrofe que la priva de todos sus hijos á la vez, que en la indignidad de Dios, provocada por las prevaricaciones de Israel, y que va á ser apaciguada, satisfecha y alejada de su nacion por el sacrificio de esta santa y generosa familia; y el pensamiento de la salvacion de su pueblo le hace sufrir este espectáculo con tanta tranquilidad. María piensa menos en el acontecimiento doloroso que la priva de su Hijo único, como observa S. Ambrosio, que en la cólera de Dios, inflamada por las prevaricaciones de los hombres, y que va á ser aplacada por la inmolacion de su Hijo; este pensamiento de la redencion del mundo le hace sufrir con tanto valor la vista de las llagas de Jesucristo. La madre de los Macabeos, lejos de quejarse de ver que sus hijos están destinados á ser de victimas espatorias para un objeto tan noble, desea ardientemente, y llama con la mayor alegría el momento en que ha de consumir esta grande espacion con el sacrificio de su propia vida; ella se adelanta al furor del tirano y lo provoca; ella no está satisfecha hasta tanto que sea sacrificada tambien como sus hijos. María, dice S. Ambrosio, lejos de quejarse de ver que su Hijo, la santidad y la inocencia, misma,

es sacrificado por un mundo culpable, quisiera tambien sacrificarse ella misma con él; por esta razon, dice el mismo S. Ambrosio, procura excitar contra si la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor. Finalmente la madre de los Macabeos, dice San Agustin, se hace mas fecunda al entregar sus hijos á la muerte, que cuando les dió la vida, porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que confirma en la verdadera Religion con el ejemplo de su heroica virtud. Maria igualmente se hace una madre mas fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor, que cuando lo concibió con alegria; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en él y con él, se hace madre de todos los cristianos. Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! Herida de su tierno corazón verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazón por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el arca de salvacion de los hijos de los hombres. (Véase la nota reintinuere.)

CAPITULO XIV.

DOS cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en Eden, el pecado que Adán cometió, y el castigo en que por él incurrió; la culpa y la pena.

Materialmente no hubo mas que un pecado; pero moralmente, este pecado fué completo; fué un semillero de pecados; porque de parte del hombre hubo rebelion manifesta, y desobediencia al precepto de Dios.

hubo orgullo, y orgullo diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo incredulidad, en otorgar su confianza al demonio que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios que amenazaba con la muerte; hubo impiedad, en creer que Dios menta, y que solo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adán, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo finalmente un pecado de sensualidad, al preferir satisfacer la vista y el paladar, mas bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el castigo. Los dos culpables, Adán y Eva fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte todavía mas funesta del alma, en la enemistad de Dios y en la condenacion eterna.

Peró ademas de estos castigos que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra, que se habia hecho por su pecado maldita ó ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores. La muger fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor. ®

El hijo de Dios, el Adán verdadero, el nuevo Adán, habiéndose colocado, por un exceso de misericordia en el lugar del primer Adán, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso no solo espisar la culpa, sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para espisar el pecado, se hace obediente, se humilla

y sufre toda clase de dolores, porque Adán había desobedecido, se había llenado de orgullo y se había abandonado á la gula y á la sensualidad; y para hacerse todavía mas semejante á aquel cuyo lugar ocupaba, se pone voluntariamente á cultivar, en el orden de la salvacion, una tierra ingrata, es decir la Sinagoga, que corresponde á los esfuerzos de su amor y de su celo con una esterilidad espantosa; que en vez de los frutos que tenia derecho á esperar de ella, no le produce otra cosa, como él mismo se queja por sus profetas, que persecuciones y amarguras, cruces y espinas. Finalmente el quiere á fuerza de trabajo, de fatigas y de sudores adquirir su pan, es decir la conversion de las almas, que él llamaba el alimento agradable á su corazon, la obra de Dios por excelencia.

Pero ya hemos visto que aunque Jesucristo, por la sola excelencia y la dignidad de su sacrificio, espío los pecados del mundo, quiere sin embargo que Maria se asocie á este sacrificio expiatorio, á fin de que participe de la redencion en el Calvario, como Eva habia participado del pecado en el paraíso terrenal. El quiere, no solo que tome parte por su humildad, su piedad, su obediencia y sus dolores en la espacion de su culpa sino que tambien sufra la pena. Y como ademas de la pena comun á los culpables, tomó tambien Jesucristo la pena particular impuesta á Adán como hombre, quiere tambien que Maria tome sobre si y experimente la pena impuesta á Eva como muger. Ved aquí por qué la madre de Dios, que á nadie reconoce superior á sí, excepto á Dios que es su Hijo, se sometió á su santo Esposo que no era mas que un puro hombre, y estuvo sujeta á él de la manera mas humilde y mas perfecta, y ademas de esto se sometió á la pena de dar al mundo hijos en su dolor.

El apóstol S. Juan en su apocalipsis habla del privilegio singular de una muger misteriosa rodeada del re-

plendor y de la gloria del sol, cuya cabeza estaba adornada con una corona de doce estrellas, y que colocando sus pies sobre la luna, lanzaba gritos lastimeros, y sufría horribles tormentos, para dar á luz el fruto que llevaba en su seno.

Pues bien, S. Agustin afirma que esta muger extraordinaria es Maria, que Maria fué verdaderamente revestida del esplendor del sol de justicia que tomó en ella la carne humana y reposó en su seno; que él adornó su cabeza con la corona de estrellas de los divinos privilegios con que la enriqueció; y que ella huella con sus pies inocentes las grandezas del mundo. Pero, cómo puede decirse tambien de Maria que parió en los sufrimientos y en el dolor, cuando la doctrina de la Iglesia y de los Padres respecto al parto milagroso de Maria es que fué exenta de la maldicion fulminada contra Eva, como lo fué de su pecado, es decir que parió sin dolor? Ojamos sobre este particular un pasaje elocuente y sublime del Santo Obispo Amadeo: Maria, dice, parió á Jesucristo sin detrimento alguno de su virginidad, así como lo concibió sin detrimento de su pudor. Ella permaneció intacta al darle á luz, así como habia quedado pura al recibirle. Y así como su concepcion habia sido sin pecado, su parto fué tambien sin dolor; no habiendo causado en ella el parto alteracion alguna, así como la concepcion tampoco le habia dejado ninguna mancha. Si (lo que no se puede pensar sin hacerse culpable) ella hubiera concebido con una satisfacion carnal, no hubiera podido evitar el parto con dolor. De ahí nace que hasta el presente las infortunadas hijas de Eva paren en el dolor; y el fruto que una ignominiosa satisfacion hace germinar en su seno, no llega á su madurez sino con una amargura mayor, y con los dolores mas agudos. O bella y noble prerogativa de Maria! continúa el San-

to Obispo: ella no experimenta tormento alguno en su carne virginal, porque no sintió ninguna satisfacción. Despues de haber concebido á su Hijo, permanece Virgen, y despues de haberle dado á luz, queda mas pura. Todo fué divino en este parto inefable; el hijo que nació fué divino; la mano que lo recibió en su nacimiento fué divina, y esto sin perjuicio de la que lo dió á luz.

Ved aquí pues, prosigue el mismo Padre, en lo que se diferencia el parto precioso de Maria de el parto de Eva: Eva parió en la corrupcion y Maria en la pureza; Eva parió en la miseria, y Maria en la santidad; Eva parió en la vejez fué exenta de la maldicion que pesa sobre las demás mugeres, cuando dan á luz sus hijos en medio de padecimientos crueles y de gritos arrancados por el dolor; si Maria parió á su Hijo sin dolor, así como lo habia concebido sin mezcla alguna de concupiscencia; cómo nos la representa el discípulo amado y nos la manifiesta bajo la figura de una madre, víctima de todos los dolores y de todos los padecimientos de un parto difícil y laborioso?

Para resolver esta dificultad, recordemos que Jesucristo es llamado en la Escritura el primogénito de una familia compuesta de muchos hijos. Pues bien, si es de fé que Maria no concibió ni parió segun la carne mas que un solo hijo que es Jesucristo; es necesario

que pariese otros hijos segun el espíritu, y estos hijos son los cristianos.

Ved aquí pues en Maria dos generaciones y dos partos; el uno corporal, y el otro espiritual; el uno en Belén, y el otro en el Calvario; el uno de su carne purísima, y el otro de su tierno corazón; el uno segun la naturaleza, y el otro segun el amor; el uno que es santo, porque fué el del mismo Hijo de Dios y el otro peccador, porque son los hijos de los hombres.

En el primero de estos dos partos imitó Maria en la tierra la generacion del Padre Eterno en los cielos, porque engendró de su sola sustancia y sin padre al mismo Verbo divino que el Padre engendra tambien sin madre y de su sola sustancia. Al dar á luz al mismo Hijo de Dios, lo hizo con la misma condicion, es decir, sin sufrimientos, sin pena y sin dolor. Mas en su segundo parto, engendrando Maria hombres peccadores, renueva la generacion de Eva, que no dá á luz mas que hombres peccadores. Así pues, en esta segunda generacion no dá á luz Maria mas hijos que los mismos de Eva; por consiguiente no los pare sino con la misma condicion, es decir que así como Eva no dá á luz los hombres peccadores sino en medio de dolores, Maria los pare tambien en el dolor. Cuando S. Juan nos refiere las penas, los sufrimientos y los dolores de Maria, hace alusion á su segundo parto, y no al primero, pues que solo en el segundo fué cuando, desgarrado su corazón por los padecimientos y atravesado por la espada del dolor, lanzó hondas gemidos, arrancados por la tristeza y la compasion.

Jesucristo sufrió en su persona, y esto de una manera tanto mas dolorosa cuanto fué mas espiritual, la pena impuesta al hombre de cultivar una tierra ingrata, y de alimentarse del pan de su trabajo y de sus sudores. Maria igualmente experimentó en si misma, y de una manera tanto mas sensible cuanto era mas espiritual,

la pena impuesta á la muger, de parir en el dolor. La sentencia pronunciada contra Adán, *que la tierra regada con su sudor y cultivada con sus afanes no le producirá mas que abrojos y espinas*, no tuvo su cumplimiento literal sino en Jesucristo, á quien la ingrata Sinagoga, en recompensa de sus milagros y de su celo, no dió otra cosa que hiel amarga y una corona de espinas; la sentencia pronunciada igualmente contra Eva, *que no veria multiplicarse sus hijos, sino para ver multiplicar y redoblar sus dolores*, no se verificó en toda su extensión sino en María, en quien la inmensidad y la violencia de los dolores del parto estuvieron en proporción de la multitud de los hijos de los hombres que dió á luz en el Calvario.

Ved aquí pues á María, dice Juan Damasceno, que al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la pasión de Jesucristo, experimenta los dolores que experimentó al dar á luz su Hijo inocente. Pero esto no es bastante, prosigue S. Bernardo, porque no sab experimentó ella en su parto misterioso del Calvario los dolores que debió sufrir en el de Belén, si hubien partido como las otras madres, sino que el dolor, de que entonces fué dispensada, lo sintió mil veces mas fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvacion. San Bernardino de sena, que es entre todos los doctores el que mas ha examinado y sondeado el mar profundo de las amarguras ó de los dolores en que María se encontraba sumergida al pie de la cruz, añade que en la muerte de Jesucristo adquirió el título de madre de los Cristianos, á costa de sus dolorosas angustias; porque María al darnos á luz á la vida de la gracia, experimentó colectivamente, unidos en un mismo dolor y en un solo parto, todos los dolores, todos las angustias y todos los tormentos que han experimentado y experimentarán todas las madres al parir á la vida natural, sufrimientos y tormentos inauditos

pues que de todas las criaturas animadas, la muger es la que mas sufre en el parto. Y la razon es clara; debiendonos María parir á todos, debió sufrir particularmente por todos.

De todas estas circunstancias se deduce claramente que la antigua Raquel es la figura y la profecía de María. En efecto Raquel es al principio estéril por naturaleza, y María lo es por eleccion y por voto. No obstante su esterilidad natural, Raquel se hace madre; pero esto no es sino por un milagro, pues que solo un milagro podia hacerla fecunda. María igualmente, no obstante su virginidad voluntaria, llega á ser madre, y lo es por el mayor de todos los milagros; porque solo Dios podia hacer que una virgen fuese madre, permaneciendo virgen, y sin concurso humano. El hijo de Raquel es José, el mismo José que entregado y vendido por sus hermanos, se hace despues el salvador de estos mismos hermanos que quieren quitarle la vida, y que por lo mismo es llamado el pastor y la piedra de Israel. El Hijo de María es Jesucristo que, entregado, vendido y crucificado por los hombres, se hace salvador de los hombres, y es llamado por lo mismo el buen Pastor por excelencia, la piedra angular que sostiene el edificio de la salvacion. El Hijo de Raquel valia por sí solo mas que todos los hijos de Lia; porque, qué hubiera sido, no solo de los hijos de Lia, sino de toda la familia de Jacob, sin el hijo de Raquel, que los salvó á todos del hambre y de la muerte? El Hijo de María, solo y pobre, vale mucho mas que todos los hijos de las demas madres, porque, qué seria de todos los hijos de los hombres sin el Hijo de María que los salvó de la esclavitud del pecado y de la muerte? Pero lo que conduce mas á nuestro propósito es que apenas Raquel dió á luz á José, cuando comprendió que este no seria el solo hijo que ella tendria, y que este primer hijo le prometia otro. Por esta razon se llamó José,

que significa *unión* y *acrecentamiento*; despues exclamó ella en un raptó profético: Dios hará de una manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo.

Jesús igualmente es para María la prenda, y la garantía de otro hijo, pues que hablando de su parto, se dijo que había dado á luz su Hijo PRIMOGÉNITO, lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto, Raquel parió despues Benjamin en Betel; y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ¿y qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos, y el de los dos primogénitos de estas dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el mas leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del mas puro gozo; y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los mas santos trasportes de regocijo. Por el contrario, el nacimiento de Benjamin causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se vé reducida á la mas dolerosa agonía. Por esta razon Raquel le llamó *Benoni*; ó *hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo y verdaderamente él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que á la dio. El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazón tormentos inmensos, en el momento en que ella la parió en el Calvario; es por consiguiente el hijo de su dolor, ó sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida. (Véase la nota treinta.)

CAPITULO XV.

CUÁN grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz; y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte; borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurreccion una reforma completa, una creacion nueva y misteriosa del hombre. Nuestra salvacion procede pues de sus enfermedades y de sus tormentos; y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo orden de providencia y de gracia, y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adán y con Adán junto al árbol fatal de la ciencia, todos tambien renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz.

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que derramada sobre la tierra, hace germinar como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores; porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo en el que nuestro viejo hombre es crucificado, espisa el pecado, destruye la condenacion y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad augusta en la que todos los hombres experimentan los efectos de la maldicion, para ser ben-

decidos de nuevo, y mueren, para renacer á una nueva vida; debemos repetir, observar que esta sangre, esta carne, este cuerpo y esta humanidad pertenecen de una manera particular y propia á María. Se pertenecen en primer lugar porque, como dice S. Agustín y el venerable Beda, el verbo divino no tomó su carne humana sino de la carne y de la sangre de María. En segundo lugar, porque la recibió de María sin mezcla alguna de carne extraña. En tercer lugar porque María se la dió voluntariamente, cuando se le pidió su consentimiento para la encarnación, y ella se ofreció con prontitud á suministrar al Verbo de Dios una carne tomada de la suya propia, para que sirviese de víctima en la cruz. María por consiguiente no solo padece con Jesucristo, es crucificada y muere con él, porque el amor hace comunes á la madre, y principalmente á la Madre tal, los padecimientos y la muerte del hijo, y sobre todo de tal Hijo, sino también porque este cuerpo en el que Jesucristo sufre los tormentos y la muerte es todo de María; por esta razón todos los misterios que se realizan en este cuerpo son comunes á los dos.

Es cierto que todo el mérito del sacrificio de la cruz por nuestra salvación procede de que esta carne, verdaderamente humana está sustancialmente unida en Jesucristo á la persona divina del Verbo; y que en ella y por él es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfacción de un valor infinito, digna por lo tanto de Dios.

Pero si en cuanto á la grandeza del mérito, la persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad en la cual se ofrece lo es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien, esta humanidad es el fruto de las entrañas de María; ella la alimentó con su leche; ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y su obediencia;

la generación espiritual que se obra por esta carne divina, se remota por consiguiente hasta Jesucristo y al mismo tiempo hasta María; hasta Jesucristo que ofrece el sacrificio y le dá un valor infinito, y hasta María que fué la que suministró la víctima.

En el paraíso terrenal Adán pecó mas gravemente que Eva; él pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado es pues el que se trasmite á todos los hombres. Mas este pecado que todos cometimos en Adán, que todos recibimos en Adán, lo consumó el primer hombre en una fruta que Eva habia cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su malhadado esposo, persuadiéndole que la comiese, y por lo mismo el pecado de Adán es también el de Eva. Aunque el pecado de Adán sea propiamente el que nos causa la muerte, esta muerte sin embargo procede de la cooperación y de las manos de Eva. Ved aquí por qué Jesucristo padece en el Calvario mas que María; y como él padeció en cualidad de cabeza y de padre de la nueva raza que debía nacer de él, en cualidad de una cabeza y de un padre que es al mismo tiempo Dios, se nos comunica por lo mismo su justicia. Mas esta justicia que hemos obtenido en Jesucristo, y que recibimos de Jesucristo, la mereció el mismo en la carne que María le suministró, le ofreció y le dió voluntariamente. Por esta razón el sacrificio de Jesucristo es también el de María. Y aunque solo Jesucristo sea propiamente el que nos engendró y nos vivifica, sin embargo esta vida nos viene también por la cooperación y por las manos de María.

Mas, qué hace María en el Calvario, en pie é inmóvil junto á la cruz? Ay! ella participa de los sufrimientos y de la generación misteriosa de Jesucristo, en él, y con él, dice S. Bernardo, en la inmensidad de su dolor y en medio de los horrores y de las angustias de la muerte, nos dá á luz para la vida:

Así pues, Adán en el misterio de iniquidad que nos da la muerte, tiene una compañera; y Jesucristo tiene otra compañera en el misterio de gracia que nos vivifica. María no solo está asociada al amor generoso del Padre eterno en su adopción, sino que también lo está a los crueles tormentos del Hijo eterno en su generación. Un pueblo nuevo, un pueblo santificado recibe el ser, no solo del amor del Padre, y de los sufrimientos del Hijo, sino también de los dolores y del amor de la Madre. Este pueblo afortunado tiene en María una verdadera madre para la vida; así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, nacido de la desobediencia de Adán y el orgullo de Eva, tuvo una madre en la persona de Eva, pero una madre para la muerte. Por esta razón las palabras que Dios pronunció contra Eva: *Tu parirás en el dolor*, son a un tiempo mismo, una ley y un misterio, una condenación y una profecía. Desde este instante los padecimientos son una condición, inevitable para ser madre, no solo en el orden de la naturaleza, sino también el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, lo mismo que el consuelo de tener hijos terrenos, no puede adquirirse sino a precio del dolor. La cualidad de madre será inseparable de la de mártir. Eva que no se hace madre de los hijos del hombre si no sufriendo en su cuerpo los dolores más agudos es la figura de María que para ser madre de los hijos de Dios, sufre en su corazón los tormentos más atroces y más intensos.

Entonces fue cuando se cumplió a la letra el prodigio estapendo que el profeta Isaías había anunciado en los términos pomposos que le sugería su admiración: Quién ha visto jamás, quien ha oído referir jamás un acontecimiento tan singular y tan extraordinario: Como es posible que un solo día, un solo parto cubra la tierra, y que todo un pueblo nazca momentáneamente

de un solo parto! Sin embargo así es como Sion ha concebido y dado al mundo sus hijos. Hay más aun: el parto ha precedido a la concepción, y antes de cumplirse el tiempo necesario se la ha visto parir un hombre fuerte y robusto.

Y bien, cuál es esta misteriosa Sion, que de un solo parto engendra y se hace madre de un pueblo entero? Cuál es en este pueblo el que nace de repente, a un tiempo mismo, como sin haber sido concebido, que no conoce infancia ni juventud, y que en el instante mismo en que vé la luz, aparece en toda la fuerza de la edad viril? Es posible no reconocer a María en esta Sion, ni ver en este pueblo, adulto desde su nacimiento, el pueblo cristiano, la Iglesia, que de repente nació en el Calvario, de Jesucristo y de María, y que apenas nacida, hizo la conquista del mundo, y dió pruebas de un rigor y de una fuerza invencible en la persona de sus Apóstoles y de sus Martires?

Tierna y generosa María, hecha fecunda milagrosamente al pie de la cruz! Reconozcamos que, después de Jesucristo debemos a ella nuestro nuevo nacimiento. En el Calvario, donde Jesucristo su primogénito tuvo su tumba, nosotros sus hijos segundos tenemos la cuna. Donde él muere, nosotros nacemos; pero renacemos por ella, porque ella nos concibió allí y nos parió en el dolor, como Jesucristo nos regeneró con su sangre. Los dolores de este parto fueron grandes sin duda; mas el pueblo que ella parió es innumerable.

Debemos deducir de todo esto que la antigua Eva, en lo que dice de ella la Escritura, es el tipo y la verdadera figura de María, así como Adán lo es de Jesucristo; que María es esa Eva misericordiosa para nosotros, porque es esa Eva fiel a Dios, esa Eva santa, esa Eva bendita, esa Eva fecunda por la justicia. Por el nombre mismo, María es la verdadera Eva.

En efecto, el nombre de *Eva*, en el lenguaje origi-

nal de los Hebreos, significa *viciante, vivificante*, ó simplemente *vida*, como traducen los Setenta, haciéndolo derivar de la palabra hebrea *haeo* ó *haca*, y del imperativo *hace*, que significa *vivid ó vivid muchos años*. Esta palabra fué adoptada en su integridad y en el mismo sentido por los Latinos, entre los que la palabra *ergo* es una salutación, un deseo de vida y de felicidad.

Este hermoso nombre de Eva ó de *viciante* ó *madre de los vivientes*, este nombre tan grande, tan noble, y tan glorioso, fué dado á la primera mujer por Adán su esposo despues de la prevaricación de esta mujer infortunada, y despues que en castigo de su pecado habia ella oído de la boca misma de Dios la terrible sentencia que la condenaba, lo mismo que á su esposo y á toda su posteridad, á una muerte inevitable, porque apenas habian acabado el Criador de decir á Adán: *Tú eres mortal, y tú morirás*, cuando volviéndose Adán hacia Eva, le dice: *tú eres la vida*.

Peró, qué extraño contraste se verifica aqui! esta S. Epifanio. Eva por su pecado acaba de morir tanto en el órden corporal como en el órden espirital, sin embargo en estas circunstancias es cuando Adán le da el nombre grande de Eva, es decir de *vida* ó *viciante* Eva por su pecado acaba de causar una resolución espantosa en toda la naturaleza; ella ha traído la muerte, no solamente sobre sí, sino tambien sobre su esposo y sobre toda su posteridad, por consiguiente desde este momento nos da á luz para la muerte; y sin embargo entonces es cuando Adán la llama *madre de todas los vivientes*. Y no es una cosa muy singular que en el momento en que Dios hace resonar en los oídos de Eva la palabra de *muerte*, le dirija Adán un saludo un deseo de *vida*?

Es indudable, dice el mismo Doctor, que al hablar así Adán á la primera Eva, tenia presente la segunda es decir María. A esta segunda Eva fué á quien

dirigió su saludo solemne, misterioso y profético, llamándola *vida* y *madre de todos los vivientes*. Este nombre solo se dió á Eva por enigmas y por figuras, pero literalmente; y en la realidad se dirigió á María.

Tierno y santo misterio de la misericordia divina, misterio admirable de la divina bondad! Apenas el hombre consume su pecado, cuando la clemencia divina le previene y le ofrece el remedio y el perdón! Las palabras que anuncian y prometen la vida se mezclan y se confunden con las que amenazan con la muerte. En el instante mismo en que el hombre cae, y atrae sobre sí y su posteridad todos los anatemas, se abre el porvenir á sus ojos y á su esperanza; y en la mujer que está á su lado, vé Adán la figura de otra mujer semejante á la primera por su sexo y su fecundidad, aunque muy diferente por su santidad y su justicia, que dará la vida á los que la primera engendró para la muerte. Esclarecido con una luz divina el prevaricador, enemigo de Dios, se hace un profeta inspirado por Dios. Desde el paraíso terrenal se traslada en espíritu al Calvario. Desde el árbol funesto de la ciencia se vuelven sus miradas hacia el árbol santo de la cruz. Allí vé por una parte al Adán celestial, al Adán inocente y fiel que se coloca en el lugar del Adán terreno, prevaricador y rebelde, se somete al castigo que este ha merecido, espia su pecado, se sacrifica y sufre la muerte. Por otra parte vé á María asociada á los padecimientos de Jesucristo y que en él y con él engendra los hijos de la nueva alianza; él vé el número de sus hijos, vé su dignidad y su gloria, admira su santa fecundidad, la anuncia y la proclama. En la persona de Eva que concibe en el pecado, que para el sepulcro, que multiplica sus hijos para poblar el infierno, y á la que ningun otro nombre conviene mejor que el de *madre infortunada de los muertos*, saluda desde lejos á María que concibe á los hombres para la

gracia, que los pare para la inmortalidad, que multiplica sus hijos para poblar el cielo, y á la que por consiguiente el nombre de madre afortunada, de madre dichosa de todos los vivientes conviene propia y literalmente.

Mas ved aquí el modo conque los misterios del Calvario son, no solamente anunciados, sino tambien puestos por decirlo así en accion, y representados en el paraíso terrenal cuatro mil años antes que se cumpliesen. Despues que Adan incurrió en la muerte, despues que Eva fué condenada á las molestias y á los dolores del parto; cuando uno y otro principiaban á esperar los efectos funestos de su condenacion respectiva, Adan proclama á Eva *madre de los vivientes*. Pues bien, esto es lo que sucede precisamente en el Calvario. Jesucristo muere allí, en cumplimiento de la sentencia pronunciada contra Adan, y Maria pare en el dolor, cumpliendo la sentencia pronunciada contra Eva; entonces es cuando el verdadero Adan se vuelve hacia la verdadera Eva, la *Madre de todos los verdaderos vivientes*. Porque en el momento en que, designándole á S. Juan, le dice: *MUGER HE AHÍ TU HIJO*, es como le hubiera dicho: *Muger, vé á Juan que está presente?* El es puro, él es santo, él es fiel, él es viviente con la vida de la gracia. Pues bien! Hé ahí precisamente cuáles son los hijos de que te haces madre en este momento: hijos puros, santos, fieles, vivientes. Los clavos que desgarran mi carne, atraviesan tambien tu cotazon, tu alma participa de los sufrimientos de mi cuerpo. Por tu afliccion profunda has entrado conmigo en sociedad de penas y de tormentos, participas tambien conmigo de la recompensa. Tu has sufrido por mí, sé fecunda conmigo. Los hijos que reciben de ser de mí, lo reciben igualmente de ti. Ellos te pertenecen por la misma razon que me pertenecen á mí. Tu los has dado á luz con tu dolor, como yo con mi

llagas y mi sangre. He ahí pues que ya han nacido esos hijos queridos: hé ahí el tipo y el modelo en la persona de Juan; yo soy el Redentor, tu eres la Madre.

La salutación que Adan dirige á Eva, el titulo que le dá de *madre de los vivientes* es pues la prediccion de la maternidad preciosa de Maria, y repetida como por un eco fiel, resuena en el calvario. Allí es en efecto donde el verdadero Adan constituye y declara á Maria Madre, especialmente de aquellos que son fieles como S. Juan, Madre de los hombres purificados con la sangre del Hijo de Dios y vivificados por su muerte, Madre de los verdaderos hijos.

Aunque la exclamacion de Adan, al dirigirse á Eva sea eminentemente misteriosa y profética, y aunque, como ya lo hemos hecho notar con San Epifanio, tenga ella su sentido real y completo en un porvenir lejano, tiene tambien una significacion inmediata y un sentido para el presente. Este sentido, aun cuando sea menos noble y menos importante que el primero, no por eso es menos verdadero; menos legitimo ni menos real. Adan pues al profetizar la maternidad de Maria, quiso tambien proclamar la de Eva; porque si Maria debía ser la verdadera *madre de los vivientes* que nacerian del segundo Adan, del Adan celestial, no es menos cierto que Eva debía ser madre de los vivientes que habian de nacer del primer Adan, del Adan terreno. Y no solo por una vez la llama *Eva*, sino que forma su nombre de esta magnífica palabra, y en adelante no debe ella ser distinguida ni llamada sino por este nombre. Este nombre no es arbitrario y comun, sino propio y particular de ella sola; él está fundado en la cualidad y en la condicion misma de la persona que lo recibe. Es un nombre característico que no conviene mas que á ella; es un nombre que no puede recordar ni pronunciar la persona que lo lleva, sin acordarse de la dignidad de que se halla investida, es decir,

que Adán quiere, no solamente que su esposa se considere á sí misma como la *madre de los vivientes*, sino que sea considerada, reconocida y honrada bajo esta cualidad por todos sus descendientes. Esto fué como si hubiera dicho á su posteridad: Vosotros todos los que nacereis de mí, y me mirareis como vuestro padre, considerad que no descendéis de mí si no por medio de Eva. Ved pues en ella la madre universal, la madre común.

Lo que Adán dijo implícitamente en el paraíso con respecto á Eva, lo dijo Jesucristo explícitamente en el Calvario con relación á María. Después de haber mostrado á María sus hijos en la persona de S. Juan, muestra también á S. Juan ó á sus hijos la persona de su Madre en María.

Cuán clara es y cuán sensible la consonancia y la armonía del lenguaje de uno y otro Adán! El uno designa á Eva como la madre común de todos los hombres que nacerán de él en orden de la naturaleza, y el otro designa á María como la madre común de todos los hombres que habian de nacer de él en el orden de la gracia. Al lado de estos dos padres, que engendran, el uno en el pecado y el otro en la justicia; el uno un pueblo de réprobos, y el otro un pueblo de justos; ved aquí dos mugeres; ved aquí dos madres con las que cada uno de ellos divide la acción generadora de su respectiva descendencia, dividiendo los honores de la paternidad; y sin embargo, los dos dan á sus mugeres el título magnífico de *madre*, y de este título forman su nombre propio, su nombre distintivo y característico, que anuncia toda su dignidad y toda su grandeza; y esta nombre que ellas deben llevar, es tomado de lo que ellas son en sí. Todos los hombres que nacen para la tierra, nacen de Adán por Eva; no hay pues nombre alguno mas adecuado que el de *madre de todos los vivientes*, que se le ha dado. Todos los hombres que

han de nacer para el cielo, nacerán de Jesucristo por María; no hay pues título mas exacto que el de *madre de todos los fieles*, que se le ha dado igualmente.

Estas consideraciones son tan instructivas, como nobles y elevadas. Al manifestar lo que Jesucristo y María hicieron por la salvacion de los demás, publicamos altamente lo que debemos nosotros hacer por la nuestra. Ya hemos visto como se sometió Jesucristo, para salvarnos, á la pena impuesta á Adán, de adquirir el pan cotidiano con el trabajo de sus brazos y el sudor de su frente; y cómo María, para cooperar á esta misma salvacion, se sometió igualmente á la pena impuesta á Eva, de dar á luz sus hijos en el dolor. Este ejemplo nos manifiesta, mejor que cualquiera otra instruccion, la necesidad en que nosotros, hijos de Adán y Eva, estamos de cultivar la tierra ingrata de nuestro corazón para arrancar de ella las malas yerbas, las tristes espinas de las pasiones culpables y de las afecciones profanas de que es tan fecunda; de remover este suelo con aplicación, de regarlo con nuestros sudores, luchando incessantemente con nosotros mismos, velando continuamente sobre nosotros, orando sin cesar para asegurarnos el pan de la gracia, que es la vida del espíritu, y producir, como nos lo advierte el Espíritu Santo, no un alimento defectuoso, sino un alimento sólido y durable, que nos fortifique para la vida eterna. Todo esto nos costará sin duda alguna mucha fatiga, mucho trabajo, muchos padecimientos y tal vez una agonía de sangre; porque la Escritura nos dice que debemos agonizar por nuestra alma; y que alguna vez hay necesidad de luchar con nosotros mismos hasta derramar sangre. Mas el ejemplo de María que nos dió á luz en medio de los dolores mas agudos y de las mas crueles angustias, nos dice que los sufrimientos son una

ley universal para todo parto espiritual, y que, como observa el venerable Beda, todos los que se aplican á concebir espiritualmente y á dar á luz en su propio corazón al verbo divino por medio de la fé, y á conservarle por medio de las obras de virtud, deben sujetarse á la pena de los sufrimientos. Y qué! pudo Jesucristo hacerse el hombre del dolor, pudo María hacerse la Reina de los Mártires, y no he de poder yo participar de esos dolores y de ese martirio para salvarme? Es posible que me tenga yo mismo menos amor que me han tenido ellos, y que me parezca demasiado duro hacer por mí mismo una pequeña parte de lo que Jesucristo y María hicieron por mí? Es posible que mi salvacion, mi inmortalidad y mi felicidad eterna, que tanto costaron á Jesús y á María cuando me adquirieron el derecho á ellas, no deban costarme á mí nada para entrar á poseerlas?

Divinos personajes, que unidos á una misma cruz, fuisteis sumergidos en un mar de aflicciones y de amarguras para darme á luz á la gracia, para regenerarme á la vida! Ah! haced que vuestras penas y vuestros dolores no sean infructuosos para mí! Haced que yo sea de esas almas afortunadas que viven una vida puramente espiritual, y de quienes vos, ó Jesús miñ sois el esposo, y vos, ó tierna María sois la madre! Ah! haced que vuestras lágrimas preciosas y vuestra sangre ablanden mi miserable corazón! Triunfad de su dureza, penetradle del sentimiento de la mas tierna gratitud por el amor tan grande con que le habeis prevenido; animadme de una santa fortaleza, á fin de que me dedique enteramente á trabajar hasta la muerte en la adquisición del alimento divino de la gracia, que no perece con el cuerpo, sino que nos da derecho á la posesion de la vida eterna. (Vase la nota treinta y una.)

FIN.

NOTAS.

CAPITULO I.

Jesús al morir obra las mas grandes maravillas (a): designio de la providencia al conducir á María al pie de la cruz (b) testamento de Jesús Crucificado. (c).

(a) Jesús muere; pero en el momento de su muerte comienza un triunfo y su reinado. Desde lo alto del Calvario, repudia al antiguo pueblo y crea uno nuevo, destrona los falsos Dioses y los Césares, llama al Capitolio á los Apóstoles y á los Pontífices, y su último suspiro llena de terror á la Sinagoga y engendra á la Iglesia.

Jesús muere; pero al morir arroja un gran grito y la naturaleza admirada reconoce la voz de su Señor, el Sol se eclipsa, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, los sepulcros se rompen y la muerte vencida abre sus abismos y suelta sus víctimas.

Jesús muere; pero al morir muere y convierte todo lo que se asocia á su suplicio: es reconocido por Dios por el compañero mismo de su muerte, triunfa de los corazones y su última mirada convierte el corazón de un malvado. &c. Cambaceres. *Sermon de la Pasion de Jesús Crucificado.*

(b) No creais, hermanos míos, que la santa Madre de nuestro Salvador sea llamada al pie de su Cruz solo para asistir al suplicio de su Hijo único, y para rasgar su corazón con este horrible espectáculo. Tiene intentos mas elevados la divina Providencia sobre esta afligida Madre, y debemos hoy entender, que es llevada y puesta en este abandono junto á su hijo; porque es voluntad del Eterno Padre, no solo el que se inmole con esta víctima inocente, y sea clavada á la Cruz del

ley universal para todo parto espiritual, y que, como observa el venerable Beda, todos los que se aplican á concebir espiritualmente y á dar á luz en su propio corazón al verbo divino por medio de la fé, y á conservarle por medio de las obras de virtud, deben sujetarse á la pena de los sufrimientos. Y qué! pudo Jesucristo hacerse el hombre del dolor, pudo María hacerse la Reina de los Mártires, y no he de poder yo participar de esos dolores y de ese martirio para salvarme? Es posible que me tenga yo mismo menos amor que me han tenido ellos, y que me parezca demasiado duro hacer por mí mismo una pequeña parte de lo que Jesucristo y María hicieron por mí? Es posible que mi salvacion, mi inmortalidad y mi felicidad eterna, que tanto costaron á Jesús y á María cuando me adquirieron el derecho á ellas, no deban costarme á mí nada para entrar á poseerlas?

Divinos personajes, que unidos á una misma cruz, fuisteis sumergidos en un mar de aflicciones y de amarguras para darme á luz á la gracia, para regenerarme á la vida! Ah! haced que vuestras penas y vuestros dolores no sean infructuosos para mí! Haced que yo sea de esas almas afortunadas que viven una vida puramente espiritual, y de quienes vos, ó Jesús miñ sois el esposo, y vos, ó tierra María sois la madre! Ah! haced que vuestras lágrimas preciosas y vuestra sangre ablanden mi miserable corazón! Triunfad de su dureza, penetradle del sentimiento de la mas tierna gratitud por el amor tan grande con que le habeis prevenido; animadme de una santa fortaleza, á fin de que me dedique enteramente á trabajar hasta la muerte en la adquisición del alimento divino de la gracia, que no perece con el cuerpo, sino que nos da derecho á la posesion de la vida eterna. (Vase la nota treinta y una.)

FIN.

NOTAS.

CAPITULO I.

Jesús al morir obra las mas grandes maravillas (a): designio de la providencia al conducir á María al pie de la cruz (b) testamento de Jesús Crucificado. (c).

(a) Jesús muere; pero en el momento de su muerte comienza un triunfo y su reinado. Desde lo alto del Calvario, repudia al antiguo pueblo y crea uno nuevo, destrona los falsos Dioses y los Césares, llama al Capitolio á los Apóstoles y á los Pontífices, y su último suspiro llena de terror á la Sinagoga y engendra á la Iglesia.

Jesús muere; pero al morir arroja un gran grito y la naturaleza admirada reconoce la voz de su Señor, el Sol se eclipsa, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, los sepulcros se rompen y la muerte vencida abre sus abismos y suelta sus víctimas.

Jesús muere; pero al morir muere y convierte todo lo que se asocia á su suplicio: es reconocido por Dios por el compañero mismo de su muerte, triunfa de los corazones y su última mirada convierte el corazón de un malvado. &c. Cambaceres. *Sermon de la Pasion de Jesús Crucificado.*

(b) No creais, hermanos míos, que la santa Madre de nuestro Salvador sea llamada al pie de su Cruz solo para asistir al suplicio de su Hijo único, y para rasgar su corazón con este horrible espectáculo. Tiene intentos mas elevados la divina Providencia sobre esta afligida Madre, y debemos hoy entender, que es llevada y puesta en este abandono junto á su hijo; porque es voluntad del Eterno Padre, no solo el que se inmole con esta víctima inocente, y sea clavada á la Cruz del

Salvador con los mismos clavos que le talarán, sino también para ser asociada á todo el misterio que se cumple con la muerte de Jesús.—*Bosuet Sermon 1.º para el viernes de la semana de Pasión.*

(c) Aplicad vuestra atención, y advertireis que en este testamento establecido, como dice San Pablo. (1.º) con las funciones más nobles y excelentes, así como la duración de vuestras familias, como en el antiguo testamento, publicado entre la nube y el monte, el humo y el fuego, los relámpagos y truenos; sino unos bienes estables, y verdaderos, sobre los que no se extiende la jurisdicción del tiempo: *Testamentum candidit; Patri Spiritum, Matri Joannem, Latroni Paradisum, peccatoribus remissionem; Josepho et Nicodemo corpus.* A su Padre entrega el espíritu, á San Juan le da á María, al Ladron el Paraíso, á los pecadores el valor de su sangre, á Josef y Nicodemas su cuerpo.—*Fr. Pantaleon García: Sermon del sepulcro de Jesús Crucificado.*

CAPITULO II.

Aprecio que hace Jesús Crucificado de la virginidad al escoger por madre una virgen. (a): San Juan mereció por su virginidad y por su fidelidad á Jesús Crucificado que este le dejase á María por madre. (b).

(a) A este intento me atrevo á asegurar una cosa, que aunque al pronto os parezca extraordinaria, no es menos cierta. Sé que toda la gloria de la santa Virgen, la resulta de ser Madre del Salvador; pero añado, que resulta mucha gloria al Salvador de ser Hijo de la Virgen. No temáis, cristianos, que intente rebajar la grandeza de mi Maestro con esta proposición. Pero

(*) *Ad Galat. cap. 4.*

cuando leo en los Santos Padres, que hablando de nuestro Salvador, se complacen en llamarlo por honor Hijo de una Virgen, no dudo, estimaron que este título le agradaba mucho, y le era muy honorífico: Y dá un gran peso á este pensamiento, en mi dictamen, una cosa que me enseña San Agustín. La concupiscencia, dice, que se mezcla, como sabéis en las generaciones comunes, corrompe de tal manera la materia que se junta para formar nuestros cuerpos, que la carne que de ella resulta contrae una corrupción necesaria. No me dilato en explicar esta verdad, contentándome con decirlo, que la hallareis en mil hermosos pasajes de San Agustín. Y si el comercio ordinario, porque tiene algo de impuro, hace pasar á nuestros cuerpos una mezcla de impureza; al contrario puedo asegurar, que el fruto de una carne virginal, sacará de una raíz tan pura, una pureza sin igual. Esta consecuencia es cierta, y nace evidentemente de los principios de San Agustín. Y como el cuerpo del Salvador debía ser más puro que los rayos del Sol; por eso dice este grande Obispo, "Se escogió desde la eternidad una "Madre Virgen": *Ideo Virginitatem Matrem... pia fide sanctum germen in se fieri promerentem... de qua creator elegit.* Porque era muy correspondiente que la santa carne del Salvador, estuviese, por explicarme así, hermosada con toda la pureza de una sangre virginal; para que fuese digna de unirse al Verbo divino, y de ser presentada al Eterno Padre como una víctima viva por la expiación de nuestras culpas; de modo que la pureza que hay en la carne de Jesús, deriva en parte de aquella pureza angélica, que derramó el Espíritu Santo en el cuerpo de la Virgen, cuando preñado de su inviolable integridad, la santificó con su presencia, y la consagró como un templo vivo al Hijo del Dios vivo.—*Bosuet Sermon 2.º para el 6.º viernes de cuaresma.*

(b) No nos admiremos, Cristianos, que siendo solo

San Juan entre todos los Discípulos del Salvador virgen por su estado, según sabemos por la tradición, hubiera tenido sobre los otros la preferencia y cualidad de Discípulo querido: en el orden de los divinos dones parece que el uno debiera ser consecuencia del otro, porque así como San Bernardo, hablando del angusto Misterio de la Encarnación, no temió sacar de él dos consecuencias, ó preferir estas dos proposiciones: es á saber, que si un Dios encarnado y hecho hombre debía nacer de una Madre, era propio de su dignidad que esta fuese Virgen; y que si una Virgen, permaneciendo Virgen, debió concebir un Hijo, era como natural que este fuese Dios: *Neque enim aut parvus alius Virginem, aut Deum, decuit partus alter.* Así también puedo yo decir hoy, que si un Dios que vino del Cielo debió tener un favorecido en la tierra, era conveniente que este válido fuese virgen; y que si el título de virgen era necesario para poseer el favor de un Señor, este no debía ser otro que Dios. Con efecto, ¿quién merecía mejor participar del favor de Dios, que el que entre todos, por el carácter de distinción que llevaba, esto es, por su virginidad, se hizo más semejante á Jesucristo? ¿Quién debía más bien descansar sobre el pecho venerable, en que habitaba corporalmente la plenitud de la Divinidad, que aquel Apostol, cuya santidad era en algún modo superior al hombre, por la profesión que hacía de una inviolable pureza? ¿Quién era más digno de ser el depositario el confidente de los secretos del Verbo de Dios que este Discípulo, que habiendo purificado su corazón de todos los deseos carnales, era ya capaz de ver á Dios por una bestitud anticipada, según el Evangelio, y por consecuencia lo que había más íntimo y más oculto en Dios? Cualquiera, dice el Espíritu Santo, que ama la pureza del corazón, tendrá por amigo al Rey.—*Burdatur.*
Sermon de San Juan Evangelista.

CAPITULO III.

Admirables medios de la Providencia para unir las madres con sus hijos. (a) Cualidades de una madre, su ministerio y sus funciones en la familia. (b) Los hombres deben tener una madre en el orden espiritual (c).

(a) No se pueden admirar bastante los medios de que se sirve de la naturaleza para unir á las madres con sus hijos; porque es el fin principal á que atiende, y procura hacerlos una misma cosa; lo que es fácil de advertir en todo el orden de sus obras. Por esta razón su primer cuidado es ligar los hijos al seno de sus madres; quiere que su alimento y su vida pasen por los mismos canales; corren juntos los mismos peligros; y son una misma persona. Ved, Señores, un enlace bien estrecho; pero quizás podrá alguno persuadirse, que al nacer los hijos rompen el nudo de esta unión. No, Señores; no lo creais; no hay fuerza que pueda dividir lo que la naturaleza ató tan bien; su conducta sabia y prevenida, ha provido por otros medios. Cuando se acaba esta primera unión, forma otra en su lugar; produce otros lazos, que son los del amor y de la ternura: la madre lleva á sus hijos de otro modo; luego que salieron de sus entrañas están mas presos al corazón. Tal es la conducta de la naturaleza, ó mejor diré del que la gobierna: ved el arte que emplea para unir las madres con sus hijos, é impedir que se desprendan; el alma los recobra por el afecto al mismo tiempo que el cuerpo los deja; nada los puede arrancar del corazón: el enlace está siempre tan firme, que al instante que son agitados los hijos, se conmueven las entrañas de las madres; sienten todos sus movimientos de un modo tan vivo y penetrante, que apenas les permite advertir que sus entrañas están desocupadas.—*Bosuet: Sermon*
 1.^o *para el viernes de la semana de Pasión.*

(b) ¿A quién será confiado el hombre al nacer? ¿A quién será entregado para que le inspire un alma buena? ¿Cual es la mano bastante delicada, bastante ingeniosa, bastante tierna para domesticar esa bestia salvaje que acaba de nacer entre el bien y el mal, que podrá ser un malvado ó un santo? No vayamos tan lejos. Ya ha comenzado su educación en el seno mismo que le llevará. Cada pensamiento, cada oración, cada suspiro de su madre, ha sido una leche divina que corría hasta su alma y le bautizaba en el honor y la santidad. El padre no puede nada allí en él directamente. A la madre sola ha sido concedido que su alma tocara durante nueve meses al alma de su hijo, y le impusiese predisposiciones para la verdad, la bondad y la dulzura, gérmenes preciosos cuyo desarrollo acabará á la luz del sol, después de haberles sembrado en las profundidades desconocidas de la maternidad. El niño nace; sale de esta primera educación por las entrañas de su madre; pero es recibido en manos que ha bendecido el Evangelio, y no tiene ya que temer el asesinato ó la exposición; duerme tranquilo bajo la protección de su madre amada de Jesucristo. Y al abrir sus ojos, ¿cual es la primera mirada que encuentra? La mirada pura y piadosa de una cristiana. Y luego que pueda una palabra, deslizando por los canales tortuosos de su oído, introduciéndose en su alma, ¿quién será el que se la diga? ¿Quién le arrojará la primera palabra, la primera revelación, el primer grito de una inteligencia á otra inteligencia? ¿Quién? Antiguamente era Dios; ahora también es Dios, por nuestra madre purificada y santificada. La mujer cristiana ha sucedido á Dios, en el ministerio sagrado de la primera palabra. Cuando Adán la oyó, y se encendió de un golpe la llama de su espíritu bajo el horizonte brillante del cielo, fué Dios quien le había hablado. Y nosotros, cuando se despierta nuestro corazón al efecto, y nues-

tro espíritu á la verdad, se realiza este prodigio bajo la mano, bajo la palabra, bajo el peso del amor materno.

Bien pronto desaparece la infancia, y se anuncia la juventud con sus instintos de libertad. La educación se hace mas peligrosa sin dejar de ser necesaria; toda potestad pesa sobre nosotros como un yugo. Solo hay una, sino intacta, al menos respetada. Aun oímos la verdad de los labios de una madre amada de Dios; su mirada no ha perdido toda la autoridad; su reprensión no está sin aguijón para excitar los remordimientos, y cuando se halla enteramente desarmada, quedándole las lágrimas como un mandamiento final, al cual no resistimos. Ella se abre paso, sin advertirlo nosotros, por los pasajes que conducen á los sitios mas secretos de nuestro corazón, y nos admircamos de encontrarla allí en el momento en que nos creemos solos.—*Lacordaire. Conferencias sobre los efectos de la doctrina Católica en la sociedad.*

(c) Hemos recibido esta tradición de nuestros padres: nos han enseñado, que precipitado el genero humano, en una muerte eterna por un hombre y una mujer, avia Dios predestinado una nueva Eva, como tambien un nuevo Adán, para hacernos renacer; y de esta doctrina, que han enseñado todos los Antiguos con unanime consentimiento, me sería facil deducir, que como la primera Eva es la Madre de todos los mortales, así la segunda, que es la santísima Virgen, debe ser estimada Madre de todos los fieles. Lo que podría confirmar por un hermoso pensamiento de San Epifanio, en que asegura, "Que esta primera Eva es llamada en el Genesis, Madre de los vivientes, en enigma; "esto es, según lo expone él mismo, en figura, y como "representando á Maria." Aquí pudiera añadir un pasaje celebre de San Agustin, en el libro de la santa virginidad, donde este grande Doctor nos enseña, que la Virgen, "Segun el cuerpo, es Madre del Salvador que

“es nuestra cabeza; y según el espíritu, de los Fieles “que son sus miembros”.—*Bosuet: Sermon de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO IV.

Jesús Crucificado debió comprendernos en la donación que hizo de María á S. Juan por madre (a): razones por las que el Salvador en ciertas ocasiones se olvidó al parecer de María y le dá el nombre de muger (b).

(a) El Hijo de Dios nada tenía que fuese suyo sino su Madre, y sus Discípulos, pues que los compraba con el precio de su sangre: así es evidente que podía disponer de ellos, como de bienes muy bien adquiridos. Y como en esta tragedia los demás discípulos le abandonaron, solo le queda su amado Juan: á quien considero hoy como un hombre que representa á todos los fieles, y por esto debemos estar dispuestos á aplicarnos todo lo que pueda pertenecer á su persona. Advierto Salvador mio, que vos le dais vuestra Madre, y “Al instante toma posesión como un bien suyo.” *Et ex illa hora accepit eam discipulus in suam.* Entendamos esto, Cristianos. Sin duda tenemos buena parte en este legado pío: á nosotros nos dá el Hijo de Dios la bienaventurada María, al mismo tiempo que la dá á su amado discípulo. Este es el misterioso artículo del testamento de mi Maestro, que me ha parecido preciso referiros, para formar despues el asunto de mi discurso.—*Bosuet. Sermón sobre la compasión por la Santísima Virgen.*

(b) Porque notad primeramente que Jesucristo no llama á María por su nombre; no le dice: madre mia; le dice: muger, mulier. Un autor antiguo, mas piadoso que esclarecido, dijo que Jesucristo no habia llamado á María por su nombre, que no le habia dicho: madre mia, si no que le dijo: muger, mulier, por respeto á su

corazon maternal, no queriendo desgarrarlo mas recordándole con la palabra de madre la pérdida que iba á tener, con la muerte de Jesucristo. *Ne materna piúm laceraret viscera nomen.* Pero esta interpretación, hermanos míos, se acerca mucho á lo humano; esta interpretación no es noble, no es del todo digna de la grandeza de Jesucristo que es el hijo de Dios, ni de María que tiene á un Dios por hijo. Esta interpretación trastorna las palabras de Jesucristo en una manifestación de sentimientos puramente humanos, mientras que ellas son la declaración, la revelación de un misterio divino, del misterio que Dios reveló en el principio del mundo; porque Jesucristo diciendo á su madre: “Muger hé ahí á tu hijo” nos revela que María es esa muger profetizada, esa muger poderosa de la que Dios desde el principio del mundo anunció sus grandezas y celebró sus triunfos. Jesucristo diciendo á María: “Muger hé ahí á tu hijo,” le dice: María vos sois esa noble muger, sublime por excelencia, que debía ser el jefe, la madre de la raza santa de los elegidos, de los cristianos, de los fieles; y vedlo ahí, ese cristiano, ese fiel, esa Iglesia cuya madre sois vos, vedla ahí en la persona de Juan; vedla ahí, nacida ya de vuestro amor y de vuestro dolor, así como ha nacido en mí de mis penas: *Ecce filius tuus.* Notad también, hermanos míos, que Jesucristo no llama tampoco á San Juan por su nombre. En las grandes circunstancias, San Juan no es llamado por el nombre general de discípulo amado de Jesucristo, *discipulus quem diligebat Jesús;* luego esa particularidad del discípulo sin nombre es tan misteriosa como la particularidad de la muger sin nombre. La muger sin nombre es María, la muger por excelencia, la muger perfecta, la muger modelo de todas las mugeres, la muger por la cual y en la cual las mugeres son realzadas de su degradación, de su esclavitud, del mismo

modo, el discípulo sin nombre, *discipulus quem diligebat Jesus*, es todo cristiano, todo fiel, es todo miembro de la Iglesia, dice San Amadeo, de modo que en la persona de Juan son representados y son declarados hijos de María todos los cristianos, y es de todos los cristianos de los que María queda hecha madre.—*El R. Padre Ventura de Ravica. Sermon de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO V.

Dificultades que hay para conciliar la realidad de la filiación de S. Juan con la nuestra: se responde á esta dificultad: varias interpretaciones de los Padres y Doctores de la Iglesia sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos. (a).

(a) Cuando el Salvador del mundo resucitó á la hija del Príncipe de la Sinagoga, no hablo palabra, y se contentó con tomarla de la mano, y levantarla: *Tenuit manum ejus, &c. surrexit puella (*)* Cuando resucitó al hijo de la viuda de Naín, habló, y como Señor, con imperio: *Adolescens tibi dico, surge.* (**) Maneebo, contigo hablo, levántate, yo te lo mando; y obedeció el difunto en el mismo instante: *Et resedit, qui erat mortuus.* ¿Pero qué hace para resucitar á Lazaro? No solamente habla, sino alza la voz, pide á su Padre que le oiga, llora, se conmueve y se turba: *Clamavit, lacerinatus est, infrenavit, turbavit se ipsum.* No nos admiremos, cristianos, de la diferencia de estas tres resurrecciones: ved aquí todo el misterio que encierran segun el pensamiento de San Agustin. La hija del Príncipe de la Sinagoga acababa de espirar; tenía aun, por decirlo así, el alma en los labios: darla la vida, era (á lo que

(*) *Matth. 9. v. 25.*(**) *Luc. 7. v. 14.*

parece) un milagro fácil á Jesucristo: así, no le costó sino querer. El hijo de la viuda de Naín, no solamente estaba difunto, sino para ser sepultado; le llevaban ya á la tierra, y le hacían el funeral actualmente: el resucitarle era efecto de un poder mas absoluto: y por eso usó el Salvador del imperio. Pero Lazaro habia cuatro dias que estaba en el sepulcro: y haer que reviviese un difunto de cuatro dias era la obra mas primorosa, y como el mayor esfuerzo de la Omnipotencia de Jesucristo.

Pues todas estas sombras, hermanos míos (dice San Agustin) nos representan unas grandes verdades: y estas resurrecciones visibles, si sabemos penetrar el secreto que encierran, son otras tantas reglas que nos propone Dios para otra resurreccion interior é invisible, pero mucho mas importante, que es la de nuestras almas.—*Burdaluc. Sermon, sobre el alejarse de Dios y el convertirse á su magestad.*

CAPITULO VI.

Otra regla de San Agustin en la interpretación de los libros santos, y su aplicación á las palabras que Jesus Crucificado dirigió á María y á S. Juan (a).

(a) Presupuesto, sobre la fé de la Iglesia, y sobre la doctrina de los Padres, aunque solo lo he tocado de paso; presupuesto digo, que María es verdaderamente nuestra Madre; si os preguntase, cristianos, cuando empezó á tener esta cualidad, sin duda me responderiais, que nuestro Salvador la hizo verosimilmente nuestra Madre, cuando la dió á San Juan por su Hijo. En efecto encontramos todas las razones imaginables de congruencia; porque ya os he advertido á la entrada de este discurso, y no será fuera de intento el recordarlo, que conducido San Juan por la mano de Dios al pie de la Cruz, representó la persona de todos los

Fielos; apunté la razon que me parece muy fuerte: que es, si os acordáis, que disperso los demas discipulos de nuestro Señor, solo dejó la Providencia cerca de su persona al muy amado de su corazon; para que pudiese representar á los demas, y recibir en su nombre las ultimas voluntades de su moribundo Maestro. Y considerando no es verosímil que el Hijo de Dios, cuyas palabras y acciones, son misteriosas, lo mirase como un hombre particular en ocasion tan importante, he inferido, con mucha razon á lo que me parece, que recibió la palabra que se nos dirige á todos, y al instante en nombre: nuestro se puso en posesion de María; y por consecuencia entonces fué cuando propiamente se hizo nuestra Madre.—*Bonet. Serman para el viernes de la semana de Pasion.*

CAPITULO VII

La nueva alianza fué celebrada lo mismo que la antigua en forma de Testamento (a): formalidades y substancia del Testamento de Jesus Crucificado en el Calvario (b).

(a) Y por eso es Jesus mediador de un nuevo Testamento, á fin de que mediante su muerte para expiacion, aun de las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer Testamento, reciban la herencia eterna prometida á los que han sido llamados de Dios.

Porque donde hay Testamento, es necesario que intervenga la muerte del testador.

Pues el Testamento no tiene fuerza sino por la muerte del que le otorgó: de otra suerte no vale, mientras tanto que vive el que testó.

Por eso ni aun aquel primer Testamento fué celebrado sin sangre.

Puesto que Moysés, despues que hubo leído todos los mandamientos de la Ley á todo el pueblo, tomando de la sangre de los novillos y de los muchos de cabrio, mezclada con agua, lana teñida de carmesí ó de grana, y el hisopo, roció al mismo libro de la Ley, y tambien á todo el pueblo, diciendo:

Esta es la sangre que servirá de sello del Testamento que Dios os ha ordenado ó hecho en favor vuestro.

Y asimismo roció con sangre el tabernáculo, y todos los vasos del ministerio.

Y segun la Ley casi todas las cosas se purifican con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace la remision.—*San Pablo á los Hebreos, cap. 9. vs. 16, 17, 18, 19, 20, 21, y 22.*

(b) En un Testamento hay tres cosas notables: en primer lugar se mira si el Testamento es bueno y valido; en segundo de que dispone el testador en favor de sus herederos; y ultimamente, se vé lo que manda. Apliquemos esto á la última voluntad de Jesus moribundo: veamos lo válido de este Testamento místico por la sangre y la muerte del testador: veamos la magnificencia de este Testamento, por los bienes que Jesucristo nos deja; y veamos la equidad de este Testamento, por las cosas que nos manda. Para que un Testamento sea válido, debe ser conforme á las leyes: cada pueblo, y cada nacion tiene las suyas particulares. Jesus sumiso y obediente habia recibido la suya de su padre; y como en el orden de las cosas humanas hay Testamentos que deben estar escritos enteramente de la propia mano del testador, el de nuestro Salvador tiene de particular, que debia escribirse con su propia sangre, y ratificarse con su muerte, y muerte violenta. Dura condicion impuesta á este caritativo testador; pero condicion precisa que nos explicó San Pablo en su divina Carta á los Hebreos.

“Un Testamento, dice este grande Apostol, no tiene fuerza, sino por la muerte del que testar: mientras vive, no tiene efecto el Testamento: de modo que la muerte es quien lo hace fijo, é invariable”: Esta es la ley general de los Testamentos. “Luego era preciso, dice el Apostol, que Jesus muriese, para que el nuevo Testamento que hizo en favor nuestro, fuese confirmado con su muerte.” Una muerte comun no bastaba; debía ser trágica y sangrienta; era preciso que toda la sangre fuese derramada, y vaciadas todas sus venas, para que hoy nos pudiese decir: “Esta sangre que veis derramada, para perdonar los pecados, es la sangre del nuevo Testamento”; que se ha hecho inalterable con su cruel é ignominiosa muerte: *Hic est enim sanguis meus novi testamenti.... in remissionem peccatorum.*

Si me preguntais, por qué este amado Hijo recibió del Cielo una ley tan dura, como la de no poder disponer de alguno de sus bienes, sino con esta onerosa condicion; os responderé en una palabra, que así lo exigian nuestros pecados. Si Jesus hubiera podido dar, pero nosotros no estabamos capaces de recibir nada; nuestro delito nos hacia infames, é incapaces de recibir bien alguno; porque las leyes no permiten disponer de los bienes en favor de los criminales sentenciados, como lo estabamos nosotros por una justa sentencia: antes era preciso expiar nuestros delitos: por esto el caritativo Jesus queriendo darnos sus bienes que nos enriquecen, nos dá antes su sangre que nos lava; para que purificados seamos capaces de recibir el don, que nos hace de todos sus tesoros.—*Boswell: Sermon de Pasion.*

CAPITULO VIII.

El amor que Jesus Crucificado nos tiene se manifiesta por el legado que nos hace de su madre (a): con este legado cumple la promesa que nos habia hecho de no dejar-nos huérfanos y pone el sello á la obra de la redencion (b).

(a) Si es ingenioso el amor, si alguna vez produce grandes y nobles esfuerzos, es preciso confesar que particularmente en el fin de la vida, es cuando manifiesta sus mas bellas invenciones, y sus mas generosos empeños. Como la amistad solo parece que vive en la compañía del objeto amado, cuando se vé amenazada de una eterna separacion, tanto procura fijarlo en su memoria, cuando una ley fatal lo aparta de su presencia. Por esto los amigos mezclan ordinariamente acciones y palabras muy notables, con los dolores y las lágrimas del último á Dios; y la historia nos dá observaciones muy curiosas, de las cosas que ha podido penetrar.

La historia sagrada no las olvida, y tenéis de ello una hermosa prueba en el texto que he alegado. San Juan, el amado del Salvador, á quien podemos llamar el Evangelista del amor, cuidó de conservarnos las últimas palabras, conque su amado Maestro quiso honrar al morir á su santa Madre, y á su buen amigo; quiero decir, á las dos personas que mas amaba. O Dios mió! Qué dignas de ser meditadas son estas palabras, y cuánta materia pueden dar á buenas reflexiones! Por qué pregunto, hermanos míos, hay cosa mas agradable, que ver al Salvador Jesus, tan liberal aun en su extrema necesidad? Ha! Muchas veces ha dicho que su condal no está en la tierra; que ni aun ha tenido donde reclinár su cabeza; y cuando está en la Cruz, cuando el Soldado avaro repartió sus vestiduras, y sortea su misteriosa túnica; cuando parece que la rabia

de sus verdugos, nada le deja de que pueda disponer en favor de los suyos: ¿no os persuadís, Cristianos, que sale de este mundo, sin dejar alguna preciosa prenda de su amistad?

La antigüedad decantó mucho la acción de cierto Filósofo (*), que no dejando al tiempo de morir cen que mantener su familia, advirtió legar á sus amigos en su testamento á su Madre y á sus hijos. Lo que la necesidad sugirió á aquel Filósofo, obliga el amor á hacer á mi Maestro, de un modo mucho mas admirable. No solo dá su Madre á su amigo, sino también el amigo á su santa Madre; dá á los dos, y los dá ámbos, uno y otro se aprovechan igualmente.—*Bosmet. Sermón 2.º de los Dolores de Maria Santísima.*

(b) Allí se vió este espectáculo de caridad y de misericordia, en que nunca deberíamos pensar, sin derramar lágrimas. Un Hijo único, amable, que se pone en lugar de los enemigos! El inocente, el justo, la misma santidad que se carga de los delitos de los malhechores! El que era infinitamente rico se constituye fiador por los insolventes!

Pero, ó Padre, ¿consentireis vos en este cambio? ¿Podreis ver morir á vuestro Hijo, por dar la vida á extraños? Un exceso de misericordia le hará aceptar esta oferta; su Hijo se hace su víctima en lugar de todos los mortales. Pero porque no usa enteramente de misericordia? Ya os lo he dicho; porque quiere hacer triunfar la misericordia en el orden de la justicia: Lo primero, para glorificar estos dos atributos en el misterio de nuestra salvacion, que es la gran obra de su poder; pero la razon mas importante, es que quiere así manifestar su amor á los hombres: *Sic Deus dilexit mundum*: „Tanto amó Dios al mundo!”

En efecto: ¿quién seria capaz de penetrar bien esta

(*) Eudamidas de Corinto.

inmensa caridad de Dios con nosotros? Dar el único heredero por los extraños; Dar el Hijo natural por los adoptivos! Derramos nuestros corazones, almas santas, en la piadosa meditacion de estas palabras tan tiernas, y de un cambio tan maravilloso. Ya es una bondad incomparable el que Dios haya querido adoptar por hijos á hombres mortales; porque como advierte muy bien San Agustín, los hombres solo recurren á la adopcion, cuando no esperan tener hijos verdaderos; tanto que no está establecido, sino para socorrer y suplir el defecto de la naturaleza que falta. Y no obstante, ó misericordia! Dios engendró en la eternidad un Hijo, que satisface perfectamente su amor, como agota enteramente su fecundidad; y no obstante, ó bondad incomprendible! Teniendo un Hijo tan perfecto, por la inmensidad de su amor, por las infinitas riquezas de una caridad superabundante, dá hermanos á este primogénito, compañeros á este único, y en fin coherederos á este muy amado de su corazón. Algo mas que esto hace en el Calvario: no solo junta á su propio Hijo, hijos que adopta por misericordia; sino lo que excede toda capacidad, entrega su propio Hijo á la muerte para que nazcan los adoptivos. Quién adoptaría á este precio, y daría su Hijo por extraños? y sin embargo esto es lo que hace el Eterno Padre: *Sic Deus dilexit mundum*. Reflexionemos un poco estas palabras: „Tanto amó al mundo”, dice el Hijo de Dios: ved aquí el principio de la adopcion: „Que le dió á su Hijo único” ved aquí el Hijo único entregado á la muerte. Presentaos ahora hijos adoptivos, „Para que los que creen no merezcan, sino que consigan la vida eterna.” ¿No veis el admirable cambio? Dá su propio Hijo á la muerte para que nazcan los hijos adoptivos. Esta misma caridad del Padre, que le entrega, que le abandona, y que le sacrifica, es la que nos adopta, nos vivifica, y nos regenera. Como si habiendo

riato el Eterno Padre, que no se adoptan hijos, sino cuando se han perdido los verdaderos, un amor santamente inventor le hubiese inspirado para nuestra felicidad este admirable consejo de misericordia, de perder en cierto modo á su Hijo, para dar lugar á la adopción, y de hacer morir el único heredero, para hacernos entrar en sus derechos.

De consiguiente, ó hijos adoptivos, cuanto costais al Eterno Padre. Pero cuán queridos y estimados sois de este Padre, que dá á su Hijo, y de este Hijo que se entrega el mismo por vosotros! Ved á qué precio os compra. Un precio grande, dice el Apostol, un precio infinito: *Prelio empti estis, nolite fieri servi hominum*: „Estais comprados por un precio, esto es, infinito é inestimable; no os hagais esclavos de los hombres”. — *Douvet. Sermon de la Pasion de Nuestro Señor J. Crucificado.*

CAPITULO IX.

Los verdaderos fieles forman un solo cuerpo con Jesus Crucificado (a). Siendo Jesus Crucificado hijo de Maria, los fieles unidos á él se hicieron en el mismo Calvario verdaderos hijos de Maria (b). Las sectas separadas del Catolicismo no conocen este misterio y cuan desgraciados son por esto: solo los Católicos que forman la verdadera Iglesia tienen á Maria por madre (c).

(a) Pero hay mas: no solo somos imagenes vivas del Hijo de Dios, sino tambien sus miembros, y componemos con él un cuerpo del que es la cabeza: somos su cuerpo y su plenitud como enseña el Apostol; calidad que nos une con él de tal modo, que el que ama al Salvador, es preciso por necesidad, que ame á todos los Fieles, con el mismo movimiento de amor.

Esto nos atrae tan poderosamente el amor de la santa Virgen, que no hay madre que pueda igualarla. — *Douvet. Sermon 2.º de las Dolores de Maria Santisima.*

(b) Os he dicho, cristianos, que la maternidad de la Virgen no tiene ejemplo en la tierra, y lo mismo sucede á el amor que tiene á su Hijo, y como logra la de ser Madre de un Hijo, que no tiene otro Padre que Dios; de aquí es que dejando muy inferior á toda la naturaleza, hemos ido á buscar la regla de su amor al seno del Eterno Padre. Porque así como Dios Padre al ver que la naturaleza humana toca tan de cerca á su Hijo único, estiende su amor paterno á la humanidad del Salvador, y hace de este Hombre-Dios el único objeto de sus complacencias, según lo hemos probado por el testimonio de las Escrituras; del mismo modo hemos dicho que la bienaventurada Maria tampoco separaba la divinidad de la humanidad de su Hijo, sino que las abrasaba ambas con un mismo amor. Sobre estas verdades hemos establecido la union de Maria con Dios; oid algunas otras que os harán ver su caridad con nosotros.

Las mismas Escrituras que me enseñan que Dios ama, en algun modo, con un mismo amor la divinidad y la humanidad de su Hijo, con motivo de la union inseparable que tiene en nuestro Señor Jesucristo, me enseñan tambien que nos ama con el mismo amor que tiene á su muy amado y único Hijo, porque estamos unidos á él como miembros de su cuerpo; y esta máxima entre todas las del cristianismo es la que mas debe elevar nuestros alientos y esperanzas. ¿Queréis un hermoso testimonio en la misma boca de nuestro Salvador? Oid estas bellas palabras que dirige á su Padre, rogándole por nosotros. *Dilectio, qua dilexisti me, in ipsa sit, et ego in te*: „Padre mio, dice, estoy en ellos, porque son mis miembros, os ruego que tengan el amor con que me amais.” Ved, cristianos, ved, y re-

gocijaos. Nuestro Salvador teme que el amor de su Padre haga alguna diferencia entre la cabeza y los miembros; é inferid de aquí cuan unidos estamos con el Salvador, pues que el mismo Dios que ha distinguido todos los seres con una variedad tan admirable, no nos distingue de Jesucristo, y derrama gustoso sobre nosotros todas las dulzuras de su amor paterno. Y si es cierto que María solo regla su amor por el del Eterno Padre, acudid, ó Fieles, acudid en horabuena á esta Madre incomparable; creed que no os distinguirá de su amado Hijo; os tratará como „Carne de su carne, y „huesos de sus huesos,” como habla el Apostol, como personas sobre las que y en las cuales ha corrido su sangre; y por decir algo mas, os mirará María como Cristos en la tierra: el amor que tiene á su Hijo, será la medida del que os tenga, y así no temais llamarla vuestra Madre porque tiene en suprema grado todo el amor que pide esta calidad.—*Boswel. Sermon 2º de las Dolores de María Santísima.*

(e) Jesucristo ejerce tambien en la cruz las funciones de cabeza y fundador de su Iglesia. Debía separarse por algun tiempo de la tierra; pero deja á su santa Madre, para que ella sea la madre y protectora de sus discípulos y quiere que estos pongan en ella su confianza. Ocupado de este pensamiento, ve á sus pies á María y á uno de los Apóstoles en quien estaban representados los demas: se dirige á su Madre y le dice: „Oh Madre mía! yo te entrego á mis discípulos, á mis servidores á todos los que en este momento son engendrados á la vida de la gracia, y quiero tambien que ellos sean tus hijos no ménos que míos.—*MacCarthy. Sermon sobre la Pasion.*

CAPITULO X.

Continuacion de la materia precedente (a) Figuras del antiguo Testamento que confirman esta doctrina (b).

(a) Y esta sin duda alguna es la causa secreta, pero real y poderosa, de la profunda seguridad, de la tranquilidad perfecta en que viven, de la paz que disfrutan, del gozo que sienten los pueblos Católicos respecto á la religion; que se lee en su rostro, que se divisa en sus modales, que forma el carácter de sus solemnidades religiosas. El Católico tiene á Dios por padre, habita con Dios, puede ir á buscarlo siempre que le parezca, puede recibirlo tambien en sí mismo, hablarle en el secreto de su corazon, entregarse todo á él y ser poseído por él. El Católico es el hombre constituido en la feliz condicion de poder satisfacer la necesidad íntima del corazon humano, de tener á Dios consigo y de estar con Dios. El Católico no tiene nada que desear respecto á la union reciproca con su Dios, porque no se puede dar una mas íntima que la que él posee. El Católico está en esta vida en su estado normal respecto á Dios, en el estado en que su corazon tiene cuanto desea; en que la primera, la mas íntima, la mas legitima y la mas importante de todas sus inclinaciones se halla satisfecha. El Católico se halla por consiguiente en el estado natural, en el estado perfecto; y por lo mismo, en el estado de la verdadera paz, de la verdadera tranquilidad, del verdadero gozo.

Los herejes se muestran escandalizados y nos reconvienen por la familiaridad y confianza con que tratamos con Dios, porque no comprenden ni pueden comprender el delicioso misterio de donde nacen estos

nuestros sentimientos, ni el Espíritu divino que los engendra y los inspira. Nos ponderan y nos presentan con la misma necesidad é injusticia su seriedad, su recogimiento y su respeto á Dios en los días y en las cosas santas. Pero esta su pretendida seriedad, este su pretendido recogimiento y respeto, no es otra cosa que una tria reserva, lija del secreto vacío de su corazón, de la profunda tristeza que su corazón experimenta en su privación y en su separación absoluta de Dios.—*El R. P. Ventura de Raulica, Escuela de los milagros.*

(b) Poniendo estas palabras en la boca de María, ha querido la Iglesia enseñarnos que el dogma de su maternidad es el grande pensamiento de Dios y del universo. Existía la bienaventurada Virgen en el consejo de la sabiduría eterna; estaba su nombre escrito en el pensamiento del Verbo antes que hubieran salido los siglos del seno de la eternidad; y desde el día, en que empezó el tiempo su escritura, no han dejado los destinos preparados á María de consolar la tierra. Fue criada desde los primeros tiempos y antes de los siglos, esclama, y vivirá hasta los siglos futuros."

Llenan Jesús y María el tiempo pasado, el presente y el porvenir: el mundo tiene su gloria por causa final; los justos de la ley figurativa y los santos de la ley de gracia no han vivido más que á la sombra de su amor. La Biblia, para quien sabe leer este libro venido del cielo, está llena de los destinos de la Reina de los ángeles; sus virtudes están luciendo en cada página, y cada palabra de este libro inmortal abraza, por decirlo así, alguno de los misterios cumplidos en su seno.

Por los doctores y teólogos católicos se ha notado en la Biblia un vasto simbolismo de los privilegios de Nuestra Señora; y Dios, para quien no tienen los siglos ni pasado, ni futuro, ha trazado en el Antiguo Testamento,

todos los rasgos de la vida de su divina madre. *Comentarios Conferencias sobre las figuras del antiguo Testamento que se refieren á María.*

del Sr. Vial

del Sr. Vial

CAPITULO XI.

—*Al conferir Dios á María la dignidad de madre de los hombres le dió tambien el corazón y el afecto de madre (a).*

(a) Por esto el Hijo de Dios, que habia resuelto darnos á la santa Virgen por Madre, para ser nuestro hermano de todos modos, admirad su amor, Cristianos, al ver desde lo alto de la Cruz, cuan enternecida estaba el alma de María, y que agitado su corazón la hacia inundar por sus ojos un torrente de amargas lágrimas, como si allí la hubiera esperado, aprovechó la ocasión de decirle, mostrándole á San Juan: "Muger, si tienes á tu Hijo": *Ecce filius tuus*. Fieles, estas son sus palabras, y me parece que este es su sentido, si las sabemos penetrar: O muger alligida, la diez, á quien un desgraciado amor hace experimentar ahora hasta donde puede llegar la violencia del dolor de una Madre; este mismo amor que me tenéis, y que tan vivamente os penetra, tenedlo á Juan mi amado discípulo, y tenedlo á todos mis Fieles que os recomiendo en su persona; porque todos son mis discípulos, y mis muy amados: *Ecce filius tuus*. Deciros como estas palabras impelidas del corazón del Hijo, bajaron profundamente al corazón de la Madre, y la impresión que en él hicieron, es cosa que no me atrevo á emprender. Comprendí solo, que el que habla es el Hijo de Dios, que todo lo abraza con su poderosa palabra, que esta debe producir un maravilloso efecto, y particularmente en su santa Madre; y que para darla mas fuerza, la anima con su sangre, y la profiere con una voz moribunda, casi entre sus últimos suspiros: todo esto junto.

no es creíble lo que era capaz de causar en el alma de la santa Virgen. No bien habia acabado de pronunciar la palabra en que dijo á San Juan que Maria era su Madre, cuando al instante se sintió este Discípulo poseído de todos los afectos de un buen hijo, y desde aquella hora la llevó á su casa: *Ex illa hora accepit eum Discipulus in sua*: Con cuanta mas razon debia obrar su palabra en su santa Madre, y penetrarla de un amor extremo á nosotros, como que somos sus verdaderos hijos.—*Bonnet: Sermon 2.º sobre los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XII.

Sentimientos de indecible ternura de que se animó el corazón de María á vista del ejemplo que Jesus Crucificado le ofreció de su infinita caridad para con los hombres (a) Impresion profunda que las palabras de Jesus Crucificado hicieron en el corazón de Maria. Amor que hicieron nacer en él, para con nosotros (b).

(a) A este intento me acuerdo de aquellas miserables madres, que las rasgan sus entrañas con el cuchillo, para sacar con violencia sus hijos al mundo. Una cosa semejante os ha sucedido, ó dichosa Maria; pues nos aveis parido por el corazón; porque nos aveis parido por la caridad: *Cooperata est charitate, ut fili Dei in Ecclesia nasceretur*: dice San Agustin. Y me atrevo á decir que estas palabras de vuestro Hijo, que eran su último á Dios, entraron en vuestro corazón como una espada de dos filos, y llevaron hasta lo mas profundo, con un dolor excesivo, una inclinacion de Madre á todos los Fieles. Así, por explicarme de este modo, nos aveis parido de un corazón rasgado entre la vehemencia de una aflixion infinita: y siempre que los cristianos se os presentan, os acordáis de aquella última palabra, y se conmueven vuestras entrañas con

nosotros, como con hijos de vuestro dolor, y de vuestro amor; tanto que no sabreis mirarnos, sin que os representemos á vuestro corazón aquel Hijo que tanto amais, y que se complace el Espíritu Santo en gravar su semejanza en el alma de todos los Fieles: y porque nos veis que somos Cristianos, cubiertos con la Sangre del Salvador, de la que estamos bañados y blanqueados, y reconocéis en nosotros sus mismos lineamentos.

Esta es doctrina que me enseñan las divinas Escrituras, y es muy poderosa para exitarnos á la virtud, á mas de lo que ilustra la verdad que trato; por esto tengo gusto en deducirla: pues aprendo del Apóstol San Pablo, y esta doctrina es muy digna de vuestra atencion; que todos los Cristianos que con su vida correspondan á la profesion que hicieron, llevan impresa en su alma las señas naturales, y la verdadera imagen de Nuestro Señor. Cómo se imprimen, me preguntareis? Á la verdad de un modo admirable. Vivir cristianamente es conformarse á la doctrina del Hijo de Dios. Y como la doctrina del Hijo de Dios es un retrato exacto de su vida: la doctrina es la copia, y él mismo el original: en lo que se diferencia mucho de los demás Doctores que tratan de enseñar á vivir bien: porque estos serian muy temerarios si formasen las reglas de la buena vida sobre sus acciones: así acostumbra figurarse bellosísimas, establecen ciertas reglas, y cuidan poco de guardarlas. Al contrario, el Hijo de Dios como enviado al mundo, para ser un ejemplar completo de la mas alta perfeccion, sus documentos nacian de sus costumbres: enseñaba las cosas, porque las practicaba; y su palabra era una imagen de su conducta. ¿Qué hace el Espíritu Santo en el alma de un buen Cristiano? Hace que el Evangelio sea su consejo en todos sus intentos, y la única regla á que atiene en sus acciones. Así pasa insensiblemente la doctrina del Hijo de Dios á sus costumbres; se hace, por explicar-

me así, un Evangelio vivo; todo manifiesta el Maestro que le ha enseñado, y como ha tomado su espíritu; y así penetráis en lo interior de su conciencia, veáis los mismos lineamientos, y los mismos modos de obrar que en nuestro Salvador.

Esto penetra sensiblemente á la dichosa María, y me es fácil manifestarlo con un ejemplo familiar. Veis alguna madre que acaricia algunas veces extraordinariamente á un niño, sin otra razón, que la de parecerse mucho á otro niño suyo. Así pone las manos, dice, así mira, de éste modo anda, y se presenta: las madres son ingeniosas en observar hasta las cosas más menudas. ¿Y qué es todo esto? sino como un corriente, si se puede hablar así, que tiene el afecto de una madre, que no contenta con amar á su hijo en su propia persona, le va á buscar por donde quiera que puede descubrir alguna cosa. Y si cualquiera pequeña semejanza basta para moverla mucho; ¿qué diremos de María cuando ve en el alma de los Cristianos señas inmortales de la perfecta hermosura de su Hijo, que el dedo de Dios formó con toda perfección?—*Bosset. Sermón 2.^o de los Dolores de María Santísima.*

(h) Jesús estaba en la cruz. No podis indicar con el dedo al que quería señalar; mas mira al discípulo y le dice: „Ved vuestra madre.“ Después mira á su Madre. Ya no la llama madre, la llama muger, como si se despojara de su filiación en favor de todos los hombres, y la dice: „Muger ved vuestro hijo.“ Estas son palabras testamentarias, y toda palabra de un moribundo es sagrada; palabras solemnes por cierto. A la verdad, ¿ha habido nunca circunstancia mayor ni más solemne que la de la muerte del Salvador Jesús? Son palabras creadoras de la boca del mismo que dijo: „Hágase la luz.“ En seguida: ¿qué es lo que veo? Veo los dolores terribles que atormentan el corazón de la santa Virgen. ¡Ah! esclama San Bernardo, Santísima Virgen

¿qué cambio! el hijo de Zebedeo en lugar del Hijo de Dios! De todos los tiros que han atravesado el corazón de María, ninguno hay más cruel. Sí, hermanos míos, lo que digo es verdad; pero lo que es también cierto es que la palabra ha creado en el pecho de María un corazón de madre para todos los hombres. Y notad en qué ocasión el Señor habla de este modo. Escoge el momento en que conforme á las profecías del viejo Simion, el corazón de la Santísima Virgen está traspasado por una espada afilada. En aquel momento hace caer, si así puedo expresarme, en ese corazón como en un abismo, todo el amor que el suyo encierra. Del mismo modo que se ven los torrentes precipitarse de lo alto de las montañas al fondo de los valles, el amor de Jesucristo que rebosa de su corazón, ese amor infinito se precipita en el corazón de María abierto y traspasado. Lo invade, y ved cómo María se convierte en nuestra madre; y ved cómo después de diez y ocho siglos es la madre del universo, la madre más compasiva, la más tierna, la madre cuyo afecto no se desmiente jamás; ella es la esperanza de los desesperados, y su poder es tan grande, tan misericordioso que se ha podido decir con verdad que su servidor, aquel que ponga en ella toda su confianza, no morirá nunca.—*Ilmo. Sr. Mariana. Sermón de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XIII.

María ejerce en la tierra el ministerio de madre respecto de la Iglesia; (a) y lo ejerce continuamente en el cielo. (b) Como le conviene el título de madre de misericordia (c).

(a) María fué la columna luminosa que guió los primeros pasos de la Iglesia naciente. A ella fué á

quién los Apóstoles presentaron en homenaje las numerosas espigas que arrastraban en el campo rebelde de la Sinagoga, para guardarlas en los graneros del Padre de familias. Ella aceptaba ese tributo en nombre de su Hijo, con una humildad llena de gracia; y se la veía continuamente rodeada de pobres, de desgraciados y de pecadores; porque amó siempre con predilección á aquellos á quienes podía hacer bien. Los evangelistas venían á pedirle luces, los apóstoles la unción, el valor y la constancia que eran necesarias para la predicación; y los afligidos el bálsamo precioso de los consuelos espirituales; todos al separarse de ella la llenaban de bendiciones. *El sol de justicia se había traspuesto en el horizonte sangriento del Gólgote; pero la Estrella de los mares reflejaba aún sus más lucidos resplandores sobre el mundo regenerado; y derramaba benignas influencias sobre la cuna del cristianismo.* — *Orsini. Historia de la Madre de Dios.*

(b) María hecha Madre de Dios, llegó á ser por esto mismo Madre y protectora de los hombres, y cooperadora de nuestra salvación; y una Madre, una protectora, y una cooperadora poderosa. Os ruego que atendáis. Llegó á ser Madre de los hombres, por que todos son, no solamente hermanos, sino miembros del Dios-Hombre que llevó en su vientre. Llegó á ser protectora de los hombres, porque á favor de estos fue escogida, y en este sentido debe á los hombres su elevación. Llegó á ser cooperadora de la salvación de los hombres, porque dió forma de hombre al Salvador que vino á redimirlos, y porque le dió su sangre que había de ser el precio de esta redención y de esta salvación; á lo que yo añado, que llegó á ser Madre protectora y cooperadora poderosa, porque en cualidad de Madre de Dios halló singularmente gracia delante de su Magestad.

María, pues, nos alarga los brazos hoy para admitir-

nos en el número de sus hijos; y con este pensamiento debemos imitar el zelo y la piedad que manifestaron los cristianos de Epheso cuando recibieron el decreto de la Iglesia universal en gloria de esta Virgen en quien habían puesto su confianza. El hecho es digno de observarse; y yo quisiera que los herejes de nuestro siglo le atendiesen como debe, y conociesen, cuales eran unas ha de mil y doscientos años los sentimientos de los fieles para con María, y cuales deben ser los nuestros. La historia nos enseña, que el día en que se había de decidir el punto de la Maternidad Divina, todo el pueblo se presentó en las calles, ocupó las plazas y sitios públicos, y rodeó el famoso Templo dedicado al culto de la Virgen, en donde los Padres del Concilio estaban congregados; y que luego que se publicó la decision, y se oyó y supo, que María quedaba mantenida en la posesion justa del título de *Madre de Dios*, toda la Ciudad resonó con aclamaciones y gritos de alegría; que al salir los Padres del Concilio, y al separarse, fueron llenos de bendiciones, y llevados en triunfo; que el aire se iluminó con fuegos, y en fin, que nada faltó á la pompa de aquel regocijo común, ni al lustre y esplendor de la gloriosa victoria que María había alcanzado. ¡Ah! cristianos: es verdad que aquel Pueblo fiel tenía mucha parte en los intereses de María, y en esto obraba por un espíritu de religion; pero interesándose por María, por sí mismo se interesaba; porque contaba con el socorro y protección de esta Madre de Dios, y sabía: cuanto debía esperar de esto. — *Dardane. Sermón de la Anunciacion de María Santísima.*

(c) Desde el mismo instante en que María Santísima fué declarada Madre de Dios, tuvo perfecto y claro conocimiento del misterio que en ella se había de obrar: sabía, como dice San Agustin, que los mismos pecadores eran el motivo de que fuese elevada á tan

alta dignidad: sabía que si el hombre la debía de algun modo su redención, ella era deudora al hombre de su maternidad divina. Si no hubiera habido pecado, tampoco hubiera habido redención; ni hubiera sido madre del Redentor si no hubiera habido pecadores que redimir. Por eso desde entonces miró á su Hijo como víctima del mundo; y á sí misma como Madre, como Abogada y Protectora de los pecadores. En su parto dió al mundo á la misma misericordia, como se explica San Bernardo, y consiguientemente conoció que el afecto dominante de su corazón había de ser siempre la misericordia: que su propio oficio y su verdadero empleo era el interceder por los pecadores.— *Santander. Sermón de los Dolores de María.*

CAPITULO XIV.

Azi como J. C. diciendo á María Hé ahí á tu hijo, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una madre; del mismo modo al decir á San Juan Hé ahí á tu madre, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial, respecto á María (a) Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y veneración á María (b).

(a) Y uno de los capítulos, uno de los artículos de ese testamento divino es la disposición que Jesucristo ha hecho de su propia Madre destinándola para madre de todos sus discípulos, y de todos sus discípulos destinándoles á ser hijos de su propia madre: *Ecce filius tuus. Ecce mater tua.* Aun cuando María no nos hubiera dado á luz por su amor y por sus dolores, no sería por eso menos nuestra verdadera Madre, y nosotros no dejaríamos de ser sus verdaderos hijos, en virtud de la disposición testamentaria de Jesucristo.

Porque notad bien que el testador no es tan solamente un hombre. Un testador hombre puede muy

bien, si morir, recomendar un amigo á su madre, á fin que esta lo mire como á un hijo, y su madre á un amigo, á fin que este la considere como á su madre. Pero ese testador hombre no puede, al expresar sus deseos, al manifestar su voluntad, no puede crear, hacer nacer sentimientos maternales en el corazón de su madre para el amigo, ni sentimientos filiales en el corazón del amigo para su madre. ¡Ay! semejantes deseos, semejantes voluntades de los testadores humanos son muy á menudo olvidadas, los deseos ineficaces, y las voluntades sin ejecución.

Pero el testamento de Jesucristo es el testamento de un hombre que es al mismo tiempo Dios, cuya poderosa voluntad produce todo lo que quiere, cuya palabra tansturga cumple todo lo que espresa, cuyos deseos son creaciones.

Prounciando pues, no con el tono de un hombre que suplica sino con la autoridad de un Dios que ordena: „Muger, hé ahí á tu hijo; discípulo, hé ahí á tu madre.“ Jesucristo no tan solo declara, sino que hace á María nuestra madre; no le dá solamente el título de madre nuestra, sino tambien el corazón y los sentimientos. Y ved, hermanos míos, qué grandeza, qué autoridad hay en estas palabras: „Muger, hé ahí á tu hijo.“ Olvida por un momento que María es su madre, que él es su hijo; no se acuerda mas de sus relaciones puramente humanas con María, se acuerda que es Dios, y en su cualidad de Dios, le dice: „Muger, hé ahí á tu hijo.“ Es un Dios legislador que dicta una ley, y esa gran palabra será respetada. Por consiguiente, en el mismo momento, una gran creación se obra en el corazón de la madre y en el del discípulo: da á María un corazón de madre para su Iglesia, y da á la Iglesia un corazón de hija para María. Da á Juan y á María un solo corazón y sentimientos conformes á la alta dignidad á que acaban de ser elevados.— *El R. P. Ventre-*

ra de Raulica. *Sermon de los Dolores de María Sma.*

(b) Tripartito a ese solemne momento en que esclama la Virgen celestial, al celebrar ella misma su gloria futura: „Todas las generaciones me han de llamar bienaventuradas.”

Hace cerca de dos mil años, que en un oscuro rincón de este mundo, en el seno de una nación veleidada y menospreciada, la esposa de un artesano, una pobre hija de la tribu de Judá, apenas conocida en su humilde pueblo, anuncia al universo que todas las generaciones la proclamarán la mujer por excelencia, la Reina del cielo, la mas dichosa de todas las criaturas.

Si Dios, H. M. en cuya presencia los siglos venideros son como si ya hubieran pasado, no hubiera hablado por boca de María; si no hubiera sido esta divina Madre de la gracia el eco vivo de la verdad misma, ¿podía acaso prever ella, podía pronosticar que sería su nombre el mayor de los nombres, después del que el universo adora? ¿Podía por ventura anunciar con la precision de un hecho cumplido, que inundaría su gloria la tierra y que sería su culto tan extendido como la humanidad misma? ¿Podía acaso una pobre doncella adivina que los pueblos mas civilizados del mundo la proclamarian luego Reina de los ángeles y Madre de Dios? ¿Podía por ventura leer en el secreto del cielo, y leer con infalible certeza los caracteres de sus grandezas escritos con letras inmortales en la frente de todas las generaciones? ¿A no haber estado abierta, delante de su profética vista, el libro del porvenir, podía descubrir en él la historia de sus destinos escrita de la mano del mismo Dios?

No olvidemos que en el acto en que, con una precision divina, cuenta la bienaventurada Virgen la historia de sus futuras grandezas, estaba el paganismo cubriendo el mundo entero. Acordémonos que en ese instante, único en los anales de los siglos, no tenia el verdadero Dios mas adoradores que en el país de Judea, en el seno

de una pequeña poblacion hecha tributaria de la idólatra Roma.

Pero, ¿profetizó acaso en vano la Virgen de Israel? ¿Y nosotros que estamos á diez y ocho siglos del día en que se oyó este oráculo revelador en la humilde morada de Isabel, no sabemos por ventura que el culto de la Reina de las Virgenes ha movido á la humanidad entera, y, en este mismo momento, se hulla en todos los puntos del globo?

¿Es acaso posible el equivocarse en lo que toca al cumplimiento literal de esta divina profecía de María: „Todas las generaciones me han de llamar bienaventurada?”

Mas ¿cuál es pues esta mujer que están invocando con un mismo amor, con una misma fé y una misma confianza el hombre de talento y el ignorante?

¿Cuál es esa Virgen que están llamando Reina del mundo y Madre de Dios los reyes y los pueblos, los grandes y los pequeños, el rico y el pobre y hasta el niño?

¿Cuál es esa que invoca el guerrero al ir al combate, á quien invoca el marinero mientras las olas del mar están haciendo zozobrar su navio, y cuando ve entresabrarse debajo de sus pies los abismos del Océano? ¡Ay! es la que decía hace dos mil años: „Porque ha tenido en consideracion la humildad de su sierva, todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.”

¿Cuál es esa mujer mas pura que los ángeles, mas grande que los reyes, mas elevada que el cielo, mas fuerte que los conquistadores, cuyas grandezas han celebrado á porfia la poesia y la elocuencia, la piedad y las artes? Es la que decía: „Todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.”

Hijos de la impiedad, decís, que no podéis creer unos dogmas que no alcanza vuestro juicio. Está el catolicismo absorbiendo con sus misterios vuestra

ciencia, esa ciencia tan pobre, tan escasa, tan ruda, que se pierde como un átomo. Mas, oídos tenéis para oír y no están cerrados vuestros ojos á la luz de los hechos vivos de la humanidad. Abrid pues vuestros oídos, ímpios de la tierra, oíd á una humilde virgen, á una hija desconocida y pobre que está anunciando al universo que todas las generaciones la llamarán bienaventurada y la darán un culto.

¿Diréis acaso que no la habeis oído, que no habeis sido testigos de esta sublime escena? Pero abrid los ojos. Mirad al rededor de vosotros: ved con una rápida ojeada los pueblos mas adelantados en la civilización. ¿Es verdad que haya la Virgen Maria conquistado, no diré su admiración, sino sus homenajes y su culto? ¿Negareis acaso la verdad de la profecía? Pero su cumplimiento, imposible de preverse, imposible de pronosticarse sin la luz eterna, esto es lo que os confunde. ¿Negareis por ventura que la Virgen Santísima sea el objeto de un culto de piedad y amor en todas las naciones civilizadas de la tierra? Mas la voz de las generaciones pasadas y presentes, de rodillas al pié de los altares de Maria, cubrirá vuestras blasfemias de una mengua sempiterna.

La Virgen Maria, esposa de un pobre carpintero de Nazareth, profetizó su gloria, y está su gloria llenando á el universo. Pronosticó que todas las tribus de la tierra la habian de bendecir, y en el momento en que os estoy hablando, los ángeles del cielo están postrados delante de su trono, y la Iglesia del tiempo, á la par que los pueblos cismáticos la están llamando la muger por excelencia, la Madre de Cristo y la Virgen sin mancha.

Emanando de las montañas de Judea, el culto de la Virgen divina, semejante á un arroyuelo formado en su origen con las lágrimas de una roca desconocida, se ha ido aumentando en su curso; se ha ensanchado, se ha dilatado atravesando los siglos, y á estas horas, mas

vasto que el Océano, está cubriendo el universo con sus beneficios, y se va mas allá del tiempo para volver á hecharse con su gloria en la profundidad sin fondo de la eternidad.

Pregunto yo, ¿han dejado los primeros discípulos de Jesucristo, los santos concilios eucroménicos, la imponente voz de los Doctores de la Iglesia, las naciones que han recibido la buena noticia, los Pontífices de Roma, los obispos del universo cristiano, los sacerdotes y los fieles, han dejado, digo, de exaltar los lootes y de celebrar las virtudes de la inmaculada Virgen?

¿Ha dejado la bóveda de los templos, desde ha mas de diez y ocho siglos, de repetir los ecos de la palabra que profetizaba sus grandezas? ¿Y, recorriendo el curso de los tiempos, no encuentra el sol de la verdad católica un altar dedicado á Maria en todos los parages de la tierra donde ha edificado la fé un templo á la divinidad de su Hijo?

Luego se ha cumplido el oráculo virginal en todas sus partes, y á no haber hablado Dios por la boca de Maria, ¿podia ella dominar los acontecimientos venideros? ¿Podia ella plegarlos á medida de sus esperanzas? Podia acaso mandar á los reyes y á los pueblos, á los pontífices y á los sacerdotes, á las naciones civilizadas y bárbaras que se hicieran los panegiristas de sus grandezas y los adoradores de su gloria? ¿Podia por ventura, en una palabra, encargar á los tiempos venideros que escribieran, dictándolo ella, el acto inmenso, el acto dominante de la real dignidad de su gloria sobre todas las generaciones? Maria ha hablado, y la tierra ha obedecido. Luego, son las grandezas de Maria el milagro de la omnipotencia; luego, es divina la Iglesia, que es la sola que ha recogido este imponente oraculo; luego, solo el catolicismo, en cuyo seno se cumplió este hecho dominador del mundo, es la religion del cielo y la obra maestra de Dios.—Com-

balot. Conferencia 21 sobre las grandezas de la Virgen Sma. Comentario de la 3ª estrofa del cántico Magnificat.

CAPITULO XV.

El culto de María es una señal de la verdadera fe. Los herejes no entienden este misterio de amor (a).

(a) Así como por la palabra todopoderosa que Dios creador pronunció en el origen del mundo: „Creced y multiplicaos.“ *Crestité et multiplicavini*, como digo; por esta palabra poderosa que tiene siempre un eco en la naturaleza, nacemos á la vida natural; del mismo modo por esta palabra omnipotente salida de la boca de un Dios redentor: „Meger, hé ahí á tu hijo; discipulo, hé ahí á tu madre.“ por esta palabra del Dios redentor que se repite siempre en la Iglesia con un poderoso eco, renacemos todos á la vida de la gracia, á la filiación de María, á los sentimientos tiernos y afectuosos por ella; por la misma gracia por la cual somos católicos, recibimos el sentimiento de tierna confianza en la protección y amor de María.

Es una ley que Jesucristo estableció en el Calvario y que ha impreso, que ha grabado, en el corazón de todos los verdaderos fieles, de todos los católicos. Así como no hay verdadero catolicismo sin el culto sincero á María, no hay tampoco culto sincero á María fuera del catolicismo. No os dejéis engañar, pues, por las astucias, sofismas y blasfemias de la incredulidad, del protestantismo y del jansenismo, que bajo el pretexto de celo por la gloria de Dios y de Jesucristo, ponen en ridículo el afecto, la ternura de los fieles hácia María, la confianza que tienen en su protección maternal. Cuando sus blasfemias no son efecto de la maldad, de la impiedad, de la hipocresía, están seguros que nacen de una ignorancia profunda del Espíritu del Evangelio; porque el sentimiento filial de

ternura de la Iglesia hácia María está en el espíritu y en el sentido del Evangelio. Dejemos pues, hermanos míos, dejemos esos desgraciados con su religión de raciocinio, y quedemos nosotros con la religión de la fe; dejemos á esos desgraciados con su religión del Sinai, y quedémonos nosotros con la religión del Calvario; dejemos á esos desgraciados con su religión de respeto, y quedémonos con la religión de amor; dejémosles con su religión tan fría como la razón, tan indiferente como el exámen, tan sombría como la duda, tan dura como el error, tan desoladora como los remordimientos y la desesperación, y dediquémosnos nosotros, á practicar con perseverancia nuestras devociones, y nuestro culto á María.—*El R. P. Ventura de Rautica. Sermón de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XVI.

Misterios que encierran estas palabras de Pilatos: ved aquí al hombre: ved aquí á vuestro Rey (a) La verdadera humanidad está solo en J. C. (b) Misterios que encierran las palabras del título de la Cruz. Jesus Nazareno Rey de los Judíos (c). Admirables relaciones que hay entre estas palabras y las de N. S. J. C. Hé aquí á tu madre: Hé aquí á tu hijo. (d) Cuales deben ser los verdaderos hijos de María (e).

(a) Pilatos al presentar á Jesucristo á los Judíos, en el estado deplorable á que le habia reducido una ferocidad brutal, con una corona desgarrada en la cabeza, una caña en la mano y un andrajo de púrpura en los hombros, desfigurado por las salivas, cubierto de heridas y de sangre, no tuvo otro objeto que el de mover al pueblo á compasión. Cuando despues alzando la voz, dijo á los Judíos: Ved aquí el hombre, *Ecce homo*, quiso decirles, segun S. Gerónimo: Ved aquí el estado en que se encuentra el hombre á quien quereis hacer

morir. ¡Ah! si el título de rey que él se ha arrogado excita vuestra envidia y vuestra indignación, que al menos la abyección profunda á que se ve reducido, pues que nada tiene ya de humano, excite vuestra piedad y atraiga sobre él vuestro perdón. Ya no puede ser objeto de vuestro odio, supuesto que su ignominia y su dolor han llegado á su colmo.

Mas esta expresión: *Ved aquí el hombre*, está fuera de todas las reglas ordinarias del lenguaje humano. El título de hombre que Pilatos da á Jesucristo en su sentido universal y absoluto es evidentemente misterioso, y supone que se ha hablado ya de este hombre. Y bien, cuándo y dónde se ha anunciado jamás que debía venir al mundo este hombre extraordinario que Pilatos declara hoy haber venido ya? *Ecce homo*.

Para comprender la significación de estas sublimes palabras, recordemos que desde el instante en que el hombre desobedeció á Dios, el temor y el miedo de Dios se apoderó de los corazones de todos. Los antiguos, al solo nombre de Dios, temblaban como tiembala el vasallo al oír el nombre del soberano contra quien se ha rebelado, ó como el culpable al nombre del juez que debe condenarle. La alegría estaba entonces desterrada de las fiestas religiosas. La religión era el culto del temor, pues por medio de ceremonias lúgubres y de ritos bárbaros se apresuraba el género humano á aplacar á la divinidad encolerizada. Los Hebreos, mas familiarizados con Dios, no experimentaban un terror tan grande, pero sus corazones se abrían mas facilmente al temor y al miedo que á la confianza y al amor. La desgraciada humanidad conocía que tenía necesidad de que el mismo Dios descendiese á salvarla; pero necesitaba un Dios bueno, dulce, humilde, pobre y misericordioso, un Dios semejante al hombre, hijo y hermano del hombre, y que fuese verdadero hombre á fin de que pudiese calmar su temor, inspirar la confianza

y excitar el amor. Ved aquí por que la humanidad, representada en la Sion llorosa, suspiraba continuamente por la venida del Salvador, y en sus sentidas plegarias no cesaba de llamar al Hombre que la reconciliase con Dios, y por esta razon le decía Dios por boca de David: „no flores Sion, porque tu sosten y tu Salvador tarda en venir. Porque nacerá ciertamente en tí y de tí ese hombre tan suspirado; y será el Altísimo, el Hombre-Dios, el que te asentará sobre los fundamentos de la confianza y del amor (*).”

Pues bien, este hombre tan deseado y prometido tantos siglos ántes, había venido al fin; este era Jesucristo, que se llamó á sí mismo *el hijo del hombre*, su amigo y su hermano, y que se hizo verdaderamente hombre para salvar al género humano. Y aunque este hombre tan lleno de ternura, de compasión y de amor se haya ocupado de la salvación del hombre desde su nacimiento, se muestra mas principalmente el hombre salvador del hombre en medio de los dolores, de los azotes, de la coronación de espinas y de las demás ignominias de su pasión. Cuando Pilatos le presenta en este estado á los Judíos y á los Gentiles que asisten á tan triste espectáculo, cuando le presenta así al mundo entero, cuando finalmente esclama: Ved aquí el hombre, *Ecce Homo*, es, no solo el representante del César, sino tambien el vicegerente de Dios. No solo un hombre movido á compasión, sino un profeta inspirado por el Espíritu Santo; que en nombre de Dios y por su órden dice á la humanidad paciente: Hombres, enjugad vuestras lágrimas; cesad de elevar plegarias al Señor para obtener de él el hombre de quien tenéis necesidad. Este hombre, objeto de tantos deseos, ha venido ya; vedle, yo os le presento: *Ecce homo*. Ved

(*) *Nun quid Sion dicet: Homo? Et homo natus est in ea. Et ipse fundavit eam Altissimus. (Ps.)*

aquí el verdadero hombre que tiene la naturaleza humana sin tener sus manchas, que tiene la carne sin la concupiscencia, y la miseria sin el pecado: *Ecce homo*. Ved aquí por consiguiente el hombre que es la imagen perfecta de Dios, el hombre tipo, el hombre modelo, el hombre perfecto, el único que puede rehabilitar al género humano porque es verdadero Dios, sin embargo de ser verdaderamente lo que aparece: el verdadero hombre, *Ecce homo*. Mortales, contempladle; y en ese rostro digno de compasión, en esas miradas amorosas, en esa actitud humilde, dulce y paciente en medio del Océano de oprobios y de dolores, en que está sumergido por nosotros, reconocéis á el hombre que es el verdadero Salvador del hombre: *Ecce homo*. ¡Ah! si la justicia de Dios, que habeis provocado tantas veces con vuestros extravíos, os alerta, si la magestad de Dios os espanta, si la grandeza de Dios os amedrenta y os hace temblar, ahora que este Dios se presenta á vosotros en la actitud amante y misericordiosa del hombre, y que en este Dios que os rescata no veis mas que el hombre que os ama, *Ecce homo*, desterrad el temor de vuestros corazones para dar lugar en ellos á la confianza y á el amor; adoradle como Dios, y si Dios es demasiado grande en sí mismo, amadle en este hombre en quien está encerrado, y que sin dejar de ser verdadero Dios, es al mismo tiempo verdadero hombre, amigo y hermano del hombre: *Ecce homo*.

O admirable providencia de Dios! Del mismo modo que el Señor se había valido del odioso Caifás para profetizar al mundo la eficacia de la muerte de Jesucristo; así tambien se sirve ahora del injusto Pilatos para manifestarnos la ternura de su amor. Caifás nos muestra en Jesucristo á el hombre que debió morir para conquistar la vida de todo el género humano: *Prophetavit: expedit ut unus moriatur homo pro*

populo; et non tota gens pereat; Pilatos nos hace ver al hombre que nos ofrece su corazón y nos reclama el nuestro: *Ecce homo*. ¡Qué dulzura y qué encanto no se encuentra en esta palabra, *Ecce homo*, que nos presenta á el hombre en nuestro Dios y en nuestro Salvador! ¡Oh! ¡cómo arrebató nuestro corazón! ¡cómo lo anima, lo alienta y lo eleva á la amistad y á el amor de Dios!—*El R. P. Ventura de Raulica. Conferencia 24 sobre la pasión de J. C.*

(b) La verdadera humanidad no está en ningún hombre; estuvo en el Hijo de Dios, y allí es donde se nos revela el secreto de su naturaleza contradictoria, porque por un lado es altísima y excelente, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda baja. Por un lado es tan excelente, que Dios la tomó por suya uniéndola con el Verbo; tan alta, que fué desde el principio y antes de que viniera, prometida por Dios, adorada por los patriarcas en silencio, denunciada á veces por los profetas, revelada al mundo hasta por sus falsos oráculos, y figurada en todos los sacrificios y en todas las figuras. Un ángel se la anunció á una virgen, y el Espíritu Santo la forma por su propia virtud en sus virginales entrañas, y Dios entró en ella y la unió á sí perpetuamente, y unida perpetuamente á Dios aquella humanidad sacratísima fué celebrada en su nacimiento por los ángeles, publicada por las estrellas, visitada por los pastores, adorada por los reyes; y cuando Dios junto con esta humanidad quiso ser bautizado, se abrieron las bóvedas del cielo, y se vio venir sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma, y sonó en las encumbradas alturas aquella gran voz que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien me agrada siempre; y luego, cuando comenzó á predicar, tales maravillas obró sanando á los dolientes, consolando á los afligidos, resucitando á los muertos, mandando con imperio á los vientos y á los mares, descubriendo las cosas escondi-

das y anunciando las venideras, que causó espanto, y puso en admiración á los cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres. Ni pararon aquí aquellos prodigios, porque aquella humanidad fué vista de todos hoy muerta y tres dias despues gloriosa y resucitada, vencedora del tiempo y de la muerte, y hendiendo esplendidamente los aires, se la vió subir á lo alto como mas divina aurora.

Y esta misma humanidad por un lado gloriosísima, era, por otro, ejemplo de toda bajaiza como predestinada por Dios, sin ser ella pecadora, á padecer por la substitucion de la pena del pecado. Por eso camina tan abatido por el mundo aquel en cuyo rostro divino se miran los ángeles: por eso está tan pesaroso y tan triste aquel en cuyos ojos toman los cielos su alegría por eso anda por este bajo suelo desnudo aquel que en las divinas cumbres viste un manto arrebolado de estrellas: por eso anda, como si fuera pecador, entre los pecadores, siendo el santo de los santos: aqui conversa con el blasfemo, alli platica con la adúltera, mas allá discurre con el avaro. A Judas dá un ósculo de paz, y á un ladrón le ofrece su paraíso, y cuando conversa con los pecadores, lo hace con tanto amor, que las lágrimas se asoman en sus ojos. Este hombre debe ser gran entendedor de dolores, cuando así se apiada de los doloridos, y gran sabedor de padecerlos, cuando así se apiada de los miserables. En cuanto brilla el sol y en cuanto se dilata la tierra no hubo hombre ninguno puesto en tan grande orfandad y en tan grande desamparo. Un pueblo entero le maldice; de sus discipulos uno le vende, otro le niega; y los otros le abandonan; ni tiene agua para humedecer sus labios, ni pan para aquietar su hambre, ni almohada para reclinar su frente. Ninguna agonía hubo igual á la agonía que padeció en el huerto, porque todos sus potes manaron sangre: su rostro fué luego herido con bo-

tadas, sus carnes cubiertas con una púrpura de escarnio, y su frente coronada con una punzante corona: cargó con su propia cruz, y se derribó en el suelo muchas veces; y subió la ladder del Gólgota seguido de delirantes muchedumbres que iban llamando los aires de vociferaciones siniestras: cuando fué puesto en lo alto, creció su abandono á punto que su mismo Padre apartó sus ojos de él: los ángeles que le servian, por no verle, se cubrieron con sus alas temerosos y turbados; hasta la parte superior de su alma dejó á su humanidad en aquel trance de su muerte, permaneciendo á todo indiferente y serena. Y las turbas meneando la cabeza le decian: Si eres el Hijo de Dios desciende de esa cruz.

¿Cómo creer, sin una especial gracia de Dios, en la divinidad del que está puesto en aquel trance y estado? ¿Como no habian de ser entonces tenidas sus palabras por escándalo y locura? Y sin embargo, aquel hombre puesto allí en tan grande desamparo y en mortal agonía, sujetó el mundo á su ley, ganándole como por asalto con el esfuerzo de unos pobres pescadores, desamparados de todos, peregrinos en la tierra y miserables. Por él mudaron los hombres sus vidas, por él dejaron sus haciendas, por su amor tomaron su cruz, y salieron de las ciudades, poblaron sus desiertos, y dieron de mano á todos los placeres, y creyeron en la fuerza santificante del dolor, y vivieron vida limpia y espiritual, y dieron á su carne castigos atroces trayéndola siempre sujeta; y á mas de esto creyeron con firmísima fe poco despues de su muerte cosas estupendas é increíbles.—D. Juan Donoso Cortés. *Ensayo sobre el Catolicismo.*

(c) Por fin, hermanos míos, se ha cumplido de una manera bien sorprendente este oráculo del profeta: la iniquidad se ha mentido á sí mismo. La inocencia del Hombre-Dios sucumbe, y el juez que le condena escribe por sí mismo la inscripción que motiva su muerte:

Quien no esperaba que Pilatos hubiera escrito que Jesús era un Sedicioso, un impostor, el perturbador del reposo público y el destructor del templo? Así lo debió haber hecho, sin duda, para no hacerse responsable del oprobio de un juicio inicuo. Mas, una fuerza desconocida guía su pensamiento y encadena su mano. El ciego dirá la verdad sin pensarlo: él mismo atestiguará con solemnidad tanto la infamia de su decreto, como la grandeza de la víctima que manda inmolar. El escribirá este título contra sus propios intereses: lo escribirá en tres idiomas distintos para que sea leído igualmente por los Hebreos, por los Griegos y por los Romanos, y lo escribirá apesar de los clamores formidables de un pueblo enfurecido. El vil adulador de César, el debil complaciente de una nación pérfida, dará, en este punto, el ejemplo de una firmeza valerosa; y sus manos, todavía tenidas en la sangre del justo, trazarán por sí mismas el testimonio nada sospechoso del sacerdocio y del reinado de J. C. *Jesus Nazarenus Rex Judaeorum.*

Así se verifica! O gran Dios! que no hay consejo contra vos. No, no son aquí ni los discípulos de Jesús, ni los enfermos que ha curado, ni los muertos que ha resucitado los que atestiguan en sus últimos momentos la eminencia de sus títulos y la sublimidad de su carácter: es su juez bárbaro, es el representante de un monarca infiel, es una mano pagana la que fija en el infame patíbulo esta inscripción profunda, que expresa en substancia las infelices oposiciones de luces y de tinieblas, de grandezas y abatimientos que se encuentran en el misterio de la Cruz.—*Boulogne, Sermon sobre la pasión de J. C.*

(d) En efecto, Pilatos no hace otra cosa que confirmar por escrito en esta inscripción las magníficas declaraciones que había hecho hasta entonces del carácter y de la dignidad de Jesucristo.

El había declarado en voz alta que Jesucristo era el verdadero hombre, el hombre perfecto, el hombre modelo de todos los hombres, y por consiguiente no solo verdadero hombre sino tambien verdadero Dios, porque solo Dios podia ser el Salvador del hombre. Pues bien, esta doble declaración fué precisamente la que formuló en la inscripción de la cruz, que, segun los Evangelistas, fué redactada en estos términos: «Este es Jesús Nazareno. Este es el rey de los Judíos: *Hic est Jesus Nazarenus (Matth.) Hic est rex Judaeorum (Luc.)*» Mas al decir *Nazareno*, esto es originario de Nazaret segun la carne, no hizo mas que repetir que era verdadero hombre: *Ecce Homo*; y al escribir *Jesus, rey de los Judíos*, formuló por segunda vez esta sentencia que había ya pronunciado: Pueblo judío, ved aquí vuestro rey: *Ecce rex vester.*

A vista del título de *rey de los Judíos*, título augusta y sagrado que constituía la soberanía de Jesucristo, y que, á escepcion del Mesías, no podia sin cometer un gran crimen, aplicarse á ningún hombre, aun cuando fuese rey ó emperador; á vista de este título misterioso, repito, colocado en lo alto de la cruz de aquel á quien habían querido hacer morir como un mallechor, los principes de los sacerdotes se escandalizaron y se llenaron de confusion y de horror. Este era en efecto un magnífico testimonio tributado á la inocencia y á la dignidad de Jesucristo por el mismo juez á quien ellos habían confiado esta celebre causa; porque esta inscripción atestiguaba claramente que Jesús era el Mesías: *Hic est Jesus, rex Judaeorum*; ella acusaba á los Judíos y los presentaba, á los ojos de toda la nacion y del mundo entero, capaces de haber solicitado la muerte de su rey y su Mesías que les estaba prometido. Ya prevenían ellos mismos que el recuerdo de tal crimen los cubriria de un oprobio eterno. Al momento el Sanhedrin se presenta en cuerpo á Pilatos, y con

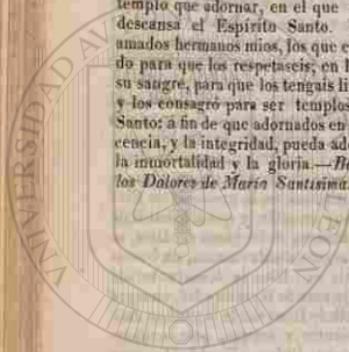
un acento de rabia y un tono de amenaza le hace observar que según costumbre debía escribirse sobre el patíbulo de los sentenciados los crímenes que los habían llevado al suplicio; que la inscripción que él había puesto sobre la cruz daba á entender que Jesús era verdaderamente rey de los Judíos, debiendo espresarse por el contrario que él había usurpado este título; que ella indicaba la soberanía de Jesucristo sobre los Judíos como un derecho legítimo y no como un atentado; que por consiguiente de esta inscripción resultaba que Jesús no era culpable de crimen alguno, pues que ninguno designaba, y que por lo mismo este escrito demostraba la infamia del pueblo que había pedido su muerte, y la de Pilatos que la había sancionado:—*El P. Ventura de Baulica. Conferencia 24. J. C. proclamado por Pilatos Rey y Mesías.*

(e) Porque no os persuadáis, cristianos, que admite indiferentemente á todos en el número de sus hijos; es preciso pasar por una prueba muy difícil, para merecer esta calidad. ¿Sabéis qué hace la bienaventurada María, cuando alguno de los Fieles la llama su Madre? Lo lleva á la presencia de nuestro Salvador: aquí, dice, si sois mi hijo, es menester que os parezcáis á mi amado Jesús: Los hijos, aun entre los hombres, llevan las mas veces impresos en su cuerpo los objetos que han ocupado la imaginacion de sus madres; la bienaventurada María, está enteramente poseida del Salvador Jesús: él solo domina en su corazón, él solo reyna en todos sus deseos, él solo ocupa y mantiene todos sus pensamientos; nunca podrá creer que sois sus hijos, sino tenéis en vuestra alma alguna semejanza de su hijo. Y si despues de averos considerado atentamente no os encuentra alguna señal que tenga relacion á su Hijo, ¿ó Dios! Cual será vuestra confusion, cuando os veis vergonzosamente deshechados de su presencia; y os declare, que no teniendo nada de su Hijo, y lo que

es mas horrible, siendole contrarios, le sois insupportables!

Al contrario, verá una persona, contraigamonos á algun particular ejemplo, que durante las calamidades publicas, como las que ahora experimentamos, al considerar tantos pobres reducidos á estrañas extremidades, siente enternecida su alma, y abriendo su corazón á la miseria del pobre con una compasion verdadera, alarga al mismo tiempo las manos para aliviarle; ó dice María al instante, este ha copiado eso de mi Hijo, que nunca vió algun miserable de quien no se compadeciese. „Me compadezco de esta multitud,” decia, y al mismo tiempo les hacia dar todo lo que los Apostoles habían guardado para su subsistencia, y aun lo multiplicó con un milagro para socorrerlos con mayor abundancia. Verá á un joven de los que tienen piutada en su aspecto la modestia, que en la presencia de Dios está con una accion muy recogida; y que si le habla de alguna cosa que pertenezca á la gloria de Dios, se entrega á ella desde luego con todo corazón, sin buscar rodeos. O qué amable es! Dice la bienaventurada María; así era mi Hijo cuando tenia su edad, siempre recogido en la presencia de Dios: desde la edad de doce años, dejaba á sus parientes y amigos, para ocuparse en los negocios de su Padre. Finalmente verá alguno cuyo principal cuidado será conservar su cuerpo y su alma en una entera pureza; que solo tiene gustos deleites, y amores inocentes; Jesús posee su corazón; y forma en él todas las delicias. Habladle de una palabra de impureza, y deis una puñalada á su alma; al instante se arma de pudor y de modestia contra tales proposiciones. Ved, cristianos, un hijo de la Virgen: con este se regocija; se glorifica, y triunfa. Con que alegría le presenta á su muy amado, que ama con pasion á las almas puras sobre todas las demás! Por esto deveis excitaros, Cristianos, al amor de la

pureza; particularmente vosotros, que por un santo afecto á Maria, venis atraídos de él, á una compañía que se juntó bajo su nombre, para perfeccionarse en la vida cristiana. Vuestro zelo ha adornado hoy este sagrado templo en que celebramos las grandezas de la magestad divina. Pero considerad que tenéis otro templo que adornar, en el que habita Jesus, y donde descansa el Espíritu Santo. Vuestros cuerpos son, amados hermanos míos, los que el Salvador ha santificado para que los respetéis, en los que ha derramado su sangre, para que los tengáis limpios de toda mancha; y los consagró para ser templos vivos de su Espíritu Santo: á fin de que adornados en este mundo con la inocencia, y la integridad, pueda adornarlos en el otro con la inmortalidad y la gloria.—*Bosuet. Sermon 2.º de los Dolores de Maria Santísima.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA
DIRECCIÓN GENERAL

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopción. Las dos pertenecen á Dios que por naturaleza es padre de su varón y por adopción es padre de los hombres (a) El Padre Eterno asoció á Maria á una y á otra (b).

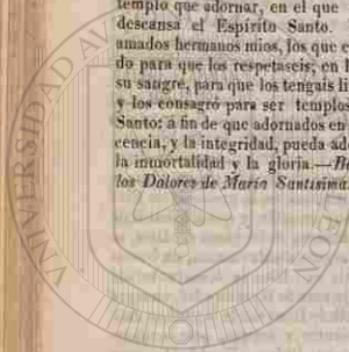
(a) Oigamos, al Discipulo amado, y sin perder nada de la humildad cristiana, aprendamos de él á conocer nuestra verdadera nobleza. Ved, hermanos míos, (nos dice en su primera Epistola Canónica) ved qué amor nos ha mostrado el Padre Celestial, queriendo que se nos llame, y que seamos en afecto hijos de Dios: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* (*) Es verdad que S. Juan hablaba en particular á los fieles que han creído en Jesucristo y le han recibido; pero lo que decía en particular á los fieles, y lo que les conviene especialmente, puedo yo en general, y en un sentido mas extenso aplicarlo á todos los hombres; porque á todos ellos (segun la expresion del Discipulo amado) se les ha dado el poder ser hijos de Dios, sin diferencia de meritos, sin distincion de cualidades, ni de sexos, ya sea pequeños, ya grandes, ya pobres, ya ricos, ya vasallos, ó ya Reyes: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (**)

Quiero hacerles ver, que esta filiacion es una consecuencia natural de la Encarnacion, y el tercer efecto

(*) Joan. 1. cap. 3. v. 1.

(**) Idem. 1. v. 12.

pureza; particularmente vosotros, que por un santo afecto á Maria, venis atraídos de él, á una compañía que se juntó bajo su nombre, para perfeccionarse en la vida cristiana. Vuestro zelo ha adornado hoy este sagrado templo en que celebramos las grandezas de la magestad divina. Pero considerad que tenéis otro templo que adornar, en el que habita Jesus, y donde descansa el Espíritu Santo. Vuestros cuerpos son, amados hermanos míos, los que el Salvador ha santificado para que los respetéis, en los que ha derramado su sangre, para que los tengáis limpios de toda mancha; y los consagró para ser templos vivos de su Espíritu Santo: á fin de que adornados en este mundo con la inocencia, y la integridad, pueda adornarlos en el otro con la inmortalidad y la gloria.—*Rosnet. Sermon 2.º de los Dolores de Maria Santísima.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA
DIRECCIÓN GENERAL

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopción. Las dos pertenecen á Dios que por naturaleza es padre de su varón y por adopción es padre de los hombres (a) El Padre Eterno asoció á Maria á una y á otra (b).

(a) Oigamos, al Discipulo amado, y sin perder nada de la humildad cristiana, aprendamos de él á conocer nuestra verdadera nobleza. Ved, hermanos míos, (nos dice en su primera Epistola Canónica) ved qué amor nos ha mostrado el Padre Celestial, queriendo que se nos llame, y que seamos en afecto hijos de Dios: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* (*) Es verdad que S. Juan hablaba en particular á los fieles que han creído en Jesucristo y le han recibido; pero lo que decía en particular á los fieles, y lo que les conviene especialmente, puedo yo en general, y en un sentido mas extenso aplicarlo á todos los hombres; porque á todos ellos (segun la expresion del Discipulo amado) se les ha dado el poder ser hijos de Dios, sin diferencia de meritos, sin distincion de cualidades, ni de sexos, ya sea pequeños, ya grandes, ya pobres, ya ricos, ya vasallos, ó ya Reyes: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (**)

Quiero hacerles ver, que esta filiacion es una consecuencia natural de la Encarnacion, y el tercer efecto

(*) Joan. 1. cap. 3. v. 1.

(**) Idem. 1. v. 12.

de la union del Verbo con nuestra carne: *Et Verbum caro factum est.* Porque el Verbo Divino no pudo vestirse de la carne del hombre sin contraher con los hombres la afinidad mas estrecha, y en el instante que nos unió á sí de tal modo que hacemos ya con él un mismo cuerpo, no hacemos usurpacion alguna diciendole á Dios en un sentido propio y verdadero que somos sus hijos: *Ut filii Dei nominemur, et simus.* En este sentido, San Clemente Alexandrino (hablando del Misterio de Dios hecho hombre, y engrandeciéndolo y magnificando las imponderables ventajas que de él sacamos) usó de aquella expresion tan fuerte cuando dixo, que Dios haciendose hombre, hizo de los hombres como otros tantos Dioses. En fin, esto no es decir que somos hijos de Dios con la misma perfeccion que el Hombre-Dios, pues él lo es por naturaleza, y nosotros por adopcion; pero Acaso esta adopcion Divina no nos ennoblece bastante? Pudiera Dios distinguirnos mas, ni teniamos motivo para esperar un honor tan glorioso? Ni por el nacimiento, ni por ministerio de hombre alguno hemos llegado á conseguir esta grandeza. Pensar de este modo sería no conocer, ni la bajeza natural del hombre, ni la excelencia de la dignidad con que hemos sido honrados: *Non ex imaginibus, neque ex voluntate carnis.* (1) Toda la gloria, pues, de este nacimiento espiritual, nos resulta de la voluntad de Dios, de su predestinacion, de su eleccion, y de su gracia; porque (no separándose nunca de nuestro misterio) si somos hijos de Dios, es por este Dios hombre, que en un mismo hombre supo reunir tambien, y enlazar juntamente su Divinidad, y nuestra humanidad; *Verbum caro factum est.* Por eso dice San Juan Chrisostomo, que el Hijo único de Dios ha venido á ser hijo del hombre; para que los hijos de

(1) Joan. 1. v. 13.

los hombres llegarán á ser hijos de Dios; y no preguntéis (añade San Agustín) ¿cómo los hombres han podido nacer de Dios? Sabiendo que un Dios ha podido y querido nacer de los hombres.—Burdaluc. *Sermon 2.º de la Anunciacion de María Santissima.*

(b) El Padre eterno no tiene mas que un solo hijo consustancial con él; es el Verbo eterno, puesto que por el Verbo eterno han sido creados todos los hombres, todo lo que existe: *Omnia per ipsam facta sunt.* Así, el Padre eterno, en ese solo Verbo que fué la causa inmediata, eficiente de la creacion de todos los hombres y de los hombres en particular, se hizo el padre de todos los hombres por la creacion. De la misma manera, María no tiene mas que un solo hijo consustancial con ella; es Jesucristo; mas puesto que de Jesucristo ha nacido la Iglesia; por Jesucristo, de su sangre, de sus dolores, han nacido los cristianos, María como Madre de Jesucristo, ella misma es tambien la madre de toda la Iglesia: *In Joanne intelligimus omnes Christi fideles quorum beata Virgo affecta est mater.* Mas no solamente María es madre y el jefe de la Iglesia y de todos los cristianos por su maternidad divina; lo es tambien por su divina caridad; San Agustín ha dicho: María es madre de Jesucristo, nuestro jefe, segun la carne; pero segun el espíritu, ella es la madre de todos los miembros de ese cuerpo divino de Jesucristo mismo, porque es por su caridad, por su amor por lo que ha hecho nacer los hijos de Dios, es la Iglesia. *María carne mater, capitis nostri, spiritu mater membrorum ejus, quia cooperata est caritate, ut filii Dei nascerentur in Ecclesia.*—R. P. Ventura. *Sermon de los Dolores de María Santissima.*

BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

Solo el amor pudo obligar á Dios á adoptar á los hombres por hijos. (a) El sacrificio de su hijo fué una condicion necesaria para esta adopcion (b) Dios consistió en él y de este modo se hizo rigorosamente nuestro Padre (c) María se conformó á los mismos sentimientos por la sinccion de el mundo, y de este modo se hizo rigorosamente nuestra madre. (d)

(a) Dios quiso hacerse amar: y como vió á la naturaleza humana de hielo para él, y de fuego para otros objetos; sabiendo quanto vale en el comercio de los afectos ser el primero, y mas en quien tiene el soberano poder no se desdénó de dar los primeros pasos, y hacernos todas las anticipaciones posibles dándonos á su Hijo único, el mismo que se dió á nosotros para atraernos á sí.

Quiso Dios hacerse amar: y porque es natural al espíritu humano, recibir mas facilmente las instrucciones por los ejemplos, que por los preceptos, propuso al mundo un Dios amando á Dios, para que viésemos en este hermoso modelo, cual es el orden, la medida, y las obligaciones del amor santo, y hasta donde debe impelerla la criatura racional.

Dios quiso hacerse amar: y como era poco para nuestra flaqueza el mostrarle un grande exemplar, si no se le daba al mismo tiempo un gran socorro, este Jesucristo que nos ama, nos enseña á amar á su Padre, para facilitarnos el camino del divino amor, se nos presenta como camino que nos guia: de modo que necesitando tres cosas para unirnos á Dios, que son un atractivo poderoso, un perfecto modelo, y un camino seguro; todo nos lo ofrece Jesucristo, todo lo encontramos en su persona, y él solo nos es á un mismo tiempo, el atractivo que nos lleva al amor de Dios, el

modelo que nos manifiesta las reglas del amor de Dios, y el camino para llegar al amor de Dios; quiero decir, si lo entendemos, que debemos en primer lugar darnos á Dios por el amor del Verbo encarnado, debemos en segundo lugar darnos á Dios á ejemplo del Verbo encarnado; y últimamente debemos darnos á Dios por el camino y mediacion del Verbo encarnado.—Bossuet. *Sermon 2.º sobre el misterio de la Encarnacion.*

(b) Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran misterio, ofrece al que se para y le mira, las mismas maravillosas conveniencias. Si todo el linaje humano padeció condenacion en Adán, nada mas razonable y conveniente sino que todo él se salvará en otro Adán mas perfecto, habiendo sido condenados como lo fuimos por la ley de la solidaridad que fué ley de justicia; nada mas razonable y conveniente sino que fuéramos hechos salvos por la ley de la reversibilidad que es una ley de misericordia. El padecer por los pecados de un representante no hubiera sido cosa justa y conveniente, si no nos hubiera sido dado el merecer por los méritos de un sustituto. Nada mas ajustado á ley de razon, sino que siendo nos imputables los pecados de aquel, los méritos de este nos sean reversibles. Y con esto se responde á los que llenos de arrogante soberbia mueven la lengua contra Dios por la condenacion con que fuimos condenados todos en la cabeza de nuestros primeros padres; porque aun suponiendo por vía de argumentacion que en nuestros primeros padres no hubiéramos sido todos pecadores, ¿con cuál derecho se queja de haber sido condenado en un representante, el que ha sido hecho salvo por un sustituto? Volverse contra Dios por la ley de los pecados imputables, sin acordarse de aquella otra que la completa y la explica, por la cual los méritos ajenos nos son reversibles; es grande temeridad, porque es insignificante mala fé ó torpe ignorancia, y en todo caso califica.

da locura.—D. Juan Donoso Cortés. *Ensayo sobre el Catholicismo.*

(e) En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió el Señor su vida por nosotros, y así nosotros debemos estar prontos á dar la vida por la salvación de nuestros hermanos.—*San Juan, cap. 3. v. 16.*

(f) Amó María tanto al mundo que para salvarlo, entregó á la muerte á su hijo único. No perdonó á su propio hijo; sino que lo entregó por todos nosotros.—*S. Buenaventura, libro 3.º.*

CAPITULO III.

La ofrenda que María hace de su hijo comenzó en secreto en el momento de la Encarnación y se manifestó en público el día de la Purificación. Desde este momento comienza á ser nuestra madre. (a).

(a) María por un prodigio de caridad para con nosotros, y por una perturbación aparente del órden, ha dirigido la existencia de su mismo divino Hijo á nuestra salud, y siendo como es todo un Dios, le ofreció y sacrificó por nosotros. Cuando Jesucristo quiso darnos á entender el efecto mas admirable de la caridad de su Padre celestial, dijo: que habia amado al mundo hasta entregar á la muerte por él á su hijo Unigénito: *Sic enim dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret* (1). Esto es lo que el grande apóstol llama exceso del amor de Dios para con los hombres: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos* (2). Pues el Corazon de María fué capaz de este mismo exceso. Ella entregó á su Hijo único, adorable fruto de sus entrañas, para la redención del mundo: *Sic dilexit... ut filium suum unigenitum daret* (3), con esta diferencia; que este sacrificio tan grande no pudo

(1) *Joan. III 16.*—(2) *Ephes. II, 4.*—(3) *Joan. III 16.*

costar dolor al Padre Eterno que es esencialmente impassible; pero que costó un dolor tan amargo y tan profundo á la mas tierna y dulce de las madres; que jamas encontraremos expresiones propias, para dar una justa idea de su martirio; martirio que no comenzó en el Calvario, sino desde que recibió la embajada del ángel. Luego que este le anunció que tendria un hijo llamado Jesus, es decir salvador, comprendió el significado de todo ese nombre, y vio que ella estaba destinada á dar á la luz del mundo, la víctima del género humano: consintió en ello plenamente; y por este consentimiento voluntario, se entregó á todos los dolores, y si puedo espresarme así, á todas las amarguras inseparables de su destino.—*El R. P. Mac-carthy. Sermón del corazon de María Santisima.*

CAPITULO IV.

Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de N. S. J. C. (a).

(a) Desde entonces que alegría pudo gustar, ó qué consuelo recibir en su pena: En todo el tiempo en que llevo en su seno al divino Niño, en que le alimentó con su leche, en que le vió crecer á su vista, no la abandonó la cruel idea de que crecía para el sacrificio, ni pudo apartar de su espíritu las dolorosas imágenes del Huerto de los Olivos, del Pretorio y del Calvario. Lo que consuela á otras madres, era tormento para ella: si el gracioso Niño le tendia sus inocentes manos, le parecia verlas cargadas de cadenas, ó taladradas con los clavos y fijadas á un infame madero: si se sonreia á verla, si fijaba en su rostro sus tiernas miradas, ó solicitaba sus caricias, ella anticipándose á lo futuro, se figuraba ver sus ojos apagados y moribundos, su rostro

inundado de sangre y lágrimas, y todo su cuerpo despedazado y hecho una llaga. Su suplicio era perpetuo, renovándose á cada instante; y solo su amor pudo hacérselo soportar. ¿Qué digo soportar! vedla cooperar ella misma á los sufrimientos de su adorado Hijo, y venir á hacer en nuestro favor el ministerio de los rigurosos designios de su Eterno Padre. ¿No es ella quien le entrega desde los primeros dias de su vida al cuchillo de la circuncision, para que su sangre comience desde entonces á derramarse por nosotros? ¿No le lleva en sus brazos al templo para ofrecerte allí como nuestra víctima, y consagrarle con solemnidad á la muerte? ¿No escucha de la boca de Simeon, que sus penas serán cada vez mas crueles hasta que él espado del dolor traspase del todo su alma? *Et sua ipsius animam pertransibit gladius* (1).

¡Oh! si me fuera permitido añadir aquí á lo que dice el Evangelio, lo que conjeturo con verosimilitud que diria de los treinta años de conversaciones intimas y familiares entre Jesus y Maria en el retiro de Nazaré! ¿No fué su pasion de la que Jesus no cesó de hablar despues á sus discipulos, como objeto constante de todos sus pensamientos? ¡Ah! ¿Qué conversaciones para una madre! ¿Qué heridas para su corazon! Y sin embargo, jamás tuvo la debilidad de esclamar como Pedro: no quiera Dios, Señor, que venga sobre ti muerte tan cruel: *Absit á te, Domine*. Al contrario, se flameaba mas y mas los ardientes deseos de su Hijo, anticipadamente se embriagaron ambos con el amargo vino del cáliz del dolor, y mutuamente se animaron á beber hasta sus heces por nuestra salvacion.—*El P. Mac-carthy. Sermon 2º del corazon de Maria Santisima.*

(1) Luc. 11: 35.

CAPITULO V.

Relaciones misteriosas entre el Paraíso terrenal y el Calvario. (a).

(a) En medio de la sinagoga judaica se levanta un árbol, el árbol de la cruz, porque en medio del paraíso terrestre se levantaba un árbol, el árbol de la ciencia del bien y del mal. El nuevo Adán como llama á Jesucristo San Pablo, el nuevo Adán tiene sus manos para que sean atravesadas, clavadas á la cruz, porque el primer Adán habia alargado sus manos sacilegas al árbol prohibido. Mas como el primer Adán se habia asociado una muger para cometer el pecado, el segundo Adán tambien debió asociarse una muger para expiarlo, á fin de que, dice San Pedro Crisólogo, los dos sexos concurriesen á nuestra salvacion, puesto que los dos habian conspirado á nuestra ruina: *Ut uterque sexus adesset ad salutem, quia neuter ad ruinam defuisset*. Así, Eva al pié del árbol prohibido nos esplica á Maria al pié de la cruz.—*El P. Ventura de Raulica. Sermon de la Virgen al pié de la Cruz.*

CAPITULO VI.

Maria debe ser espectadora de la muerte de J. C. (a) Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su hijo (b.)

(a) El Hijo del hombre es condenado á muerte: henchido de indignos tratamientos, exhausto de sangre y fuerzas, cargado con una pasada cruz bajo la cual parece sucumbir, es mas bien arrastrado que conducido al lugar de su suplicio. Las piadosas mugeres que conocian su inocencia y le ven reducido á tan dolorosa situacion, no pueden contener sus gemidos, y llenan el aire de gritos lamentables: *Plangebat et lamenta-*

hantur eum (1) ¿Adónde está su madre? ¿Ha huido acaso del teatro de tan horrosa tragedia? ¿Ha ido á sepultarse en las tinieblas de su profundo é intolerable dolor? ¿Ha permanecido moribunda y desolada en su habitación? ¡Ah! está cerca de la víctima; sube con ella al monte del sacrificio, y el Evangelio no nos dice que llorase. Vé á los verdugos que despojan á su hijo de sus vestiduras, que lo estendien inhumanamente sobre el leño fatal, y que con redoblados golpes hincan los clavos en sus pies y manos; vé correr sus lágrimas, y arroyos de su sangre por el suelo; oye que sus suspiros y gemidos se confunden con los gritos de rabia y los bárbaros insultos de sus enemigos. No está distante como las santas mugeres y los tímidos amigos del Salvador: *Stabant omnes noti ejus á longe et mulieres* (2), sino que asiste á este espectáculo tan cruel al pié mismo de la cruz, entre los horribles aparatos del suplicio, entre los verdugos y soldados, y tan cerca de su hijo moribundo, que no pierde de vista ninguno de sus sufrimientos: *Juxta crucem* (3). ¿Acaso el mismo exceso de su dolor la hará perder los sentidos? ¿Acaso dejará de percibir lo que pasa? ¿Un sombrero velo cubrirá su vista, cayendo en tierra desmayada y sin vida? ¡Oh prodigio! Hermanos míos, la madre de Jesús está en pié en actitud de sacerdote y sacrificador, ante el altar en que se consume el holocausto: *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus* (4). ¿Qué es lo que hace? mientras Jesús se ofrece á sí mismo á su Padre en espacion de nuestras culpas, su madre le ofrece también con el mismo fin: consiente en sus tormentos, en su ignominia, y en su muerte, para que nosotros obtengamos gracia, y conjura á un Dios ofendido, para que ejerza su venganza sobre el inocente Cordero, rogán-

(1) *Luc. XXXIII, 27.*—(2) *Luc. XXXIII, 49.*—
(3) *Jouu XIX, 25.*—(4) *Idid. XIX, 25.*

dole nos perdone.—*R. P. Mac-carthy. Sermon del corazon de Maria Santisima.*

(b) Al tiempo que Jesús bajaba penosamente la larga calle que conduce á la Puerta Judiciaria, una muger penetró por enmedio de la muchedumbre: esta muger notablemente hermosa y que llevaba el sello de la honestidad impreso en su dulce y modesta fisonomía, parecia enteramente absorta en un inesplicable dolor: sufría tanto, estaba tan pálida, sus ojos que habian ya derramado sus últimas lágrimas, dejaban caer una mirada tan moribunda, tan santamente triste sobre las horrosas llagas del Salvador; que al verla las hijas de Jerusalem no pudieron menos de murmurar con acento de compasion: ¡Pobre madre! Ella se deslizó por entre el pueblo, que se apartaba por un instinto de lastima y de simpatia para abrirle paso. Algunos fariseos de corazon endurecido arrojaban sobre Jesús cubierto de sudor y espirante de fatiga bajo el peso de su cruz, los dicterios mas insultantes; ella no los oía; los soldados extranjeros que rodeaban á su Hijo, le dirigieron gestos amenazadores, ella no los veía; pero cuando un haz de lanzas con las puntas dirigidas contra su pecho se interpuso entre ella y Jesús, salió de sus ojos inmóviles y desencajados un relampago que reveló la sangre real de David, y su cabeza hermosa é inspirada tomó tal expresion de grandeza dolorosa y de frio menosprecio de la muerte, que los soldados sintiéndose vencidos, bajaron lentamente sus armas ante aquella heroica y santa muger. Por duros y feroces que los hubiese hecho la vida de los campegamentos, ellos se acordaron de sus madres!

María dirigió sus pasos vacilantes hácia el Salvador, detuvo sus miradas llenas de inesplicable angustia sobre aquella figura humillada que se doblegaba sangrienta y medio desnuda bajo la ponderosa carga que la oprimia, sobre ese rostro imponente y á la vez dulce

y misericordioso que ella hubiera temido mancillar tocándolo con sus castos labios, y que hinchado, cárdeno, y cubierto de polvo y de sangre, casi ya nada conservaba de la imagen del Criador. Ella pasó tristemente su mano sobre su frente, como para asegurarse de que no era aquello un ensueño horrible. Ningun gemido alivió su corazón comprimido; ningún gesto de desesperación inició á los espectadores en los misterios de su agonía; se creyó solamente que iba á morir; y en efecto, hubiera muerto durante esta pausa horrorosa y solemne, si *¡quez, que mide el viento á la lana de la oveja, no la hubiese sostenido con todo su poder divino.* Jesús percibió bien pronto á algunos pasos de él, esa figura muda é inmóvil, é inclinada ante ella su frente que encorbaba el peso de su cruz, pronunció con voz apagada el tierno nombre de: *¡Madre!* A esta palabra que resonó como un bronco fuerebre en los oídos de la Virgen Santa, un dolor agudo le traspasó el corazón; visóse vacilar, palidecer; y en seguida doblándose sus rodillas caer sobre aquellas losas desiguales y entrojecidas, en que Jesús al pasar había dejado sus sangrientas huellas. . . . (1). — *Orsini. Historia de la Madre de Dios y su culto.*

CAPITULO VII.

Sola la vista de los tormentos de su hijo basta á María para participar de sus dolores (a) Alusiones y figuras del antiguo testamento que confirman esta doctrina.

(a) Si fíais al juicio de los ojos la idea que debéis formar de los dolores de María, extrañareis que yo sostenga, que sus tormentos fueron semejantes en la seriedad á los del Hijo. Me preguntareis en ver-

(1) La tradición, apoyada en la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo, refiere que Jesucristo ve-

dad: ¿Donde están los azotes? Las espinas? ¿Donde aquella profunda agonía en que entregó el espíritu á su Padre? No me arguyais así. La Santísima Virgen no recibió heridas en el cuerpo, no derramó sangre, ni ménos sufrió la muerte. Solo el hombre Dios, según el lenguaje de Isaías, cargó sobre su cuerpo con el peso de nuestros pecados, derramó su sangre preciosísima, porque solo él podía satisfacer eundignamente á Dios irritado contra el pecador. ¿Mas qué? ¿No podré decir del dolor lo que escribió del deleite el Padre San Agustín? *¿An habent corporis cessus voluptates suas, et animus deseruit voluptatibus suis?* Tienen los sentidos del cuerpo sus propias delectaciones: ¿Y se ha de privar de ellas el espíritu? Qué, no hay mas dolor que el exterior que traspasa la carne, como agudas espinas: Hay dolor interior que es la angustia, que aflige al hombre en la porción mas noble, en el espíritu. Tal fué el dolor de María, dolor interior, dolor del alma. Vendrá tiempo; le dijo el santo viejo Simeon, en que traspasará tu alma un profundo dolor,

ledó á su Madre con estas palabras: Salve, mater. Como se encuentra á la Santa Virgen el pie de la cruz, esa tradición de los padres nada tiene de improbable. ¿Lo fé no se opone á esas tradiciones, dice Mr. de Chateaubriand: ellas muestran hasta qué punto la maravillosa y sublime historia de la Pasión está grabada en la memoria de los hombres. Diez y ocho siglos han transcurrido; persecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una madre que viene á llorar sobre su hijo. — Construyóse en memoria del encuentro de la Santa Virgen una iglesia, que fué consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Espasmo; allí fué, dice el P. de Gueran, donde María rechazada por los soldados encontró á su Hijo arrastrando el leño ignominioso sobre el cual iba á morir.

al modo de una espada de dos filos: *Tuum ipsius animam pertransibit gladius* (1). Entendílo, dice el Santo Obispo Paulino (2), que no anuncia Simeón dolores á la carne de María, sino á su tierno y afectuoso espíritu, que dominado de amor y piedad á su hijo moribundo, sintió tanto mas vivamente las impresiones del dolor, cuanto el acero, impellido con impulso, profundizó las heridas en el Hijo.

¡O corazón, ó corazón angustiado! Tú te sentiste en el Calvario embestido del mayor dolor, de que es capaz una pura criatura. El puñal que te traspasó medio á medio, fué aquel que hizo romper de sentimiento los peñascos, obscurerese los cielos, abriese los sepulcros, y llorar amargamente á los Angeles de paz.—*Fray Pantaleon Garcia. Sermon 3.º de los Dolores de María.*

CAPITULO VIII.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos padecen mas que si los sufriesen ellas mismas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su hijo. (a).

(a) Apareció al fin Jesus.... ¡Mas en qué estado despojado hasta de sus últimas ropas, sin tener siquiera con que cubrir sus llagas sangrientas, sus carnes despedazadas; ¡El, tan casto y tan puro! Sus verdugos, arrastrándole con ignominia, le espusieron de este modo á las miradas curiosas y á las burlas del pueblo; despues, el Justo por excelencia se tendió sobre su cruz, este lecho de horror que por precio de su amor inmenso le ofrecia la ingratitude de los hombres! Era este un espectáculo demasiado cruel para que pudiesen presenciarse aquellos que tanto le amaban: leváronse, pues, á María á algunos pasos de allí, en

(1) *Luc. cap. I.*—(2) *S. Paulin. epist. 50.*

una especie de gruta natural; en donde ella permaneció de pié blanca, fria, inmóvil como una estitua de mármol (1). Llegaba de la parte de afuera un rumor sordo, semejante al zumbido que forman las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel les arroja del hueco de sus encinas. A veces elevábase de repente en medio de aquel murmullo sombrío una tempestad de gritos burlescos, de sibidos y de horribles carcajadas: el populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el Hebreo se escendió á sí mismo en esta ocasion.

Durante un intervalo de profundo silencio, producido sin duda por alguna nueva barbárie, que cautivaba la atención de la multitud, se oyó un golpe de martillo, un golpe sordo, pues que al taladrar el clavo la madera, despedazaba primero las carnes. Msdgalena se estrechó temblando contra María, y el discípulo predilecto se arrimó instintivamente á las paredes de la gruta. Un segundo golpe mas sordo, mas apagado, se hizo oír todavía; á él siguieron dos ó tres mas que caian á intervalos iguales, y todo quedó terminado! „Ved cuál le elevan en la cruz,“ observó friamente un soldado romano. Juan y Msdgalena se cambiaron una mirada de desolacion; dominaba en ellos en aquel momento la impresion de una tempestad semejante al que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes no se puede socorrer, llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. Y María!...

(1) *Cerca del paraje en que la mano de los verdugos encerró á Nuestro Señor á la cruz, se vé una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores. Aquí fué donde se retiró la santa Virgen durante los preparativos sangrientos del suplicio de su hijo. (De Geramb, tom. I, pag. 151.)*

un sudor frío cubría su cuerpo, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; ella también, pobre y débil mujer, acababa de ser crucificada; porque jamás ningún confesor extendido sobre el potro, jamás mártir alguno en medio de las llamas, han sufrido en el alma y en el cuerpo tan espantosos tormentos.

A poco se percibió el rozamiento agudo de las cadenas sobre las poleas; la cruz se fué enderezando lentamente en los aires, y el Hijo del hombre, con la faz vuelta hácia las regiones del Occidente que aguardaban la luz tanto tiempo hácia, fué enarbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles. Así estaba escrito. En aquel momento, el pueblo réprobo lanzó un ronco y dilatado rugido de gozo, y oyéronse luego estas exclamaciones: «¡Salud al rey de los judíos!—Si Dios le ama, ¡que le salve!—Nazareno, ¿cómo dices, eres el Hijo de Dios, ¡baja de la cruz! Y el ladrón crucificado á su izquierda le maldecía también en medio del estorot de su agonía; el miserable se esforzaba en manifestarse judío hasta su último instante. Jesús, sosteniendo con una dignidad tranquila y sublime su gran carácter de profeta y de Dios salvador, sellaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la nueva ley. Ni una queja, ni un reproche se escapó de sus labios en medio del suplicio infame que se le hacía sufrir á la vista de una multitud entera: él, al contrario, dejaba caer sobre aquel pueblo estraviado miradas de misericordia, y procurando aplacar la justicia divina en favor de los que le crucificaban: ¡Oh, Padre mio! exclamó con voz moribunda; ¡Padre mio, perdónales, porque no saben lo que hacen!—Orsini. *Historia de la Virgen.*

CAPITULO IX.

Fortaleza sobrehumana con que sufre María la crucifixion de J. C. De este modo concurre á la expiacion del pecado como Eva habia concurrido á su consumacion (a).

(a) En efecto, vedlo subiendo el Calvario, llevado en alas de la caridad. Acuestan al Salvador del mundo, lo acuestan encima de la cruz despues de haberle despojado de sus vestidos, despues de haberlos hechado ensangrentados á los pies de María. El Salvador del mundo es unido á la cruz de su suplicio con crueles clavos, y esos clavos, dice San Gerónimo, al propio tiempo que atraviesan los pies y las manos de Jesucristo, desgarran el corazon de la Madre. Todo lo que Jesucristo sufre en su corazon, el amor maternal, dice San Bernardo, mas cruel que los verdugos, lo repite en el alma de María. Solo un hombre que al mismo tiempo es Dios, puede morir como muere Jesucristo. Solo una mujer que tiene un Dios por hijo, puede asistir á esa muerte como lo hace María. En la actitud firme, intrépida, majestuosa de la madre, vais á ver una nueva prueba de la divinidad de su hijo: *Stabat non degeneri spectaculo mater.* Así la actitud del cuerpo de María, actitud sublime, conforme á lo elevado de su condicion y de su rango, esa actitud del cuerpo no es aventajada sino por la actitud y elevacion de su alma. La Virgen mas delicada, la Madre mas desolada se muestra la mas fuerte, la mas heroica de todas las mujeres: *Stabat corpore exalta, animo excelsior.*

No niego, dice siempre San Ambrosio, yo no niego que la Virgen ha llorado; niego solamente que María estuviera al pié de la cruz absorta como en un éxtasis mezclado de una resignacion sublime. Lejos de temer, prosigue San Ambrosio, lejos de temer, el furor de los verdugos, se ofrece y se entrega á él. ¡Feliz si

podiera morir con Jesucristo, puesto que no puede morir por él! *Pendebat in cruce filius, mater persecutoribus aese offerrebat.* Separa un solo instante su mirada de esa escena tan lastimosa para el corazón de una madre, del espectáculo de su divino Hijo desgarrado de todo el cuerpo y hechando sangre por todas sus llagas; pero muy pronto dirige de nuevo la vista á esas llagas, con ternura y una especie de gozo; reflexionando que es de estas llagas, que es de esta sangre de donde brotará la gracia de la cual saldrá la redención del mundo: *Spectabat piis oculis sibi vulnera ex quibus scitebat redemptionem hominis futuram.* Y tal era la violencia, el fervor de la caridad de María; dice otro santo padre, que sufrió con un dolor mezclado de alegría la muerte de su Hijo, porque sabía que era la condición necesaria, inevitable, para la redención de toda la humanidad: *Tanta fuit Mariae caritas, ut gaudenter sustineret mortem filii propter salutem generis humani!*—*El R. P. Ventura. Sermon de María al pié de la Cruz.*

CAPITULO X.

Fortaleza admirable de María durante la agonía de su hijo; ella renueva la ofrenda que habia hecho de su vida por la redención del mundo. (a) muerte de J. C. (b)

(a) Finalmente, es tan atento y respetuoso su amor hasta su último suspiro, que encarga el cuidado de su afligida Madre al amado discípulo, y el discípulo á su Madre: *Mulier ecce filius tuus, deinde dicit discipulo, ecce Mater tua.* Mira por la última vez aquella dolorosa Madre, la vé al pié de su cruz anegada en un mar de tribulaciones y amargura, y sus ojos casi apaga- dos van á acabar de morir sobre ella; ¡cuáles serian estas reciprocas miradas de María Santísima, y su Hijo que agoniza! ¡Qué dolorosos y secretos los tes-

timonios de su reciproco amor en esta separación! ¡Qué espada de dolor atravesaría entonces el alma de aquella afligida Madre! ¡Qué sacrificios invisibles! ¡Qué inspeccionables dolores no padecería en aquel instante! ¡Y cuánto la costaría á María Santísima el ser Madre de su Dios! pero en medio de sus angustias adora la mano que la hierre; ofrece aquella hostia inocente que expira, á la justicia de su Padre; se pone de parte de los intereses de todos los hombres, que necesitaban este grande sacrificio, y nos enseña que las grandes aflicciones tienen grandes utilidades, y que los motivos de la fé son un manantial inagotable de consuelos para las almas afligidas.—*Masillon. Sermon 2.^o de la Pasion de N. S. J. C.*

(b) Finalmente; no teniendo ya Jesucristo mas que hacer por nosotros en la tierra, estando consumado todo, tanto por parte de la justicia de su Padre, como por parte de la malicia de los hombres, y tambien por parte de su amor; habiéndose ofrecido ya el grande sacrificio, y cumplido las antiguas figuras, habiendo ya llenado Jerusalem la medida de sus padres; estando manifiestos todos los oráculos de los Profetas, establecido el verdadero culto, vengada la gloria de su Padre, acabada la carrera de su ministerio, y no pudiendo dejar á los hombres mayores muestras de su amor, declara que todo está acabado: *Consummatum est.* Inclina la cabeza, embia hácia el cielo un fuerte clamor; expira, y entrega á su padre el espíritu que de él habia recibido. Dejemos que se eclipse el Sol, que se cubra de tinieblas la tierra, que se rompan los peñascos, que se habran los sepuleros, que se confunda toda la naturaleza, que hasta los mismos enemigos del Salvador le confiesen y reconozcan; yo no quiero proponeros aquí estos grandes espectáculos: El único prodigio en que debemos pensar es en Jesucristo, á quien acaba de sacrificarse su amor por nosotros: Miradle, pues, que expiran-

do en la Cruz, no se propone otro premio de sus trabajos mas que á vuestras almas: Muere vuestro Salvador, y muere por vosotros; muere en tiempo para que vosotros no murais eternamente; muere porque os ama; muere porque no le amais; ¿deberia tener limites en este punto vuestro amor, vuestro dolor, y vuestro agradecimiento? No sois unos anatemas si no amais á Jesucristo crucificado?

Hoy le dicen los que asisten á su muerte en el Calvario: *Baja de la Cruz, y creemos en ti.* (1) Pero nosotros debemos hablar en muy diferente estilo. Por lo mismo que estais en esa Cruz, ó Salvador nuestro, por lo mismo que hoy espirais en ella por nosotros, y que preferis ese trono de ignominia á la diestra de vuestro Padre, para ser en él nuestra hostia y nuestro Pontífice, por eso mismo, todo nuestro consuelo consiste en creer en vos, en adoraros como á nuestro reconciliador, y consagrarnos la vida que nos queda: No bajéis de ese sagrado leño, en el que os manifestais como la única esperanza de vuestro pueblo; llevadnos á él con vos, como nos lo habeis prometido; cuanto mas cargado de oprobios os manifestais, mas se aumenta nuestra fé, mas se confirma nuestra esperanza, y mas se inflama nuestro amor. ¿Podrán acaso sernos inútiles tantas penas y trabajos como padecisteis por nosotros? ¿Habiais de haber rescatado nuestras almas á tanta costa, si quisierais dejarlas perecer? ¿Habiais de haber muerto con tanta ignominia, si al mismo tiempo que participamos de vuestra Cruz, no hubieramos de participar algun dia con vos, de la gloria de vuestra inmortalidad?—*Masillon. Sermón 2.º de la Pasión de N. S. J. C.*

(1) *Matth. 27. c. 42.*

CAPITULO XI.

El sacrificio de Isaac, figura del sacrificio de J. C. en el Calvario: consecuencias morales de esta doctrina (a).

(a) Jesus es el Isaac de la nueva ley, y así es necesario que él mismo lleve la leña de su sacrificio; pues el Isaac de la antigua ley solo fué figura de este, y solo llevó su propia hoguera para anunciar lo que en la plenitud de los tiempos aconteceria al verdadero Mesias.

No solo fueron sus enemigos quienes le impusieron una obligacion tan rigurosa; tambien su Padre lo habia dispuesto de este modo, cuyas disposiciones eran para el Salvador otros tantos preceptos inviolables. Por esto Abraham tomó la leña del holocausto, segun la expresion de la Escritura, y habiéndola puesto sobre las espaldas de su hijo, le mandó que caminase en este estado hacia la montaña, donde se disponia á sacrificarle; *Tulit quoque ligna holocausti, & imposuit super Isaac filium suum* (1).

Veid pues, hermanos míos, á este verdadero Isaac en quien deben ser benditas todas las Naciones; ved á este Hijo único de Dios que se presenta, llevando el leño de su holocausto sobre sus sagradas espaldas, y en su corazon el fuego que debe servir para consumarle, esto es, el de su divina caridad. El que en la mansion y esplendores de su gloria celestial está sentado sobre todos los coros de los Angeles; el que se manifestó con tanto esplendor en el Tabor en medio de Moises y Elias, ahora se deja ver acompañado de dos infames ladrones. Todo el cielo está atento á este espectáculo, y en efecto jamas hubo otro mas digno de su atencion.—*Burdaloue. Exortacion sobre J. C. llevando su Cruz.*

(1) *Genes. 22. c. 6.*

CAPITULO XII.

J. C. quiso ser crucificado para hacerse el hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomparables á María cuyos sufrimientos se hicieron por lo mismo extremos é incomparables (a).

(a) Ay, católicos! despues de Jesus en la Cruz, qué cosa mas digna de asombro que María al pié de ella? Es verdad que allí se halló el Discípulo amado, que allí estaba la Magdalena; pero en el Discípulo amado solamente se animaba un corazon de Apóstol, en la Magdalena un corazon de amante; pero en María ademas del corazon de Apóstol y de amante hay el corazon de la madre mas tierna. Aquel rio, por explicarme con expresiones de la Escritura, aquel rio abrasador de amor puro que baña é inflama los santos, desaguaba casi entero en el alma de María, inundándola, abrasándola. Los santos aman, pero María en el amor mismo. Qué viene pues á buscar al Calvario el espectáculo de un hijo moribundo, espectáculo digno de María, y espectáculo que á cualquiera otra madre se la vituperaria que no huyese de él. María es madre de un Dios: y oh! ella sabrá desempeñar dignamente esta grande y augusta calidad. No lo hizo la madre de Moises, que riega con sus lágrimas la arena que arroja á la corriente del Nilo; no Jacob que bañó con su llanto la túnica ensangrentada de Josef; no Jephthá que condena con su pesare y arrepentimiento la imprudencia de su temerario voto; no David que quiere enterrarse en el sepulcro de Absalon. En fin todo lo que sucede en el monte Calvario es digno de aquel Dios que se ofrece en sacrificio. María ama á Jesus como á hijo suyo, pero todavía le ama mas como á su Dios: amale como él quiere ser amado, amale como él se ama á sí mismo; y sí le mira como al objeto de su

amor, no menos le mira como á su ejemplar: porque cargando mas la consideracion sobre las virtudes de que en la Cruz le da ejemplo, que sobre el tristísimo suceso que la priva de su hijo, lo que con él padece, lo padece como él, hablando con la debida proporcion. Colocadas están entre ambas victimas sobre un mismo altar; un mismo golpe las hiere; un mismo fuego las consume; una misma constancia las sustenta. En la fortaleza de la madre se hecha de ver, dice San Ambrosio, la divinidad del hijo: *Stabat mater non degeneri spectaculo*. Si era propio de un Hombre-Dios morir como muere Jesus, solo era propio de la madre de un Hombre-Dios asistir con una constancia tan heroica al terrible espectáculo de un hijo moribundo, y de tal hijo: *Stabat mater non degeneri spectaculo*.

Si Magdalena mezcla sus lágrimas con la sangre de Jesucristo; si impellida del agudo é impetuoso dolor que la penetra, corre á buscar en el sepulcro el consuelo de llevar el cuerpo sacrosanto del Salvador, es porque el corazon humano no es capaz por lo comun de otro amor mas tierno; y porque un amor tan fino no puede residir en nuestro corazon con mayor sosiego. Pero el amor de María es mucho mas ardiente, y la madre de un Dios ama de un modo diverso: No hay amor mas triste ni desconsolado que el suyo, pero es el amor mas magnánimo; porque acendrado, ennoblecido, levantado por la santidad y magestad de su origen á mas sublime esfera, y grabado con el sello de la divinidad de su hijo, no se digna de pedir el menor alivio en sus penas; ni de desahogarse en gemidos, ni desatarse en lágrimas. Amor es este tan subido, que nosotros, como hombres que somos miserables, no tenemos idea alguna de él. El amor mas puro y mas ardiente siempre tiene alguna liga de la fragilidad del corazon donde habita. Pero supuesto que nosotros somos unos miserables pecadores; y María era madre

de un Dios, callemos, y llenemonos de asombro. Admiremos una alma superior á los tormentos, á que le expuso el amor que tenía á su hijo; una alma superior á los tormentos á que la expuso el amor que su hijo la profesaba. — *Neuville. Poesiográfico de María Santísima.*

CAPITULO XIII.

El rey de los Mártires llamó á María al pie, de la Cruz para que fuese la reina de los mártires. Circunstancias particulares de el martirio de María y su admirable fortaleza. (a).

(a) Veis tocados aunque ligeramente algunos de los tormentos del hijo; recordad el amor de la madre que de su presencia, y formareis una idea, aunque imperfecta de su dolor. Pero en María hay un amor mas fuerte que el de madre; el amor divino, el amor hacia Dios, las pasiones de la gracia, exceden á las de la naturaleza. Y en efecto este amor hacia Dios fué tan grande en la madre de Jesus, que segun un célebre doctor esto solo fué la que en este mundo cumplió perfectamente y segun el sentido literal aquel gran precepto del Salvador: *Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*. Amaras al Señor tu Dios de todo tu corazón; precepto que segun el doctor angélico solo en el cielo se cumplirán debidamente las demas criaturas. Y de tal modo le cumplió, que como dice un autor ascético, no tanto repetia los actos de caridad uno despues de otro como hacen los demas santos, sino que con un celo continuo estaba siempre amando actualmente á Dios cosa pasmosa á la verdad en una pura criatura; pero que no es mas que uno de los muchos privilegios y prerogativas con que el Señor quiso distinguir á la que fué concebida sin mancha para que en sus entrañas concibiera al mismo Dios. Sus ojos pues como los de

una agulla soberana estaban siempre fijos en el divino sol de justicia y contemplaban de continuo sus perfecciones admirables; de modo que como dice san Pedro Damiano, ni aun las acciones mas indispensables de la vida podian interrumpir un momento su amorosa contemplacion: *Adeo ut nec actio contemplationem minueret*. Pues estando así herida y abrasada siempre de este divino amor, ¿Porqué otra cosa habia de suspirar su corazón amante si no porque todas las criaturas se abrasasen en el fuego que á ella la consumia? O Dios, ¡qué dolor, qué angustia mortal seria la de su alma bendita, cuando en medio de estas ansias inexplicables viese tan inicuaente tratado por los hombres al que venia á salvar á los hombres! O madre del dolor, ¿Qué sentiais al ver con los ojos de la consideracion atado á una columna y azotado como vil esclavo aquel que lleva escrito en la orla de su vestido rey de reyes y señor de los que dominan? ¿Qué pasaba en vuestro corazón al ver tratado como loco y mentecato la sabiduría del Padre, al ver trasladradas ante vuestros ojos aquellas manos poderosas para sacar del caos los cielos y la tierra, y aquella sangre preciosa, de cuyas gotas una sola era bastante para salvar mil mundos, pisoteada por aquellos mismos por cuya salud se vertia? ¡Ah! Los cielos y la tierra se conmueven á la vista de tan horrendo espectáculo; lloran amargamente los ángeles de paz; tiemblan desquiciados los fundamentos del mundo; el sol se oscurece y se estremece el mismo infierno. Pues ¿Qué haria la madre de Jesus, que mejor que todos conocia la dignidad de la víctima que se estaba entonces sacrificando? Ella le amaba mas que todos los ángeles y los hombres; su dolor pues debió superar á todos los dolores juntos. Pues al dolor que le causa este su amor todo divino y celestial, unid ahora el que produce en su alma el amor de madre; y encontraremos un dolor tan intenso y

grande, que casi no cabe mas en una humana criatura; encontraremos un dolor sumo, supuesto que es sumo su amor, segun aquello que está escrito: *Ubi sumus amor, ibi sumus dolor.* Por eso no duda afirmar san Ildefonso que no se dice bastante cuando se dice que el martirio que este dolor causaba á Maria se sobrepió á todo el dolor de los mártires juntos. Mas claramente se explica san Anselmo, quien asegura que los tormentos mas crueles ejecutados con los santos mártires fueron ligeros y realmente nada respecto del martirio de Maria. Y san Basilio dice que así como el sol excede en resplandor á todos los demas astros, así Maria con su dolor excedió los dolores de todos los demas mártires. Y ¡qué extraño, católicos! Los mártires sufrían en su cuerpo, Maria sufre en su corazón. Los mártires se consolaban en sus tormentos á la vista de un Dios crucificado; y el amor de este mismo Dios crucificado es la causa del dolor de Maria, es su único y cruel verdugo que la hace padecer sin ningun género de consuelo. Ved pues con cuanta razon nos pregunta esta angustiada señora si hay dolor que pueda compararse con el suyo. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*—*Biblioteca Religiosa. Sermon de Fr. Vicente Hernandez sobre los Dolores de Maria Santísima.*

CAPITULO XIV

María habia concebido á Jesus sin concupiscencia, y le habia parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. (a)

(a) Al discípulo muy amado de nuestro Salvador, al querido Hijo de la santa Virgen, y al primogenito de los hijos, que Jesucristo le dió en la Cruz, toca el representarnos el misterio de esta maravillosa

fecundidad; y lo hace en el Apocalipsi por una excelente figura. „Apareció, dice, una gran señal en el Cielo, una muger coronada del Sol, que tenia la Luna en sus pies, y la cabeza coronada de Estrellas, y daba grandes gritos en los dolores del parto.“ San Agustín nos asegura que esta muger es la santa Virgen y sería fácil hacerlo ver por muchas razones convincentes. Pero como explicaremos este parto doloroso? Si sabemos, porque esta es la fe de la Iglesia, que Maria fué exceptuada de esta comun maldición de todas las Madres, y que parió sin dolor, como concibió sin corrupción, ¿Como explicaremos estas contrariedades aparentes?

Debemos entender dos partos de Maria: parió á Jesucristo, y parió á los fieles; quiero decir, parió al inocente y parió á los pecadores; pare al inocente sin fatiga; pero era menester que padeciese á los pecadores entre dolores y penas; y os convenceréis de ello, si consideráis atentamente á que precio los compra. Es menester que le cuesten su Hijo único: no puede ser Madre de los cristianos, sino entrega á la muerte á su muy amado; ¡O fecundidad dolorosa!—*Boquet. Sermon 1.º de los Dolores de Maria Santísima.*

CAPITULO XV

Cumplimiento de la profecía de Isaías que anunciaba que una muger daría á luz á todo un pueblo. Debes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y Maria, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. (a) (b).

(a) Qué objeto tan lastimoso es ese que se ofrece á nuestros ojos: no otro que al mismo Jesus agoviado con el grave peso de la cruz; que oprimido de la sediciosa muedumbre de un pueblo furioso que se congratula bárbaramente de su inhumano triunfo, cae á

cada paso: seguidle por las sangrientas huellas que estampan sus sacrosantos pies, y acompañad á la víctima hasta el lugar del sacrificio, adonde llega desahogada, cubierta de su propia sangre, exhausta de fuerzas, y casi moribunda: ya la colocan y mandan tender sobre el ara, y el infierno emplea contra ella los últimos esfuerzos de su diabolico furor; porque los Escrivas, los Fariseos, los Sacerdotes, los Pontífices, los ciudadanos y los extranjeros sacian su odio implacable con la ejecución de esta escena tragica, prorrumpiendo en injurias y en blasfemias. Desquiciada la naturaleza se estremece, se turba, se trastorna, pierde y invierte sus leyes ordinarias; el sol retira su luz por no alumbrar tantas abominaciones; substituyese la noche en la mitad del dia; la muchedumbre sin convertirse huye despavorida. Acercate tú, alma, siguiendo la melancólica y palida luz que, repugnandolo, despiden las amortiguadas estrellas sobre esa tierra sacrilega, y busea á Jesus. Ahí le tienes, considerale y examínale despacio: *attendite & videte*. Contempla á ese Hombre-Dios enagado en un mar de tormentos, bañado de sus propias lágrimas y sangre, solo entre las tinieblas de una noche obscura: envía al cielo y á la tierra amargos suspiros, y nadie le oye: cuanto le rodea observa un triste y profundo silencio. Tú, alma perdida, tú cristiano ingrato le has arrojado á este mar de dolores; no piensas sino en tí, ni teme ni tiembla sino por tí, ni llora, ni gime sino por tí y sobre tí. Los oprobios, los tormentos, los verdugos, la cruz, ahí como si no los padeciese; porque ni sabe ni quiere saber otra cosa que rendir vuestro corazón, carísimos oyentes míos, satisfacer por vuestros pecados, ofrecer por una satisfacción superabundante, amaros, salvaros, dividir todo su deleite en padecer y en morir por nosotros.

Tampoco yo, Dios mío, quiero saber otra ciencia: ni aspirar á otra dicha que á sacrificarme por vos. ¡Ojalá

que se descontasen del número de los dias de mi vida los que infelizmente he vivido sin amaros! yo os prometo, Señor, llorarlos eternamente sin consuelo, repitiendo sin cesar con Agustín penitente: *serote amari: tarde he empezado á amaros, ó Jesus crucificado; pero ya os amo y os amaré eternamente*. O cruz santa! ó cruz adorabile! vendrá dia en que huirán de nosotros el mundo y sus honras, los deleites y los amigos; dia en que el grande, el rico, el sabio, y aun el monarca mas poderoso del universo, se verá desamparado de todos, y solamente acompañado de tí: tú serás puesta entre nuestras debiles y casi difuntas manos, tú serás aplicada á nuestros cárdenos labios, y moribundos ojos: oh y qué consuelo sentirá entonces una alma que haya vivido crucificada contigo! O Dios mío! nada apetezco, nada anhelo, sino vivir y morir á la sombra de tu Cruz: esta gracia es el único objeto de mis deseos: dignate concederme, á mi y á este auditorio devotísimo. — *Neuille. Sermon de Pasion.*

(b) Cristianos, hijos de Maria; pero hijos de sus penas, hijos de sangre y de dolores; ¿podreis oír sin lágrimas los males que habeis causado á vuestra Madre? ¿Podreis olvidar los ayes con que os ha dado á luz? El Eclesiástico decia en otro tiempo: „No olvidéis los gemidos de tu Madre:” *Gemitus Matris tuae ne obliviscaris*. Cristiano, hijo de la Cruz, á tí se dirigen estas palabras: cuando el mundo te atrae con sus deleites; para desviar la imaginación de sus perniciosas delicias, acuérdate de las lágrimas de Maria, y nunca olvides sus llantos de esta caritativa Madre: *Gemitus Matris tuae ne obliviscaris*. En las violentas tentaciones, cuando ya casi te falten las fuerzas, que balancen tus pies del camino recto, que la ocasión, el ejemplo, ó el ardor de la juventud te estreche, no olvides las lágrimas de tu Madre: *Ne obliviscaris*. Acuérdate de las lágrimas de Maria, acuérdate de los crueles dolores con

que rasgaste su corazón en el Calvario, déjate penetrar del grito de una Madre. Miserable en qué piensas: Quieres erigir otra cruz para clavar á Jesucristo; Quieres mostrar á María crucificado su Hijo otra vez; Quieres coronar su cabeza de espinas, píenarla su vista la sangre del nuevo testamento, y con un tan horrible espectáculo, abrir de nuevo todas las heridas de su amor materno: No permita Dios, hermanos míos, que seamos tan desnaturalizados! Dejémosnos penetrar de los gemidos de María.

Hijos míos, nos dice, hasta aquí nada he sufrido, por nada cuento todos los dolores que me han afligido en la Cruz; el golpe que me dais con vuestras culpas, es el que verdaderamente me hiera. He visto morir á mi amado Hijo: mas como sufría por vuestra salvacion, yo misma quise inmolarme, y bebi esta amargura con gusto. Hijos míos, creed á mi amor: me parece que no sentí aquella herida, cuando la comparo á los dolores que me causa vuestra impenitencia. Cuando veo que sacrificais vuestras almas al foror de Satanás, cuando veo perder la sangre de mi Hijo haciendo inútil su gracia, hacer un juguete de su Cruz con la profanacion de sus Sacramentos, ultrajar su misericordia, abusando tanto tiempo de su paciencia; cuando veo que añadís la insolencia al delito, que en medio de tantos pecados despreciais el remedio de la penitencia, ó que lo convertís en veneno con vuestras continuas recaídas, amontonando sobre vosotros tesoros de odio y de furor eterno con vuestros endurecidos e impenitentes corazones: entonces me siento herida en lo mas íntimo, esto es, hijos míos, lo que traspasa mi corazón, y me arranca las entrañas.

Reparad, hermanos míos, en lo que María es dueña en el Calvario. Estos gritos, estas palabras son las que oiréis resonar en todos los ángulos de este monte, si os acordáis á él en estos santos días. A este lugar

os convido todo este sagrado tiempo de la pasion: Aquí la sangre y las lágrimas, los crueles dolores del Hijo, la compasion de la Madre, la rabia de los enemigos, la consternacion de los discípulos, los gritos de las mugeres piadosas, las blasfemias que vomitan los judíos, la voz del ladron que pide perdon, la de la sangre que solicita misericordia, la de vuestros pecados que provoca la justicia, harán en vuestros corazones impresiones propias, para hacernos entrar en los sentimientos que os piden los grandes misterios que se obran para vuestra redencion; y despues de haber recogido el fruto, y haberlos cumplido en vosotros, recibiréis la consumacion en la Gloria, que os deseo.—
Bosuet. Sermon 1.º sobre los Dolores de María Santissima.



Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á los devotos de María Santissima de los Dolores.

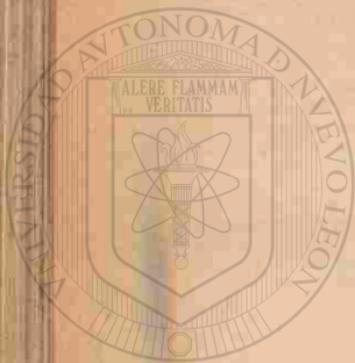
El Sumo Pontífice Clemente XII por su decreto de 4 de Febrero de 1736: el Sr. Benedicto XIV por su decreto de 14 de Julio de 1767; y el Sr. Pio VI por su decreto de 8 de Julio de 1785 concedieron indulgencia plenaria á todos los fieles que, despues de haberse confesado y recibido la sagrada comunion, en cualquiera dia del año, mediten una hora en los Dolores de la Santissima Virgen: tambien las conceden á los que empleen el mismo tiempo de una hora en oraciones relativas á aquel objeto, como la corona de los siete Dolores ó cualquiera otra de las oraciones aprobadas por la Igle-

sia: esta indulgencia es aplicable á las almas del Purgatorio. *Diccionario de indulgencias publicado por el Abate Migne.* Tomo 27 de su Enciclopedia Teológica, pag. 770.

El Sr. Pio VII durante su cautividad en Savona y en Fontainebleau no cesaba de recomendar la devoción hacia nuestra Señora de los Dolores, indicando su fiesta como el día de su libertad y el de la de la Santa Iglesia Católica. Efectivamente en 1814 el día de la fiesta de los Dolores de María Santísima se abrieron las puertas de su prisión y fué restituido á sus súbditos. De vuelta á Roma publicó el 18 de Noviembre de 1814 un decreto mandando que en lo sucesivo, á más de la fiesta que se celebra en todas partes el Viernes de Pasión, se celebrase solemnemente en toda la Iglesia otra fiesta en honor de los Dolores de la Santísima Virgen el Domingo 3.^o de Setiembre; el mismo papa concedió á los devotos de María Santísima de los Dolores otras muchas gracias ó indulgencias que pueden verse en el citado Tomo 27 de la Enciclopedia Teológica, pag. 474.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS

DEL

ILMO. Y RMO. SR. OBISPO DE AGUASCALIENTES

D. JOSÉ MARÍA DE J. PORTUGAL

O. M.

XXIII

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Virgen Santísima del Refugio

Formada en 1854
LA VIRGEN SANTÍSIMA

DEL REFUGIO

POR EL ILMO. Y RMO.

SR. OBISPO DE AGUASCALIENTES

D. JOSÉ M.^o DE J. PORTUGAL

O. M.

Con aprobación del Ordinario.

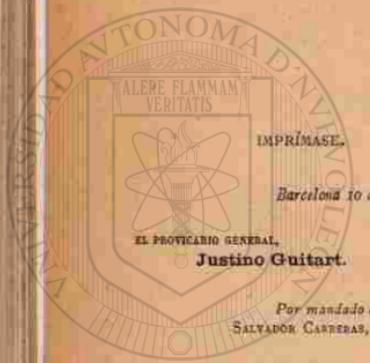


BARCELONA

IMPRENTA DE EUGENIO SUBIRANA

CALLE DE LA PUERTAERRERA, 44

1910



Barcelona 10 de Enero de 1910.

EL PROVICARIO GENERAL,
Justino Guitart.

Por mandato de Su Señoría,
SALVADOR CARRERAS, Pbro., Srío. Canc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	7
CAPÍTULO PRIMERO.—La Virgen Santísima del Refugio.	9
CAP. II.—La omnipotencia de Dios y la misericordia de María.	28
CAP. III.—El Paraíso de Dios.	52
CAP. IV.—La Ciudad de Refugio.	72
CAP. V.—María templo divinísimo de la misericordia del Señor.	90
CAP. VI.—El gran prodigio que apareció en el cielo.	110
CAP. VII.—La nube de gracia y de salud.	125
CAP. VIII.—El iris de reconciliación y de paz.	143
CAP. IX.—La estrella de los mares.	160
CAP. X.—El mar de las divinas gracias.	178
CAP. XI.—El tesoro escondido.	192
CAP. XII.—La inmaculada paloma del Señor.	209
CAP. XIII.—El palacio de Dios.	223
CAP. XIV.—El Calvario y la misericordia de María.	239
CAP. XV.—La Madre y el Hijo.	253



PRÓLOGO

Uno de los títulos más gloriosos con que la Santa Iglesia honra á la Madre purísima de Dios, es el de Refugio de pecadores. Título en verdad glorioso para la Virgen Santísima, cuyo corazón se nos presenta lleno de bondad y de ternura, y abrasado en los deseos más vivos de un santo amor que la inclinan á favorecernos en todos nuestros males.

La devoción á la Virgen Santísima del Refugio de pecadores, fué propagada en Italia por el B. P. Balducci. Este santo misionero llevaba consigo á todas partes la sagrada imagen de María del Refugio, y alcanzaba, mediante la intercesión de la poderosa Abogada de los pecadores, el que éstos se convirtiesen á millares, y per-

severasen después en la gracia del Señor.

La imagen de nuestra Señora del Refugio á que hemos hecho referencia, fué coronada, de orden del Santo Padre, por el Cardenal Anibal Albani, el 4 de julio de 1717.

Entre nosotros la devoción á nuestra Señora del Refugio, se extendió principalmente por los hijos de San Ignacio y San Francisco, que la llevaban en sus misiones apostólicas, cual enseña gloriosa de sus triunfos, como iris de paz y de consuelo, y como Madre llena de solicitud y de ternura, que venia con ellos en busca de los hijos extraviados del Padre celestial.

Es nuestro objeto, al publicar este libro, aumentar la devoción de los fieles hacia la Madre de Dios, como Refugio de los pecadores, y lograr por medio de la misma santísima Señora la salvación de las almas.

María, tan llena de bondad y de ternura, como lo está siempre para con nosotros, bendecirá nuestro humilde trabajo, que, juntamente con todo el afecto que le profesamos, ponemos á sus pies virginales.



LA VIRGEN SANTÍSIMA DEL REFUGIO

CAPÍTULO PRIMERO

La Virgen Santísima del Refugio.

I

SANTAS quién es la Virgen purísima de nuestro amor y cuál es su nombre?

Antes de contestar estas preguntas, oigamos sus palabras más dulces que la miel: Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. Con mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia es más suave que el panal de miel (1).

(1) Eccli., XXVI, 24, 27.

severasen después en la gracia del Señor.

La imagen de nuestra Señora del Refugio á que hemos hecho referencia, fué coronada, de orden del Santo Padre, por el Cardenal Anibal Albani, el 4 de julio de 1717.

Entre nosotros la devoción á nuestra Señora del Refugio, se extendió principalmente por los hijos de San Ignacio y San Francisco, que la llevaban en sus misiones apostólicas, cual enseña gloriosa de sus triunfos, como iris de paz y de consuelo, y como Madre llena de solicitud y de ternura, que venia con ellos en busca de los hijos extraviados del Padre celestial.

Es nuestro objeto, al publicar este libro, aumentar la devoción de los fieles hacia la Madre de Dios, como Refugio de los pecadores, y lograr por medio de la misma santísima Señora la salvación de las almas.

María, tan llena de bondad y de ternura, como lo está siempre para con nosotros, bendecirá nuestro humilde trabajo, que, juntamente con todo el afecto que le profesamos, ponemos á sus pies virginales.



LA VIRGEN SANTÍSIMA DEL REFUGIO

CAPÍTULO PRIMERO

La Virgen Santísima del Refugio.

I

SANTAS quién es la Virgen purísima de nuestro amor y cuál es su nombre?

Antes de contestar estas preguntas, oigamos sus palabras más dulces que la miel: Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. Con mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia es más suave que el panal de miel (1).

(1) Eccli., XXVI, 24, 27.

La Niña preciosa en quien están atesoradas las riquezas de bondad y gracia de Dios nuestro Señor, es la Virgen purísima de nuestro amor. La Madre del amor hermoso, en quien está toda esperanza de vida y de virtud, se llama Refugio de los pecadores.

Pensando en nuestra amadísima Señora, la contemplamos llevando en su frente una corona imperial que nos descubrió una grandeza y una majestad incomparables; y sin embargo, sus ojos son de paloma, y la sonrisa de sus labios es tan dulce que cautiva nuestro amor.

Lleva en sus brazos la sagrada Virgen, un Niño hermosísimo y amable cual ninguno ha sido, Niño que también nos ve lleno de dulzura, y también nos atrae con su sonrisa de ángel. ¿De ángel, hemos dicho? No, porque El es quien presta á los ángeles todos sus encantos; porque El es su Rey, y en todo los excede sin medida alguna.

El Niño es el encanto, es la gloria y el poder de su santa Madre. Ese Niño descendió de los cielos á fin de remediar nuestras desgracias, disipando las tinieblas del pecado y reconciliándonos con el Padre celestial. El Niño pasó por el mundo haciendo el bien: iluminó á los ciegos, volvió la salud á los enfermos, resucitó á los muertos y concedió el perdón á los pecadores. ¡Quién podrá decirnos cuantas veces salieron de sus purísimos labios, estas palabras tan llenas de vida, de paz y de consuelo: ¡Te son perdonados todos tus pecados! Porque hay muchas cosas que hizo Jesús que no están escritas en el Evangelio; mas lo que en

él está escrito está consignado para que creamos que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, alcancemos en su nombre la vida eterna (1).

Hay entre el Hijo y la Madre la más hermosa y encantadora semejanza; y cual si tuviesen un solo corazón, así están animados de los mismos sentimientos. A la Madre todo le viene de su Hijo, que con admirable largueza se digna comunicarle todos sus tesoros de bondad y gracia. Esa semejanza hizo exclamar á San Agustín: *Si formam Dei te appellem, digna existis* (2); y Bossuet llamó á la Madre divina, Jesucristo comenzado. Siendo esto así, podremos descubrir quién es la Virgen de nuestro amor, buscando en las criaturas la que sea más parecida al Hijo de Dios que se hizo hombre por nosotros; y en esto, ninguna podrá compararse con la inocente y sacrosanta Niña que le llevó en su seno. Ella es, pues, la Virgen de nuestro amor.

Sólo la Virgen santísima puede gloriarse de ser tan parecida al divino Jesús, con una semejanza que le es enteramente propia; semejanza, sin embargo, que deja subsistir la distancia infinita que media entre el Creador y la criatura, pero que la acerca hasta los confines de la divinidad. Es todavía más enérgica la expresión del Angélico Maestro: *Usque ad confines divinitatis attingit*.

Puede decirnos el Hijo de Dios, y en efecto lo

(1) Joann., XX, 30, 31.

(2) Apud Ligor. Glorias. Exclamaciones.

dijo: No he venido á buscar á los justos, sino á los pecadores á penitencia (1); María, á su vez, ha venido para ser el Refugio de los pecadores.—Jesucristo los redimió con su sangre; y María los adoptó por hijos en la cumbre del Calvario.—Nadie nos ha amado como el Hijo de Dios que murió por nosotros; después de este amor, el que María nos tiene es el más generoso y ardiente de todos los amores. Por nuestra parte, el amor que tenemos á Jesús es el primero en nuestro corazón; mas, después de este amor, vive en nosotros el de su Madre divina.

¿Cuál es el nombre de la preciosa y agraciada Niña que amamos con todo nuestro afecto? El nombre de esa Niña, de esa Virgen, la más pura de todas las vírgenes, es María, al cual aplicaba San Antonio de Padua, lo que San Bernardo había dicho del santísimo nombre de Jesús, que, al pronunciarlo, percibían nuestros oídos la armonía de los cielos; y derramaba en los labios la dulzura, y en el corazón la vida, la esperanza y el consuelo; porque es el nombre de una Madre llena de bondad, en quien puso Dios nuestro Señor la fuente de su gran misericordia; y por eso, todo en esa Madre es piedad y gracia, clemencia y compasión para nosotros, que somos miserables pecadores, que, llenos de confianza, corremos hacia Ella, y pedimos su auxilio sacrosanto; porque es nuestro Refugio: Refugio de los pecadores, tened piedad de nosotros.

(1) Luc., V, 32.

Unido el ministerio de María al del gran Mediador, nuestro Señor Jesucristo, de quien le vienen su virtud y gracia, se extiende sobre todo el mundo; disipa las tinieblas, trae consigo las riquezas de la gracia, ofrece á los hombres el perdón, y los llama cual tierna y cariñosa Madre. Puesta en pie en las más altas y elevadas cimas, en medio de las carreteras, en las encrucijadas de los caminos, junto á las puertas de la ciudad y á la misma entrada de ésta, da voces diciendo: Oh varones, á vosotros estoy continuamente clamando; oh hijos de los hombres, á vosotros dirijo mis palabras. Aprended la prudencia y estadme atentos... Recibid mis instrucciones con mayor gusto que si recibieseis dinero: antepone el oro la ciencia... El temor del Señor aborrece el mal: Yo detesto la arrogancia y la soberbia, todo proceder torcido y toda lengua dolosa.

Esta Madre amorosísima dirige sus palabras á los ignorantes, á los miserables, á los pecadores, y dice así: Quien sea párvulo venga á mí; y á los faltos de juicio: Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado. Dejad las niñerías, y vivid y caminad por las sendas de la prudencia (1).

La solicitud y los cuidados de María, nos revelan su misericordia para con los pecadores; misericordia que por todas partes va buscando miserables, que si, llenos de temor, quieren escapar á las terribles venganzas del Eterno, tendrán que acudir

(1) Prov., VIII-IX.

al Refugio de los pecadores, que sabrá calmar las iras del Señor, que cambiará sus iras en misericordias, y en lugar del castigo derramará la gracia.

Al pensar en las iras de Dios, y teniendo en cuenta nuestras grandes culpas, llenos de temores nos volvemos á El y le decimos: ¡Oh Señor, quién me diera que me guarecieses y me escondieses en el sepulcro hasta que pase tu furor, y me señalases el tiempo en que te has de acordar de mí (1)!

Otras veces, pretende el temor alejarnos del que es nuestro Juez soberano; mas ¿á dónde podremos huir á fin de obtener lo que deseamos? Si subimos al cielo, allí está el Señor, y si bajamos al abismo, allí lo encontramos. Si al rayar el alba tomamos las alas de las águilas para llegar al extremo del mar, allí nos habrá de conducir la mano del Eterno, y estaremos bajo el poder de su diestra. Las tinieblas no podrán ocultarnos á sus ojos; para El no son oscuras, y la noche es clara como el día (2).

En medio de tantas tristezas y desolaciones, oigamos una voz de consuelo: El Señor dió á los que le temen una señal para que huyesen de los tiros de su arco; á fin de librar á sus queridos hijos (3)... Habló Dios en su Santuario, y yo tendré motivo de regocijarme.—El me tuvo escondido en su tabernáculo: en los días aciagos me puso á cubierto en lo más recóndito de su pabellón (4).

(1) Job, XIV, 13.

(2) Ps. CXXXVIII, 7-12.

(3) Id. LIX, 6, 8.

(4) Id. XXVI, 5.

—Criará el Señor, por todos los lugares del monte de Sión, y donde quiera que es invocado, una nube durante el día, y un resplandor hermoso y brillante durante la noche; y protegerá por todas partes el lugar de su gloria; lo pondrá á cubierto de la violencia de sus enemigos. Su tabernáculo servirá de sombra contra el calor del día, y de seguridad y asilo contra las tempestades y las lluvias (1).

De todo esto necesitan en verdad los pecadores para que su esperanza no vacile á la vista de sus culpas, y para buscar, donde quiera que se halle, el remedio de sus males; mas ¿dónde están la señal de salud, el Santuario de Dios, su santo tabernáculo, la bienhechora nube, el asilo en que podamos defendernos de las iras del Señor? Casi sin pensarlo volvemos los ojos á María, á quien llamamos Refugio de los pecadores; y corremos hacia Ella para defendernos.

Si la sangre se hiela en nuestras venas al recordar estas palabras: ¿Quién os ha enseñado á huir de la ira de Dios que os amenaza (2)?, traemos luego á la memoria, á fin de reanimarnos, lo que dijo el Señor á su querida Esposa: Apacienta tus cabriillos junto á las cabañas de los pastores (3). María, constituida por Dios mismo en Pastora de nuestras almas, tendrá que apacientarnos, y defendernos de todo peligro, y cubrirnos con su protección amorosísima; y si ve que huímos llenos

(1) Is., IV, 5, 6.

(2) Luc., III, 7.

(3) Cant., I, 7.

de espanto y de fatiga, por temor de las divinas iras, dirigiéndose á nuestros ángeles custodios, les dirá: Salid al encuentro de los que tienen sed, y dadles agua; venid al encuentro de los que huyen, y traedles pan. Huyen de la espada que les amenazaba, del arco preparado para arrojar contra ellos sus saetas; huyen de una sangrienta batalla (1).

Es el asilo, es el Refugio de los pecadores, según acabamos de ver; mas también lo será de los que se han manchado con los más horrendos crímenes, y que los han multiplicado como los cabellos de su cabeza, y que innumerables ocasiones han resistido los amorosos llamamientos del Señor. La misericordia de María es el reflejo de la de su Hijo santísimo, que bajó de los cielos para buscar y salvar á los que habían perecido; que no quiere que ningún hombre se condene, y que dijo estas palabras llenas de consuelo: No arrojaré al que viniere á mí (2). A su vez la Virgen Santísima quiere que todos los hombres se salven; camina en su seguimiento cuando se extravían, y no despide sin consuelo, á los que arrepentidos se arrojan á sus pies en busca de remedio.

Si la divina justicia quiere castigar á los culpables, María se presenta delante del Señor rogando por ellos. ¡Ah, y cuán ingeniosa es su tierna caridad para alcanzarles el perdón! La Virgen Santísima se presenta delante del Señor, penetrada de un vivo interés por nosotros, y le dice, como la

(1) Is., XXI, 14, 15.

(2) Joann., VI, 37.

mujer de que se nos habla en el libro segundo de los Reyes (1): Señor, tu sierva tenía dos hijos, y el uno dió muerte al otro; no permitas que también perezca el que me queda con vida. Con el pecado hemos dado muerte á nuestro hermano primogénito, cuya sangre no pide justicia, sino misericordia. Al rogar por nosotros la Madre de Jesús, ¿dejará de alcanzar lo que pide? ¿No la oirá con agrado ese Padre dulcísimo y clemente que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva?—David condescendió con la sagaz mujer que le rogaba en favor de Absalón; y Dios nuestro Señor ¿desecharía las plegarias que María le dirige por nosotros?

La Madre piadosa que es nuestro Refugio, siempre habrá de recibirnos con agrado; y de Ella se nos dice que se deja ver fácilmente de los que la aman, y hallar de los que la buscan. Aún más: que se anticipa á los que la codician, y Ella misma se les pone delante.—Si madrugamos para encontrarla, no nos fatigaremos, pues estará sentada á la puerta de nuestra casa... Va buscando por todas partes á los que son dignos de poseerla; y en los caminos se les presenta con agrado, y en todas ocasiones, y en todos los negocios de la vida, la tienen á su lado (2).

Tal es nuestro Refugio; tal es la Madre que, para salud de nuestras almas, se ha dignado darnos el Señor.

(1) XIV.

(2) Sap., VI, 13-17.

II.

El Refugio de los pecadores es un signo de reconciliación entre Dios y los hombres; un santuario donde Dios escucha nuestros ruegos; templo divinísimo, según la bella expresión de la Bula *Ineffabilis*, donde se nos conceden las divinas misericordias; un asilo inviolable adonde no alcanzan para perdernos, las asechanzas de nuestros enemigos. Es María una nube bienhechora, cuya sombra nos defiende de los ardores del sol; nube fecundísima que derrama sobre nosotros el rocío de la divina gracia.

Es María una señal de reconciliación entre Dios y los hombres. Bendiciendo Dios á Noé y á sus hijos, les habló de esta manera: Esta es la señal de la alianza que establezco entre Mí y la tierra: Pondré mi arco en las nubes, y me acordaré de mi alianza con vosotros (1).— Jesucristo es quien reconcilió nuestras almas con el Padre celestial; mas el Hijo de Dios se nos ha dado por medio de María, por quien tenemos que reconocerlo; es su señal, Ella nos le muestra; y si quisiésemos quitarla del misterio de la Encarnación, ¿cómo sabríamos que el Hijo de Dios había tomado la naturaleza humana, ya que no teníamos por Madre de ese mismo Dios, á la feliz criatura que le dió su sangre, y le llevó en su seno, y le alimentó con su leche virginal?

(1) Gen., IX.

Mas Ella es la Madre verdadera del Hijo de Dios, y nos da testimonio del misterio de la santa Encarnación. Es, por tanto, signo elocuentísimo de aquel misterio de piedad, y lazo precioso entre el Hijo de Dios y nosotros; en una palabra, signo de la alianza eterna entre Jesús y los hombres; alianza que jamás tendrá que romperse; porque Jesucristo, el mismo que ayer es hoy, y lo será eternamente (1); siempre será nuestro hermano, é hijo de María; y al verle en sus brazos, estaremos seguros de alcanzar misericordia, si María ruega por nosotros; y es nuestra Madre, y es el Refugio de los pecadores: ¿dejará de hacerlo?

El Refugio de que hablamos, es también el templo divinísimo de la gloria del Eterno; en él moró el Señor; en él se realizó la unión hipostática entre la naturaleza divina y la humana; en él tomó nuestra carne el Hijo de Dios, y manifestó á los hombres su caridad infinita, y las humillaciones que El mismo se imponía por nosotros.

Todo en ese templo es santo, admirable y sagrado. Allí reinan la misericordia y la bondad, y Dios ostenta las riquezas de su divina gracia para con los pecadores.

En otro tiempo Salomón dirigió á Dios nuestro Señor estas palabras: Si los cielos, oh Señor, los altísimos cielos no pueden abarcarte, ¿cuánto menos esta casa que yo he fabricado? Como quiera que sea, oh Señor Dios mío, atiende á la oración de tu siervo y á sus súplicas: escucha los himnos

(1) Heb., XIII, 8.

y las plegarias que el día de hoy pronuncia tu siervo en tu presencia; para que tus ojos estén abiertos noche y día sobre esta casa, de la que dijiste: Allí estará mi nombre; para que oigas la oración que te ofrezco en este lugar y escuches mis súplicas, y las que el pueblo de Israel habrá de dirigirte en este lugar donde está tu trono celestial, y escuchándolas le seas propicio (1).—No tratamos ahora del antiguo templo de Salomón, sino del purísimo Santuario donde Dios se hizo hombre, del seno de María á quien fué dicho: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (2).

Si en el antiguo templo de Salomón, Dios escuchaba las oraciones de los judíos, y les concedía la abundancia de sus bendiciones, ¿dejará de oír á su nuevo pueblo, cuando éste le ofrece, no ya la sangre de los animales, sino los méritos de su Hijo Unigénito, que se hizo nuestro hermano en el seno de María? ¿Cuándo oramos en ese santuario del Dios vivo, en ese tabernáculo sagrado donde siempre brilla la gloria del Eterno, en ese asilo, en ese Refugio, que Dios mismo nos ha dado para librarnos de todo peligro y alcanzar los bienes celestiales?

Apareció el Señor á Salomón por segunda vez, y le dijo: He oído tu oración y la súplica que me has hecho: he santificado esta casa que me has

(1) III Reg., VIII, 27-30.

(2) Luc., I, 35.

edificado, á fin de que mi Nombre permanezca en ella para siempre; y en todo tiempo fijos estarán sobre este lugar, mis ojos y mi corazón (1). Todo esto se realiza más cumplida y gloriosamente en el nuevo santuario del Eterno, en el Corazón immaculado de María, donde Dios levantó el trono de su gloria, y donde siempre le hallaremos lleno de bondad y de clemencia. ¿Por qué no volar á ese santuario; por qué no vivir eternamente á la sombra de sus muros? Allí entonaríamos, llenos de inmenso regocijo, estas palabras de David: ¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos....! Dichosos son los que moran en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos.... Más vale un solo día en los atrios de tu templo, que millares fuera de ellos.... Dios ama la misericordia y la verdad: dará la gracia y la gloria (2).—Corramos, pues, volemos á ese santuario de misericordia y gracia, á esa casa del Señor, de la cual decía Isaías que teñía sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y que se elevaba sobre todos los collados. A esa casa acudirían todas las naciones, y muchos pueblos vendrían diciendo: Subamos al monte del Señor y á la Casa del Dios de Jacob, y él nos mostrará sus caminos, y andaremos por sus sendas; porque de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (3).

¿Cómo entraremos en el santuario de Dios; y

(1) III Reg., VIII, 27-30, IX, 3.

(2) Ps. LXXXIII.

(3) II, 2, 3.

qué tendremos que hacer á fin de conseguir la protección de la Virgen Santísima, á quien llamamos Amparo y Refugio de los pecadores?—Pensando en Ella, pidiéndole su auxilio, y amándola con todo el corazón. El pensamiento, el ruego y el afecto de un hijo que tiene sus delicias en su dulce madre, no son carga que le oprima, ni ocupación que le moleste, sino alegres y floridas sendas de paz y bienandanza, que lo encaminan á su eterna dicha.

Es tan hermosa, tan amable y perfecta la celestial criatura en quien pensamos.... Dios puso en Ella la plenitud de sus gracias, el esplendor de toda santidad y el encanto de todos sus amores.... Y nos ponemos muy despacio á recordar la predestinación singularísima de nuestra muy amada Niña, y los altísimos destinos que Dios le señalaba desde su misma eternidad; y exclamamos llenos de ternura: ¡Oh cuánto la amó Dios nuestro Señor; y cómo se dignó preferirla á todas sus criaturas!

Y se nos presentan en seguida su Concepción inmaculada, y los dolores que sufrió por nosotros en la cumbre del Calvario; porque en este templo del Señor de que hablamos, no sólo resonaron las alegrías del cielo de los misterios de gozo del Señor, sino también los tristes acentos de su pasión santísima y de los dolores de María.

En su Concepción inmaculada, María se nos presenta purísima y sin mancha; no son para Ella las tinieblas, ni la debilidad, ni la miseria, sino el esplendor de la gracia y el hermosísimo ropaje de todas las virtudes. Se eleva como una columna

de humo, que difunde celestial fragancia; se apoya en el amado de su corazón; pisa la luna con su pie virginal; las estrellas adornan su frente, y el sol la envuelve en un manto de luz. Dios, en fin, le dice estas palabras: Toda eres hermosa, amiga mía, y en Ti no hay ninguna mancha.

¿Tendremos ojos para contemplar una belleza tan pura, tan amable y perfecta? Y podrá resistir el corazón, el fuego del amor que lo abraza y lo consume?

Olvidados de nosotros mismos, bendicimos al Señor que quiso realizar las grandes maravillas en la que había de ser su santa Madre.

Al hallarnos en el purísimo Santuario que Dios ha consagrado con su divina presencia, nos acordamos de la dignidad infinita de María, y gozamos de una dicha que no cabe en nuestras almas. Es nuestra Madre, y la amamos con todo el corazón. Es nuestra Madre, y Dios la ha exaltado sobre toda grandeza; fuera de la grandeza del Eterno; y por ser Madre de su mismo Dios, es la Reina del cielo y de la tierra.

Todo en María es admirable y grandioso, sublime y perfecto. ¿Qué somos nosotros comparados con Ella? Por esto nos humillamos en su presencia y nos rendimos á sus pies virginales, y los abrazamos con inmenso amor, y los cubrimos de ternísimas caricias. Cantamos la magnificencia de su gloria, y bendicimos á nuestro Dios querido que la escogió por Madre.

Otra vez decimos: es nuestra Madre; y ponemos en sus manos nuestra suerte; todo lo espera-

mos de su gran misericordia, y jamás quedaremos confundidos; porque es el Refugio universal que Dios mismo nos ha dado para remedio de todos nuestros males, segurísima defensa en todas las tempestades de la vida, y tesoro inagotable de bondad y gracia con que el Señor ha querido enriquecernos.

Al pensar en los misterios de nuestra tierna y amorosa Madre, no hemos de olvidar los que corresponden á sus santísimos dolores.

María padeciendo con Jesús, padeciendo por nosotros. El mis santo é inviolable de todos los amores unía el corazón del Hijo y de la Madre. Tenían entrambos los mismos intereses, los mismos sentimientos; sus gozos y dolores también eran los mismos.

Si el Hijo no hubiese sido quien es; si alguna madre hubiera podido amar á sus hijos con más ardiente cariño que aquel que la Madre de Jesús tenía á su Hijo, tal vez pudiéramos medir la profundidad y la extensión de los dolores de nuestra Señora, que se nos presentan grandes y amargos como el mar. Mas el Hijo de Dios merece un amor infinito; y este amor está pidiendo que al participar de sus padecimientos y amarguras, sea sin medida nuestro dolor; porque éste nos sumerge en un piélago insondable de indecibles penas y tristezas; y por más que descendamos al considerarlas, siempre hallaremos nuevas profundidades, cuyo fondo jamás llegaremos á tocar. Veámoslo si no en la misma Reina de los mártires, en la Madre afligidísima que recogió en su seno todos

los dolores.—María contempla la adorable grandeza de Jesús, piensa en su amor infinito á los hombres, y le ve padecer las más terribles angustias, clavado en un madero donde muere por la salud del mundo.

Después de los padecimientos y dolores de Jesús, los de su santa Madre ¿no serán los más terribles y profundos que podemos concebir?—Al pensar en ellos, el llanto humedece nuestros ojos; y volviéndonos á Ella tenemos que decirle á nuestra tierna Madre: ¡Oh cuánto nos amasteis en el calvario, cuánto te debemos, cuánto padecisteis por nosotros! En virtud del amor que nos tiene, la que es nuestro amadísimo Refugio, nuestra dulce Madre, ofrece por nosotros sus padecimientos y dolores, siempre agradables al Señor, y por los cuales se digna concedernos la abundancia de sus divinas misericordias.

Tales son los pensamientos en que debemos ocuparnos cuando entremos en este santuario de Dios, la purísima virgen María; cuando busquemos en él el socorro de la divina gracia; y al ocultarnos en este tabernáculo sagrado, donde siempre estaremos á cubierto de todos los males y desgracias que fuera de él jamás llegaríamos á evitar.

¿Qué tendremos que hacer,—hemos preguntado,—para conseguir la protección de la Virgen Santísima, á quien llamamos nuestro Amparo, y el Refugio de los pecadores? Y hemos contestado: pensar en Ella, pedirle su auxilio y amarla con todo el corazón.—En lo primero acabamos de ocuparnos; tratemos ahora brevemente de lo demás.

La eficacia de los ruegos de María, el amor que nos tiene, y nuestras grandes miserias, nos están diciendo: Implorad el auxilio de la divina Madre, que todo lo alcanza del Señor; tened presente que Ella os ama con un amor generosísimo y que nunca llegará á olvidaros; atended, en fin, que Dios no remediará vuestras desgracias, sino por medio de María. Clamad á Ella, y la que es amoroso Refugio de los pecadores tendrá compasión de vosotros. Después de Dios, poned en María vuestra confianza, y no quedaréis confundidos.

Nuestro amor á la Madre de Dios nos alcanza en eficacia y santa protección. Si le decimos con filial y delicado afecto: Vos sois el amor de nuestras almas; ¿sus purísimos labios dejarán de abrirse para contestarnos? Nos dará la siguiente respuesta: Yo amo á los que me aman... En mi mano están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia. Mis frutos valen más que el oro y que las piedras preciosas; y mis producciones más que la plata acendrada. Yo camino por las sendas de la justicia, á fin de enriquecer á los que me aman, y de henchir sus tesoros (1).

Así paga nuestra buena Madre el amor que le tenemos, enriqueciendo nuestras almas con todos los tesoros que ha puesto en sus manos el Señor. Abre sus labios la incomparable y celestial María, y nos dice llena de ternura: Yo amo á los que me aman.—¿No pondremos á sus pies el corazón? Que reine para siempre su amor en nuestras almas; y,

(1) Prov., VIII, 17-21.

después de Jesucristo, sea nuestro encanto su divina Madre. Ella así lo quiere, así lo quiere Jesús. Lo trae en sus brazos, y nos dice: Tomadle en los vuestros, y amadle como yo le amo; y el Niño hará gustoso lo que su Madre le pide.

De muchos santos sabemos que han recibido al Niño Jesús de manos de su santa Madre, quien bien quisiera entregarlo á cada uno de sus hijos; mas ¡ay dolor! no tenemos la pureza de los santos, ni amamos como ellos al Hijo y á la Madre; no son para nosotros esas gracias; y al vernos tan indignos del amor de Jesús y de María, pedimos solamente, misericordia y perdón de nuestras culpas: que María nos reconcilie con su Hijo, que le ruegue sin descanso por nosotros; y en toda nuestra vida, y en la muerte, sea, la dulcísima Señora, nuestro amparo y seguro Refugio en nuestras penas.

¡Oh Madre dulcísima y llena de clemencia! Vos nunca os olvidáis de vuestros hijos, y vuestro Corazón no sabe sino amar. El Señor os ha colmado de sus gracias y ha puesto en vuestras manos todos sus tesoros. Sois generosísima; y la bondad y la ternura rebosan sin cesar de vuestro seno; tened, pues, compasión de los hijos que ponen en Vos su confianza, que piden vuestro auxilio, que corren hacia Vos en busca de defensa; cubridlos, dulcísima Señora, con vuestro grande y celestial amparo.

¡Refugio de los Pecadores, rogad por vosotros!



CAPÍTULO II

La omnipotencia de Dios y la misericordia de María.

Del Criador y la criatura. Hay entre el uno y la otra las más sagradas y estrechas relaciones; y, sin embargo, están á una inmensa distancia: el Criador es el Sér de los seres; tiene la vida por Sí mismo; es el Sér necesario; es omnipotente. Nada de esto se halla en la criatura: no es ella el Sér de los seres, ni tiene la vida por sí misma; es contingente, y nada puede sin Dios. Detengámonos en lo último. Dios es el que obra en nosotros, no sólo el querer, sino el ejecutar. Antes de San Pablo, de quien son estas palabras, había dicho Isaias lo mismo: Oh Señor, todas nuestras obras tú las has hecho en nosotros (1). Dios es la causa primera, y El es quien nos da la vida y el movimiento.—La bondad divina, dice el Angel de las escuelas, es no solamente el fin del

(1) Philip., 11, 13.—XXVI, 12.

ser de todas las cosas, sino de todas sus operaciones y movimientos. La criatura posee en su forma alguna semejanza con la bondad divina, y por esto todas sus acciones y movimientos se ordenan á la misma bondad como á su fin, y propenden (*videtur*) á alguna cosa perfecta, que por lo mismo tiene la cualidad de buena; porque la perfección del sér es su bondad; y por esto todo movimiento y acción tiende al bien, y es como una imagen del Bien Sumo, como todo sér lo es del primer sér. De esta manera el movimiento y la acción tienden á asimilarse á la bondad divina. Además Dios es el primer motor y agente, y su fin no es otro que su bondad, que es el fin de las criaturas, no para causarla y producirla, sino para adquirírsela ó apropiársela (1).

Pensemos ahora en el poder divino en sí mismo, y oigamos á nuestro querido Maestro:

En Dios nuestro Señor no hay potencia pasiva, porque ésta es imperfecta, y Dios es acto puro, absoluta y universalmente perfecto. Existe en acto y es perfecto; y por tanto es principio activo, mas no pasivo; porque la razón de principio activo conviene á la potencia activa que es el principio de obrar sobre otro. La potencia pasiva recibe ó sufre la acción ajena; y por tanto no conviene á Dios.

La potencia de Dios es infinita, porque existe en El en cuanto El es acto. Su sér es infinito, y no está limitado por cosa alguna que lo contenga; por

(1) Comp. Theol., cap. CIII.

lo cual su potencia es infinita; porque los agentes obran con tanto más poder, cuanto es más perfecta la forma por la cual obran; mas Dios obra por su esencia, que es infinita; y así lo es su potencia.

Por lo demás, Dios no es agente unívoco, porque nada hay que sea de su misma especie ó género; y por esto sus efectos son siempre inferiores á su poder, que en ningún caso podría ser vano; porque es vano lo que se ordena á un fin que no se obtiene; y el poder de Dios no se ordena al efecto como á su fin, sino que el fin de éste es el poder de Dios.

Dios todo lo puede; mas no puede hacer lo que implica contradicción. La palabra potencia se refiere á lo posible; y por lo mismo, nada más racional que entender que si llamamos á Dios omnipotente, su omnipotencia no se refiere sino á las cosas posibles.

Lo posible y lo imposible en absoluto se juzgan por la relación entre los términos: existe lo primero cuando no hay repugnancia entre el predicado y el sujeto; y lo segundo en el caso contrario.

Lo posible absoluto no se considera por relación á las causas inferiores ó superiores, sino en sí mismo. Lo posible relativo tiene en consideración su causa próxima. Crear, justificar, y lo que sólo á Dios corresponde, se llama posible según la causa superior; lo que pueden hacer por su naturaleza las causas inferiores, se llama posible con relación á éstas.

Dios puede hacer otras cosas más grandes y más numerosas que las que hace; porque no obra

por necesidad, sino por voluntad. Esta voluntad no está determinada por su naturaleza, ni por la necesidad de crear; y por esto el mundo actual no prueba que Dios no pueda producir otro.—El Señor que es poderoso, dice el Apóstol, puede hacer infinitamente más de lo que pedimos, ó de todo cuanto pensamos, según el poder que hay en nosotros (1).

Respecto de la creación de cosas más excelentes de las que existen, la bondad de Dios puede considerarse bajo dos aspectos: 1.º en cuanto á la esencia del ser de las cosas: en este sentido Dios no puede mejorarlas, pero sí crear otras mejores. Consta lo primero, porque dejarían de ser lo que son; como sucedería si al bruto se le añadiese la racionalidad; dejaría de ser lo que es, y pasaría á la especie de hombre. Un número no puede hacerse mayor, porque ya sería otro número.

2.º En cuanto á la bondad extrínseca del ser, Dios puede hacer las cosas que ha criado, mejores que lo que son. Y aun, hablando absolutamente, puede hacer otras mejores que cada una de las que ha hecho.

Al llegar aquí, preguntamos: ¿cómo puede ser esto, cuando se sabe que Jesucristo, en cuanto hombre, está lleno de gracia y de verdad, y ha recibido al Espíritu Santo sin medida? Sabemos asimismo que la bienaventuranza, aun la criada, es el sumo bien; y por último, que la Santísima Virgen ha sido ensalzada sobre todos los coros de los án-

(1) Ephes., III, 20.

geles. En cualquiera de estas cosas, ¿será posible algo mejor?—La humanidad de nuestro Señor Jesucristo, por estar unida á Dios, y la beatitud criada, porque es la fruición de Dios, y la Santísima Virgen María, porque es Madre de Dios, tienen cierta dignidad infinita del bien sumo que es Dios, y en este concepto no hay criatura alguna que pueda ser mejor que ellas, como nada puede ser mejor que Dios. (1).

Hablando el Dr. Sutil de la potencia de Dios, dice que se halla en el Primer Principio la potencia activa por la cual se hace todo lo que existe y que no puede ser por sí mismo, como todo lo posible, que en cuanto tal es lo mismo que causable, porque todo lo que puede ser causado pide para serlo una causa; y ésta no puede contenerse en aquella universalidad, pues sería su propia causa. Por esto, quien da el ser á la universalidad de las criaturas, está fuera de la misma universalidad. De esta manera vemos que aquella causa es primera, y como tal, efectiva de todo lo causable. De aquí resulta que en el Primer Principio hay una potencia activa, y efectiva de todo lo criado. Además, cada uno obra en cuanto es acto perfecto; y la substancia primera es acto puro y perfectísima substancia; por esto le corresponde el obrar.

La fuerza activa sigue al ser de quien tiene la correspondiente medida; mas el Primer Principio es el Sér infinito; y por tanto su potencia activa relacionada con ese mismo sér, es también infinita.

(1) P. I, Q. XXV.

ta.—Añadamos que el poder de Dios no puede ser finito, porque lo finito se limita por la forma ó por la materia; mas lo que se limita por la forma es imperfecto, pues la forma lo perfecciona. También es imperfecto lo que se limita por la materia, pues carece de una mayor extensión. El Primer Principio es infinitamente perfecto, y es el Sér universalísimo; y por esto le repugna cualquier límite y excluye todo término; tiene, por tanto, un poder infinito (1).

Hablando Dios de su poder divino, dirigiéndose á Job, se expresaba en estos términos: ¿En dónde estabas cuando Yo ponía los fundamentos de la tierra? Dímelos, si tienes inteligencia. ¿Sabes quién tiró sus medidas, ó quién extendió sobre ella la primera cuerda? Di ¿qué apoyo tienen sus bases, ó quién asentó su piedra angular? ¿En dónde estabas cuando los nacientes astros y las brillantes estrellas me alababan de consuno; y todos los hijos de Dios prorrumpían en cánticos de amor sagrado? ¿Quién puso diques al mar para contenerle cuando rebosaba; cuando salía de mis manos como de seno maternal; cuando le cubría de nubes como de un vestido, y le envolvía en tinieblas como á un niño entre pañales? Lo encerré dentro de los límites que le hube señalado; y le puse cerrojos y compuertas; y le dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante: aquí quebrantarás tus hinchadas olas.—Desde que estás en el mundo, ¿has mandado á la estrella de la mañana, para

(1) Summa Scoti, P. I, Q. XXV.

que anuncie el día, y has señalado á la aurora el punto por donde debe salir? ¿has cogido entre tus manos los polos de la tierra, y la has sacudido para arrojar de su superficie á los impíos? ¿has entrado en el fondo del mar, y te has paseado en lo más profundo del abismo...? ¿Quién ha dado curso á las lluvias impetuosas, y ha señalado su camino al estruendoso rayo...? ¿Podrás atar las brillantes estrellas de las Pléyades, ó desviar el giro del Orión? ¿Hes tú el que haces aparecer á su tiempo el lucero de la mañana sobre los hijos de los hombres, ó quien le haces brillar en la tarde?... ¿Alzarás tu voz hasta las nubes para que derramen sobre ti sus impetuosas aguas? ¿Mandarás á los rayos y éstos partirán al instante, y te dirán al volver: Aquí estamos (1)?

Job contestó al Señor, diciendo: ¿Qué puedo responder? Pondré la mano sobre mi boca (2). A su imitación, nosotros guardamos un profundo silencio al pensar en la omnipotencia del Eterno, y le adoramos con el más humilde rendimiento del alma. El solo es el grande, el único Dios verdadero, que todo lo puede, y á cuya virtud omnipotente nadie resiste. Nos tiene rendidos á sus pies, y le bendicimos y adoramos, y ponemos en sus manos nuestra suerte, y decimos con el Real Profeta: Yo me ocuparé en considerar el poder del Señor, y me acordaré de su justicia... No me abandones, oh Dios, sosténme hasta que anuncie la

(1) XXXVIII.

(2) Id., XXXIX, 34.

fuerza de tu gracia á las generaciones venideras, y haga conocer tu poder y tu justicia hasta lo más alto de los cielos, por las grandes cosas que has hecho en mi favor. Oh Dios, ¿quién hay semejante á Ti? ¿Cuántas y cuán acerbas tribulaciones me has hecho probar al retirarte de mí por mis culpas! y al volverte hacia mí, me has hecho revivir, y nuevamente me has sacado de los abismos de la tierra, y has dado á conocer de mil maneras la magnificencia de tu gloria y me has llenado de consuelo. Yo cantaré tus alabanzas, y rebosarán de júbilo mis labios, y mi alma que tú redimiste. Emplearé mi lengua día y noche en alabar tu justicia y tu poder y tu bondad (1).

El poder de Dios es infinito; su potencia es activa; puede hacer lo que no ha hecho; puede hacer cosas mejores que las que han salido de sus divinas manos; y su omnipotencia es un acto puro, altísima y sagrada perfección que nos rinde á sus pies, por ser quien es; porque inclina á nosotros su corazón de Padre, y emplea su omnipotencia en nuestro bien. La gratitud abre nuestros labios, y ensalza su magnificencia y su poder divinos, con este sublime y armonioso cántico: Cantemos al Señor por la magnificencia de su gloria. Mi fortaleza y alabanza es el Señor; en Él está mi salud: es mi Dios, y glorificaré su poder; es el Dios de mi padre y ensaltaré su nombre. Es el Señor cual invencible guerrero, y su nombre es: el omnipo-

(1) Ps. LXX, 15, et seq.

tente; reinará para siempre jamás: *In aeternum et ultra* (1).

Dios ensalza la gloria de su omnipotencia en hacernos bien, y por esto enriquece con tanta abundancia á sus criaturas, con sus preciosos dones; mas á cada uno de nosotros se da la gracia según la medida de la donación de Jesucristo. Por esto dice la Escritura: Al subir á lo alto, llevó cautiva la cautividad; comunicó sus dones á los hombres.... A unos los hizo apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, á otros pastores y doctores, para que se ocupasen en la consumación de los santos, en la edificación del cuerpo de Jesucristo (2).

La excelencia de los divinos dones con que Dios enriquece á sus criaturas, viene de su amor para con ellas, y se relaciona con el misterio de Jesucristo, su encarnación y la salud eterna de los hombres. Entre todas las criaturas, es la primera en el amor de Dios, la Inmaculada Virgen María; y nadie como esta santísima Señora tiene con Dios, en la obra de la Redención humana, tan estrechas y sagradas relaciones. Por esto brillan en María las maravillas del poder divino, con una grandeza incomparable, y una hermosura encantadora.

El Padre celestial la eligió desde la eternidad para Madre de su Hijo, que se haría hombre á fin de redimirnos del pecado.

(1) Exod., XV.

(2) Ephes., IV, 7-12.

Si el Hijo de Dios inclinaba hasta la forma de siervo su grandeza infinita; sin embargo, sería Dios con nosotros.

El Espíritu divino, al descender hasta el seno de la Virgen sin pecado, formaría de la sangre preciosa de esta Niña el cuerpo de Jesús. Ahora bien: ni el Padre tenía en su seno un tesoro más precioso que su Verbo divino; ni este Verbo podía unirse más estrechamente á una criatura, salva la unión personal, que lo que un hijo se une con su madre; ni la operación del Espíritu Santo podía tener más sublime y adorable término, que el que tuvo en la obra más perfecta de su amor sagrado.

Con razón, pues, nos ha dicho el gran Tomás que, por ser María Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita del bien infinito que es Dios; y en este sentido, nada puede haber mejor que Ella, como nada puede haber mejor que Dios.—La incomparable grandeza de nuestra muy amada Niña, y su estrechísima unión con Dios nuestro Señor, al descubrir las maravillas de la divina omnipotencia, inunda nuestras almas en delicias del cielo. Amamos á esa Niña preciosa, á esa Virgen sin pecado, á esa Reina, á esa Madre la más tierna y amorosa de todas las madres; es, después de Dios, nuestra esperanza y el suavísimo consuelo en nuestras desgracias, el remedio de todos nuestros males, y después de Dios es todo nuestro bien. Y Dios la ha exaltado sobre todas las demás criaturas; el que es omnipotente y cuyo nombre es santo, hace alarde, si así pudiéramos decirlo, de las grandezas que ha obrado en esta su amadísima criatura, y de

la magnificencia de la gloria que le ha comunicado; pues la dignidad de María es infinita, por el bien infinito que es Dios.

En Dios no hay potencia pasiva, sino activa é infinita; porque la esencia divina por la cual obra, es infinita; y la virtud de obrar se identifica con ella, porque es acto puro y simplicísimo; y esa virtud todo lo alcanza, es omnipotente.

Dios de nadie recibe; porque es el Bien Sumo, y El es quien comunica á las criaturas todos los bienes que tienen. Y es Dios el soberano Señor del cielo y de la tierra; y todo lo dispone según el consejo de su santa voluntad.

En Dios sería un defecto la potencia pasiva; y en El no hay sino perfección altísima y sagrada. En las criaturas la potencia pasiva las hace capaces de recibir los dones de Dios; y por eso la vemos como nuestra dicha. Dad y se os dará, decía nuestro Maestro divino; se os dará una medida buena, apretada y que se derrame (1). Si presentamos al Señor nuestro corazón como un vaso pequeño á fin de recibir sus divinas gracias, éstas no serán tan abundantes como lo fueran, si le presentásemos un corazón dilatado y lleno de fe y de una confianza muy firme.

Al referir lo anterior á la Madre purísima de Dios, la vemos enriquecida con todos los tesoros de la gracia; bellísima y sin defecto alguno; y con una perfección que le es enteramente propia. Su dignidad es infinita; Dios ha puesto en sus manos

(1) Luc., VI, 38.

cuanto tiene, sus más ricos tesoros: su Verbo divino, á quien le dió por Hijo; su divino Espíritu, de quien es María la inmaculada y sacrosanta esposa.

La mano del Señor no se ha abreviado al enriquecer con sus preciosos dones á la muy amada de su corazón, á la que es, entre todas las criaturas, la preferida de su amor. Brilla, por tanto, el alma de María, con la luz de una pureza sin mancha; con los encantos de la inocencia original, y los dulces atractivos de la mansedumbre y la humildad. Su corazón dulcísimo fué formado para ser el asilo de los hombres en todos sus peligros, y darles alivio y consuelo en todas sus desgracias; y es todo bondad y clemencia, fuente inagotable de piedad y gracia y océano de las misericordias del Altísimo. En ese corazón que Dios ha dilatado casi sin medida, su Majestad tiene atesoradas todas sus riquezas, que el mismo Dios nos comunica por medio de María. Hallamos entre esos tesoros la omnipotencia de los ruegos de la Madre inmaculada del Eterno. Todo lo puede con sus humildes plegarias; y cuando ruega por nosotros, Dios condesciende con Ella; y María saca de su propio corazón las gracias que necesitamos y que Dios había depositado en él; y ese corazón dulcísimo queda descargado como de un peso de amor; y rebosa de inefable dicha, pues ha socorrido y consolado á los que ama, á nosotros que tan indignos somos de su maternal cariño.

Si Dios no hubiera puesto en manos de María ese poder que todo lo alcanza, ¿llegaríamos á sus santísimos pies tan llenos de confianza como lo

hacemos, ó serían nuestras plegarias tan ardientes, á fin de conseguir su intercesión? La tibieza y el descuido entrarían en nuestras almas. Mas todo lo puede con Dios nuestro Señor; y su corazón de Madre piensa en nosotros, y nos ama con invencible y singular cariño.

Bendita sea la omnipotencia del Eterno que nos hace descansar tan dulcemente en brazos de su santa Madre; nadie turbará nuestro reposo; todo lo alcanza con sus ruegos; y el amor que nos tiene no la deja olvidarse de nosotros.

Nuestros pecados, es verdad, nos llenan de temor; pues por ellos merecemos los eternos castigos; mas ¿cómo no volver nuestros ojos á María, pidiéndole que ruegue por nosotros, y nos alcance el dolor de nuestras culpas y la gracia del perdón?

Esa Madre no sabe alejarse de sus hijos: quien ama siempre está cerca de su amado, y piensa en él y lo socorre en todas sus miserias. Somos grandes pecadores, y hemos resistido, una y otra vez, á las inspiraciones de la gracia; mas ésta nos sigue llamando con una bondad y una constancia que no podemos comprender. Esta gracia llega á nosotros por manos de María, que se halla sentada á nuestras puertas esperando que le abramos, y nos dice con maternal y cadenciosa voz: Yo estoy á la puerta de vuestro corazón, y estoy tocando: si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo (1). Abramos todo nuestro corazón, y entre esta Vir-

(1) Apoc., III; 20.

gen dulcísima á reinar en él, y cierre Ella misma la puerta á fin de evitar que penetre en el santuario de María algún afecto menos digno del amor que debemos á una Madre tan santa, á quien entonces podremos decir: Mi amada para mí, y yo para mi amada.

II

Grande es el consuelo que sentimos los miserables pecadores, al pensar que María todo lo alcanza con sus ruegos, y que Dios jamás desechará las peticiones de su dulce Madre.

María es omnipotente en sus plegarias, decimos una y otra vez; y jamás la abandona el poder que Dios le ha dado; y por doquiera que camina, siempre lo hace con la majestad y la grandeza de una Reina que visita sus dominios, y que va dejando á su paso señaladas pruebas de su liberal magnificencia. Sin duda alguna, siempre tendrá que suceder lo que decimos, si esa Reina une al esplendor de la grandeza, la bondad del corazón; de otra suerte, será respetada y temida, mas no contará con el corazón de sus vasallos; y el brillo de la real magnificencia de María, en ese caso tendría que alejar á los miserables que sólo se alientan con la benignidad y la misericordia. Mas la que es perfectísima entre todas las criaturas, une á la grandeza la bondad, y al poder que Dios le ha dado, el corazón más tierno y compasivo que puede tener una madre.

La bondad y compasión de María: pensamos en

ellas un instante; recordamos las misericordias de que ha usado para con nosotros, y las divinas gracias que hemos recibido por sus manos; y nuestros ojos se llenan de lágrimas. Es el amor que le tenemos, es la gratitud por sus favores; son, en fin, los más dulces sentimientos, los que han conmovido todo nuestro ser, los que han llenado de lágrimas los ojos. ¡Oh, si el corazón pudiera decirle cuánto la ama; si muriera rendido á sus pies virginales, cuánto sería su ventura! María contempla con mirada clarísima la bondad infinita de Dios que se derrama sin cesar en beneficios sobre los hombres. Dios quiere que todos se salven; y por esto les franquea los espléndidos tesoros de su gracia; sufre con muchísima paciencia sus delitos, y los cuida con amorosa y delicada providencia. Ante tales maravillas del amor divino, y al descubrir los encantos de la voluntad de Dios tan inclinada á favorecernos con sus gracias, María eleva sus plegarias al Altísimo, y le pide que nos salve por su gran misericordia; y Dios le dice, lleno de benignidad y de clemencia: Suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce. La voz que pide el perdón para los miserables pecadores, que se dirige con tanta humildad al corazón de Dios, es dulcísima, y habrá de conseguir cuanto pidiere.

María jamás habrá de pedir lo que no esté de acuerdo con la voluntad de Dios. ¿Qué es lo que pide la Virgen sacrosanta, á quien llamamos Refugio de los pecadores? Misericordia y perdón. Y Dios quiere conceder misericordia, y nos ofrece el perdón de nuestras culpas.

¿Habrá palabras más dulces al corazón de Dios, que las que le dice su amadísima Niña, pidiéndole gracia para los culpables? Al verla delante de sus ojos, el Señor le pregunta: ¿Qué petición es la tuya, y qué quieres que te conceda? Aunque pidieras la mitad de mi reino, la alcanzarás. Y María, como Ester lo hizo con Asuero, le contesta: Mi petición y mis ruegos son los siguientes: si yo he hallado gracia delante de Ti, y si es de tu agrado, salva la vida de mi pueblo, de mis hermanos, y la de mis hijos en favor de los cuales imploro tu clemencia (1).—Asuero libró del exterminio al pueblo judío por los ruegos de Ester; y Dios perdona nuestras culpas por intercesión de María, que todo lo alcanza. Nadie podrá comparar la indulgencia de un hombre miserable con la bondad infinita del Eterno. Ni habrá quien parangone el amor de Asuero á su esposa, con el de Dios á la Virgen sacrosanta en quien tiene sus delicias.

Te daré la mitad de mi reino, dijo Asuero á su querida Ester; y Dios nuestro Señor, no solamente ha ofrecido á María la mitad de su reino, sino que lo ha dividido con Ella. Dios se ha reservado el imperio de la justicia, porque es el Juez soberano de vivos y muertos; y ha concedido á María el de la misericordia; porque ésta quiere que se ruegue por los miserables; y para este oficio de piedad y gracia, para este imperio de la misericordia del Eterno, su Majestad ha escogido á María.

(1) VII, 2, 3.

Elevada por Dios al trono de la misericordia, la dulcísima Señora que es el Refugio de los pecadores, atraerá sobre éstos todas las gracias de la bondad divina. La Reina de la misericordia, en virtud del poder que Dios le ha dado, se acerca al altar de oro, de la reconciliación humana,—dice San Pedro Damiano,—*non solum rogans, sed imperans, Domina, non ancilla* (1). Expresiones son éstas que nos revelan cuánto es el poder de los ruegos de María y la grandeza de su imperio en la dispensación de las misericordias del Señor.—Bendito sea el que ha exaltado con tanta magnificencia el poder de María. Cñó la frente virginal de su muy amada Niña con riquísima corona; y puso en sus manos el cetro del imperio, para que mande como Reina, en los vastos dominios de la misericordia. Así lo quiso Dios, y nadie puede oponerse á su santa voluntad; y esta voluntad quiere siempre nuestro bien.

Si María tuviese atadas las manos, ¿qué haría con tantas gracias como son las que ha recibido del Señor? Porque Dios no ha puesto en Ella solamente las que quiso señalarle como su propia herencia, sino también las que el mundo había de recibir, mediante su amable y poderosa intercesión. No, Dios no ha ligado las manos de María, esas manos de las cuales se dice en la Escritura santa, que destilan mirra, y sus dedos están llenos de mirra escogidísima, porque, inflamada en el celo de las almas, y llena de la suavidad del

(1) Serm. 1, de Nat.

Espritu Santo, comunica á los hombres las gracias que de Dios recibe (1).

La pena y el tormento que padece una madre que á sus hijos contempla en la desgracia, en la miseria, son indecibles; y si esta madre es dichosísima y vive en la opulencia, los sufrimientos de sus hijos serán para ella un cáliz de amargura, que tendrá que apurar hasta las heces, si le fuere imposible remediar aquellos males. Nada de esto podemos decir de nuestra tierna y compasiva Madre; porque Dios no acerca á los labios de su amada Niña el cáliz del dolor; que antes bien la inunda en un torrente de suavísimas delicias; y entre éstas se halla la dispensación de la divina gracia que pasa por sus manos virginales y llega hasta nosotros cual lluvia bienhechora.

Hay entre la omnipotencia de Dios y la misericordia de la Virgen santísima, una correspondencia admirable y una armonía encantadora. Dios, al hablar del poder de su gloria, nos dice lo siguiente: No daré á otro mi gloria.... Yo soy el primero y soy también el último. Mi mano fundó la tierra, y mi diestra midió los cielos; los llamaré, y juntos vendrán á presentírseme.—Sin embargo de esto, pone Dios en manos de María un poder maravilloso, una virtud que todo lo alcanza, la cubre de gloria; y al obrar de esta manera, en nada contradice á sus palabras. En efecto, la Virgen santísima no ignora que las gracias y prerrogativas que tanto la exaltan sobre las demás criaturas, vienen de

(1) Cant. V, 5, menoch, malvenda.

Dios, y á Dios se han de elevar en cánticos de amor y bendición; y así lo practica la divina Madre, que no vive para sí misma, sino sólo para Dios. Desde su Concepción inmaculada empezó á caminar por la senda de todas las virtudes, y glorificó al Señor como no lo hará jamás otra criatura. Dios, pues, al poner en manos de María una virtud excelentísima, y al dar á sus plegarias una eficacia siempre victoriosa, ha obrado por su propia gloria.

María consigue cuanto quiere con sus ruegos; y por esto la llamamos la omnipotencia suplicante; y al decirlo, nos palpita de gozo el corazón; y no es tan sólo por la propia dicha; es, sobre todo, por la dicha, por la grandeza y la gloria de esa Madre purísima y santa, á quien amamos más que nuestra vida.

Admiramos el poder que tienen ante Dios los ruegos de María. El Señor le ha dado una virtud cuya eficacia no podemos comprender; y sin embargo, esa virtud no es la mayor de las grandezas, ni la más preciosa dádiva con que el Eterno se ha dignado enriquecerla: ha puesto en manos de María, además de la virtud de la plegaria, al que es su brazo, su virtud omnipotente, su Verbo divino; y por El, delante de María se humillan los cielos y la tierra; y todas las criaturas, rendidas á sus pies, esperan sus mandatos. ¿Por quién es esto? Ya lo hemos dicho: por el Verbo de Dios, que quiso ser su Hijo, á quien el Padre celestial constituyó heredero de todas las cosas, y por El crió los siglos. Ese Hijo, siendo como es el resplandor de la glo-

ria del Padre y su imagen substancial, todo lo sostiene con su virtud omnipotente, y está sentado á la diestra de la Majestad en lo más elevado de los cielos.

Hemos recordado estas palabras que Asuero dirigió á su esposa: Pide cuanto quieras. María es también la esposa de Dios, inmaculada y santísima, y preferida á sus demás esposas. Dios, pues, le dirige aquellas palabras que le dan seguridad de alcanzar cuanto pidiere. Busquemos ahora, entre las preciosas virtudes de María, cuál fué la que inclinó al Señor á concederle tanta virtud y eficacia en las plegarias que le dirigiera su muy querida esposa.

Hay, entre las virtudes de María, una que trata de ocultar á los ojos de los hombres, su celestial belleza, que se cubre con un velo, y vive escondida en el seno de Dios; pero si acaso alguna vez llegamos á verla, no será teniendo ceñida la frente con imperial diadema, ni llevando en su mano el cetro del poder; mas, por lo contrario, su vestido será el de una esclava á quien nadie conoce, ni quiere ser conocida.—Esa virtud, bien lo sabemos, es la humildad, que siempre vivió con María, que era la vida de esta santa Niña, y la dirigía en todas sus acciones.

Dios, á quien nada se oculta, contempló con agrado todos los encantos de esa virtud tan hermosa; y por ella exaltó á María sobre las demás criaturas, y la cubrió de gloria, y puso en las manos de la que á sus propios ojos era nada, su virtud omnipotente, su Verbo divino.

Dios todo lo ejecuta con una fortaleza que nadie puede quebrantar, y con una suavidad que apenas deja sentir la operación de su divina gracia; por esto dió á las plegarias de María tan admirable eficacia. El corazón de esta Virgen es la misma dulzura; su espíritu es más dulce que la miel, y su herencia más suave que el panal; y Dios la enriqueció con ese corazón tan lleno de amabilidad y de clemencia, porque la había destinado para Refugio de los pecadores.— Los pecadores se han constituido por la culpa enemigos de Dios, han provocado su terrible indignación, y han merecido los eternos castigos de la divina justicia. ¿Tendrán aliento para abrir sus labios y pedir misericordia? Y al oír las tremendas amenazas de Dios nuestro Señor contra los culpables, ¿no intentarán alejarse de su presencia divina? No deben hacerlo, porque es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo; y no solamente aguarda, sino que llama á los pecadores á la penitencia. Si á pesar de todo temen acercarse al que ha de ser su Juez, y quieren huir de su presencia, saldrá á su encuentro la que es el Refugio de los pecadores, que no tendrá que juzgarlos, y en quien siempre hallarán compasión y clemencia.— Es santísima, y la primera entre todas las criaturas en virtud y gracia, mas no es sino criatura y en su frente no brilla el fulgor de la divinidad que hace temblar á los culpables. Es criatura, es nuestra hermana, tierna y cariñosa cual otra ninguna; y sabe inspirar á sus hermanos una confianza muy grande; porque los ama con ardiente y delicado

amor, y se interesa por ellos, y todo lo alcanza con sus ruegos.

Si somos miserables pecadores, si nuestra frente se cubre de vergüenza al recordar las culpas que hemos cometido contra Dios, no por esto disminuye la confianza que tenemos en María; porque es el Refugio de los pecadores; y al derramar en el seno de esta dulcísima Señora nuestro llanto, sabrá consolarnos como tierna madre. Su seno es un inviolable asilo á donde no llegan los rayos vengadores de la justicia del cielo, porque Dios la ama; y María, con sus ardientes ruegos, aplaca las iras del Eterno y aleja de nosotros sus castigos.

No habrá quien nos arranque de ese asilo de virtud y gracia, del seno maternal de nuestra amada Reina, que es poderosísima, y es terrible á las potestades infernales, como un ejército en orden de batalla (1).

No será Dios nuestro Señor quien nos separe del seno de María, porque El nos dió ese asilo, ese universal refugio donde hallan remedio los culpables.

Refugio universal hemos llamado á nuestra dulce Madre, porque no hay alicicción que no consuele, ni desgracia alguna que no pueda convertir en nuestro bien; y aun de nuestras faltas sacará para nosotros el remedio, inspirándonos por ellas la humildad más profunda y el dolor más sincero y constante. ¿Dejaríamos de humillarnos hasta la nada que somos, si, al acudir á María, pensamos

(1) Cant. VI, 9.



CAPÍTULO III

El Paraíso de Dios.

I

El Señor Dios había plantado desde el principio un Paraíso de delicias en el cual había toda suerte de árboles muy hermosos á la vista, y que llevaban deliciosos frutos. Había también en ese lugar de delicias el árbol de la vida (1). Y el Paraíso estaba regado por un río caudaloso, que, al salir de ese lugar de delicias, dividía sus aguas, formándose con ellas el Fison, el Gehón, el Tigris y el Eufrates.

Dios puso al hombre en el Paraíso para que lo guardase y lo cultivase. En él vivieron nuestros primeros padres mientras conservaron la inocencia, y de él los arrojó su culpa. Dios puso ante las puertas del Paraíso, un querubín para impedir la entrada.

No hablamos nosotros de ese paraíso en que fué consumada la primera culpa, y en el cual se

(1) Gen., II, 8-14.

oyeron las terribles maldiciones del Eterno contra los culpables. Dios crió otro paraíso más santo y hermoso que el primero; y si éste fué dado para su mansión á Adán y á Eva, el segundo Dios lo reservó para Sí mismo, para tener en él sus delicias.

Este paraíso de Dios es un huerto cerrado, una fuente sellada; huerto que produce los más deliciosos frutos, y en el que germina todo género de flores, y en donde se respira la celestial fragancia de todas las virtudes. Huerto inviolable á todas las asechanzas de los enemigos. Fuente sellada con el sello de toda la Trinidad (1).

Este paraíso amensísimo fué plantado hacia el Oriente, por la diestra poderosa y benignísima del Señor, que puso en él la fragante azucena y la rosa inmarcesible para medicina de los desgraciados que habían bebido las aguas amargas de la culpa, y el árbol de la vida que hace inmortales á los que gustan la suavidad de sus frutos (2).

La Hija predilecta del Padre celestial, la que llevó en su seno al Verbo de Dios y es su verdadera Madre, la esposa immaculada y santa del Espíritu divino, es el paraíso de Dios, el lugar de las delicias divinas, de quien trataremos en este capítulo.

En ese paraíso hay una fuente de agua viva, un árbol de vida, una azucena de celestial pureza, y una rosa bellísima que nunca se marchita, y cuya

(1) Hieron., de Assump. de B. M. V.

(2) De Germau, in Praesente Deipar.

fragancia llena de delicias nuestro corazón. Ese paraíso es inviolable; no es un ángel quien lo guarda; es la Trinidad divina la que ha grabado sobre sus puertas su inviolable y sacrosanto sello.

Un río salta del lugar de las delicias para regar el paraíso. Apliquemos á nuestra amadísima Señora, la Virgen María, estas palabras. Es Ella el paraíso de Dios; y en ese paraíso hay un río caudaloso que continuamente lo riega; río de gracia que saliendo de madre inunda toda la tierra.—Cuando Gabriel anunció á María el misterio de la Encarnación, la saludó llena de gracia; y díjole después, que el Espíritu divino descendería sobre Ella; mas las nuevas gracias con que Dios habla de enriquecerla, tenían que comunicarse á los hombres, pues ya la sacrosanta Virgen estaba enriquecida hasta lo sumo con los preciosos dones del Señor, y por tanto las que traería consigo el Espíritu divino al descender sobre María se darían en bien de aquellos por quienes se dignaba encarnar el Hijo de Dios; si por la divina misericordia nos corresponden esas gracias, ¿quién será la encargada de Dios para hacer que lleguen á nosotros? Recordemos el siguiente pasaje del Génesis en que se refiere que Abraham mandó á su mayordomo á buscar mujer para Isaac. Ese mayordomo oraba al Señor en estos términos: Oh Señor, Dios de Abraham, asísteme hoy, te lo ruego, y haz misericordia con Abraham mi Señor. Yo estoy junto á la fuente del agua, y las hijas de los moradores de esta ciudad saldrán para llevarla en sus vasijas. Te ruego que á la joven á quien yo dijere: Inclina tu vasija para

beber, y ella contestase: bebe, y también daré de beber á tus camellos; que ella sea la que Tú has preparado para tu siervo Isaac. Rebeca fué esa joven, que hizo cuanto el mayordomo de Abraham había pedido al Señor. Ese mayordomo, meditando y silencioso, contemplaba á la hermosísima Rebeca (1).

Tenemos que imitar la conducta del siervo de Abraham. Si pedimos á la Madre de Dios que nos dé de beber, no nos negará lo que no negó Rebeca á quien le pidió un poco de agua; mas el agua que tendrá que darnos la sagrada Virgen, abrirá en nuestro seno una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna: nos dará el conocimiento y el amor de su Hijo Jesucristo.

A nuestra vez, silenciosos y meditabundos, contemplemos la hermosura de María, y la abundancia de su gran misericordia.—Bebed, nos dice, é inclina á nosotros á Jesús que descendió del cielo para dar de beber á los sedientos.—Bebed, nos dice otra vez la Madre divina; y mientras más la contemplamos, y nos acercamos más á Ella, aumenta otro tanto en nosotros el conocimiento y el amor de Jesucristo. Es bellísima la Madre de Jesús; su gracia es inmensa (2), y sus misericordias son innumerables; y todo esto no es sino el purísimo reflejo de la hermosura y de la gracia, y la misericordia de su Hijo divino que inclina á nosotros nuestra dulcísima Señora en el misterio

(1) XXIV, 3-21.

(2) S. Epiph., Orat de Laud. S. M. Deip.

de su Maternidad; y nos eleva, y nos acerca al mismo Jesús, rogando por nosotros.

Meditemos en silencio el patrocinio de María, que tantos bienes nos alcanza de la misericordia del Eterno: el cautivo la libertad, el enfermo la salud, el pecador el perdón, y el justo el aumento en la gracia; y todo esto porque nadie como la inmaculada y santa Virgen, ha recibido las aguas de la gracia, que, rebosando de su purísimo seno, se comunican á todos los hombres. Nadie como Ella ha brillado á los ojos del Eterno con una pureza tan perfecta, ni se ha acercado tanto á Dios, ni ha recibido tan preciosos dones de la diestra del Excelso. Nadie como Ella pudo estrechar á Dios entre sus brazos, ni goza tan perfectamente de la visión beatífica; porque Dios no sólo es su Criador y su Señor, sino su Hijo verdadero, á quien llevó en su seno, y alimentó con su leche virginal (1). Por esto,—decía San Sofronio,—oh Madre, he clamado á ti, y clamaré una y otra vez, saludándote llena de gracia.

Estamos junto á la fuente del agua viva; ¿quién nos ha acercado á esa fuente? La gracia de Dios, que por María nos ha dicho: Sedientos, venid á las aguas; y venimos llenos de confianza, porque una larga experiencia jamás interrumpida nos asegura de la misericordia de María; porque es piadosísima, y su corazón inmaculado es el vivo y rico manantial de la divina gracia; y María está oyendo sin cesar estas palabras: Derrámense tus

(1) Sofron., In Dep. Annuntiat.

fuentes por fuera, y divide tus aguas por las plazas (1).

Bebamos en esos ricos manantiales, y apaguemos en ellos la sed de las pasiones que abrasan nuestras almas al retirarnos del amor sacrosanto de María, al buscar en los afectos de la tierra la verdadera dicha, que sólo nos viene del Señor.

Oh fuente de vida, manantial inagotable de clemencia, oh Madre de la gracia, dejadnos beber de las límpidas aguas que sin cesar rebosan de vuestro corazón inmaculado; y en él hallemos el remedio de todos nuestros males; comunicadnos el espíritu de la humildad, de la pureza, del recogimiento y la oración. Bebed,—decidnos una y otra vez, con amor de madre,—bebed las purísimas aguas que salen de mi seno; y hallaréis en ellas la abundancia de los bienes celestiales. Yo soy la fuente del paraíso de Dios, la fuente de aguas vivas que bajan con ímpetu del monte Líbano (2).

En el paraíso de Dios, en María, hallamos el árbol de la vida, cuyo fruto dulcísimo es el alimento de los ángeles, el trigo de los escogidos, el vino que engendra virgenes; y quien lo comiere tendrá la vida eterna.

María estrecha entre sus brazos á su Hijo divino. Contemplemos un instante á la Madre y al Hijo: la Madre es el Refugio de los pecadores, y el Hijo el Redentor de los hombres. No podemos separar al uno de la otra; porque si todo nos vie-

(1) Prov., V, 16.

(2) Cant., IV, 15.

ne de Jesús, que es el autor de la gracia, ésta nos llega por manos de María; porque el mismo Jesús así lo ha dispuesto. Quiere honrar á su divina Madre; y la hace perenne surtidor de sus misericordias, canal precioso por donde llegan á nosotros sus bondades.

Dicen la Iglesia que María ligaba las manos del Niño Jesús; *stricta cingit fasciis*; después el mismo Jesús ha ligado sus manos divinas, no concediendo cosa alguna sino por medio de su santa Madre; y María será quien desate esas manos, que pondrán en las suyas los tesoros de la gracia con que en seguida tendrá que enriquecernos. Podemos, pues, exclamar con San Bernardo: ¡Oh benignidad incomparable del Hijo de Dios, oh dignidad excelentísima de María, á quien Dios ha amado con tan singular cariño!

Damos á la purísima Virgen María el título sagrado de Refugio de los pecadores: este es su oficio, y esta es su más deliciosa ocupación, relativamente á nosotros: defendernos, rogar por nosotros, consolarnos y cubrirnos con su protección poderosísima.

Nada puede faltarnos teniendo á María de nuestra parte, porque lleva en brazos, para la dicha de los hombres, á su Hijo divino, fruto de su vientre virginal, el Niño Jesús que da la vida al mundo.—Esta dignidad incomparable de María, nos manifiesta cuán elevada está sobre las demás criaturas; mas su elevación no nos impide obtener por su medio las divinas gracias, pues siempre lleva en sus brazos al que descendió del cielo por salvar-

nos, y se humilló por nosotros hasta morir en una cruz.

La elevación incomparable de María no la impide el derramar sus gracias sobre los hombres. Pues podemos decir: Subiré á la palmera y cogereé sus frutos (1); Ella misma nos hará subir, porque es la escala de los pecadores, y se adelanta á los que la aman, y los atrae con la suavidad de sus encantos, los busca y se les presenta en los caminos, llena de alegría, y cuida de sus hijos en todas sus necesidades (2).

Subiremos á la hermosa palmera, que nos ofrece el fruto de la vida eterna, su divino Hijo, que lleva siempre consigo.—María, al dejársenos ver tan pura y hermosa, elevará nuestro corazón hasta el Señor: pensemos en Jesús y le daremos todo nuestro afecto. Mas si acaso tememos las miradas del Niño, aunque María le lleve en sus brazos, ocultémonos bajo la sombra de la dulce Madre; abracemos sus pies, y pidámosle que haga descender hasta nosotros, hasta el polvo y la nada que somos, la gracia de Jesús y las dulzuras de su santo amor. Descansemos bajo la sombra de María, y nos dará á gustar la suavidad del riquísimo fruto de su seno; y no temamos que al implorar su auxilio nos deje sin consuelo, porque Ella, no examina nuestros méritos para ver si somos dignos de su santo patrocinio; porque Ella, dice San Bernardo, á todos escucha, es para con todos clementísima y

(1) Cant., VII, 8.

(2) Sap., VI, 14, 17.

se apiada de las necesidades de todos los hombres, con un afecto lleno de la más dulce y tierna compasión.—Es María, continúa San Bernardo, la mujer prometida por Dios que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, y que siempre ha triunfado de los enemigos del Señor, y por esto todas las naciones la llaman bienaventurada; es la medianera entre Jesucristo y la Iglesia; es la mujer vestida del sol, y que tiene la luna rendida á sus pies. Sigamos las huellas de María, y abracemos sus pies virginales, pidiendo con toda humildad que nos bendiga. Tengámosla siempre con nosotros, y no la dejemos mientras no nos dé su bendición (1).

Oh Madre benignísima, mantenednos siempre bajo vuestro dulce y celestial amparo; y dadnos á gustar el suavísimo fruto de vuestro seno. Protegidos por Vos, nada temeremos; y alimentados con el fruto de vida que tenéis en vuestros brazos, no desearemos las delicias de la tierra; y la paz de Dios, con todos sus encantos, reinará en nosotros.

II

Entre las bellas y fragantes flores que engalanan el paraíso de Dios, se distinguen la candida azucena y la rosa de vivísimos colores: la pureza virginal y el amor de Dios; y la una y el otro nos hablan de María. ¿Hay pureza alguna, después de la de Dios, que pueda compararse con la santa pu-

(1) De XII Stellis.

reza de María? ¿Hay algún amor que iguale al de esta Niña, que no es sino llama vivísima y ardiente de divina caridad?

La pureza de María es luz indeficiente que jamás amortigua sus vivos resplandores, y no tiene mancha alguna. ¡Oh cuánta es la hermosura de esa luz: en ella se retrata, como en espejo sin mancilla, la majestad de Dios que la ilumina con una claridad perfectísima y sagrada, con una pureza jamás concedida á otra criatura.

Sumergida la Virgen santísima en el océano de la luz increada, contempla la hermosura de Dios, y su bondad divina, y las gracias mil y mil con que se ha dignado enriquecerla; y queda transformada en Dios, á quien conoce y ama con un conocimiento y un amor que no podemos comprender; y Dios, que es caridad infinita y que ama tanto á los hombres, comunica este fuego de caridad inextinguible y ardentísima á la más amada de todas sus criaturas, á María, que nos ama, después del mismo Dios, como nadie nos ha podido amar. En virtud de su altísima é incomparable pureza, María contempla á Dios con más claridad y perfección que las otras criaturas; y Dios le descubre como á ninguna, cuánto es lo que debe amar á los hombres, y cómo debe interesarse por su eterna dicha, y rogar por ellos sin descanso.—Si no viera todos nuestros males, ó si no estuviese tan llena de amor hacia nosotros, miserables pecadores, no serían por ventura tan ardientes y continuas sus plegarias; mas, por dicha nuestra, nada se le oculta, y sabe cuántas son nuestras desgra-

cias, y cuánto es el peso del dolor que nos oprime, y nos ama con el más compasivo y delicado afecto. Todo esto lo contempla en Dios, y ve lo que el Señor nos ama.

De esta manera la pureza de María, tan bella y atractiva por sí misma, se nos presenta engalanada con la hermosura y los divinos encantos del amor. ¿Quién no te amará, pureza de María, tan santa y perfecta? Nos rendimos á los pies de la sagrada Virgen, y lloramos de ternura. Bendita sea mil veces su santísima pureza.

La pureza de María pudiera alejarnos de nuestra dulce Madre, si sólo pensásemos en lo que somos, abominables pecadores; mas pensamos en su caridad inagotable, y en la compasión que saben inspirarle nuestros males. Nadie conoce como esta santa Niña, cuánta es la dicha que trae consigo la divina gracia; y no ignora la infelicidad y la miseria de los pobres pecadores; y el corazón dulcísimo de María, nuestro Refugio, quiere comunicarnos su propia dicha, pues el bien de que goza es infinito, y no podrá disminuirse porque de él participan los hombres.—Ruega por ellos, y sus oraciones se elevan hasta el trono de Dios con la suavidad y fragancia del incienso; presenta sus méritos santísimos y los del Niño que lleva en sus brazos, y nos obtiene la reconciliación y la vida, pues todo esto es para nosotros el Hijo de Dios.

María quiere extender entre los hombres la santidad y la pureza, que tan agradables los hacen á los ojos del Señor. Ella es más santa que la misma

santidad, y su pureza excede á la de todos los ángeles del cielo, nos ha dicho el Angel de la Concepción Inmaculada,—que así queremos llamar al inmortál Pío IX, que vino al mundo para definir ese dogma tan precioso y amado. La pureza, pues, insta y hace una dulce violencia al corazón de María, pidiéndole que ruegue por nosotros. ¿Dejaremos de amar una pureza tan hermosa y perfecta en sí misma, que así obliga nuestra gratitud? ¡Oh Madre divina, bendita sea mil veces vuestra inmaculada y santísima pureza!

Si María tanto se interesa por nosotros, porque es purísima y sin mancha, porque es la cándida azucena del paraíso de Dios; ¿qué no hará en virtud de su amor ardentísimo á Dios y á los hombres? Es la rosa inmarcesible que simboliza en sus colores el fuego de la santa caridad. La caridad nunca desfallece, y es benignísima y amable, activa en todas sus obras, y siempre tiene su mirada en Dios. ¿En Dios solamente? En Dios y en nosotros en Dios que es su último fin y el eterno descanso de todos sus afectos; en nosotros á quienes cuida y ampara con delicada y uerna providencia, y defiende de todo peligro, y colma de dones celestiales. ®

El amor que la Virgen sagrada tiene á Dios nuestro Señor, es un misterio profundísimo que no podemos comprender; esto, sin embargo, no nos desalienta para ocuparnos en un objeto que llena nuestras almas de delicias, y que nos dará, sin duda, grandes y saludables enseñanzas. En el libro de los Cánticos se dice que está el Esposo detrás

de nuestra pared, viendo por las ventanas y dirigiendo sus miradas por las celosías (1). Así lo haremos nosotros, observando, cuanto sea posible, al través de los oscuros velos que nos ocultan los arcanos de ese amor sacratísimo verdaderamente incomprensible.

Amara la Virgen santísima á Dios nuestro Señor, con la humildad más perfecta que puede haber en el corazón de una criatura, con una confianza sin límites, con un absoluto rendimiento, con una ternura suavísima y amable, y, en una palabra, con la más perfecta y consumada entrega de todos sus afectos.

La bondad de Dios se le presenta amabilísima, é inclinándose hacia ella, con una dulzura que embalsama con suavidades celestiales, todo el corazón de María. — ¡Por qué la bondad divina descubre con tanta magnificencia todos sus encantos, y por qué se comunica con tanta largueza á la Virgen santísima? Para contestar á esta pregunta no pensamos en los méritos excelsos de María, sino en Dios nuestro Señor, cuya bondad infinita es la razón de todas sus obras. Esa bondad precede á todo mérito; y si éste existe, es porque aquella bondad así lo ha dispuesto. Ella, pues, enriquece con preciosos dones á María; y entre todos ellos es el primero el amor que le tiene.

Dios la ama: la Virgen sacrosanta ¿dejará de pagar el amor de su Dios con el suyo?—Dios la ama; y El es la riquísima fuente de todos los bie-

(1) 11, 9.

nes de María; y María le ama; mas ¿en dónde están los afectos que no haya recibido del Señor, y con cuáles pudiera pagarle su cariño? Si piensa en sí misma un instante, se le presenta su extremada pobreza, la nada de su sér. Nada tiene que no haya recibido del Señor; y es nada si con El queremos compararla; y sin embargo, Dios la ama y la ha enriquecido con celestiales y preciosos dones. La ha sacado de la nada, y desde el primer instante de esta Niña la ha cubierto con el precioso y cándido ropaje de la inocencia original; y le ha señalado los más sublimes destinos que puede desempeñar una criatura. María, al pensar en esto, recoge los dones preciosos, esas gracias divinas, y todo lo ofrece al amor de su Dios; y le ama con una humildad profundísima, y reconoce y bendice la bondad infinita del Eterno, su gloriosa y soberana majestad, su grandeza adorable, y el amor que tiene á su Dios, se levanta del fondo del abismo de la nada en que oculta la humildad, á la más excelsa y perfecta de todas las criaturas.

Hay entre Dios y María una distancia infinita; Dios es el soberano Criador de todas las cosas, y María no es sino criatura. Dios la ama; y este amor María lo corresponde anonadándose á los ojos del Eterno, cuya santa grandeza enciende vivísimas y ardientes llamas de caridad inextinguible en el alma de María. ¡Oh, cuánta es la dignación de Dios nuestro Señor para con Ella, y su benignidad y su ternura; y otra vez María, ama á su Dios con el más humilde y ardiente de todos los amores.

Cual si Dios olvidase su grandeza, pone en María las delicias de su corazón. Esta Niña se olvida de sí misma; y la que es humildísima entre todas las criaturas, se arroja, llena de confianza, en el seno de su Dios querido; y le ama con todo su cariño, con todos sus afectos; y tiene que decir: *Amora languo*. Desfallece nuestra Niña á la violencia del amor divino; mas Dios en ese instante, lleno de bondad y de ternura, le dice estas palabras: ¿Qué tienes, amadísima criatura? Soy tu Criador, no temas.—Así también habló Asuero á su esposa; y ésta le dijo: Te vi como á un ángel de Dios, y mi corazón quedó turbado por el temor de tu gloria; porque eres admirable en gran manera, y tu rostro está lleno de gracias (1). Ahora no se trata de un ángel del Señor, sino del Dios de soberana majestad; ni del temor que infunde el brillo de la gloria humana, sino del amor que tiene Dios á la más perfecta de todas sus criaturas, que si desfallece en el seno de su Amado, éste le da nuevo aliento y vigor, y nuevos incendios de santa caridad.

El amor que á Dios tiene la sagrada Virgen lleno está de suavidad y de ternura. No hay encanto ni consuelo ninguno en el corazón de María, fuera de Dios. Sólo Dios la atrae, en sólo Dios descansa, y en El solamente tiene sus delicias. Es Dios su continuo pensamiento; y María no se ocupa sino en cumplir la voluntad divina, que es la luz de su alma, su fortaleza y alivio, el delicado

(1) XV, 12, 16, 17.

manjar que la sustenta, y el deseo que vivifica y enardece todas sus acciones.

En virtud de su humildad y su confianza, María reposa en el seno del Señor con una seguridad imperturbable; le entrega el corazón sin reserva ninguna, y le hace dueño de todos sus afectos; y Dios penetra en ese corazón inmaculado, y lo unge con la suavidad de su divino Espíritu; y María se une más y más á Dios con toda su ternura, con los sacratísimos y dulces afectos de la más encendida caridad.

El amor purísimo y ardiente de la sagrada Virgen, nada se reserva, todo es de Dios; y vive solamente para servir y agradar al único dueño de todo su cariño. Mas no solamente ama á Dios, sino también á los hombres. Este amor no tiene su origen en nuestra amantísima Señora, sino en la bondad divina, que María contempla con mirada apacible y llena de delicias. Allí es donde aprende cuánto es el amor que nos ha de dispensar; y la bondad de Dios se derrama en Ella para nuestro bien.

En virtud del amor que tiene Dios á los hombres, les dió á su Hijo Unigénito, y lo entregó á la muerte para dar la vida á los miserables pecadores. No quiso que el pecado nos dejase sin remedio; y á fin de curar nuestras enfermedades, y sanarnos de los males causados por la culpa, entregó á la muerte al Autor de la vida. Ahora bien: María no ha sido ni puede ser indiferente á la enseñanza del amor divino. Dios nos ama; quiere que todos nos salvemos; y para esto nos ha dado á Jesucris-

to. María no lo ignora, y sabe que ha de practicar la enseñanza que de Dios ha recibido; y, volviéndose á nosotros, nos da su corazón; y el amor que nos tiene la hace enteramente nuestra; trabaja, y seguirá trabajando sin descanso por salvarnos. Piensa siempre en nosotros con maternal caridad. ¿Qué madre hay como Ella? Y ¿dónde hallaremos alguna que en el amor á sus hijos pudiera compararse con María, que nos ama con el más tierno y delicado amor que podemos comprender, salvo el que nos tiene, en su bondad divina, Dios nuestro Señor?

Nacen del amor que nos tiene nuestra dulce Madre, su vigilancia y sus desvelos, y sus ardientes plegarias por nosotros, y el tomar por suyos nuestros intereses, y las gracias y favores que de Dios nos alcanza.

Ella es quien aparta de nosotros los peligros, y la que trata de volvernos al Señor, si de El nos hemos separado por la culpa. Recordemos las siguientes palabras de la madre de los Macabeos, y pensemos después en lo que ha hecho María por nosotros: Hijo mío, —decía aquella madre al menor de sus hijos, —apiádate de mí; y recuerda que nueve meses te llevé en mi seno, y que durante tres años te alimenté con mi leche, te he cuidado hasta la edad que tienes (1). También nosotros hemos oído mil veces, en el fondo del alma, estas amorosísimas palabras: Ten compasión de mí, nos ha dicho la más tierna y cuidadosa de todas las ma-

(1) II, Cap. VII, 27.

dres; y al decirlo, como la madre de los Macabeos, se inclina hacia nosotros, para que nos lleguen hasta el corazón, y lo conmuevan, y lo rindan á los pies de María.

Tened compasión de mí, vuelve á decirnos. Y ¿no la tendremos? Se deshacen en llanto nuestros ojos, enmudece la lengua, y nos rendimos al amor de nuestra dulce Madre. Nos ha encadenado; somos sus siervos, somos sus esclavos, sus indignos hijos, y es suyo todo nuestro amor.

La Virgen santísima en su amor á Dios nos da la más hermosa y saludable enseñanza. María eleva hasta el Señor su corazón inmaculado, sin olvidar cuán lejos se halla de la grandeza infinita del Eterno, de quien vienen todas las gracias y favores que tanto la hermosean. Ama á su Dios con sagrada y filial ternura, con una confianza tan firme, que nada puede turbar, y por último, le consagra sin reserva ninguna todos sus afectos.

¿No será nuestra gloria seguir las huellas luminosas de nuestra Madre querida, imitando sus santísimos ejemplos? Amemos, pues, á Dios, sin olvidar que entre El y nosotros existe un abismo que nadie puede franquear, una distancia infinita; que El es el soberano Criador á quien pertenece toda gloria, y que nosotros no somos sino polvo y nada, unos miserables pecadores indignos de amarle; que si acepta nuestros afectos, es por causa de Sí mismo, por su bondad infinita. Amémosle con ternura inmensa, y con una filial confianza; porque es dignísimo de todo amor, y recibe con agrado los afectos que le dirigimos; amémosle con la más

sincera y profunda gratitud, porque así lo piden los innumerables beneficios que se digna concedernos. El sea el único amor de nuestras almas.

Pongamos de nuevo los ojos en María; y al ver el amor que tiene á los hombres, y los grandes beneficios que derrama sobre ellos, confesemos que nos es indispensable amarlos, porque son nuestros hermanos; y que debemos hacer por su bien cuanto podamos, si hemos de imitar á nuestra dulce Madre.

Al amar á un hombre, amamos á un hijo de María, á quien esta Madre ama con ternura, á quien defiende y ampara, y por quien ruega al Señor.

Al no amar á nuestros prójimos, á los hijos queridos de María, contristaríamos el corazón de tan piadosa Madre: ¿pasaremos por esto? Aunque no hubiese otro motivo para amar á los hombres, sería más que suficiente el que hemos señalado.

Amemos al prójimo, porque Dios lo manda; porque el prójimo es hermano de Jesús, que es nuestro hermano; y al cumplir con el deber á que nos referimos, llenamos de alegría y consuelo á nuestra dulce Madre.

Oh Madre santísima, ¿quién entre todas las criaturas conoce como Vos el amor de Dios á los hombres, y cuán sincera y generosa es la voluntad que tiene de salvarlos? No ignoráis de qué manera nos ha manifestado su ternura. Por vuestra parte, ¿qué haréis por nosotros? Lo que siempre habéis hecho y en adelante seguiréis haciendo: cubrimos con los méritos de Jesucristo y con los vuestros, alejar las iras del Señor y rogar por nos-

otros. Siempre habéis sido, oh Madre amabilísima, el inviolable y sagrado Refugio de los pecadores; y á Vos acudimos llenos de confianza. Acordaos del amor que Dios nos tiene y de lo que ha hecho por nosotros; oid lo que os pide vuestro corazón, tan tierno y compasivo; lo que os dice el amor que á Dios tenéis, y apiadaos de vuestros hijos. ¿No sentís que la misericordia conmueve vuestras purísimas entrañas pidiéndoos que rogéis por nosotros? Nos amáis, bien lo sabemos; y el amor que tenéis á los pobres pecadores no permite que lleguéis á olvidarlos; en ese amor está nuestra confianza, y no quedaremos confundidos.



ANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO IV

La Ciudad de Refugio.

Et que es Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, y que siempre está inclinado á hacer bien á los hombres, dispuso en la antigua Ley lo siguiente: Cuando el Señor tu Dios haya exterminado á los pueblos cuya tierra te ha de dar, y la poseyeres, y habitares en las ciudades y casas del país, destinarás tres ciudades en medio de la tierra de que te dará posesión el Señor tu Dios. Tendrás cuidado de allanar el camino, y de dividir en tres partes iguales toda la extensión de la tierra que has de poseer, para que el que se vea obligado á huir por causa de homicidio, tenga un lugar cercano á donde pueda refugiarse con seguridad.... Cuando el Señor tu Dios haya ensanchado tus límites, como lo aseguró con juramento á tus padres, y cuando te haya dado toda la tierra que les prometió.... añadirás á estas ciudades otras tres (1).

(1) Deut., XIX, 1-3, 8-9.

Cuando apareció en el mundo la benignidad de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y se derramaron sus misericordias sobre los hombres con admirable largueza, estableció Dios en el pueblo cristiano una ciudad de refugio, para consuelo y amparo de los miserables. Nadie ignora que esta ciudad es la purísima Virgen María, á quien llamamos Refugio de los pecadores.

Entre la ciudad de los cristianos y las que Dios estableció en la antigua Ley, existen grandes diferencias. Servían las últimas para defender á los que inculpablemente hubiesen cometido un homicidio; mas si alguno por odio á su prójimo, dice el Deuteronomio, buscó la ocasión de sorprenderle y quitarle la vida, y acometiéndole le da la muerte, y huye en seguida á una de las ciudades de refugio, los ancianos enviarán á prenderlo, y sacándole del lugar donde se había puesto á salvo, lo entregarán al pariente de aquel cuya sangre se derramó, y le quitarán la vida (1).—En la ciudad de los cristianos pueden refugiarse todos los culpables, por más grandes que hubiesen sido sus maldades, si vienen arrepentidos á implorar las misericordias del Señor. No habrá quien los saque de esa ciudad y los entregue á la muerte; porque la Virgen santísima los ampara y defiende con amor de madre, y ruega por ellos al Señor que nunca la deja sin consuelo, ni sabe desechar sus peticiones.

El apóstol San Juan nos dice en el Apocalipsis que fué llevado en espíritu á un monte muy

(1) XIX, 11, 12.

grande y encumbrado y que vió la santa ciudad de Jerusalén, que descendía del cielo y que venía de Dios, que tenía la claridad de Dios y una luz semejante á una piedra preciosa, al jaspero, y que era transparente como cristal... Que tenía tres puertas al Oriente, tres al Norte, tres al Mediodía, y tres al Poniente. Que el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y escritos en ellos los nombres de los doce Apóstoles del Cordero... Que el muro era de piedra jaspero, y la ciudad de oro puro, y tan transparente como limpidísimo cristal. Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda suerte de piedras preciosas, y el jaspero, el zafiro, la calcedonea, la esmeralda, el sardónice, el sardio, el crisólito, el verillo, el topacio, el lapizlázuli, el jacinto y la amatista. Que tenía doce puertas que eran doce perlas preciosas, y que la plaza de la ciudad era de oro puro, transparente como el cristal. Nos dice también que esta ciudad no necesita, para alumbrarse, ni del sol ni de la luna: porque la luz de Dios la ilumina, y su lumbrera es el Cordero. Al favor de su luz andarán las naciones, y los reyes de la tierra le llevarán su gloria y majestad. Sus puertas no se cerrarán al terminar el día, porque allí no habrá noche. También me mostró el ángel, dice San Juan, un río de agua viva, clara como un cristal, que salta del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad, y de una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, y cada mes da el suyo; y las hojas del árbol sirven para curar á las naciones. Jamás habrá allí maldición

alguna; sino que Dios y el Cordero estarán de asiento en ella (1).

La purísima Virgen María, semejante á la ciudad de Dios, ha salido no del cielo próximo á la tierra, dice San Bernardo (2), sino del más elevado de todos los cielos: *A summo coelo egressio ejus*. Y en efecto, la Concepción de María, purísima y sin mancha, esa concepción que es la maravilla encantadora de la gracia, y la Maternidad divina de la Santísima Señora, están probando la elevación y la hermosura de su origen, y revelan sus altísimos destinos unidos con vínculos sagrados á los de su Hijo nuestro Señor Jesucristo, que descendió del cielo para dar vida á los hombres, y reconciliarlos con el divino Padre.

Dios zanjó los cimientos de esta purísima ciudad, sobre los montes santos; y ama sus puertas, dice David, más que todos los tabernáculos de Jacob (3). ¿A quién entre todos los santos ha amado el Señor, como á la Inmaculada y sacrosanta Virgen, que colmó de gracias desde el primer instante de su ser?

Los santos contrajeron la culpa original, y fueron hijos de ira por naturaleza; y á fin de agradecer á los ojos del Señor, fué indispensable la gracia de reparación para que en ellos tuviesen lugar estas palabras: *Abluti estis, sanctificati estis, justificati estis* (4); lo cual no pertenece á la Madre inmacu-

(1) XXI, 10 et seq.—XXII, 1-3.

(2) *Sop. missus*.

(3) Ps. LXXXVI, 1, 2.

(4) 1 Cor., VI, 11.

lada del Señor, que no fué lavada, sino concebida en gracia, que no fué santificada ni justificada, pasando de la culpa á la gracia, sino que ésta la adornó, desde el primer instante, con el purísimo ropaje de la santidad y la justicia original, y la hizo brillar con la claridad de Dios; y la luz que la iluminó desde su primer instante, fué como una piedra preciosa, y transparente como el cristal.

María, la santa ciudad donde vive de asiento el Rey de los reyes, es inviolable; porque el Señor la defiende y rodea, como un muro de fuego; y en medio de ella es glorificado el Nombre del Eterno (1).

En la ciudad de Dios no vió San Juan algún templo; porque el Señor Dios omnipotente y el Cordero son su templo. El Espíritu Santo descendió sobre María, y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra; y lo Santo que nació de Ella, es el Hijo de Dios, que la ilumina con la luz de su divina gloria.

Las puertas de la ciudad de Dios nunca se cierran. ¿En dónde está el desdichado á quien María despidiese alguna vez sin alivio ni consuelo? ¿A quién cerró las puertas de su gran misericordia? Es María la misma clemencia, y siempre está inclinada hacia nosotros, á fin de sostener al débil, de levantar al que ha caído, y de dar consuelo á quien se haya envuelto en las sombras de la tristeza y que lleva en el alma un mundo de dolores. ¿Cómo no acudir á Ella, llenos de filial confianza en todas

(1) Zacarías, 11, 5.

nuestras penas? Siempre seremos acogidos con bondad, y jamás saldremos sin consuelo de los pies de María.

Vió San Juan un río de agua viva que manaba del solio de Dios y del Cordero; y en medio de la plaza de la ciudad, y de la una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida. El Hijo de Dios, que procede eternamente del seno del Padre, nació en el tiempo del seno de María, y descansó dulcemente en sus brazos. Ese Hijo de Dios es el árbol de la vida, que bajó del cielo para darnos esa vida y dárnosla con abundancia; y su Madre divina, llevándole en brazos, nos le presenta como Redentor de los hombres; y nos dice que si tenemos sed, nos acerquemos á Jesús, que por medio de Ella oirá nuestras súplicas y nos dará el perdón; porque es María el precioso canal, el surtidor inagotable de la divina gracia; y es también el segurísimo Refugio de los pecadores.

Todo es admirable y grandioso en la ciudad de Dios; porque es el lugar donde El hace brillar la magnificencia de su gloria, y donde tiene guardados todos sus tesoros; sin embargo, ni la magnificencia de la ciudad de Dios nos llamará la atención, ni podremos estimar lo que valen la opulencia de sus riquezas, si Dios no nos introduce en ella, y si no abre por medio de su gracia las arcas preciosísimas donde tiene recogidas las riquezas de sus misericordias para con los hombres. Si no nos ilumina la luz del Verbo de Dios hecho hombre en las purísimas entrañas de María, ¿podremos descubrir la santidad y la belleza de María

que vienen de Jesús, que es el esplendor de la gloria del Padre? Si el Hijo de Dios no se nos descubre como de María, ¿en dónde hallaremos las riquezas de esta Madre divina? Si, pues, temiésemos que las puertas de esta santa ciudad estén cerradas por nuestras maldades; y si no hay quien nos descubra las riquezas de Dios en María, que Jesús por su gran misericordia nos dirija estas palabras: Yo iré delante de ti, y romperé las puertas de bronce y quebrantaré las barras de hierro, y todo lo que pudiere detenerte. Te daré los tesoros escondidos y las riquezas ignoradas, para que sepas que Yo soy el Señor Dios de Israel... Yo soy el Señor, y no hay otro que Yo. (1).

Es nuestro amadísimo Jesús la gloria, la hermosura de la santa ciudad donde eternamente reina; es su riqueza y el esplendor de su magnificencia. El es la llave de David, llave que abre y nadie cierra, que cierra y nadie puede abrir. Debemos, por tanto, rogar al Hijo de Dios que nos dé el conocimiento y el amor de su Madre divina, á la que tanto desea ver glorificada de los hombres.

Señor, muéstranos al Padre, decía el Apóstol Felipe á su divino Maestro; y El le contestó: Felipe, quien me ve, ve á mi Padre. ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí (2)? ¿Al decir nosotros á nuestro amadísimo Jesús estas palabras: Señor, dadnos el conocimiento de María é inflamad nuestras almas en su amor sa-

(1) Is., XLV, 2, 3, 6.

(2) Joann., XIV, 8, 9.

grado, Jesús nos puede contestar: ¿No creéis que Yo soy el Hijo de María? ¿Ignoráis que el amor que me tenéis se extiende á Ella, porque es mi madre, y Yo le estoy unido con inviolable y sacrosanto vínculo que nunca ha de romperse?

El Hijo de Dios oirá con agrado nuestros ruegos, y veremos en la luz de su divina Encarnación, la grandeza de María, su encantadora y celestial belleza, y los espléndidos tesoros de bondad y de clemencia que le ha comunicado su divino Hijo; y la amaremos con amor filial; porque Jesús, nuestro hermano, es Hijo de María; y nosotros sólo á Ella tenemos por madre, y madre llena de misericordia y de piedad, y nuestra única esperanza después de Jesucristo.

II

David, pensando en la pureza de la ciudad de Dios y en el amor que le tiene el Excelsa, exclama diciendo: Se han dicho de ti cosas gloriosas, oh ciudad de Dios (1). A esta ciudad serán llamados todos los hombres, para que crean en Jesucristo, y consigan los beneficios de la Redención. Por esto añade el Rey Profeta: ¿No se dirá de Sión, hombres y más hombres han nacido en ella, y goza de tal prerrogativa porque el Altísimo es quien la ha fundado? Y en ella nació el Hijo de Dios, que se hizo hombre por salvarnos.

La lengua humana no puede explicar esas gran-

(1) Ps. LXXXVI, 3, 5. Maldonado, Gordoni.

dezas, ni aun los mismos ángeles serán suficientes para hacerlo (1); porque esta santísima Virgen es la cándida paloma y la celestial esposa del Eterno; es el cielo, el templo y el trono de la divinidad, que lleva en su seno inmaculado á Jesucristo, sol hermosísimo que ilumina el cielo y la tierra; y María, como nube brillantísima, lo trae en sus entrañas para iluminar al mundo con los suaves resplandores de la gracia.

No se nos oculta nuestra insuficiencia para hablar de las glorias de María; y confesamos que somos muy indignos de ocuparnos en esa materia tan sagrada; pero el amor nos hace decir con Isaias: No callaré ni descansaré un punto; porque me abraza el amor de Jerusalén; no callaré, no descansaré hasta que aparezca su Justo como la luz del día y nazca su Salvador como una lámpara brillante... Y serás una corona de gloria en las manos del Señor; y regia diadema en la mano de tu Dios... El Señor ha puesto en ti su cariño (2).

Que Jesucristo sea conocido y amado por medio de María; y que el amor de este Hijo á su divina Madre sea la delicia de los corazones que aman al uno y á la otra. Tales son los deseos de nuestras almas y lo que no nos deja vivir en el descanso, ni en una criminal ociosidad. Oímos una voz que sin cesar nos dice: Por el amor que tienes á María, no calles; publica sus glorias. Por el amor de Jesús, no descanses. Y esa voz es como

(1) S. Ephiph. De Land. S. M. Deip.

(2) LXII, 1; 3, 4.

un impulso, un estímulo sagrado que no queremos resistir; si bien por otra parte desconiamos de nosotros mismos, y por esto ponemos nuestra esperanza en el Señor, y decimos con David: Dios es nuestro refugio y fortaleza... y no temeremos, aunque la tierra se trastorne y los montes sean trasladados al medio del mar. Levantaron y agitaron sus aguas; mas un río tranquilo alegra siempre la ciudad de Dios: el Altísimo ha santificado su tabernáculo: Dios está en medio de ella, y no será conmovida; Dios la protegerá desde el rayar el alba... Venid y ved las obras del Señor, y los prodigios que ha obrado sobre la tierra (1).

Ocupémonos en algunos de esos prodigios que Dios ha realizado en esa tierra bendita, en esa ciudad que le es tan amada.

Toda la Iglesia atribuye á la Virgen Santísima los versículos del Salmo que venimos comentando, por los admirables y grandes misterios á que se refieren, que con entera propiedad convienen á la purísima Virgen María. Esos misterios son los cuatro siguientes: Un río candaloso alegra la ciudad de Dios.—El Altísimo ha santificado su tabernáculo.—Dios, que mora en medio de esa ciudad, no será conmovido.—Dios la ha ayudado desde el amanecer.—Todo esto, decimos con un gran expositor (2), tiene lugar en María, *primò, principaliter et proprie*; porque Ella fué la que vivió en esa ciudad antes que nadie, dice San Agus-

(1) Ps. XLV, 2-6, 9.

(2) Valencia, hic.

tin (1); y es Ella el miembro más glorioso y santo de la Iglesia. Y le corresponde con tanta propiedad, como estas palabras: Toda eres hermosa, y en tí no hay ninguna mancha.

No es la Virgen Santísima únicamente un río que alegra la ciudad de Dios, sino un mar de insondable profundidad en el que entran todas las gracias, tanto las que adornan á los ángeles del cielo, como las que ha comunicado Dios nuestro Señor á las demás criaturas. Es María Madre de la gracia divina, según la llama la Iglesia; porque concibió en su purísimo seno, y dió á luz al Autor de la gracia.

María es el tabernáculo de Dios; tabernáculo que resplandece con la luz de una perfecta santidad, y que ha embellecido el Eterno con todos los encantos de la misericordia. No hallaremos en ese tabernáculo sagrado la más ligera sombra de la culpa, sino la perfección de todas las virtudes. Y en ese mismo tabernáculo, se entonan sin descanso los más sublimes y armoniosos cánticos de amor y bendición á la gloria del Altísimo.

Dios nuestro Señor, que se dignó señalar para los más elevados designios á la sagrada Virgen, y que quiso morar en sus purísimas entrañas, descansó en Ella, como en el lugar de sus delicias. Nadie podrá conmovérlo, ni podrá arrojarlo de ese sitio. Quien me crió,—dícenos la Virgen de incomparable pureza,—descansó en mi morada, y me dijo: Habita en Jacob, é Israel sea tu herencia....

(1) Serm. de Nat. V. M.

Fui criada desde el principio y antes de los siglos; jamás dejaré de existir, y he servido en la morada de Dios, y delante de El mismo. He sido afirmada en Sión, y descansé en la ciudad santa, y tengo mi poder en Jerusalén (1).

Dios ha embellecido con la hermosura de la gracia á la que había de ser su divina Madre; y lo ha hecho preservándola de todo pecado desde el primer instante de esta dichosísima criatura, obra excelentísima de su poder y su bondad. Jamás llegó la culpa á la preterida del Eterno, á quien Dios poseyó desde el principio de sus caminos; Niña preciosa cuyos privilegios y grandezas estaban ordenados desde la misma eternidad; y cuando Ella vino á la existencia, la naturaleza se detuvo, mientras la gracia realizaba en María las maravillas del amor divino. El río de las gracias y de los dones del Espíritu divino, riega copiosamente el corazón inmaculado de la inocente y sacrosanta Virgen; y lo hace de tal manera, que aun llega á secundar la carne inmaculada de esta incomparable y celestial criatura: *De plenitudine mentis fecundatur et caro*. Tal es la excelencia y el poder de la divina gracia en el seno de María; y tales son las singulares maravillas que en Ella ha realizado la diestra del Omnipotente: Podemos, pues, decir de la Esposa del Espíritu divino, que Dios ha visitado esta su tierra bendita, la ciudad de sus amores, y la ha colmado de riquezas; porque es como río caudaloso, que rebosa en las aguas de la gracia,

(1) Eccll., XXIV, 12-15.

que empapa los surcos, y multiplica sus producciones, y hace que los campos se vean llenos de toda clase de frutos, y se vean hermosas y lozanas las praderas del desierto, y los collados se vistan de gala, y resuenen por todas partes voces de alegría, y cánticos á la gloria del Señor (1). Todos recibimos de la plenitud de María; y sus riquezas de bondad y gracia, de misericordia y de clemencia, son para nosotros; porque es nuestra Madre; y Dios, al colmarla de gracias, ha tenido presentes nuestras necesidades y miserias. Por esto llegamos llenos de confianza á los pies de María, y le pedimos que nos socorra en todos nuestros males. Si esta Madre piadosa levanta sus ojos á Dios, conoce la voluntad que el Señor tiene de salvarnos; si los pone en sí misma, descubre en su corazón inmaculado la benignidad y la dulzura que la inclinan á favorecernos; y por último, si fija en nosotros sus miradas, recuerda que somos sus hijos, y que entre tanto que sentimos el peso del dolor, y que estamos rodeados de miserias, la Madre está gozando y vive en la opulencia de los bienes del Señor. Todo esto le llega al corazón, y no puede permanecer indiferente; se acerca á nosotros: es nuestra Madre, es el consuelo de los desgraciados, es el socorro de los pobres, es el Refugio de los pecadores; y nos acaricia, y limpia las lágrimas de nuestros ojos, y nos comunica sus riquezas, y nos alcanza el perdón de los pecados; y al hacer todo esto, su corazón rebosa de inefable dicha: ha cum-

(1) Ps. LXIV, 10-14.

plido la voluntad de Dios; su corazón de madre ha quedado satisfecho; han sido remediadas las necesidades de sus hijos.

¿Quién dejará de acudir, en todas sus penas, en sus peligros y miserias, al dulce patrocinio de María, que cumple la benignísima voluntad que Dios tiene de salvarnos con tanta perfección? ¿Olvidaremos que el espíritu de esa santísima Señora es más dulce que la miel, que su corazón es fuente inagotable de bondad y gracia, y que sin cesar la inclina á socorrernos? Y María ¿alejara de nosotros sus miradas, porque somos unos miserables pecadores, indignísimos de estar en su presencia? Es nuestro Refugio, y su corazón dulce y compasivo cual ninguno, después del Corazón de Jesucristo, no cambia como cambia nuestro corazón.

El río de Dios, el Hijo de Dios, alegre y llena de gracias, no sólo el alma de su santa Madre, habitando en Ella por la gracia, sino que ésta también se comunica al inmaculado cuerpo de María, en cuyo seno virginal se haría hombre por nosotros el Esplendor del Padre; y así como la humanidad de Jesucristo estuvo figurada en el arca del antiguo Testamento, que fué colocada en el tabernáculo, así en este tabernáculo estuvo figurada la Virgen santísima. Dios santificó este tabernáculo, preservándolo de toda mancha, y adornándolo de toda gracia y virtud. La santidad de ese tabernáculo de Dios es tan perfecta y admirable, que cuando tratemos del pecado, no hay que recordar á la purísima Virgen María, á quien fué dada tanta gracia para vencer al pecado, *ex omni parte*,

—dice San Agustín,—que mereció dar á luz al Redentor. No hubo lugar alguno al pecado en el cuerpo ni en el alma de María. La que tú desprecias, oh maniqueo,—hace decir San Agustín á Jesucristo,—es mi madre, y Yo la fabriqué con mis propias manos; Yo hice la madre de que había de nacer y preparé el camino que yo tenía que andar (1). Palabras que nos descubren la singularidad y perfección de esa obra de Dios, su santo tabernáculo, que no fué fabricado de una manera ordinaria; no en el pecado, sino en la gracia, preparando Dios de esta manera su propio camino, y siendo María dignísima Madre del Altísimo, que la había criado por su propia gloria (2).

La Virgen santísima se nos presenta como un río de gracias que alegra la ciudad de Dios, la santa Iglesia, que es enriquecida de dones celestiales, por la intercesión de la que todo lo alcanza de Dios con sus ardientes plegarias; mas si por Ella recibimos las divinas gracias, María antes que nosotros las recibió de Dios. Y ¿quién puede decirnos cuántos son los tesoros con que el Señor la enriqueció desde el primer instante de su Concepción Inmaculada? Pero reflexionemos solamente, en las palabras con que el ángel Gabriel la saludó, al anunciarle el gran misterio de la Encarnación: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Llena de gracia, y muy pronto la Divinidad la llenará de Sí misma y la cubrirá con su virtud.

(1) Contra V haereses.

(2) Valencia, expos. in Magnificat.

Llena de gracia, y todos reciben de su plenitud; y el mundo entero quedará lleno de su abundancia. María está en verdad llena de gracia; porque en Ella no hay lugar alguno al pecado, ni el menor acceso á la culpa.

El Señor es contigo; y ¿cómo? No está contigo como está conmigo, sino de una manera enteramente singular. Contigo está en el cuerpo, en la inteligencia, en el alma, en el consejo, en tu seno purísimo, en la abundancia de la gracia, en tu principio, en tu muerte, en el fin, y para siempre jamás (1).

Grande es el Señor, decía David, y digno en gran manera de ser alabado, en la ciudad de nuestro Dios (2). Adoramos al Hijo del Excelso en el seno de su Padre, y confesamos la grandeza infinita de aquel altísimo Dios y Señor que fué engendrado en los esplendores de la santidad, del seno del Padre, antes que brillase el lucero de la mañana. El Hijo del Eterno es la virtud de Dios, la sabiduría de Dios, y delante de El tiemblan las potestades del cielo. Al hacerse hombre, no ha perdido su grandeza infinita ni se ha eclipsado el purísimo brillo de su gloria; mas se ha hecho nuestro hermano, El que es grande y digno de toda alabanza, en la ciudad de nuestro Dios. Esa ciudad eternamente bendita le tiene siempre consigo; esa ciudad es María, con quien siempre hallaremos á Jesús, que nos descubre su grandeza, no con una ma-

(1) D. Thom. Villan., conc. 1 de Annunt.

(2) Ps. XLVII, 1.

jestad que nos llene de temor, sino embellecida con los encantos de la benignidad de Dios, y los atractivos de su gran misericordia, misericordia que siempre halla quien la busca por medio de María. Con todo esto, recordemos que quien no entra por la puerta, sino por otra parte, en el redil de las ovejas, es un ladrón (1); mas el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas, y á éste es á quien abre el portero. Ahora bien, María es la puerta del cielo, es la ciudad de Dios que tiene doce puertas, que nunca se cierran. Si entramos por ellas, alcanzaremos la misericordia del Señor; si acudimos á María pidiéndole que ruegue por nosotros, el Pastor divino nos franqueará la entrada; y entrando por medio de María, entraremos por la virtud y gracia del Salvador de los hombres. Por lo demás, aunque nunca se cierran las puertas de la ciudad de Dios, si no entramos por ellas, no conseguiremos los bienes que buscamos. Dios puede salvarnos por Sí mismo; mas ha querido hacerlo concediéndonos su gracia por medio de María: ¿tendremos que seguir otro camino que el que Dios se ha dignado señalarnos? Entremos, pues, en la ciudad de Dios, en el corazón de la sagrada Virgen, pensando en Ella, amándola con todo el corazón, é imitando sus santísimas virtudes.

Oh ciudad de Dios, hermosísima y alegre ciudad donde muestra el Eterno todos los tesoros de su gracia, y nos enriquece de dones celestiales; hacednos entrar por vuestras puertas; y con Vos

(1) Joann., X, 1-3.

pasemos todos los días de nuestra vida, no como huéspedes y extranjeros, sino como ciudadanos de los santos, y domésticos de Dios; como siervos vuestros é hijos muy queridos que nunca se olvidan de su tierna y amorosa Madre, de la excelsa y amabilísima Señora á quien han consagrado toda su existencia; Señora y Madre que nunca llegará á olvidarlos.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA



CAPÍTULO V

María templo divinísimo de la misericordia
del Señor.

Dios, al crear á la incomparable y celestial María, fabricaba un templo divinísimo en donde la santidad, la pureza y la hermosura de todas las virtudes, brillarian con la más admirable perfección. Fabricábase para gloria del Verbo divino, El que, al humillarse en el misterio de la Encarnación para cumplir la voluntad del Padre, tendría que ser exaltado sobre todas las cosas, y había de recibir el honor y la gloria que le corresponden.

El templo de Dios es santo, pues lo ha hecho para que en él tuviesen lugar los grandes misterios de su amor hacia los hombres; y tenía que ser mansión de gloria y de toda pureza; porque en él viviría el Hijo del Altísimo, que no entra en alma manchada ni en cuerpo sujeto á pecados.

Se entonarían continuamente en ese templo, las divinas alabanzas; y Dios recibiría una gloria infi-

nita; porque su Hijo Unigénito le diría estas palabras: No te han agradado los sacrificios, ni las ofrendas por el pecado; mas heme aquí que vengo, oh Dios mío, para cumplir tu voluntad (1).

La ofrenda que el Hijo de Dios hizo de Sí mismo al Eterno, fué de un valor infinito: le dió una gloria que jamás pudieran darle todas las criaturas. Y Jesucristo no solamente honraba la infinita grandeza de su Padre, sino también su justicia, tomando sobre Sí mismo todos los pecados de los hombres, y entregándose á la muerte en lugar de los culpables.

La bondad y la misericordia del Eterno, eran también glorificadas con los cánticos de amor, de bendición y gloria del corazón de Jesucristo; cánticos purísimos, y dignos de la majestad del Padre.

El templo divinísimo donde tendrían que realizarse tan grandes maravillas, y en el cual la gloria del Eterno brillaría con luz indefinida y hermosísima, ¿dejaría de cautivar nuestras miradas? ¿no abriría nuestros labios para decir con Isaias: Venid, subamos al monte de Sión y á la casa del Dios de Jacob, y El nos mostrará sus caminos, y andaremos por sus sendas; porque de Sión salió la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor....? Venid y caminemos á la luz del Señor.—El monte en que tendría que erigirse la casa de Dios, asentaría sus cimientos sobre las cumbres de todos los montes, y se elevaría sobre todos los collados (2).

(1) Heb., X, 8, 9.

(2) 11, 2, 3; 5.

María, como templo de Dios, está á la vista de todas las naciones, y llama á todos los hombres á que sigan los caminos de la justicia, y la sublime enseñanza y el ejemplo de santas virtudes que Ella misma les da; enseñanza divina, y ejemplo admirable de la más elevada perfección.

En ese templo de Dios se enseña al mundo que de Sión salió la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Del seno inmaculado de María salió el Legislador supremo, Jesucristo, que es la eterna palabra del Padre.

El templo de Dios está edificado sobre las cumbres de todos los montes; lo cual nos indica que son elevadísimas las virtudes de María, y que llegan sus méritos hasta el trono de Dios: *Usque ad solium Deitatis erexit*, según nos dijo San Gregorio (1).

¿Por qué nos llama á ese templo la Madre purísima de Dios? ¿Por qué se ocupa en enseñarnos los divinos misterios que tuvieron lugar en su seno inmaculado? ¿Por qué nos descubre los encantos de todas sus virtudes, y la elevación incomparable de sus méritos? Porque Ella es el templo divinísimo de la misericordia del Señor. Templo divinísimo: así se la nombra en la Bula Dogmática de la Concepción Inmaculada.

María nos llama con dulce y cariñosa voz, porque es el Refugio de los pecadores; y su compasivo y dulce corazón no puede ser indiferente á nuestros males; y nuestra tierna Madre no ignora

(1) In Libr. Reg.

que, al acercarnos á Ella, Dios nos verá con ojos de misericordia, y tendrá que concedernos el perdón. Y la que es el amparo en nuestros infortunios y alivio y consuelo en nuestras miserias, ¿podrá querer otra cosa, para los hijos que lleva en sus entrañas, que el perdón y la gracia del Señor? No es dable imaginar que aleje de nosotros sus miradas, la Madre piadosísima, que sin cesar nos llama al buen camino, y que nos inspira el acudir á Ella, llenos de humildad y de confianza; y para esto nos recuerda que nunca se ha oído, ni se oirá jamás, que los que han acudido á su santo patrocinio hayan quedado sin amparo.—Si somos los más desgraciados de los hombres, si hemos cometido crímenes horrendos, á pesar de todo no tenemos que cerrar nuestros oídos á los dulces llamamientos de María; porque sus ruegos todo lo consiguen del Señor; y el corazón de la sagrada Virgen siempre es de madre; y nuestros grandes pecados, aunque sean como ríos de impetuosa corriente, jamás extinguirán, ni podrán ahogar entre sus ondas, el amor de María.

Este amor dulcísimo de nuestra santa Madre, nos llena de esperanza y de consuelo, y no permite que una funesta desesperación venga á sellar nuestra ruina. Acércase á nosotros ese amor, lleno de dulzura, y nos dice estas palabras: *Est spes novissimis tuis*. Se cumplirán tus esperanzas (1). Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, vuestras almas quedarán blancas

(1) Hierom., XXXI, 17.

como la nieve; y aunque estuviesen teñidas de encarnado como el bermejón, se volverán como la lana más blanca. Si quisieris escucharme, seréis alimentados con los bienes de la tierra (1). No hay, pues, lugar al triste desaliento; y aunque hayamos sido los mayores pecadores, María, llena de misericordia, una y otra vez nos dice al corazón: *Est spes notissimis tuis*. No perdáis la confianza en mi patrocinio; mis ruegos todo lo alcanzan de Dios. Escuchadme, seguid mis consejos, y yo os alcanzaré el perdón de vuestras culpas; y por mis manos recibiréis todos los bienes del Señor.

A pesar de nuestras culpas, en María reconocemos el Refugio de los pecadores y la tenemos por Madre; oigamos, pues, su voz dulcísima y llena de misericordia; y, rendidos á sus pies, entreguémosle todo el corazón; cumplamos lo que quiere de nosotros, y obtendremos por su medio la gracia del Señor.

Oír á la más tierna y amorosa de las madres, que tanto nos ama, y á quien tanto debemos, debe ser nuestro anhelo; y al hacerlo, gozaremos de inefable dicha. Su benignidad nos encadena; y no es posible comprender la grandera y la constancia del amor que nos tiene. Tan ingratos, tan indignos, y tan grandes pecadores como somos, María, sin embargo, no nos abandona, ni deja de amarnos, ni cesa de rogar por nosotros; y sólo nos pide que escuchemos su voz, y sigamos sus consejos de salud y vida eterna.

(1) Is., I, 18, 19.

La voz de María: Yo amo á los que me aman. Sus consejos: El temor de Dios aborrece el mal; yo detesto la arrogancia y la soberbia, todo proceder torcido y toda lengua dolosa... Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oíd mis documentos, y sed sabios, y no queráis desecharlos (1).

La voz de la Madre dulcísima que el Señor nos ha dado, nos llega al oído y penetra el corazón y lo conmueve de amor y de ternura. Yo amo á los que me aman. Es María la que pide y solicita nuestro amor: ¿qué ha visto en nosotros que la haga llegar á tal extremo, de acercárenos y pedirnos, cual si fuera una gracia que le hacemos, nuestro corazón, cual si vivir no pudiera sin él? Es la Madre de Dios; y en el amor de su amantísimo Jesús tiene todas sus delicias. Jesús la ama; y fuera de su Hijo, de nadie necesita para ser feliz, y con una felicidad que rebosa de su seno y se comunica á sus hijos adoptivos que no corresponden á su cariño como lo exigen la amabilidad y la hermosura de tan santa Madre; hijos que, por otra parte, han contristado el corazón de la que así los ama; y que, llenos de miserias y pecados, son indignos aun de invocar el nombre de María.

Miserias y pecados. El tristísimo estado en que nos tiene la culpa, es lo que conmueve el corazón de María, siempre compasivo y lleno de misericordia.

Nuestras miserias y pecados estremecen de ternura las piadosísimas entrañas de la Madre que

(1) Prov. VIII.

llevó en su seno al Hijo de Dios, que vino al mundo para darnos vida. Y María, al poner en nosotros sus ojos de piedad y gracia, disimula nuestras culpas, á fin de conseguir, con su amabilidad incomparable, el inclinarnos á la penitencia. Si le decimos que somos indignos de llamarnos sus hijos, sólo nos contesta con señaladas pruebas de su maternal cariño. No son para nosotros sus amargas reprensiones; ni salen de sus labios palabras que nos desalienten, ó nos cubran de ignorancia. Semejante al padre del pródigo, María dice á sus fieles servidores: *Cito, proferite stolam primam et induite illum*. Traed pronto el mejor vestido que haya en casa, y ponédselo; ponedle también un anillo en el dedo, y sandalias en los pies. Traed un becerro de los mejores, y matadlo, y hagamos un banquete y comamos (1). Y nos inspira nuestra buena Madre el arrojarnos á los pies de los ministros del Señor para alcanzar el perdón de nuestras culpas. ¿Nuestra Madre, hemos dicho? Sí, porque á su vez dice María: Este hijo mío habla muerto, y ha resucitado; se había perdido, y lo he hallado.

Es muy grande el consuelo, inmenso es el gozo de María, cuando ha logrado volvernos al Señor; porque Dios quiere nuestra salvación, y se logra en nosotros la sangre de Jesús, y quedan satisfechos los deseos de la divina Madre. ¿Por qué, pues, no acudiríamos á Ella en las más azarosas circunstancias de la vida, aun cuando estemos en la más profunda sima de las ignominias del pecado? Ten-

(1) Luc., XV, 22, 23.

gamos en cuenta que es nuestra Madre, y que al volvernos á Dios nuestro Señor, llenamos de alegría y consuelo el corazón de aquella Madre.

El templo de Salomón fué una hermosa figura del que en la nueva Ley fabricó para su gloria el Hijo de Dios. Para la fábrica del primero, se acumularon el oro y la plata, y se construyó con las maderas más exquisitas; en el segundo, empleó la gracia y sus más preciosos dones. En el primero, Dios escuchó benignamente la oración que Salomón le dirigió; en el segundo, María consigue del Señor cuanto le pide por nosotros.

Oigamos los ruegos que hizo al Eterno el rey Salomón en la solemne dedicación del antiguo templo: Atiende, oh Señor mío, á los ruegos de tu siervo y á sus súplicas; escucha el himno y la oración que el día de hoy te ofrece tu siervo; para que tus ojos estén abiertos noche y día sobre esta casa, de la que dijiste: Allí estará mi nombre. Te ruego que escuches la súplica de tu siervo, y todas las que tu pueblo te dirija en este lugar donde está tu trono, y, habiéndolas oído, le seas propicio. Si algún hombre pecate contra su prójimo... y viniere á tu casa y á tu altar, para prestar juramento, óyelo desde el cielo... Si tu pueblo huyere delante de sus enemigos, por los pecados que ha cometido contra Ti, y haciendo penitencia y glorificando tu nombre, viniere á rogarte y á implorar tu misericordia en esta casa; óyelo desde el cielo, y perdona su pecado. Si el cielo se cerrare, y no viniere la lluvia á causa de los pecados de los israelitas; si llorasen en este lugar, é hiciesen penitencia

para honrar tu nombre, y se convirtieren y apartasen de sus pecados; óyelos desde el cielo y dales el perdón, muéstrales un camino recto por el que deban andar, y envía la lluvia sobre tu tierra. Si sobre esta tierra viniese el hambre, ó la peste, ó la infección del aire; ó si el orugo, la langosta ó el pulgón, dañaren los trigos; ó tu pueblo se viese oprimido de un enemigo que llegare á sus puertas y le sitiare, ó fuere acometido de alguna plaga ó de otro mal, sea el que fuere; si algún hombre te ofreciese sus votos y ruegos, y reconociendo el mal de su corazón, levantare sus manos hacia Tí en esta casa; óyelo desde el lugar de tu habitación, y de nuevo sé propicio para con él. Tus ojos estén abiertos á la oración de tu siervo y de tu pueblo de Israel, para que los oigas en todo lo que te pidan.

Dios escuchó los ruegos de Salomón, y le dijo: He santificado esta casa que has edificado para que Yo estableciese en ella mi nombre, y siempre estuviesen en ella mi corazón y mis ojos (1).

Dios puso su santo nombre en el antiguo templo, levantó en él su regio trono, y de él no apartaba su corazón y sus ojos: escuchó las plegarias de Salomón. Pensemos ahora en el nuevo templo de Dios, donde el Unigénito del Padre se hizo hombre por nosotros. En este nuevo templo brillan, con una magnificencia incomparable, la virtud y la sabiduría de Dios, y su bondad divina, y sus misericordias que se derraman de ge-

(1) III Reg. VIII, 28 et seq.—IX, 3.

neración en generación sobre todos los que le temen.

Dios oye en este templo sagrado todas nuestras súplicas; porque ruega por nosotros la humildísima esclava del Señor, que es siempre agradable á los divinos ojos; á quien Dios escogió para su madre, y á quien nunca ha negado cosa alguna.

El Hijo de Dios, que lo es también de María, descansa en los brazos de esta dulce Madre. Este Hijo es nuestro abogado delante de Dios, á quien pide el perdón de nuestras culpas; y no solamente de las nuestras, sino también de las de todos los hombres. Y á los ruegos de Jesús une María sus propios ruegos; y á los ruegos del Hijo y de la Madre unimos nuestras pobres y humildes oraciones; y para hacerlo, pensamos que al hallarnos en el templo de Dios, en el corazón de nuestra santa Madre, no serán desatendidas; porque los méritos de Jesús son infinitos, y las plegarias de María todo lo consiguen.

Oh Madre bondadosa y llena de misericordia, ofreced á Dios nuestro Señor los méritos de Jesucristo vuestro Hijo; ofreced también los vuestros, y seguidnos la abundancia de los bienes celestiales. Confiamos en vuestra poderosa intercesión y no quedaremos confundidos.

II

Confiado en la machedumbre de tus misericordias,—decía David al Señor,—entraré en tu casa, y, penetrado de temor, te adoraré en tu santo tem-

plo (1). Entremos, los hijos de María, en su corazón dulcísimo; mas ¿por qué se nos dice que lo hagamos penetrados de temor? Porque ese corazón es la morada del Dios tres veces santo, en cuya presencia tiemblan las potestades del cielo. Porque la casa de Dios es santísima, y nosotros somos unos miserables pecadores que no merecemos la entrada en ese templo, cubierto siempre de la gloria del Eterno, delante del cual no pueden permanecer los injustos.

Ese Dios tan santo, y que es el Señor de la majestad y la grandeza, y terrible en sus juicios, no olvida por esto su misericordia; y á pesar de nuestras culpas, se digna recibirnos en el templo que ha elegido para la dispensación de sus bondades; y ese templo es el corazón inmaculado de María. Entremos en él, llenos de humildad y de un santo temor, mas al mismo tiempo llenos de filial confianza.

Entraré en la casa de Dios y adoraré su santo nombre. Adorar á Dios en su templo, es no sólo cumplir con un deber que nos impone la soberanía y la grandeza del Ciudador, y el dominio que tiene sobre sus criaturas, sino, además, es una dicha purísima y santa en que rebosa nuestro corazón.

Dependemos enteramente de Nuestro Señor, en el ser y en todas nuestras acciones; y cuanto hay en nosotros lo hemos recibido de su Majestad. Su voluntad santísima todo lo dirige con sabiduría in-

(1) Ps. V, 8.

finita, con fortaleza invencible, y con una dulzura llena de misericordia. ¿Por qué no conocer y bendecir la gloria del santísimo nombre de Dios; por qué no adorarle con todo el corazón, humillándonos y anonadándonos en su presencia?

Tributar el culto de que hablamos, á nuestro Dios querido, en su santo templo, en el corazón de nuestra dulce Madre, es para nosotros la más deliciosa y santa ocupación, que llena de dicha nuestro espíritu.

Adorando á Dios en ese templo, pedimos á María que nos penetre de sus santísimos afectos, y que ponga sus palabras de bondad y gracia en nuestros labios. Hacemos lo que hacen los niños pequeños, que, puestos de rodillas junto á su madre, recitan las oraciones que ésta les dicta; y esas oraciones se elevan á Dios como una sola oración, como la delicada fragancia de un solo incensario. En nuestro caso, ese incensario de oro purísimo es el corazón de nuestra dulce Madre; en él ponemos nuestros aromas, que elevarán su fragancia hasta el trono de Dios con los afectos santísimos del corazón de María.

La sacratísima Virgen adoraba á Dios en espíritu y en verdad; nosotros tenemos que imitar sus ejemplos, si deseamos agradarle como buenos hijos.

Debemos adorar á Dios por Sí mismo; porque así lo piden la excelencia de su ser divino, y su bondad infinita, y sus demás admirables perfecciones. Sentimos en nosotros mismos un impulso secreto amorosísimo, y que nos llena de delicias

y nos rinde á los pies de nuestro Dios querido, y nos hace ofrecerle el corazón con todos sus afectos, y pone en nuestros labios dulcísimos cantos de amor y bendición.

Aún hay otro motivo para adorar á Dios nuestro Señor, y ya lo hemos indicado: deben los hijos seguir el ejemplo de su madre; deben agradecerle en cuanto hicieren. Y habrá cosa alguna en que más agrademos á la que es nuestra Madre querida, que adorar á Dios, como Ella lo hizo, en espíritu y verdad? Añadamos, pues, al primero y soberano impulso de la gracia de que hemos hablado, este otro que de Dios recibimos, por su gran misericordia para con nosotros; y al pronunciar estas palabras: Yo amo al Señor por ser quien es, podemos añadir; y al hacerlo, colmo de delicias el corazón de mi querida Madre, y que, sin duda alguna, me verá con ojos de piedad y gracia, y rogará por mí á Dios nuestro Señor, y me tendrá bajo su amparo, como á hijo muy querido á quien nunca llegará á olvidar.

¿Queremos más dulces alegrías, consuelos más santos y delicias más puras? No es María la que ha de ser vencida por el deseo que tenemos de agradarle; lo pagará cumplidamente, y con una largueza que exceda á todo nuestro mérito, tan pequeño en sí mismo y lleno de defectos. Lograr una mirada de sus ojos de paloma, una sonrisa de sus purísimos labios, y un suspiro de amor y de ternura de su corazón de madre, son para nosotros estas cosas inagotables manantiales de inefable dicha, delicias del cielo. Pues amemos á Dios,

porque Ella le amó, como Ella lo hizo, y porque es la Madre á quien debemos imitar.

Adoró al Señor nuestra querida Virgen con la más humilde y rendida adoración que es posible á una criatura que se halla iluminada con los más vivos resplandores de la divina luz, y favorecida con las más excelentes y preciosas gracias que nadie como Ella ha conseguido.

Entrando en el corazón inmaculado de María, oiremos los dulcísimos cantos de su amor con que exalta, desde el abismo de su nada, la gloria del Altísimo. Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de alegría en Dios mi Salvador; porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; y desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones; porque el que es omnipotente ha hecho en mí cosas grandes, y su Nombre es santo; y su misericordia se derrama de generación en generación sobre aquellos que le temen (1).—El Sér de los seres que todo lo puede; y la santidad de su Nombre, y su infinita misericordia; y una humilde esclava que se aniquila delante del Eterno, y le bendice, y canta la gloria de su Dios querido. Tantas maravillas y grandezas, y las delicias que gozamos en el templo del Señor, el corazón de María, no nos dejan que salgamos de él; y tenemos que decir: Oh Señora, oh santa Madre, bueno es para nosotros pasar toda la vida en vuestro dulce y amoroso corazón, donde adoraremos al Señor en espíritu y verdad.

(1) Luc., 1, 46-50.

Al hallarnos en el templo sagrado de que vamos hablando, tenemos que ofrecer á Dios nuestros humildes sacrificios. María nos dice: Ofreced á Dios un sacrificio de justicia, y esperad en el Señor (1). Se nos pide un sacrificio de justicia: debemos consagrar á Dios todo nuestro ser, y sacrificar lo más caro que tenga el corazón, porque todo en nosotros ha de ser de Dios. La Virgen santísima nos ha dado el ejemplo: desde el primer instante de su preciosa existencia fué de Dios enteramente; y por cumplir la voluntad divina, se conformó con el sacrificio y la muerte de su Hijo inocentísimo. ¿Puede pedirsele otra cosa, ó ha reservado para sí alguna de las gracias que Dios le ha concedido? Todo lo ha puesto en manos del Eterno, y no hay pensamiento, ni deseo, ni afecto en nuestra amada Niña que á Dios no pertenezcan. Vivió en Dios, que era el único dueño de su corazón, vivió para Dios; mas vivió también para nosotros; para darnos el ejemplo de sus santísimas virtudes. ¿Por qué no seguir las luminosas huellas de María, que nos conducen al cielo? Que el amor que tenemos á la santa Madre, abrase, pues, nuestras almas en vivísimos deseos por imitarla. Sacrifiquemos todo nuestro ser á la gloria del Eterno, y no haya en nosotros pensamiento, ni deseo, ni algún afecto que á Dios no se dirijan. En verdad, que no tendremos valor para negarle alguna cosa, si ponemos nuestros ojos en María, que nos enseña de qué manera debemos sacrificarnos al Señor,

(1) Ps. IV, 6.

en todas las cosas, con la más noble y generosa voluntad, llenos de alegría, y con el único objeto de agradarle. De esta manera debemos imitar á nuestra santa Madre, y Dios recibirá con agrado los sacrificios que le ofrezcamos en su santo templo.

María bendijo á Dios por todas las gracias con que se había dignado enriquecerla. También nosotros hemos recibido del Eterno señalados y preciosos dones, que sin cesar nos piden bendición y gloria para Dios nuestro Señor, que tanto nos ha favorecido; y si queremos robustecer y dilatar esos nobles sentimientos, entremos de nuevo en el templo del Señor, y contemplemos muy de cerca, en el purísimo corazón de nuestra Madre, el reconocimiento y la santa gratitud con que pagaba á Dios sus beneficios. Veamos lo que eran á los ojos de la santa Niña, la benignidad y la misericordia del supremo Señor de todas las cosas; y lo que era Ella misma á sus propios ojos, y en seguida cantemos al Señor un himno de acción de gracias y de dulces alabanzas, con estas expresiones: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se llena de alegría en Dios su Salvador; porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Aquel cuyo nombre es santo, y que se ha dignado enriquecernos con la abundancia de sus dones.

El corazón de la sagrada Virgen eleva sin cesar hasta el trono del Señor, las más tiernas y amorosas peticiones; pide porque Dios sea conocido en todas partes; porque aumente á cada instante su divina gloria; pide por la eterna salud de todos los

hombres. Ama con todo el corazón al Sér de los seres, al que es la bondad infinita; y ama á los hombres con tierno y maternal cariño.

María ruega al Señor por nosotros; al tratar de imitarla, unamos nuestros ruegos á los suyos, recordando estas palabras: No os inquietéis por cosa alguna; mas en cualquier estado que os halléis, presentad á Dios vuestras peticiones, por medio de súplicas y oraciones, acompañadas de acción de gracias; y la paz de Dios, que sobrepuja á todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros espíritus en Jesucristo nuestro Señor (1).

Animados del espíritu de Jesucristo, y orando en el corazón de su divina Madre, serán atendidas nuestras peticiones; porque María nos enseña á rogar con humildad y fervor, con perseverancia, y con una confianza filial, que todo lo consigue de la divina bondad; porque no rogamos en nuestro propio nombre, sino en el nombre santo de Jesús; ni estamos solos, sino acompañados de María; estamos en su corazón y tenemos sus mismos sentimientos.

Del corazón de María se elevan sin cesar hasta el Señor, la acción de gracias, llena de amor y de ternura, por las admirables excelencias con que se ha dignado enaltecera, por todos los dones y favores que ha recibido del Eterno. Por nuestra parte, también queremos bendecir á Dios nuestro Señor, y darle gracias por todas sus misericordias, y le decimos con el Rey profeta: Exaltaré tu glo-

(1) Philip., IV, 6, 7.

ría, oh Dios y Rey mío, y bendeciré tu nombre por todos los siglos. Te bendeciré todos los días, y por siempre alabaré tu nombre. El Señor es grande, y digno infinitamente de ser alabado: su grandeza no tiene límites.... El Señor es bueno para con todos; y sus misericordias se extienden sobre todas sus obras. Todas éstas te alaben; y tus santos te bendigan.... Mi boca publicará las alabanzas del Señor. Toda carne bendiga su santo nombre en el siglo presente y en los venideros (1). Te alabaré, oh Señor, con todo mi corazón, porque has oído mis palabras; y celebraré tu gloria en presencia de los ángeles. Te adoraré en tu santo templo, y publicaré las alabanzas de tu nombre por tu misericordia y tu verdad; porque has engrandecido sobre todas las cosas tu nombre divino.... Alábenle todos los reyes de la tierra, y canten los caminos del Señor; porque es grande la gloria del Señor, porque el Señor es excelso, y mira favorablemente á los humildes, y no ve sino de lejos á los soberbios.... Yo espero que me habéis de defender; espero en Vos, porque es eterna vuestra gran misericordia. No deseches las obras de tus manos (2).

Una cosa he pedido al Señor,—decía también David,—y seguiré pidiendo; y es el morar en su casa todos los días de mi vida, para contemplar sus delicias y admirar la hermosura de su templo. El Señor accederá á mis ruegos; así lo espero, pues

(1) Pa. CXLIV.

(2) Id. CXXXVII.

ya me ha ocultado en su santo tabernáculo, y me ha protegido en el día de la aflicción, poniéndome en lo más recóndito de su santuario.... Yo cantaré y entonaré nuevos himnos á la gloria del Señor. Escucha la voz con que he clamado á Ti, ten misericordia de tu siervo, y accede á mis plegarias. Conigo ha hablado mi corazón; en busca de Ti han andado mis ojos; yo siempre buscaré tu rostro (1).

Después de un instante volvemos nuestros ojos á María, y le decimos: Oh santa Madre, oh amor de nuestras almas, ¿nos admitis en vuestra casa? ¿no seréis Vos misma quien se digne llevarnos al templo del Señor é introducirnos en vuestro santo corazón? Todo lo haréis porque somos vuestros hijos, que lejos de Vos no quieren vivir ni un solo instante; porque Vos sois la más amorosa y compasiva de todas las madres. Cerrad las puertas del templo de Dios, y guardadnos para siempre en su sagrado recinto, para decir estas palabras divinas: *Hæc requies mea, hic habitabo quoniam elegi eam* (2).

Vuestro corazón es para siempre mi descanso; en él viviré para siempre, porque yo lo he escogido.

Vivamos en el corazón de nuestra Madre, como en el templo donde brilla la gloria del Eterno, y donde ostenta el Altísimo las riquezas de su bondad infinita, y sus misericordias para con los pecadores.

(1) Ps. XXVI, 4-8.

(2) Id. CXXXI, 14.

Si alguna vez esta Virgen dulcísima nos impidiese la entrada en su corazón, lo que nunca tendrá que suceder, acercándonos á Ella, le diríamos: Abreme, hermana mía, mi madre inmaculada y santa, ábreme, porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos (1). Roguémosle una y otra vez, y esta cariñosa hermana, esta madre tierna y compasiva cual ninguna, abrirá su seno para recibirnos; y con Ella viviremos para siempre.

(1) Cant. V, 2.





CAPÍTULO VI

El gran prodigio que apareció en el cielo.

APARECIÓ en el cielo un gran prodigio: una mujer vestida del sol, teniendo la luna á sus pies, y ceñida de estrellas la frente. Aparece en el cielo ese admirable prodigio para obligarnos á fijar en él nuestras miradas. Es la mujer más perfecta que podemos concebir; es purísima y santa, y es encantadora su belleza. Esto no es extraño; porque entre todas las criaturas es la más amada del Eterno, es la mujer de los grandes destinos; y tendría que intervenir en las portentosas obras del amor de Dios á los hombres.

Se presenta vestida de luz, porque es la madre de la luz increada, del Verbo de Dios, que es luz de luz, y que vino al mundo á disipar las tinieblas del error é iluminarlo con la purísima luz de la verdad.

Aquella mujer tiene la luna á sus pies, porque huella con su pie virginal todo lo terreno y transitorio; y está coronada de estrellas, porque es la

soberana Reina que tiene su trono á la diestra de su Hijo divino.

Aún no hemos pronunciado el dulcísimo nombre de esa admirable mujer. Lo pronuncia la aurora, y se disipan las tinieblas y se extiende por el mundo una hermosa y apacible claridad; lo pronuncian las flores, y exhalan la más delicada y celestial fragancia; los arroyos y las fuentes lo murmuran con dulce armonía; los mares lo repiten en sus majestuosas y sonoras ondas, y las aves la cantan alegres y gozosas.

El nombre de María llega á nuestro oído como un himno de gloria, de esperanza y consuelo, é inunda nuestras almas en celestial dulzura; y al pronunciarlo, lo recogen los ángeles de Dios, y lo presentan á su Reina para que vuelva á nosotros sus miradas.

El nombre de la Virgen es María. Así la llama el Evangelio. Precede á ese nombre tan amable la luz de la pureza, y lo acompañan la paz y la alegría. Es el iris que nos revela la bondad de Dios, y los encantos de su gran misericordia; y al pronunciarlo, la Madre del Eterno, la inmaculada y sacrosanta Virgen, extiende sobre nosotros su manto de sagrada protección y nos hace descansar en sus tiernos y amorosos brazos.

Somos hijos de María; y meditando en los misterios de virtud y gracia, de soberana y gloriosa majestad que están atesorados en su santo nombre, bendecimos y damos gracias á Dios nuestro Señor, que quiso enriquecerla con ese nombre en que revela su inmenso amor para con Ella.

corazón, las delicias de su amor, y, después de Dios, su única esperanza y toda su dicha.

También nosotros le damos estos nombres; somos muy indignos de dárselos, es verdad; mas Ella es tan buena, es tan benigna y misericordiosa, es tan indulgente, que no tememos ser rechazados de sus pies al hacerlo; y nuestra tierna y compasiva Madre oír con agrado las alabanzas que le dirigimos. Es todo nuestro encanto, bien lo sabe; es el más agradable de todos nuestros recuerdos; pensar en Ella es nuestro consuelo. ¿Qué puede decirnos nuestro pensamiento sino que María es hermosísima y amable, que es un océano de piedad y de misericordia, y Madre benignísima y llena de clemencia para con sus hijos? Y nuestros recuerdos nos dirán que esa es la verdad, y que la Madre de Dios ha dado testimonio de lo que decimos con los beneficios que se ha dignado dispensarnos; y éstos pasarán delante de nosotros llenando de dulzura nuestro espíritu y renovando nuestra gratitud para con Ella.

Los santos pensaban en Ella sin descanso: ¡oh quién pudiera imitarlos! Para conseguirlo, hagamos lo que ellos hacían, levantar los ojos á Dios y decirle: Oh Señor, envíala de tus santos cielos y del trono de tu grandeza, para que esté conmigo, y conmigo trabaje, á fin de saber lo que es de tu agrado; porque Ella tiene la ciencia y la inteligencia de todas las cosas, y me guiará con acierto en mis empresas; y así mis acciones te serán agradables.

Pensar siempre en María, que es el encanto de

todo nuestro amor y el aliento que anima nuestra vida, y la delicada y celestial fragancia de piedad y gracia que Dios derrama en nuestras sendas, y la luz que disipa las tinieblas, y la fortaleza que nos sostiene y vigoriza, es todo esto un testimonio irrecusable del amor que Dios nos tiene, y de la filial confianza que quiere que tengamos en su santa Madre.

Somos pecadores; mas no hemos perdido la esperanza de volver á Dios por medio de María, que á todos abre el seno de su gran bondad; y esa esperanza nos anima á darle los nombres de madre, de hermana, de Virgen de nuestros amores, de Niña preciosa en quien ponemos los ojos con tierno y delicado afecto, y á quien pedimos que tenga compasión de nosotros, y le rogamos que jamás se olvide que es el Refugio de los pecadores; y ya que está vestida del sol, que nos ilumine con la luz de su enseñanza y nos abraze en el fuego de su santa caridad.

La mujer admirable de que nos habla San Juan, apareció en el cielo; y ¿por qué no desciende á la tierra? porque quiere que nosotros la llamemos, que le hagamos una dulce violencia. El Esposo de los Cantares, después de haber admirado la belleza de su Esposa, lleno de amor, y como fuera de sí mismo, exclamaba: Ven, desciende del Líbano, esposa mía, ven del Líbano; ven y serás coronada; ven de la cima del monte Amaná, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de esos lugares guardados de leones, de esos montes morada de leopardos. Tú heriste mi corazón, oh hermana mía,

esposa muy querida, heriste mi corazón con una de tus miradas, con una trenza de tu hermoso cuello (1). Por nuestra parte digamos también a nuestra amadísima Señora: Desciende del Libano, baja de los cielos, oh Tú la muy amada de nuestro corazón, nuestra esperanza de salud y vida; descende, porque tus hijos, tus hermanos suspiran de amor por su tierna madre, por su cariñosa hermana; descende y serás coronada. Eres el Refugio de los pecadores; por tus ruegos se convertirán a Dios y serán tu corona, bien digna por cierto de una Madre de misericordia.

El amor puso en los labios del Esposo las palabras que hemos citado; el amor lo hizo llamarla con tan ardientes y dulces palabras. Abra también el amor nuestros labios, y sea él quien le dirija a María sus afectos, y quien le diga: Desciende del cielo, oh mujer admirable, purísima Virgen, encantadora y sacrosanta Niña; ven a socorrernos y a reinar en medio de nosotros, porque somos tuyos y te amamos con todo el corazón.

María tiene la luna á sus pies y ceñida de estrellas su frente.

Es nuestra amadísima Virgen mil y mil veces más bella que la luna, porque ésta llega á eclipsarse, y en la Virgen sagrada no pasa lo mismo; es invariable el brillo de su luz; y esa luz es hermo-

(1) IV, 8, 9.

sísima y perfecta, y nunca se vió en Ella la más ligera mancha. En María, *neq tepidum aliquid, aut non ferventissimum licet suspicari*, nos dijo Bernardo. Es María la Madre de la luz increada y espejo sin manchilla de la majestad de Dios; ni este espejo se empaña, ni aquella luz disminuye su esplendoroso y vivo resplandor.

Tomemos otro punto de vista: la luna simboliza á la santa Iglesia, que se halla bajo el amparo de María.—La Madre de Dios ha consolado á la Iglesia en todas sus aflicciones, la ha sostenido en sus combates y la ha coronado en sus triunfos. Desde los primeros siglos de la Iglesia, por una parte vemos que la Esposa del Cordero ha recurrido á María, con filial confianza que jamás ha quedado burlada, y por la otra la solicitud y los cuidados de la sacratísima Virgen, sus fervientes ruegos en favor de la Iglesia, y, en una palabra, su amor de tierna y compasiva madre; y lo que ha hecho hasta ahora, lo hará hasta el fin de los siglos; para que así no fuese, sería necesario cambiarle el corazón; mas Ella es madre, y el corazón de una madre siempre es el mismo, ama sin interrupción, y su vida es el amor.

Conociendo la Iglesia cuánto debe á María, la ha honrado con un culto singular, y la ha hecho el objeto de todos sus amores. Eleva en honor de la divina Madre magníficos santuarios; predica en todas partes sus grandezas; inculca su santa devoción; abre los tesoros de que es depositaria, en favor de aquellos que honran á María; piensa en Ella sin descanso; le dice mil ternuras, y canta

sus divinas glorias en himnos armoniosos.—Si alguno se atreve á ofender á la que es el objeto preferido del amor de la Iglesia, ésta fulmina sus terribles anatemas contra aquel desgraciado, y no hay quien la pueda detener. Allí están para probarlo Arrio, Nestorio, Lutero y muchos otros que han querido empañar las purísimas glorias de María.

¡Admirable conducta de la Iglesia! No ignora que quien ofende á la inmaculada y sacrosanta Virgen, también ofende á su divino Hijo; y quien la honra y glorifica, lo hace también con Jesucristo; porque María no es de sí misma, sino de Dios, con quien se halla tan estrechamente unida como el astro con el rayo de luz que ilumina el mundo, como lo está la tierna y delicada flor con la fragancia que exhala, como el árbol con el fruto que ha producido; y Jesús es el purísimo fruto del vientre de María, es la celestial fragancia que salió del corazón de la divina Madre, y el rayo de luz de la hermosa estrella de los mares.—No es extraño, por lo que decimos, que al ser injuriados el Hijo de Dios ó su Madre divina, la Iglesia indignada y llena de celo se lance al combate para defender al que es su esposo divino, á la que es su gran protectora, su amor y esperanza. Recuerda entonces la Iglesia, y repite estas palabras de Eilas: *Zelo zelata sum pro Domino Deo exercituum. Ardo de celo por tí, oh Señor Dios de los ejércitos; eres ofendido, y también lo es tu santa Madre. Y la Iglesia no queda satisfecha, y por esto llora cuando Jesús ó María son ofendidos; y quiere ahogar esas ofen-*

sas, en su amor, en sus bendiciones y alabanzas; porque esos seres le son muy queridos; y la indiferencia de la Iglesia en las circunstancias de que hablamos, no podría explicarse.

Pongamos de nuevo los ojos en la mujer admirable que vió San Juan coronada de estrellas. Estas estrellas simbolizan las principales gracias de María con que Dios nuestro Señor se dignó coronarla. Escogió el Padre celestial, si así podemos decirlo, entre todas las riquezas que atesora en su seno, las más espléndidas y de mayor valía; y éstas fueron la preciosa herencia que señaló á la muy amada de su corazón.

En el seno de Dios eternamente vive su divino Verbo; será el hijo de María.—El que es entre el Padre y el Hijo el lazo sagrado de amor, será el esposo de la más santa de todas las vírgenes; y el divino Padre la tomará por su hija predilecta.

Contemplemos un instante á esta singularísima criatura en el esplendor de su gloria, en su admirable y celestial grandeza. ¿Puede una criatura ser sublimada á tanta elevación, y ser enriquecida con dones tan preciosos? Dios todo lo puede, y su divino amor realiza maravillas que al hombre no es dado comprender. Dios todo lo puede, y cuando exalta la magnificencia de su gloria y la virtud de su brazo omnipotente, nuestro corazón le adora, y se abren nuestros labios para bendecirle por su infinita grandeza; y el poder, y la sabiduría y el amor de nuestro Dios querido, que brillan con una luz tan bella en la purísima frente de María, nos suspenden en dulce admiración; y sólo podemos

decir que Dios sea su propia alabanza, y que El mismo glorifique la magnificencia de sus dones.

Las prerrogativas de la Virgen santísima, simbolizadas en las estrellas que adornan su frente son éstas: el brillo singular de su generación, la salutación del ángel, la venida del Espíritu Santo que llenó el corazón inmaculado de su Esposa, la Encarnación del Hijo de Dios, la pureza de su santa Madre que es la primera entre todas las vírgenes, su divina fecundidad, el haber llevado en sus entrañas al Hijo del Eterno sin la menor molestia, su divino alumbramiento sin dolor, su santa mansedumbre, su admirable humildad, la perfección y la grandeza de su fe, y el martirio de su corazón (1).

Fué María la hija de cien reyes, descendiente de David. Fué, además, prefigurada por los Patriarcas, prometida por los Profetas, y fué el asunto de todos los siglos: *Negotium omnium saeculorum*.—Las grandes matronas del pueblo de Dios fueron también figuras de María. Rebeca fué escogida para madre de Isaac, cuyo sacrificio anunciaba el del Hijo de María.—Fué nuestra querida Reina más amada de Dios, que Raquel de su amante Jacob; porque Dios, por el amor de María, bajó de los cielos y se encerró voluntariamente en el seno de su Madre amadísima, la preferida de su amor entre todas las criaturas.—La fortaleza de Judit no puede igualarse á la de la Reina de los Mártires, que ofreció la vida de su Hijo en el

(1) S. Ber., *In signum magnum*.

Calvario.—Ester, la de róseo y amable semblante, no tuvo tantos atractivos á los ojos de Asuero, como tiene á los de Dios la inmaculada y sacrosanta Virgen, que siempre obtiene de su Majestad cuanto le pide.—Abigail no fué tan prudente como la Madre de Dios al detener los rayos de la divina justicia contra los pobres pecadores.—En fin, las grandes mujeres del antiguo pueblo de Dios, bellísimas, amables, esforzadas y prudentes, no fueron sino débiles figuras, emblemas imperfectos, de aquella que reunía en sí misma toda hermosura y grandeza, las más preciosas gracias, y la más elevada perfección á que puede llegar una criatura á quien Dios elegiera para madre, que con tal dignidad recibía un tesoro casi infinito de gracias, cual corona de gloria sobre la frente inmaculada de la que es la Reina del cielo y de la tierra.

Un ángel anuncia á la Virgen santísima la Encarnación del Hijo de Dios; mas ¡con cuánta reverencia lo hace, y con qué expresiones tan llenas de amor y de dulzura! Y al consentir María en lo que el Ángel le anunciaba, el Espíritu Santo descendió sobre Ella, y encarnó en sus purísimas entrañas el Hijo de Dios.

Tales son las más preciosas joyas engastadas en la riquísima corona de María: Esposa inmaculada del Espíritu Santo y Madre verdadera del Hijo de Dios; mas no son las únicas que recibió del Eterno esta singular y dichosísima criatura: será la primera de todas las vírgenes; y será también madre fecunda y siempre virgen; y llevará en sus entra-

ñas al Dios que sostiene al universo; y será María la regia y celestial carroza del Monarca supremo del cielo y de la tierra; y le dará á luz entre divinas alegrías; y María, siempre púdica y humilde, admirable en su fe y pacientísima en todos sus dolores, pondrá ante el trono de Dios la corona con que el Padre celestial ciñó la frente de esta su hija preferida y amadísima entre todas las criaturas.

Detengamos todavía un instante nuestro corazón, en ese admirable prodigio que contempló en el cielo el discípulo amado.

María, vestida de luz, hollando la luna, y coronada de brillantes estrellas... es nuestra tierna y cariñosa hermana, y es también la madre que el Señor nos dió. Esta preciosa y sacrosanta Niña no tendrá que avergonzarse por ser nuestra hermana; y aquella madre jamás olvidará á sus hijos. El corazón inmaculado de María siempre es humilde, y nunca se extingue el fuego de su amor. Ese corazón está dividido entre la humildad y el amor. Así lo decimos; mas no, no hay tal división: todo es humildad, todo él es amor; la humildad hace que la Reina del cielo y de la tierra vuelva á nosotros sus miradas; y el amor la obliga á comunicarnos todos sus tesoros.

No está en el cielo nuestra hermana, nuestra dulce madre, para olvidarse de nosotros, sino para alcanzarnos la abundancia de las divinas gracias; y á fin de descubrirnos que si ha llegado á tanta grandeza, porque es la preferida del Eterno, tuvo, sin embargo, que caminar por las sendas de la santa humildad y del amor de Dios.

Desciende del Líbano, hablamos dicho á nuestra muy querida Madre; es Ella quien ahora nos dice: Venid á mí los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos (1). Llega á nuestro oído, dulcísima y conmovedora, la voz de María. Es nuestra hermana, es nuestra madre, y por Ella suspira el corazón; mas ¡ay, que la distancia que media entre María y nosotros es casi infinita! ¿Quién subirá al monte del Señor, ó podrá permanecer en su Santuario? El inocente en sus acciones y el limpio de corazón; el que no en vano ha recibido su alma, ni ha jurado con engaño en contra su prójimo (2). ¡Ay de nosotros! decimos otra vez: á la distancia tenemos que añadir el gran impedimento que ponen nuestras culpas al querer acercarnos á María; mas, á pesar de todo, no dejemos que el desaliento se apodere de nosotros: es María la Reina del cielo y de la tierra, todo lo alcanza de su Hijo benditísimo, y es nuestra tierna y compasiva Madre. Que recuerde su santa humildad, que la inclina hacia nosotros, y el amor que nos tiene; y niéguese después á rogar por sus hijos; jamás lo hará.

Oh tierna hermana, oh madre amorosísima, que estáis allí en el cielo sobre un trono de gloria, á la diestra del Hijo de Dios, no os olvidéis de nosotros; tened presente que sois el Refugio de los pecadores. Conocéis los peligros en que nos hallamos, y no se os ocultan nuestros infortunios.

(1) Eccli., XXIV, 26.

(2) Ps. XXIII, 3, 4.

¿Tendremos que contaros uno á uno todos nuestros males para inspiraros compasión, y alcanzar por vuestro medio las misericordias del Eterno? Vos, mejor que vuestros hijos, conocéis esos males; y el amor que nos tenéis aboga por nosotros: él es quien pide, y quien hace una dulce violencia á vuestro corazón; el amor que nos tenéis ruega por nosotros, y Vos jamás desecharéis sus ruegos. — Nos amáis, bien lo sabemos, y por nosotros habéis consentido en el sacrificio y en la muerte de Jesús, vuestro Hijo primogénito. Después de esta prueba de amor, ¿llegaríais á olvidar á vuestros hijos; ó vuestras plegarias dejarían de subir, siquiera un instante, hasta el trono de Dios? Sois nuestra abogada y el universal Refugio de los pecadores; ponemos en Vos nuestra confianza; no nos dejéis confundidos.



CAPÍTULO VII

La nube de gracia y de salud.

1

El Señor caminará sobre una nube ligera, y entrará en el Egipto, y se conmovrán en su presencia los ídolos de Egipto, y el corazón del Egipto se consumirá en sí mismo (1). ¿A quién simboliza esa nube ligera en la cual camina el Señor, y entra en el Egipto para castigarlo? nube que siempre estuvo en la luz y nunca en las tinieblas, y á la que, por otra parte, se compara la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación (2). A la purísima Virgen María, que, si acompaña á Dios cuando castiga, es para implorar su clemencia y perdón en favor de los pecadores. ®

María tiene su morada en los altísimos cielos, y su trono se asienta sobre una columna de nubes; hizo nacer en los cielos la luz indeficiente, y cual

(1) Is., XIV, 1.

(2) Eccl., XXV, 26.

¿Tendremos que contaros uno á uno todos nuestros males para inspiraros compasión, y alcanzar por vuestro medio las misericordias del Eterno? Vos, mejor que vuestros hijos, conocéis esos males; y el amor que nos tenéis aboga por nosotros: él es quien pide, y quien hace una dulce violencia á vuestro corazón; el amor que nos tenéis ruega por nosotros, y Vos jamás desecharéis sus ruegos. — Nos amáis, bien lo sabemos, y por nosotros habéis consentido en el sacrificio y en la muerte de Jesús, vuestro Hijo primogénito. Después de esta prueba de amor, ¿llegaríais á olvidar á vuestros hijos; ó vuestras plegarias dejarían de subir, siquiera un instante, hasta el trono de Dios? Sois nuestra abogada y el universal Refugio de los pecadores; ponemos en Vos nuestra confianza; no nos dejéis confundidos.



CAPÍTULO VII

La nube de gracia y de salud.

1

El Señor caminará sobre una nube ligera, y entrará en el Egipto, y se conmovrán en su presencia los ídolos de Egipto, y el corazón del Egipto se consumirá en sí mismo (1). ¿A quién simboliza esa nube ligera en la cual camina el Señor, y entra en el Egipto para castigarlo? nube que siempre estuvo en la luz y nunca en las tinieblas, y á la que, por otra parte, se compara la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación (2). A la purísima Virgen María, que, si acompaña á Dios cuando castiga, es para implorar su clemencia y perdón en favor de los pecadores. ®

María tiene su morada en los altísimos cielos, y su trono se asienta sobre una columna de nubes; hizo nacer en los cielos la luz indeficiente, y cual

(1) Is., XIV, 1.

(2) Eccl., XXV, 26.

ligeramente cubrió toda la tierra (1). Es nube resplandeciente de luz y de belleza, la Virgen santísima que había de dar su propia carne al Hijo del Eterno, que puede decir estas palabras: Mi Madre me ha cubierto con un ropaje de salud, y con manto de justicia, como esposo adornado con bellísima guirnalda (2). Bien merece semejantes elogios la santa humanidad de Jesucristo, la carne inmaculada y santísima que tomó del seno de María, carne que es el alimento para conseguir la vida eterna; y la carne de Jesús es la carne de María, purísima y sin mancha.

Es nube de misericordia y de clemencia la Madre del Hijo de Dios, el cual es bondad infinita, y descendió del cielo porque así se lo pedían las entrañas de su gran misericordia; y María lo dió á luz para el bien de los hombres.

Aun no se presentaba en el cielo de la humana existencia la preciosa nube de que hablamos, cuando ya los profetas suspiraban por ella; pues sabían que traería consigo las bendiciones de Dios: ¡Oh cielos! derramad vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo: ábrase la tierra y brote al Salvador (3). María, destinada para Madre de Dios, era la nube que había de dar á luz al Justo; era también la tierra sagrada de que había de nacer el Salvador, que á su vez sería como una nube de rocío en tiempo de la cosecha, cuando los segadores, fati-

(1) Eclli., XXIV, 6, 7.

(2) Is., XLII, 10.

(3) Id., XLV, 8.

gados con el calor, suspiran por la suave brisa que los refrigere (1).

La nube de Dios, la Virgen santísima, va delante de nosotros guiándonos en el camino que conduce al cielo. Iba el Señor,—se dice en el Exodo,—delante del pueblo, para mostrarle el camino; de día en una columna de nube, y por la noche en una columna de fuego; sirviéndole de guía durante el viaje, día y noche. Nunca faltó la columna de nube durante el día, ni la columna de fuego por la noche delante del pueblo (2). Dios extendió la nube sobre los israelitas, para que les sirviese de toldo; é hizo que de noche les alumbrase como fuego. Esa nube era tenebrosa por la parte que veía á los egipcios; y era muy brillante para los israelitas (3).

Cuando los israelitas caminaban por el desierto, la nube del Señor caminaba también con ellos; y al tiempo de levantar el Arca para emprender la marcha, decía Moisés: Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen. Al asentarla decía: Vuélvete, Señor, hacia la multitud del ejército de Israel (4).

María, la nube de Dios, camina delante de nosotros, señalándonos las sendas que Ella misma recorrió durante su vida santísima. Su ejemplo nos anima y consuela, su protección nos favorece; y,

(1) Is., XVIII, 4.

(2) XIII, 21, 22.

(3) Ps. CIV, 39.

(4) Num., X, 34-36.

no contentándose con esto, nos toma de la mano y nos hace caminar en su dulce compañía. Caminó por las sendas de la justicia, teniendo á Dios por fin de todas sus acciones; servir á Dios, agradecerle, y cumplir en todo su santa voluntad, era la gloria de nuestra amada Niña.

Tal fué la vida de María; y fuera de esas sendas que recorrió con tanta perfección, en vano buscaremos la verdadera dicha. Lejos de la justicia no hallaremos la paz; porque una y otra viven siempre estrechamente unidas.—Si no tenemos á Dios por fin de nuestras obras, no hay que esperar premio ninguno; y en vez de recompensa, Dios mandará sobre nosotros sus castigos.

Servir á Dios, procurar agradecerle y cumplir su voluntad divina, es todo el hombre, y lo único necesario que debemos practicar. Si servimos al mundo, tal vez nos recompense; mas tendrá que hacerlo con bienes efímeros é indignos de la nobleza de nuestro ser; y después vendrán sobre nosotros sus desprecios, y olvidará para siempre nuestro nombre. Nada de esto podremos descubrir en el amor que nos tiene María; porque nos ama con amor profundo, generoso y constante; no nos ama porque necesite de nosotros. Teniendo á Dios consigo, siendo su Madre verdadera, el objeto de todos sus amores, y Reina del cielo y de la tierra, de nadie necesita para ser perfectamente dichosa. Nos ama porque así lo piden su bondad dulcísima, y el ser la madre que el Señor nos dió. Por esto hallamos en su seno la fuente de la divina misericordia; y nos colma de gracias, nos

defiende de todos nuestros enemigos, y siempre está con nosotros.

La nube que acompañaba á los israelitas, les servía de refrigerio, de alivio y de consuelo; y mientras envolvía en densas tinieblas á los enemigos del pueblo de Dios, á este pueblo lo iluminaba con apacible y dulce claridad. Jamás llegó á abandonarlos, y siempre caminaba por delante, pues era el símbolo de la misericordia de Dios con su pueblo escogido.

Si pensamos ahora en el nuevo pueblo de Dios, tendremos que confesar que han sido muy abundantes para con él las divinas misericordias, que por cierto no había merecido. Hablando el Apóstol al pueblo gentil, decía lo siguiente: Si algunas de las ramas del pueblo judío han sido cortadas, y si tú, oh pueblo gentil, que no eres más que un acebuche, has sido ingertado en lugar de ellas, y participas de la savia que sube de la raíz del olivo, no tienes de que gloriarte contra las ramas naturales... considera la bondad y severidad de Dios: la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo, si perseverares en el estado en que te ha puesto esa bondad, pues de lo contrario tú también serás cortado (1). Antes habla dicho que la caída de los judíos era una ocasión de salud para los gentiles, á fin de que el ejemplo de éstos excitase la emulación de los judíos para imitar la fe de aquéllos. Los judíos desecharon la fe de Jesucristo, dijo San Pablo. A vosotros

(1) Rom., XI, 11, 17, 22.

debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas ya que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, de hoy en adelante predicaremos á los gentiles; pues así lo tiene ordenado el Señor. Te puse por luz de las naciones, para que seas la salvación de todas hasta el cabo del mundo (1).

Las gracias de Dios se han derramado sobre los gentiles con admirable profusión, realizándose en ellos lo que sólo en figura había tenido lugar en el pueblo judío; por esto los beneficios que Dios se dignó conceder en la antigua alianza, pasaron como una sombra que al presentarse la luz se desvanece; y los que concede en el nuevo Testamento, son más elevados, y contienen riquísimos tesoros de divina gracia.

La nube que acompañó en su peregrinación al pueblo escogido, los defendió de los egipcios, y los dirigió en su camino á la tierra prometida, y los libraba de los ardores de un sol de fuego. En la nueva alianza, la Madre purísima de Dios, á quien hemos considerado como nube de las misericordias del Eterno, nos libra del poder de los enemigos infernales, calma las iras del Señor que provocamos con nuestros delitos, y nos encamina á la patria celestial.

Es verdad que de la antigua nube se dice que la majestad de Dios se descubría en medio de ella; y que Dios descendía en la nube (2); mas

(1) Act., XIII, 46, 47.

(2) Exod., XVI, 10.—XXXIV, 5.

¿podemos comparar estas maravillas con las otras que ha realizado, presentándonos á su Hijo Unigénito, el esplendor de su gloria, que bajó del cielo y se hizo nuestro hermano? Dios en otro tiempo, dice San Pablo, habló á nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras, por medio de los profetas, y también lo hizo por medio de su Angel; pero últimamente nos ha hablado por Jesucristo su Hijo (1).

Veamos, pues en la Madre inmaculada del Señor, la nube gloriosísima que Dios ha elevado sobre su pueblo, no solamente como anuncio de sus grandes misericordias, sino como el medio de que se ha servido para hacerlas llegar hasta nosotros. María es nuestra defensa contra los enemigos infernales, que tendrán que alejarse, al invocar el dulcísimo nombre de la Reina del cielo y de la tierra. ¿Se atreverán á presentarse delante de María, que ha triunfado, y siempre triunfará de las potestades del infierno? Quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, y nunca estuvo sujeta á las cadenas del demonio, para quien es terrible como un ejército en orden de batalla.

María derrama la luz, comunica la fuerza, nos alcanza la gracia, está con nosotros y nos obtiene la victoria por la virtud de su Hijo divino nuestro Señor Jesucristo. Si nos rodean las tinieblas, Ella las disipa, porque es la Madre de la luz increada; si las tentaciones nos inclinan al mal, al ser invocada nos toma de la mano y nos sostiene; si los

(1) Heb., 1, 1, 2.

funestos deleites de la carne se dejan sentir en nuestro corazón, María nos advierte del peligro, calma el ardor de las pasiones, y hácenos pensar en las santas delicias que sólo se hallan en el servicio de Dios nuestro Señor, ó bien nos llena de temores, y nos recuerda los eternos castigos en que podemos incurrir al cometer el pecado. ¡Oh, con cuánto empeño, y con qué constancia tan de madre realiza todo esto en favor de sus hijos que se ha dignado amar con un cariño nunca desmentido!

Si María no estuviese entre Dios y nosotros, deteniendo sus castigos; si no rogara por sus pobres hijos con tan tierno afecto, ¿qué sería de nosotros? porque Dios no quiere concedernos sus misericordias sino por medio de María. Todo es de Dios y todos nuestros bienes dimanar sin cesar de la bondad divina; mas esta misma bondad ha constituido á la Virgen santísima como el rico y perenne surtidor de todas sus gracias. Por esto, si María se alejase, si no nos viera con amor de madre, tendríamos que llorar penetrados de la más amarga pena. No contar para nada con esa madre tan tierna y compasiva, con la que es el tesoro de todas las misericordias del Señor; no estar entre Dios y nosotros esa nube de esperanza y consuelo que detena los rayos vengadores de la divina justicia... Mas no, que Dios nos la ha dado por Refugio de los pecadores, y en Ella está toda la razón de nuestra esperanza, como decía San Bernardo, la única esperanza de los culpables; pues por Ella llegamos al único Mediador que el Padre nos ha dado, Jesucristo nuestro Señor.

En el desierto la nube encaminaba á los israelitas á la tierra prometida; á nosotros la Virgen santísima nos dirige á la patria celestial; mas ¿cómo lo hace? con una prudencia admirable y con una solicitud que sólo corresponde á una madre. Se acomoda á nuestras circunstancias: si Dios nos concede una vida tranquila y feliz, si nos da la salud, la riqueza, ú otros bienes de este mundo, María nos dice que no abusemos de ellos, ni pongamos nuestro afecto en bienes tan vanos, sino solamente en Dios, que es el Bien Sumo, inmutable y eterno; que no nos olvidemos de los pobres; y que veamos esos bienes como dones de Dios con los cuales podemos merecer el cielo: que no nos gocemos en ellos, sino en el Señor.

Si Dios nos manda tribulaciones y amarguras, dolores y tristezas, María se nos presenta en la cumbre del Calvario, sumergida en un océano de penas y aflicciones; y nos enseña cómo debemos padecer por Dios. María nos instruye como una madre lo hace con sus hijos; nos hace recordar que es la muy amada del Señor, Virgen purísima y que fué preservada de todo pecado, y á quien Dios llenó de su divina gracia; y que el Dios que así la amaba, la hizo padecer los más terribles dolores al pie de la cruz de Jesucristo. ®

De esta manera la purísima Virgen acerca á nuestros labios el cáliz del dolor, poniendo en él sus lágrimas de madre. ¡Dejaremos entonces de exclamar: Venga ese cáliz que nos presenta la madre que tanto nos ama; dejaremos de apurarlo hasta las heces? Si las penas nos viniesen sin es-

peranza ninguna, sin ningún consuelo, y por una mano dura y fría, temblaríamos al tener que padecerlas; mas es nuestra amadísima Señora la que nos dice: Llorad conmigo; no olvidéis que por vosotros he recorrido las sendas del dolor; y tened presente que soy esperanza y consuelo de los afligidos, y Refugio de los pecadores.

Oh Madre santísima de Dios, fecunda nube que llovió al Justo, al Salvador de los hombres, defendednos de todos nuestros enemigos, llevadnos de la mano por el camino del Señor, y no nos dejéis hasta introducirnos en la patria celestial.

II

Dios nos concede todos los tesoros de su gracia por medio de María; mas ¿qué debemos hacer para que esos tesoros nos sirvan en orden á la vida eterna? ¿No tendremos que cooperar á la divina gracia, ó será suficiente esperar la hora de las misericordias del Señor, permaneciendo entretanto en una culpable ociosidad? Contestamos estas preguntas con estas palabras de San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí, pues he trabajado más que todos los otros en el ministerio evangélico; pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo: *Gratia Dei mecum.*

De esta manera aprovecharemos las misericordias del Señor, y las atraeremos prevenidos con los auxilios de su santa gracia. Veamos lo que

sobre esto se nos dice en el Libro tercero de los Reyes.

Elias había rogado á Dios nuestro Señor para que no lloviese, y no llovió durante tres años y medio; rogó después en sentido contrario, y el cielo dió la lluvia y la tierra produjo su fruto; mas el profeta ¿cómo consiguió lo que pedía? Elias subió á la cima del Carmelo, y de rodillas en tierra, y puesto su rostro entre las rodillas, dijo á su criado: Anda, ve y observa hacia el mar. Hecho esto por el criado, volvió diciendo: No hay nada. Elias le dijo: Vuelve hasta siete veces. A la séptima vez, vió el criado que subía del mar una nubecilla como la huella de un hombre. Entonces Elias dijo á su criado: Anda, y di al Rey Acab: Engancha el tiro á tu carruaje y marcha luego, para que no te detenga la lluvia. Entretanto se oscureció el cielo en un instante, y vinieron nubes y viento, y empezó á caer una gran lluvia (1).

Si queremos que las gracias del Señor, cual copiosa y fecundante lluvia, desciendan sobre nosotros, acudamos á la purísima Virgen María y roguémosle, una y muchas veces, que interceda por nosotros. Perseveremos en nuestros ruegos, y no quedaremos sin consuelo.

Al orar á nuestra tierna y bondadosa Madre, reconozcamos y confesemos que si se digna escucharnos, no es por nuestros méritos, sino porque Ella es fuente inagotable de piedad y gracia,

(1) XVIII, 42-43.

y porque Dios la ha constituido consuelo y Refugio de los pecadores.

Supongamos que nuestra amadísima Señora tarda en concedernos lo que le pedimos; si así lo hace, atribuyámoslo todo á nuestra indignidad, y que por otra parte quiere María que nos preparemos para recibir los favores del cielo con mayor provecho; mas nunca se portará de esa manera porque vea con indiferencia nuestros males.

Si los ruegos que dirigimos á la que es nuestro amparo y refugio, van acompañados de humildad y confianza, y si pueden llamarse hasta importunos, jamás la dulcísima Señora dejará de atendernos.

Al retirarse el Hijo de Dios hacia el país de Tiro y de Sidón, una mujer cananea empezó á dar voces, diciendo: Señor, Hijo de David, ten lástima de mí: mi hija está cruelmente atormentada del demonio.—¿Dejará de tener lástima el que es la misma bondad, y que había venido al mundo para remediar todas las miserias de los hombres; el que tiene un corazón amabilísimo y lleno de misericordia, cual nadie ha tenido ni tendrá jamás? Sin embargo, Jesús no contestó ni una palabra. Sus discípulos le rogaban por la Cananea, que no cesaba de clamar; mas Jesús les contestó: Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.—A pesar de todo, la Cananea se acercó al Señor, y le adoró, diciendo: Señor socórreme. Jesús le contestó: No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros.—Es verdad, Señor, dijo la mujer; pero los perritos comen á lo menos las mi-

gajas que caen de la mesa de sus amos. (San Marcos dice *comedunt sub mensa*) (1).

A estas palabras se rindió el corazón de Jesucristo: ¡Oh mujer! grande es tu fe: hágase según lo deseas.

Si rogamos á María como rogó á Jesucristo la Cananea, rendiremos también el corazón de la divina Madre: rogaré por nosotros al Señor, y Dios hará lo que María le pida.

Debemos rogar á la Madre purísima de Dios; mas la gracia divina tendrá que prevenir nuestros ruegos. Tenemos confianza en Dios por nuestro Señor Jesucristo, decía el Apóstol; no porque seamos suficientes por nosotros mismos para concebir un buen pensamiento, como de nosotros; sino que toda nuestra suficiencia viene de Dios (2). Según esto, somos nada y enteramente incapaces para obrar el bien sin el auxilio divino; mas la bondad de Dios es infinita, y si hacemos lo que está de nuestra parte, no nos negará su gracia. Su bondad es infinita; decimos de nuevo; y entre las innumerables pruebas que de ella nos ha dado, brilla hermosísima y amable, la de haber constituido tesorera de todas sus gracias á la Virgen santísima, cuyo corazón es la misma clemencia. Esta es la razón de la confianza sin límites que tenemos en María. Dejad, si queréis, que no nos atienda desde luego; esto no hará vacilar ni disminuir un punto nuestra confianza en Ella, ni jamás dejaremos de

(1) Matth., XV, 21-28.—Marc., VII, 28.

(2) II Cor., III, 4, 5.

invocarla. Que nos diga: No he sido mandada sino para las ovejas perdidas de la casa de Israel.— Señora, le contestaremos, los israelitas no os han querido recibir; mas nosotros suspiramos por Vos, y á grandes voces os llamamos: venid á reinar sobre el pueblo que os ama y adora, y que en Vos tiene toda su esperanza.

No es bueno dar el pan de los hijos á los perros.—Es verdad, Señora nuestra; mas dejad caer de vuestra mesa algunas migajas de pan; así lo esperamos de vuestra gran misericordia.

No dejarán de llegar al corazón de María nuestras plegarias; es benignísima, y en todo imita la bondad de Jesucristo para con los pecadores; y por tal motivo saldrán de los labios virginales de María, estas consoladoras expresiones: Que todo se haga conforme lo deseáis. Y el corazón de la sagrada Virgen se habrá descargado del peso inmenso del amor que nos tiene. No hubiera quedado satisfecha, si hubiera reservado los tesoros de misericordia con que Dios la ha enriquecido para nuestro bien. En tal caso, que no admitimos ni por un instante, esos tesoros le dirían, si así podemos expresarnos, que tuviese compasión de nosotros; y desbordándose del seno de nuestra tierna y compasiva Madre, vendrían á enriquecernos.

Fué exaltada la Virgen purísima á la dignidad de Madre de Dios, á fin de cooperar con su Hijo divino á la redención de los hombres. Jesucristo nada reserva para Sí mismo; lo mismo hace su divina Madre. El Padre celestial manifestó su inmenso amor á los hombres, dándoles á su Hijo

Unigénito y entregándolo á la muerte por salvarlos. El Hijo de Dios se nos dió también por el amor que nos tiene y dió su vida por nosotros. No es de Sí mismo, sino de nosotros, y todos sus bienes nos pertenecen.—Ahora bien: la Virgen santísima, á la vista de una caridad tan extremada y de la munificencia del Eterno que con tanta largueza nos ha franqueado todos sus tesoros; aquella Virgen, decimos, ¿guardaría las riquezas de la gracia que lleva en su seno immaculado, y á pesar de los ruegos que le dirigimos pidiéndole socorro? Jamás lo hará, sino antes pondrá en nuestras manos aquellas riquezas, y será Ella misma enteramente nuestra. Lo ha dicho y así lo cumple: En mis manos están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia... á fin de enriquecer á los que me aman y henchir sus tesoros (1). Ha fijado su estancia en el monte de Sión, ha reposado en la ciudad santa y tiene su trono en Jerusalén; ha echado raíces en un pueblo glorioso, en la porción de Dios, que es su herencia, y vive en la reunión de los santos (2). Son nuestras, lo repetimos, todas sus riquezas, y Ella lo es también. ¿Quién podrá quitarle el amor que nos tiene; quién impedirle que nos favorezca? Sería indispensable arrojársela de su casa, privarla del reposo y derribar el trono en que reina tan gloriosamente sobre nosotros; en una palabra, arrancar de raíz su santa caridad que ha penetrado hasta las más recónditas

(1) Prov., VIII, 18, 21.

(2) Eccli., XXIV, 13, 16.

profundidades de nuestro espíritu. Nadie lo hará, y María vivirá para siempre en nuestro corazón; y así como el Hijo de Dios puede salvar perpetuamente á los que por su medio se presentan á Dios, como que está siempre vivo para interceder por nosotros, también María puede rogar sin descanso por los que se acogen á su santo patrocinio, como que siempre está viva á fin de interceder por nosotros. Ruega y siempre rogará por los miserables pecadores; porque así lo exigen las grandes miserias que padecen éstos, y también lo pide á esta dulce Madre su tierno y compasivo corazón; y de esta suerte coopera con su Hijo divino, de quien viene toda suficiencia, á la salud de los hombres.

A las palabras del Apóstol que hemos referido, se agregan las siguientes: Tal como Jesucristo nos convenia que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y elevado sobre los cielos (1). Así también era conveniente que fuese aquella santísima Virgen que el Señor en su bondad nos dió por defensa y amparo, por refugio y consuelo en todas nuestras penas y miserias; y así fué María, por la misericordia de Dios, para con los hombres. ¿Quién puede compararse, exceptuando á Jesucristo, con aquella Virgen, en la santidad y en la inocencia? ¿Quién fué como Ella inmaculado en el alma y en el cuerpo? ¿quién estuvo más lejos del pecado que la Madre de la gracia, que es más pura y hermosa que los serafines, y que se halla á la diestra de su Hijo en

(1) Heb., VII, 25, 26.

un trono gloriosísimo, como Reina del cielo y de la tierra?

Al pensar en las divinas grandezas de María, prorumpen nuestros labios en cánticos de amor y de alabanza á Dios nuestro Señor, que quiso sublimarla sobre las demás criaturas, que la enriqueció de dones y virtudes, y la embelleció con todas las gracias de los cielos. Esa Virgen purísima es nuestra madre y hermana; nos ama con singular cariño, y nosotros la amamos con todo el corazón; por eso es indecible nuestro gozo al pensar en las gracias y favores que ha recibido del Eterno; y el amor que la tenemos nos hace decir: Lo que Dios ha hecho con María, lo ha hecho con nosotros; Dios ha obligado nuestra gratitud. ¿Con qué le pagaremos las riquezas que ha puesto en el seno de nuestra dulce Madre; y la pureza, y la hermosura y todos los encantos que le ha dado por herencia? Ni María puede pagar á Dios cumplidamente las grandes cosas que en Ella ha realizado el Dios que todo lo puede y cuyo nombre es santo; mas esto no nos exime de manifestar á Dios nuestro Señor la más tierna y amorosa gratitud por causa de María. Preservarla de toda mancha original, hacerla su Madre verdadera, elevarla en cuerpo y alma á los cielos, y tenerla á su diestra en gloriosísimo trono como Reina de todo lo criado.—Bendito sea nuestro amorosísimo Señor; le bendecimos, y le damos gracias y ensalzamos la gloria de su nombre. Unimos nuestra humilde gratitud á la santa y hermosa gratitud de María, y entramos en el gozo de la más afortunada de to-

das las criaturas.—La Madre y los hijos bendicen al Eterno con un mismo corazón; y Dios, en su bondad inmensa, hace que las gracias de María nos llegen como una prenda de su amor divino, y un testimonio del agrado y complacencia con que se digna recibir la ofrenda de santa gratitud que por manos de María le presentamos.

Seáis mil veces bendita por Dios nuestro Señor, oh Virgen santa; y sea glorificado vuestro nombre. El Señor Dios nuestro os ha colmado de gracias, os ha elevado sobre las demás criaturas, y sois la preferida de su amor. Recibid nuestros plácemes, y la dulce alegría de nuestras almas. Somos dichosos, porque Vos lo sois; nos corresponde toda vuestra dicha, porque sois nuestra Madre, y nuestros son los espléndidos tesoros con que se ha dignado enriqueceros el Señor; y con Vos nos han venido todos los bienes.

Amadísima Señora, contemplad nuestras miserias; ved que somos unos pobres pecadores que ponemos en Vos nuestra confianza; rogad por nosotros al Señor. Somos miserables, mas Dios os ha enriquecido con todos los dones de la gracia; somos pecadores, pero Vos, piadosísima Señora, sois nuestro Refugio; aplacad las iras del Eterno y alcanzadnos el perdón de nuestras culpas.



CAPÍTULO VIII

El irte de reconciliación y de paz.

I

APENAS había terminado en las primeras edades del mundo el terrible castigo del Diluvio que Dios mandó contra los pecadores, cuando dijo su Majestad estas palabras: No maldeciré en adelante la tierra por los pecados de los hombres; porque los sentidos del hombre y los pensamientos de su corazón, están inclinados al mal desde su juventud. No castigaré en lo venidero á todos los vivientes como ahora lo hice (1). Es amable y dulcísima la voz de la misericordia del Señor, voz que le es enteramente propia y que sale de su bondad infinita para el bien de las criaturas.

La misericordia del Eterno toma en sus labios tales expresiones para evitar el castigo de los pecadores, expresiones que nos llenan de un asombro inexplicable: Los sentidos del hombre lo in-

(1) Gen., VIII, 21.

clinan al mal, y sus pensamientos hacen lo mismo, y dice entonces el Señor: No maldediré en adelante la tierra, ni castigaré á los hombres como acabo de hacerlo. Solamente el corazón de Dios, que ama á los hombres con tanta ternura, pudo dictar esa sentencia en que revela toda su bondad.

No es que Dios no aborrezca la culpa, ó quiera dejar el crimen sin castigo; porque El es santísimo, y su justicia es perfecta; mas su bondad infinita sabrá dejar á salvo los derechos de la justicia, y la santidad de Dios no será manchada. Dios mandará de los cielos á su Hijo Unigénito, y lo constituirá propiciación por nuestros pecados; y en vez de los castigos y terribles maldiciones que merecían nuestras culpas, conseguiremos por Jesucristo toda bendición y toda gracia, porque el Padre quiso poner sobre su Hijo todas nuestras culpas; y el Hijo se ofreció voluntariamente á la muerte por salvarnos; y como el sacrificio del Hijo de Dios es de un valor infinito, y el mismo Hijo es el objeto de las eternas complacencias del Padre, este Padre recibe con infinito agrado la honra que su Hijo le tributa; y los méritos de este Hijo hacen que donde abundó el delito sobreabunde la gracia. Así triunfa la misericordia y obtiene para los culpables la reconciliación y la vida.

Es tan dulce y amable la misericordia de Dios para con los pecadores, que si éstos se obstinan en la culpa y se pierden, queda herida en lo más vivo aquella misericordia. Esos hombres que se han perdido eternamente, eran sus hijos y estaban ligados con ella con vínculos de amor; vivían en

sus entrañas, y de ellas los ha arrancado la culpa, y ha destrozado aquellos vínculos.

Jesucristo es cabeza de todos los hombres é influye en ellos sus divinos auxilios, si bien de diversa manera. Entre el cuerpo natural del hombre y el místico de la Iglesia,—dice el angélico Doctor,— existe esta diferencia, que los miembros del cuerpo natural existen todos á la vez, mas no los del cuerpo místico, que se consideran no solamente según su existencia en acto, sino además en cuanto existen en potencia. En algunos la potencia nunca se reduce al acto, y en otros sí; pero en éstos en grados diferentes por la fe, por la caridad de esta vida y por la fruición de la patria. Considerándose, pues, todo el tiempo del mundo, decimos que Jesucristo es cabeza de todos los hombres según diversos grados; lo es de los que se le unen actualmente en la gloria, y en esta vida por la caridad, ó por sola la fe; y aun de aquellos que le están unidos sólo en potencia que puede ser reducida al acto; y por último de aquellos en quienes la potencia no llegará al acto, como los no predestinados, los cuales al salir de la vida dejan de ser por completo miembros de Jesucristo, pues ya no tienen ni aun la potencia de llegar á unírsele (1).

La divina misericordia pone sus ojos en los que de ella se apartan perdiendo la fe ó la gracia; usando de nuestro humano lenguaje, ¿dejará de sentirse llena de amargura? ¿Hablará entonces á esos desgraciados pecadores con tan dulce afecto

(1) 3, p. VIII, a III.

que pueda conmoverlos y sacarlos de la triste y funesta situación? Entrégate á la amargura de la penitencia; conviérte tu corazón hacia el recto camino por donde anduviste; vuelve, pueblo mío, vuelve á tus ciudades. ¿Hasta cuándo estarás entregada á las delicias que te habrán de perder para siempre? Vuelve, oh hija extraviada, vuelve á mi seno (1).

Y abre la misericordia su seno amorosísimo aun á los mayores pecadores; y se les deja ver como una madre que no puede vivir sin sus hijos, y que llora inconsolable la desgracia que causa en ellos el pecado.—Mas no sucede siempre lo mismo; porque muchos atienden los tiernos reclamos del amor de esa madre; y entonces, allá en el cielo, los ángeles de Dios se llenan de alegría y cantan los hermosos triunfos de la misericordia del Eterno. En el caso contrario podremos decirlo: Derrama día y noche tus amargas lágrimas como un torrente, y tus ojos no cesen de llorar (2). A una madre que pierde á sus amados hijos, no podemos dirigirle otras palabras; y si quisieramos hacerlo, tendría que decirnos: Apartaos de mí; dejadme llorar amargamente; no os empeñéis en consolarme en la desolación de la hija de mi pueblo; porque este es día de mortandad, de devastación y de gemidos, prefijado por el Señor Dios de los ejércitos (3).

(1) Hierem., XXXI, 21, 22.

(2) Thren., II, 18.

(3) Is., XXII, 4, 5.

La dulzura de la divina misericordia para con los pecadores, al causarnos el más profundo asombro, hace preguntar: la gloria del Eterno ¿quedaría comprometida si los pecadores se perdiesen para siempre? tiene Dios necesidad de sus criaturas para ser dichoso? Nada de esto podemos decir; porque la gloria de Dios es inmutable, y El es perfectísimo, y tiene en Sí mismo la razón de su infinita dicha. Busquemos, pues, el porqué de su admirable conducta, en su bondad. Es infinitamente bueno; y su bondad se derrama sobre sus criaturas, como un torrente impetuoso que las envuelve entre sus ondas de bendición y gracia; les comunica sus bienes celestiales, como si éstos no pudiesen ser contenidos en el seno del Eterno.

Dios nos comunica su misericordia por su muy querido Hijo nuestro Señor Jesucristo, por quien ha quedado satisfecha la justicia divina, muriendo por todos los hombres, que son justificados por los méritos del divino Redentor.

En Isaías hallamos las siguientes palabras: Qui-so el Señor consumirlo con trabajos; mas luego que le ofrezca su vida por el pecado, será una larga descendencia, y será cumplida por su medio la voluntad del Señor. Verá el fruto de sus trabajos y quedará saciado. (R)

Mi Justo, mi siervo, justificará á muchos con su doctrina, y cargará sobre sí los pecados de los hombres. Por tanto le dará como herencia una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes; porque ha entregado su vida á la muerte, ha sido confundido con los mal-

hechores, ha tomado sobre sí los pecados de todos los hombres, y ha rogado por los transgresores (1).—Somos la herencia del Hijo de Dios, que nos sacó de las tinieblas del pecado y nos trasladó al reino de la luz; y esto sin que quedasen vulnerados los derechos de la justicia del Eterno, ni manchada su santidad infinita; porque la sangre que Jesús derramó por nosotros, tiene un valor infinito, y su virtud santísima deja nuestras almas más blancas que la nieve. Esa sangre preciosa es la causa de todo nuestro bien, de nuestra eterna salud: Dichosos los que han lavado sus almas en la sangre del Cordero; sangre que reconcilia á los hombres con Dios y á la cual se referian principalmente estas palabras: La sangre os servirá como señal en las casas donde estuviereis; pues yo veré la sangre y pasará de largo, sin que os toque la plaga exterminadora, al herir la tierra del Egipto (2). Y estas otras: Si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza de la ternera esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo se ofreció á Sí mismo inmaculado á Dios, limpia nuestras conciencias de las obras muertas de los pecados, para que tributemos un verdadero culto al Dios vivo? Y por eso Jesús es mediador de un nuevo testamento; para que, en virtud de su muerte en expiación aun de las prevaricaciones come-

(1) LIII, 10-12.

(2) Exod., XI, 13.

tidas en tiempo del primer testamento, reciban la herencia eterna prometida á los que han sido llamados de Dios; porque donde hay testamento, es necesario que intervenga la muerte del testador.... Y sin efusión de sangre no hay perdón (1).

Moisés,—dice también el Apóstol,—tomando la sangre de los novillos y de los machos de cabrío, con agua y lana teñida de grana é hisopo, roció el libro de la ley y á todo el pueblo (2).—¿Quién hace llegar hasta nosotros, cual celestial rocío, la sangre del Hijo de Dios? Dios no nos comunica sus gracias sino por medio de María. La intervención de la divina Madre en nada disminuye la eficacia de los méritos de Jesucristo; porque María todo lo recibe de Jesús; y por otra parte exalta la benignidad y la dulzura de su Hijo primogénito, que quiere que á El nos acerquemos en compañía de aquella santísima Señora, siempre agradable á los divinos ojos.

Jesucristo por los méritos de su pasión y muerte nos ha hecho enteramente suyos; somos sus hermanos, y también sus hijos adoptivos. ¿No tendrá que intervenir en estos misterios de gracia y de perdón, esa Madre que, al serlo también de los cristianos, los hace, mediante la divina gracia, hermanos del Hijo de Dios, que por madre reconoce en el mundo á María?

Tenemos por padre á Jesús, y Jesús al morir nos ha dicho: Es María vuestra madre. De esta

(1) Heb., IX, 13-16, 27.

(2) Id.

manera, la virtud de la preciosa sangre hace fecundo el corazón de María. Somos sus hijos, y por Ella, hijos también adoptivos de su Hijo primogénito.

Los grandes bienes que recibimos de Dios por medio de María, nos están diciendo que todo en Ella es bondad, y gracia, y misericordia, y maternal dulzura, y que si el Hijo de Dios es el soberano Mediador entre el Padre celestial y nosotros, la bondad divina ha colocado á María entre Jesús y los hombres, cual Medianera de gracia que aplaque las iras del Señor y nos alcance los dones celestiales, y como iris bellissimo de reconciliación y de misericordia, nos anuncia la paz del Señor.— Dios al verla rendida á sus pies, rogando por nosotros, calmará su enojo, nos dará el perdón; y la Virgen sacratísima, la que Jesús nos dió por madre, acercándose á nosotros, traerá consigo los tesoros de la gracia; y por María alcanzaremos la vida, la luz, la fuerza y la paz de Dios con todos sus encantos y delicias. ¿Qué bien no conseguiremos por los ruegos de María? Conoce todas nuestras necesidades y miserias, todo lo alcanza del Señor, es nuestra Madre, y Dios mismo la ha dado á los hombres, cual dulce y piadosa Medianera, á fin de comunicarnos por sus manos todos sus tesoros. Bendito sea quien así lo ha dispueste para nuestro bien.

II

Pondré mi arco en las nubes y será señal de alianza entre Mi y la tierra. Y cuando Yo cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco, me acordaré de mi alianza con vosotros y con toda alma viviente... Y repitió Dios: Esta es la señal de la alianza que tengo establecida entre Mi y todo lo que vive sobre la tierra (1).

El iris nos hace recordar las funestas consecuencias del pecado, que nos trajo la enemistad de Dios. El iris nos anuncia la alianza venturosa establecida por la divina bondad entre Dios y nosotros. El iris nos deja entrever un porvenir de bendición y gracia. Contemplemos todo esto en la intervención misteriosa que tiene María en los grandes asuntos de la misericordia del Eterno.

María en su inmaculada y sacrosanta pureza, si por una parte nos llena de inefable dicha, porque Ella es hermosísima, es amable y perfecta, es el tesoro de todos los bienes del Señor, y con Ella nos ligan los más preciosos vínculos de amor y gratitud; por otra parte nos hacen recordar que sólo Ella fué preservada de la culpa original y que nosotros contrajimos la culpa de Adán al ser concebidos; que aquella inocente y purísima Virgen aumentó sin cesar el tesoro de la gracia con que Dios se dignó enriquecerla; mientras nosotros

(1) Gen., IX, 13-16.

la hemos manchado con las culpas más graves. Ese cotejo entre María y nosotros que somos sus hermanos y nos llamamos sus hijos, nos cubre de vergüenza y nos llena de pena y de amargura. Esta hermana, esta madre, ¿dejará de avergonzarse de tenernos por hijos y hermanos? Su incomparable y celestial pureza nos revela que es Madre dignísima de Dios, y que han de ser como Jesús los hijos de María. Hermoso y saludable pensamiento que habrá de inclinarnos, mediante la gracia divina, á trabajar en nuestra santificación. ¿Escucharíamos sin un dolor inmenso estas palabras que pudiera dirigirnos nuestra dulce Madre: No os conozco? Ser desconocidos de la más tierna y compasiva madre, sería una agudísima espada de dolor que, al hundirse en nuestro seno, nos dejaría sin vida. Si no nos conoce, no nos pertenece su amor dulcísimo y sagrado que es toda nuestra dicha. Volverá sus ojos á otra parte y tendrá por hijos á otros que sean menos indignos. Y si por Ella nos vienen todas las gracias del Señor, ¿qué sería de nosotros sin el auxilio, sin los ruegos ni el amor de la que es el amparo y el consuelo de los miserables?

Por nuestras culpas, cubrirá Dios el cielo de nuestras esperanzas de oscuras y pesadas nubes que anuncien los terribles castigos que quiere descargar sobre la tierra.

¡Ay de nosotros si en esas nubes no aparece el iris de la esperanza y del consuelo, María, deteniendo las iras del Señor y rogando por nosotros! Por esto los miserables pecadores acudimos á

Ella y le recordamos que es señal de alianza entre Dios y los hombres; que no ha sido dada al mundo para el castigo del pecado, sino para llevar en sus brazos al Hijo de Dios, que vino al mundo para salvarlo.

Ese iris de reconciliación y gracia, María nuestra piadosa y compasiva Madre, no sólo nos revela la alianza establecida entre Dios y los hombres, sino que es un vivo testimonio de tal alianza. Preguntadle quién es el Niño que trae entre sus brazos, y os contestará que es el Hijo de Dios, y es también su Hijo que fué concebido por obra del Espíritu Santo; y que ese Hijo es la esperanza y la eterna salud de los hombres.

María no sólo nos anuncia la alianza entre Dios y los hombres, acabamos de decir, sino que también es un vivo testimonio de esa misma alianza; porque á tal Madre, la más pura de todas las vírgenes, no convenia, nos dijo San Bernardo, sino un Hijo que fuese Dios (1). Dios con nosotros, Dios salvador de los hombres; pero á la que es Madre del Dios Redentor de los hombres redimidos, correspondía solamente una alianza de amor. No tenía que tratarse del castigo de los pecadores, y si de su perdón; porque estaba cancelada la cédula del decreto firmado contra nosotros, y que nos era contrario: esa cédula la quitó de en medio el Hijo de Dios y la clavó en su cruz; despojó á los principados y potestades infernales, los sacó valerosamente en público y los llevó delante de

(1) Hom. II Sup. Missua.

Si, triunfando de ellos en su propia persona (1).
 María, alianza de amor entre Jesús y nosotros. Es nuestra Madre dulcísima un lazo precioso que nos liga con nuestro Hermano primogénito. En uno de sus brazos toma la Virgen Santísima al Hijo que llevó en su seno; y con el otro nos estrecha con ternura inmensa. ¡Cuántas delicias gozamos en ese maternal abrazo! Olvidamos un instante nuestras miserias y dolores, nuestros pecados que Dios ha perdonado,— así lo esperamos,— con su preciosa sangre; y contemplamos al Hijo y á la Madre con miradas de inefable amor; no temamos la cercanía de Jesús, porque es nuestro hermano, y no se desdén ni se avergüenza de darnos el nombre de hermanos (2). Esa cercanía, la unión que María nos proporciona con su Hijo y nuestro Dios verdadero, es fuente inagotable de delicias, y nos inspira una confianza sin límites en ese hermano que tanto nos ama. Hace llegar hasta nosotros sus inefables consuelos. Quien le ama, quien está unido á ese hermano, amante y cariñoso cual ninguno, tiene consigo al Autor de la paz, principio de la vida, al que es todo nuestro bien.

Las dulces miradas de Jesús y la sonrisa amorosa de sus labios, si nos inspiran profundísimo respeto, por ser El quien es, no nos dejan, sin embargo, retirarnos de su Majestad; y, llenos de confianza, ponemos en El nuestras miradas, y le decimos: Sois todo nuestro amor. Entretanto la Madre de

(1) Colos., II, 14, 15.

(2) Eph., II, 11.

Jesús, y nuestra madre, contempla, llena de consuelo, esa escena de fraternal y sacrosanta unión que conmueve sus entrañas.

¿Por quién nos han venido tantos bienes? ¿quién es la que así nos une á Jesucristo? María, iris de reconciliación y de misericordia, de paz dulcísima y sagrada; María, que lleva en sus brazos á Jesús y nos lleva también á nosotros.

Durante nuestra vida descansemos en brazos de María; en otra parte jamás disfrutaríamos de tan puro y celestial consuelo. Mas ¿en qué consiste el descanso de que hablamos? Recordemos estas palabras de David, que nos darán la respuesta que aplicamos á nuestro objeto: Arroja en el seno del Señor tus ansiedades y El te dará el sustento; no dejará al justo en agitación perpetua.... Yo, oh Señor, tengo en Ti toda mi esperanza (1). Pongamos en el seno de María nuestras inquietudes y cuidados, las penas y dolores que agobian nuestro espíritu, nuestras culpas, nuestras ansiedades y deseos; en una palabra, lo pasado, lo presente y lo futuro, todo nuestro sér. ¿Cómo tendremos que hacerlo? Pidiéndole, llenos de humildad y de confianza, su intercesión poderosísima para con Dios nuestro Señor; acudiendo á esta tierna y compasiva Madre en todas ocasiones, buscando en Ella la luz, la vida y la gracia, el consuelo y todos los bienes. Tiene en sus brazos al Salvador de los hombres, en quien están todos los tesoros del cielo y de la tierra. Es su Hijo, y de sus brazos lo pa-

(1) Ps. LIV, 23, 24.

sará á los nuestros; y Jesús jamás negará cosa alguna á su divina Madre; y esa Madre rogará por nosotros. Pongamos nuestros poderes en sus manos, si así podemos expresarnos, y María lo arregle todo por nosotros con Dios nuestro Señor; y en seguida recibamos de las manos de la tierna y bondadosa abogada de los pecadores, lo que quiere darnos; recibámoslo con la sumisión más perfecta, llenos de gozo, y bendiciendo la voluntad del Señor: que se nos dé la aflicción ó el consuelo, la enfermedad ó la salud, la muerte ó la vida, siempre cantaremos la gloria del Eterno, sin querer otra cosa sino lo que El se digne disponer. Siempre veremos en la intervención de la sagrada Virgen las pruebas inequívocas del amor que nos tiene; y nada turbará nuestras almas, y en ellas tendrá que reinar la paz de Dios por medio de María. Descansando en sus brazos, nada tenemos que temer; rogará por nosotros, y nos vendrá todos los bienes con su poderosa y santa protección. ¿Qué no hace una madre por sus hijos? Emplea en su favor todos los bienes que están á su alcance, pone en juego toda su influencia, ni olvida cosa alguna que pueda servirle para un objeto que tanto le interesa, el bien de los hombres sus hermanos, sus queridos hijos.

El iris bellísimo de misericordia y de consuelo, de paz y de dulzura, María, á quien llamamos Refugio de los pecadores, no se contenta con prodigarnos sus santas bendiciones durante nuestra vida; mas, á fin de alentarnos, nos promete para lo futuro las delicadas y preciosas gracias que pudié-

ramos desear: Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación. Y á fin de excitarnos para que caminemos con empeño por las sendas de la santidad, añade: Quien pecare contra mí, dañará su propia alma. Todos los que me aborrecen aman la muerte (1). Esta santísima Señora había dicho que caminaba por las sendas de la justicia, y por la carretera de la rectitud, á fin de enriquecer á quien la amase, y colmar sus tesoros. ¡Cuánto es lo que hace por nosotros esta dulce Madre! Procura nuestro bien, ofreciéndonos el cielo, y quiere alejarnos del pecado, recordándonos los castigos eternos; y por último, nos convida á seguirla, pide que la amemos, y nos descubre que las riquezas que ha adquirido por sus grandes méritos, serán para nosotros, si obedecemos con fidelidad lo que nos manda, si le damos nuestro corazón. ¿Dejaremos de ponerlo en sus manos, y no será para esta santa Madre todo nuestro afecto? Al decir estas palabras, recordamos las siguientes de David: Si yo me olvidare de tí, oh Jerusalén, sea entregada al olvido mi mano derecha; y quede mi lengua pegada al paladar, si no me propusiere á Jerusalén por el objeto de toda mi alegría (2). ¿Cómo olvidar á esta incomparable y sacrosanta Virgen, siendo, como es, todo nuestro amor? Y en Ella está, después de Jesucristo, nuestra esperanza de vida y salvación. Esperamos en Ella, porque sus ruegos todo lo alcanzan del Eterno, porque

(1) Prov. VIII, 35, 36.

(2) Ps. CXXXVI, 5, 6.

Ella nos ama y cuida de nosotros, por ser nuestra madre. Esperamos en Ella, porque es el Refugio de los miserables pecadores; y ninguno ha llegado á los pies de la divina Madre, que no recibiese alivio y consuelo: jamás desechó la oración de los humildes. Bien lo saber nació para remediar nuestras miserias, para enjugar nuestro llanto, para aplacar, en fin, la indignación de Dios, que hemos provocado con nuestros delitos.

Si recordamos nuestras culpas, y en seguida la justicia de Dios se nos presenta con todos sus rigores, tiembla nuestro corazón, y tenemos que exclamar: ¿En dónde podré esconderme de la presencia del Señor? porque mucho he pecado en mi vida.

Mis culpas me llenan de temor y de vergüenza. Oh Dios mío, no me condenéis en vuestro juicio. Mas, á pesar de todo, la Virgen sacrosanta, que sabe calmar la indignación de Dios, calmará también nuestras terribles y penosas inquietudes: Salvadnos, le diremos, oh María, pues sois la esperanza, aun de aquellos que por desgracia la han perdido (1); salvadnos, porque sois el Refugio y el hospicio al que pueden recurrir los pecadores; no tenemos otro refugio que el vuestro (2); á nadie desecháis, á ninguno volvéis vuestras espaldas; mas, al ser invocada, acudís luego á socorrernos. Por esto ponemos los ojos en vos, y os llamamos como llama un hijo afligido á su buena y cariñosa madre.

(1) Glorias de María, San Juan Damasceno, cap. III.

(2) S. Thom. Villanov., Serm. 3 de Nativ. V. M.

Quede nuestra lengua pegada al paladar, si no fuésemos el objeto de nuestros cánticos de bendición y gloria. Los beneficios que sin cesar nos dispensáis y el cariño que tenéis á vuestros hijos, nos piden esos cánticos y abren nuestros labios para deciros: Bendita seáis mil veces, oh vos, la preferida del Eterno, la preservada del pecado y á quien Dios colmó de sus divinas gracias. Bendita seáis mil veces la que tanto amáis á los hombres, y que trabajáis sin cesar por su salud eterna; la que sois para los desgraciados, para los pobres pecadores, iris de esperanza y de consuelo, de paz y de misericordia.



MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

levantase en el alma la llama de su amor. Cuando el sol iluminó el sacrificio de Nehemías, que lo había roseado con el agua sacada de un profundo pozo, se encendió un gran fuego que á todos llenó de admiración (1). Pasa en nosotros una cosa semejante: Si al presentar á Maria nuestras ofrendas, la Virgen sacrosanta no vuelve á nosotros sus miradas de luz y de amor, tales ofrendas quedarían roseadas, como las del sacrificio de Nehemías, con agua cenagosa, casi convertida en lodo; mas si Ella nos alumbra con el suave resplandor de su belleza, el corazón que le ofrecemos levantará sus llamas de ardiente caridad, y la pureza inmaculada de María, y los encantos de hermosura y gracia que en Ella resplandecen, nos harán exclamar: Es la más santa y perfecta de todas las criaturas, es nuestro amor; y en alas de este amor, volamos hacia Ella; mas ¡ay, que la purísima Estrella de los mares resplandece en lo más sublime de los cielos y no podemos elevarnos hasta Ella; y contemplarla tan lejos de nosotros es el tormento del amor! Preciso es sufrirlo, pero no en silencio.

Antes de la venida del divino Redentor, los profetas exclamaban. ¡Oh si rasgaras los cielos y descendieras! á tu presencia se derretirían los montes como cera (2). Descendió de los cielos el Hijo de Dios, el deseado de los collados eternos; y, terminada su misión sobre la tierra, volvió al seno de su Padre, y por un misterio de inefable

(1) II Machab., I, 20-22.

(2) Is., LXIV, 1.



CAPÍTULO IX

La Estrella de los mares.

I

Ave maris stella. Así saluda la Iglesia á la que es todo su encanto después de Jesucristo; y esas palabras rebosan de amor, de gozo y de filial confianza. En ellas descubrimos á la que tiene encadenado nuestro corazón, que á dirigirse á María y al cantar sus alabanzas, queda sumergido en un mar de delicias, y de nuevo le dice mil ternuras, sin que puedan contenerlo ni su propia indignidad, ni sus muchos pecados, ni la grandeza incomparable de la Reina del cielo y de la tierra, pues la confianza que tiene en la Madre de Dios nunca le abandona.

Es María la Estrella de los mares, y se eleva sobre todas las miserias de este mundo, como el astor rutilante y hermosísimo que simboliza las singulares y preciosas gracias de aquella santísima Señora.

Dios te salve Estrella de los mares. Cuando cae sobre nosotros la purísima luz de las miradas de María, y contemplamos un instante su hermosura,



caridad se quedó con nosotros para siempre en la divina Eucaristía.—Después de Jesucristo fué llevada á los cielos la felicísima criatura que habla elogiado por Madre, y que resplandeciente de gloria y majestad, se halla á la diestra del Hijo de Dios. Desde allí vuelve á nosotros sus miradas llenas de bondad, que, si nos consuelan, y avivan las llamas de su amor en que arden nuestras almas, nos acercan á sus santos pies... Ni acaba el tormento que tiene por esto el corazón; mas con todo se abren nuestros labios para bendecirla, y le enviamos los suspiros más puros y ardientes, y le dirigimos las palabras de Isaias: ¡Oh si rompiesen los cielos y descendieras! Desciende, Niña preciosa, amor de mis amores; descende, que mi alma suspira por ti. Mi corazón se ha liquidado con tu dulzura,—le diremos, con el Serafin de los doctores, á nuestra querida Reina;—mis entrañas se han abrasado con tu amor. Ten piedad de mí allá en el cielo; y en tu regio y elevado trono no te olvides de tu hijo. Mas yo y mi alma en la tierra de mi cautiverio bendeciré tu nombre y le glorificaré por los siglos de los siglos. Aguardo tus consuelos en mi soledad, y tu misericordia en la mansión donde vivo. Ilumina mis ojos y disipa mis tinieblas. Dame para contigo una confianza filial en la vida y en la muerte (1).

Dios te salve Estrella de los mares. Al saludar á nuestra amada Niña con palabras tan llenas de ternura, se estremece de gozo nuestro corazón.

(1) Ps. 38, 42, 54, 63.

Bendice, alma mía,—decimos también con el seráfico Doctor,—bendice á la Virgen purísima, á la Madre de Dios, cuya magnificencia subsiste por los siglos de los siglos. Te has vestido, oh amadísima Señora, de hermosura y gracia, y de brillante y espléndido ropaje. De ti procede la medicina de los pecadores, la enseñanza de la paz y el fervor de la santa caridad. Cúbrenos con tus virtudes, y no se nos acercará la ira del Eterno.

Da un gozo perpetuo á tus fieles servidores; y no los olvides en el trance de la muerte; preséntate á sus ojos y recibe sus almas. Consuélalos con la luz de tu bellissimo semblante y no permitas que los conturbe el demonio. Sé la escala que los eleve al cielo, y camino recto de la gloria eterna. Alcanzáles del Padre celestial las dulzuras de la paz, y un trono de luz entre los siervos de Dios. Libra á tus devotos en el tribunal de Jesucristo; y toma en tus manos purísimas la causa de tus hijos.

Ese cúmulo de celestiales y preciosas gracias que el Señor se dignará concedernos por los ruegos de María, nos colma de una dicha anticipada; y es también la razón del gozo que sienten nuestras almas al pensar en la bellissima Estrella de los mares. Los rayos de su luz le han descubierto nuestras miserias y desgracias, y han conmovido su tierno corazón, porque ese corazón, allá en el cielo, es siempre corazón de madre; y tener una madre tan cercana á Dios y tan querida de su Majestad y que todo lo puede con El, es para nosotros como una fuente de inefable dicha y un manantial perenne de consuelo.—Tenemos madre,

y se halla á la diestra de su Hijo allá en el cielo; y esa Madre es omnipotente en sus plegarias, y nos ama con inefable y celestial ternura.

Una madre antepone á su grandeza el amor á sus hijos; por éstos sacrifica cuanto tiene, y ella no se pertenece: es de aquellos que llevó en su seno. Nacen de aquí sus continuos cuidados y desvelos, y el empeño infatigable y constante con que procura el bien de sus hijos, que, al pensar en su madre, si bien la aman y respetan, le tienen una confianza muy grande. Por más que sean indignos del nombre de hijos, no ignoran que el amor y la dulzura de una madre son inagotables; que ese amor es siempre indulgente y compasivo; y su dulzura siempre tendrá que atraerlos á su seno.

Esto en María, la más tierna de todas las madres, se halla elevado á una altura que el hombre no puede comprender; y nos rinde á los pies de la incomparable y sacrosanta Madre, donde derramamos todo el corazón: no hay secreto ni miseria alguna que queramos ocultarle; y si nos llenan de vergüenza nuestras grandes culpas, sabemos que María nos ama, que es nuestra madre, y que en su seno, tan lleno de bondad, jamás penetró la indignación.

¿Quién ha enseñado á la preciosa Niña la bondad y la misericordia en que rebosa su incomparable y tierno corazón? Aquel Señor á quien David decía: Enséñame la bondad, la doctrina y la sabiduría; pues he creído tus preceptos (1). Su

(1) Ps. CXVIII, 66.

Hijo santísimo, que vino al mundo, no para juzgarlo, sino para darle vida y salvación. Para esto vino el Hijo de Dios, que se dignó visitarnos con entrañas de misericordia.

¿Para qué vendría su Madre divina, y cuál tenía que ser el corazón que Dios le había de dar, á fin de prepararla dignamente para el cumplimiento de su gran misión? No es difícil contestar estas preguntas: la Virgen santísima venía por causa de Jesús, para cooperar con El á la obra de la redención; y teniendo los mismos sentimientos que Jesús, de bondad y gracia, de misericordia y dulce compasión.

Un nuevo rayo de luz de la Estrella de los mares, nos descubre, sin embargo, que el Hijo de Dios es el Juez de los vivos y los muertos, y ha de dar á cada uno galardón ó castigo, según sus obras; no pasarán por manos de María los terribles castigos de la divina justicia, sino solamente la benignidad y la gracia, porque Dios la ha constituido Madre de misericordia y Refugio de los pecadores.

Dios ha querido comunicar á los hombres los tesoros de su gracia por manos de María, á quien el Angel saludó, llena de gracia. ¿La saludó solamente? Al hacerlo, le manifestó un profundo respeto, porque la futura Madre de Dios aventajaba al Angel, dice Santo Tomás, en la plenitud de la gracia. Poseen los santos un gran tesoro cuando tienen toda la gracia de que necesitan para su eterna salud; pero ese tesoro será más rico, si alcanza para la salud de muchos; y será espléndido

y riquísimo, si es suficiente para la salud de todos los hombres: *Hoc esset maximum*, dijo también el angélico Doctor; y tuvo lugar en Jesucristo y su divina Madre, porque en todos los peligros puede obtenerse la salud por medio de María, á quien dijo su sagrado Esposo: Tu cuello es recto como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos, con toda clase de armas para los guerreros; mil escudos, esto es, toda suerte de remedios contra los peligros.

Además en las buenas obras nos da María su poderoso auxilio; porque en Ella está toda esperanza de vida y virtud. Está, pues, llena de gracia y excede al Angel en tal plenitud. Por esto la Virgen sin pecado lleva el nombre de María, que significa iluminada, pues siempre estuvo en la luz. El Señor llenará tu alma de esplendores, dijo Isaias. Ilumina á todo el mundo, y por esto la comparamos con el sol y la luna (1).

Preguntemos de nuevo: ¿de quién aprendió la Virgen santísima, la bondad, y la gracia de que está llena para con los pecadores? De su Hijo divino, que dijo á los hombres: Venid á Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; porque mi yugo es suave y mi carga es ligera (2). A su vez la perfectísima discípula de Jesús, nos dice estas palabras: Venid á mí los que os

(1) in Angel. Salut.

(2) Matth., XI, 28-30.

halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos. Y si pone sobre nuestros hombros el yugo de su amor, no temamos, porque su yugo es suave y su carga es ligera. Si no nos basta, para convencernos de esto, nuestra experiencia, oigamos las palabras que añade María: Mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel es mi herencia (1).

Que reinen, pues, en nuestro corazón el amor á nuestra tierna Madre, y el gozo más puro y delicado, la filial confianza, al recordar sus bondades.

Nada nos contiene al pensar en María, en la que es dulcísimo Refugio de los pecadores: el amor, el gozo y la filial confianza, nos dicen de consuno: Acerquémonos á Ella; rindámos á sus pies nuestro cariño, pidámosle mercedes. Momento precioso aquel en que cerca, muy cerca de María, le revelamos todo nuestro afecto. Instante dichosísimo en que deja caer sobre nosotros los rayos de su luz. Es hermosísima la Virgen que amamos con delirio, y sus miradas, llenas de bondad, consigo traen la gracia y el consuelo, el amor, el gozo y la confianza. Bendita sea nuestra querida Madre; y al decirlo, besamos con ardor sus virginales pies y les prodigamos mil caricias; porque es nuestra amadísima Señora, todo nuestro bien, después de Jesucristo; porque es nuestra Madre muy querida, que reina y reinará siempre en nuestras almas.

(1) Eccl., XXIV, 26, 27.

II

San Bernardo, cual si estuviese quejoso de nosotros, se nos acerca y dice lo siguiente: ¿Por qué, al hablar de las glorias de María, os habéis olvidado de mí? Satisfagamos al Doctor mariano, y oigamos lo que ha dicho acerca de la Estrella de los mares.

«El nombre de María significa estrella del mar; y tal significación conviene también á la Madre Virgen. Así como la estrella sin perder cosa alguna nos ilumina con el espléndido rayo de su luz, así la Reina del cielo y de la tierra, quedando siempre virgen, dió al mundo á su Hijo divino. Ni el rayo disminuye á la estrella la claridad de su luz, ni el Hijo de Dios lastima en lo más mínimo la integridad de su santa Madre, la más pura y sagrada de todas las vírgenes, la estrella nobilísima de Jacob que ilumina todo el mundo con una luz purísima, luz que llega hasta el cielo y que penetra en el abismo; y que al pasar por la tierra, le comunica el calor vivificante de la caridad, que robustece y fomenta las virtudes y deseca los vicios.

«Es María la hermosa y refulgente estrella que, en beneficio del mundo, hizo Dios que en lo más elevado de los cielos resplandeciese con el esplendor de sus méritos y la santidad de sus ejemplos» (1).

(1) Sup. Missus, II.

Detengámonos unos instantes: El rayo de luz que procede del astro no disminuye su claridad; en nuestro caso aún hay más: la luz increada que procede del Padre, nació en el tiempo del seno de María; esa luz sagrada no ha permitido que María estuviese en las tinieblas ni por un momento: la envuelve en sí misma, la penetra enteramente y la transforma en Dios, en Dios que es luz y en quien no hay tinieblas ningunas.

La luz de que hablamos, antes de entrar en el seno de María, y desde el primer instante de esta excelsa y singular criatura, la tenía consigo; mas al encarnar en el seno de la santísima Señora, y después al salir del seno de María, santuario de toda pureza, hizo más resplandeciente y más hermosa la integridad de su divina Madre, de la cual sin cesar están manando las aguas de la gracia, y la admirable luz del conocimiento de Jesucristo.

Unida la Virgen santísima substancialmente al que es el vivo manantial de toda integridad y pureza, recibe con suma exuberancia enteramente singular las copiosas aguas de la gracia, semejante, según la expresión de Isaias, á un río de paz y á un torrente que sale de madre, y que inunda de luz y de gloria á las naciones (1).

La gloria de la Virgen sacratísima es su Hijo, que se dignó vestirla con el cándido y brillantísimo ropaje de la salud y la cubrió con un manto de justicia. Esta Virgen sacratísima estaba destinada para madre de Jesús, ¿hubiera reservado el

(1) LXVI, 12.

Hijo, en sus preciosas arcas, algún tesoro que no comunicase á la preferida de su amor? Se le dió á Sí mismo, y le dió consigo todas sus riquezas. Por esto la virginidad de la preciosa Niña es purísima, santa y perfecta; ilumina los cielos con su bellísima luz; y penetra las profundidades de la tierra, é ilumina á todo el mundo.— Jesucristo es el esplendor, es la pureza de María; porque todas las grandezas de esta santa Madre, sus prerrogativas y excelencias, le vienen de su Hijo; por esto la luz de María, de esa estrella bellísima del mar, es inextinguible, es bellísima y sin mancha. Los ángeles la contemplan en éxtasis de amor, y bendicen al Hijo del Eterno, que hizo tan santa y perfecta á su divina Madre.

¿Qué haremos los hombres al contemplar ese astro de salud y vida, esa estrella que derrama su luz sobre nosotros? Contemplarla también, con dulce y serena mirada; gozarnos de su dicha incomparable, de su perfección altísima, bendecirla, y glorificar por Ella á Jesucristo.

Dios por medio de María ilumina toda nuestra vida; y María se nos presenta tan hermosa y tan llena de bondad y gracia, que eleva hacia sí nuestras miradas; y sentimos tan dulce atractivo al poner en Ella nuestros ojos, que no queremos volverlos á otra parte; porque es encantadora la luz de su semblante y es suavísima y amable su sonrisa; y al pensar en su grandeza, no nos damos cuenta de nosotros; todo lo ilumina; todo lo llena en nuestras almas; sentimos como encadenado el pensamiento; su hermosura nos detiene, y la inte-

ligencia está como embargada al pensar en tan dulce Madre. Si queremos entonar sus alabanzas y cantar sus glorias, el amor que le tenemos pone su sello sobre nuestros labios. ¿Ni qué podríamos decirle, cuando no es suficiente para bendecirla, —nos ha dicho San Bernardino,—ni aun la lengua de los ángeles? Mas la Iglesia lo hace por nosotros, exaltando las grandezas de la Virgen sacrosanta, con estas bellísimas palabras: Es María la Madre de la luz increada, es la estrella del mar.

Somos los descendientes de Adán, tristes navegantes que surcamos el mar proceloso de este mundo en frágil barquichuelo, que, ó puede encallar en un banco de arena, ó estrellarse contra terribles escollos, ó ser en fin el juguete de las olas que sin cesar lo arrastran en distintas direcciones. Una bruma pesada nos rodea, y no sabemos ni el punto donde nos hallamos, ni el camino que debemos seguir.

¿Llegaremos al puerto de la feliz eternidad? Desde ese puerto llega á nosotros una voz que nos dice: Si queréis evitar el naufragio, levantad vuestros ojos al cielo, donde aparece un astro luminoso, que disipa las tinieblas, señala los escollos, dirige á los pobres navegantes hacia el puerto, y los consuela en su penoso viaje.—No apartéis vuestros ojos de ese astro bienhechor: *Respice stellam.*

Invocad el patrocinio de María; y no temáis, pues Ella tendrá que conducirnos hasta el puerto.—María con solo una mirada disipa las terribles tempestades y manda la bonanza. Si se levantan

los vientos de las tentaciones, si la tribulación y la amargura oprimen vuestras almas, fijad en María vuestras miradas, y llamadla en vuestro auxilio, y la hermosa Estrella de los mares os dará el consuelo, y por ella alcanzaréis victoria. Si la soberbia, ó la ambición, la ira y la avaricia, ó en fin los funestos halagos de la sensualidad, azotan los costados del barquichuelo en que caminaís buscando el puerto de la vida, poned vuestros ojos en María. Si la grandeza de vuestros delitos, y vuestra mala conciencia os llenan de confusión y de tristeza, si tembláis pensando en el terrible juicio del Señor, y se abre á vuestros pies el abismo de la desesperación, llamad á la Madre de Dios, y pedidle una mirada tierna y compasiva; porque Ella es quien salva en los peligros y calma las angustias, y en las dudas descubre la verdad. No dejéis de invocarla un solo instante, ni permitáis que el corazón la olvide; y, á fin de alcanzar lo que deseáis, imitad sus santísimos ejemplos. Segidla y caminaréis por las sendas de la rectitud, exponedle vuestras humildes peticiones, y la desconfianza se alejará de vosotros; pensad en Ella y no os extraviaréis; y si os amparará, no llegaréis á caer. Si os protege, no temeréis; si os toma de la mano, no sentiréis la fatiga; si os es propicia, llegaréis al término, al puerto de la feliz eternidad, sabiendo entonces lo que hizo por vosotros la Estrella de los mares, la Madre de la Luz increada.

Así ha continuado hablándonos el Doctor meliflúo; así ha cantado las glorias de su santa Ma-

dre. Nosotros también, aunque indignísimos, repetimos esos cánticos de amor y de alabanza, que, difundiendo celestes armonías, salieron del corazón de Bernardo.

Demos otra mirada á la hermosa Estrella de los mares.—María, al derramar sobre nosotros la luz de Jesucristo, no nos asegura solamente de su virginidad inviolable y sacrosanta, de su maternidad divina, sino que el Hijo de Dios que en Ella ha levantado su trono de amor y de misericordia, al dejarse ver cual tierno niño en brazos de María, será Jesús quien nos dé para con Ella un ardiente y generoso amor; amor filial que no se siente seguro sino estando á los pies de María; ni encuentra consuelo sino en servirla. En efecto, nuestro amor á la Virgen santísima tiene su origen en Jesús, y de El le vienen todos sus encantos y delicias, porque Jesús nos ha hecho hijos adoptivos de Dios, é hijos también de María. Ahora oigamos á San Pablo: Por cuanto sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: *Abba*, Padre mío. Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo; y siendo hijo, es también heredero de Dios por Jesucristo (1). Este Espíritu divino es de Jesucristo; y habla y anuncia todo lo que oye. Con relación al Padre celestial, nos hace decir: *Abba*, Padre mío. Con relación á la Virgen santísima, que Jesús nos dió por madre, aquel Espíritu hace también que la llamemos con un nombre más dulce

(1) Galat., IV, 6, 7.

que la miel, el de madre. Así la llamamos, porque el Espíritu divino, que todo lo recibe del Hijo, nos lo inspira; y el Hijo de Dios, decimos otra vez, nos la dió por madre.

El Hijo de Dios, en brazos de María, nos dice estas palabras: Sedientos, venid todos á las aguas; y vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin dinero y sin ninguna otra permuta vino y leche (1). Es pues Jesucristo quien nos da el delicioso vino del amor de María, y la suavidad de sus consuelos, simbolizados en la leche. Y tanto es el deseo de Jesucristo por ver amada á su divina Madre, que á fin de enriquecernos con el don de que tratamos, no nos pide oro ni plata, ni alguna permuta; porque ese don es graciosísimo y excede á todo nuestro mérito.

Sedientos, venid á las aguas. ¡Qué expresiones tan llenas de dulzura, y cuánto es el interés que Jesús en ellas nos revela porque amemos á María! Nos sentimos cubiertos de vergüenza, pues somos muy indignos del amor con que nos brinda Jesucristo, el amor de su divina Madre; amor que es un tesoro de riquísima valía; amor que es dicha celestial, y copiosa bendición de gracias y mercedes.

No somos dignos de tan dulce y amoroso llamamiento, ya que tantas veces hemos bebido de las aguas de la iniquidad; mas Dios, que en su misericordia nos ha reprendido innumerables ocasio-

(1) Is., LV, 1.

nes dirigiéndonos estas palabras:—¿Qué es lo que pretendes con ir á beber en el agua turbia del Nilo; ó qué tienes que ver con el camino de Asiria, ni qué consigues con beber el agua de su río? Tu malicia te condenará y gritará contra ti tu apostasía. Reconoce cuán malo y amargo es haber abandonado al Señor tu Dios, el no haberme temido (1);—como olvidando todos nuestros crímenes, vuelve á decirnos lleno de ternura: Sedientos, venid á las aguas... apresuraos, comprad y comed; venid, comprad sin dinero el vino y la leche que os ofrezco. Somos muy indignos, pero ¿cómo tratar de resistir á la benignidad y á la ternura de un Dios que tanto nos ama, y que procura sin descanso nuestro bien? El olvida nuestras grandes culpas por su bondad infinita, porque su sangre preciosa pide el perdón; mas nosotros, lejos de olvidarlas, las tenemos presentes, á fin de aborrecerlas y de llorar más y más nuestra maldad.

Pasa un instante, y escuchamos de nuevo la voz de la misericordia de Jesús: Sedientos, venid á las aguas.—Las aguas de la iniquidad jamás apagarán la sed que nos devora; siempre estaremos sedientos; y por más que el mundo nos brinde sus dulces alegrías, nunca estaremos contentos; la sed de las pasiones jamás dejará que descansemos; y abrasados en un ardor infame iremos por doquiera, ansiosos, desalados y llenos de amargura y de inquietud. Acaso nuestra propia experiencia así nos lo testifique; ¿por qué, pues, no acer-

(1) Hierem., 11, 18, 19.

caros á Jesús que nos ofrece las aguas de la vida y el vino delicioso de su amor? Sólo se nos pide que tengamos sed de esas aguas; y ¿cómo no tenerla cuando en ella se nos ofrecen tantos bienes; cuando salen del precioso y rico manantial que llenó de vida y de virtud para el bien de los hombres, Jesucristo, que dijo estas palabras: Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba. Del seno de aquel que cree en Mí, manarán ríos de agua viva..... Quien bebiere del agua que Yo le daré, ya nunca tendrá sed; y esa agua será, dentro de él, un manantial que correrá sin cesar hasta la vida eterna (1)?

Oh Hijo de Dios vivo, os decimos con el Rey profeta: *Sitivi in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea*: Mi alma está sedienta de Ti, y también lo está mi corazón (2). También tenemos sed del amor de vuestra Madre; de esa celestial y bellísima criatura, encanto del cielo y de la tierra, y objeto preferido de vuestra ternura.— Vos nos ofrecéis su amor dulcísimo, y nos llamáis á esa fuente de misericordia y de clemencia, para que bebamos de sus aguas hasta quedar saciados, y apagar en nuestras almas la sed de las pasiones. Que esas aguas sagradas penetren hasta lo más interior de nuestro espíritu, y no nos dejen pensar, ni querer, ni buscar sino vuestro santo amor y el de María; y ese amor que tiene un mismo origen y se dirige al mismo término, sea la vida, la luz, la enseñan-

(1) Joann., VIII, 38.—IV, 13, 14.

(2) Ps. LXXII, 2.

za y la virtud que á Vos nos encamine; y sea María la que cumpla en nosotros vuestros santos designios; la que nos libre de todos los peligros, la que ilumine nuestras sendas, y nos dé consuelo y fortaleza; la que combata por nosotros y nos obtenga la victoria; la que ruegue sin descanso por sus hijos, y nos guarde siempre en su amoroso corazón.—Oh buen Jesús, dadnos el agua que nos ofrecéis, y el vino que deseáis que bebamos; y vuestro santo amor, y el amor de María, sean nuestras delicias en el tiempo y en la eternidad.

Nos habíamos desviado algún tanto del objeto principal de este capítulo: el amor de María nos tocó el corazón; y como olvidados un instante de la Estrella de los mares, escribimos lo anterior; mas sin embargo, al navegar, sin saberlo nosotros, María impulsaba y dirigía nuestra barquilla hacia el puerto del amor divino.—Bendita sea esa bienhechora Estrella; y no deje de iluminarnos con la purísima luz de la gracia, ni jamás abandone á los que en Ella ponemos nuestro amor.



Majestad cuanto cabe en una pura criatura; muy superior á las alabanzas de los hombres y aun de los ángeles... La han llamado reparadora de los que la precedieron, y una fuente de vida para los que vienen después... Han testificado que la naturaleza cedió á la gracia y se detuvo trémula sin poder seguir adelante; que había de suceder que esta Virgen Madre de Dios no sería concebida por Ana antes que la gracia hubiese producido su efecto. Llamaron á la Madre de Dios, inmaculada y del todo inmaculada, inocente é inocentísima, íntegra y de una integridad perfecta, y la norma misma de la pureza é inocencia; más hermosa que la hermosura, más bella que la belleza, más santa que la santidad, la sola santa, purísima en el alma y en el cuerpo. La contemplaron Reina llena de delicias, y apoyada sobre el amado de su corazón, que salió de la boca del Altísimo toda perfecta, hermosísima y muy querida de su Dios. Consideraron que á nombre y por mandato de Dios, fué llamada llena de gracia; y enseñaron que por la salutación angélica, se manifiesta que María es el asiento de todas las gracias divinas; que Dios la enriqueció de todos los dones del Espíritu Santo, y que Ella es un tesoro casi infinito é inagotable de esos mismos dones.

Al contemplar reunidas en el corazón de la Madre purísima de Dios tantas riquezas y dones celestiales, podemos preguntar: ¿quién ha contado las arenas del mar y las gotas de la lluvia, y los días de los siglos? ¿quién ha medido la altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad



CAPÍTULO X

El mar de las divinas gracias.

Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa; van los ríos á desaguar en el mar de donde salieron, para volver á correr de nuevo (1).

Tenemos hoy que contemplar la más preciosa maravilla de la divina gracia, nuestra tierna y amantísima Señora la Virgen María, que ha recibido del Eterno un tesoro casi infinito de dones celestiales, según la expresión de la Bula dogmática *Ineffabilis*, en la que se nos dice lo siguiente: Los Padres asientan expresa y unánimemente que esta gloriosísima Virgen en quien el Omnipotente obró grandes cosas, ha brillado con tal esplendor de todos los dones celestiales, con tanta plenitud de gracia, con tanta inocencia, que ha sido como un inefable milagro de Dios, la más cercana á su

(1) Eccles., 1, 7.

del abismo (1)? Han, pues, entrado todas las gracias en el corazón de María, que tiene su morada en la plenitud de los santos. A esta santísima Señora no le han faltado ni la fe de los patriarcas, ni el espíritu de los profetas, ni el celo de los apóstoles, ni la fortaleza de los mártires, ni la sobriedad de los confesores, ni la castidad de las vírgenes, ni la fecundidad de los casados, ni la pureza de los ángeles; pues Dios le concedió, y con mayor plenitud y perfección, todas las gracias que había comunicado á todas las demás criaturas; porque á las otras la gracia les es dada por partes, y á María le es comunicada la plenitud de todas las gracias.

Dios ha derramado en la purísima Virgen María el tesoro de sus gracias con mayor excelencia que en las demás criaturas; porque cuanto más se acerca alguna de éstas á su principio, participa con mayor abundancia de este mismo primer principio. Por esta razón los ángeles que están más próximos á Dios participan más que los hombres de las bondades divinas. Jesucristo es el principio de la gracia por su propio poder como Dios, y lo es también, instrumentalmente, como hombre; y como la Virgen santísima fué la más próxima á Jesucristo, á quien dió su naturaleza humana, por esta razón debió obtener de El una plenitud de gracia mayor que los demás (2).

Siendo la Virgen santísima la más excelente y

(1) Eccl., I, 2.

(2) III P. Q. XXVII. A. V.

perfecta de todas las criaturas y la más amada de Dios, quiso el Señor enriquecerla en su concepción, en su natividad, y en los demás misterios de su vida, con todos los tesoros de su gracia, superando en todos ellos á los ángeles y á los hombres; por esto la santísima Señora se nos presenta en los sagrados libros á la diestra de su Hijo, como Reina soberana de toda la creación, Reina hermosísima, engalanada con vestido bordado de oro y de preciosa variedad (1).

Entre las innumerables gracias que derramó el Señor en el seno de María, podemos distinguir tres principalmente: la dispositiva, que la preparaba como Madre de Dios; la de la maternidad divina, y la de la glorificación en la patria (2).

La primera de esas gracias es una maravilla divina del amor de Dios para con María; la segunda encierra el misterio de la misericordia del Eterno para con los pecadores; y la tercera es la riquísima corona que ciñe en el cielo la frente de María....

La gracia dispositiva de la maternidad divina, la recibió María en el primer instante de su ser, immaculado y purísimo. Así lo asegura la Iglesia al decirnos que por la concepción immaculada de esta Niña, Dios nuestro Señor preparó una digna habitación para su Hijo. Tal preparación no daba lugar al pecado; porque Dios no entra en alma manchada, ni mora en cuerpo sujeto á la culpa. Y no se trata solamente de entrar y vivir el Hijo de

(1) Ps. XLIV, 10.

(2) D. Thom., loc. cit.

Dios en el seno de María, sino de unirse hipostáticamente, en ese seno inmaculadísimo y santísimo, á la naturaleza humana. Trátase de hacerse hombre verdadero el Hijo de Dios; de tener una madre que le dé su sangre benditísima, que lo lleve en sus entrañas, como lo hacen todas las madres con sus hijos; y que después lo alimente con su leche virginal. En una palabra, que sea su verdadera madre á quien se una el Hijo de Dios con la unión más íntima y sagrada que podemos concebir, fuera de la unión personal; que salga del seno de María como el manantial de la fuente, como del sol el rayo de la luz.

Hay entre la Madre y el Hijo un lazo precioso que los une con amorosísima lazada. Así unidos, la Madre da al Hijo cuanto tiene; y el Hijo, cuyos tesoros de bondad y gracia son infinitos, no dará á la que ha de ser su santa madre, y con regia y espléndida magnificencia, todos los dones de su gracia? Dios jamás será vencido; y si ha de recibir de María cuanto ésta tiene, á su vez María recibirá de Jesucristo el esplendor de todas las virtudes, la abundancia de los dones celestiales, la plenitud de la gracia.

Al contemplar á nuestra muy amada Niña en el primer instante de su ser, nuestras miradas pasan casi sin sentirlo de Ella al Dios que sería su Hijo. El es quien vive, El es quien reina en la concepción inmaculada de María, y El es quien escucha de esa misma concepción, cánticos de amor y de alabanza, de acción de gracias y de gloria.

De esta manera queda envuelto y se transfor-

ma, por decirlo así, el primer instante de la existencia de María, en el esplendor bellísimo de la gloria de Jesús; y fuera de El no podemos hallarla, porque es Jesús toda la razón de la existencia de María.—Yo la busco en las miradas llenas de ternura de Jesús, y allí la encuentro; y en la amorosa sonrisa de los labios de mi Salvador, y en ellos me habla la sagrada Virgen. Búscola también en el corazón del Hombre Dios, y veo que en ese santuario del amor divino vive siempre María.

En nada disminuimos la grandeza infinita de Jesús; y al exaltar las glorias de su santa Madre, no hacemos sino honrar al Hijo, de quien todo viene á la divina Madre, y señalar la unión admirable y estrechísima entre Jesús y María. De esta unión decía San Pedro Damiano: que Jesús está en María por identidad, porque es el mismo que Ella, al modo que la madre y el hijo son una carne y como una persona civil; unión más estrecha que la que hay entre el marido y la esposa, de quienes se dice que serán dos en una carne (1). Y así como de la unión de la humanidad con el Verbo deducimos que existe en Jesucristo una gracia infinita como corresponde á la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y la impecabilidad, y la razón de merecer y de satisfacer por los hombres, y toda ciencia y conocimiento, y todos los dones celestiales con tanta magnificencia y abundancia, cuanto excede el nombre de cabeza, que no tienen los miembros del cuerpo; así también tenemos que confesar que

(1) De Serm. Nativ.

á la Virgen santísima, por su dignidad de madre, le corresponde cierta gracia inmensa, que la hace impecable, y abogada, medianera y corredentora de todos los hombres; y que se le ha dado el conocimiento de todas las cosas necesarias para el desempeño de los altos destinos que el Señor le ha confiados; y en fin, que Dios la ha enriquecido con tanta afluencia de gracias y dones sobrenaturales, cuanto el nombre de madre es más excelente que el de siervo, y cuanto Ella se acerca al Verbo del Padre más que los ángeles y los hombres. Por esto le dice San Metodio: Alégrate, oh Madre santísima, porque es tu deudor el que enriquece de dones á todas las criaturas. Todos debemos al Señor; Tú también le debes: cuanto tienes, y El te debe la sangre preciosa que le diste. Por esto el que dijo: «honra á tu padre y á tu madre», cumple tal precepto, coronándose de honor y gracia (1). — El Hijo de Dios la honró como á su santa Madre; y la predestinó desde la eternidad para que fuese principio de todas las obras de Dios, é ideal de toda santidad; y le dió el principado de la gracia, la santidad y la gloria, y el dominio sobre todas las criaturas, designándola como Emperatriz, Reina y Señora de la creación.

Antes que yo naciera, — la hace decir Ruperto, — estaba presente á Dios. Me eligió antes de la constitución del mundo para que fuese santa é inmaculada en su presencia. Y si Dios tenía sus delicias con los hijos de los hombres en general, ¿cuántas

(1) Orat. de Purificat. — A Lapide, cap. XXIV.

serían las que tenía con esta su amadísima esclava, milagro de los hijos de los hombres (1)?

El esplendor de tanta belleza, y los encantos con que había de brillar la dichosísima criatura predestinada para Madre del Hijo de Dios, atraían desde la eternidad la mirada y el corazón de ese Hijo, que también tendría que serlo de María. Rodaban uno en pos de otro los siglos y se acercaba el instante de la Encarnación; y cual si el curso del tiempo pareciese prolongado y tardío al que abarca todos los tiempos, antes que María viniese á la existencia ya el Hijo de Dios se dignaba dirigirla estas palabras: Abreme, hermana mía, amiga mía, mi paloma, inmaculada y purísima (2). Y el Señor dijo también á un profeta: Si tardare, espérala: que el que ha de venir vendrá y no tardará. Y dijo asimismo: El Señor está en su santo templo. Calle toda la tierra en su presencia (3). Deseaba el Verbo del Padre unirse á la naturaleza humana, si así podemos decirlo, atendido su amor inmenso á los hombres; y al poner sus ojos en la purísima Virgen de sus amores, hacia que los siglos, dejando su penosa lentitud, se acercasen á El, y le dijese: Ha llegado el instante de la Encarnación. Y el Hijo de Dios se hizo hombre; y se cumplieron las palabras del profeta: El Señor, está en su santo templo, en la casa de su gloria, en la bella mansión de sus delicias.

(1) In Cant., cap. II.

(2) Cant., V, 2.

(3) Habac., II, 3, 20.

II

El tesoro casi infinito de dones celestiales con que Dios enriqueció a María en el primer instante de su concepción, ¿podrá aumentarse? Tenemos la respuesta en la salutación angélica: el Arcángel, dirigiéndose á la más santa de todas las criaturas, la llamó llena de gracia; y después le dijo que el Espíritu Santo descendería sobre Ella, y que la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra. Esas nuevas gracias que María recibe en la concepción del Hijo de Dios, se derramarán sobre todos los hombres, y serán suficientes para todos, según nos ha dicho Santo Tomás.

Vinieron, para bien del mundo, con el Hijo de Dios la misericordia y el perdón; y esas gracias que Jesús depositó en el seno de María, no habían de quedar encerradas, como en precioso relicario, en ese inmaculado seno. Así todos los ríos entran en el mar, para salir en seguida y extenderse por toda la tierra; porque Dios no había venido solamente por María, á quien preservó de toda mancha, sino también por aquellos que habían de contraer la culpa original.

La culpa original, la miseria de los hombres; males tan grandes necesitaban para su remedio la misericordia y el perdón; y esa misericordia que viene de Dios, sería comunicada á los hombres por medio de María, que en su divino alumbramiento sería para nosotros la viva y caudalosa fuente de que nos habla un profeta en estos térmi-

nos: En aquel día sucederá que los montes destilarán miel, y manarán leche los collados, y correrán llenos de aguas saludables todos los arroyos de Judá; y del templo del Señor brotará una fuente para regar el valle de las espinas (1).

Si antes de llevar en sus entrañas al Verbo del Padre, la Virgen santísima se nos presenta como un desierto en que sólo Dios penetra, porque es María la más pura de las vírgenes, y como en la soledad corre un arroyo cuyos murmullos sólo Dios escucha; después que aquella Virgen sacrosanta ha dado á luz á su Hijo primogénito, tenemos que verla como aquella tierra llena de estanques que hacen saltar de gozo la región desierta, y la hacen florecer como el lirio, y fructificar copiosamente, y revestirse con las galas del Libano, y resplandecer con la hermosura del Carmelo y del Jarón (2), porque en Ella Dios ha reunido todas sus gracias á fin de derramarlas sobre el mundo con espléndida y real magnificencia.

Dios no ha negado gracia alguna á la dichosísima criatura que escogió por madre. San Bernardo, al hablarnos sobre el particular, dice lo siguiente: Meditad en el designio de Dios, designio de sabiduría y de piedad. A fin de regar la era llenó todo el yellocino de celestial rocío; al redimir al género humano, puso todo el precio de la Redención en María (3). Refiérese el santo Doctor á la

(1) Joel, II, 18.

(2) Is., XXXV.

(3) In Nativ. B. M. V.

eta de Gedeón, que en la antigua Ley fué escogido por Dios para librar á su pueblo del poder de los madianitas. Gedeón dijo al Señor estas palabras: Si has de salvar á Israel por mi mano, te pido una señal: Yo extenderé este vellocino en la era; si el rocío cayere solamente en el vellocino, quedando todo el terreno enjuto, reconoceré que Israel será libertado por mi mano, según tienes dicho. Gedeón recibió la señal que había pedido, y el vellocino quedó lleno de rocío (1). María recibió en sus entrañas el purísimo rocío de los cielos, y las nubes llovieron al Justo, al Unigénito de Dios, y con El descendieron al seno de María todas las gracias de misericordia y de perdón.

María llevó en su seno al Hijo del Eterno que vino á visitarnos con entrañas de misericordia, y le dió á luz para nuestro bien. A Ella pertenece el tesoro del Padre celestial, como un hijo pertenece á su madre; y ese Hijo jamás dejará de serlo de María, porque nunca el Verbo de Dios dejará lo que una vez tomó, ni recogerá sus dones, ni alejará un instante de la dispensación de sus misericordias, á su dulce Madre; porque El no se arrepiente de sus dones. En su gran bondad para con María, puso en Ella la fuente de la vida, de la gracia, de la misericordia y del perdón; que todo esto es para nosotros Jesucristo, que quiso morar en el purísimo seno de su Madre inmaculada y santa.

Dios no se arrepiente de sus dones; y ¿podiera hacerlo al tratarse de las gracias con que quiso

(1) Jud., VI, 36-38.

enriquecer á la muy amada de su corazón, á la que es su preferida entre todas las criaturas?

María, al ser tan compasiva con los miserables, al rogar por ellos sin descanso, y al obtenerles el perdón; no ha hecho, en verdad, sino cumplir la voluntad de Dios, y seguir las inspiraciones de su Hijo primogénito, que vino al mundo para salvar á los hombres.

Si en vez de recibir de la divina Madre la gracia y la misericordia, por Ella nos llegaran los castigos del Eterno, no llenaría la misión que Dios le había confiado; pero esto jamás tendrá que suceder. Pasarán los cielos y la tierra, mas el corazón de la divina Madre no cambiará de sentimientos; siempre será para nosotros manantial inagotable de bondad, y perenne surtidor de la divina gracia. Corazón dulcísimo y benigno sobre toda expresión; en una palabra, corazón de la más tierna y compasiva de todas las madres.

¿Dejaremos de amarla cuando en Ella encontramos tanto amor y una piedad sin límites, y una misericordia siempre solícita por nuestro bien? En vez de esto, nuestro amor para con Ella cada día tendrá que ser más puro y ardiente, más generoso y constante. Reflexionemos, pues, cuán grande es la devoción con que quiere que la honremos, el que puso en María la plenitud de todo bien; y veamos que si hay en nosotros alguna esperanza, alguna gracia, ó la salud que apetecemos, nos vienen de la que subió á los cielos rebosando en delicias. Amémosla con todo el corazón, con los más delicados afectos del alma, y venerémosla

con la humildad más profunda; porque ésta es la voluntad de Dios, que quiso que todo lo tuviese-
mos por mano de María. De esta manera la pro-
videncia del Padre celestial nos consuela en me-
dio del dolor, levanta la fe, robustece la esperan-
za, aleja los temores, y cambia la debilidad en
fortaleza. El Padre oirá al Hijo; el Padre le ama.
El Hijo oirá á su santa Madre; el Hijo la ama y
con un amor que no podemos comprender (1).

El tabernáculo del Señor,—decía Isaías,—servirá
de sombra contra el calor del día, y de seguridad
y asilo contra las tempestades y la lluvia (2). Esto
es lo que hace la purísima Virgen María; es la
defensa de los justos y el asilo de los pecadores.
En las tremendas tempestades de la vida, y en
todas las adversidades que tenemos que sufrir; en
la guerra, en el hambre, todos recurrimos á ti, oh
Virgen santa,—le decía Santo Tomás de Villanne-
va,—porque tú eres nuestra protección y refu-
gio, nuestro único remedio, nuestro socorro y asi-
lo; y como los pollitos, cuando revolotea sobre ellos
el milano, corren del sitio en que se hallan, para
ocultarse debajo de las alas de la gallina; así tam-
bién nosotros nos ocultamos bajo la sombra de
tus alas. No conocemos otro refugio sino el que
nos ofrece tu gran misericordia; porque tú eres
la única esperanza en que confiamos, la sola pa-
trona en quien ponemos nuestros ojos (3).

(1) S. Bernar., *ibid.*

(2) IV, 6.

(3) *Coas. III, ab aeterno ordinata sunt.*

María, por tanto, al recibir en su seno al Hijo
de Dios, recibió de sus manos todos sus tesoros,
la plenitud de todo bien; y Dios la hizo el instru-
mento de sus divinas misericordias. Y si fueron
tan grandes los poderes que se dignó conferirle
Jesucristo aun antes de elevarla al trono de gloria
que le tenía destinado desde la eternidad, ¿quién
podrá decirnos las nuevas gracias con que se ha
dignado enriquecerla al sentarla á su diestra, y al
constituirla Reina del cielo y de la tierra?

La creación entera se rinde á los pies de María,
admira su grandeza, exalta su magnificencia, con-
templa sus virtudes, canta la gloria de sus triun-
fos, y bendice á Dios que ha ostentado en Ella la
virtud de su brazo omnipotente.

Nosotros, pobres pecadores, llenos de miserias
y desgracias, ponemos en María nuestra esperan-
za y le pedimos que tenga compasión de los que
la invocamos, porque es nuestro refugio, el am-
paro y el consuelo de los desgraciados.

Oh santa y compasiva Madre, contemplad un
instante nuestros males, y concedednos el reme-
dio que necesitamos; comunicadnos el tesoro de
vuestra gran misericordia, y obtenednos el per-
dón de todas nuestras culpas; sois el Refugio de
los pecadores, rogad por nosotros á Jesús; El escu-
chará vuestras plegarias, y quedaremos remedia-
dos. En vos confiamos, oh Virgen benditísima, oh
Madre llena de bondad y gracia, y no quedaremos
confundidos.

Al pasar ese hoy, y no teniendo á Dios con nosotros, será incomparable y funestísima nuestra desgracia; porque no tenemos en nosotros la fuente de la vida, ni hallamos quien pueda consolarnos.

Nadie puede negar la vanidad de los bienes de este mundo, y á todos nos prueba la experiencia que jamás en ellos hallaremos nuestra dicha; y sin embargo, con una insensatez que no podemos explicar, buscamos esos bienes con infatigable y decidido empeño, casi desde la cuna hasta el sepulcro, sin que puedan detenernos en nuestro propósito los tristes desengaños de la vida.

Sólo la gracia del Señor hará que oigamos provechosamente estas palabras divinas: El reino de los cielos es como un tesoro escondido.—Ese reino es eterno; y en ese tesoro se encuentran todas las riquezas del Señor. Podemos alcanzar ese reino y hallar ese tesoro, si buscamos las cosas de arriba, y trabajamos con empeño por salvarnos; que todo lo demás es vanidad, es miseria y desgracia.

El reino de Dios no está en el comer ni en el beber, sino en la justicia, en la paz, y en el gozo del Espíritu Santo. Consiste ese reino en el conocimiento de la verdad y en el amor del Sumo Bien. La verdad nos libra de la esclavitud y de las tinieblas del error; y el amor santifica nuestros sentimientos y consagra á Dios nuestros afectos.

Por Jesucristo tenemos el conocimiento de la verdad; El es esa verdad que bajó de los cielos para enseñar á los hombres el camino que condu-



CAPÍTULO XI

El tesoro escondido.

I

Una de las más hermosas comparaciones que hallamos en el Evangelio acerca del reino celestial, es la siguiente: El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo: el hombre que lo halla, lleno de gozo vende cuanto tiene, y compra el campo (1).—El reino de Dios es precioso como un tesoro; ¿no haremos por adquirirlo todo empeño? Es un tesoro escondido; busquémoslo sin descanso hasta encontrarlo.

Dios nos ha criado para el cielo, en donde están todos nuestros bienes que duran para siempre, y que nos hacen perfectamente dichosos.

Los bienes de este mundo se desvanecen como el humo, y pasan como las nubes que arrebatan los vientos. Hoy son esos bienes, y en ese hoy, por desgracia, nos olvidamos de Dios que nunca falta.

(1) Matth., XIII, 44.



ce á Dios; y Jesucristo es también quien nos hace entrar en el reino de la luz. Si en otro tiempo fuimos tinieblas, ahora somos luz en el Señor; y tenemos que proceder como hijos de la luz.

El conocimiento que nos suministra el Hijo de Dios, es en verdad cual espléndido y riquísimo tesoro; porque conocer al Hijo de Dios, es la vida eterna.

Creemos en el Hijo de Dios que inunda nuestras almas con los esplendores de su luz purísima y divina; y al creer en El, y al verle mediante la luz de la fe, exclamamos con San Pedro: Bueno es para nosotros, oh Señor, estarnos aquí (1); porque fuera del conocimiento y amor de Jesucristo, jamás hallaremos verdadera dicha.

El Hijo de Dios es la verdad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; y esa verdad bajó del cielo y tomó nuestra naturaleza, moró con nosotros, y vimos su gloria, gloria que corresponde al Unigénito de Dios.

Verdad, luz, gloria, todo lo tenemos en el conocimiento de Jesucristo. No hay para la inteligencia mayor felicidad, ni más apacible y hermoso descanso; porque nos revela cuanto ha oído de su Eterno Padre; y la revelación de los profundos misterios que estaban ocultos en el seno de Dios, es la vida de la inteligencia, es la savia que la sostiene y vigoriza, y, en una palabra, es la dicha que va buscando por doquiera, y que sólo puede darnos Jesucristo. El nos revela la omnipotencia

(1) Math., XVII, 4.

del Padre celestial, y su profundísima sabiduría, y su bondad infinita; y todo lo realiza el Hijo de Dios al decirnos, por una parte, que es una misma cosa con el Padre, y, por otra, que el Padre es mayor que El.—El Unigénito de Dios tiene la naturaleza de su Padre, y esta naturaleza es inmutable; y sin embargo, ese Unigénito desciende de los cielos, se hace hombre, y dice que es menor que el Padre.—La omnipotencia del Eterno nos descubre su virtud divina con una luz purísima que arroba y suspende la más elevada inteligencia.

A la luz que derrama el misterio de la Encarnación, contemplamos, en el poder divino, incontables y preciosas maravillas que elevan nuestras almas hasta el seno del Eterno. Allí están el cielo y la tierra con todos sus encantos, y con el orden admirable que los rige; y el cielo y la tierra salieron de la nada por la virtud de Dios que todo lo puede; y esa virtud los conserva y sostiene por medio de una providencia, admirable y santísima, que nadie puede impedir.

Jesucristo nos revela, al presentarse en medio de nosotros, la bondad infinita de su Padre, que nos ha dado á su propio Hijo, y con El todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia. ®

Si la inteligencia tiene su dicha verdadera y la suma riqueza que puede poseer, en el conocimiento de la verdad que nos da Jesucristo, también el corazón es dichosísimo con el amor del Sumo Bien; y Jesucristo vino á encender en nosotros el fuego del amor. El es quien, por medio de su Espíritu divino, enciende ese fuego de caridad de

Dios en nuestros corazones. Mas el fuego no arderá en nosotros, ni el Espíritu divino que procede del Padre y del Hijo y que el Padre envía en nombre del Hijo, derramará en nosotros su divina caridad, sin Jesucristo; porque nadie llega al Padre sino por su Hijo.

¿Qué haremos para conseguir que el fuego del amor divino arda en nuestras almas; para obtener que Dios nos ame? Oigamos la enseñanza de nuestro Maestro divino: El que me ama, será amado de mi Padre; y Yo le amaré y me manifestaré á él... Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él y en él moraremos (1).

La felicidad que consigo traen el conocimiento y el amor de Jesucristo, se eleva sin comparación alguna sobre la que podamos hallar en las criaturas, siempre miserables, transitorias, y que en todo buscan sus propios intereses. Nada de esto tenemos en el conocimiento y amor de Jesucristo, sino un tesoro infinito que nos enriquece de todos los bienes, y nos hace participantes de la amistad de Dios. Al poseer ese tesoro, decimos con verdad que somos muy ricos, y que lo preferimos á los reinos y á los tronos; que nada son las riquezas de la tierra para nosotros; y que el tesoro que poseemos es más precioso que el oro, y en su comparación, la plata es como el lodo.

Están en Jesucristo todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia de Dios; y Dios nos ha dado

(1) Joann., XIV, 21, 23.

á ese su amadísimo Hijo, en quien están todos nuestros bienes. Recordemos ahora las palabras que Esau dirigió á su padre después que éste había bendecido á Jacob: ¿No tienes, padre mio, sino una sola bendición? Yo te ruego que también me bendigas (1). Los tesoros de Dios son infinitos, y todos están en Jesucristo; mas en esos tesoros se halla el que buscamos, aquel con que podemos comprar el otro espléndido y riquísimo de que hemos hablado hasta aquí, el conocimiento y el amor de Jesucristo. El nuevo tesoro de que ahora tenemos que tratar, es María, tesoro de Dios y tesorería de todas sus misericordias.

Después de la dicha que tenemos en conocer y amar á Jesucristo, la que nos proporcionan el conocimiento y el amor de su divina Madre, es la que inunda nuestras almas en santas delicias, en una paz inalterable y profundísima, y en los más dulces consuelos.

Si conociésemos ese don preciosísimo del cielo, á la Madre inmaculada y santa de Jesús, hallaríamos en tal conocimiento, una enseñanza sublime y provechosa que llenaría de nuevas luces nuestro espíritu, descubriendo á nuestros ojos nuevos encantos y bellezas en la bondad divina.

El conocimiento y amor de Jesucristo nos han manifestado cuánta es la caridad de Dios, que mandó al mundo á su Hijo Unigénito por la salud de los hombres; y el Hijo de Dios nos hizo ver su amor incomparable al hacerse nuestro hermano;

(1) Gen., XXVII, 38.

y en la efusión de su caridad infinita, quiso que María fuese nuestra Madre. María, su Madre verdadera, la preferida de su amor, la que El fabricó para Sí mismo, y enriqueció con todos los dones celestiales, su única paloma y las delicias de todo su amor.

Nos la dió por Madre... Un nuevo rayo de luz ilumina nuestros ojos, y nos presenta amabilísima y llena de hermosura á la bondad divina, y nos obliga á glorificarla y darle gracias porque así nos acerca á Jesucristo por medio de María, y por Ella nos franquea nuevos tesoros de su santo amor. La bondad de Dios, decimos, es generosísima, y se ha dignado enriquecernos con sus más preciosos dones: nos dió á Jesucristo y con El todas sus gracias; nos dió á María, y con Ella un medio poderoso para obtenerlas; y por María nos acerca á Jesús, y Jesús nos lleva á su divino Padre.

Estas manifestaciones de la bondad de Dios, tan llenas de misericordia y de dulzura, conmueven todo nuestro sér; y el amor divino viene á reinar en nuestras almas. El Padre celestial nos ha dado á su Hijo, y el Hijo á su Madre divina; estamos, pues, ligados con cadenas de amor. Si añadimos á esto la grandeza del Eterno, y su dicha infinita, y su gloria inmutable; y pensamos después en nuestras miserias y pecados, conocéremos que el amor de Dios excede todo entendimiento, y que su bondad amabilísima debe reinar para siempre en nuestras almas.

María es el tesoro de Dios, espléndido y riquísimo; y no es posible comprender la grandeza y

excelencia de los dones que ha recibido del Señor. Recordemos solamente que es Madre del Eterno, y preguntemos en seguida: ¿en dónde están la hermosura ó la virtud, la perfección, la gracia, ó la gloria que no le correspondan? Soltemos las riendas á nuestros pensamientos cuanto queramos; formemos en nosotros la imagen de una Virgen reina de toda pureza; Virgen prudentísima y la más bella de todas las criaturas; démosle en seguida el corazón más devoto y humilde, el más dulce y apacible que podamos pensar después del corazón de Jesucristo; adornemos á nuestra Virgen querida con la plenitud de todas las gracias, con la luz de toda santidad, con el esplendor purísimo de todas las virtudes; adornémosle también con todos los dones celestiales; y añadamos, en fin, toda excelencia y grandeza, toda perfección y gracia; y María, la Madre de Dios, se elevará excelsa y gloriosísima sobre todas las alabanzas que le tributemos. Si Dios nuestro Señor enriqueció con admirables y preciosos dones á las humildes servidoras de su casa, ¿cuáles serían los que estaban reservados á su santa Madre, su única Esposa, elegida entre todas sus otras esposas, y amada sobre todas ellas (1)?

Si hallamos y adquirimos ese tesoro de Dios, el conocimiento y amor de la Madre dulcísima de Jesucristo, se nos podrá decir con toda verdad: *Jam divites facti estis*. Dios se ha dignado enriquecernos dándonos por Madre, por amparo y refu-

(1) S. Thom. 2 Villan, De Nativ. V. M., Con. 2.

gio, por consuelo y alivio, á su Madre santísima, que puede remediar todos nuestros males y alcanzarnos las bendiciones del Padre celestial.

Ese tesoro con que el Señor se ha dignado enriquecernos; esa Madre en cuyo seno ha abierto Dios la fuente de la misericordia, la purísima Virgen María, será para nosotros, después de Jesucristo, nuestra riqueza, nuestro honor, nuestra defensa y amparo, gloria y delicia de nuestro corazón. No habrá desgracia que no pueda remediar, ni aflicción que no disipe, ni llanto que deje sin consuelo. Será nuestra alegría, la paz de nuestras almas, y manantial inagotable de delicias; porque es el tesoro de Dios que en Ella ha puesto la plenitud de todo bien, dándole por Hijo á Jesucristo, nuestro Dios y Señor.

II

El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo. ¿A quiénes ha ocultado Dios ese tesoro? A los soberbios, á los disipados y á los que tienen su amor y delicias en el mundo.

Oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, — decía nuestro Maestro adorable, — Yo te doy gracias porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes, y las revelaste á los pequeños. Así fué de tu agrado (1). La grandeza de Dios tiene que ser reconocida y adorada en sus misericordias, porque El es el Bien Sumo que comunica sus gracias,

(1) Matth., XI, 25, 26.

como soberano bienhechor de todas sus criaturas; y si la bondad le inclina hasta el polvo que somos, la majestad y la grandeza jamás le abandonan; mas el soberbio, ni estima la bondad, ni adora la grandeza del Eterno; y siendo esto así, ¿descenderá sobre el soberbio la luz del cielo, y Dios le colmará de sus preciosos dones? El soberbio cree tener en sí mismo la luz, y se llama rico, y dice que de nadie necesita (1). Busque, pues, la luz de Dios á los humildes que habrán de recibirla con acción de gracias y confesando su triste ceguedad. Busquen también las misericordias del Eterno á los que, teniendo delante sus miserias, no hallan en sí remedio alguno y todo lo esperan de la divina bondad.

María es un tesoro escondido á los soberbios, porque Ella es la más humilde de todas las criaturas; y la humildad y la soberbia no pueden conciliarse, sino antes bien se rechazan y alejan cuanto pueden. Si esta Virgen sacratísima se acercase á un hombre soberbio, ¿podría decirle: recibe la luz que te envían mis miradas; reconoce y confiesa que yo soy tu madre? Jamás pudiera hacerlo la humildísima esclava del Señor, porque esa esclava, si se inclina con tanta dulzura aun á los más indignos pecadores, porque es fuente inagotable de benignidad y de clemencia, los soberbios la alejan de sí, y no quieren acudir á su santo patrocinio, que no les parece necesario, y creen que todo lo pueden con sus propias fuerzas, y que

(1) Apóc.

todo lo habrán de conseguir porque así lo merecen.

Todo lo contrario sucede respecto del humilde: reconoce su impotencia, siente el peso de todas sus miserias, y eleva sus ojos á la Madre de misericordia; y el corazón de la divina Madre, siempre lleno de bondad y de ternura, ruega á Dios por quien así la invoca.

La soberbia, cuanto es de su parte, cierra las puertas de la misericordia del Señor; pues no reconoce la bondad del mejor de los padres, ni agradece las gracias que se le dispensan; y Dios todo lo hace por su gloria.

Maria es un tesoro que Dios esconde á los que tienen sus delicias en los placeres del mundo; porque el hombre carnal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, que le parecen una necedad, y no puede entenderlas. Antes de esto nos había dicho el Apóstol: ¿Quién conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas que son de Dios, no las conoce sino el Espíritu de Dios. Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu de Dios para saber las cosas que nos ha dado (1). — El misterio de Maria, las riquezas que en Ella están atesoradas, la intervención que Dios le ha concedido en los asuntos de la divina gracia, todo esto es un misterio impenetrable para el hombre carnal, que no busca sino la satisfacción de sus pasiones, que no se eleva del cieno, ni

(1) 1. Cor., II, 10-14.

piensa que el hombre fué criado para gozar, en el seno de Dios, de santas y castisimas delicias, para servir y amar á su Criador, y llevar impresa en el alma la imagen divina del Dios tres veces santo. Para ese hombre todo es indiferente, exceptuando sus inmundos deleites; y ve con horror lo que de ellos pudiese privarlo; por esto no desea ni busca el tesoro de Dios, la intercesión de la divina Madre, que pudiera trasladarlo de la muerte á la vida, y hacerlo dichosísimo con la amistad de Dios.

La amistad del mundo es enemiga de Dios; por eso no debemos amar al mundo, ni lo que hay en el mundo; y si alguno lo ama, no tendrá consigo la caridad del Padre (1); y sin esa caridad, que es toda nuestra dicha, y la paz y la gloria de nuestro corazón, ¿qué bienes podremos tener? Y Maria, en quien Dios ha depositado todas sus riquezas, ¿las derramará sobre nosotros, cual si fuésemos los hijos preferidos de su amor? Pero amamos al mundo, y lo hacemos con verdadero frenesí, sin reflexionar que el mundo pasa con todos sus encantos, ó bien nosotros pasaremos dejando para siempre al mundo, y oyendo en ese instante estas terribles palabras: Oh necios, esta noche os pedirán vuestras almas; ¿de quién serán vuestros bienes? Así acontece al que atesora para sí mismo, y no es rico en Dios nuestro Señor (2).

Si hemos pensado hasta aquí en nuestras grandes miserias, pensemos ahora en la gran bondad

(1) 1. Ep. Joann., II, 15.

(2) Luc., XII, 20, 21.

de Dios, y preguntemos: ¿de qué manera podremos hallar y hacer nuestro el tesoro de Dios que se oculta á los soberbios, á los disipados y á los que aman al mundo? Siendo humildes, viviendo en el recogimiento cristiano, y poniendo en Dios nuestras delicias.

La humildad nos dice al corazón estas palabras: El tesoro que buscáis, se halla en lo más profundo de la tierra; y es indispensable cavar, ahondar hasta encontrarlo; descendad, y no temáis humillaros; pues quien se humilla adquirirá la gloria; y al hallar el tesoro que buscáis, con él hallaréis la paz y el gozo en Dios nuestro Señor. ¿Qué podrá faltarnos si halláis á María, cuyo dulce y amoroso patrocinio colma á sus hijos de bendiciones celestiales? Humillaos, y la santa Madre no desechará á los que con Ella tienen una semejanza que le es tan agradable. Humillaos, porque así lo pide el amor que le tenéis. ¿No es él, por ventura, el que os rinde á sus pies virginales? Ese amor os descubre la incomparable grandeza de María, sus méritos santísimos y el trono de gloria donde, en lo más elevado del cielo, recibe las alabanzas de los ángeles; y á pesar de tanta elevación, el amor que le tenéis no cesa de decirnos: es la más humilde de todas las criaturas; conoce la nada de su propio ser, y glorifica á Dios, que hizo en Ella grandes cosas, maravillas divinas de amor y de bondad.

Así nos habla la humildad, y es indispensable practicar cuanto pide de nosotros, si hemos de hallar el tesoro que buscamos.

La Niña purísima de Dios, toda hermosa, per-

fecta y amable, la Virgen de las vírgenes, nos mostrará su gloria, y nos dará su santa protección, si somos puros, si nos preservamos de toda mancha de alma y cuerpo; porque María ama la pureza, y tiene sus delicias en morar con las almas castas. Llevó en su seno inmaculado y en sus purísimos brazos al que es la flor del campo y la azucena de los valles; al Hijo de Dios, de quien habla dicho un profeta: ¿Cuál es el bien venido de El, y cuál es su hermosura encantadora, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1)?

La humildad, el recogimiento y la pureza, pondrán en nuestros labios estas hermosas palabras, que ciertamente no merecemos decir: Mi amada para mí, yo para mi amada que se apacienta entre azucenas... Diremos al aquilón que se retire, y llamaremos al viento del mediodía para que, pasando por nuestro huerto, difunda el aroma de sus flores. Venga nuestra amada á su huerto, diremos á la que es el amor de nuestras almas, y coma del fruto de sus manzanas.—Mil veces dichosos seríamos, si á su vez nos dijese la purísima Virgen: He venido á mi huerto y he recogido mi mirra aromática; he comido mi panal con mi miel, y he bebido mi vino con mi leche (2).

No hallaremos el tesoro escondido en el campo, si no trabajamos con empeño y constancia para descubrirlo; y ese empeño y esa constancia

(1) Zach., IX, 17.

(2) Cant., II-IV-V.

están relacionados con el aprecio del mismo tesoro. ¿Quién es María á nuestros ojos, cuál es el concepto que de Ella hemos formado? Siempre la han visto nuestros ojos cual astro brillantísimo que derrama sobre el mundo torrentes de apacible luz; y ese astro jamás estuvo en las tinieblas.

Desde niños veíamos en Ella una hermosura encantadora, y sentíamos un atractivo purísimo y sagrado que nos llevaba á sus pies virginales. ¿Quién es, nos decíamos, esta Niña tan dulce y amable, que enciende en nuestras almas el fuego de su amor, que nos cautiva con una sola mirada? Y sonriendo la benignísima Señora, nos contestaba: Soy vuestra Madre. Nosotros no comprendíamos su respuesta; porque el resplandor de su grandeza nos decía: Dios la ha adornado sobre todas las otras criaturas, la ha enriquecido con sus más preciosos dones y la ha hecho Madre de su Verbo.—Temblaba un instante nuestro corazón; mas una nueva sonrisa de María nos llenaba de amor y de confianza, y caíamos rendidos á sus pies, diciendo solamente: es nuestra Madre, nuestra tierna y compasiva Madre; el corazón así nos lo decía.

Desde niños fué para nosotros la Virgen santísima el objeto de todo nuestro amor, y la más santa y perfecta de las criaturas; y con los años, el amor y el aprecio hacia Ella, en vez de disminuir, han aumentado. Esto es lo que sienten, lo que dicen mis benévolos lectores; por esto siempre hablan de María con entusiasmo, con ardiente y fervoroso amor, y le dan en todas ocasiones el dulcísimo nombre de Madre.

Es María nuestra Madre, y arde en nuestras almas el fuego de su amor; mas, sin embargo, es un tesoro escondido que debemos buscar con empeño. Es tesoro escondido; porque sólo Dios conoce cuantas son las gracias con que se ha dignado enriquecerla; y nosotros cuanto más pensamos en la Madre purísima de Dios, descubrimos en Ella nuevos dones de gracia y de gloria en que antes no habíamos pensado; y la hermosura de María nos descubre á cada instante nuevos encantos y atractivos, y liga nuestras almas con dobles cadenas de amor. Busquemos sin descanso ese preciosísimo tesoro; y al hallarlo, tendremos que decir, llenos de gozo: He hallado á mi tierna y amorosa Madre, objeto de todo mi cariño; la tengo conmigo y jamás la dejaré. La tendremos con nosotros, es verdad; mas no por esto dejaremos de trabajar en su servicio; que el trabajo el amor nos lo impone, y mientras más trabajemos por la gloria de María, aumentarán más y más en nuestras almas las llamas de su santa caridad.

Los hombres del mundo trabajan día y noche por conseguir los bienes de la tierra; nosotros trabajamos por adquirir el tesoro de los cielos. ¿Por qué no trabajar siquiera como lo hacen los mundanos? Sin embargo, no lo hacemos. Reconozcamos nuestra falta, humillémonos por ella, y pidamos á María que nos aliente en los trabajos de la vida, y nos alcance de Dios nuestro Señor, la gracia de buscar, sobre todas las cosas, el reino de Dios y su justicia.

Oh tesoro de Dios, Virgen dulcísima, tened

compasión de un miserable que acude á Vos en busca de remedio. No ignoráis la causa de todas mis desgracias, mis innumerables y gravísimos pecados. Por ellos he merecido los castigos de la divina justicia; mas Dios, en vez de castigarme, me ha llamado una y otra vez al arrepentimiento; con todo eso, en vez de arrepentirme, he multiplicado mis delitos. ¿A quién, acudiré, Virgen santísima, en busca de remedio? A Vos que sois el tesoro de Dios, á Vos en quien están todas las misericordias del Señor. Yo me animo á demandaros vuestra poderosa intercesión, porque todo lo alcanzan vuestros ruegos, y Vos tenéis un corazón dulcísimo y lleno de piedad; yo no os presento méritos, sino miserias; y no temo que me desechéis, porque sois Reina de misericordia y Refugio de los pecadores. Poned en mí vuestros ojos de tierna y compasiva madre, y contad una á una mis necesidades y desgracias para remediarlas. Si mi madre terrena contemplase mis males, sentiría conmovida y llena de amargura; y Vos la más excelente y perfecta de todas las madres, quedaríais indiferente á mis desgracias; y volviendos á otra parte, no escucharíais mis humildes plegarias? Si semejante conducta pudiera admitirse alguna vez en una madre terrena, en Vos jamás se admiraría; porque sois amabilísima, y todas nuestras culpas jamás podrán ahogar vuestra tierna y amorosa compasión; ni nunca olvidaréis que sois nuestra esperanza, y el amparo y Refugio de los pecadores.—Madre dulcísima, tened compasión de vuestros hijos.



CAPÍTULO XII

La inmaculada paloma del Señor.

I

PALOMA mía, tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro y sueña tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu rostro es hermoso (1).—¿Qué encantos tiene el rostro de la celestial paloma del Señor, y cuánta es la armonía de su voz purísima y sagrada, que hacen que Dios se exprese en tales términos? No somos nosotros los primeros que le dirigimos tan dulces palabras, ese ruego de amor; antes de nosotros lo hizo su divino Esposo. El Espíritu Santo contempló con dulce complacencia la gracia y la belleza que había derramado en las criaturas; y entre todas éstas ninguna cautivó sus miradas como María, la inmaculada y santa, María, que, preservada de la culpa original, recibió en el pri-

(1) Cant., 11, 14.

compasión de un miserable que acude á Vos en busca de remedio. No ignoráis la causa de todas mis desgracias, mis innumerables y gravísimos pecados. Por ellos he merecido los castigos de la divina justicia; mas Dios, en vez de castigarme, me ha llamado una y otra vez al arrepentimiento; con todo eso, en vez de arrepentirme, he multiplicado mis delitos. ¿A quién, acudiré, Virgen santísima, en busca de remedio? A Vos que sois el tesoro de Dios, á Vos en quien están todas las misericordias del Señor. Yo me animo á demandaros vuestra poderosa intercesión, porque todo lo alcanzan vuestros ruegos, y Vos tenéis un corazón dulcísimo y lleno de piedad; yo no os presento méritos, sino miserias; y no temo que me desechéis, porque sois Reina de misericordia y Refugio de los pecadores. Poned en mí vuestros ojos de tierna y compasiva madre, y contad una á una mis necesidades y desgracias para remediarlas. Si mi madre terrena contemplase mis males, sentiría conmovida y llena de amargura; y Vos la más excelente y perfecta de todas las madres, quedaríais indiferente á mis desgracias; y volviendos á otra parte, no escucharíais mis humildes plegarias? Si semejante conducta pudiera admitirse alguna vez en una madre terrena, en Vos jamás se admiraría; porque sois amabilísima, y todas nuestras culpas jamás podrán ahogar vuestra tierna y amorosa compasión; ni nunca olvidaréis que sois nuestra esperanza, y el amparo y Refugio de los pecadores.—Madre dulcísima, tened compasión de vuestros hijos.



CAPÍTULO XII

La inmaculada paloma del Señor.

I

PALOMA mía, tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro y sueña tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu rostro es hermoso (1).—¿Qué encantos tiene el rostro de la celestial paloma del Señor, y cuánta es la armonía de su voz purísima y sagrada, que hacen que Dios se exprese en tales términos? No somos nosotros los primeros que le dirigimos tan dulces palabras, ese ruego de amor; antes de nosotros lo hizo su divino Esposo. El Espíritu Santo contempló con dulce complacencia la gracia y la belleza que había derramado en las criaturas; y entre todas éstas ninguna cautivó sus miradas como María, la inmaculada y santa, María, que, preservada de la culpa original, recibió en el pri-

(1) Cant., 11, 14.

mer instante de su concepción un tesoro casi infinito de gracias.

Muéstrame tu rostro, así le dice Dios; y sin embargo, no hay criatura invisible á los divinos ojos ¿cuál es, por tanto, la razón de las palabras que examinamos? Habla nuestro amor y contesta lo siguiente: Dios quiere que esa Niña le ame, y testifique su cariño con palabras de indecible afecto al que así se dignó preferirla con el suyo.—Quiere Dios que María se deje amar, y que, al mostrar su purísimo semblante, su Esposo pueda decirle: Tus ojos son de paloma, y me hacen salir de mí (1). Una sola es mi paloma, mi perfecta....

La vieron las doncellas, y la aclamaron dichosísima; la vieron las reinas y demás esposas, y la colmaron de alabanzas.—A nuestra vez llámemosla la más dichosa entre todas las criaturas, y abramos nuestros labios para cantar sus glorias.

Veamos ahora las relaciones que pueden descubrirse entre María la inmaculada y santa y la paloma de que nos hablan los Cantares. La paloma,—dice el Angel de las escuelas,—mora junto á las corrientes de los ríos, en cuyas aguas descubre la imagen del halcón que se cierne en los aires; en ese instante la paloma se sumerge en las aguas y se salva del peligro. La paloma escoge para alimentarse los mejores granos del trigo, y con ellos alimenta á sus hijos. Nada rompe con el pico, no tiene hiel, anida entre las rocas, y su canto es un gemido (2).

(1) Cant., VI, 4.

(2) 3.^a P., q. 39, n. 6, ad 4, quarto.

María no abandona á sus hijos que navegan hacia el puerto de la salud eterna entre grandes peligros, que muchas veces ignoran, ó tal vez que no quieren evitar. ¿Quién podrá salvarlos? La gracia de Dios por nuestro Señor Jesucristo; mas Jesucristo confía á su santa Madre la salvación de los hombres, inspirándole la más viva y delicada compasión para con ellos, y dando á los ruegos de María un poder que todo lo consigue. En virtud del amor que María nos tiene, de su maternal y dulce compasión, no llega á olvidarnos un instante, y contempla nuestros males cual si fuesen suyos, y los aparta de nosotros con incansable y amorosa providencia. Es María la paloma del Señor que contempla la vida de sus hijos, no en las corrientes de las aguas, sino á la luz de la Verdad increada; y no se le ocultan las dificultades que han de superar, y los peligros que habrán de rodearlos en su camino. El demonio no dejará de perseguirlos; pero la que es terrible al abismo como un ejército en orden de batalla, pondrá luego á ese enemigo en vergonzosa fuga, al extender sobre nosotros la divina Madre, la celestial paloma, sus purísimas alas de protección y gracia.

María quiere salvarnos, pero quiere ser invocada, rogada de nosotros con humilde plegaria. Quiere que en Ella pongamos nuestra confianza de hijos; que confesemos que somos incapaces por nosotros mismos de resistir y triunfar en los combates que tenemos que sostener contra el mundo, el demonio y las pasiones; quiere escuchar de nuestros labios estas palabras que la inclinan dul-

cemente á socorrernos: Bajo tu amparo nos acogemos, oh santa Madre de Dios.—Corramos hacia Ella al pronunciarlas; y llenos de humildad y de confianza, esperemos en su gran misericordia.

María, para librarnos del demonio, tendrá que sumergirnos en las corrientes de las aguas; nos pondrá á cubierto de todos los dardos del infierno, ocultándonos en su mismo corazón. ¿Qué podrá el demonio contra esa inmaculada y sacrosanta Virgen que lo tiene debajo de sus pies y que de él triunfó obteniendo la más perfecta y cumplida victoria de todas sus asechanzas? No olvida el demonio su derrota, y tiene que alejarse de nosotros al ponernos María bajo su amparo.

Clamemos, pues, á la divina Madre, á la hora del peligro, y siempre quedaremos victoriosos.

La paloma escoge los mejores granos de trigo para alimentar con ellos á sus hijos.—Hijos tiene la divina Madre que siempre la han amado; mas no desecha á los pobres pecadores que buscan en Ella su Refugio, y se animan á llamarla Madre, porque tiene un corazón bondadosísimo. A unos y á otros de esos hijos, María no niega sus consuelos, ni deja jamás de alimentarles con vino y leche, según la expresión de los sagrados Libros; porque la purísima paloma del Señor nació para el bien de todos los hombres; conserva á los santos en la gracia, y alcanza el perdón á los culpables, es toda para todos, y á todos quiere salvar, porque ésta es la voluntad de Dios.

No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores á penitencia. Al pensar en la dulzura de

las misericordias de María, en la suavidad de sus consuelos y en sus llamamientos maternales, tan llenos de solicitud y de cariño con que atrae aún á los mayores pecadores, tenemos que decir que no sólo el Hijo de Dios sino también su santa Madre, pueden afirmar que no han venido á llamar á los justos sino á los pecadores á penitencia.

La misericordia de María tan llena de paciencia y de dulzura, y el vivo interés que tiene por salvarnos, nos hacen preguntar: ¿Qué gracias ha dispensado á los justos, que no haya comunicado á los pecadores que acuden á Ella, llenos de confianza en la gran misericordia de la que es su único amparo y refugio? Tal es el asombro que nos causa la delicadeza y el amor con que trata á los indignos.

La Madre de Dios ¿por qué motivo trata á los culpables con tanta benignidad y con tan dulce y maternal clemencia? Porque los sanos no tienen necesidad de remedios, sino los enfermos. Porque á los corazones generosos los males ajenos los mueven por sí mismos á la misericordia. Porque el corazón de una madre olvida enteramente las culpas de sus hijos que se arrepienten de haberla ofendido; y las desgracias que pesan sobre éstos son una carga que oprime con su inmenso peso el corazón de la madre.

A pesar de nuestras culpas, María nos colma de favores y nos descubre tan tierno y delicado afecto, que exclamamos con asombro: Así ama la divina Madre á los miserables pecadores que acuden á Ella en busca de remedio. ¿En dónde están la

indignación y la dureza de María, si alguna vez ha de reprendernos? Una madre que tiene que curar las llagas de su hijo, enfermo acaso por sus grandes desórdenes, nunca lo hace sin tierna compasión, y va limpiando esas llagas con una suavidad incomparable, y siente un inmenso dolor al curarlas, ¡cuántas veces mezcla el remedio con sus lágrimas!

En María estas consideraciones tienen mayor fuerza. No se trata de una madre común, ni somos nosotros hijos que haya engendrado en su seno virginal: su maternidad y nuestra filiación pertenecen al orden de la gracia, superior en todo al de la naturaleza. Mientras las otras madres ven en los males de sus hijos las desgracias de una vida transitoria, María tiene en cuenta las desgracias eternas, y recuerda que somos hermanos de Jesús, que derramó su sangre por salvarnos. Y ese Hijo divino, y el mérito de su pasión y muerte, hablan muy alto al corazón de María: Son mis hermanos, le dice Jesús, defiéndelos y ruega por ellos á mi Padre. Y la sangre del Hijo de Dios no pide venganza, sino la salvación de todos los hombres. María ¿no escuchará la voz de su Hijo primogénito, ó dejará de unir á los clamores de la preciosa sangre, los suyos que siempre son de madre amorosísima, y que desea vivamente el perdón de los culpables? La paloma no tiene hiel, y por esto simboliza la mansedumbre inalterable de María: ¿quién la vió airada alguna vez, ó quién experimentó por medio de esta santísima Señora la terribilidad de los castigos que en tantas oca-

siones hemos merecido por nuestros pecados? Es nuestro refugio, nuestra defensa y amparo; tiene que rogar por nosotros; tal es el oficio que Dios le ha encomendado; mas no el de castigar nuestros delitos. Si mil veces hemos affigido el inocentísimo corazón de María, se acordará que lloró por nosotros al pie de la cruz de su Hijo moribundo; y haciendo suyas las palabras de Jesús, dirá como El al Padre celestial: Oh Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen; y el Padre no desechará la intercesión de María que ha mezclado con sus lágrimas, y que se apoya en los padecimientos y en la muerte de Jesús.

Con María nos hemos trasladado al Calvario, y nos hemos colocado junto á la cruz de Jesucristo; y nuestra dulce Madre, á fin de rogar con más eficacia por nosotros, se esconde en las llagas de Jesús, y llora por los pecadores en compañía de su Hijo. ¿Qué no alcanzarán de Dios nuestro Señor, los padecimientos de Jesús y el llanto de María?

El Esposo dice en los Cantares, que una sola es su paloma, y es el objeto de todas sus caricias; nos habla de ella con tan delicadas expresiones, que no podemos dudar que es la preferida de su amor. Lo es, porque su Esposo divino así lo quiso; porque vió con suma complacencia la humildad de María; y su pureza inmaculada y santa, y su perfecta obediencia, y su encantadora y celestial belleza, y la modestia de sus ojos, y el santo rubor de sus mejillas, y el carmín de sus labios que derraman la gracia, y, en una palabra, las maravillas del amor divino que ardía perpetuamente en el

corazón de su escogida.... ¡Oh cuán hermosa y agraciada es la purísima paloma del Señor!

Es la única paloma de su Esposo, es la preferida de su amor. ¿Podemos con verdad decir nosotros que nos gloriamos de amarla? Por desgracia dividimos con mucha frecuencia nuestro amor entre Ella y las demás criaturas; no lo olvidamos todo por servirla, ni somos enteramente de María; y sin embargo, esta santísima Señora nos ha consagrado todo su cariño. Nos ama como la más tierna y delicada madre, con la fidelidad y la paciencia de una esposa, con la suavidad y la dulzura de una hermana. Reina para con nosotros en su corazón immaculado el amor en todas sus formas, y con las manifestaciones más delicadas y sinceras que pudiéramos desear: allí están su benignidad y su clemencia, y la generosidad con que se digna enriquecernos de sus gracias, y las insinuaciones de su afecto que, olvidando nuestras culpas, sólo piensa en atraernos á su santo amor; y cual si no pudiese vivir sin nosotros, apenas la invocamos, cuando ya nos contesta: Soy vuestra madre; aquí me tenéis á vuestro lado; llamadme á la hora del peligro y en las angustias y en las dudas, y en todas las tribulaciones de la vida. No olvidéis que soy el Refugio de los pecadores, que nunca desearé vuestras plegarias, y que mis ruegos son siempre eficaces delante del Señor.

¿En dónde hallaremos una madre, un refugio que puedan compararse con María? Huyan pues muy lejos de nosotros la desconfianza y la desesperación; porque siempre teadremos en María re-

medio eficaz en nuestros males. Supongamos que han sido gravísimos nuestros pecados, y que exceden en número á las arenas del mar; aún hay lugar á la esperanza; la humildad y el arrepentimiento llamarán á las puertas de María, que rogará por nosotros, y Dios escuchará sus ruegos. Oh Refugio de los pecadores, tened piedad de los que á Vos recurrimos en busca de remedio.

II

Habiendo pasado el diluvio, envió Noé desde el Arca en que se hallaba, una paloma, para ver si se habían acabado las aguas sobre la tierra; mas la paloma, no hallando donde poner el pie, se volvió al Arca. Pasados siete días, Noé la envió por segunda vez; y la paloma volvió por la tarde, trayendo en el pico un ramo de olivo cubierto de hojas (1). Dios envió al mundo á su immaculada y santísima paloma, su Madre divina, para que, al ver nuestras miserias y desgracias, tuviese compasión de nosotros, y trajese á los hombres, por medio de su Hijo nuestro Señor Jesucristo, la reconciliación y la paz que habíamos perdido por la culpa. Si la paloma de Noé volvió al Arca porque no halló donde descansar, María no se retira de nosotros, sino que, á pesar de su incomparable y celestial pureza, vivirá en medio de los pecadores, porque es su refugio, porque es la imitadora más perfecta de su Hijo divino, á quien se hizo el

(1) Gen., VIII, 8-11.

siguiente cargo: ¿Cómo este vuestro Maestro come con los publicanos y los pecadores?

Aquel amorosísimo Señor que había venido á llamarlos á la penitencia, no rechaza ese cargo, sino que dice lo siguiente: No son los que están sanos, sino los enfermos, los que necesitan médico. Aprended lo que significan estas palabras: Mis estimo la misericordia que el sacrificio. He venido á llamar á los pecadores á penitencia y no á los justos (1).—Digamos también de nuestra piadosísima Señora, que ha venido á buscar á los enfermos para darles la salud, y á los pecadores para obtenerles el perdón. Siempre la tendremos con nosotros, porque su amor es invencible; y María nunca dejará de levantar sus manos suplicantes, pidiendo al Señor por el perdón de nuestras culpas.

Viviendo entre nosotros, no podrá mancharse con nuestros delitos; y con sus santas plegarias que todo lo alcanzan, convertirá á los pecadores á penitencia. No estará ociosa ni un instante; y si rechazamos una y otra vez las insinuaciones de su amor, si después nos volvemos á Ella buscando defensa y amparo en su santo patrocinio, rogará por nosotros delante del Señor.

No debemos en manera alguna abusar de su misericordia; porque los juicios del Señor son un abismo impenetrable; porque su ira y su misericordia se aproximan (2); y si seguimos obstina-

(1) Matth., IX, 11-13.

(2) Eccli., V, 7.

damente por las sendas de la perdición, tal vez cuando menos lo pensemos la justicia de Dios descargará sobre nosotros sus castigos; y sobre-cogidos de espanto, y olvidados de María, ¿á quién volveremos entonces nuestros ojos? María, nuestra tierna y amorosa Madre, el Refugio de los pecadores, tendrá que llorar nuestra ruina; porque despreciamos las inspiraciones de su amor, y endurecidos en la culpa no quisimos seguir sus llamamientos.

Si hemos olvidado nuestros eternos intereses, pongamos los ojos en María, y, siquiera por el amor que nos tiene, y por las grandes misericordias que hemos recibido por sus manos, rindamos á sus pies el corazón, y supliquémosle que ruegue por nosotros. Lo hará, no hay que dudarle; y Dios pondrá en sus manos, no la vara prodigiosa de Moisés que hacía salir de las peñas, al tocarlas, fuentes de agua viva, sino al que es la fuente de la vida, al Autor de la gracia, á Jesús que vino al mundo para librarnos del pecado.

San Germán, dirigiéndose á la Virgen santísima, la saluda en estos términos: Dios te salve, oh paloma, que nos traes del cielo el fruto de la oliva, que nos anuncias al Salvador, y nos señalas el puerto de la vida eterna. Son tus candidas alas como purísima plata, con reflejos de oro (1). María trajo del cielo la misericordia, haciendo que bajase del seno del Padre su Verbo divino. María suspiraba porque llegase el momento feliz de la

(1) In praesent. Deip.

Encarnación; y gemía como paloma pidiendo á Dios esta manifestación de su misericordia. No pensaba que sería la escogida del Eterno y la primogénita de la Redención; pero ¿quién más á propósito que esta Virgen sacrosanta, enriquecida por Dios con tantas gracias, para llevar en su seno al que es la fuente inagotable de la gracia? ¿Quién como María para derramar sobre nosotros las misericordias de su Hijo? Le lleva en su seno, y después le reclina en sus brazos; y el tesoro de Dios, Jesucristo, es también el tesoro de María, que como madre dispone de todas las riquezas de su Hijo, riquezas de bondad y gracia, de misericordia y de perdón.—No sólo nos anuncia al Salvador de los hombres, sino que nos dice: Vedle en mis brazos. Nos señala el puerto de la vida eterna; y esa vida está en su Hijo.

La paloma de blancas y doradas alas, simboliza la pureza y el amor de María. Levanta su vuelo esa cándida paloma y llega hasta el trono de Dios; porque es purísima y sin mancha; y los limpios de corazón contemplan el rostro del Padre celestial, con quien María hállase unida por medio del amor. Mas, en su vuelo, María nos lleva consigo, porque es una madre llena de santa caridad, que nunca se olvida de sus hijos.

María se complace en gran manera al oír que la llamamos paloma del Señor, porque este mismo nombre damos á su Esposo, que se dignó aparecer en forma de paloma en el bautismo de Jesucristo.

El Esposo divino de María es fuente viva de

gracia y de misericordia; procede del Padre y del Hijo como amor de la bondad primera; y El mismo ha dado á la preferida de su amor el nombre de paloma, porque le imita, cuanto puede hacerlo una criatura, en la bondad y en la misericordia; porque Ella es benignísima, y su corazón está lleno de dulzura, y ruega sin descanso por nosotros, y nos cubre con las alas de su protección.

Al pensar en la benignidad y en la misericordia de María, en la belleza de su santo corazón, y en todas las gracias que la adornan, ¿no le diremos: oh tierna y compasiva Madre, paloma del Señor, mostradnos vuestro rostro, y hacéndonos oír vuestra voz dulcísima y amable? El amor nos anima para dirigirle esa humilde plegaria; y lo hacemos porque es nuestra Madre, y su bondad nos inspira una confianza muy grande, confianza de hijos que sólo tienen en cuenta su propio corazón.

Es nuestra Madre, y suspiramos por la vista de su rostro; y una y otra vez le rogamos que nos dirija una palabra. Es tan hermoso para un hijo el rostro de su madre, y su voz tan dulce y cadenciosa, que al no verla y al no escuchar sus palabras, el hijo se siente oprimido de tristeza; y de nuevo salen del alma los suspiros; y otra vez y cien más, la plegaria del amor se eleva hasta María. Entretanto tenemos que decir con David: ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!... Mi alma ha peregrinado mucho tiempo (1). Hemos vivido,

(1) Ps. CXIX, 5, 6.

mucho tiempo, muy lejos de la inmaculada y sacrosanta Virgen que es todo nuestro amor.

Somos muy indignos de contemplar el rostro de María y de escuchar su voz de madre; mas el amor que le tenemos nos hace decir estas palabras: ¿quién me diera alas como de paloma para volar y descansar? Me alejaría del mundo y moraría en la soledad, esperando allí el auxilio de aquel que me salvó del abatimiento de mi espíritu y de la tempestad (1). La sagrada Virgen de nuestros amores, al hacernos pensar en su santísima pureza, elevaría nuestras almas hasta Ella; y, al contemplarla tan hermosa y tan llena de gracias y virtudes, bendeciríamos la gloria del Señor, y descansaríamos á los pies de nuestra amada y dulce Madre. ¿En dónde quedarían entonces los recuerdos del mundo y los afectos de la tierra? Y si vinieran á inquietarnos, el Señor por medio de su santa Madre nos libraría de sus halagos.

Oh inmaculada paloma del Señor, extended sobre nosotros vuestras alas y libradnos de todos los peligros. Vuestros ruegos todo lo alcanzan del Señor; rogad por nosotros; nos amáis como tierna y compasiva madre, nunca os olvidéis de vuestros hijos.

(1) Ps. LIV, 7, 9.



CAPÍTULO XIII

El palacio de Dios.

I

La Sabiduría fabricó para sí una casa, y labró siete columnas para sostenerla; inmoló sus víctimas, preparó el vino y dispuso la mesa. Envío sus criadas para llamar á los convidados; las envió á la fortaleza y á las murallas de la ciudad, á fin de llamar á los hombres, diciéndoles: el que sea sencillo venga á mí; y á los insensatos les dijo: venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado (1).

El palacio de que se trata se fabricó para manifestación de la divina gloria; y Dios fué quien lo fabricó. Con esto tenemos bastante para comprender la hermosura de ese alcázar sagrado. Si fuera para otro y no para Dios, no brillarían las riquezas y la gloria en tal palacio como tienen que brillar, siendo para Dios. Y si el hombre lo hubiese cons-

(1) Prov., IX, 1-5.

truido, no sería tan hermoso como es, por haberlo Dios fabricado.

¿Tendremos aliento para entrar en la mansión de Dios, donde El moró, no como el hombre que vive en su casa únicamente para descansar en ella, y dejarla para siempre cuando le agradare, sino como vive el hijo en el seno maternal? El Hijo de Dios, no sólo vivió en el seno de María, sino que allí tomó nuestra naturaleza y se hizo hombre.

Hay, por lo mismo, entre el Verbo de Dios y el palacio en que moró, el seno de María, una comunicación de inefable y sagrada intimidad que nos recuerda estas palabras de San Bernardo, que ya hemos citado: *Fectus cum et vestitus ab eo*. María da hospedaje en su bendito seno al Hijo de Dios, le da su sangre inmaculada y santa; le viste con el ropaje de la humanidad; y á su vez ese Hijo de Dios la cubre con la gloria de la Majestad.

A la casa de Dios corresponde la santidad; Dios no entra en alma manchada, ni en cuerpo sujeto á pecados. Mas ¿cuál fué la santidad con que Dios enriqueció á la que había de ser su madre verdadera? Una santidad sublime, perfecta y que no podemos comprender; porque así lo pedían la pureza infinita del Eterno y el ministerio que venía á desempeñar entre los hombres. Por esto no hay que comparar la virtud de los mayores santos con la santidad y pureza de María, inmaculada y perfectísima desde el primer instante de su sér; ni el amor que Dios les dispensó, con aquel excelentísimo y enteramente singular que concedió á María,

y que estremece de celestial contento las purísimas entrañas de la sacrosanta Virgen, que exclama en medio de su dicha: Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor, y mi alma rebosará de alegría en mi Dios; porque me ha vestido con el ropaje de salud, y me ha hermoseado con los adornos de la justicia (1).

Dios ha levantado siete columnas para sostenerla. Oigamos á San Bernardo: La sabiduría de Dios, al descender del seno del Padre, fabricó una casa para sí mismo: esta casa fué la Virgen purísima elegida por el Hijo de Dios para ser su verdadera madre. Dios levantó en esa casa, que tendría que ser la mansión de sus delicias, siete firmísimas columnas para sostenerla; estas columnas son las incomparables virtudes de María, que la hicieron digna morada del Eterno.

Pensemos un instante en la perfección de las virtudes á que venimos refiriéndonos. Desde luego se nos presentan la fe, la esperanza y la caridad. —María creyó en Dios con una fe inalterable y firmísima; y por esto le fué dicho: Dichosa tú la que has creído; porque en tí se cumplirá lo que el Señor te ha dicho (2). El Arcángel Gabriel le anunció un misterio incomprensible á la razón humana, y que sólo podía realizar el que es omnipotente. Concebirás en tu seno y darás á luz á un Hijo. Y Gabriel hablaba á una Virgen inviolable, y que tenía consagrada su pureza á Dios nuestro

(1) Is., LXI, 10.

(2) Luc., I, 45.

Señor. Si las palabras de Gabriel han de tener cumplimiento, es indispensable que Dios intervenga, y no como concurre en el orden común de la naturaleza, sino de una manera singularísima, sublime, y realizando una maravilla incomprensible: una obra verdaderamente divina. Y la fe de María no la abandona un instante; ardiente y vigorosa se levanta á una altura que el hombre no puede medir; y la Niña de Dios, la Virgen purísima y sin mancha, abre sus labios y contesta al Arcángel: Hágase en mí según tu palabra.—Y la firmeza de tal contestación tanto más nos sorprende y admira, cuanto sabemos que María era una humilde doncellita, que vivía en el retiro de su santa casa, é ignoraba, al parecer, lo que era una firmeza incontrastable. Mas Ella cree en la omnipotencia de su Dios, en su profundísima sabiduría y en su bondad infinita; y es, por otra parte, esclava del Señor, que sólo sabe obedecerle y agradecerle.

Al contemplar la fe de esta incomparable y sacrosanta Virgen, parécenos que su humildad le sale al encuentro, y le dice estas palabras: Sois la más pequeña de todas las criaturas: ¿seréis la que Dios se digne levantar á la mayor grandeza? ¿Qué pensáis de vos misma: sois digna de hospedar al Hijo del Eterno, y de ser su Madre? Si así le hablaba la humildad, no por eso vacilaba la fe de María; cree y adora. Dios le ha hablado por medio de Gabriel, y Dios es verdad infalible. Dios se dirige á la más pequeña, á la más humilde de sus criaturas, que no contesta sino lo siguiente: He aquí la esclava del Señor.

Dios, que había enriquecido á su futura Madre con una fe tan robusta y ardiente, puso también en su alma la esperanza: una esperanza firmísima y que no sabía conmoverse ni un instante. No ignoraba la sagrada Virgen que el que en Dios confía no queda confundido; por esto, después al llevar en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, nada teme, ni dice una palabra sobre el particular á su santo Esposo. Dios es la esperanza de María: ¿quién podrá conmoverla? Es como el monte de Sión, que está rodeado de montañas, y favorecido por la protección del cielo. ¿No temería que José le llegase á abandonar al advertir que era madre? Y su temor ¿no le haría pensar en descubrir á José el misterio de Dios? Semejantes temores no tuvieron entrada en el corazón de María; porque esperaba en el Señor, y se había puesto enteramente en sus divinas manos. Nada turbaba la paz de su espíritu; todos los acontecimientos de su vida santísima, corrían por cuenta de la Providencia del Eterno, que no dormía ni dormitaba un instante en el cuidado de aquella Niña preciosa, que sin ninguna reserva se había entregado á las disposiciones del Señor; y cualquiera cosa que El determinase acerca de esta Virgen que le era tan querida, no llegaría jamás á contristarla. ¿No era Ella quien tenía todas sus delicias en cumplir la voluntad de Dios? Y no ignoraba que sería para su bien cuanto el Señor determinase; tenía para esto tantas pruebas del amor de su Dios, que no había lugar alguno ni á la desconfianza ni al temor en el corazón de María. ¡Con qué ternura la había

tratado siempre su amantísimo Padre! Las gracias bajaban del cielo sin interrupción sobre esta dichosísima criatura; y las caricias que Dios le prodigaba, eran cada día más expresivas del amor con que se había dignado preferirla. María no lo ignoraba; por esto su confianza en la bondad de su amantísimo Padre, era firmísima y la mantenía en una paz inalterable, y llenaba su alma inocentísima de un gozo verdaderamente celestial.

Dios, al edificar el regio palacio en que había de vivir, quiso sostenerlo con la fe, la esperanza y el amor. Hablemos de esta santísima virtud, que era la vida de María.

El corazón que María recibió de Dios nuestro Señor, fué como una llama de inextinguible caridad, que, alimentada á cada instante por nuevas efusiones de divina gracia, se elevaba hacia el trono del Señor, no dejando que María viviese sino solamente para gloria del que así la amaba.

Mi amado para mí, y yo para mi amado. El Señor la había prevenido con su gracia, que siempre fué correspondida por María con una fidelidad incomparable. María recibe la divina gracia con humilde y afectuoso reconocimiento, y desde luego trabaja con ella para gloria de su Dios. ¿Queremos una prueba de lo que decimos? Recordemos su viaje á las montañas de Judea. Era María una humilde virgen que tenía sus delicias en vivir en el retiro de su casa, apartada del mundo; pero la gracia divina quiere que deje su retiro, y así lo hace la divina Madre. Mas ¿de qué manera? Le-

vántase María y se encamina apresuradamente á las montañas de Judea. Nada la detiene; Dios lo ha dispuesto, y María cumple las órdenes divinas con prontitud y llena de inefable gozo.

El fuego ha de arder siempre en el altar, y el sacerdote cuidará de mantenerlo... Este es el fuego perpetuo que nunca debe apagarse en el altar, se dice en el Levítico (1). Ese altar es el corazón precioso de María, en el que jamás llegó á extinguirse el fuego del amor divino; porque el gran Sacerdote, su Hijo nuestro Señor Jesucristo, lo alimentaba continuamente. Era también el corazón de nuestra amada Niña como aquella lámpara de que se nos habla en el Éxodo, que estaba llena del más puro aceite de olivas; y se añade que Aarón y sus hijos cuidarán de que arda siempre delante del Señor (2). María, teniendo presente á su Dios, no dejaba extinguir ni amortiguar un solo instante el fuego del amor sagrado que ardia en su seno; y si esto pasaba por su parte, por la de Dios había una asistencia jamás interrumpida; y, desde el instante de la Encarnación, Dios, que es fuego inextinguible, comunicó á su santa Madre otro fuego divino, se le dió á sí mismo; y Dios es caridad, es fuego de infinito amor. Al pensar en esto, preguntamos: ¿podremos hallar á la Virgen sacrosanta, fuera de Dios? Y si en Dios la buscamos, no la hallaremos sino transformada en El, cuanto es posible á la criatura fuera

(1) VI, 12, 13.

(2) XXVII, 20, 21.

de la unión personal. El Hijo de Dios inspira todas las acciones de María, la dirige en todas ellas, y por medio del Espíritu divino la eleva de claridad en claridad.

¿Qué piensa, qué hace la escogida del Señor? Pongamos los ojos en el Hijo de Dios, y lo sabremos; porque Ella es como animado instrumento de la gracia, como el espejo sin mancha en que podemos descubrir las maravillas de la divina bondad: *Imago bonitatis illius*. Cuanto hay en esa singularísima criatura, es amor, es caridad indeficiente y perfectísima.—Si pudiésemos contemplar el fuego del amor que Dios encendió en el corazón de María, llenos de asombro exclamaríamos: ¿cómo puede subsistir el ser de la criatura, rodeado, penetrado con fuego tan ardiente de divino amor? Dios es fuego que consume, mas también es el Autor de la vida; y si en María no halló ninguna imperfección que consumir, porque fué preservada de toda culpa y aun de la más ligera imperfección; si tenía que mantener en Ella la vida del amor.

El amor no vive en sí mismo, sino en quien ama; y descubre á su amado toda su ternura con palabras de afectos ardentísimos; en una palabra, se entrega enteramente en brazos del que ama.— Todo esto lo hallamos en María: vive en Dios y solamente para Dios, le descubre su cariño con las más ardorosas expresiones; y nada reserva para sí, porque es de Dios enteramente.

Se nos dice en los Cantares que las muchas aguas no han podido extinguir el amor, ni los ríos

lo podrán sofocar (1). Mas si las muchas aguas son de gracia y los ríos de fuego, ¿dejará de aumentarse el caudal del amor? Y esto es lo que pasaba en María, quien tiene por lo mismo que decir: Soy como canal de agua inmensa, derivada del río, y como acequia sacada del río, y como un acueducto salí del paraíso... Mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar; porque la luz de mi doctrina, con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y la seguiré difundiendo hasta los remotos tiempos (2).

II

Brilla en María la gloria de la divina Trinidad con una luz purísima y sagrada: el Padre, el Hijo y el Espíritu divino están en el santuario que llamamos corazón inmaculado de María; mas sólo el Hijo se hizo hombre tomando nuestra humanidad. Gabriel nos instruye de todo esto saludando con estas palabras á la Virgen escogida del Señor: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; y diciendo después lo siguiente: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Tenemos al Señor, á la virtud del Altísimo y al Espíritu Santo, en el palacio de Dios, en el santuario que fabricó para su gloria.

Dios quiso, al edificar ese Palacio, levantar en él, no sólo las columnas de la fe, la esperanza y el

(1) VIII, 7.

(2) Eccli., XXIV, 40-44.

amor, sino también las de la fortaleza, la justicia, la templanza y la prudencia.

Dios llenó el alma de María de admirable y santa fortaleza. La futura Madre del Señor había ofrecido á Dios la azucena de su pureza virginal. Jamás se había inclinado al mundo, ni había pensado sino en Dios, y pertenecía al pueblo de las promesas en el cual había de nacer el Redentor de los hombres. La gloria de una maternidad común y ordinaria por una parte, pero excelentísima por otra, ni brillaba á los ojos de la inmaculada Virgen, ni atraía su corazón, que, muerto á todos los afectos de la tierra, sólo vivía para Dios. Dios le había inspirado el voto de virginidad, y la había dotado de una admirable fortaleza, que nadie podía vencer. ¿Cómo sucederá esto? preguntó á Gabriel la Virgen más pura que los ángeles de Dios; porque yo no conozco varón. Mas la humildísima doncella de Nazaret ¿no admite desde luego la grandeza y la gloria que un Angel le ofrece; tiene valor para tanto?—María no contesta, y el Angel tiene que explicar el gran misterio que anuncia á la sagrada Virgen. No recordemos la lucha del Angel con Jacob, porque éste quedó herido, y María quedó asegurada en su inviolable y santísima virginidad. Tal es la fortaleza, la virtud soberana que Dios se dignó conceder á esta mujer incomparable, cuyo valor dijo Salomón que era de mayor estima que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo (1).

(1) Prov., XXXI, 10.

La templanza y la justicia de la Virgen santísima brillan más que la luz, reflexionando en las palabras que el Angel le dirige y en la contestación de María. El Angel la saluda y le dice que está llena de gracia y que el Señor está con Ella. Estas honoríficas palabras no la envanecen; guarda silencio, y piensa en el motivo de tal salutación; en todo lo cual revela su admirable templanza. Y cuando la instruye en el gran misterio del amor de Dios, y en la venida del Espíritu Santo, y cómo concebiría al Hijo de Dios y lo daría á luz sin perder su virginal pureza, María nos reveló su prudencia.

Al llamarse esclava del Señor, María nos descubre su justicia; porque nos dice lo que Ella es en la presencia del soberano Señor de todo lo criado.

Tenemos, por tanto, resplandecientes de luz y de hermosura, la fortaleza de María en su voto de virginidad, su templanza en el silencio, su prudencia en sus preguntas, y su justicia al llamarse la esclava del Señor. Sostenido el Palacio divino por estas siete columnas, entró en él la Sabiduría de Dios y lo enriqueció con dones tan preciosos, y con tanta abundancia, que la plenitud de su alma hizo fecundo su seno virginal.

David se llenó de indecible y celestial contento al oír estas palabras: Iremos á la casa del Señor. Nuestros pies estarán firmes en tu recinto, oh Jerusalén (1). También á nosotros nos ha dicho el

(1) Ps. CXXI, 1-2.

amor: Venid al palacio donde reina vuestra Madre; y entrando en él, descansaremos llenos de inefable dicha: porque es mejor pasar un solo día en esa mansión sagrada, que mil fuera de ella; porque la conversación de nuestra amada no tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino consuelo y alegría. Mas, al entrar en esa casa sagrada donde brilla la gloria del Altísimo, no debemos olvidar estas palabras: El templo de Dios es santo, El lo ha edificado, es la obra de sus manos; y esto nos inspirará los sentimientos de una humildad profundísima y de un amor muy ardiente; nos olvidaremos de nosotros mismos para pensar en Dios únicamente.

En el seno de María el Hijo de Dios se hizo hombre; y ese seno fué como el trono de la gloria divina. Tu trono, oh Dios,—decía David,—permanece por los siglos de los siglos: el cetro de tu reino, es cetro de rectitud. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso, oh Dios, el Señor tu Dios te ungió con óleo de alegría, con preferencia á los que tienen parte en tu gloria. Exhalan tus vestidos, cuando sales de las estancias de marfil en que has morado, un olor de mirra, de áloe y casia, que lleva en pos de ti á las hijas de los reyes que te colman de honor. A tu diestra está la reina con un vestido bordado de oro, y engalanada con diversos adornos (1).

Dios toma la purísima sangre de María y se hace nuestro hermano; y su carne inmaculada y

(1) Ps. XLIV, 7, 11.

santa exhala la suavísima fragancia de todas las virtudes; esa carne Dios la dará para la vida del mundo; y si no la comemos, y no bebemos la sangre del Hijo del hombre, no tendremos la vida en nosotros (1); y la carne de Cristo es la carne de María. ¡Qué unión tan sagrada y profunda es la que existe entre el Hijo y la Madre! íntima, inviolable y perfecta; y bien sabemos que cuanto más nos acercamos al principio de la gracia, participamos de ella con mayor abundancia. ¿Quién, pues, podrá decirnos cuáles fueron la excelencia y la riqueza de la gracia de María al constituiría Dios el palacio de su gloria y al hacerse hombre en su seno virginal? Si esta santísima Señora entregaba á Dios cuanto tenía, ¿dejaría de recibir de parte del Eterno la plenitud de los divinos dones? Por esto contemplamos en Ella el esplendor de todas las virtudes y todos los encantos de la gracia. ¡Cuán pura, cuán amable y perfecta es nuestra Madre querida, encanto del alma, y, después de Jesucristo, todo nuestro amor! Y lágrimas de un gozo purísimo y ardiente salen de nuestros ojos. Bendita sea Ella, y sea glorificada en los cielos y en la tierra. Es la primera de todas las criaturas en el amor de su Dios, es dulcísima y amable, y su seno reposa de bondad; y nosotros la amamos con todo el corazón. ¿Quién como Ella ha cautivado todo nuestro afecto; y á quién debemos lo que á esta santísima Señora?

La amamos con todo el corazón, así lo hemos

(1) Joann., VI, 52, 54.

dicho; mas nada es nuestro amor, nada son nuestros afectos, si los comparamos con el amor que nos tiene María, y con los suavísimos afectos que le inspiran sus hijos. ¿Queremos confundirnos y al mismo tiempo exaltar el amor de María? Reflexionemos en lo siguiente: su amor nunca se entibia, jamás nos olvida, y en todas ocasiones procura nuestro bien. Por nuestra parte, ¿podremos afirmar que arde siempre activo en nuestros corazones, con pura é inextinguible llama, el fuego de su santa caridad; que nunca la olvidamos y que siempre que está en nuestra mano trabajamos por su gloria? La vergüenza cubre nuestro rostro y no tenemos que contestar una palabra; nos sentimos oprimidos de tristeza. Ha puesto en nosotros sus purísimos ojos y nos contempla con amor de madre; y entre esta Madre y sus hijos media una inmensa distancia. Esa Madre es purísima y santa, es Reina sagrada que está á la diestra de su Hijo divino; su dignidad es infinita, y todo en Ella es amable y perfecto; y en nosotros no se halla sino miseria y pecado; y sin embargo, atraemos sus miradas y tiene sus delicias en estar con nosotros. Y ¡no corresponder á su amor generosísimo y de todo punto inexplicable; y no amarla con todo el corazón! No podemos comprender la bondad de nuestra dulce Madre; y la ruindad y vileza de nuestra conducta nos dejan en verdad horrorizados. ¿Qué humillaciones y desprecios no merece quien así se porta con tan amante y cariñosa Madre? Pero fijémonos en otras consideraciones; y ya que la confusión y la vergüenza nos han puesto en

una penosa situación, busquemos en María nuestro consuelo.

Estamos en el Palacio de Dios: oigamos estas palabras divinas: Entrando en mi casa, hallaré en ella descanso (1). ¿Es nuestro el Palacio en que hemos penetrado? Si lo es, porque María es nuestra hermana, es nuestra Madre; y por esto, llenos de confianza, recorremos una á una la preciosas estancias de la casa de Dios, buscando en todas ellas á María; y María se nos presenta llena de amabilidad y de dulzura. Es nuestra hermana, es nuestra Madre, y venimos á Ella en busca de consuelo. ¿Nos negará sus brazos para descansar en ellos? Ninguna madre los niega á sus hijos. Nosotros, antes de descansar en esos brazos, besamos sus pies virginales que exhalan la suavísima fragancia de todas sus virtudes: caminaron siempre por las sendas de la recitud y la justicia, é iban siempre en busca de la gloria del Señor y de la eterna salud de los hombres. No queremos separarnos de esos pies, de los que se dice en los Cantares: ¡Cuán hermosos son tus pies, oh hija del Príncipe (2). Mas, si nos llama á sus brazos la divina Madre, en esos brazos en que tantas veces descansó Jesús, descansemos en ellos; pero ¡ay, que recordamos nuestras grandes culpas y temblamos de tanto atrevimiento! Que en ellos descansen Luis Gonzaga y Estanislao y Juan Berchmans y Magdalena de Pazzi, y tantos otros hijos

(1) Sap., VIII, 16.

(2) VII, 1.

de María humildísimos, puros é inocentes. Nosotros, miserables pecadores, no merecemos sino el ser arrojados del Palacio de Dios; y sin embargo, no habrá quien nos arroje; porque María impera en él, y es Reina de misericordia y seguro Refugio de los pecadores.

Si no nos atrevemos á descansar en sus brazos, ni á llegar á sus pies, ténganos siempre en su casa como sus esclavos, porque hemos preferido ser los últimos en esa casa á vivir en los palacios de los pecadores. *Hæc requies mea in saeculum saeculi.* La morada de Dios será nuestro descanso para siempre; la hemos escogido para vivir en ella eternamente.



CAPÍTULO XIV

El Calvario y la misericordia de María.

I

Dios no tomó jamás la naturaleza de los ángeles, sino la sangre de Abraham; y por esto debió asemejarse en todo á sus hermanos, á fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios en orden á satisfacer por los pecados del pueblo; ya que, por haber padecido y haber sido tentado, puede socorrer á los que son tentados (1).

La propia experiencia del dolor nos hace compasivos para con todos los que sufren; y es más delicada nuestra compasión, cuanto hubiesen sido más terribles nuestras penas. Pensamos en los que padecen, y exhalamos un suspiro lleno de amargura al recordar nuestros padecimientos terribles, profundos, y en los cuales no había lugar al consuelo; y si alguno quería remediar nuestros males, le decíamos con Isaías: Apartaos de mí, yo lloraré

(1) Heb., II, 16.

de María humildísimos, puros é inocentes. Nosotros, miserables pecadores, no merecemos sino el ser arrojados del Palacio de Dios; y sin embargo, no habrá quien nos arroje; porque María impera en él, y es Reina de misericordia y seguro Refugio de los pecadores.

Si no nos atrevemos á descansar en sus brazos, ni á llegar á sus pies, ténganos siempre en su casa como sus esclavos, porque hemos preferido ser los últimos en esa casa á vivir en los palacios de los pecadores. *Hæc requies mea in saeculum saeculi.* La morada de Dios será nuestro descanso para siempre; la hemos escogido para vivir en ella eternamente.



CAPÍTULO XIV

El Calvario y la misericordia de María.

I

Dios no tomó jamás la naturaleza de los ángeles, sino la sangre de Abraham; y por esto debió asemejarse en todo á sus hermanos, á fin de ser un Pontífice misericordioso y fiel para con Dios en orden á satisfacer por los pecados del pueblo; ya que, por haber padecido y haber sido tentado, puede socorrer á los que son tentados (1).

La propia experiencia del dolor nos hace compasivos para con todos los que sufren; y es más delicada nuestra compasión, cuanto hubiesen sido más terribles nuestras penas. Pensamos en los que padecen, y exhalamos un suspiro lleno de amargura al recordar nuestros padecimientos terribles, profundos, y en los cuales no había lugar al consuelo; y si alguno quería remediar nuestros males, le decíamos con Isaías: Apartaos de mí, yo lloraré

(1) Heb., II, 16.

amargamente; no os empeñéis en consolarme en medio de la desolación en que me encuentro (1); y volviéndonos después á los que lloran, nos sentimos llenos de compasión para con ellos. ¿Cómo dejarlos en medio de tantas angustias, y permitir que los consuma el dolor?

Cuanto hemos dicho, tuvo lugar en nuestra santa Madre; fué atravesada con una espada de dolor, y terribles fueron las angustias que padeció en el Calvario; si después de sus amargas penas, piensa en las nuestras su corazón dulcísimo, ¿dejará de comoverse, y será indiferente á nuestros males? En todas sus acciones imitó con santa y admirable perfección á su divino Hijo, que fué un Pontífice misericordioso, que padeció y fué tentado para socorrernos en todos nuestros males. La Virgen sacratísima ¿dejará de imitar á Jesucristo en la misericordia para con los pecadores, y en inclinarse á nosotros á fin de socorrernos en nuestras desgracias?

La compasión y la misericordia de María están relacionadas, no solamente con sus grandes dolores, sino además con la pasión y muerte de Jesús, y con la salud eterna de los hombres.

María en el Calvario. Son admirables y profundos los misterios que tales palabras nos revelan. María, la preferida del Señor entre todas las criaturas, la que es un tesoro de inocencia, la inmaculada y santísima, y que reinaria á la diestra de su Hijo divino en lo más elevado de los cielos,

(1) XXII, 4.

está en el Calvario..... en el lugar destinado para el último suplicio de los malhechores; y está contemplando las terribles agonias de su Hijo inocentísimo, nuestro Señor Jesucristo, que es injuriado y blasfemado de sus enemigos.

María contempla todos los tormentos de su Hijo; no hay ni una lágrima que salga de los ojos de la víctima divina que se escape á las miradas de la santa Madre; ni un suspiro, ni una queja que no lastimen sus oídos. Y oye también las palabras de su Hijo moribundo, que es el objeto de toda la ternura de María, su Dios y el Hijo que llevaron sus entrañas y alimentaron sus pechos virginales. Y El es inocentísimo y la misma inocencia; y descendió de los cielos por el bien de los hombres, y los hombres le han condenado á morir en un infame patíbulo.

¿Cabrá tanto dolor en el seno de María? Que sus ojos derramen torrentes de lágrimas, y que esta Madre llena de aflicción y de amargura, desahogue cuanto pueda sus terribles angustias, y las una con los padecimientos de Jesús.

Si María, volviéndose á nosotros, nos dijese: deteneos, pensad en mis grandes angustias, y decidme si hay dolor semejante á mi dolor, ¿qué podríamos contestarle? Contestarían nuestras lágrimas, y la compasión más tierna y delicada comovería nuestras entrañas; y esto aun prescindiendo de las santas y dulces relaciones que con Ella nos ligan. ¡Ay triste y afligida Madre, dírlas, y cuanto es lo que sufre!

Esa madre que asiste á la muerte de su Hijo

divino, es también nuestra Madre; y nos ama y la amamos, y de Ella hemos recibido innumerables bienes, y de Ella todo lo esperamos; y las terribles angustias que padece, las padece por nosotros. Preguntemos ahora: ¿cabrá en nuestro pecho el dolor y la amargura; y nuestras lágrimas dejarán de correr en abundancia?

El Hijo de Dios padece el tormento de la cruz para reparar la gloria de su Padre, ultrajada en el mundo por el pecado. María no lo ignora, y su amor á ese Dios que es tan injuriado de los hombres, es el motivo de sus grandes dolores; si no conociése con tanta perfección la voluntad de Dios, y si no le amase como le ama, aquellos dolores no serían tan amargos; mas Dios se ha inclinado á Ella con tanta dulzura, y la ha colmado de tan singulares y preciosas gracias, que María queda absorta y como fuera de sí misma al pensar en el Dios que tanto la ama; y tiene que exclamar con David: ¡Oh cuán bueno es Dios para Israel, para los de corazón recto (1); para mí tendría que agregar que soy su humilde esclava! El amor y la gratitud más puros y ardientes llenan el alma de María: ¿qué no quisiera para su Dios amabilísimo, esta incomparable Virgen, que tanto le ama, y que ha recibido tantas gracias de Dios nuestro Señor? María por su parte hace cuanto puede por corresponder á la bondad divina; y siéntese desfallecer, porque los beneficios que á cada instante recibe del Señor, exceden la gratitud

(1) Ps. LXXII, 1.

de su alma, y las bendiciones y alabanzas que á cada instante le tributa. La delicadeza de su amor para con Dios, es admirable; por esto siempre está atenta á su servicio, y cumple sus mandatos, y sigue sus inspiraciones con la más sublime perfección; y todo lo quiere únicamente para Dios. Mas ¿qué es lo que pasa en el misterio que venimos contemplando? Se halla en el Calvario, y contempla un espectáculo de horror y sangre: tiene ante sus ojos al Hijo del Eterno; los hombres le han puesto en un patíbulo, y agoniza entre cruellísimos tormentos; y escucha la divina Madre las burlas y blasfemias con que le afrentan sus implacables y gratuitos enemigos. ¿Qué pasa en ese instante en el corazón de la sagrada Virgen que quiere para Dios toda bendición y gloria y cánticos de amor y alabanza, y presencia el más horrible de los crímenes, el deicidio...? Llénanse de lágrimas los ojos de María, y tiembla de horror su corazón inmaculado y santo; y sólo Dios la puede sostener con la virtud de su brazo.

¿En dónde estáis, oh santos deseos de María por la gloria de Dios? Se han vuelto como terribles y agudísimas espadas que se hunden en su alma inocentísima y la llenan de amargura.

La bondad divina alumbró el alma de María con nuevos resplandores que le descubren cuán amable es Dios nuestro Señor, y cómo merece todo el amor de los hombres. Los innumerables y gravísimos pecados de los hijos de Adán, no pudieron detener las misericordias del Señor. Dios se ve ofendido, ultrajado por los hombres; y sin em-

ignominia, y sumergido en terribles angustias, y en tan sensible abandono, que dijo por los labios de David: Mi corazón está preparado á sufrir toda clase de oprobios y miserias. He esperado que alguno se condoliese de Mí, mas nadie lo ha hecho; he esperado que alguno me consolase, mas no he hallado quien quisiera hacerlo. Al contrario, me dieron hiel por alimento, y en medio de mi sed me dieron á beber vinagre (1).— Vos lo visteis, oh Madre afligidísima; y una nueva espada de dolor atravesó vuestras entrañas. Y visteis la indiferencia de los hombres, y cuánto atormentaron al inocente y pacientísimo Jesús; y erais su Madre.... Con razón dijo Jeremías que era grande como el mar vuestra aflicción (2); y no hay lengua humana que pueda dignamente ponderarla.

II

María en la cumbre del Calvario ha visto la guerra implacable y sangrienta del pecado contra la bondad amabilísima de Dios, y las miserias y desgracias de todos los hombres causadas por el mismo pecado. Los hombres... Dios los ha amado con ternura inmensa, con un amor que no se puede comprender: ¿qué debiera hacer por ellos que no lo haya hecho? Llegó hasta darles á su propio Hijo, santo, inocentísimo, y lo entregó á la muerte por la salud de los culpables.

(1) Ps. LXVIII, 21, 22.

(2) Thren., II, 13.

El Hijo de Dios en su agonía no se olvidaba de los hombres; moría por ellos; y cual si esto no fuese suficiente para probarles su ternura, los dejó al cuidado de María, y María los recibió por hijos, los amó con maternal cariño; mas esos nuevos hijos no son como Jesús que fué la misma inocencia, sino que son pecadores y caminan á su eterna desgracia. María no lo ignora; y su corazón, tan lleno de amarguras y dolores, tiene que sufrir un nuevo y atrocísimo tormento: los hombres son sus hijos, los ama con ternura, y los ve llenos de miserias y desgracias. ¿Qué hará la dolorosa y afligida Madre? Rogar por ellos al Señor, y no descansar un instante mientras no consiga la gracia y el perdón para esos hijos.

Llora inconsolable esta Madre amorosísima, por las ofensas que Dios recibe de los hombres; llora por la muerte de su Hijo primogénito, y también por nosotros que tantas veces la hemos afligido con nuestros delitos; mas Ella, siempre llena de bondad y de ternura, sólo piensa en remediar nuestras desgracias; eleva al Señor sus ardientes plegarias, y le ofrece la sangre preciosa de Jesús; esa sangre que no pide venganza, sino el perdón de los culpables. Esta Madre incomparable ofrece también sus propios méritos, y hace cuanto puede por volvernos á la gracia del Señor.

En el Calvario ha aprendido María, por su propia experiencia, cuánto es lo que una madre padece en la muerte de sus hijos; y lo que éstos sufren al morir excita su compasión y su ternura. Bien quisiera pasar á su propio corazón las penas

y dolores de aquellos seres que le son tan queridos, y por salvarlos haría con gusto los mayores sacrificios.—Madre santa, ved que vuestros hijos son unos pobres pecadores que por sus culpas se encaminan á la muerte eterna, de la cual Vos podéis salvarlos. ¿Dejaréis de hacerlo? Sois su Madre, y ellos, después de Dios, tienen en Vos sus esperanzas. ¿No os duele el corazón si pensáis en las miserias en que se hallan, y en las funestas desgracias que vendrían sobre ellos si los olvidáis?

Maria sabe de penas y dolores: así lo dicen las lágrimas que derramó al pie de la cruz de Jesucristo; María es madre, y con sus ruegos todo lo alcanza del Señor. ¿Podrá contener su corazón dulcísimo que sin cesar le pide piedad y gracia para los pobres pecadores? Si quisiese reprimir sus tiernísimos afectos que la inclinan á levantar á los caídos y á obtenerles el perdón, ¿llegaría á realizarlo? Esto jamás tendrá que suceder; y lejos de impedir que aquellos afectos aumenten más y más, elevará desde luego sus plegarias á Dios nuestro Señor, en favor de los pobres pecadores. Quisiera tomar sobre sí misma las angustias que los atormentan y aliviar su triste situación; mas, no contenta con esto, se acerca á nosotros, y, al acordarse que es nuestro Refugio, nos ilumina, y hace cuanto puede por volvernos al Señor; se nos presenta dulcísima y amable y llena de bondad y gracia; nos recuerda que nunca ha despreciado al que acude á Ella en busca de remedio, y que todo lo puede con Dios nuestro Señor. Recuérdanos

también que es nuestra Madre y que allí en el Calvario, entre terribles angustias y dolores, nos recibió por sus hijos; que mucho fué lo que entonces sufrió por nosotros; y que los hijos que tanto han costado, jamás su madre los llega á olvidar.

Fueron nuestras culpas las que llenaron de angustia el corazón de María, porque hicieron padecer á Jesucristo el tormento de la cruz; mas no por ellas el Hijo de Dios nos excluyó de la Redención, porque murió por salvar á los pecadores y obtenerles el perdón de todas sus maldades. María, perfecta imitadora de su Hijo Jesucristo, tiene á su vez un corazón lleno de bondad y gracia, de misericordia y de dulzura; y al acudir á Ella, nunca nos priva del auxilio de sus ruegos y siempre está dispuesta á escuchar nuestras plegarias y á rogar por nosotros al Señor; el corazón de la sagrada Virgen le imprime una dulce violencia para que así lo haga; y sus santísimos dolores le dicen de continuo: Acordaos del Calvario, de lo que allí padecisteis por los pecadores que Dios encomendó á vuestro cuidado; no los olvidéis, tened compasión de su desgracia.

Dios nos puso bajo los cuidados maternos de María; y lo hizo al morir por nosotros, al darnos la prueba más relevante de su amor. ¿Dejará esta santísima Señora de cumplir la última voluntad de Jesucristo? Y si El, aun en los dolores y el tormento de la cruz, se muestra tan padre con nosotros; si aun entonces nos enriquece con el tesoro preciosísimo de su Madre divina, ¿esta Madre

dejará de imitar la bondad y la misericordia de su Hijo?

Tenemos, pues, que añadir á los poderosos motivos porque á María llamamos Refugio de los pecadores, el haber padecido tanto por nosotros en la pasión y muerte de Jesús; y si sus santísimos dolores la inclinan siempre á socorrernos, á ser nuestro Refugio, nosotros jamás lo olvidemos al pensar en Ella y al dirigirle nuestras peticiones.

Estamos á los pies de María del Refugio, y, llenos de humildad, le descubrimos todos nuestros males, y le rogamos que nos remedie; tal vez nuestros dolores y aflicciones son tan grandes, que casi no podemos resistir: ¿dejará de consolarnos esta tierna y compasiva Madre, si le recordamos sus amargas penas y los dolores que sufrió en la muerte de Jesús? No los padeció por extraños, sino por aquellos que le había designado por hijos adoptivos su primogénito Hijo Jesucristo nuestro Señor. No hay lugar á la duda; la purísima Virgen hará por nosotros cuanto pueda; la obediencia que debe al Señor la obliga estrechamente á ello. Es cierto que es la Madre de Jesús, pero también es su esclava, y tiene su gloria en cumplir sus órdenes; y siendo éstas las últimas que tenía que dictarle, ¿dejaría de cumplirlas? Y al ponernos bajo sus cuidados, su Hijo divino le daba una prueba de amor y de confianza. No había para El un ser que le fuese más querido, ni que cumplierse sus disposiciones con mayor cuidado. Jesús amaba á los hombres sus hermanos, con una caridad generosísima. Ya los tenía encomendados á su

Padre divino: Yo ya no estoy más en el mundo, oh Padre, pero éstos quedan en el mundo; Yo estoy de partida para Ti: ¡Oh Padre santo! guarda en tu nombre á los que Tú me has dado; á fin de que sean una misma cosa por caridad, como lo somos nosotros en la naturaleza. Mientras Yo estaba con ellos, Yo los defendía en tu nombre; he guardado á los que me diste... Mas ahora vengo á Ti... No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Santifícalos en la verdad... No ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en Mí por medio de su predicación (1).

El que así encomendaba los hombres á su divino Padre, quiso también encomendarlos á María, porque no ignoraba lo que por El había hecho su divina Madre, y que tendría que hacer sin duda alguna con los nuevos hijos que le encomendaba. No es extraño, por lo mismo, que María nunca nos olvide y que jamás nos niegue su santa protección.

¿Puede faltar,—decía Jeremías,—la nieve en las rocas del Líbano? ¿pueden agotarse los manantiales, cuyas frescas aguas corren sobre la tierra (2)? Tampoco llegarán á faltar los auxilios de María, ni su santa y amorosa protección.—Sin cesar brotan del seno de la santa Madre los manantiales de la gracia, porque es fuente viva de las misericordias del Altísimo. La mano del Señor no se ha

(1) Joann., XVIII.

(2) XVIII, 14.

abreviado para Ella, pues continuamente la enriquece de celestes dones, que luego María comunica á sus hijos; y el corazón de esta Madre siempre rebosa en clemencia y bondad para nosotros.

Preguntemos de nuevo: ¿podrán agotarse los manantiales de las aguas de la gracia que salen del corazón de María? ¿y llegará á disminuir nuestra confianza en Ella? Tal confianza no se funda por cierto en nuestros propios méritos, pues somos miserables pecadores; sino en que es María á quien Dios nos dió por Madre, en que es nuestro Refugio, y su corazón dulcísimo siempre la inclina á favor de sus hijos.—Añadamos á esto el testimonio de nuestra conciencia, la cual nos asegura que María nos ha socorrido en todos nuestros males y que á pesar de nuestras culpas no ha llegado á olvidarnos.

Oh Virgen santísima, oh Refugio de los pecadores, contemplad nuestros males con ojos de madre y acordaos de vuestras penas, de las terribles angustias que padecisteis por nosotros; somos hijos de vuestros dolores, y éstos son de un mérito muy grande delante del Señor; unidlos á los de Jesús, y obtendréis cuanto pidiereis. Nada hará vacilar nuestra confianza, y nunca quedaremos sin consuelo.



CAPÍTULO XV

La Madre y el Hijo.

I

Dios ha enriquecido el corazón de la madre con un tesoro precioso, el amor; mas un amor lleno de solicitud y de cuidados, amor generosísimo, paciente y que nunca se extingue, si no es con la vida de la madre.

Veda junto á la cuna de su hijo; está pendiente de él, lo cuida sin descanso. No le basta alimentarlo con la leche de sus pechos, ni arrullarlo en sus brazos, ni colmarlo de caricias; siempre piensa en ese sér querido. Así la hallaremos mientras dure la infancia del hijo; y después lo seguirá á todas partes con el corazón y con los ojos; lo instruye, lo aconseja y amonesta. Si llega á desviarse de la senda del deber, la madre ó se vale del castigo, ó emplea los encantos del amor á fin de atraerlo al buen camino. Si nada consigue, llora sin consuelo y pide á Dios con humilde y ardiente plegaria por el bien de su hijo.

La madre no es de sí misma, es de su hijo, y lo es por el amor; pero un amor vigoroso y esforzado, y que nada puede contener. No tiene en cuenta sus propios intereses, porque es generosísima; no trabaja como lo hace un mercenario, sino solamente por el bien de aquel á quien ama. Y si no es mercenario ese amor, tampoco se extingue, aunque en nada se tengan sus afectos; porque no vive principalmente para ser correspondido; y aun antes, si se ve despreciado, calla y disimula, y prosigue sin descansar en su noble tarea de hacer el bien á su amado.

Nunca al verdadero amor le falta la paciencia; y uno y muchos años espera á fin de conseguir lo que desea; y en sus reclamos de cariño y de ternura, dice una y otra vez: yo estoy á la puerta y llamo.

La paciencia del amor de Dios, llega á expresarse en estos términos: Extendí todo el día mis brazos hacia un pueblo incrédulo, y que no anda por el buen camino, sino en pos de sus ilusiones. Pueblo que continuamente me provoca á enojo en mi misma presencia (1). Ese amor no se rinde, y es invencible su paciencia. Y ¿cuál es la razón de todo esto? El gran deseo que Dios tiene de la salud de los hombres: El Señor os aguarda para usar de misericordia con vosotros y ensalzar, con perdonaros, la gloria de su nombre, porque es un Dios justo. Felices los que en El esperan..... Convertíos del fondo del corazón, hijos de Israel,

(1) Is., LXV, 2, 3.

acercándoos á El cuanto de El os habáis apartado (1).

¡Admirable paciencia de nuestro amantísimo Señor! Siempre, al volvernos á El, le hallaremos con los brazos abiertos; porque es un padre que no quiere ni procura sino el bien de sus hijos; y por más que sean muy grandes sus pecados, siempre Dios los espera y los excita al arrepentimiento.

El fuego del amor de Dios hacia los hombres es inextinguible: jamás se arrepiente de sus dones, ni la voluntad que tiene de salvarnos llegará á cambiar. Esta voluntad es siempre benigna, y nunca olvida que somos polvo. ¿Quién puede arrancarle el amor que nos tiene? Ni nuestras mismas culpas lo han llegado á conseguir; porque Dios mandó á su Hijo divino como víctima de propiciación por nuestros pecados.

Hablemos ahora del amor que la Virgen santísima tiene á los hombres. Después del amor que Dios nos tiene, no hay otro alguno que pueda compararse con el de María; porque nadie ha imitado tan perfectamente la bondad divina, como esta santísima Señora. Contemplemos las maravillas de su amor con relación á Jesucristo, y después cómo ha revelado á los hombres su maternal cariño.

Toda la vida de nuestro adorable Señor Jesucristo nos revela cuánto le amó su santa Madre. Desde el instante de la Encarnación todos los pensamientos, los cuidados y desvelos de María,

(1) Is., XXX, 18.—XXXI, 6.

tuvieron por objeto al Hijo que llevaba en sus entrañas. ¡Cuántas veces, hablando consigo la divina Madre, le diría á su corazón: corazón mío, yo te conjuro, no despiertes á mi amado, ni le quites el reposo hasta que El quiera (1); y quería disminuir los latidos de su corazón para no turbar la quietud del divino Niño que llevaba en sus entrañas, y que podía decirle: yo duermo, pero mi corazón está velando. Y ¿por quién vela ese Niño precioso, en quién piensa y á quién ama? No hay que decirlo, pues todos lo sabemos; vela por su santa Madre; piensa en la preferida de su amor, y ama á la dichosísima criatura que escogió por madre.

¿Dejaría la sacratísima Señora de pagar amor con amor, y con solicitud y maternal cariño los cuidados de su Dios?

Desde el pesebré en que reclinó á Jesús su santa Madre, hasta el sepulcro en que el mismo Jesús descansó, María siempre estará con su Hijo, y siempre atenta y llena de solicitud para con El. Si alguna vez el Niño se oculta á sus miradas y queda en Jerusalén, cuando sus santos padres volvían á Nazaret; María regresa á la santa ciudad, y le busca sin descansar un instante; y lo hace llena de amargura y con un empeño que nadie puede comprender. Aquellos tres días y tres noches pasaron tan despacio cual si fueran siglos; mas ¿qué hacer en tales circunstancias? Llorar con toda la amargura de un corazón que ama ardientemente y está lejos de su amado.

(1) Cant., III, 5.

Las oraciones y plegarias que entonces elevó al trono del Señor esta Madre atligidísima, fueron tan humildes, tan puras y ardientes, que Jesús volvió á los brazos de María; y María entonces no contuvo su ternura inmensa: ¿Por qué lo has hecho así con nosotros? Tu Padre y yo te hemos buscado llenos de dolor (1). Palabras que revelan no solamente el amor incomparable de María á su Hijo divino, sino también su solicitud y sus cuidados; palabras llenas de dolor, mas de un dolor que sólo es propio de una madre que ama hasta salir de sí misma al Hijo que llevó en su seno. Acordémonos de lo que decía el Esposo á la muy amada de su corazón: Aparta de mí tus ojos, pues me hacen salir de mí (2); y apliquémoslo á María. La hermosura de Jesús, y sus divinas miradas, y las gracias que brillan en su frente, harían que su Madre santísima una y otra vez le dijese: Oh Hijo mío, tus miradas me hacen salir de mí; yo desfallezco de amor.

Las muchas aguas de los dolores de Jesús no pudieron extinguir el amor de su Madre divina, ni los ríos de las humillaciones y amargas del Señor, pudieron sofocarlo; porque ese amor fué pacientísimo y jamás amortiguó el fuego de sus llamas, siempre vivió en el seno de María mientras permaneció sobre la tierra; y ahora y para siempre es y será su corona de gloria allá en el cielo.

(1) Luc., II, 48.

(2) Cant., VI, 4.

Si fué tan grande el amor de la Virgen santísima á su Hijo primogénito, ¿qué dejaría para nosotros? Si fuésemos extraños á Jesús, no llamaría tanto la atención esta pregunta; mas El es nuestra cabeza y nosotros somos los miembros de su cuerpo; y, por otra parte, dijo el Señor: Lo que hicisteis con uno de mis pequeñitos hermanos, conmigo lo hicisteis (1). Somos los domésticos de Dios, sus hermanos muy queridos. No tenemos, pues, que hacer esta pregunta: ¿no habrá quedado en el corazón de María, ni un solo afecto para sus hijos adoptivos? María extiende á nosotros su amor á Jesús; y nos cuida con una solícitud incomparable, jamás nos abandona, y piensa siempre en nosotros, y procura sin descanso nuestro bien.— Si nos separamos de su amor, y vivimos lejos de Ella y en las sombras del pecado, María nos busca, ruega por nosotros al Señor, y nos hace volver al divino servicio; nos trae á la memoria las gracias que por Ella hemos recibido del Señor, y nos atrae con dulzura inefable, con una misericordia benignísima, con su hermosura y sus encantos, y con la promesa del perdón; y no nos dejará mientras no consiga nuestra conversión.

¡Oh cuánto es el amor que nos tiene nuestra dulce Madre! ¿Seremos insensibles á un cariño tan desinteresado y generoso, tan constante y sufrido? No nos ama porque necesite de nosotros: es dichosísima con el amor que le tiene Jesús; y sin embargo, María busca nuestro amor con tanto em-

(1) Math., XXV, 40.

peño y con tan admirable constancia, que nunca desfallece, cual si no pudiera vivir sin nosotros.

Si para darle el corazón quisiésemos pedirle alguna cosa, esta Madre que tanto nos ama no la negaría. La prueba la tenemos en haber consentido en la muerte de Jesús, que se ofrece por nosotros. ¿Qué cosa pudiéramos pedirle, ó Ella tendría que darnos algún bien, que no lo tuviésemos en Jesucristo?

Nadie, pues, nos ha amado, fuera de Dios, como esta Virgen sacratísima que el Señor nos dió por Madre; y notemos que si en Jesús ni halló ni pudo hallar ningún obstáculo su amor de Madre, no sucede lo mismo en nosotros. ¡Cuántas veces, ay dolor, la hemos contristado!

Y hemos resistido á las insinuaciones de su dulcísimo cariño; y la indiferencia y el olvido se han apoderado de nosotros, y hemos entregado al mundo nuestro amor.... Si Ella no fuese quien es, Madre de bondad y clemencia, y Refugio de los pecadores; si no nos amase con un amor generosísimo, constante é invencible y que sabe triunfar de todos los obstáculos, y allanar las dificultades que se le presentan, ¿qué sería de nosotros? Bendito sea el Señor que puso en María todos los tesoros de su bondad y su clemencia, para que Ella se dignase dispensarlos á los miserables; y bendito sea nuestro Refugio, y el amor de nuestras almas, la incomparable y celestial María, que ruega sin descanso por sus hijos.

II

Hemos visto el amor de la Madre para con sus hijos; veamos ahora el amor de éstos para con su Madre.

Honra á tu padre, dice la Escritura, y no olvides los dolores de tu madre. Acuérdate que sin ellos no hubieras nacido; y hazlo todo por ellos como ellos lo han hecho por ti (1). Según estas palabras, ¿podremos decir que hemos cumplido enteramente con nuestros deberes de hijos? ¿hemos hecho por nuestra Madre cuanto Ella hizo por nosotros? Y tratamos de María á quien Dios nos dió por Madre.

Si recordamos lo que ha hecho por nosotros, y nos ponemos luego á examinar nuestra correspondencia tan imperfecta y tan fría, confesaremos que no hemos cumplido nuestros deberes para con Ella.

Ya hemos visto que su amor se extiende á los justos y á los pecadores; y á los unos y á los otros, siempre los recibe con amor de Madre. Ese amor ni ha sido indiferente con nosotros, ni ha llegado á olvidarnos; siempre solícito por nuestro bien, no á olvidarnos; siempre solícito por nuestro bien, no descansa ni un instante; si por desgracia nos hallamos lejos de Ella por el pecado, si nos hemos perdido siguiendo el camino de la maldad, María, semejante á la esposa de los Cantares, nos bus-

(1) Eccl., VII, 29, 30.

ca y nos llama á grandes voces. No la detienen las tinieblas de la noche, ni la intimidan las patru-llas que rondan la ciudad. Si puede decir que la hirieron y la golpearon y que los que guardan las murallas le quitaron el manto; cual si en nada tuviera todo esto, prosigue su camino para ver si encuentra á sus amados hijos (1), y esos hijos no son únicamente los justos, sino también los pecadores. Tal vez tendrá que decir: los he buscado, mas no los he hallado, los he llamado y no me han respondido. ¿Dejará de buscarlos? Preguntémoslo á su Hijo divino, cuya caridad ha imitado tan perfectamente su inmaculada Madre. Jesucristo siempre caminó en pos de los extraviados, á fin de reconciliarlos con el Padre celestial, y jamás dejó de llamarlos; así lo hizo aun estando para morir: dígalo el buen ladrón, á quien buscó como el pastor que da la vida por sus ovejas, y al hallarlo le dijo estas dulcísimas palabras: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Si María dejase de buscarnos, si no nos llamase con amor de madre, le diríamos con la más profunda humildad y llenos de filial confianza: Señora, acordaos de vuestro Hijo, que, estando en sus últimos momentos, buscó á un ladrón y le prometió la gloria, y no llegéis jamás á abandonarnos. Nunca lo hará nuestra amorosa Madre; porque su amor para con el hombre es verdadero, es invencible; y nuestro olvido, y las desgracias que nos tienen oprimidos por causa del pecado, excitan

(1) Cant., VI, 7, 8.

más y más su tierna compasión. Aparta sus ojos de nuestras maldades, y sólo los pone en las penas que por ellas padecemos.

Tal ha sido y es el amor que nos tiene María; y delante de él, es como nada el afecto que por Ella sentimos.

Todo lo ha hecho por sus hijos adoptivos; y éstos, si han de corresponder á su cariño, si han de pagar sus beneficios, cuanto hagan tendrán que hacerlo por Ella: *Retribue illas, quomodo et illa tibi*. Únicamente ha vivido por nosotros, ya por su amor á Jesucristo que es nuestra cabeza, ó bien por el que tiene á sus hijos adoptivos.

No es posible corresponder cumplidamente al amor que nos tiene María: somos unos miserables que estamos cargados de defectos, y nuestras inclinaciones propenden al mal; y el amor de María, purísimo y santo, se eleva hasta Dios, á su Jesús querido, de donde descende á nosotros. ¿Podrá el nuestro elevarse hasta Dios con la santidad y perfección que el de María? Esto, sin embargo, si en verdad nos humilla, no nos desalienta; porque es nuestro el corazón de María, y lo es también el de Jesús; y tomamos el uno y el otro para amar á quien amó Jesús sobre todas las demás criaturas; y á quien queremos amar con todo el corazón y sobre todas las cosas, exceptuando solamente el amor que debemos al Señor.

Purifiquemos más y más nuestro amor á la Virgen santísima. Tenemos que amarla por su propio mérito, porque Dios la ama y quiere que la amemos; porque es la más santa y perfecta de

todas las demás criaturas; bellísima y amable, y en quien no se halló ninguna mancha; es toda hermosa y es la preferida del Eterno.

Nuestro corazón se deja encadenar pensando en las grandezas de María, y en las innumerables gracias y virtudes que tanto la embellecen. No despedacemos las preciosísimas cadenas con que nos liga ese santo amor. Hijo mío, se dice en el Eclesiástico, pon tus pies en sus grillos y tu cuello en sus cadenas; pon el hombro y llévala contigo y no te fastidies de sus lazos. Acércate á Ella con todo tu corazón, y sigue sus caminos con todas tus fuerzas. Búscala con cuidado y se te descubrirá; y si la abrazares, nunca la dejes, porque en las postrimerías hallarás en ella tu reposo, y se te convertirá en alegría. Sus grillos serán para ti una fuerte protección, un firme apoyo; y sus argollas como un ropaje de gloria. Hay en Ella una belleza que da la vida, y sus cadenas son vínculos de salud. Te revestirás de Ella como de un vestido de gloria, y la pondrás sobre ti como una corona de gozo (1).

Es María nuestro ropaje de gloria, nuestra corona de gozo. Así nos hace hablar el amor que la tenemos; es todo nuestro encanto; y es tan benigna y amable, que nos cubre con sus méritos santísimos, y llena nuestras almas de inefable dicha: es nuestra gloria el servirla, el llevar sus santas cadenas, el ser enteramente suyos. Su altísima y sagrada dignidad y su perfección incomparable,

(1) VI, 25-32.

nos rinden á sus pies; y al contemplarla en el esplendor de su grandeza, se enciende en nuestras almas el fuego de su amor. Es nuestra amada, la que ha ligado todo nuestro afecto. Su imagen purísima la tenemos delante de los ojos; y pensamos siempre en nuestra tierna y amorosa Madre; y si un instante volvemos las miradas á otra parte, preguntámosle en seguida: ¿en dónde estáis, en dónde tenéis vuestros pastos, en qué parte descansáis al llegar el mediodía (1)? Si no nos contesta, ni sabemos donde se halla, á todos cuantos vemos rogamos que le digan, si acaso la vieren, estas dos palabras: *Amore languo*. La amamos de una manera indescible, y queremos morir por su amor.

Nuestro amor á la Madre de Dios debe ser constante. Ella jamás ha dejado de amarnos; y si somos sus hijos, debemos imitar su conducta. Por desgracia, del afecto de muchos de nosotros pudiera decirse que es semejante á la simiente que cae sobre las piedras, que nace y crece, mas no echa raíces, y pronto se seca la planta que ha producido. Nuestro amor debe ser profundo y generoso, y no tiene que ceder jamás á los halagos del mundo, ni á las perversas inclinaciones de nuestro corazón.

Es verdad que sólo la divina gracia puede mantener hermoso y lleno de vida el amor de que tratamos; mas esa gracia nos será otorgada, si la pedimos por medio de María. Esta benignísima Señora, al vernos rendidos á sus pies, al escuchar

(1) Cant., 1, 6.

nuestras humildes plegarias, rogará por nosotros, y la amaremos todos los días de nuestra vida, y después para siempre en el cielo.

Al sentir que languidece nuestro amor, hablemos con nosotros mismos para reprendernos: ¿así pagas el amor de María; así correspondeste á sus misericordias? ¿Te ha llegado á olvidar alguna vez, ó ha dejado de pedirte el corazón? Y es la Reina del cielo y de la tierra; y tú ¿quién eres para que esa excelentísima Señora llegue á tal extremo de bondad para contigo? El Padre la ama como su hija preferida y la ha colmado de divinas gracias; el Hijo del Eterno la escogió por Madre; y el Espíritu divino la llamó su única paloma, su perfecta, su amiga, su Esposa, y la preferida á sus demás esposas, bellísima y amable sobre todas ellas. ¿Y no amarla con todo el corazón, ó permitir que llegue á amortiguarse en nuestras almas el fuego de su santa caridad!

Crezcamos en el amor de Jesucristo, que es nuestra cabeza; crezcamos también en el amor de su divina Madre. Si amamos á Jesús, amemos también á la que es su Madre muy querida; que el Hijo recibe con agrado cuanto hacemos por su santa Madre.—Por otra parte, el amor que tengamos á María, será una escala que nos eleve al amor de Jesucristo. ¿Dejaremos de amar al Hijo de Dios, si María nos le presenta amabilísimo y con una belleza encantadora; si Ella misma toma en sus manos nuestro corazón y lo consagra á Jesucristo?—Y tendrá que hacerlo, porque es nuestra Reina y Señora, y nuestro corazón le pertenece

enteramente, y nada tiene la sagrada Virgen que no lo ofrezca á su Jesús querido.

¡Ay de nosotros, si llegamos á olvidarla! ¿adónde volveríamos nuestros ojos, y á quién entregaríamos nuestro afecto? Huirían todos los bienes que habia acumulado en nuestro seno el amor de María, y vendrían á visitarnos las desgracias; y nos veríamos rodeados de tinieblas, oprimidos de tristeza; los remordimientos destrozarian vuestras entrañas, y, abandonados á nosotros mismos, rodariamos de abismo en abismo sin detenernos en las pendientes de la perdición. Tal sería nuestra suerte al olvidarnos de María, al separarnos del amor de Jesucristo.

Nuestro amor á la Madre de Dios no debe contentarse con los afectos que le dirigimos; ofrezcámosle obras de virtud; amémosla con la obra y la verdad; y así lo haremos imitando sus santísimas virtudes. Fué humildísima; humillémonos más y más los hijos de María, como se humilló la esclava del Señor.—Fué purísima; evitemos hasta la sombra del pecado, y María fijará sobre nosotros sus miradas llenas de dulzura.—María pensaba en Dios continuamente; nosotros no nos olvidemos de la presencia del Señor, de ese Padre amorosísimo que tanto cuidado tiene de sus hijos.—Sea, en fin, la vida de María el modelo de la nuestra; y entonces con filial confianza podremos decir: os amo, dulcísima Señora, sois mi encanto, el tesoro de mi alma; sois mi vida; la Virgen purísima que ha llevado en pos de sí todo mi afecto, que me ha robado el corazón; sois tan pura, tan santa y her-

mosa; tenéis un corazón tan dulce y compasivo; me amáis, me defendéis de todos los peligros; rogáis por mí á Dios nuestro Señor, y me llenáis de dones celestiales. ¿Qué haré con vos, luz de mis ojos, esperanza de mi alma, y todo mi bien después de Jesucristo? Sois el Refugio de los pecadores, inviolable y sagrado, universal y benignísimo; á nadie despreciáis, y convidáis á penitencia á los mayores criminales; porque queréis que todos nos salvemos, y así lo quiere el Niño divino que tenéis en brazos.—Rogadle por nosotros, aplacá su indignación y alcanzadnos sus gracias; permitid que os digamos de nuevo: ¿qué haremos con vos, hermosura del cielo y de la tierra? os llevaremos sobre el corazón, cantaremos sin descanso vuestras glorias, pensaremos en vos; y, después de Jesucristo, seréis en nuestra vida, en la muerte, y allá en el cielo, todo nuestro amor.

Acordaos, santísima Señora, que Dios os puso en el campo de la Iglesia cual vid que produce ricos y abundantes frutos; que sois la hermosa oliva á cuya sombra descansan vuestros hijos; comunicadnos el vino de la caridad de Dios, el óleo de vuestra misericordia, el bálsamo de los consuelos celestiales, y tened compasión de los que en vos ponen su esperanza.

Oh Refugio de los pecadores, rogad por nosotros.





Obras publicadas por el Ilmo. Sr. Obispo de
Aguascalientes, D. JOSÉ M.^o DE JESÚS
PORTUGAL, hasta el año 1909.

I. El gran Misterio de la Santísima Trinidad.—
Ejercicio de Perfección, compendio del Rodri-
guez.—Flores del corazón.—Impresiones reli-
giosas de un viaje á Tierra santa.—Teología
ascética y mística, compendio del Scaramelli.—
La Santa Voluntad de Dios.—Mes de Enero
consagrado á la divina Providencia.—Itinerario
de la tierra al cielo.—Catecismo filosófico-teo-
lógico de Religión.—La Bondad divina.—El
Positivismo. Su historia y sus errores.—El gran
Patriarca Señor San José.—La mayor Gloria
de Dios.

II. La Divina Eucaristía.—Confidencias amorosas
con Jesús Sacramentado.—La última palabra
de la Iglesia en el siglo XIX y el primer canto
de su amor en el XX, ó sea el Sagrado Corazón
de Jesús.—El Libro de la Vida, conocimiento
y amor de Jesucristo.—El amable Jesús en los
misterios de su divino Corazón.—El Encanto
de nuestro amor, el sagrado Corazón de Je-
sús.—Mes de Junio del sagrado Corazón de
Jesús.

III. La más pura de las vírgenes, la más tierna de las madres.—Misterios y bellezas del sagrado Corazón de María.—Cartas marianas.—María, esperanza y amor de los hombres.—La Virgen purísima de mis amores.—El mes de Mayo ó guinalda mariana.—El mes del Rosario.—La Fragancia del Amor mariano.—La Virgen Santísima del Refugio.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



